



Alfonso Gálvez

Comentarios
al
Cantar de los
Cantares

Volumen Segundo

New Jersey
U.S.A. - 2000

Comentarios al Cantar de los Cantares, Volumen Segundo by Alfonso Gálvez.
Copyright © 1999 by Shoreless Lake Press. American edition published with permission. All rights reserved. No part of this book may be reproduced, stored in retrieval system, or transmitted, in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording or otherwise, without written permission of the Society of Jesus Christ the Priest, 52 West Somerset Street, Raritan, New Jersey 08869.

CATALOGING DATA

Author: Gálvez, Alfonso, 1932-

Title: *Comentarios al Cantar de los Cantares, Volumen Segundo*

Library of Congress Catalog Card Number: 94-68073

ISBN 0-9641108-7-3

**Published by
Shoreless Lake Press
52 West Somerset Street
Raritan, New Jersey 08869.**

PRINTED IN THE UNITED STATES OF AMERICA

“Causa diligendi Deum, Deus est;
modus, sine modo diligere.”

San Bernardo, “De diligendo Deo”, I,1.



Primerá Parte



“Lévame tras de tí; corramos.”

(Ca 1:4a)



CAPÍTULO I

TRAS LOS PASOS DE JESUCRISTO

La esposa, movida por la ansiedad, quiere ir tras el Esposo para estar con Él; y por eso proclama su deseo con ímpetu y apresuramiento, según se desprende de su propia exclamación: *¡Corramos!* De hecho parece que espera que sea el mismo Esposo quien le ordene que emprenda su seguimiento, o que al menos le permita hacerlo; por eso dice: *Llévame tras de ti.*

Sin embargo el Esposo la ha invitado ya a ello repetidas veces.¹ De donde cabe pensar, con bastante verosimilitud, que se trata más bien de una exclamación de la esposa para expresar su intenso deseo de ir tras Él, a fin de encontrarse ambos y permanecer en soledad. Cosa esta última que parece quedar definitivamente confirmada por lo que dice a continuación: *Introdúceme, rey, en tus cámaras...*

La soledad, como paso previo a la intimidad, es fundamental en el amor. Los dos solos, el Esposo y la esposa, para entregarse mutuamente en totalidad y con olvido de todo lo demás. Y está claro que

¹Los textos son abundantes. Cf, por ejemplo, Mt 8:22; 10:38; 16:24; 19:21; Lc 5:27; 18:22; Mc 2:14; 8:34; 10:21; Jn 12:26.

en el amor perfecto, ya purificado por lo tanto en lo que respecta a la creatura, solamente quedan el *tú* y el *yo*.

*Quedéme y olvidéme,
el rostro recliné sobre el Amado,
cesó todo, y dejéme,
dejando mi cuidado
entre las azucenas olvidado.²*

En otra estrofa del *Cántico Espiritual* traza el poeta de Fontiveros una idea semejante:

*En soledad vivía,
y en soledad ha puesto ya su nido,
y en soledad la guía
a solas su querido,
también en soledad de amor herido.*

Esta soledad es un elemento esencial que, como tal, no puede faltar en el amor; tal como se ha dicho arriba: solos *tú* y *yo*, los dos amantes, con exclusión y olvido de todo lo demás y de todos los demás. Algo aparentemente lógico y sencillo de comprender, pero que no deja de plantear problemas graves y de inesperada profundidad.

Para empezar, conviene notar que el tema admite aquí una pregunta como la primera y más obvia de todas: ¿Por qué es esto así...? ¿Por qué es necesario calificar la soledad de los amantes —solos *tú* y *yo*³— como algo que pertenece a la esencia misma del amor? Y la

²San Juan de la Cruz, *Noche Oscura*.

³De nuevo las ironías y recovecos del lenguaje. Aquí se dice *solos* —y no *solamente*— porque este adverbio ocasionaría problemas insolubles y conduciría a soluciones incorrectas.

respuesta conduciría, sin duda alguna, al planteamiento y desarrollo de una metafísica completa del amor.

Pero antes de intentar un esbozo de respuesta parece conveniente puntualizar alguno de los aspectos de esta soledad. Y en primer lugar su radicalidad, puesto que así quedarán más patentes su absoluta necesidad y su total seriedad.

El Maestro no suele insistir expresamente en que el discípulo tenga que dejarlo *todo* para ir tras sus pasos,⁴ y más bien prefiere la expresión de tomar la cruz cada día para ir con Él.⁵ Pero del conjunto de su doctrina se desprende claramente que su seguimiento supone la posposición terminante de todas las demás cosas: del modo que sea o como corresponda, pero posposición total y sin condiciones. De hecho los apóstoles no dudaron en abandonarlo todo para seguirle: *Llevaron las barcas a tierra y, dejándolo todo, le siguieron. . .*⁶ *Y dejándolo todo se levantó y le siguió.*⁷ Así lo proclama expresamente San Pedro en nombre de todos, aunque pensando en una recompensa: *Pedro dijo entonces: "Ya ves que nosotros lo hemos dejado todo*

⁴A excepción de algunos textos: *Cualquiera de vosotros que no renuncie a todos sus bienes no puede ser mi discípulo. . . * Si quieres ser perfecto ve, vende cuanto tienes y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos; luego ven y sígueme***. Bien es verdad que este último texto habla de perfección (el inciso no aparece ni en Marcos ni en Lucas), lo que plantea de nuevo el viejo problema de si la perfección es para todo el mundo o sólo para una élite. Aquí solamente puede indicarse, aunque sea de pasada, que es probable que la llamada a la perfección —o la invitación al amor perfecto— sea para todo el mundo; si bien cada cual ha de vivirla según la condición de su propio estado.

⁵Mt 10:38; 16:24; Mc 8:34; Lc 9:23; 14:27.

⁶Lc 5:11; cf los lugares paralelos Mt 4:20; Mc 1:18.

⁷Lc 5:28; cf los lugares paralelos Mt 9:9; Mc 2:14.; cf también Mt 4: 19–22.

*Lc 14:33.

**Mt 19:21. Cf los lugares paralelos en Lc 18:22; Mc 10:21.

y te hemos seguido".⁸ El Señor no niega tal recompensa, sino que más bien la confirma, y aprovecha la ocasión para aludir con claridad al abandono absoluto de todo lo que se tiene, incluidas las cosas más entrañables: *En verdad os digo que nadie que haya dejado casa, mujer, hermanos, padres o hijos, por causa del Reino de Dios...*⁹ Se trata de una renuncia o dejación, previa a su seguimiento, que aún se va a radicalizar más en otros textos.

Como puede verse, por ejemplo, en Lc 9: 57-62 y en otro texto paralelo,¹⁰ Jesús declara que al que quiera seguirle no le basta una incondicional voluntad de ir *adondequiera que Él vaya*, con ser esto ya bastante; sino que el candidato ha de tener en cuenta además que, así como *las zorras tienen cuevas y las aves del cielo nidos, en cambio el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar la cabeza*. Lo que equivale a decir que el discípulo ha de estar dispuesto a una pobreza y a un desprendimiento tales como para no tener ni dónde apoyar la cabeza. Ni siquiera son toleradas las más entrañables relaciones familiares, en la medida en que puedan estorbar el seguimiento o incluso demorarlo en lo más mínimo: por eso no es lícito despedirse de la familia; ni ir primero a enterrar al propio padre, que acaba de fallecer. Las palabras del Señor al respecto son terminantes y hasta duras: *Deja a los muertos que entierren a sus muertos... Nadie que pone la mano en el arado y luego vuelve la vista atrás es apto para el reino de Dios*. Y aún no se ha llegado, ni con mucho, a colmar la medida de las exigencias.

Cuando se trata del seguimiento del Maestro, y cuando las cosas pueden convertirse en impedimentos que lo obstaculicen, el discípulo ha de estar dispuesto incluso a aborrecer u odiar lo más querido: *Si*

⁸Lc 18:28; cf los lugares paralelos Mt 19:27; Mc 10:28.

⁹Lc 18:29; cf los lugares paralelos Mt 19:29; Mc 10: 29-30.

¹⁰Cf Mt 8: 18-22.

*alguno viene a mí y no aborrece a su padre y a su madre, a su mujer y a sus hijos, a los hermanos y a las hermanas, y hasta su propia vida, no puede ser mi discípulo.*¹¹ Y, aunque es evidente que esta expresión no puede ser tomada al pie de la letra, puesto que aquí no se trata de odios, sino de la correcta jerarquización en el amor —o mejor aún, de poner en su sitio al verdadero amor—, eso no resta nada a la rotundidad de unas palabras que han de ser consideradas seriamente en su exacto significado. La radicalidad de estos vocablos no pretende otra cosa, en realidad, que dejar bien clara la extrema seriedad de una doctrina de la que hay que alejar el peligro de tomarla a la ligera. Es en este sentido como puede decirse que, pese a su dureza, las palabras del Maestro mantienen toda la literalidad de su significado. El peligro de entenderlas demasiado literalmente, aunque es bien real, no acecha tan frecuentemente sin embargo como el de leerlas u oír las de modo superficial. Debe tenerse en cuenta que no se trata aquí de una mera remoción de los obstáculos que impiden el amor, sino de la erradicación rotunda, radical y sin contemplaciones, de todo lo que pueda estorbar la entrega a la persona amada en completa totalidad. Dicho de otro modo: el acento se pone aquí en el apresuramiento —ausencia de dilaciones— y en la radicalidad, más bien que en la simple superación de los impedimentos.

Y no acaba aquí la contundencia de expresiones destinadas a reafirmar la radicalidad de una doctrina que es fundamental. Todo aquello que se oponga de alguna manera al verdadero amor, o que le sirva de obstáculo, ha de ser arrancado con tanta decisión como ausencia de vacilaciones. Aunque se trate de algo muy próximo a

¹¹Lc 14:26. Algunas versiones modernas traducen aquí eufemísticamente el término aborrecer, sustituyéndolo por algún otro mucho más suave pero inexacto. La Neovulgata, sin embargo, ha mantenido el verbo *odire* como la correcta traslación del original griego *μισέω*, que significa exactamente odiar o aborrecer. Las timideces y escrúpulos de algunos traductores, incapaces de asimilar la profundidad de esta doctrina, no hacen sino confirmar su radicalidad.

la propia vida, o que incluso forme parte de ella: *Si tu ojo derecho te escandaliza, arráncalo y arrójalo de ti; pues más te vale perder uno de tus miembros que dejar ir todo tu cuerpo al infierno. Y si tu mano derecha te escandaliza, córtala y arrójala de ti; pues más te vale perder uno de tus miembros que dejar que todo tu cuerpo vaya al infierno.*¹²

La esencial radicalidad en la soledad de los amantes, que se traduce sin falta en el olvido y dejación de todo y de todos los demás, no es más que una exigencia de la ley fundamental del amor que se desprende, a su vez y necesariamente, de su misma estructura. Solos por fin, y definitivamente, el amante y el amado, o el Esposo y la esposa:

*Mi amado es para mí y yo soy para él.*¹³

.....

*Yo soy para mi amado y mi amado es para mí.*¹⁴

.....

*Yo soy para mi amado
y a mí tienden todos sus anhelos.*¹⁵

.....

*Eres jardín cercado, hermana mía, esposa;
eres jardín cercado, fuente sellada.*¹⁶

¹²Mt 5: 29-30; cf 18: 8-9 y Mc 9: 43-47. Esta misma doctrina está expuesta de un modo positivo, particularmente sublime, en el episodio de la viuda pobre: la infeliz mujer entregó como ofrenda a Dios *todo lo que tenía para vivir* (cf Mc 12: 41-44, con el texto paralelo Lc 21: 1-4).

¹³Ca 2:16.

¹⁴Ca 6:3.

¹⁵Ca 7:11. Obsérvese la fuerza de las palabras finales de este verso: *Todos sus anhelos*.

¹⁶Ca 4:12.

*Me requirió el Amado
para que de las cosas me olvidara,
y estándome a su lado
a solas, lo mirara
antes de que la aurora despertara.*

Una vez que el amor lo ha entregado todo, según sus peculiares exigencias, ya no queda *ninguna otra cosa*, aparte de las personas del amante y del amado. Entonces ya no existe para cada uno de ellos sino el otro. Aunque de tal manera que ambos ven en ese otro justamente el todo, y por eso ya no apetecen ninguna cosa más:

*Yo soy para mi amado
y a mí tienden todos sus anhelos.¹⁷*

La persona amada es el todo para el que ama, de tal manera que lo demás significa poco para él, o tal vez nada:

*Como manzano entre los árboles silvestres
es mi amado entre los mancebos.¹⁸*

También aquí las palabras del Señor son terminantes y no dejan lugar a dudas: *Nadie puede servir a dos señores.¹⁹* Según su doctrina es imposible entregar el corazón a dos cosas a la vez, porque tal intento acabará siempre en desprecio de una de ellas e incluso en odio: *Porque, o tendrá aversión a uno y amará al otro; o bien*

¹⁷Ca 7:11.

¹⁸Ca 2:3.

¹⁹Mt 6:24; cf Lc 16:13.

*se allegará a uno y despreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas.*²⁰ En el amor perfecto no tienen cabida, por lo tanto, las partes ni las divisiones, y es en este sentido como puede darse por enteramente válido el dicho de San Juan de la Cruz: *Por la Nada al Todo*. Por eso San Pablo, que no vacila en proclamar la indudable superioridad de la virginidad sobre el matrimonio (1 Cor 7: 1-8), piensa que el casado es un ser dividido: *Quiero que estéis libres de preocupaciones. El no casado se preocupa de las cosas del Señor, y de cómo agradarle. El casado en cambio se preocupa de las cosas del mundo y de cómo agradar a su mujer; por eso está dividido.*²¹ Doctrina expresada, por lo tanto, con nitidez y rotundidad en el texto paulino, por más que ya no tenga buena prensa; y de ahí los intentos de hacerla pasar desapercibida, tal como se hace hoy también con otros muchos lugares de la Escritura.²² Lo que no significa, en modo alguno, que en la mente del Apóstol el matrimonio quede reducido simplemente a la condición de un *mal menor*.²³ De todos modos, aun admitida la doctrina de que el perfecto amor es para todos, hay que reconocer que el casado tiene

²⁰El texto de San Lucas es más explícito que el de San Mateo al hablar del odio. Pero la frase final que cierra el versículo en ambos sinópticos, y que es como su resumen y conclusión, es suficientemente clara: *No podéis servir a Dios y a las riquezas*. Es imposible la partición del corazón porque el verdadero amor es *totalidad*; de manera que, si lo entrega todo, ya no queda nada para seguir repartiendo. El concepto de parte es incompatible con el del amor.

²¹1 Cor 7: 32-34.

²²Escamotear o silenciar textos de la Escritura, que parecen resultar más o menos molestos, es últimamente una práctica frecuente; aunque por supuesto contraria a la recomendación del Apóstol a su discípulo Tito (Tit 2:7).

²³Es evidente que San Pablo no considera el matrimonio como un mal menor, sino como un bien menor si se lo compara con el amor perfecto. Su doctrina, que debe ser completada aquí con la contenida en Ef 5: 25-33, donde habla en términos grandiosos de la sublimidad del matrimonio, merecería profundizaciones más completas: el amor divino-humano como primer analogado del amor divino; y el amor humano del matrimonio como segundo analogado.

que esforzarse en superar el amor que debe al otro cónyuge; en el sentido de llegar mucho más allá de donde alcanza ese amor. Es justamente lo que quiere decir el Apóstol cuando, después de haber advertido, como de paso, que es inevitable que los casados tengan que sufrir la tribulación de la carne, añade: *Os digo todo esto, hermanos, porque el tiempo es corto. Lo que importa, por lo tanto, es que los que tienen mujer vivan como si no la tuvieran; los que lloran, como si no llorasen; los que se alegran, como si no se alegrasen; los que compran, como si no poseyeran; y los que usan de este mundo, como si no lo usaran. Porque la apariencia de este mundo pasa.*²⁴ Y la misma radicalidad con respecto al abandono de las cosas, a fin de hacerse con la más importante de todas, se desprende de las parábolas del tesoro escondido y de la perla preciosa (Mt 13: 44-46). Como ya decía el libro de los Proverbios: una vez que ha sido encontrada, la verdadera sabiduría debe ser adquirida *a toda costa.*²⁵ Y no cabe mayor sabiduría que la de hacerse pobre por amor.

Esta doctrina, sin embargo, de indudable transcendencia para la vida del cristiano y para un correcto entendimiento del seguimiento de Jesucristo, ha de ser integrada a su vez dentro del conjunto de la revelación neotestamentaria. ¿Cabe inferir de lo dicho que para San Pablo, y para el cristianismo en general, es cosa secundaria, relativa y sin importancia, todo lo que no sea el perfecto amor? ¿Habrá que entender así el llamado *contemptus mundi*, o el desprecio y negación de todas las cosas para seguir a Jesucristo? ¿Dónde queda entonces la doctrina de la bondad y la belleza de las cosas creadas? ¿Condenada tal vez o por lo menos arrinconada...? Según la conocida doctrina paulina, los mismos carismas quedan difuminados, o en un segundo plano, cuando se los compara con la caridad (1 Cor 12); y

²⁴1 Cor 7: 29-31.

²⁵Pr 4:7.

en la Carta a los fieles de Filipos dice el Apóstol que *todo lo estimo como pérdida, y lo considero basura, ante el sublime conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por quien he sacrificado todas las cosas.*²⁶

Es evidente que la única respuesta posible a esas preguntas ha de ser absolutamente negativa. En realidad, aunque las cosas puedan ser consideradas como relativas o secundarias, *eso no quiere decir en modo alguno que carezcan de importancia.* Todas las cosas son relativas cuando son comparadas con el Absoluto, y todas son secundarias cuando son referidas a lo que es terminantemente primero y principal.

La advertencia que Jesús dirige a Marta acerca de que *una sola cosa es necesaria*, no se debe al hecho de que ella está atareada en la procuración de otros menesteres que tal vez podrían ser considerados como inútiles; sino porque está *demasiado* atareada, *inquieta y preocupada* por muchas cosas. Y si además de eso se tiene en cuenta también que María, según dice el mismo Maestro, ha sabido elegir *la mejor parte*, es evidente que las otras también son buenas, aunque hayan de ser jerarquizadas después que la primera o detrás de ella. Simplemente eso; y nada más y nada menos que eso: *Martha, Martha, sollicita es et turbaris erga plurima, porro unum est necessarium; Maria enim optimam partem elegit, quæ non auferetur ab ea.*²⁷

Éste es uno de los puntos neurálgicos de la moral neotestamentaria para el que la doctrina no siempre ha sabido encontrar el lugar correcto. Se han entrecruzado aquí complejas corrientes de ideas no siempre acertadas: desde el maniqueísmo, que no entiende la bondad de las cosas creadas, y en particular de la materia, hasta las doctrinas que no saben valorar suficientemente la realidad de la Humanidad

²⁶Flp 3:8.

²⁷Lc 10: 41-42.

de Jesucristo —y por lo tanto del misterio de la Encarnación—, pasando por las místicas de la negación total, o las que consideran el cuerpo humano como fardo molesto o carga insoportable de los que hay que desprenderse si se quiere llegar a la meta definitiva.²⁸

Dos cosas por lo tanto han de quedar claras. La primera, y más importante, se refiere a la radicalidad de la entrega en el verdadero amor. Si cada uno de los amantes es *todo* para el otro, según la ley fundamental del amor, es necesario concluir que cada uno de ellos también lo encuentra *todo* en el otro. Solos y enteramente el uno para el otro.

Pero, al mismo tiempo, es importante no olvidar que el significado que las demás cosas poseen para ambos amantes es el de entrega o donación, más bien que el de renuncia. No se trata tanto del desprecio de las cosas cuanto de la entrega de ellas a la persona amada.²⁹ Lo cual no podría ser de otro modo, *pues aquí no se contempla el abandono de las cosas porque son malas, sino la entrega de ellas al amado precisamente porque son buenas*. En el decreto de la creación las cosas no fueron pensadas como obstáculos, o como una especie de extraño *test* en el que servirían de prueba, o piedra de toque, para el verdadero amor —¿será capaz el amante de abandonarlas por el amado: sí o nó...?— La verdad es que las cosas son excelentes,

²⁸La Humanidad de Cristo, para estas doctrinas místicas, no es más que un paso, o tal vez un instrumento, del que hay que prescindir una vez que se ha llegado a la pura divinidad. Sin embargo, se mire como se mire, es absolutamente imposible para el hombre llegar a ese punto, o permanecer en él, si no es *por Cristo, con Cristo y en Cristo*: quien a su vez es verdadero Dios y verdadero Hombre. Es difícil de explicar el hecho de que la doctrina olvide este punto fundamental con tanta frecuencia.

²⁹Aún quedaría por aclarar un nuevo problema, del que se hablará después: la clase de relación que debe establecerse entre la mutua entrega de los amantes, en soledad total, y el amor debido a los otros según lo que se desprende del mandamiento nuevo.

y que fueron creadas también porque el amor es impensable sin los regalos y donaciones que, gracias a ellas, se hacen mutuamente los amantes. Tal como puede verse que le dice el Esposo, tan profundamente enamorado como exquisitamente admirado, a la esposa del *Cantar*:

*¡Cuán hermosas están tus mejillas entre las guedejas,
tu cuello con los collares!
Te haremos collares de oro
con sartas de plata.³⁰*

Y la esposa a su vez al Esposo, rivalizando con Él en amor y entusiasmo:

*Ya dan su aroma las mandrágoras
y abunda en nuestras huertas
toda suerte de frutos exquisitos.
Los nuevos, los añejos,
que guardo, amado mío, para ti.³¹*

De manera que *las otras cosas* son como la materia de la que se pueden extraer y confeccionar los regalos que los amantes mutuamente se hacen. Si, además de eso, son para la esposa vestigios y huellas que hablan del Amado, puesto que han sido creadas por Él, y por lo tanto no pueden ser sino buenas... , no cabe considerarlas como obstáculo pernicioso que hay que abandonar, sino como don precioso que se puede ofrecer. En cuyo caso, si esto es así, quizá sería preferible utilizar en el lenguaje místico, por ejemplo, la expresión

³⁰Ca 1: 10-11.

³¹Ca 7:14.

superación de los sentidos —o elevación de los sentidos— y no la de *aniquilación de los sentidos*. ¿Acaso no está destinado el hombre a conocer y a amar a Dios —y consiguientemente a gozarlo— también a través de sus sentidos y por medio de ellos? Si el Verbo no se hubiera hecho carne, ¿cómo hubiera escrito el apóstol San Juan las palabras con las que comienza su primera Carta?: *Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplaron y palparon nuestras manos acerca de la Palabra de vida —pues la Vida se manifestó, y nosotros hemos visto y atestiguamos y os anunciamos la vida eterna, que estaba ante el Padre y se nos ha manifestado—, lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos también a vosotros...*³² Quizá por eso la Biblia comienza precisamente insistiendo de forma repetida en la bondad de las cosas creadas (Ge 1: 1-25), sin dejar de subrayar que el universo creado no está destinado a ser destruido o aniquilado, sino elevado y transformado.³³ San Pablo por su parte está bien seguro de que no son las criaturas precisamente las que van a privar al hombre del amor de Dios: *Estoy convencido de que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles o principados, ni lo presente ni lo futuro, ni las potestades, ni la altura o la profundidad, ni criatura alguna, podrá separarnos del amor de Dios que está en Cristo Jesús, Señor nuestro;*³⁴ y de ahí que se sienta movido a proclamar con entusiasmo que las cosas creadas son el maravilloso regalo que Dios ha puesto en las manos del hombre: *Todo es vuestro: ya sea Pablo, Apolo, Cefas, el mundo, la vida, la muerte, el presente o el futuro; todo es vuestro; y vosotros sois de Cristo, y Cristo de Dios.*³⁵

³²1 Jn 1: 1-3.

³³Cf, por ejemplo, Ro 8: 20-22; 2 Cor 5:17; 1 Tim 4:4.

³⁴Ro 8: 38-39.

³⁵1 Cor 3: 21-23.

Es indudable que la profundidad de la doctrina, con la consiguiente dificultad para acoplar todas las piezas del *puzzle* de la Revelación —que a veces suelen presentarse como aporías—, son las que explican, al menos en parte, las vacilaciones y perplejidades que a menudo muestran las obras de los místicos. San Juan de la Cruz, por ejemplo, el Doctor de la Nada, de las Noches, y de la aniquilación de sentidos, pero poeta al fin y al cabo, es el cantor de la creación y de las cosas como vestigios del Amado. Como puede verse en las siguientes estrofas de su *Cántico Espiritual*:

*¡Oh bosques y espesuras,
plantados por la mano del Amado!
¡Oh prado de verduras,
de flores esmaltado,
decid si por vosotros ha pasado!*

*Mil gracias derramando,
pasó por estos sotos con presura,
y yéndolos mirando,
con sola su figura
vestidos los dejó de su hermosura.*

El Doctor Místico, que habla con tanta profundidad de la aniquilación de los sentidos, de la imaginación y de la memoria, es también hombre y poeta; por eso sabe igualmente que sin esos elementos no puede amar al Amado, y ni aun siquiera reconocerlo. De ahí sus bellísimos versos:

*¡Oh cristalina fuente,
si en esos tus semblantes plateados
formases de repente
los ojos deseados
que tengo en las entrañas dibujados!*

¿Cómo puede ser calificada la virginidad, por ejemplo, como virtud heroica si no es porque en ella el hombre le ofrece a Dios, libremente y por amor, un bien sublime? Aquí ya no se trata de trocar algo malo por algo bueno, sino de renunciar a un bien maravilloso por otro que es *aún mejor*. San Juan de la Cruz, como buen poeta, es un juglar y un trovador de las cosas creadas. En este sentido es curioso notar que la acumulación de sustantivos en algunas de sus estrofas —una aparente y simple enumeración de cosas— les proporciona una belleza casi divina; como en ésta de su *Cántico Espiritual*:

*Mi Amado, las montañas,
los valles solitarios nemorosos,
las ínsulas extrañas,
los ríos sonorosos,
el silbo de los aires amorosos.*

O en esta otra, también del *Cántico*, en la que la casi total ausencia de adjetivos acompañando a sustantivos la hace más bella todavía. Como artificio literario podría parecer una simple acumulación de cosas, sin más:

*A las aves ligeras,
leones, ciervos, gamos saltadores,
montes, valles, riberas,
aguas, aires, ardores,
y miedos de las noches veladores...*

San Francisco de Asís fue otro inmenso poeta, genial trovador de la creación y encantador autor del *Cántico al hermano Sol*. El *background* del libro de las *Floreциllas*, que es un bello canto expresivo

del amor que el santo profesaba a las creaturas, está muy lejos de contener la más leve sombra de maniqueísmo. Por eso el cuerpo era para San Francisco el hermano cuerpo, sin más, o algo imposible de ser considerado en ningún momento como enemigo; incluso aunque alguna vez —como sucede casi siempre entre hermanos— pudiera haber surgido tal o cual indicio de enemistad entre uno y otro.³⁶ En el inmortal poema de Rubén Darío *Los motivos del lobo*, así es como se dirige el lobo de Gubia al santo:

*Me vieron humilde, lamía las manos
y los pies. Seguía tus sagradas leyes,
todas las criaturas eran mis hermanos;
los hermanos hombres, los hermanos bueyes,
hermanas estrellas y hermanos gusanos...*

La Biblia, en el *Cántico de los tres jóvenes* en el horno ardiente,³⁷ hace un fervoroso elogio de las cosas, acumulándolas en una pormenorizada multitud que alaba al Creador: los ángeles, los cielos, las aguas, el sol, la luna, las estrellas, el rocío, los vientos, el fuego, el calor, el frío, y la creación entera, son invitados a alzar su canto de alabanza al Señor Omnipotente que las ha sacado de la nada para darles el ser. Y fue el mismo Jesucristo quien las engrandeció hasta el punto de constituir las como materia necesaria para confeccionar los sacramentos: el agua, el pan, el vino o el aceite se convirtieron

³⁶En cuyo caso el destino final y obligado de los hermanos es siempre el de la reconciliación (Mt 5: 23-24)*, y por eso el santo de Asís se *reconcilia* con su cuerpo en el momento de su muerte.

³⁷Da 3: 57-88.

*Cf Mc 11:25. El amor a Dios supone el previo amor a los hermanos (1 Jn 4:20; 2: 9-11), aunque éste proceda y se derive de aquél.

así en vehículos y canales insustituibles de la gracia de Dios que baja del Cielo. ¿Qué puede tener entonces de particular o de extraño que la esposa del *Cantar* compare al Esposo, admirando las obras que son hechura de sus manos, y arrebatada del amor que le profesa, con las cosas más sencillas y simples que ella contempla en la Naturaleza y de las cuales goza?:

*Es mi amado para mí bolsita de mirra
que descansa entre mis pechos.
Es mi amado para mí racimito de alheña
de las viñas de Engadí.³⁸*

La belleza y la bondad de las cosas no serían tales ni de tal magnitud si no hubieran sido hechas para ser regaladas a la esposa. A fin de que ella, a su vez, pueda también ofrecerlas al Esposo. La más íntima esencia de las cosas consiste en ser un don.³⁹ Por eso advertía el Apóstol: *Conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que siendo rico se hizo pobre por vosotros, para que os enriquecierais con su pobreza. . .*⁴⁰ y para que los corintios pudieran ser pobres también a su vez. Pues, ¿cómo puede alguno convertirse voluntariamente en pobre si primero no es rico? Nadie da lo que no tiene. Solamente así es capaz de entregar lo que tiene, y aun de hacerse más pobre cuanto más abundante y precioso sea lo que entrega. Si las cosas fueran malas, o estuvieran desprovistas de valor, jamás podrían ser destinadas a constituirse en regalos o presentes de amor. Por eso Dios las hizo buenas, hermosas y agradables, incluida la fruta prohibida del

³⁸Ca 1: 13-14.

³⁹Como dijo el Cura rural de Bernanos, inmediatamente antes de morir: *Todo es gracia.*

⁴⁰2 Cor 8:9.

árbol del Paraíso (Ge 3:6). Y así es como puede decirse con verdad que la belleza de la virginidad se fundamenta en la sublimidad del matrimonio,⁴¹ y que la heroica grandeza de la obediencia hunde sus raíces en la excelsitud de la voluntad y del entendimiento humanos.

La soledad de los amantes se hace plena realidad cuando ambos han entregado *todo* lo que poseen. Enteramente despojados de las cosas, las cuales han sido entregadas por amor, cada uno de ellos queda solamente con el otro como única posesión.

*Es única mi paloma, mi perfecta;
es la única hija de su madre,
la predilecta de quien la engendró...⁴²*

*Ven, amado mío, vámonos al campo;
haremos noche en las aldeas.
Madrugaremos para ir a las viñas,
veremos si brota ya la vid,
si se entreabren las flores,
si florecen los granados,
y allí te daré mis amores.
Ya dan su aroma las mandrágoras
y abunda en nuestras huertas
toda suerte de frutos exquisitos.
Los nuevos, los añejos,
que guardo, amado mío, para ti.⁴³*

⁴¹La depreciación de la idea del matrimonio es la que ha ocasionado la actual baja cotización del concepto de virginidad. No es un hecho casual que la introducción *de facto* del divorcio en la práctica de la vida católica, por más que se haya llevado a cabo subrepticamente, haya desembocado en la desvalorización de la virginidad y en la consiguiente escasez de vocaciones a la vida consagrada. El atentado a la indisolubilidad del matrimonio ha constituido un verdadero asalto contra el núcleo fundamental del cristianismo: el concepto del amor.

⁴²Ca 6:9.

⁴³Ca 7: 12-14.

Aquí la entrega de todo lo que es propio es pues completa y total. El amante dona y ofrece todas las cosas que posee, incluido él mismo; o su propia vida, por supuesto, si es que se quiere expresar de otra manera. Lo cual significa, llevadas las cosas hasta su lógica más extrema, que el amante se queda también sin su propia muerte,⁴⁴ desde el momento en que ya no posee tampoco una vida propia. Por eso pudo decir el Apóstol que *Ninguno de nosotros vive para sí, y ninguno de nosotros muere para sí. Pues si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. En fin: sea que vivamos, o sea que muramos, del Señor somos.*⁴⁵ En el amor divino-humano alcanza aquí su punto culminante la soledad de ambos amantes, Dios y la criatura; pues es el momento, tan ansiosamente esperado, en que se quedan por fin solos los dos, enteramente el uno para el otro:

*Amado, yo quisiera
al aire del jardín gustar tu cena,
pues es la primavera
y el monte ya se llena
de romero, tomillo y hierbabuena.*

*Juntemos nuestras manos
y vámonos a ver los verdes prados,
los huertos de manzanos,
los bosques de granados,
las riberas de chopos plateados.*

*Mi Amado, subiremos
al monte del tomillo y de la jara,
y luego beberemos
los dos, en la alfaguara,
el agua rumorosa, fresca y clara.*

⁴⁴La pérdida de la propia muerte es un tema que obsesionaba a Bernanos. Recuérdese, por ejemplo, *La Joie*.

⁴⁵Ro 14: 7-8; cf 2 Cor 5:15.

*Me requirió el Esposo
para que de las cosas me olvidara
y, junto al vado umbroso,
sus ojos contemplara
y al mor de sus requiebros descansara...*

Como es de suponer, el seguimiento del Esposo, a fin de estar a solas con Él, no acaba en eso. La entrega mutua en totalidad culmina en la fusión o identificación de las vidas de los amantes, como puede verse sobre todo en los textos eucarísticos de San Juan. Si cada uno de ellos entrega al otro la propia vida es lógico que ambos vivan entonces una sola y la misma: *Quien come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él. Como el Padre que me envió vive y yo vivo por el Padre, así quien me come también él vivirá por mí...*⁴⁶ *Permaneced en mí y yo en vosotros. Como el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo si no permanece en la vid, así tampoco vosotros si no permanecéis en mí.*⁴⁷

Teniendo en cuenta además que esta identificación está muy lejos de ser puramente moral. El camino señalado por los textos citados induce por el contrario a pensar que, en el amor divino-humano, la unión de los amantes es semejante, o de naturaleza análoga, a la que el Padre tiene con el Hijo en el seno de la Trinidad, o a la que el sarmiento tiene con la vid.

La doctrina de San Juan de la Cruz en este punto es tan atrevida como acertada. A propósito de la identificación que el amor produce entre los amantes, con la consiguiente divinización del hombre —o del alma, según la terminología sanjuanista y clásica—, y teniendo en cuenta además la doctrina fundamental de que el amor es siempre

⁴⁶ Jn 6: 56-57.

⁴⁷ Jn 15: 4.

cosa de dos —un *tú* y un *yo* que se aman y entregan en perfecta reciprocidad— el santo no vacila en atribuir al amante humano una cierta determinación activa en la espiración del Espíritu Santo.⁴⁸ *En esta canción dice el alma y declara aquello que dice le ha de dar el Esposo en aquella beatífica transformación, declarándolo con cinco términos. El primero dice que es la aspiración del Espíritu Santo de Dios a ella, y de ella a Dios. . .*⁴⁹ *Y no hay que tener por imposible que el alma pueda una cosa tan alta; que el alma aspire en Dios como Dios aspira en ella, por modo participado. Porque dado que Dios le haga merced de unirla en la Santísima Trinidad, en que el alma se hace deiforme y Dios por participación. . .*⁵⁰ Y en otro lugar dice también: *De manera que, según lo que está dicho, el entendimiento de esta alma es entendimiento de Dios, y la voluntad suya es voluntad de Dios; y su memoria, memoria de Dios; y su deleite, deleite de Dios; y la substancia de esta alma, aunque no es substancia de Dios, porque no puede substancialmente convertirse en Él, pero estando unida como aquí está con Él y absorba en Él, es Dios por participación de Dios.*⁵¹

Como puede apreciarse, la doctrina sanjuanista es tan sublime como certera. Aunque también es cierto que desgraciadamente los

⁴⁸ Como se sabe, no existe un término adecuado para designar la procesión del Espíritu Santo, por más que el de *spiratio* sea el más frecuentemente empleado. Ya puede suponerse que tampoco tiene traducción apropiada al castellano. Cf *Summa Theologica*, I, q 36, 1 c.

⁴⁹ Téngase en cuenta que, como ya se ha dicho, no existe aquí —por la especial naturaleza de la procesión del Espíritu Santo— terminología apropiada, y de ahí las imprecisiones del lenguaje. Además el santo está comentando en este lugar el verso primero de la canción 39 de su Cántico:

El aspirar del aire. . .

⁵⁰ *Cántico Espiritual*, Canción XXXIX.

⁵¹ *Llama de amor viva*, Canción II, verso 6.

problemas no acaban aquí, y más bien puede decirse que no han hecho mas que empezar. La teología mística, como sucede con cualquier rama de la ciencia teológica —y como sucede también en todos los campos de las ciencias—, contiene todavía demasiadas cuestiones pendientes de una mayor profundización. Por lo que respecta a este caso, tal como dice Baruzi,⁵² y como acaba de verse en los textos citados, San Juan de la Cruz pone especial cuidado en advertir que no se trata aquí de un cambio sustancial del alma en Dios. Y no podía menos de hacerlo así. Sin embargo todavía hace falta intentar profundizar en el misterio, a fin de indagar en la estructura de una unión en la que el alma, si bien no se convierte sustancialmente en Dios —no podría hacerlo en modo alguno—, llega a ser Dios *por participación*. Aunque teniendo muy en cuenta que sería absurdo pretender que el santo hubiera llegado a aclarar, ni siquiera de lejos, un misterio tan subido y sobrenatural.⁵³ Por eso cabe la formulación de una serie de preguntas que quedan ahí, como esperando una respuesta, y que son tan inquietantes y profundas como que colocan al cristiano en el umbral mismo de aquello en lo que consiste la vida eterna: ¿Qué puede significar exactamente llegar a ser Dios *por participación* aunque sin convertirse en Él sustancialmente...? ¿Qué sentido y qué alcance tiene la expresión revelada *participación en la naturaleza divina*...?

Debe tenerse siempre bien presente que la unión o fusión de vidas, que de modo tan admirable tiene lugar en el amor divino-humano,

⁵² Jean Baruzi, *Saint Jean de la Croix et le problème de l'expérience mystique*, Félix Alcan, Paris, 1931, pg. 667 y ss. Al cabo de muchos años ha aparecido por fin una traducción del libro al castellano, bien presentada, aunque no contiene el prefacio de Baruzi a la segunda edición francesa: *San Juan de la Cruz y el problema de la experiencia mística*, Junta de Castilla y León, 1991.

⁵³ A pesar de la extensión y profundidad de su doctrina, como puede apreciarse, por ejemplo, en el texto citado de la *Llama*.

no supone de ninguna manera la pérdida de la personalidad por parte de cualquiera de los amantes. Lo que sucede es más bien lo contrario, pues el amor es la forma de reafirmar y fundamentar la personalidad, si cabe utilizar un lenguaje impropio pero encaminado. Además de que tal absorción de la personalidad del uno por parte del otro haría imposible el amor, el cual se realiza siempre en la oposición de dos personas, absolutamente distintas como tales y que por eso mismo pueden tratarse mutuamente de *tú* y *yo*.⁵⁴ Si en el amor no existieran personas distintas, y aun opuestas como tales, no cabría la posibilidad de que cada una de ellas *sabiera* de sí misma para *entregarse* a la otra. La entrega amorosa sería impensable allí donde no hubiera *alguien* capaz de recibir tal entrega, desde el momento en que no puede haber donación y recepción sino entre personas diferentes. Aquí cabe también la posibilidad de algún fallo de enfoque en la doctrina clásica, cuya gravedad habrá de ser medida —en el caso de que sean ciertas estas apreciaciones— según el grado en que se haga más difícil, por su culpa, la profundización en el misterio. Lo que quiere decirse aquí es que, en las relaciones de amor —en este caso referidas al hombre—, parece algo inapropiado hablar meramente del *alma*, puesto que en realidad es de las personas de quien se puede decir con más propiedad que aman y son amadas.

El pensamiento cristiano clásico, por lo que se refiere a la estructuración de su antropología, quizá haya insistido demasiado en la doctrina de la superioridad del alma con respecto al cuerpo. O tal vez se trata simplemente del uso no muy afortunado de una determinada terminología. San Juan de la Cruz, por ejemplo, parece pensar —a propósito del fenómeno de la transverberación operado en San

⁵⁴El olvido de este punto fundamental es el que ha dado lugar al monstruoso error del panteísmo.

Francisco de Asís— que ciertas gracias extraordinarias otorgadas al cuerpo son una especie de redundancia de lo que el alma ha recibido previamente: *Volvamos pues a la obra que hace aquel serafín, que verdaderamente es llagar y herir interiormente en el espíritu; y así, si alguna vez da Dios licencia para que salga algún efecto afuera en el sentido corporal al modo que hirió dentro, sale la herida y llaga afuera, como acaeció cuando el serafín hirió al santo Francisco, que llagándole el alma de amor en las cinco llagas, también salió en aquella manera el efecto de ellas al cuerpo, imprimiéndolas también en el cuerpo, y llagándole también, como las había impreso en su alma, llagándola de amor. Porque Dios, ordinariamente, ninguna merced hace al cuerpo que primero y principalmente no la haga en el alma.*⁵⁵

No sería razonable exigir del santo un tecnicismo que él no pretendió y el uso de una terminología que no se utilizaba en su época. Con todo, y vistas las cosas desde ahora, quizá sería más exacto decir que las llagas de la transverberación, más bien que haber sido concedidas por redundancia al cuerpo de San Francisco —tampoco meramente a su alma—, fueron otorgadas en realidad a *San Francisco*.⁵⁶

En cuanto a la fruición de Dios, por parte de las almas de los bienaventurados en el cielo, el problema no ofrece mayor dificultad, puesto que tales almas aman a un Dios personal. Por parte de Dios con respecto a ellas, en cambio, hay que buscar algún otro punto de

⁵⁵ *Llama de amor viva*, canción II, verso 2.

⁵⁶ Santo Tomás niega al alma humana la condición de persona, en contra de lo que opinaban Hugo de San Víctor y el mismo Maestro de las Sentencias (cf, por ejemplo, *Summa Theologica*, I, q 29, a 1, *ad quintum*; I, q 75, a 4, *ad secundum*). Cuando está separada del cuerpo se encuentra en situación de exigencia y espera con respecto a él, y en estado por lo tanto de imperfección (cf, por ejemplo, *Summa Theologica*, I, q 51, a 1, *respondeo*; I, q 55 a 2, *respondeo*; I^a II^{ae}, q 4, a 5, *ad quartum*; I, q 77, a 8, *respondeo*), si bien el santo la reconoce como subsistente y capaz de operaciones intelectuales y volitivas (cf, por ejemplo, *Summa Theologica*, I, q 75, a 2, *respondeo y ad primum*; I^a II^{ae}, q 4, a 5, *ad quartum*).

solución. Una clave indicadora de un principio de explicación quizá pueda encontrarse en el texto de Lc 20:37:⁵⁷ los bienaventurados Abraham, Isaac y Jacob no pueden ser considerados como muertos para Dios, puesto que *para Él todos viven*. Texto en el cual, aunque es indudable que el acento se pone en la afirmación del hecho de la resurrección, también es verdad que queda subrayada la especial consideración —o la forma como Él las ve— que estas almas tienen para Dios. De todos modos, una vez más y como siempre, es indudable que el amor de Dios a esas almas tiene una referencia personal que no puede ponerse en duda: son las almas *de los justos*, el mismísimo corazón de sus santos. Si las cosas que pertenecen a la persona amada son amadas también porque son de ella. . . , porque hablan de ella, porque le pertenecen y porque conducen a ella. . . , ¿qué puede decirse cuando se trata de su alma y de su corazón? Cuando Dios ama a esta o a aquella alma es evidente que lo hace así porque son las almas *de los suyos*, las de *aquellos* a quienes Él ama verdaderamente: *porque para Él todos viven*. Y esto es ley universal en el amor.⁵⁸

Dentro de esta línea parece abrirse otra posibilidad capaz de ayudar a explicar el hecho de que el cristiano pueda llegar a participar de la naturaleza divina, según se desprende del importante texto de 2 Pe 1:4,⁵⁹ sin perder la propia y sin necesidad de acudir a las fantasmagorías panteístas que quieren convertirla en divina.

⁵⁷Textos paralelos en Mt 22:32 y Mc 12: 26-27.

⁵⁸Dado lo arduo y complicado del tema, nadie pone en duda que el espinoso problema de la escatología intermedia —cuya verdad doctrinal se da aquí por admitida— es uno de los más difíciles de la teología. Desde luego es obvio que la doctrina de la *persona*, a pesar de haberse llegado en ella a una admirable formulación por parte de Santo Tomás, no puede darse por definitiva. Habrá que volver sobre el tema, por lo tanto, más adelante con nuevos intentos de profundización.

⁵⁹Cf también, por ejemplo, Jn 1:12; 14:20; 15: 4-5; Hech 17:28; 1 Cor 1:9; Ro 6:5; 1 Jn 1:3; 4:9.

A su vez, la fusión de vidas entre los amantes proporciona también la clave para entender el verdadero significado del mandamiento nuevo: *Un mandamiento nuevo os doy: que os améis los unos a los otros; como yo os he amado, amaos también unos a otros.*⁶⁰ Cuya expresión *como yo os he amado* no debe ser interpretada en el sentido de semejantemente, o en el de porque yo lo he hecho así con vosotros, sino en el más exacto y preciso de *con el mismo amor*. Porque es el mismo Espíritu de Jesucristo quien vive en el cristiano, actuando, amando y orando en él, con él y por él (Ro 8:26). Y si es el mismo Amor del Maestro quien está asentado en el corazón del discípulo, puede decirse entonces con toda verdad que ambos aman exactamente con el mismo amor: *... Para que el Amor con que tú me has amado, oh Padre, esté en ellos y yo en ellos.*⁶¹ Lo cual no tendría sentido alguno si ambos amantes no vivieran la misma vida.⁶²

Queda también así mejor iluminada, desde este punto de vista, una aporía a la que antes se ha aludido: el mandamiento del amor al prójimo, o el aspecto *horizontal* del amor humano sobrenaturalizado, en relación con la proclamada soledad de los amantes. ¿Qué sucede con la doctrina del solos *tú* y *yo*, en total olvido de todo y de todos los demás...? ¿Se trata o no se trata de eso...? Ahora bien: si el cristiano y Jesucristo aman con el mismo corazón, o con el mismo Amor, resulta que cada uno de ellos ama exactamente lo que ama el otro. De ahí que el cristiano, con el mismo Amor y con el mismo Espíritu de Jesucristo —numéricamente el mismo— radicados en su corazón (Jn 17:26; Ro 5:5), ama todo aquello que ama su Señor y por

⁶⁰ Jn 13:34.

⁶¹ Jn 17:26; cf 1 Cor 6:17.

⁶² Desde esta perspectiva se entiende mejor un texto a primera vista extraño y difícil: *Porque yo vivo y vosotros viviréis* (Jn 14:19).

lo tanto a todos los hombres. No simplemente porque Jesús los ama, incluso hasta el punto de haber dado la vida por ellos, sino porque él —el cristiano— ama con el mismo Amor con el que ama Jesucristo (Ef 4:4). Por eso el mandamiento de amar al prójimo *como a uno mismo* no es en modo alguno una referencia a ideas de magnitudes o medidas; pues no se trata de amarlo en el mismo grado, o más que a uno mismo —una perspectiva desde la que el precepto sería difícil de entender—, sino de amarlo con el mismo corazón, que es lo mismo que decir *con el mismo amor*.

Una de las consecuencias que ha producido el momento de crisis por el que atraviesa la Iglesia es el cuestionamiento del seguimiento de Jesucristo, a pesar de tratarse de una cosa que forma parte del meollo mismo de la vida cristiana. Como es lógico, según lo normal en estos casos y más aún en el momento triunfalista por el que atraviesa el catolicismo, muy pocos están dispuestos a reconocer el problema; aunque eso, claro está, no es suficiente por sí solo para demostrar la falsedad de lo que se acaba de decir.⁶³ Por otra parte esta situación no puede parecer extraña si se tiene en cuenta el hecho, que nadie se atreverá a negar, de que casi todas las verdades fundamentales del cristianismo han sido puestas en tela de juicio. El reconocimiento de la Teología como ciencia abierta, dispuesta a problematizar todas las cuestiones, es algo convertido hoy en lugar común y del que ni siquiera quedan excluidos muchos documentos

⁶³Durante los años que siguieron al Concilio Vaticano II se puso de moda acusar de triunfalista a la Iglesia preconiliar. Actualmente nadie habla ya de triunfalismo, a pesar de que se tiene por más que evidente que nunca ha atravesado la Iglesia por mejores momentos que los de ahora, y a pesar de que los hechos hablan por sí solos en sentido hartamente diferente. Como decía la máxima de la praxis marxista, mucho menos obsoleta de lo que generalmente se piensa: si los hechos demuestran lo contrario, peor para los hechos. Ahí está, por ejemplo, la tremenda crisis de vocaciones a la vida consagrada —secular o religiosa— que sufre la Iglesia, aunque a menudo no se reconozca.

eclesiásticos oficiales. Una cosa a la que en principio no habría nada que oponer; pero que sin duda necesita una matización con respecto al sentido de las expresiones que suelen utilizarse, teniendo en cuenta sobre todo el peligro que encierran las ambigüedades. El hecho, por lo demás legítimo, de que la Teología se considere a sí misma *abierta* a una multitud de cuestiones, no debe impedir que se proclame también *cerrada* con respecto a otras que no pueden ser objeto de discusión: cuales son las verdades dogmáticas y su sentido exacto, tal como han sido delimitados por el legítimo Magisterio. A no ser que la pretendida apertura se quiera interpretar como un cuestionamiento radical de todo el *corpus* doctrinal —tal como defienden las modernas filosofías del lenguaje o las teologías rahnerianas, por ejemplo—, lo que conduciría a un relativismo absoluto en el que la fe puede quedar reducida a una cuestión de gustos personales, o tal vez a una broma.

Como es fácil suponer, el cuestionamiento del seguimiento de Jesucristo no se ha llevado a cabo mediante un ataque directo; aunque tampoco sería exacto decir que ha consistido en una mera marginación, o en una simple puesta entre paréntesis, con el fin de relegarlo al olvido. El seguimiento de Jesucristo es un acto de enamorados que se realiza a través de la fe actualizada por la caridad (Ga 5:6). De ahí que su cuestionamiento se haya planteado desde supuestos contrarios al amor, estructurados a su vez en un doble frente.

Una vez que han sido admitidos, de forma más o menos consciente, los presupuestos de las filosofías idealistas, la irrupción de sus consecuencias lógicas es solamente cuestión de tiempo. Así es como el hombre moderno ha desembocado en una situación en la que ya no siente ninguna necesidad de salir de sí mismo para seguir a otro, y menos aún para entregarse a él mediante la renuncia a la propia vida. Según estos planteamientos el hombre es un ser que se basta a

sí mismo y que ya no necesita buscar un Paraíso fuera de este mundo; sino en todo caso solamente en éste en el que vive, puesto que además no hay otro. Además el amor es un mero fenómeno fisiológico en el que no es posible descubrir mucha diferencia entre el ser humano y los animales. Por eso ya no tiene sentido que el hombre salga de sí mismo para llevar a cabo la búsqueda del *otro*, como exige la ley fundamental del amor. El hombre se realiza en sí mismo y dentro de sí mismo, sin necesidad de elementos extraños a él que además lo convertirían en un alienado. Por otra parte desaparece la persona como tal, diluida en lo social como única entidad consistente: y sin realidad personal, como es bien sabido, no queda posibilidad alguna para el amor. El *nosce te ipsum* del oráculo de Delfos queda muy atrás y ampliamente superado: ya no es necesario acudir al mero autoconocimiento como punto de referencia, o al menos así parece, desde que el hombre ha descubierto que es él, y solamente él, quien se hace a sí mismo.

Los principios de las filosofías idealistas —con sus excrecencias adheridas y derivadas, como el marxismo— están muy lejos de haber desaparecido del mundo moderno. La verdad es que impregnan el ambiente en el que se desenvuelve el hombre actual, incluido por supuesto el cristiano. No es de extrañar así que, incluso dentro de la misma Iglesia, el acento se haya desplazado desde Dios al hombre, ni que la antropología haya ocupado posiciones que antes pertenecían a la teología. Se trata de hechos que están ahí y que solamente pueden pasar desapercibidos para los ingenuos.

En el tremendo esfuerzo que la Iglesia actual está realizando para recuperar un mundo que se ha descristianizado, son muchos los Pastores que se han convencido de la necesidad de echar mano de las únicas categorías que el hombre de hoy está dispuesto a aceptar: las suyas propias, o puramente humanas, que suelen estar bastan-

te alejadas de las sobrenaturales.⁶⁴ Así es como comenzó la tarea, por parte de muchos hombres de Iglesia, de disimular el auténtico contenido de la Revelación, sin vacilar en utilizar categorías y conceptos puramente naturales para acabar finalmente olvidando de lo que se trata. Parece increíble que se puedan olvidar tan fácilmente los dictados más simples del sentido común, cual es, por ejemplo, el de que no es razonable utilizar la política de disimular o de esconder la mercancía con el fin de venderla mejor.

Nociones como la de convertirse en Cristo, o la de llegar a ser otro Cristo, han quedado así sustituidas por la de *ser uno mismo*. Expresión esta última cuya legitimidad tal vez no pueda ser discutida, pero que evidentemente carece de connotaciones sobrenaturales. Y sin embargo, a pesar de que el cambio de consignas ha sido bastante notable, nadie parece haberse apercibido del trueque: la *old-fashioned* proclama *sé otro Cristo*, por ejemplo, ha quedado archivada para transformarse en la más brillante y moderna *sé tú mismo*. Con todo las modificaciones son más transcendentales de lo que a primera vista puede parecer, pues ya no se trata de salir de uno mismo para vivir la vida del otro, sino que —muy al contrario— la cuestión se centra ahora en reafirmar la propia identidad. Quedan ya muy lejos las palabras del Señor al respecto: *Quien quiera salvar su vida, la perderá; pero quien pierda su vida por mí y por el*

⁶⁴Es conveniente advertir que, puesto que no se trata de llevar a cabo aquí una tarea que sólo a Dios corresponde, cual es la de juzgar acerca de las intenciones, parece suficiente enumerar someramente los hechos, sin dejar de conceder mientras tanto a todo el mundo el beneficio de la buena fe mejor que el de la duda.

*Evangelio, la salvará.*⁶⁵ Es necesario reconocer que, en el supuesto caso de que alguien tratara de buscar la concordancia de las nuevas consignas —sin olvidar la vieja enseñanza del oráculo de Delfos— con la revelación neotestamentaria, se iba a encontrar con una tarea bastante difícil y seguramente imposible. Frente a todo lo que pueda parecer, el hombre no se conoce nunca a sí mismo, ni menos aún se realiza en plenitud, entrando dentro de su propio yo; es preciso por el contrario que salga de él, en total olvido de su propio ser, a fin de buscar y entregarse *al otro*. En el seno de la Trinidad, la Idea que el Padre tiene de Sí mismo es otra Persona —la del Verbo—, hasta el punto de que cuando *se mira a Sí mismo ve a otro*; idéntico a Él mismo (en identidad numérica de esencia), pero totalmente distinto de Él en cuanto Persona.⁶⁶ Cuando el hombre se mira a sí mismo, limitándose a considerar su propio yo, solamente puede saber lo que es capaz de ser *negativamente* —y aquí ha de ser tenido en cuenta todo el misterio del pecado, con su malicia infinita—; mientras que para saber *positivamente* lo que es, y lo que es capaz de hacer, ha

⁶⁵Mc 8:35.* Cf también Mt 10:39; 16:25; Lc 9:24; 17:33; Jn 12:25. Es de notar que esta doctrina del Señor es recogida por todos los evangelistas (San Juan y los tres sinópticos), con una insistencia y tal diversidad de matices que dejan bien avalada su fundamental importancia.

⁶⁶Ya puede suponerse que esta doctrina solamente es aplicable al ser humano teniendo en cuenta la infinitud de la analogía. Sin embargo no debe olvidarse, una vez salvadas las diferencias fundamentales que existen entre el Creador y la creatura, que el hombre ha sido hecho a imagen y semejanza de Dios.

*Los versículos que vienen a continuación aclaran la situación actual y vienen a ser como su diagnóstico; en cuanto que denuncian la vergüenza y timidez, tanto por lo que se refiere a la proclamación del Evangelio, como con respecto al testimonio que los cristianos están obligados a dar sobre Jesucristo: *¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si pierde su vida? ¿Y qué dará el hombre a cambio de su vida? Porque si alguno se avergüenza de mí y de mis palabras en esta generación adúltera y pecadora, también el Hijo del hombre se avergonzará de él cuando venga en la gloria de su Padre con sus santos ángeles* (Mc 8: 36-38).

de olvidarse de su propia vida para salir de sí mismo y mirar a Jesucristo. Solamente entonces es cuando puede decir con toda verdad: *Ecce Homo*.

Hacer creer al hombre que se basta a sí mismo es impedirle sentir la necesidad de seguir a Jesucristo. Tal seguimiento ya no tiene sentido. ¿De qué puede servir a un ser que ya lo tiene todo? Además, ¿qué razón puede justificar ya la exigencia de perder la propia vida? Encerrar al hombre en sí mismo no es otra cosa que destruir en él de raíz toda posibilidad de amar y de ser amado. Con lo cual se lleva a cabo un ataque directo y mortal al corazón mismo del Amor. A ese Amor que desaparecería del mundo si alguna vez el hombre, por alguna incomprensible locura, llegara a quedarse definitivamente en la soledad del propio yo.

Esta es la verdadera razón, y quizá la única, de la crisis de vocaciones que padece la Iglesia. Es bastante probable que, en el caso de que así se reconociera, sobrarán los Sínodos, los Congresos, y la gran multitud de estudios sociológicos *ad casum*. Sin duda es razonable pensar, puesto que las verdaderas causas de la crisis no son sociológicas sino sobrenaturales, que el problema tendrá que solucionarse con medios también sobrenaturales. Sin embargo parece que los vientos no soplan por ese lado. Desgraciadamente son muchos los eclesiásticos que, como la Marta del Evangelio, están demasiado atareados, empeñados además en utilizar las mejores técnicas... puramente humanas. A este respecto es impresionante el movimiento sociológico del clero moderno: asambleas, cursillos, reuniones en todos los ámbitos, congresos, viajes y más congresos..., alimentado y animado todo ello por el trabajo incansable de los expertos. Apenas si queda tiempo para respirar, y menos aún para atender a los fieles. Aunque pueda parecer una perogrullada, sería interesante que alguien se colara de rondón en alguna de esas interminables

asambleas, tan maravillosamente organizadas para que los sacerdotes pierdan su tiempo, y gritara: *¿Qué, si todos nos decidimos a ser mejores y nos marchamos ya a trabajar...?* Caso de que fuera escuchado, lo que no parece probable, es muy posible que tal consigna resultara más que suficiente.⁶⁷

El seguimiento perfecto de Jesucristo, como acto propio que es de enamorados, supone una perennidad que hay que reconocer como otro de los elementos esenciales del amor. Sin embargo también desde esta posición, tal como cabía esperar, se intenta difuminar o destruir la doctrina del seguimiento.

El amor verdadero, en efecto, exige la totalidad, sin condiciones de ninguna especie y ni siquiera temporales. Por eso es para siempre y no es dable imaginarlo de otro modo. Si la persona amada es el todo para un amante cuyos deseos de felicidad y del bien, por otra parte, son infinitos, no cabe pensar que ese todo pueda quedar *limitado* por la temporalidad de unos plazos. Un bien que está destinado a acabarse no puede ser infinito en ninguna de las formas imaginables. De ahí que el amor perfecto haya de ser absolutamente imperecedero: *La caridad no pasa jamás.*⁶⁸ De otra forma no es verdadero amor.⁶⁹

Pero el amor total, y por lo tanto para siempre, no goza hoy de buen predicamento; ni siquiera entre los cristianos. La razón no es otra que el desvanecimiento de la fe, el cual ha conducido a que

⁶⁷Alguien dijo alguna vez que la hipertrofia de reuniones, por parte del clero, no es sino una consecuencia del aburrimiento, el cual está originado a su vez por la falta de vida interior. Y añadía: el diablo castiga con reuniones y asambleas a los sacerdotes que no hacen oración.

⁶⁸1 Cor 13:8.

⁶⁹Por eso la alegría perfecta o completa (Jn 15:11; 16:24), que es el primero de los frutos del amor (Ga 5:22), no puede concebirse si no es para siempre: *Vosotros ahora tenéis tristeza; pero os volveré a ver y se alegrará vuestro corazón. Y ya nadie os quitará vuestra alegría* (Jn 16:22).

ya no se crea en el verdadero amor.⁷⁰ Es la única explicación que cabe dar a la innegable realidad —por citar algún caso— de que el divorcio haya sido admitido como un hecho entre los católicos. Por supuesto que no se conoce con ese nombre, puesto que la doctrina de la indisolubilidad del matrimonio, guste o no guste, es de fe divina y por lo tanto intocable. Pero lo que no se puede admitir *de iure* se puede introducir *de facto*, como una práctica consumada, aunque sea necesario para ello cambiarle el apellido: basta con declarar que no hubo vínculo desde el principio —*in radice*—, por ejemplo. La *trickery* ha de servir para algo, y más si, como sucede en este caso, puede solucionar problemas fácilmente.⁷¹

Por eso no es frecuente hoy proponerle a los jóvenes comprometidos que atan para siempre.⁷² Ahora bien: el verdadero seguimiento de Jesucristo, como bien puede suponerse, es para siempre. Para comprobarlo basta con recordar los textos evangélicos citados al co-

⁷⁰No sería lícita aquí una farisaica rasgadura de vestiduras arguyendo exageraciones. Es la misma revelación neotestamentaria la que considera como hecho a suceder —y no como una mera posibilidad— un crecimiento tal de la maldad que ocasionará, a su vez, el enfriamiento de la caridad de muchos (Mt 24:12). En cuanto a la relación de la caridad con la fe, no es posible citar aquí la multitud de textos del Nuevo Testamento que la establecen: baste con aludir, por poner algún ejemplo, a 1 Te 1:3 y Ga 5:6.

⁷¹Tampoco aquí sería honrado el escándalo farisaico. Los hechos están ahí y hablan por sí solos. Todos los católicos casados saben que pueden ir a su parroquia para conseguir la separación en el momento en que lo deseen: sólo tienen que pedirlo.

⁷²Muchos pastores de almas no se muestran muy dispuestos a proponer una entrega, total y para siempre, por la sencilla razón de que no parecen estar bien convencidos de su utilidad, y aun ni siquiera de su posibilidad. En cuanto a los religiosos y religiosas, abundan los que enfocan su compromiso hacia objetivos exclusivamente temporales (aunque quizá habría que decir aquí mejor intramundanos); y posiblemente es este cambio de orientación la razón única por la que aún no han desaparecido muchos Institutos religiosos.

mienzo de este capítulo, en los que aparece el Señor rechazando en todas las ocasiones, y de modo terminante, a aquellos que quizá habrían estado dispuestos a seguirlo pero con condiciones. El mundo actual, que no entiende de radicalismos cuando se trata de Dios, y aunque no lo diga expresamente, no es capaz de aceptar unas enseñanzas del Señor que le parecen exageradas e incluso inoportunas: ni despedirse de la familia, ni ir primero a enterrar al padre fallecido, ni dar entrada absolutamente a ninguna otra cosa que pueda impedir, o demorar un tanto, la respuesta afirmativa a la llamada al seguimiento. Hoy apenas si se cree ya en un amor tan perfecto como para ser capaz de unir en totalidad y para siempre a los que se aman, y de ahí que el divorcio se encuentre aceptado e instalado en todos los ambientes como algo normal. ¿Cómo podrían entenderse ahora, en este orden de cosas, las ardientes expresiones de amor del final del *Cantar de los Cantares*?:

*Ponme como sello sobre tu corazón,
ponme en tu brazo como sello.
Que es fuerte el amor como la muerte
y son como el sepulcro duros los celos.
Son sus dardos saetas encendidas,
son llamas de Yavé.
No pueden aguas copiosas extinguirlo
ni arrastrarlo los ríos.
Si alguno ofreciera por el amor toda su hacienda,
sería despreciado.⁷³*

¿Queda claro ahora por qué los compromisos para siempre han sido sustituidos por los *compromisos temporales*? El mismo nombre

⁷³Ca 8: 6-7.

de estos últimos lo explica todo. Cuando, por las razones que fueren, ya no se cree en la realidad de un amor eterno, queda todavía la posibilidad de acudir a los sucedáneos: el compromiso por los marginados, el político o promoción de las democracias, el del pacifismo, el de la defensa del medio ambiente, el de la lucha por la conservación de las culturas indígenas... ¿para qué seguir? Cosas todas cuyos objetivos y metas, aunque sean verdaderamente elevados y dignos, no tienen mucho que ver con un seguimiento que va en busca de un Amor que es total y para siempre.

Si la sal se vuelve sosa... Puesto que estos ideales, aun admitiendo que pueden llegar a ocupar un lugar bien importante —por un cierto tiempo— en la vida de algunas personas, no son capaces de arrebatarse el alma de nadie, ni menos aún la de los jóvenes, es inevitable que las buenas intenciones queden ineficaces. La desbandada y la descristianización son mayores cada día. Por lo que respecta concretamente a la juventud, si bien desaparecieron tiempo ha los Camus, los Sartre o los Marx, ahí están pese a todo, con toda su virulencia y fuerza, la angustia, la náusea, el hastío, la amargura, el desencanto y la droga. Es toda una juventud la que se ha marchado del hogar que era para ella la Iglesia, como el hijo pródigo de la parábola. Lo cual ha sido posible —¿por qué no reconocerlo?— a pesar de los Congresos mundiales y de los Concilios de jóvenes, de tantos expertos en juventud, de tan numerosas y variadas pastorales para jóvenes, y de tantas proclamas triunfalistas según las cuales la juventud está con el Papa. Volviendo de nuevo a los dictados del sentido común, quizá sería interesante recordar que la actitud del avestruz, cubriéndose los ojos para no ver la desagradable realidad del cazador, jamás ha sido considerada como prudente.

Afortunadamente para el mundo y para la Iglesia, todavía queda *el resto de Israel*. Y sin duda alguna que es algo más que un simple

resto. Pues los cantos e himnos de amor del *Cantar de los Cantares* continúan oyéndose, después de tantos siglos, con la frescura y el vigor de siempre. Como proclamaba el mismo *Cantar*, los que hacen la guerra contra el Amor están condenados a perder la batalla:

*No pueden aguas copiosas extinguirlo
ni arrastrarlo los ríos.⁷⁴*

Y, a pesar de tanto tiempo como ha transcurrido, aún siguen resonando los ecos del Sermón de la montaña. E igualmente siguen siendo escuchados el mensaje de las Bienaventuranzas, las consignas de la Última Cena, las promesas de la Alegría perfecta que nadie podrá arrebatarse... y también y sobre todo la mayor y más feliz de todas las promesas: la de la vuelta del Maestro, que vendrá por fin a reunirse definitivamente con los suyos: *Cuando yo me vaya, y os haya preparado un lugar, vendré de nuevo y os llevaré conmigo, para que donde yo estoy estéis también vosotros...*⁷⁵ *Un poco, y no me veréis; y otro poco más, y me veréis...*⁷⁶ *Os volveré a ver, y se alegrará vuestro corazón, y nadie os quitará vuestra alegría.*⁷⁷ Entonces se verá que seguirlo y buscarlo nunca fue una tarea inútil. Sí, porque Él vendrá de nuevo:

*Y el Espíritu y la esposa dicen: "¡Ven!"
Y el que oye, diga: "¡Ven!"
Y el que tenga sed, que venga.
El que quiera, recibirá gratis el agua de la vida.⁷⁸*

⁷⁴Ca 8:7.

⁷⁵Jn 14:3.

⁷⁶Jn 16:16.

⁷⁷Jn 16:22.

⁷⁸Ap 22:17.

El Espíritu y la esposa lo llaman, para que acuda pronto y colme sus ansias. Y Él acudirá, desde luego. Porque lo ha prometido, y sus palabras no pasarán.

*Acude y caminemos,
y cruzaremos juntos por el vado;
y juntos buscaremos
las huellas del Amado,
y juntos llegaremos a su lado.*

*Mi Amado, subiremos
al monte del tomillo y de la jara,
y luego beberemos
los dos, en la alfaguara,
el agua rumorosa, fresca y clara.*

CAPÍTULO II

LAS PRISAS DEL AMOR

En la segunda carta que San Pablo escribió a los fieles de Corinto les decía que *el amor de Cristo nos apremia*.¹ Así se explica que la esposa del *Cantar* se muestre ansiosa de que el Esposo la reclame y la lleve consigo: *Llévame tras de ti; corramos*. Ella desea ardientemente ir tras Él, aunque con un propósito bien definido y al parecer un tanto extraño: el de lanzarse ambos a la carrera, una vez ya juntos y cuando todo lo demás haya quedado atrás: ¡*Corramos...!* La prisa que impulsa a la esposa —un detalle del texto que suele pasar desapercibido— está motivada, casi con toda seguridad, por la urgencia propia del amor; y no es sino la consecuencia del deseo imperioso que suele empujar al amante de encontrarse cuanto antes con el amado.

Aunque también pudiera ser que, al menos en este caso, no se tratara exactamente de eso. Puesto que los dos amantes ya están el uno cabe el otro, puede admitirse la posibilidad de que la esposa esté

¹2 Cor 5:14.

intentando sugerir que ha llegado el momento, ahora precisamente, de lanzarse juntos a la carrera. En cuyo caso quizá no sería inútil el planteamiento de una serie de preguntas: ¿Por qué y para qué correr si ya están unidos los dos...? ¿Y hacia dónde van a dirigirse...?

Conviene precisar de nuevo que la prisa, o la ansiedad humana que tiende siempre de modo radical a eliminar toda posible dilación, es un factor típicamente reflejado en el Nuevo Testamento. Suele aparecer profusamente en los Evangelios, incluso con el acompañamiento frecuente de exhortaciones de apremio tan terminantes que no dejan de producir asombro.²

Como era de esperar, *El Cantar* abunda en expresiones que hablan de los sentimientos impacientes de la esposa y de sus pretensiones. En ellas aparece su deseo insistente de huir cuanto antes con el Esposo:

*Ven, amado mío, vámonos al campo;
haremos noche en las aldeas.
Madrugaremos para ir a las viñas,
veremos si brota ya la vid,
si se entreabren las flores,
si florecen los granados,
y allí te daré mis amores.³*

El último verso parece indicar cuál es el propósito de la esposa y el porqué de su prisa: *Allí te daré mis amores*. Que es lo verdaderamente importante, mientras que todo lo demás son pretextos que ni siquiera tratan de ocultar su condición de tales; pues el amor humano gusta hacerse acompañar del lenguaje floreado de la poesía y de la música, a semejanza de los platos sofisticados que se sirven

²Del tema se ha hablado ya con cierta amplitud en el capítulo precedente. Cf Mt 8: 21-22 y Lc 9: 59-62.

³Ca 7: 12-13.

en las buenas mesas y que suelen ser adornados con sabrosas garniciones: *Veremos si brota ya la vid, si se han abierto las flores y si han florecido los granados...* La prisa de la esposa la impulsa a madrugar para irse cuanto antes con el Esposo a la soledad del campo, y además sin urgencia alguna por lo que respecta al regreso: *Haremos noche en las aldeas*. Por otra parte, y visto que todo es reciprocidad e igualdad en el amor, así como ella le había pedido antes al Esposo que la introdujera en sus cámaras,⁴ así ahora le dice también que, por su parte, desea hacer lo mismo con Él:

*Yo te llamaría y te entraría en la casa de mi madre,
en la alcoba de la que me engendró,⁵
y te daría a beber vino adobado
y mosto de granados.⁶*

San Juan de la Cruz viene a decir prácticamente lo mismo en su *Cántico Espiritual*:

*Gocémonos, Amado,
y vámonos a ver en tu hermosura
al monte y al collado
do mana el agua pura;
entremos más adentro en la espesura.*

*Y luego a la subidas
cavernas de la piedra nos iremos,
que están bien escondidas,
y allí nos entraremos,
y el mosto de granadas gustaremos.*

⁴Cf Ca 1:4.

⁵Es probable que este verso sea a su vez un eco de la idea de la unión de los esposos *en una sola carne*, como parecen sugerir también los dos versos siguientes.

⁶Ca 8:2.

*Allí me mostrarías
aquello que mi alma pretendía,
y luego me darías
allí tú, vida mía,
aquello que me diste el otro día.*

Es evidente que cosas tales como la ansiedad, la prisa, la impaciencia, la urgencia, la carrera, la persecución de cada uno de los amantes por parte del otro, y la huída de ambos una vez que se han encontrado, son elementos característicos del amor. Sin olvidar que no es solamente la esposa la que sigue y busca al Esposo, sino que también Él anda buscando con ansiedad a la esposa:

*¡La voz de mi amado! Vedle que llega,
saltando por los montes,
triscando por los collados.⁷*

.....

*Ven del Líbano, esposa,
ven del Líbano, llega,
ven de la cumbre del Amana,
de las cimas del Sanir y del Hermón,
de las guaridas de los leones,
de los montes de las panteras.⁸*

El amor de Cristo nos urge.⁹ Claro que lo mismo podía haber dicho el Apóstol que el amor nos apremia, sin más.¹⁰ Pues el amor

⁷Ca 2:8.

⁸Ca 4:8.

⁹2 Cor 5:14.

¹⁰Según el texto, es el amor de Cristo el que urge y apremia a la esposa. Pero no se excluye en él —todo lo contrario— que Cristo se sienta apremiado también de la misma manera. De hecho, en este momento, es el mismo Cristo el que está apremiando y urgiendo; por lo tanto siguiendo tras la esposa.

es ansia y urgencia por estar con el amado, carrera veloz sin miramientos para encontrarlo cuanto antes —sin dar cabida a una posible espera (Lc 15:20)—, y nostalgia y dolor insufribles por su ausencia (Jn 20:13).. Por supuesto que no admite demoras ni aplazamientos, a no ser que le sean impuestos a su pesar, y no descansa en la búsqueda de la persona amada: ni siquiera durante la noche, ni aun durante el sueño:

*Yo duermo, pero mi corazón vela.*¹¹

.....

*En el lecho, entre sueños, por la noche,
busqué al amado de mi alma,
busquéle y no le hallé.*¹²

En este sentido, algo que se dice como de pasada al comienzo de la parábola de las diez vírgenes no es otra cosa, en realidad, que un reproche a todas ellas, y no sólo a las necias: *Como el esposo tardase en llegar, les entró sueño “a todas” y se durmieron.*¹³ De ahí que el amante, durante la noche que supone para él la ausencia del amado, vigila sin descanso, y no vacila en instar al centinela nocturno, hasta con impertinencia, para que no se descuide:

Centinela, ¿qué hay de la noche?

Centinela, ¿qué hay de la noche?

El centinela responde:

Viene la mañana, viene también la noche.

¡Si queréis preguntar, preguntad!

*¡Regresad, volved!*¹⁴

¹¹Ca 5:2.

¹²Ca 3:1.

¹³Mt 25:5.

¹⁴Is 21: 11-12.

Conviene poner atención al hecho de que el primer verso se repite. Seguramente porque se pretende urgir al centinela para que esté alerta y no se descuide en modo alguno, puesto que se trata de algo de fundamental importancia.¹⁵ Sucede además que la noche es lo bastante oscura y preocupante como para sentir la urgente necesidad de saber de ella y, sobre todo, acerca del momento en que va a terminar. Y en efecto, tal como responde el centinela, llega la mañana: *porque la noche está avanzada y el día está cerca*,¹⁶ aunque llega de tal manera que la noche, al menos de momento, no queda definitivamente atrás: *viene la mañana, y viene también la noche*; porque

¹⁵No es absolutamente necesario suponer que el centinela es alguien distinto del que habla. Aquí podría admitirse también otra interpretación alternativa, o complementaria, en el sentido de que es el velador enamorado quien se insta a sí mismo a permanecer en vela. Al fin y al cabo, como es bien sabido, la actitud de vigilia y vigilancia —a la que ha de acompañar necesariamente la oración— es algo consustancial a la vida del cristiano: cf Mt 24:42; 25:13; 26: 38.41; Mc 13: 35.37; 14: 34.38; Lc 21:36; 1 Cor 16:13; 1 Pe 4:7. etc. La Neovulgata traduce así el texto del oráculo de Isaías:

*Custos, quid de nocte?
Custos, quid de nocte?
Dixit custos:
"Venit mane, sed etiam nox;
si quæritis, quærite,
revertimini, venite".*

¹⁶Ro 13:12. El dualismo es frecuente en el *Cantar*:

*Antes de que refresque el día
y se extiendan las sombras.**

El dualismo día-noche que aparece en los textos refleja una situación en la que, si bien el cristiano es ya poseedor en cierto modo, es también un peregrino que ha de seguir buscando todavía.

*Ca 2:17.

el cristiano, mientras permanece en este mundo, vive efectivamente en el *ya*, pero también en el *todavía no*. El amor del Esposo es algo que la esposa posee ya, pero solamente por ahora en arras y en primicias.¹⁷ Por eso no queda más remedio que seguir buscando, preguntando insistentemente aquí y allá: *si queréis preguntar, preguntad*:

*Me levanté y recorrí la ciudad,
las calles y las plazas,
buscando al amado de mi alma.
Busquéle y no le hallé.
Encontráronme los guardias
que hacen la ronda en la ciudad:
¿Habéis visto al amado de mi alma?*¹⁸

Y *regresad, venid*. Porque la búsqueda del Esposo exige recorrer los caminos de manera incansable una y otra vez, desandando tal vez lo andado y volviendo a empezar. Y además llamándolo, a fin de que acuda cuanto antes, como exigen la impaciencia y la prisa que siempre acompañan al amor: *Y el Espíritu y la esposa dicen: "¡Ven!" Y el que oye, diga: "¡Ven!" Y el que tenga sed, que venga.*¹⁹

La prisa y la urgencia del amor impulsan a la esposa, no ya a correr, sino a volar incluso para alcanzar al Esposo:

*Volé tan alto, tan alto,
que le di a la caza alcance.*²⁰

¹⁷ Jesús contrapone el momento del día, en el que se pueden llevar a cabo las obras de Dios, al de la noche, en el que nadie puede trabajar (Jn 9:4). Día y noche, por lo tanto; presencia o ausencia del Esposo. Pero en su ausencia nada se puede hacer absolutamente (Jn 15:5), como no sea buscarlo con apasionamiento.

¹⁸ Ca 3: 2-3.

¹⁹ Ap 22:17.

²⁰ San Juan de la Cruz, *Coplas a lo divino*.

Con un esfuerzo que suele tener éxito, porque el Esposo, que tiene aún más interés que la esposa por llegar a la unión, se deja alcanzar. Y no solamente eso, sino que, tal como se desprende de la ley de reciprocidad en el amor, Él mismo trata también de alcanzar a la esposa, según viene a decir San Pablo: *Por cuanto yo mismo he sido alcanzado por Cristo.*²¹ Las urgencias y prisas del amor afectan

²¹Flp 3:12. Probablemente éste es el verdadero sentido de las palabras del Apóstol, por lo demás tan impresionantes como misteriosas y profundas.

Es bastante lógico que la prisa y la urgencia del amor se vean reflejadas en la poesía. Al fin y al cabo lo bello se percibe y se expresa a través de la poesía por medio de las palabras, pues no otra cosa sino eso es la poesía. En la poesía española del Siglo de Oro existen abundantes y maravillosas muestras de lo que se acaba de decir. Obsérvese, por ejemplo, la extraña sensación de poética velocidad que se desprende de una bella lira de Fray Luis de León:

*Acude, corre, vuela,
traspasa la alta sierra, ocupa el llano,
no perdones la espuela,
no des paz a la mano,
menea fulminando el hierro insano.**

O el delicioso *apresuramiento*, casi divino, del final de la *Égloga Tercera*, de Garcilaso, cuando los dos pastores enamorados, Tirreno y Alcino, emprenden de nuevo la marcha después de haber estado cantando la historia de sus amores:

*Esto cantó Tirreno, y esto Alcino
le respondió; y habiendo ya acabado
el dulce son, siguieron su camino
con paso un poco más apresurado.
Siendo a las ninfas ya el rumor vecino,
todas juntas se arrojan por el vado,
y de la blanca espuma que movieron
las cristalinas ondas se cubrieron.*

*Fray Luis de León, *Profecía del Tajo*.

también al Esposo, mucho más enamorado aún que la esposa. Por eso llega *saltando por los montes, triscando por los collados. . . , como la gacela o el cervatillo.*²² Y su impaciencia también es mayor que la de ella:

*Levántate ya, amada mía,
hermosa mía, y ven. . .
Ven, paloma mía,
que anidas en las hendiduras de las rocas,
en las grietas de las peñas escarpadas.
Dame a ver tu rostro, dame a oír tu voz. . .*²³

El amor del Esposo por la esposa es hasta el fin, total, absoluto e infinito: *Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin. . .*²⁴ *Para que el amor con que tú me amaste ¡oh Padre! esté en ellos y yo en ellos.*²⁵ En *El Cantar*, el Esposo y la esposa se buscan mutuamente; pero en el Nuevo Testamento es sobre todo el Esposo quien va en busca de la esposa, de modo apasionado y dispuesto a afrontar todos los riesgos. Al fin y al cabo la revelación del amor de Dios a los hombres, comenzada en el Antiguo Testamento, alcanza su punto culminante en el Nuevo: *He aquí que estoy a la puerta y llamo. . .*²⁶ *¿Quién de vosotros, si tiene cien ovejas y pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto y va en busca de la perdida hasta que la encuentra? Y, cuando la encuentra, la pone gozoso sobre sus hombros. . .*²⁷ *Jerusalén, Jerusalén. . . ¡cuántas veces he querido reunir a tus hijos, como*

²²Ca 2: 8-9.

²³Ca 2: 10.14.

²⁴Jn 13:1.

²⁵Jn 17:26.

²⁶Ap 3:20.

²⁷Lc 15: 4-5.

*la gallina reúne a sus polluelos bajo sus alas, y no has querido! . . .*²⁸
*Con gran deseo he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer.*²⁹ Y la iniciativa, por supuesto, es siempre del Esposo: *Nosotros amamos porque Él nos amó primero.*³⁰ Y ni podía ser de otra manera ni podría ser imaginado de otro modo.

Lo cual induce a pensar que el Amor de Dios —o más sencillamente, el Amor—, tal como aparece en la Revelación y sobre todo en el Nuevo Testamento, es la más fascinante y tremenda de las realidades, como que de ella se derivan, o participan, todas las demás. Es la realidad misma del Ser, ya que ambos son la misma cosa:

*Que es fuerte el amor como la muerte
 y son como el sepulcro duros los celos.
 Son sus dardos saetas encendidas,
 son llamas de Yavé.
 No pueden aguas copiosas extinguirlo
 ni arrastrarlo los ríos.
 Si uno ofreciera por el amor toda su hacienda,
 sería despreciado.*³¹

Siendo la base y el alma de toda la Revelación, y aun la esencia misma del Nuevo Testamento, el amor no puede ser entendido sino

²⁸Mt 23:37; cf Lc 13:34.

²⁹Lc 22:15; cf 12:50.

³⁰1 Jn 4:19. En el Amor perfecto e infinito —lo que equivale a decir: en el seno de la augusta Trinidad— el amante, el amado, y la donación—respuesta del amor, son absolutamente simultáneos. En el amor participado de la criatura es primero el amor del Perfecto Amador, que espera anhelante la respuesta de la criatura. De todos modos el amor perfecto y verdadero es un círculo cerrado: amante y amado, mas el amor que los une haciéndolos respectivamente amado y amante.

³¹Ca 8: 6-7.

como algo verdaderamente maravilloso y terrible.³² La primera y la más grande de las realidades que existen en el universo, y la única que ha existido desde siempre. Puesto que el Amor es el mismo Dios, ¿qué podría ofrecer el hombre a cambio de él, o que otra cosa mejor podría esperar?:

*Si uno ofreciera por el amor toda su hacienda,
sería despreciado.*³³

El Amor de Dios, o el Amor si se quiere, tal como ha sido entregado a los hombres como maravillosa donación, es urgente, punzante, apremiante, impulsivo, apresurado, celoso, intransigente, absorbente, enemigo de dilaciones y componendas, totalitario, generoso hasta el fin, dadivoso hasta de sí mismo y tan macizo y consistente como el mismo ser. No podría ser de otra manera, desde el momento en que el amado no es para el amante —o el amante para el amado— alguien que importa mucho o que no importa tanto, a quien puede poseerse o por quien no sucede nada si no se posee, que puede estar cerca o a quien se puede esperar con calma si está lejos todavía, que puede ser esencial para la propia vida o sencillamente una cosa más de las que forman parte de ella. Lejos de todo eso, lo que cada uno de los amantes significa para el otro es nada menos que la propia vida y el objeto de todos los anhelos de su existencia. . .

De ahí que la Pastoral del pasteleo, practicada hoy tan a menudo, no sea otra cosa que una corrupción del mensaje del Nuevo Testamento, el cual queda reducido así a un cuerpo de doctrina de muy escaso contenido sobrenatural. Todo parece indicar que, para esta

³²Tomando aquí esta última palabra en la acepción de atroz o extraordinariamente grande, o en el sentido que tiene la palabra inglesa *terrific*.

³³Ca 8:7.

Pastoral, es como si las cosas carecieran de aristas y no importaran demasiado. Da por establecidos una serie de principios acerca de los cuales no admite discusión alguna. Entre los que se pueden citar los siguientes, y sin que la lista pretenda ser exhaustiva:

Ante todo es necesario creer en la bondad de todos los hombres, aparte de proclamar la tolerancia y la comprensión como las virtudes supremas. Siendo además el radicalismo el mayor de los pecados —o tal vez el único—, conviene adoptar posiciones que excluyan como nocivas las convicciones firmes.³⁴ Así como es igualmente necesario que las diversas religiones convivan en un clima de mutua colaboración;³⁵ lo cual se ha hecho posible, y hasta fácil, desde que se ha convertido en sospechosa cualquier pretensión de la existencia de dogmatismos o de verdades inquebrantables.

Por otra parte, esta Pastoral ha encontrado la fórmula feliz para sustituir la predicación del Evangelio, o el generoso testimonio de vida cristiana, por la práctica de labores humanitarias; a la que hay que añadir la incesante proclamación de ciertos *slogans* acerca de los cuales todos están de acuerdo. Como el de los derechos humanos,

³⁴A excepción de la convicción firme de no aceptar ninguna como tal, claro está. El autor de este libro tuvo ocasión de asistir como alumno, allá por los años de su juventud, a las clases magistrales universitarias de Truyol Serra; el cual decía, a propósito de la teoría de Spengler según la cual las verdades solamente son valederas en el ámbito de su propia cultura, que esta afirmación spengleriana solamente sería válida para la cultura occidental. El escepticismo, pese a que nunca está dispuesto a aceptar sus contradicciones, es semejante a la serpiente que se muerde su propia cola.

³⁵A veces resulta un tanto ridícula la pretensión de algunos portavoces de los *media* oficiales eclesiásticos —prensa, radio y televisión— de utilizar solamente expresiones que no puedan herir los sentimientos de las otras religiones. Como no citar jamás un autor cristiano, por ejemplo; o no apoyarse en criterios sobrenaturales específicamente cristianos. De lo que resultan unos discursos que se parecen bastante a charlas de psicología barata.

o el de la solidaridad; palabra esta última que últimamente se ha puesto de moda y que ha sustituido a la de la caridad en la actual catequesis oficial.³⁶ Aunque después nadie sepa cómo se puede llevar a cabo todo eso prescindiendo de Dios, y ni siquiera en lo que consiste exactamente.

Por eso es más necesario que nunca, ante la gravedad y complejidad de esta situación, que el pueblo cristiano adquiera conciencia del gran peligro que representan para él los sincretismos y los posibles malentendidos. Tal necesidad debería conducir a la puesta en práctica de medidas que acaben con tan tremenda amenaza. Un deber urgente que afecta de modo especial a todos aquellos que ejercen en la Iglesia cargos de responsabilidad.

Ahora suele estar de moda, por ejemplo, proclamar en los discursos oficiales que la diversidad de religiones no debe ser causa de desunión entre los hombres. Lo cual es cierto en principio, y siempre que no se caiga en la cuenta de que la frase se parece bastante a los tópicos que se declaman mirando a la galería. Aunque, por otra parte, la evidente obligación del mutuo respeto que debe existir entre

³⁶El procedimiento de hablar sin decir nada —llamarle eufemismo no sería calificarlo con propiedad— es una manifestación más de la actual corrupción o manipulación a la que está siendo sometido el lenguaje. En realidad ya no se puede decir que sea exclusivo de los políticos, al menos desde el momento en que también muchos Pastores de la Iglesia lo han hecho suyo. Así se ha hecho posible pronunciar discursos, escribir libros, o redactar documentos, que parecen poseer una extraña y doble virtud: mientras que el autor del alegato jamás queda comprometido a nada ni con nadie, sus correspondientes destinatarios —oyentes o lectores— se ven sumidos en la horrible perplejidad de no tener la menor idea de lo que se les ha dicho; tal vez por la razón sencilla de que no se les ha dicho nada. El fenómeno se ha extendido de tal manera que, si alguien se atreve a decir o escribir algo que tenga sentido —no importa que sea verdadero—, es calificado inmediatamente como persona extremista y hasta agresiva. Resulta difícil imaginar lo que muchos cristianos dirían ahora de San Agustín, por ejemplo, si leyeran sus tremendas diatribas contra los malos Pastores.

los creyentes de religiones distintas no podrá impedir, claro está, la existencia de una cierta diversidad entre unos y otros. Debería quedar claro que la voluntad de Jesucristo no se refiere tanto al mutuo respeto cuanto a la necesidad de que haya un solo rebaño y un solo Pastor (Jn 10:16; 17:21). A pesar de lo cual, el deseo del Señor de que *todos sean uno* está siendo interpretado, por el moderno ecumenismo, en el sentido de que *todos se entiendan*.

Cosa esta última que a su vez plantea un interrogante acerca del ecumenismo, con respecto a si sus legítimos objetivos han sido o no desvirtuados. Cabe preguntar si el cambio de signo en los planteamientos del ecumenismo —un hecho del que no se puede dudar— supone más amplitud o, por el contrario, una mayor estrechez de miras; un adelanto o más bien un retroceso. El problema aparece ahora de la siguiente manera: ya no se trata de que todos sean uno, sino de dar paso a una situación en la que, dejando las cosas como están, y pensando cada uno a su manera, la concordia y la paz resultantes hagan posible la convivencia entre todos. Cualquiera diría que los objetivos ecumenistas han sido disminuidos y reducidos.

De todos modos también es verdad que los Pastores y teólogos tienen la obligación de vigilar para que no se confunda el respeto a las personas con el respeto al error, así como también la de evitar las actuaciones o enseñanzas susceptibles de fomentar la creencia de que todas las religiones son iguales. Es un hecho más que evidente que el confusionismo no engendra nada bueno.

Algunos Pastores y teólogos dan la impresión de estar convencidos de que todo el mundo es bueno —al menos en el fondo, según suele decirse en frase muy corriente cuyo sentido, tan ambiguo como misterioso, aún no ha sido desentrañado por nadie— y de que todo importa más o menos lo mismo. Como si lo verdaderamente decisivo para ellos fuera acercarse al mundo —a un mundo que se ha

hecho ateo, y hasta hostil a todo lo que suponga un valor religioso—, incluso a costa de sacrificar las convicciones más ciertas. Su firme creencia en la necesidad de limar asperezas y aristas parece estar motivada por el deseo de llegar a un *punto de encuentro* en el que todos puedan coincidir: una especie de lugar de convergencia, comfortable y aporoblemático, en el que ya no deben importar demasiado las convicciones seguras. Olvidan sin embargo que acercarse al mundo, solamente por acercarse al mundo, no tiene sentido alguno para un cristiano. Pues el discípulo de Jesucristo está en el mundo, y se dirige a él, siempre y precisamente *para algo*, con un fin tan concreto y determinado como bien conocido: *Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda creatura. . .*³⁷ *Id pues y enseñad a todas las gentes, bautizándolas. . . y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he enseñado.*³⁸

Por muy unidos que puedan estar los creyentes de distintas religiones, siempre se interpondrá entre ellos un elemento de separación imposible de evitar: el que existe entre la verdad y el error. No es admisible que puedan ser igualmente verdaderas doctrinas tan diversas y heterogéneas como las que componen el mosaico de las diferentes Iglesias cristianas. A pesar de lo cual son muchos los que pretenden —aunque no lo confiesen expresamente— que todas tienen razón; lo que no es sino otra forma de decir que todas son falsas. Por supuesto que siempre se puede acudir al recurso de insistir en que solamente se trata de poner el acento en lo que une y prescindir de lo que separa; una afirmación que, tal como suele ocurrir con tantos tópicos, *suena* bien y halaga los oídos de los que no profundizan demasiado,

³⁷Mc 16:15.

³⁸Mt 28: 19–20.

pero que difícilmente resiste un análisis serio.³⁹ Después de lo cual ya no queda sino tratar de apuntalar esos tópicos con las conocidas acusaciones de intransigencia y radicalismo hacia los que los ponen en duda.

Que unos y otros creyentes pueden amarse y respetarse mutuamente, y que deben hacerlo, son cosas que nadie se va a atrever a poner en duda. Aunque eso, por sí solo, no puede impedir la innegable existencia de una separación doctrinal, la cual acabará siempre por reflejarse de alguna manera; salvo que los diversos fieles estén dispuestos a dejar de ser consecuentes con sus respectivas creencias. El mismo Jesucristo reconoce como hecho incontrovertible, aunque triste, la existencia de diversos apriscos, con la consiguiente *necesidad* de trabajar para que haya un solo rebaño y un solo pastor:

³⁹De todos modos tiene que llegar un momento, se quiera o no se quiera, en el que no haya más remedio que señalar lo que separa. A no ser que se quiera negar la propia identidad, o por lo menos ponerla en duda. La *definición*, que es un recurso lógico y gramatical mediante el cual se expresa la esencia o identidad de una cosa —aquello que es o en lo que consiste—, tiene por misión la de señalar unos límites bien precisos: esta entidad se extiende desde aquí hasta allí; aquí empieza y allí termina. En realidad la definición consiste en eso: esta cosa *es* esto y *no es* lo otro. De esta forma la definición enmarca y *delimita* a un ser perfectamente, dentro de un género determinado y de una especie concreta (y por eso es imposible definir a Dios). Pero, teniendo esto en cuenta, es inevitable llegar a la conclusión de que prescindir de lo que *separa* es no tener en cuenta lo que es una cosa.* Lo cual explica las crisis de identidad que están ocurriendo actualmente dentro de la Iglesia.

No es difícil adivinar que, en el fondo de todas estas tendencias, está el olvido de la doctrina del ser y su sustitución por el inmanentismo idealista.

*El verdadero significado del verbo *discernir* supone claramente la separación o diferenciación como algo necesario para calificar una cosa. En cuanto a su original latino *discernere*, significa exactamente eso: separar o dividir; un sentido del que los clásicos, como Cesar, Cicerón o Plinio han derivado el de discernir, distinguir o calificar (puede consultarse Blánquez, *Diccionario Latino-Español*). En Hech 15:9, por ejemplo, se utiliza el verbo διακρίνω con el significado de separar o establecer diferencias.

*Tengo otras ovejas que no son de este aprisco. Es necesario que yo guíe también a esas... y habrá un solo rebaño y un solo pastor.*⁴⁰ Y así es como todo el mundo está de acuerdo en que debe haber un solo rebaño y un solo pastor, y en que *en algún momento del futuro* se llegará a ello, puesto que está de por medio la promesa del Señor.

El problema se plantea cuando se intenta determinar, de una manera más concreta, la llegada de ese momento feliz de cuya existencia nadie puede dudar. Porque no parece probable, ni mucho menos prudente, que se puedan arriesgar pronósticos precisos con respecto a las fechas. Tratándose de un problema tan delicado, cuya solución parece depender también de los misteriosos designios del Padre, por no hablar de la conocida volubilidad de la naturaleza humana — con cuya libertad hay que contar —, las cosas se ponen demasiado difíciles para todo el que intente arrogarse aquí el oficio de profeta.

En cuanto a la naturaleza del trabajo a realizar para que se lleve a cabo la pretendida unión de los cristianos, no parece que pueda limitarse a algo tan simple como el abandono de verdades irrenunciables por parte de los católicos.⁴¹ El mismo Jesucristo parece dar a entender, en el versículo siguiente al citado arriba, que la tarea no va a ser tan fácil: *Por eso el Padre me ama: porque yo doy mi vida para tomarla de nuevo.*⁴² Palabras de las que pueden derivarse importantes consecuencias, entre las que habrá que contar la necesidad de ofrendar la vida para que el sueño se convierta en realidad: tanto la de Él, Cabeza del Cuerpo Místico, como la de los restantes miembros de ese Cuerpo. Una vez más es necesario reconocer que no siempre son los caminos fáciles los que conducen a buen puerto,

⁴⁰ Jn 10:16.

⁴¹ Una falsa solución cuya gravedad a nadie puede escapar. Aunque se intente llevarla a cabo de forma disimulada, puesto que todo el mundo sabe que el procedimiento no se podría confesar abiertamente.

⁴² Jn 10:17.

y que un buen ecumenismo necesita fiarse, mejor aún que del diálogo,⁴³ de cosas como la oración, la puesta en práctica de una vida cristiana seria, la inmolación personal y la confianza en Dios. Es increíble que se haya podido llegar a pensar que la unión de los cristianos pueda llevarse a cabo por la vía de las concesiones mutuas, renunciando a verdades que siempre se han considerado como irrenunciables; o bien por la de la diplomacia a través de una política inteligente. La deseada unión no se verá nunca convertida en realidad si unos y otros no recorren un camino mucho más difícil: el de profundizar en las verdades cristianas incorporándolas seriamente a la propia vida. La única forma de que unos y otros puedan estar en comunión, según el apóstol San Juan, es que caminen (vivan) todos en la luz de Dios: *Pero si caminamos en la luz, lo mismo que Él está en la luz, estamos en comunión unos con otros, y la sangre de su Hijo Jesús nos purifica de todo pecado.*⁴⁴

Pero la visión de gran parte de los hombres parece haber perdido su dimensión vertical en beneficio exclusivo de la puramente horizontal. En la mayoría de los documentos oficiales eclesiásticos ya no se habla de la necesidad de que los hombres sean cristianos, sino de que sean más solidarios: ¿Y qué puede significar, o cómo puede ser posible, una solidaridad que ha perdido de vista a Jesucristo? Cuando los hombres se empeñan en construirse su propio camino hacia el cielo, prescindiendo de Dios o incluso en contra de sus designios, se hace imposible cualquier tipo de entendimiento para dar paso, en su lugar, a la confusión y a los lenguajes ininteligibles de las nuevas

⁴³Decía Gilson que los únicos diálogos fructuosos de los que él tenía conocimiento eran los socráticos de Platón. Lo cual se debía, según él, a que habían sido redactados por un solo y mismo autor (*Les Tribulations de Sophie*, Vrin, Paris, 1967, pg. 103).

⁴⁴1 Jn 1:7. Antes había dicho que Dios es luz (verso 5), y que en Él no hay tiniebla alguna.

torres de Babel.⁴⁵ No es extraño, por lo tanto, que también haya aparecido en los últimos tiempos, en lugar del auténtico ecumenismo, una extraña Pastoral basada sobre todo en concesiones y claudicaciones. La nueva Pastoral del pasteo, aun sin pretenderlo en modo alguno —o tal vez por eso—, ha puesto de manifiesto la necesidad de insistir en algunas de las notas que pertenecen a la verdadera naturaleza del amor divino-humano, o simplemente del amor; entre las que se cuenta el carácter *agresivo* de tal amor, amén de la prisa y de la ansiedad irrefrenables que lo acompañan siempre.⁴⁶ Las cuales no son sino la consecuencia lógica y necesaria del hecho de reconocerle a la persona amada la condición de máxima prioridad. Según se desprende de la doctrina general sobre el amor, el amado es todo para el amante, al mismo tiempo que el amante es la vida para el amado; recíprocamente se puede decir lo mismo, y no existe para ninguno de ellos otra cosa distinta de la persona amada, ni en el cielo ni en la tierra, con la que se pueda establecer comparación. Siendo esto evidente, y puesto que cada uno de los amantes significa

⁴⁵La Babel moderna implica mayor malicia que la antigua. Esta última pretendía extenderse hacia arriba, a fin de encontrar la posibilidad de huir de los castigos de Dios, porque aún creía en Él. La moderna, en cambio, mira ya solamente en sentido horizontal, puesto que ya no se trata sino de construir una ciudad terrena, desde el momento en que ya no hay que esperar otra celestial; en realidad porque ya no cree en Dios.

⁴⁶El enfriamiento progresivo de la caridad, del que hablan algunos textos neotestamentarios, con la consiguiente desaparición del celo apostólico, han hecho cada vez más patente la necesidad de insistir en la verdadera naturaleza del amor divino-humano. Los textos señalan los tiempos finales de la Historia —los inmediatamente anteriores a la segunda y definitiva venida del Señor— como el momento culminante de tal enfriamiento. Con lo que queda desmentida, una vez más, la optimista teoría del perfeccionamiento progresivo y lineal de la humanidad.

la vida para el otro, ¿qué dará el hombre a cambio de su vida?⁴⁷
 Como dice atinadamente el mismo libro del *Cantar*:

*Si alguno ofreciera por el amor toda su hacienda,
 sería despreciado.*⁴⁸

De ahí que, como se ha dicho más arriba, el factor tiempo y el elemento prisa (o urgencia) sean tan importantes en el amor. Los que se aman sienten terrible impaciencia ante la llegada del momento de reunirse, ya que no pueden vivir el uno sin el otro. Lo menos cierto que se podría decir aquí es que cualquiera de ellos no se siente morir por la ausencia del otro; o que puede haber alguien a quien le importe poco quedarse sin aquello que constituye su vida. Dado que la verdad está en el extremo opuesto, puede asegurarse sin temor a equivocaciones que el amor no es amigo de concesiones, y sí más bien intolerante y hasta intransigente.

Lo cual explica que goce de tan poco cartel en los tiempos en los que prevalece una Pastoral, cual es la del pasteleo, de generosas tolerancias y amplia comprensión: agua y azucarillos pero sin aguardiente. Decía Gilson, dentro de esta misma línea de cosas, que *hay países donde ningún profesor de ninguna ciencia podría conservar su*

⁴⁷Mt 16:26. Los textos que afirman que el discípulo del Señor debe estar dispuesto a despreciar su propia vida, e incluso a perderla (Mt 16:25; Mc 8:35; Lc 9:24; Jn 12:25; Ap 12:11), no contradicen lo dicho aquí acerca del amor. Muy al contrario, porque tales textos se refieren a la vida del discípulo como amador o amante, la cual, por eso mismo, está destinada en definitiva a ser entregada y cambiada por la del amado. No debe olvidarse que, según los principios de totalidad y reciprocidad que rigen la doctrina del amor, cada uno de los amantes entrega al otro todo lo suyo. Y en efecto, como dice el Apóstol, Jesucristo es la vida del discípulo (Col 3: 3-4; cf Jn 6: 52-57. Cf también A. Gálvez, *El amigo inoportuno*, Parte Tercera, *Shoreless Lake Press*, New Jersey, 1995).

⁴⁸Ca 8:7.

*trabajo, ni un solo día, si empezara enseñando que no sabía cuál es la verdad acerca de la misma ciencia que se esperaba que enseñase; pero donde un hombre encuentra dificultades para ser reconocido como profesor de Filosofía si profesa creer en la verdad de la filosofía que enseña. La única posición dogmática mantenida todavía como válida, en algunos círculos filosóficos, es la de que, si un filósofo se siente razonablemente seguro de estar en lo cierto, es seguro que se equivoca.*⁴⁹ Es evidente, por supuesto, que si por tolerancia se entiende el respeto a las personas y la renuncia a imponer la verdad por la fuerza, no hay sino darle la bienvenida al concepto. Pero sin llamarse a engaño; pues a menudo esa tolerancia no es otra cosa que el abandono —bien disfrazado y convenientemente presentado— de principios irrenunciables. ¿Cómo se puede creer en la posibilidad de encontrar un terreno firme en el que fundamentar una verdad —la cual sirva a su vez de base a una paz y entendimiento sólidos entre los hombres— cuando ya de entrada se ha renunciado a la verdad? Sólo en una cosa pone énfasis la Pastoral de la tolerancia, como si fuera la más importante de todas: en la intolerancia más absoluta con respecto a los que se muestran escépticos ante ella.⁵⁰ Aunque lo peor de todo esto es que, desgraciadamente para esta tolerancia, el Nuevo Testamento se encuentra muy lejos de suscribirla.

⁴⁹É. Gilson, *Being and some Philosophers*, Pontifical Institute of Mediaeval Studies, Toronto, 1952, p. VIII. Lo único que cabría añadir a la aguda observación de Gilson es que hoy, por lo que hace a algunos círculos de teólogos, habría que hacerla también extensiva a la Teología.

⁵⁰La prueba está en las reacciones negativas, y con frecuencia violentas, que los partidarios de la actual tolerancia desencadenan contra los que ponen en duda la eficacia de esta política. En este sentido puede decirse que los intolerantes no están solos, porque también la tolerancia es a menudo ferozmente antitolerante.

En la parábola de las bodas reales, por ejemplo, se pueden leer textos como los siguientes: *Sal enseguida a las plazas y calles de la ciudad y trae aquí a los pobres, a los tullidos, a los ciegos y a los cojos... Sal a los caminos y a los cercados y oblígales a entrar para que se llene mi casa.*⁵¹ En los que se encuentran, por lo menos, dos elementos importantes dignos de ser notados. En primer lugar el de la prisa, ya que se insta al criado para que vaya enseguida —*cito, celeriter*— a convocar a nuevos invitados. Y además otro, que hoy suena de modo extraño y que la moderna Pastoral no parece dispuesta a admitir: el de instancia e insistencia, incluso con el uso de la fuerza —*compelle intrare*—, a fin de conseguir que acudan los comensales.

Quizá sea conveniente insistir en que se equivocaría de lleno quien pretendiera ver aquí una justificación de la imposición de la verdad por la fuerza. Pero, por otra parte, existen hechos patentes que nadie de buena voluntad se atreverá a negar; pues es bien sabido, por ejemplo, que diversos pasajes del Nuevo Testamento están siendo silenciados en ciertos círculos pastorales y teológicos.

Sin embargo, por lo que se refiere al último texto citado, es evidente que ha de significar algo; a no ser que se pretenda decir que se trata de una simple relación de palabras huevas. ¿Se refiere quizá al fuego e ilusión con que debe ser predicada la verdad nacida de un convencimiento profundo? ¿O es que se quiere insistir en que el amor, por ser una realidad tan maciza como el ser —como que se identifica con ella—, no puede ser despreciado, ni tomado a broma, y ni siquiera tratado a la ligera? Todo hace pensar que la mistificación del concepto del Amor obedece al olvido de la noción tomista del ser, que ha sido sustituida por la absurda pretensión del hombre

⁵¹Lc 14: 21.23.

moderno de hacer depender la realidad solamente de él.⁵² De todas formas es evidente que la expresión *compelle intrare*, si por una parte obliga a los cristianos a dar testimonio ardoroso de su fe, por otra exige también que los Pastores de la Iglesia prediquen sin disimulos. Por lo que se puede concluir que, tanto el ecumenismo practicado por la Pastoral del pasteleo, como las actuaciones derivadas de una mal entendida tolerancia, son antievangélicos.

Lejos de ser el amor una cosa más, o tal vez algo superficial, para la enamorada esposa del *Cantar*, es por el contrario su propia vida, la cual no tiene otro objeto que pertenecer al Esposo y poseerlo a su vez. Por eso no es extraño que se muestre impaciente y que lo llame con urgentes prisas, a fin de que acuda cuanto antes a su lado. De esta forma la impaciencia apresurada de los enamorados, acuciada por el ansia de estar juntos, aparece de nuevo como uno de los ingredientes indispensables que, por eso mismo, nunca faltan en el amor:

⁵² Este inmanentismo no tiene nada que ver con el hecho de que el amor ha de ser ofrecido y aceptado en pura libertad, puesto que la libertad forma parte de la esencia misma del amor: *Ubi Spiritus Domini, ibi libertas*.* Sin embargo la realidad del ser no depende de su aceptación por una creatura que hace uso de su libertad; en cuanto a la negativa a reconocerla, debe tenerse en cuenta que eso solamente significa un fracaso para la creatura, y de ningún modo para el ser. De igual manera, el Amor libremente ofrecido, y a su vez rechazado, únicamente supone un fracaso para la creatura; mientras que Él, por ser perfecto e infinito —en el seno de la Trinidad el Amor infinito es a la vez llamada y respuesta, además de donación y entrega en completa y total reciprocidad—, permanece tan firme y estable como el mismo Ser, con el cual se identifica. En este sentido hay que decir, manteniendo siempre lo dicho unas líneas más arriba, que no es posible hacer depender la justificación de una respuesta al Amor, que puede ser afirmativa o negativa, del mero arbitrio de una voluntad humana; pues tal cosa equivaldría a hacer depender la realidad del ser de la inconsecuencia de que una voluntad creada quisiera o no reconocerla como tal: de ahí el *compelle intrare*.

*2 Cor 3:17.

*Antes de que refresque el día
y se extiendan las sombras,
ven, amado mío, semejante a la gacela,
semejante al cervatillo,
por los montes de Beter.⁵³*

En la carrera del amor ambos enamorados se esfuerzan en llegar cuanto antes, impulsados por el irresistible anhelo de encontrarse juntos lo más pronto posible. Aunque no es solamente eso, sino que todo parece suceder como si cada uno de ellos tratara de llegar antes que el otro al punto de encuentro, a fin de aguardar allí; algo así como si fuera importante demostrar que el primero en llegar se ha sentido más urgido que el otro por la prisa del amor: tú me amaste tanto y cuanto, pero yo no te he amado menos:⁵⁴

*Me ha llevado a la sala del festín
y la bandera que ha alzado contra mí
es bandera de amor.⁵⁵*

No debe olvidarse que, al fin y al cabo, el amor es también una contienda en la que cada uno de los amantes intenta superar al otro:

*Amado, he recorrido
de tu huerto de azahares el sendero,
y, luego, me he escondido
detrás del limonero
para poder besarte yo primero.*

⁵³Ca 2:17.

⁵⁴Dentro del misterio de la contienda del amor, y según las parábolas de los talentos, el amado consigue incluso devolverle al amante el doble de lo que ha recibido de él: *Señor, cinco talentos me entregaste, he aquí otros cinco más que he ganado* (Mt 25:20; cf Lc 19:16).

⁵⁵Ca 2:4.

*Amada, yo he buscado
de mi huerto de azahares el sendero,
y, luego, te he esperado
detrás del limonero
a ver si te encontraba yo primero.*⁵⁶

Por lo que respecta al posible triunfo de la creatura en esta contienda —que ya se ha dicho que es real, y no puramente metafórica—, basta recordar aquí que tal victoria revierte a su vez sobre Dios. Primero porque es su Amor, como don gracioso concedido a la creatura, el que la hace posible; después porque todo lo que es de la creatura pertenece también a Dios, según lo exigen las leyes del amor, cumplidas también aquí una vez más: todo lo mío es tuyo y todo lo tuyo es mío.⁵⁷ Por eso la victoria de la creatura

⁵⁶La idea del amor como contienda —que en este caso es contienda amorosa— no ha sido suficientemente estudiada, a pesar de su indudable interés. El texto de San Pablo en Col 4:12 es sugerente, aunque algo oscuro en lo que se refiere a este tema: *Os saluda Epafras, que es de los vuestros, siervo de Cristo Jesús, que lucha siempre por vosotros en sus oraciones.** En cambio es más explícito Ge 32: 25-30, en el que se narra la lucha y victoria de Jacob contra un misterioso personaje: *Ya no te llamarás en adelante Jacob, sino Israel; porque has luchado con Dios y con hombres y has vencido.* La importancia de este último texto estriba en que pone de manifiesto que la *contienda* en la que discurre el amor divino-humano, por ser real y no metafórica, contempla posibilidades de victoria para la creatura, puesto que de otro modo no se podría hablar de contienda verdadera. Lo que viene corroborado en el Nuevo Testamento por los importantes textos de las parábolas de los talentos y de las minas (Mt 25: 14-30 y Lc 19: 12-27), donde los siervos le devuelven a su señor *el doble o más* de lo que habían recibido. En todo lo cual se adivina que las consecuencias prácticas de esta doctrina pueden ser importantes.

⁵⁷Tan sugerente como importante tema será tratado más adelante.

*El verbo ἀγωνιάω significa en realidad luchar (*pugnare, contendere, certare*), por más que muchos exegetas tiendan a traducirlo con timidez: cf Zerwick, *Analysis Philologica Novi Testamenti Græci*.

es una victoria de Dios: *Y al coronar sus méritos, coronas tu propia obra.*⁵⁸

El amor tiende de modo irresistible a unir a ambos amantes, y por eso no es extraño que ande siempre urgiendo prisas y apresurado con impacencias. Sea cual fuere la duración de la separación, siempre parecerá demasiado larga a los que se aman. Cualquier ausencia de la persona amada, o cualquier demora en su llegada, provocan un alud de requerimientos y de apremios, por parte del otro amante, para que acuda cuanto antes.

De ahí la importancia del elemento tiempo en el amor, por más que haya pasado siempre un tanto desapercibido y se encuentre falto de un estudio detenido. No ha sido sin embargo tan ignorado por la poesía clásica —aunque haya sido solamente bajo la forma de alusiones de pasada—, según se dijo ya al comienzo de este capítulo:

*Ya, dulce amigo, huyo y me retiro
de cuanto simple amé: rompí los lazos.
Ven y verás al alto fin que aspiro,
antes que el tiempo muera en nuestros brazos.*⁵⁹

Aquí el poeta siente que el tiempo se le va de las manos, dada su brevedad, y por eso urge al amigo para que venga pronto. Pero de todos modos, bien que parezca corto o que se antoje largo, en realidad el tiempo siempre es corto (1 Cor 7:29 y ss.). La razón está en que, sea cual fuere su naturaleza, se trata de un factor necesariamente referido a la eternidad; y, puesto que esta relación forma parte de su esencia, debe concluirse que hay que reconocer su radical

⁵⁸ Prefacios de las misas de los santos.

⁵⁹ Fernández de Andrada, *Epístola Moral a Fabio*.

brevedad, sin que obsten en contrario ni importen ya demasiado su mucha o su poca duración. Cuando San Pablo parece referirse a la poca importancia que se ha de conceder a las acciones que el hombre lleva a cabo en el tiempo, lo que quiere decir en realidad es que todas ellas deben ser referidas al amor; porque solamente entonces es cuando adquieren su verdadero relieve: *Esto os lo digo... con vistas a lo más perfecto y a lo que une con el Señor sin distracción alguna.*⁶⁰ El apremio y la premura aparecen siempre que andan de por medio las instancias del amor. Así por ejemplo, en la parábola de los obreros enviados a trabajar a la viña, se dice que el dueño salió muy de mañana —*exiit primo mane*— a contratar obreros;⁶¹ y en la de la gran cena el anfitrión ordena a su criado que salga aprisa —*exi cito*— a las plazas y calles de la ciudad a traer a otros invitados,⁶² después de la respuesta negativa de los que habían sido llamados primeramente. Y es que el amor lleva siempre a cabo sus convocatorias con urgencias y prisas; lo cual no puede ser de otro modo, desde el momento en que su ansiedad le empuja a procurar hallarse cuanto antes junto a la persona amada.

La comprobación de que el tiempo es un factor integrante del fenómeno amoroso da lugar a interesantes observaciones. En primer lugar hay que advertir que aquí no se trata del tiempo simplemente, sino del *tiempo breve*, puesto que el amor siempre tiene prisa. En este sentido, considerado como demora —en realidad no es otra cosa—,

⁶⁰El amor no puede existir en el tiempo en forma perfecta y consumada, por razones obvias: porque el verdadero amor es *para siempre*, y él mismo no se concibe de otro modo. Por eso el hombre no puede sentirlo por ahora sino en forma de arras y primicias. Y por eso también, puesto que el hombre ha sido destinado al Amor perfecto (recuérdense los dichos de San Agustín), el tiempo ha de ser necesariamente *breve* para él.

⁶¹Mt 20:1.

⁶²Lc 14:21.

el tiempo debe ser calificado como un elemento de separación que el enamorado tiende siempre, por eso mismo, a acortar; o más bien habría que decir aquí a eliminar.⁶³ Así se explica que el amor perfecto o consumado solamente exista allí donde el tiempo ha desaparecido por completo, como es en la eternidad. Y por eso, en el presente eón, dado que el factor tiempo es esencial a la condición del hombre como peregrino, el amor solamente puede realizarse en él en forma de arras o primicias. Puede decirse, por lo tanto, que la perfección del amor es una magnitud que se mide siempre en razón inversa al tiempo que resta; mientras que la madurez, por el contrario, se desarrolla y califica en razón inversa al tiempo transcurrido.⁶⁴ De este modo adquieren nueva luz las observaciones de San Pablo acerca de que *el tiempo es breve*:⁶⁵ Si resulta que todo cobra valor en función de la caridad (o del amor), una vez que el hombre ha sido destinado a amar en perfección; y, puesto que el tiempo es un factor que impide tal plenitud, es lógico que haya de tender a desaparecer hasta la llegada del momento en que cese por completo. Así se explica que, en el éxtasis del amor, los enamorados lleguen a pensar que el

⁶³La tendencia a acortar el tiempo es en realidad la tendencia a suprimirlo.

⁶⁴Cuanto mayor es el tiempo que falta por transcurrir hay menos madurez. En cambio, a medida que se aproxima el final de la vida, aumenta la madurez, hasta que alcanza su punto culminante en el momento de la muerte. En este sentido son curiosas las numerosas observaciones de Jesucristo acerca de que *ha llegado su hora*, refiriéndose sin duda a que su vida terrena (o el tiempo) se ha consumado ya para Él (Jn 19:30).

En cuanto a la demora del Esposo en la parábola de las vírgenes (Mt 25:5), debe tenerse en cuenta que se trata simplemente de constatar un hecho que es ineludible en el presente eón. Por ahora es necesaria e inevitable, no tanto por parte del amor del Esposo cuanto por la actual situación de la esposa, sujeta todavía a la condición de peregrina e incapaz de vivir otro amor que no sea en forma de arras y primicias.

⁶⁵1 Cor 7: 29-31.

tiempo se ha detenido para ellos, o que ha desaparecido. En realidad ése y no otro es el destino del tiempo, por más que no siempre se haya caído en la cuenta de esta maravillosa circunstancia:

*Siguiendo a los pastores,
llegué adonde el Amado me esperaba
oculto en los alcores;
y mientras Él me hablaba,
el silbo de las selvas no sonaba.*

.....

*He subido a buscarte
al solitario otero donde moras,
para poder mirarte,
sin paso de las horas,
junto al bosque de dulces zarzamoras...*

Y San Juan de la Cruz, en su conocida y famosa estrofa, capaz de producir la extraña sensación, no ya de que el tiempo se ha detenido, sino más bien de que ha desaparecido:

*Quedéme y olvidéme,
el rostro recliné sobre el Amado,
cesó todo, y dejéme,
dejando mi cuidado
entre las azucenas olvidado.*

El silencio, el reposo, la soledad, y el tiempo detenido, son elementos de transcendental importancia en el amor. El *Cantar de los Cantares* lo insinúa también mediante la repetición insistente de un estribillo de extraordinaria belleza poética:

*Os conjuro, hijas de Jerusalén,
por las gacelas y las cabras monteses,
que no despertéis ni inquietéis a la amada
hasta que ella quiera.*⁶⁶

Por eso el tiempo, o la duración, no son otra cosa que la situación en la que el amor no ha llegado a su perfección. Como según esto el concepto tiempo es sinónimo de inacabado, cuando llegue la plenitud *ya no habrá más tiempo.*⁶⁷ Aunque quizá es mejor decir que es sinónimo de amor imperfecto o en vías de llegar a su consumación; y de ahí que el tiempo haya de ser considerado, con relación a la eternidad, como lo imperfecto con respecto a lo perfecto: *Cuando llegue lo perfecto desaparecerá lo imperfecto.*⁶⁸ Contemplado desde el punto de vista del amor —única realidad a través de la cual se puede rastrear su verdadero sentido metafísico y teológico—, el tiempo es el momento de la maduración, o del crecimiento, como parte del camino que conduce hacia la plenitud: *Por lo tanto, mientras tengamos*

⁶⁶Ca 2:7; 3:5; 8:4.

⁶⁷Ap 10:6.

⁶⁸1 Cor 13:10. Cuando el Amor infinito se sumerge en el tiempo, en el misterio de la Encarnación, su participación en la temporalidad, aunque bien real, es puramente relativa. El momento del tiempo es para Él momento de plenitud, que es lo mismo que decir el momento de dejarlo. Jesucristo, que había amado a los suyos *hasta el fin* (Jn 13:1), habla constantemente de que *aún no ha llegado su hora*; cuando por fin llega, es justamente el momento de pasar de este mundo al Padre (Jn 17:1; 13:1). Eso es lo que parecen significar las extrañas palabras que dirige a sus discípulos: *Mi tiempo aún no ha llegado; pero el vuestro siempre está a punto*;* en las cuales se establece una evidente relación entre el amor perfecto y el imperfecto, o entre lo consumado y lo que se encuentra aún en estado incipiente o en vías de maduración.

*Jn 7:6. San Pablo parece insinuar también esta idea en Ga 4:4: *Al llegar la plenitud de los tiempos, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la Ley. . .*

*tiempo, obremos el bien con todos.*⁶⁹ Debido a eso los enamorados se muestran siempre impacientes con respecto al tiempo, puesto que es la situación de demora o dilación la que todavía los separa; cuando logran, por fin, estar unidos ya no existe para ellos la noción de tiempo.⁷⁰ La impaciencia y la nostalgia, que acompañan siempre a la virtud teologal de la esperanza, corresponden a la noción del *todavía no* más bien que a la del *ya*. De ahí que la esperanza sea menos valiosa que la caridad (1 Cor 13:13), del mismo modo que lo imperfecto es inferior a lo perfecto, y tal como la existencia del tiempo solamente tiene sentido en razón de la eternidad: *Cuando llegue lo perfecto desaparecerá lo imperfecto.*⁷¹

Lo dicho aquí con respecto al tiempo parece ser aplicable también, en cierto modo, al espacio. Algo así como si estas dos magnitudes, desde el punto de vista de la doctrina del amor, guardaran entre sí una relación estrecha. Pues si los enamorados se sienten impulsados por la ansiedad de la prisa es precisamente por el deseo de estar juntos. O bien, si es que se quiere decir de otra manera, *para que nada se interponga entre ellos*. Ambos desearían eliminar el factor tiempo, pero evidentemente con vistas a suprimir el espacio que los separa.

La esposa lo reconoce así, de manera implícita al menos, en el verso objeto de este comentario: *Llévame tras de ti; corramos*. No se puede dudar de que la expresión *tras de ti* significa también *lo más cerca posible de ti*. Pues lo único que desean los enamorados es estar juntos, sin nada ni nadie que se interponga entre ellos. Es a eso justamente a lo que conduce siempre el amor. Por lo cual dice

⁶⁹Ga 6:10.

⁷⁰ Así se explica lo que sucede en ciertos estados de oración contemplativa, en los que ya no se aprecia el sentimiento de trascurso del tiempo.

⁷¹ 1 Cor 13:10.

la esposa del *Cantar*, en un gráfico lenguaje que expresa a las claras su enorme ansiedad:

*En cuanto de ellos me aparté
hallé al amado de mi alma.
Le así, ya no le soltaré
hasta entrarle en la casa de mi madre,
en la alcoba de la que me engendró.⁷²*

Y San Juan de la Cruz, en la *Noche Oscura*, con versos inolvidables y casi divinos:

*¡Oh Noche que guiaste!,
¡oh Noche amable más que el alborada!,
¡oh Noche que juntaste
Amado con amada,
amada en el Amado transformada!*

En el Nuevo Testamento se subraya y cobra pleno sentido este misterioso aspecto del amor: *Cuando yo me vaya, y os haya preparado un lugar, vendré de nuevo y os llevaré conmigo; para que donde yo estoy, estéis también vosotros. . . Padre: quiero que los que me diste estén también conmigo, donde yo estoy; para que contemplen mi gloria, la que me has dado, puesto que me amaste antes de la creación del mundo.*⁷³ El amor perfecto y consumado tiende a dejar atrás la temporalidad, como se ha hecho notar más arriba, y lo mismo puede afirmarse con respecto a la espacialidad. El amor tiende a unir definitivamente a los amantes haciéndolos por fin una sola cosa. En

⁷² Ca 3:4.

⁷³ Jn 14:3; 17:24. Cf Jn 14:20; 15:4.

su estado perfecto y consumado, en el eón futuro, ya no estará constreñido por las leyes físicas del espacio tal como ahora son conocidas por el hombre. El Cuerpo glorificado de Cristo, según la Revelación, no está ya sometido a las limitaciones que impone la espacialidad.⁷⁴ Es el mismo Señor quien, en una promesa por lo demás solemne, asocia la atemporalidad del amor de eternidad con la liberación de cualquier dependencia impuesta por la espacialidad: *Sabed que yo estoy con vosotros, todos los días, hasta el fin del mundo.*⁷⁵

La solemne declaración que cierra el Evangelio de San Mateo tiene gran importancia. De ella se desprende que la inmediatividad de la presencia de Jesucristo con respecto a los suyos, actualizada y perennizada ya desde el eón presente —único acerca del cual podría plantearse la duda—, se ha hecho posible gracias a la gloria de la Resurrección. Su sentido no puede ser desvinculado de la presencia real eucarística, la cual ha de ser tan *real* —Cuerpo y Sangre verdaderos de Cristo, o toda la Humanidad del Señor (cuerpo y alma

⁷⁴Cf Jn 20:19. Por lo demás, es algo que se desprende de manera obvia de todos los relatos evangélicos referentes a los sucesos que siguen a la Resurrección.

⁷⁵Mt 28:20. Cf Jn 14: 18–21. Santo Tomás explica admirablemente este punto hablando de la presencia real de Cristo en la eucaristía. Dice el santo que el cuerpo del Señor está en ella a modo de substancia, en estado de independencia absoluta con respecto al accidente de la cantidad o de cualquier dimensión: *Ad tertium dicendum quod, sicut dictum est, facta conversione panis in corpus Christi vel vini in sanguinem, accidentia utriusque remanent. Ex quo patet quod dimensiones panis vel vini non convertuntur in dimensiones corporis Christi, sed substantia in substantiam. Et sic substantia corporis Christi vel sanguinis est in hoc sacramento ex vi sacramenti, non autem dimensiones corporis vel sanguinis Christi. Unde patet quod corpus Christi est in hoc sacramento per modum substantiæ, et non per modum quantitatis. Propria autem totalitas substantiæ continetur indifferenter in parva vel magna quantitate. . . Unde et tota substantia corporis Christi et sanguinis continetur in hoc sacramento post consecrationem, sicut ante consecrationem continebatur ibi substantia panis et vini. (S. Th., III, q 76, a 1, ad 3).*

humanos) junto con su divinidad, excluidas todas las interpretaciones *espirituales* de este misterio— como ha de ser real también la mutua presencia de los enamorados.⁷⁶ Es verdad que los discípulos permanecen aún en estado de peregrinaje terrestre. Pero la victoria del Señor, con su actual condición de cuerpo glorioso y resucitado, es para ellos una garantía y un anticipo de su propio destino futuro. No pueden seguirle por ahora (aunque lo harán después).⁷⁷ Lo cual tampoco es motivo para entristecerse demasiado puesto que, a fin de cuentas, Él mismo se va a encargar de ir a ellos, ya desde ahora: *No os dejaré huérfanos; volveré a vosotros.*⁷⁸ Pues la mutua presencia de los amantes, que es fundamental en el amor, tiene eso de peculiar: si alguno de ellos se ve imposibilitado de llegar hasta el otro, basta

⁷⁶Las doctrinas neomodernistas surgidas en el catolicismo, a partir de los tiempos del Concilio Vaticano II aproximadamente, tienden a equiparar los diferentes modos de *presencia* de Cristo en su Iglesia: en la Eucaristía, en su Palabra, en sus ministros... Pero es indudable sin embargo, se diga lo que se quiera, que todas las formas de presencia distintas de la eucarística son cualitativamente distintas de ésta, y además puramente espirituales o morales. Todo lo reales y verdaderas que se quiera, pero enteramente distintas del modo de presencia que posee en el sacramento la Humanidad del Señor. La cual, aunque se encuentra oculta por ahora por los accidentes del pan y del vino y es solamente aprehensible a través de la fe, no por eso deja de ser aquel mismo Cristo histórico —si bien ahora glorificado— que vivió y murió en Palestina hace veintiún siglos, y que pudo ser visto, oído y palpado por los apóstoles y discípulos (1 Jn 1: 1-3; Lc 24: 38-43; Jn 20: 27-29). Por más que no se multiplique en la eucaristía el cuerpo de Cristo, pero sí verdaderamente su *presencia*. Y es que, cuando en el amor está de por medio la creatura humana, la presencia mutua de los amantes no puede ser entendida sino en el único modo de realidad que es inteligible para ella. Ni la condición de cuerpo glorioso, ni el modo de presencia sacramental, ni la necesidad de la fe, excluyen la realidad física de la verdadera Humanidad del Señor. No es corriente que el hombre se *enamore* perdidamente de realidades que se hacen presentes de modo metafórico, moral, o puramente espiritual.

⁷⁷Cf Jn 13:36.

⁷⁸Jn 14:18. Cf Jn 14: 3.28; 16: 16.22.

con que éste último pueda hacerlo para que de hecho se encuentren ambos juntos de todos modos. De ahí las solemnes promesas del Señor en las que asegura a sus discípulos que no los dejará sin Él.

Pero es el Buen Pastor el que, una vez más, va delante de sus ovejas (Jn 10:4). Nadie en este mundo se ha sentido tan impulsado por las prisas del amor como Jesucristo. Lo dijo Él mismo, con palabras tan tremendas y emocionantes como que se referían a su propia muerte: *Con un bautismo he de ser bautizado, y ¡cómo me siento urgido hasta que se cumpla!*⁷⁹ El verdadero amor desea dar la vida —todo lo que posee y todo lo que es— porque es la forma más perfecta de expresarse y de demostrarlo (Jn 15:13). Y además cuanto antes, pues el enamorado no entiende de dilaciones ni de demoras cuando se trata de llegar a donde está la persona amada. Saltando, triscando o brincando; pero siempre corriendo para llegar lo más pronto posible junto a ella:

*Vedle que llega,
saltando por los montes,
triscando por los collados.
Es mi amado como la gacela o el cervatillo.*⁸⁰

En este sentido Jesús ha sido siempre el Gran Apresurado. Su estancia entre los hombres estuvo siempre marcada por el apresuramiento que causan las ansias del amor, desde su llegada hasta su salida: consumó su destino en el mundo, con su propia muerte, urgido por las premuras del amor; y su entrada en él fue también como el fulgor de un rayo, impaciente por estar entre los hombres (Pr 8:31) para liberarlos de la maldad del mundo en el que vivían,

⁷⁹Lc 12:50.

⁸⁰Ca 1: 8-9.

tal como habían anunciado ya las misteriosas palabras del Libro de la Sabiduría:

*Un profundo silencio lo envolvía todo;
y, en el preciso momento de la media noche,
tu Palabra omnipotente,
de los cielos, de tu trono real,
cual invencible guerrero,
se lanzó en medio de la tierra destinada a la ruina.⁸¹*

De ahí que aquellos que se sientan dispuestos a seguirle, o todos los apasionados por acudir a la cita del Amor,⁸² habrán de hacerlo prestos y presurosos, como con la rapidez de una centella. Pues Él, desde luego, es siempre el Gran Apresurado:

*A zaga de tu huella
las jóvenes discurren al camino
al toque de centella,
al adobado vino,
emisiones de bálsamo divino.*

.....

*Mil gracias derramando
pasó por estos sotos con presura...⁸³*

⁸¹Sab 18: 14-15.

⁸²No se admiten demoras de ninguna clase: *A otro le dijo: "Sígueme". Pero él respondió: "Señor, déjame ir primero a enterrar a mi padre". Jesús le contestó: "Deja que los muertos entierren a sus muertos; pero tú ve a anunciar el reino de Dios". Y otro dijo: "Te seguiré, Señor, pero déjame primero que me despida de mi familia". Jesús le dijo: "Nadie que pone la mano en el arado, y mira hacia atrás, es apto para el reino de Dios".**

⁸³San Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual*.

*Lc 9: 59-62.

CAPÍTULO III

DE NUEVO TRAS LAS HUELLAS DEL MAESTRO

En el Amor perfecto e infinito, las Personas de los Amantes y el Amor con que se aman,¹ si bien son realmente distintos en cuanto Personas —de otro modo el Amor infinito no sería en modo alguno Amor—, constituyen una única esencia o naturaleza, con una sola voluntad y un mismo entendimiento.² En el seno de la Trinidad, en efecto, ninguna de las tres Personas es mayor que otra y ninguna de

¹Con respecto a que al Espíritu Santo le corresponde con toda propiedad el nombre de Amor, dice Santo Tomás que *nomen amoris in divinis sumi potest et essentialiter et personaliter. Et secundum quod personaliter sumitur, est proprium nomen Spiritus Sancti; sicut Verbum est proprium nomen Filii* (en *Summa Theo.* I, q. 37, a. 1, *Respondeo*). En el *Sed contra* del mismo lugar cita a San Gregorio en favor de esta cuestión: *Ipse Spiritus Sanctus est Amor*.

²*Et ideo non amplius quam tria sunt: unus diligens eum qui de illo est, et unus diligens eum de quo est, et ipsa dilectio* (San Agustín, *De Trinitate*, 6,5,7). Aunque la cuestión no está muy clara, parece que fue San Agustín el primero en aplicar el nombre propio de Amor al Espíritu Santo (cf Juvenal Merrier, *To the Image of the Trinity*, Pontifical Institute of Mediaeval Studies, Toronto, 1990, pg. 23).

ellas existe antes que otra.³ La unión de voluntades es tan perfecta que hay que hablar más bien de una sola y misma voluntad, numéricamente una, y así también igualmente del entendimiento: *Del profundo abismo de la fuente de la bondad y del valor salieron dos semejantes en honor y valor. Igualmente, por el amor de los tres se inflama el Amigo; y el amor con todo esto no es más que uno: para demostrar que, aunque sean tres Amados subsistentes, es uno solamente por esencia.*⁴

El amor divino—humano —el cual puede ser considerado aquí como analogado primero— es una inefable participación en el divino Amor concedida por gracia a la creatura. Con respecto a ella es verdaderamente transformante, según las conocidas leyes del amor que tienden a unir a los enamorados y a producir un auténtico intercambio de vidas:

*Mi amado es para mí y yo soy para él.
Pastorea entre azucenas.*⁵

.....

*Yo soy para mi amado y mi amado es para mí,
el que se recrea entre azucenas.*⁶

El Amor posee el increíble poder de salvar la distancia infinita que media entre los amantes divino y humano, poniéndolos así al mismo nivel y haciendo que compartan la misma vida (Jn 6: 56–57; 14:23;

³Cf Santo Tomás, *Summa Theo.* I, q. 42, a. 1, *Respondeo* y *Ad quartum*; I, q. 42, a. 4, *Ad primum*. Cf también, por ejemplo, *Símbolo de San Atanasio* (DS 75), *Concilio XI de Toledo* (DS 531), *Concilio IV de Letrán* (DS 800), etc.

⁴Raimundo Lulio, *El libro del Amigo y del Amado*, 267.

⁵Ca 2:16.

⁶Ca 6:3.

15: 4-5). De ahí los versos magistrales y casi angélicos de San Juan de la Cruz:

*Entrádose ha la esposa
en el ameno huerto deseado,
y en su sabor reposa,
el cuello reclinado
sobre los dulces brazos del Amado.*⁷

.....

*¡Oh Noche que guiaste!,
¡oh Noche amable más que el alborada!,
¡oh Noche que juntaste
Amado con amada,
amada en el Amado transformada!*⁸

Esta transformación mantiene la diversidad de personas —regla general que no admite excepción alguna—, y nada tiene que ver con una (imposible) fusión de las voluntades divina y humana. A pesar de lo cual la unión de voluntades, y el intercambio de vidas, son aquí tan perfectos que se puede decir que, en cierto modo, colocan en el mismo plano al Creador y a la creatura. Lo cual es impensable que suceda en el simple amor humano (o amor entre creaturas), por más que haya sido elevado por la gracia.

Aquí podría hablarse de una escala de gradaciones que desciende, como en salto infinito, desde el Amor perfecto hasta el amor humano participado. Y luego, dentro ya de este último, desde el amor divino-humano hasta el simple amor humano.

⁷San Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual*.

⁸San Juan de la Cruz, *Noche Oscura*. Cf, por ejemplo, Jn 6: 53-57; Ga 2:20; 2 Pe 1:4.

Es un hecho que la unión de vidas y de voluntades que tiene lugar en el amor puramente humano, el cual puede ser considerado aquí como analogado segundo, jamás es tan perfecta y acabada como para poder prescindir de la primacía y autoridad de una voluntad sobre la otra. Como puede comprobarse, por ejemplo, en el amor humano del matrimonio, en el que la cabeza de la mujer es el marido, según una doctrina claramente expresada en el Nuevo Testamento; y a pesar de que hoy sean muchos los que no la admiten.⁹ Por lo que hace al amor paterno-filial, nunca se ha discutido la autoridad de los padres sobre los hijos, según se desprende claramente tanto de Ef 6: 1-2 como de Col 3:20; y en cuanto al Antiguo Testamento, pueden verse, por ejemplo, Ex 20:12 y Pr 6:20, además del texto de Eco 33:20, el cual insiste de nuevo en la autoridad del marido.¹⁰ El amor fraterno, además de hallarse en íntima relación con el amor

⁹Ef 5: 22-24; Ro 7:2; 1 Cor 11: 3.7-9; 1 Pe 3:1. En cuanto a la pretendida misoginia de los Sapienciales, no es sino un tópico que todo el mundo admite como cosa cierta. Sin embargo es evidente que, si se reconoce el carácter inspirado y sagrado de tales libros, se hace entonces necesaria una explicación convincente acerca de las razones de tan extraña actitud. La cual, por desgracia, todavía está por aparecer. Por lo demás, no es admisible zanjar un problema mediante una explicación que plantea a su vez otro problema; por otra parte no menos grave, y al que además ni siquiera se alude.

Al margen de las ridículas acusaciones de *machismo* que se hacen contra San Pablo, o de las poco convincentes razones de las llamadas *condiciones sociales* de la época, el Apóstol establece con claridad la igualdad y dignidad esenciales de ambos sexos y la elevada santidad del matrimonio, como puede verse en Ef 5: 25-33 y 1 Cor 7: 3-5; 11:11. Por lo demás, el texto fundamental de Ge 1: 26-27 da por supuesta la equiparación esencial de ambos sexos; puesto que, al hablar de la creación *del hombre*, añade a continuación que *masculum et feminam creavit eos*, produciendo incluso la sensación de una concordancia forzada entre el singular ambivalente *hombre* y el posterior plural que abarca los dos sexos.

¹⁰Cf la nota anterior.

paterno-filial, se establece sobre una situación de sometimiento a la autoridad de los padres y a la del hermano o hermanos mayores. Los derechos de primogenitura, por ejemplo, han sido una constante en la historia de la sociedad humana, como puede verse en los importantes acontecimientos narrados en Ge 25 y 27.¹¹

Mención especial merece el llamado amor de amistad. Debido a que no goza necesariamente de singularidad específica, puede vincularse a cualquiera de los aquí llamados analogados primero y segundo: el amor divino-humano, el matrimonial, el paterno-filial y el fraterno; los cuales suponen también, siempre y en todo caso, el amor de amistad, como es evidente. Sin embargo, cuando la amistad no se reduce a estos casos, puede ser evaluada también según su grado de sobrenaturalidad: de manera que el amor al prójimo, o amor fraterno de caridad, se clasifica dentro de esta última categoría, como una prolongación del mandamiento primero y cuyo sentido de sumisión aparece también en textos como el de Mt 20: 26-28 y Flp 2:3. A su vez, si la amistad no es sobrenatural en modo alguno, su relación con el verdadero amor se hace demasiado lejana y borrosa; hasta el punto de que entonces resulta irrelevante plantear el problema de la fusión o unión de voluntades, aun en el caso de que contenga todavía algún vestigio de amor: pues sería algo así, por poner un ejemplo vulgar, como buscar el rastro de Dios en algún animalito o en cualquier insignificante ser viviente, que también son seres creados al fin y al cabo.¹²

¹¹Lo que se dice en Ge 25: 23-26 se muestra allí expresamente como una extraña aporía derivada de los misteriosos designios de Dios: *El mayor servirá al menor*. Lo que demuestra que Dios ha intervenido para romper la norma general, con el fin de dar paso a su voluntad con respecto a la historia de salvación de la humanidad.

¹²La distinción entre imagen y vestigio no tiene aquí importancia práctica: *Secundum hoc ergo, quia in creaturis invenitur similitudo Creatoris, per quam in ipsius cognitionem devenire possimus, et est imperfecta similitudo; ideo in creaturis dicitur vestigium Creatoris* (Santo Tomás, *I Sent.*, d. 3, q. 2, a. 1).

Volviendo al amor divino-humano, al que se ha convenido antes en llamar analogado primero con respecto al Amor infinito, hay que hacer notar que se proyecta en dos direcciones distintas cuya oposición es más aparente que real. Su peculiar carácter abarca dos situaciones diferentes con cualidades aparentemente opuestas; lo cual no es sino la consecuencia de su propia naturaleza o estructura, como podrá verse después. Por tratarse de amor participado, queda situado a distancia infinita de la unicidad de naturaleza de las tres Personas divinas; las cuales son dos Amantes y su propio Amor, en posesión de un mismo entendimiento y de una misma voluntad que se identifican en la infinita simplicidad de la esencia divina. En cambio es evidente que, en el amor divino-humano, la unión íntima de voluntades y de entendimientos no significa unicidad en modo alguno;¹³ de manera que así es como se produce en él esa extraña dualidad, a la que se ha aludido antes, y cuya peculiaridad no tiene par en el universo creado: la unión de los amantes divino y humano, con la elevación de la creatura y consiguiente equiparación de voluntades, de una parte, y la inalterabilidad absoluta de la condición de cada uno de ellos, de otra. El Creador sigue siendo el Creador, y la creatura sigue siendo la creatura —como no podía ser de otra manera—, aunque la relación existente entre ambos ha cambiado de un modo tan radical como original. Por un lado tiene lugar una auténtica elevación de la creatura que la coloca, *en cierto modo*, en un plano de igualdad con respecto al Creador; de otro lado, sin embargo, la creatura no pierde su propia condición, por mucho que su voluntad llegue a *identificarse* con la divina. Por eso, y a pesar de todo, queda colocada en una situación en la que se ve impulsada —dando un

¹³La unicidad de la que aquí se habla es exclusivamente propia de la absoluta simplicidad del Amor perfecto e infinito, constituido por una real pluralidad de Personas en una única naturaleza o esencia. Se trata del inefable misterio del Dios uno y trino, eje y fundamento de toda la fe cristiana.

tanto de lado a cualquier idea de sumisión— a *seguir* como esposa a su Creador, el cual se convierte de este modo para ella en verdadero Esposo:

*Voy, voy a mi jardín, hermana mía, esposa,
a coger de mi mirra y de mi bálsamo,
a comer la miel virgen del panal,
a beber de mi vino y de mi leche.
Venid, amigos míos, y bebed
y embriagaos, carísimos.¹⁴*

.....

*Llévanos tras de ti, corramos.
Introdúcenos, rey, en tus cámaras.¹⁵*

Por eso es mejor hablar aquí de *seguimiento*, más bien que de sujeción. Y calificar el hecho como algo propio y característico, y hasta exclusivo, de la inefable realidad del amor divino–humano. Pues tal *seguimiento*, en efecto, en la medida en que pueda implicar una relativa *sumisión*, no se fundamenta tanto en las exigencias propias de las condiciones diversas de Creador y creatura —exigencias reales derivadas de una relación absolutamente real—, cuanto en las leyes mismas y condiciones que se derivan de la naturaleza del amor participado. Conviene insistir una vez más en que, por lo que respecta al amor divino–humano, si bien el Creador sigue siendo el Creador y la creatura permanece igualmente en su condición de creatura, la relación Señor–siervo *ha sido puesta en un segundo plano* por voluntad expresa del Amante divino: *Ya no os llamo siervos, porque el siervo*

¹⁴Ca 5:1. Cf Ca 5:2.

¹⁵Ca 1:4.

no sabe lo que hace su señor; a vosotros os he llamado amigos, porque os he dado a conocer todo lo que he oído a mi Padre.¹⁶ Con todo, y a pesar de la condición alcanzada por la creatura, aparecen aquí dos amantes bien diferenciados en sí mismos y como tales amantes: uno al que se puede llamar Esposo y al cual pertenece la prioridad, y otro al que se puede considerar como esposa y a quien le corresponde seguir al primero e ir tras él: *¡Llévame tras de ti; corramos!* Bien entendido, conviene repetirlo, que la circunstancia del seguimiento no tiene tanto que ver con una relación de superioridad-inferioridad —la cual, por otra parte, es bien real—, cuanto con las leyes mismas del amor participado.

Es inútil pretender que exista una situación semejante en el simple amor humano. Puesto que aquí no existe la identificación de voluntades que tiene lugar en el amor divino-humano, se hace necesario otorgar la primacía a la de alguno de los amantes.

El amor conyugal tiene por objeto constituir un consorcio matrimonial en el que —tal como exigen las reglas que rigen cualquier sociedad, sea grande o pequeña— ha de haber uno que haga de cabeza y ostente la autoridad. Es difícil negar que la Revelación señala la autoridad del marido como algo que se deriva de la naturaleza misma de la relación matrimonial.¹⁷ Aunque es bastante probable que, en un hipotético estado de naturaleza pura, sin la presencia

¹⁶Jn 15:15.

¹⁷Y que además, después del pecado, tiene carácter de castigo para la mujer, tal como ha sucedido también con el trabajo para ambos. Pues el trabajo, en efecto, aunque fundamentado en la misma naturaleza del hombre (Ge 2:15; Jb 5:7), se ha convertido en algo oneroso y punitivo después del pecado (Ge 3:19). Y en cuanto a la mujer: *A la mujer le dijo... Buscarás con ardor a tu marido, el cual te dominará* (Ge 3:16). El texto, como puede verse, tiene un claro sentido de castigo.

del pecado, la primacía de la voluntad del marido no hubiera tenido carácter de dominación, tal como sucede en el orden del verdadero amor. Pero debido, sin embargo, a que las cosas son como son y a que la naturaleza caída es un hecho que está ahí, es lícito pensar que la actual situación solamente puede ser superada por la gracia, en el sentido que establece San Pablo en su doctrina sobre el matrimonio. Pretender otra cosa es pura demagogia o tal vez algo peor.

De ahí que la campaña emprendida en el mundo occidental contra un pretendido *machismo* se parece bastante a una nueva caza de brujas. En realidad no es sino una protesta más de las que promueve el Sistema, con móviles nada claros que parecen instrumentalizar de nuevo a la mujer en beneficio del hombre: ¿Quién se atreverá a negar que el sexo sigue siendo manejado impunemente en detrimento de la mujer...? ¿Un nuevo machismo, quizá, fabricado farisaicamente a base de denuncias contra el *machismo*...?

El característico dualismo *equiparación-diferencia*, que afecta a las personas de los amantes en el amor divino-humano, está avalado en el Nuevo Testamento con textos harto sugerentes y que se comprenden mejor a la luz de esta doctrina. En ellos queda establecida la primacía del Amante divino, al mismo tiempo que se subraya la elevación de la creatura a una situación de intimidad con la divinidad.

Con respecto a esto último, incluso aparecen textos, oscuros a primera vista, que contienen la sorprendente afirmación de que el siervo es igual que su señor: no más, ni tampoco menos, sino igual que él (Mt 10: 24-25; Lc 6:40; Jn 13:16). Un pensamiento que parece increíble de por sí, y que está bastante alejado de las posibilidades que se presentan en las simples relaciones humanas. Para encontrar alguna explicación razonable no queda sino escudriñar minuciosamente las profundidades del amor divino.

Hay textos muy elocuentes y profundos en los acontecimientos de la Última Cena, por ejemplo. En ellos se dice que *sabiendo (Jesús) que el Padre había puesto en sus manos todas las cosas, y que había salido de Dios, y a Dios volvía...*¹⁸ O bien: *Vosotros me habéis llamado "Maestro" y "Señor"; y decís bien, porque lo soy.*¹⁹ Por otra parte los textos dicen también que Jesús *se levantó de la cena, se quitó el manto y, tomando una toalla, se la ceñó. Después echó agua en una jofaina y comenzó a lavar los pies de sus discípulos y a secárselos con la toalla con la que se había ceñido...*²⁰ Igualmente el Maestro dice de Sí mismo, en otro lugar, que *el Hijo del Hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida en redención por muchos.*²¹

Estos textos no pueden referirse a un mero gesto de humildad, bien que espectacular, por parte de Jesucristo. No serían fácilmente comprensibles las duras recriminaciones del Maestro, dirigidas a San Pedro, a propósito de la negativa del apóstol a dejarse lavar los pies: *Lo que yo hago no lo puedes comprender ahora; lo entenderás después... Si no te lavo, no tendrás parte conmigo.*²² Parecerían una amenaza desproporcionada si solamente trataran de amonestar sobre la humildad. En cambio se entienden mejor las palabras del Señor si se piensa que están motivadas por el hecho de estar en juego el grave negocio del amor, así como también sus inflexibles leyes. De ahí la radical y grave amonestación del Señor: no podrá tener parte con Él quien no entienda los modos y maneras del amor.

Pero las personas no pierden su carácter específico por el hecho de amar. Ni ellas dejan de ser lo que son ni tampoco desearían que las

¹⁸ Jn 13:3.

¹⁹ Jn 13:13. Cf también, por ejemplo, Mt 23: 8-10.

²⁰ Jn 13: 4-5.

²¹ Mc 10:45. Cf Lc 22:27.

²² Jn 13: 7-8.

cosas fueran de otro modo. La esposa, que ansía parecerse al Esposo, estar con Él, y poseerlo plenamente, desea todavía más que el Esposo sea precisamente el Esposo: su Dios y su Señor (Jn 20:28). Si está enamorada de Él porque es Él, y porque es tal como es, ¿cómo va a pensar, ni por un momento, que el Esposo tenga que dejar de ser Él?²³ El Esposo, por su parte, no puede querer tampoco algo tan absurdo como que la esposa pierda su condición de creatura; tal cosa no tendría sentido, y además sería contraria a las leyes que impulsan al amante a amar al amado en su propia condición.²⁴ En cambio sí que desea el Esposo tener junto a Sí a la esposa y elevarla hasta donde Él se encuentra, a fin de que comparta su propia vida:

*Levántate ya, amada mía,
hermosa mía, y ven:
Que ya ha pasado el invierno
y han cesado las lluvias. . .
Ven, paloma mía,
que anidas en las hendiduras de las rocas,
en las grietas de las peñas escarpadas. . .*²⁵

.....

²³Se cuenta de San Francisco de Asís (entre otros) que se regocijaba grandemente pronunciando a menudo la frase *¡Dios es!, ¡Dios es!* A diferencia del Ángel que cayó en el pecado, las almas enamoradas se sienten tan colmadas de alegría por el hecho de que Dios sea Dios —el *Ipsum Esse Subsistens*, precisamente— como por su propia condición de creaturas. No podría ser de otra manera. ¿Cómo podría alguien sentirse feliz fuera de la única *verdad* de las cosas, o al margen de la realidad?

²⁴Dios ama al hombre porque ve en él su propia imagen; o más concretamente, porque ve en él la imagen de su Hijo Jesucristo, el Verbo hecho hombre. Lo cual no es contrario a que lo ame precisamente en su condición de *otro*: de un *tú* que, por ser tal, es *persona*; bien que humana, pero persona al fin y al cabo amada como tal y según su propia condición.

²⁵Ca 2: 10–11.14.

*Ábreme, hermana mía, esposa mía,
paloma mía, inmaculada mía...²⁶*

Por eso la esposa, no sólo no se siente avergonzada de *seguir* al Esposo, sino que desea hacerlo con todas las fuerzas de que es capaz: *¡Llévame tras de ti; corramos!* De ahí el importante y misterioso texto del Apocalipsis: *Vi entonces al Cordero, puesto en pie sobre el monte Sión; y con él a ciento cuarenta y cuatro mil que tenían escritos en sus frentes su nombre y el nombre de su Padre. Y oí una voz del cielo, como voz de muchas aguas y como voz de un gran trueno; y la voz que oí era como la de los citaristas cuando tocan sus cítaras. Cantaban como un cántico nuevo, delante del trono y delante de los cuatro animales y de los ancianos. Nadie podía aprender el cántico, sino solamente los ciento cuarenta y cuatro mil que han sido rescatados de la tierra. Son los que no se han contaminado con mujeres, pues son vírgenes. Éstos son los que siguen al Cordero adondequiera que vaya. Han sido rescatados de entre los hombres como primicias para Dios y para el Cordero, y en su boca no se encontró mentira: están sin mancha.*²⁷ Sobre él escribe Spicq algunas interesantes observaciones con respecto a los rescatados privilegiados que siguen al Cordero. En ellas se dice, entre otras cosas no menos importantes, que el texto es demasiado profundo como para referirse solamente a la generación cristiana de finales del siglo primero; debiendo ser entendido, por lo tanto, en un sentido no restrictivo; que difícilmente podría limitarse su aplicación a los varones, y que evoca más bien un ideal ascético de carácter esenio; que parece referirse a una falange de élite, perteneciente al coro de los rescatados y que sigue al Cordero, como una especie de guardia de corps, por dondequiera que va;

²⁶Ca 5:2.

²⁷Ap 14: 1-5.

además apunta a los (las) vírgenes en el sentido estricto en el que hablan 1 Cor 7: 31-35 y Lc 20:36, tal como lo interpretaron Didimo el Ciego, San Agustín, San Jerónimo y Tertuliano, entre otros que han tratado también este apasionante tema.²⁸

La llamada del Maestro convocando a los que quieran seguirle es para todos: *Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y que me siga.*²⁹ Quienes responden

²⁸Dans ce contexte doctrinal et selon le langage des Prophètes, les 144.000 Vierges marquées du sceau de Dieu et s'opposant aux infidèles qui ont le stigmate de la Bête, peuvent fort bien englober tous les croyants fidèles qui ont refusé la prostitution de l'idolâtrie (Ap 14: 1-5); mais le texte est trop dense pour évoquer que l'ensemble de la génération chrétienne à la fin du premier siècle... Il s'agit des chrétiens militants sur la terre qui, rachetés par le Christ, portent leur "sphragis" baptismale d'appartenance et de consécration au Seigneur, opposé au χάραγμα des païens (13: 16-18). Fidèles à leur engagements, ils sont "sans mensonge et irréprochables" (v. 5)... Peut difficilement se limiter aux hommes; la formulation même évoque "un idéal ascétique de type spécifiquement essénien", et laisse entendre que pour de tels consacrés, les relations sexuelles auraient été une tache sur leur vêtement blanc (Ap 3:4). Dans le chœur des rachetés, ils semblent constituer une phalange d'élite, ils servent de gardes de corps à l'Agneau, puisqu'ils le suivent partout. Eux seuls peuvent antiphoner ici-bas avec les Anges chantant un cantique de louange et d'allégresse (5: 8-9;). Cette association aux anges et cette participation privilégiée au bonheur céleste désigneraient mieux des Vierges au sens strict (1 Cor 7: 31-35; Lc 20:36; ainsi l'entendent Didyme l'Aveugle, Augustin, Jérôme, Tertullien, E.B. Allo, J. Bonsirven). Entièrement purifiés de corps et d'âme, dans leur abstention du monde, ils sont uniquement consacrés à Dieu, comme une offrande sacrificielle de prémices au regard de la moisson universelle des élus... Ainsi la "virginité", si représentative de la vie chrétienne, est nécessairement l'apanage de tous les rachetés, mais culmine en ceux qui suivent l'Agneau innocent de plus près. Il n'y a pas à séparer deux catégories, mais il faut reconnaître plusieurs manières d' "être avec" le Christ sur la montagne de Sion (Ap 14:1). Les vierges sont les parfaits représentants du nouveau peuple de Dieu: les chrétiens-types (C. Spicq, O.P, *Théologie Morale du Nouveau Testament*, Paris, Gabalda, 1970, II, pgs. 557-558).

²⁹Lc 9:23; cf Mt 16:24; Mc 8:34; Jn 12:26.

afirmativamente y lo siguen forman el gran rebaño de Cristo, también conocido con el nombre de Iglesia. Dentro de la que no existen dos categorías diferentes de fieles en cuanto tales, como señala Spicq, puesto que todos absolutamente son ovejas del gran rebaño de Cristo. Sin embargo, aunque todos ellos siguen al Gran Pastor (Heb 13:20), las funciones que desempeñan son bien distintas, además de que cada cual las lleva a cabo dentro del estado propio en el que ha sido llamado.³⁰ Que la Iglesia es una Institución estructurada en forma jerárquica por su mismo Fundador es algo de lo que no se puede dudar. Como es igualmente cierto que existen en ella estados especiales de vida más perfecta, según se desprende, por ejemplo, de las contundentes palabras del Salvador referentes a la virginidad: *Hay eunucos que nacieron así del vientre de su madre; los hay también que fueron hechos eunucos por los hombres; y los hay que se hicieron tales a sí mismos por el Reino de los cielos. Quien pueda entender, que entienda.*³¹

A pesar de lo cual la estructuración de la Iglesia está siendo actualmente contestada de formas tan variadas como sutiles, con el consiguiente riesgo de que queden difuminados elementos esenciales del organismo eclesial. El peligro acecha por igual a la división or-

³⁰Como Spicq reconoce también hablando de las diferentes maneras de estar con Cristo en el monte de Sión, apuntando expresamente al tipo de cristianos que se constituyen como los perfectos representantes del nuevo Pueblo de Dios. Además de la división esencial entre pastores y simples fieles (Jn 21: 15-17; Hech 20:28),* y de las diversas funciones o carismas (1 Cor 12: 28-30; Ef 4: 11-12), no debe olvidarse el importante estamento constituido por los estados de vida consagrada.

³¹Mt 19:12. Cf 1 Cor 7: 1.8.32-34.

*Los Pastores son también ovejas del gran rebaño de Cristo; pero las ovejas que son los simples fieles no son en modo alguno Pastores.

gánica de la Iglesia en Pastores y simples fieles y a los estados de vida consagrada. El confusionismo resultante ha originado ya graves e importantes consecuencias que están afectando, bastante más de lo que parece, a toda la vida de la Iglesia.

La división de los miembros que integran el Cuerpo Místico de Cristo en Pastores y simples fieles pertenece a la estructura orgánica de la Iglesia, según la instituyó su Fundador. Dentro de esa estructura algunos de los miembros que la componen son clérigos, constituidos en Jerarquía con grados más o menos elevados; mientras que otros son laicos, guiados y enseñados por los primeros en orden a la salvación. Pero aunque la doctrina es bastante clara, la confusión ha afectado en la práctica tanto al orden de los clérigos como al de los laicos.

Por lo que respecta a estos últimos, conviene señalar que el hecho está relacionado con la irrupción de la llamada *promoción de los seglares*. Hacia los años del Concilio Vaticano II, y de modo tan repentino como inesperado, el mundo católico pareció haber adquirido conciencia de la necesidad de revalorizar el papel de los laicos. Pronto se extendió la idea de que era urgente eliminar la opresión a la que los seglares habían sido sometidos por el estamento clerical; aunque en realidad parece que no se trataba tanto de revalorizar cuanto de poner en su sitio a los que nunca habían estado en él. La culpabilidad de la situación, tan injustamente vivida hasta ese momento según se decía, había que achacarla a una serie de circunstancias históricas ahora descubiertas y por fin denunciadas.

Los Antiguos decían que los dioses vuelven locos a quienes desean castigar. De la misma manera, hoy todo parece indicar que Dios ha vuelto la espalda al mundo que ha prescindido de Él. En realidad no fueron los laicos los que se sintieron vejados por parte del clero, ni los que denunciaron injusticias de las que, por otra parte,

no se habían enterado. Las reivindicaciones laicales se hicieron realidad gracias a los trabajos realizados por clérigos expertos en los laboratorios de alquimia pastoral. La gran verdad es que los laicos, como solía suceder con los cuitados a quienes intentaba ayudar Don Quijote,³² habían vivido hasta ahora tranquilos con respecto a este punto, cumpliendo como podían sus obligaciones; mejor o peor, pero sin enterarse de que estaban siendo sojuzgados por los clérigos.

³² Como fue el caso de algún infeliz criado castigado injustamente por su amo, o el de los cabreros, o el de los galeotes; entre otros... Los ofrecimientos de ayuda no solicitada, con la buena intención de aliviar desgracias que a veces no existen sino en la imaginación de quijotescos redentores, suelen terminar mal, convirtiendo el remedio en algo peor que la enfermedad:

Todos se ofrecieron a Eugenio; pero el que más se mostró liberal en esto fue Don Quijote, que le dijo:

—Por cierto, hermano cabrero, que si yo me hallara posibilitado de poder comenzar alguna aventura, que luego me pusiera en camino porque vos la tuvierais buena; que yo sacara del monasterio (donde sin duda alguna debe de estar contra su voluntad) a Leandra, a pesar de la abadesa y de cuantos quisieran estorbarlo, y os la pusiera en vuestras manos, para que hicierais de ella a toda vuestra voluntad y talante, guardando, pero, las leyes de caballería, que mandan que a ninguna doncella le sea fecho desaguisado alguno; aunque yo espero en Dios Nuestro Señor que no ha de poder tanto la fuerza de un encantador malicioso, que no pueda más la de otro encantador mejor intencionado, y para entonces os prometo mi favor y ayuda, como me obliga mi profesión, que no es otra si no es favorecer a los desvalidos y menesterosos.

Miróle el cabrero, y como vio a Don Quijote de tan mal pelaje y catadura, admiróse, y preguntó al barbero, que cerca de sí tenía:

—Señor, ¿quién es este hombre que tal talle tiene y de tal manera habla?

—¿Quién ha de ser —respondió el barbero— sino el famoso Don Quijote de la Mancha, desfacedor de agravios, enderezador de entuertos, amparo de las doncellas, asombro de los gigantes y vencedor de las batallas?

—Eso me semeja —respondió el cabrero— a lo que se lee en los libros de caballeros andantes, que hacían todo eso que de este hombre vuestra merced dice; puesto que para mí tengo, o que vuestra merced se burla, o que este gentil hombre debe de tener vacíos los aposentos de la cabeza.

—Sois un grandísimo bellaco —dijo a esta sazón Don Quijote— y vos sois el vacío y el menguado; que yo estoy más lleno que jamás lo estuvo la muy hideputa que os parió (Cervantes, Don Quijote, I, capítulo LII).

Debido a que, por desgracia, la famosa *promoción* no siempre fue bien entendida, el mundo tuvo la oportunidad de presenciar la aparición de una extraña situación en la que los laicos realizan labores clericales. Según algunos clérigos, la única forma de dignificar a los laicos es la de convertirlos también en clérigos; o en un producto híbrido por lo menos, si es que no se puede hacer otra cosa. Y así es como se fue extendiendo el convencimiento de que los laicos sólo se realizan como tales laicos. . . cuando dejan de ser laicos. Está claro por lo tanto, y por si alguien no lo entiende: para que una cosa cumpla mejor su propia esencialidad debe dejar de ser esa cosa.

Sin embargo la vocación específica de los laicos no es otra que la de santificarse en medio del mundo llevando a cabo tareas temporales. Las cuales, además de corresponderles por derecho propio, suponen la concesión de carismas y gracias especiales para su realización. Carismas y gracias bien diferentes de los que poseen los clérigos, quienes están apartados de las obligaciones temporales también por exigencias de su propia vocación.³³

Hay quien piensa que un laico vive mejor su vocación eclesial realizando tareas clericales, como la distribución de la eucaristía, la lectura de textos litúrgicos en la misa, u otras semejantes. Sin embargo es necesario reconocer que tales actividades solamente pueden ser consideradas para los laicos como *subsidiarias*, puesto que están fuera del ámbito específico que corresponde a su propia vocación. La Iglesia las permite o aconseja para los casos en los que existe una

³³Según la Carta a los Hebreos, el sacerdote ha sido entresacado de entre los hombres, y constituido en favor de ellos, *para las cosas que miran a Dios* (τὰ πρὸς τὸν θεόν). * El sacerdote no goza de carismas específicos para la realización de tareas temporales, y de ahí que sea tan proclive al error, o por lo menos a la inoportunidad, cuando se introduce en un campo de actuación que no es el suyo.

*Heb 5:1.

verdadera necesidad,³⁴ aunque no ha podido impedir que los numerosos y constantes abusos hayan hecho surgir el peligro de que se difumine lo específico de ambos modos de vida, clerical y laical; con las deplorables consecuencias que se pueden imaginar.³⁵

En los tiempos inmediatamente anteriores al Concilio Vaticano II, muchos teólogos y pastoralistas criticaban a menudo la conocida definición de Pío XI sobre la Acción Católica: *la participación de los seglares en el apostolado jerárquico de la Iglesia*.³⁶ Sus argumentos desenfocaban el problema, aunque en el fondo no carecían doctrinalmente de razón; y se apoyaban en el hecho de que los conceptos de Jerarquía eclesiástica y seglarado son recíprocamente excluyentes, tal como sucede también con los correspondientes de Pastores y simples fieles: de ahí que no se puedan mezclar el uno con el otro. Sin embargo el paso de los años ha demostrado que el criticado Pío XI no era sino un simple pionero, puesto que ahora ya no se trata de participar, sino de realizar las mismas labores que lleva a cabo la Jerarquía.

³⁴La confusión se extiende aquí a dos campos distintos y referidos ambos a dos conceptos contrapuestos: los de clérigo y seglar (o laico, para ser más precisos) y los de religioso y secular. Por desgracia son numerosos los fieles en la Iglesia actual, tanto laicos como clérigos, que no tienen ideas claras al respecto.

³⁵Los clérigos empeñados en introducir a los seglares en el estamento clerical suelen ser también, por extraño que parezca, los mismos que se esfuerzan en aparecer como seglares. Un estudio del fenómeno quizá pondría de manifiesto que la admiración bobalicona, por parte de algunos clérigos, hacia el estado laical no es sino la consecuencia del complejo de inferioridad al que ha conducido la pérdida del sentido de la propia identidad. Más que un nuevo y disfrazado intento de clericalismo, lo que parece haber en el fondo de todo esto es una crisis del concepto del sacerdocio católico.

³⁶La crítica era injusta por exagerada. Aparte de que la fórmula no era quizá muy afortunada, nadie en la Iglesia —ni menos aún Pío XI— había pensado por entonces en clericalizar a los simples fieles. Los militantes integrados en los diversos Movimientos de Acción Católica poseían una conciencia clara de su identidad de seglares; y lo mismo puede decirse con respecto a las ideas que el resto de los fieles tenían acerca de la Acción Católica.

Es de esperar que habrá quienes piensen que también aquí se está desenfocando y exagerando el problema. Sin embargo todo el mundo estará de acuerdo en que, en este caso como en todos, la honradez intelectual y el amor a la verdad exigen un estudio desapasionado de los hechos. Solamente entonces, si acaso se llevara a cabo, se descubriría quizá que, en el fondo de todo esto, hay algo más que un mero acercamiento a la doctrina protestante sobre el sacerdocio: una vez difuminados los conceptos, y desaparecida la línea de separación entre clérigos y seglares, ya no hay que dar sino un paso para concebir al sacerdote como un simple representante o delegado de la comunidad. Por otra parte, cuestionada la identidad del sacerdote, y equiparada su condición a la de los seglares, desaparecen juntamente la angustia producida por la escasez de ministros sagrados y la idea de su necesidad. De esta forma, por caminos que nadie hubiera podido imaginar, la promoción de los seglares, y la consiguiente abundancia de *ministros* cooperadores y suplentes de todas clases, han desembocado en una crisis de vocaciones sacerdotales que parece irreparable. Como si se tratara de uno de esos casos en los cuales el remedio ha resultado peor que la enfermedad: ¿Cuántos jóvenes generosos, en las presentes circunstancias, se van a plantear la posibilidad de su vocación?

La moderna Pastoral católica, que ha instituido a numerosos seglares para que lleven a cabo tareas eclesiales, más o menos clericales, los ha designado con el desafortunado y extraño engendro terminológico de *agentes pastorales*. Una expresión que significa, si todavía hay que dar fe al significado de las palabras, que tales seglares *realizan tareas pastorales*. Lo cual sólo tiene sentido si se concede que las simples ovejas pueden ser Pastores al mismo tiempo.

No cabe duda sin embargo de que, tanto para el Nuevo Testamento como para toda la Tradición de la Iglesia, los conceptos de Pastor y de simple fiel son contrapuestos, y de ninguna manera in-

tercambiables.³⁷ Pero si se otorga a estos conceptos un significado ajeno al que poseen en la Revelación neotestamentaria, o se difumina su contenido, se corre el peligro de desnaturalizarlos y de anular la voluntad del Divino Fundador de la Iglesia.

Por otra parte los seculares carecen de los carismas adecuados para llevar a cabo tareas que, por estar fuera del ámbito propio de su vocación específica, no les corresponden. Es imposible por lo tanto que las realicen debidamente, por no hablar del desperdicio de tiempo y de energías que podrían haber sido empleados en el cumplimiento de actuaciones específicas propias. Para San Pedro, por ejemplo, la gracia de Dios es multiforme, de tal manera que cada fiel recibe la suya propia a fin de ponerla al servicio de los demás:³⁸ *Como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios, que cada cual ponga al servicio de los demás los dones recibidos.*³⁹

La Iglesia es una Madre que trata de atender a las necesidades de sus hijos de la mejor manera posible. A pesar de que tales hijos, que no siempre comprenden bien las preocupaciones de tan buena Madre, acaban abusando algunas veces de los cuidados solícitos que reciben. Como ha sucedido exactamente con el caso de los llamados *diáconos permanentes*.⁴⁰

³⁷Cf, por ejemplo, Concilio Vaticano II, *Lumen Gentium*, n. 10.

³⁸Al fin y al cabo la Iglesia, Cuerpo Místico de Cristo, es un organismo en el que cada uno de los miembros realiza una función específica en beneficio del conjunto. No existe organismo sin organización; o lo que es lo mismo: sin especificación de funciones.

³⁹1 Pe 4:10. La versión inglesa de la Biblia de Jerusalén traduce así este versículo: *Each one of you has received a special grace, so, like good stewards responsible for all these varied graces of God, put it at the service of others* (*The New Jerusalem Bible*, Doubleday, 1985). San Pablo, por su parte, es el eterno e incansable luchador contra la confusión de carismas: cf, por ejemplo, 1 Cor 12: 1-11.

⁴⁰El problema no es exclusivo de la Iglesia norteamericana, aunque ha sido en ella donde ha surgido con especial virulencia.

A partir del Concilio Vaticano II y de algunos de los Sínodos de Obispos que se celebraron en los años posteriores, convocados expresamente para el caso, la Iglesia fue adquiriendo conciencia del problema de la escasez de sacerdotes. Por lo cual se decidió la creación del diaconado permanente, dada la angustiosa y urgente necesidad de ministros sagrados que tantos lugares padecían. La idea era buena y generosa, por más que no pueda decirse que su puesta en práctica haya sido siempre demasiado feliz.

Conviene advertir de entrada que la nomenclatura era correcta, aunque probablemente no muy afortunada. Porque, en efecto: ¿Cuál es el significado exacto que debe atribuirse a la expresión *diaconado permanente*? ¿Acaso quiere decirse con ella que el diaconado que va camino de desembocar en el sacerdocio es pasajero, o caduco, o temporal, o tal vez accidental?⁴¹ Es posible que aquí pueda hallarse cierto atisbo de explicación con respecto a algunas de las consecuencias negativas que aparecieron después.

Debido a que la ciencia teológica no ha sido muy prolija en explicaciones sobre este punto, han quedado pendientes algunas lagunas que parecían reclamar una mayor profundización doctrinal. Y, aunque el tema puede parecer excesivamente quisquilloso, la verdad es que afecta nada menos que al *status* de los llamados diáconos permanentes, con posibles consecuencias en uno u otro sentido; por lo que es indudable que merece cierta atención. Por ejemplo: Los diáconos permanentes, ¿son clérigos o laicos? Indudablemente son clérigos, puesto que han recibido el sacramento del orden sagrado, aunque

⁴¹La cuestión no es tan baladí como puede parecer a primera vista. No basta con que una expresión sea correcta para que haya de ser considerada como la más adecuada. Cuando se trata de la designación de cosas importantes hay que evitar el peligro de ambigüedades o el de la aparición de implicaciones no deseadas. Como las que surgieron en este caso, por ejemplo.

sea solamente en su grado inferior.⁴² Pero entonces, ¿debe entenderse que se trata de clérigos que viven como seglares, en el ejercicio de deberes y obligaciones temporales, propias de los seglares, mientras que solamente se dedican al culto *part time*?⁴³ ¿O se trata quizá de clérigos que, debido a las especiales circunstancias de su ordenación, dedican la mayor parte de su tiempo a la realización de labores puramente temporales? Pero mientras tanto, una vez aclarado el *status* de estos diáconos, ¿qué sucede con unos carismas que, como es bien sabido, son diferentes y propios de uno y otro estado (clerical o seglar)...? En caso de que se aceptara que los diáconos permanentes reciben los carismas clericales, al mismo tiempo que conservan los del estado seglar, ¿debería entenderse entonces que unos y otros carismas ya no son exclusivos —o excluyentes— de sus correspondientes estados? ¿Sería exagerado pensar que tal hibridismo podría abrir las puertas, en este caso concreto, a la doctrina protestante sobre el sacerdocio?

Pese a todas estas cuestiones, y a algunas otras que se podrían plantear, es evidente que la cuestión doctrinal no debe inquietar demasiado. Puede afirmarse con tranquilidad que no hay lugar para las vacilaciones, desde el momento en que la Iglesia ha bendecido la institución del diaconado permanente. A pesar de lo cual es un

⁴²C.I.C., c. 207 § 1; cf § 2.

⁴³La cuestión no se plantea con tanta acritud en los llamados territorios *de misión*, o subdesarrollados, donde los diáconos permanentes pueden quizá dedicarse *full time* a llevar a cabo tareas clericales.* No puede decirse lo mismo con respecto a los grandes núcleos urbanos de los países más civilizados, donde son frecuentes los diáconos permanentes que continúan ejerciendo sus normales tareas temporales.

*Es sabido que el concepto de *país de misión* ha caído en desuso, lo mismo que la expresión —famosa en su día— *Francia, país de misión*. Con la actual descristianización, todo el mundo se ha convertido en un país de misión. Incluso parecen ser los países más desarrollados los más impermeables a la predicación del Mensaje cristiano.

hecho evidente, patentizado por la experiencia de los últimos años, que la puesta en práctica de la idea es capaz de originar problemas e inquietudes.

Uno de los posibles problemas está relacionado precisamente con la predicación. En algunos países del mundo —principalmente en los Estados Unidos— se ha convertido en costumbre la predicación de los diáconos en las celebraciones eucarísticas, postergando a los presbíteros en este punto a un segundo lugar. Se suele aducir como razón que *es oficio del diácono el predicar*; y de ahí la práctica, ya común y frecuente, de que bastantes presbíteros vean limitadas sus actividades culturales a la mera celebración de la misa, con el fin de que los diáconos prediquen en ella.

Por supuesto que es oficio del diácono la predicación. Aunque ya no lo es tanto que la predicación sea oficio del diácono: porque también es oficio del presbítero, y sobre todo del obispo; y con más propiedad y derecho que el diácono.⁴⁴

Es un hecho comprobado que los problemas aparecen cuando los planteamientos se desenfocan; o cuando se sacan de su contexto propio, como ha sucedido aquí.

Las razones de esta postergación de los presbíteros, en beneficio de los diáconos, no serían fáciles de explicar y no encajan en este lugar.

⁴⁴Los Apóstoles reservaron para sí mismos la predicación, dejando para los diáconos la tarea del servicio de las mesas (Hech 6: 2-4).

El orden es un sacramento esencialmente jerárquico: el diácono está sometido al presbítero, y ambos al obispo.

La liturgia de la Iglesia ha reconocido siempre esta subordinación, como puede comprobarse, por ejemplo, con respecto a la predicación. Si un presbítero predica en una celebración eucarística presidida por el obispo, corresponde a este último bendecir previamente al presbítero; lo que equivale a una delegación expresa, bajo el supuesto de que es al Obispo a quien pertenece por derecho propio el anuncio de la Palabra. Y lo mismo sucede con el diácono con respecto al presbítero, aunque se trate de la simple lectura del evangelio.

Tal vez se trate de una mala asimilación de la doctrina, o de la falta de comprensión de las razones que mueven a la Iglesia (dictadas siempre por la necesidad y el bien de los fieles). Pero es posible también que la verdadera explicación sea más compleja; aunque de todos modos la disminución de la calidad de la predicación es una consecuencia que no se ha hecho esperar.

Se dice que es oficio del diácono el predicar. Sin embargo se olvida el hecho obvio de que el presbítero también es diácono, puesto que la ordenación sacerdotal no le ha hecho perder en modo alguno los oficios y las prerrogativas recibidos en el diaconado; lo mismo que el consagrado obispo no pierde tampoco los dones recibidos en la ordenación presbiteral, sino que —muy al contrario— los alcanza ahora en plenitud. Debe tenerse en cuenta que los diversos grados del sacramento del orden no son excluyentes unos de otros, sino inclusivos y complementarios: de la misma manera que el número dos contiene al uno, o el número tres contiene al dos.

El problema alcanza su mayor acritud, como ya se ha dicho, en la predicación sagrada. La cual es cosa demasiado seria como para ser tratada con ligereza; y ante la que es preciso reconocer que los diáconos permanentes, en su inmensa mayoría, no tienen la formación necesaria para llevarla a cabo.⁴⁵

⁴⁵El C.I.C., en el canon 236, habla de dos procedimientos de formación para las dos clases de diáconos permanentes: jóvenes y de edad madura (estos últimos tanto célibes como casados).

Para los primeros establece un plan de tres años en una residencia al efecto, *nisi graves ob rationes Episcopus diæcesanus aliter statuerit*; y no es necesario decir que casi siempre existen tales razones graves. Para los de edad madura impone un plan de tres años según las directrices de la Conferencia Episcopal.

Pero sucede que la gran mayoría de diáconos permanentes son casados, de edad madura, que ejercen sus deberes profesionales y los propios del hogar. Y no es infrecuente que los planes de formación acaben quedándose reducidos a unos cursillos de teología; más o menos intensos, pero *cursillos*.

Habr  quien diga que lo decisivo aquí es lo recibido en la ordenación, a saber: el carisma y las gracias especiales necesarias para cumplir el ministerio. Lo cual es indudablemente cierto, aunque también es verdad que será imprudente despreciar los dones y valores naturales en beneficio de los sobrenaturales. Siendo Dios el autor de los dos órdenes —el natural y el sobrenatural—, jams  actúa en el sobrenatural o superior despreciando el natural o inferior: lo contrario es justamente lo verdadero.

Otra cosa sucederá en el caso en que así lo exigiera una verdadera necesidad, que es precisamente la razón por la que fueron creados los diáconos permanentes. En situación como esa no cabe duda de que Dios suplir  ampliamente y con generosidad. Pero el caso de necesidad es una excepción, y la excepción no puede ser considerada como la norma. Los abusos cometidos han sido tan generales y frecuentes que aquí no podrá decirse que la función crea el órgano, sino al revés; porque ahora es un órgano producido artificialmente (no exigido por la necesidad) el que crea una función que no era necesaria.

En ningún orden de actividades humanas se le ocurrirá a nadie dedicarse a dar conferencias, sobre tal o cual aspecto cultural o científico, con el mero bagaje de un cursillo doctrinal o un ligero barniz de conocimientos acerca del tema. Y sin embargo la predicación sagrada es lo más lejano que cabe imaginar de un ciclo de conferencias culturales, puesto que en ella se pone en juego nada menos que la salvación del Pueblo de Dios.

Dado que la teología tiene a Dios por objeto, es evidente que es la más compleja y difícil de todas las ciencias. Es imposible conocerla bien sin la ayuda de la Filosofía,⁴⁶ del mismo modo que no es posible saber seriamente física sin tener conocimientos de matemáticas. Pero

⁴⁶La Filosofía era considerada en siglos pasados como la *ancilla theologiae*.

la filosofía, que es otra ciencia difícil, requiere también a su vez la ayuda de un buen conjunto de otras ciencias auxiliares (historia, literatura, filología, y un largo etcétera que no excluye tampoco un cierto conocimiento de las ciencias exactas). Bien puede asegurarse, por lo tanto, que largos años de estudio no serán bastantes para considerar que ya se conoce suficientemente la teología.

Por otra parte, puesto que Dios ha sido tan bondadoso que se ha manifestado al hombre por medio de la Revelación —contenida sobre todo en las Sagradas Escrituras—, es necesario que el teólogo adquiriera un conocimiento a fondo de los libros sagrados.⁴⁷ Para alcanzarlo hacen falta largos años de estudio y reflexión —por no hablar de la obligada lectura de los Padres y de los grandes clásicos de la espiritualidad, antiguos y modernos—, además de muchas horas de oración profunda y continuada. El conocimiento serio acerca de Dios —que es el que da acceso a su vez a la verdadera sabiduría— únicamente se consigue por medio de la luz que proporciona el Espíritu Santo. El cual no tiene por costumbre acudir, dócil e instantáneamente, a la invocación de alguna especie de mágico conjuro llevado a cabo por el *summoner* de turno. Más bien al contrario, pues siendo Él soberana libertad (2 Cor 3:17) *sopla donde quiere* (Jn 3:8); y por ser además el Espíritu de Jesucristo —que también procede del Padre—, solamente acude y actúa allí donde Jesucristo es reconocido, imitado y amado. La sabiduría que desciende de lo alto, que no tiene nada que ver con la sabiduría del mundo,⁴⁸ no es por lo tanto cosa fácil de adquirir. Y sin embargo es absolutamente

⁴⁷Cf 2 Tim 3: 15-17. Se dirá que no es preciso que el predicador sea un teólogo, aunque esta afirmación no deja de ser una banalidad. Llámese como se quiera, teólogo o no teólogo, es evidente que el predicador es el hombre de Dios que habla de Dios a sus hermanos los hombres. ¿Y cómo va a ser esto posible sin un conocimiento a fondo de las Escrituras?

⁴⁸Cf Mt 11:25; Ef 5:15; San 3: 13.15.

necesaria para el que se supone que es predicador del Mensaje y testigo de Jesucristo: *Nosotros predicamos a Cristo*, dice San Pablo,⁴⁹ *amonestando y enseñando a todos los hombres con toda sabiduría, a fin de presentar a todo hombre perfecto en Cristo*. Y añade el Apóstol a continuación: *Por eso trabajo con afán; luchando con la fuerza que actúa poderosamente en mí*.⁵⁰

Además de eso, si bien es verdad que el predicador del Evangelio pregonar el mensaje de Cristo, no ha de olvidar tampoco que su predicación se refiere en realidad a un Cristo crucificado (1 Cor 2: 2-5). Lo que supone a su vez para él la necesidad de vivir clavado con Cristo en la Cruz (Ga 2:19; 5:24), que es el único modo conocido de proporcionar veracidad a su mensaje y de disponerse, al mismo tiempo, a recibir las fuerzas precisas para soportar el escándalo que va a producir su testimonio ante el mundo (1 Cor 1:23).

Demasiadas cosas, y bien difíciles además, para ser adquiridas en unos cursillos, más o menos acelerados, de clases nocturnas...

Habrà quien diga que la predicación de presbíteros y de obispos deja también con frecuencia mucho que desear. Lo cual es cierto, por mucha tristeza que cause reconocerlo. Sin embargo tal cosa no prueba nada en contra de lo que aquí se acaba de decir, puesto que ese problema tiene mucho que ver con el mal uso de unos dones recibidos que incluso pueden haber quedado anulados por falta de vida espiritual. En cambio aquí se trata de unos instrumentos necesarios que jamás se han adquirido. Dios no los dispensa al albur ni desde luego como regla general —atendiendo a necesidades que no existen y que sólo han sido creadas artificialmente—, ya que no tiene por qué hacerlo y Él nunca obra sin causa y razón. Solamente los otorga en caso de verdadera necesidad para el hombre, una vez que han

⁴⁹Col 1:28.

⁵⁰Col 1:29.

sido agotados los caminos normales y los medios naturales, que es precisamente la razón por la que la Iglesia decidió la creación del diaconado permanente.⁵¹

En cuanto al Cura de Ars, San Juan M.B. Vianney, debe reconocerse en efecto que era un gran predicador, a pesar de sus balbucesos, de la escasez de sus conocimientos y de su ignorancia del latín; algo semejante a lo que sucedió con San Francisco de Asís, otro gran predicador que tampoco había recibido mucha instrucción. Dos casos que intencionadamente se aducen aquí *per modum exempli*. Sin embargo no hay que olvidar que ambos eran santos, y extraordinariamente santos por cierto. Si los obispos de la Iglesia disponen de candidatos al diaconado permanente adornados de tal santidad, no deben dudar acerca de su ordenación; y lo mismo cabe decir, o tal vez con mayor razón, acerca de los presbíteros. Aunque en este último caso es bastante probable que no hubiera ya necesidad de acudir al recurso de los diáconos permanentes.⁵²

⁵¹En la actualidad pululan las apariciones y el abuso incontrolado de pretendidos carismas, tal como ha ocurrido siempre en los períodos de crisis que ha conocido la historia del cristianismo. Quizá se podría aplicar a estos fenómenos el famoso dicho que los antiguos escolásticos afirmaban del ente: (*miracula*) *non sunt amplianda sine necessitate*.

⁵²Aquí no se trata de cuestionar la ortodoxia o legalidad de la idea de la creación del diaconado permanente. Desde el momento en que la Iglesia lo ha instituido, o restablecido, existe una razón suficientemente capaz de disipar cualquier duda acerca de su oportunidad. Como Madre que es, la Iglesia actúa siempre movida por buenas razones y buscando el mayor bien de los fieles, incluso sin reparar en que algunos de ellos no vacilan en cometer abusos; como ha ocurrido en este caso. Únicamente cabría insistir, como simple hipótesis de trabajo, en el estudio de otras posibles soluciones para el problema de la crisis de sacerdotes: una auténtica renovación y profundización en la vida espiritual del clero, una valiente acometida en los métodos de formación en los seminarios, una seria revisión de la pastoral de la juventud... En cualquier caso es la Iglesia la que tiene la palabra. Sin olvidar que las soluciones correctas, o incluso buenas, no son siempre necesariamente las mejores.

Una simple lectura de Ap 14: 1-5 es suficiente para darse cuenta de que, si bien es evidente que todos los fieles son ovejas del gran rebaño de Cristo —tal como ya se dijo más arriba—, no todos siguen al Pastor a la misma distancia ni gozan de la misma consideración. Dando ya de lado al tema de la división de los fieles en Jerarquía y simples fieles, es indudable que el texto alude a un grupo de élite compuesto por elegidos o predilectos. Son los que han sido rescatados de entre los hombres y siguen al Cordero *adondequiera que va*; además de poseer otras características que —por curioso que parezca— causan escándalo y cierta inquietud al mundo moderno.⁵³ no se han contaminado con mujeres, *puesto que son vírgenes*,⁵⁴ ni se ha encontrado en su boca la mentira, y por eso están sin mancha.

Aunque el Esposo llama a todos para que le sigan,⁵⁵ es evidente que son muchos los que se niegan a hacerlo: *Vino a los suyos y los suyos no le recibieron*.⁵⁶ Y entre los que están dispuestos a seguirlo no todos se sienten urgidos a hacerlo del mismo modo y con la misma intensidad de amor.⁵⁷ Y no solamente eso, ya que aquí aparecen, una vez más, esas extrañas aporías del Evangelio que solamente parecen tener sentido desde los profundos entresijos del amor; porque,

⁵³ Aquí habría que aludir a los estados de vida consagrada como lugar propio de acogida de los predilectos, o aquellos que siguen más de cerca al Señor. Aunque la perfección real de la vida cristiana no se identifica necesariamente con la integración oficial en un estado de vida consagrada.

⁵⁴ Como ya se ha advertido más arriba, es evidente que el texto no intenta otra cosa que resaltar el valor de la virginidad, ya sea de varones o de mujeres.

⁵⁵ Cf 1 Tim 2:4.

⁵⁶ Jn 1:11. Por lo demás es un hecho patente y notorio de la vida ordinaria. De todos modos, cf las parábolas de Lc 14:15 y ss. (con Mt 22:2 y ss. como lugar paralelo) y Lc 20:9 y ss. (con los lugares paralelos Mt 21:33 y ss. y Mc 12:1 y ss.).

⁵⁷ Bastaría recordar la parábola de las diez vírgenes (Mt 25). A pesar de que todas parecían dispuestas a aguardar y recibir al Esposo, *cinco de ellas eran prudentes y las otras cinco necias*.

con respecto a los que responden afirmativamente a la llamada del Esposo, y le siguen, no será raro que suceda que los primeros serán los últimos y los últimos serán primeros.⁵⁸

Pero aquí se está hablando del amor perfecto. O del verdadero amor, que es justamente el que siente por el Esposo la esposa enamorada. Por eso pone cuidado el texto en subrayar que estos predilectos son los únicos que siguen al Cordero *dondequiera que vaya*. Frase que alude, sin lugar a dudas, al seguimiento que corresponde a una respuesta sin condiciones. O dicho de otra manera: al amor perfecto, cual es el amor de entrega mutua en totalidad y para siempre, y que es el que parecen practicar los que componen este grupo de élite o de elegidos.

Los cuales, según el texto, están poseídos de un amor que, por ser perfecto, contiene las dos cualidades bien características de la integridad y la sinceridad: *son vírgenes, y no se ha encontrado en ellos mentira*. Dos observaciones importantes del texto a las que conviene poner atención.

La virginidad no es otra cosa que la integridad o totalidad de un amor perfecto, cuyo exacto significado equivale a que los amantes se entregan mutuamente en totalidad, sin reservarse nada. De ahí la íntima relación del amor con la pobreza, una vez que el amante se ha despojado de todo para entregarlo al amado. Y por eso también la extraña y bella repetición del pronombre *todo* que utiliza el Apóstol para describir el amor: *La caridad todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta*.⁵⁹

⁵⁸Cf Mt 19:30 y 20:16; Mc 10:31 y Lc 13:30.

⁵⁹1 Cor 13:7. De este sentido de *totalidad* se desprende que la pobreza no tiene significado sino con relación a la riqueza (2 Cor 8:9). Y la imposibilidad de alcanzar la verdadera riqueza sin pasar primero por la verdadera pobreza (que aquí significa la entrega total de todo el ser y de todo lo que se posee); de donde las duras palabras del Maestro dirigidas a los ricos (Mt 19:16 y ss.; además de Mc 10:17 y ss. y Lc 18:18 y ss. como lugares paralelos).

La esposa del *Cantar* pregona abiertamente la integridad de su amor en su virginidad:

*Yo soy un narciso de Sarón,
una azucena de los valles.⁶⁰*

Y el Esposo lo reconoce y lo proclama a su vez con inmensa alegría:

*Como lirio entre los cardos
es mi amada entre las doncellas.⁶¹*

.....

*Eres del todo hermosa, amada mía,
no hay tacha en ti.⁶²*

.....

*Eres jardín cercado, hermana mía, esposa,
eres jardín cercado, fuente sellada.⁶³*

.....

*Ábreme, hermana mía, esposa mía,
paloma mía, inmaculada mía.⁶⁴*

⁶⁰Ca 2:1.

⁶¹Ca 2:2.

⁶²Ca 4:7.

⁶³Ca 4:12.

⁶⁴Ca 5:2. Lo que dice el Esposo en Ca 5:1 puede tomarse también como una insinuación o afirmación indirecta.

En cuanto a la integridad y totalidad del mutuo amor, quedan bien claras en las patentes proclamaciones de la esposa:

*Mi amado es para mí y yo soy para Él.
Pastorea entre azucenas.*⁶⁵

La afirmación de Ap 14:1 y ss., en la que reconoce a la sinceridad como la otra cualidad de los perfectos amadores, puede ser entendida en el sentido de que el perfecto amor se encuentra en íntima relación con la verdad.⁶⁶ Teniendo en cuenta que el texto parece referirse aquí, más bien que a la verdad ontológica, a la verdad moral, que consiste en decir exactamente todo y solamente lo que hay en el corazón.⁶⁷

Si los verdaderos amantes se entregan mutuamente todo lo que son y todo lo que poseen, es natural que se comuniquen también todos los secretos de su corazón (Jn 15:15). Es por eso por lo que, en la intimidad de la total soledad, tratan de que nada ni nadie les perturbe en el ininterrumpido diálogo en que consiste el amor. En el seno de la Trinidad, el Verbo es la Palabra con la que el Padre se lo dice *todo* a sí mismo en el silencio insondable de la eternidad; la misma Palabra con la que, según San Juan de la Cruz, comunicó a

⁶⁵Ca 2:16. Cf Ca 6:3 y 7:11.

⁶⁶La relación entre la sinceridad y la intimidad de amor fue puesta de manifiesto por el mismo Jesús en Jn 15:15: *Ya no os llamo siervos, puesto que el siervo no sabe lo que hace su señor; sino que a vosotros os he llamado amigos, porque os he dado a conocer todo lo que he oído de mi Padre.* Igualmente se advierte en San Pablo la misma relación entre verdad y amor: *La caridad se complace siempre en la verdad.**

⁶⁷Ap 14:5 dice literalmente, refiriéndose a los predilectos, que *en su boca no se halló mentira.*

*1 Cor 13:6. Cf 2 Cor 6:6 y Ef 4:15.

los hombres *todo* lo que tenía que decirles y *todo* lo que ellos eran capaces de recibir del Infinito. Pero la Palabra pronunciada por el Padre es capaz de responderle a su vez, puesto que tiene también vida en sí misma (Jn 5:26). De ese modo, desde más allá del origen del tiempo, y gracias a esa respuesta, se origina entre el Padre y su propia Palabra un Diálogo de amor, cual es el Espíritu Santo, y del cual el hombre ha sido hecho también partícipe por gracia (Ro 5:5). Así es como, a través de la Palabra, se da lugar a un Diálogo (en Dios consigo mismo, y luego también con el hombre) que es justamente Amor. Tal Amor no puede ser sino *verdadero*, y su nombre propio es el de *Espíritu de Verdad*. No es extraño, por lo tanto, que la Palabra se atribuya a sí misma el nombre de *Verdad* (Jn 14:6); ni que, a través del diálogo de amor que se ha hecho extensivo a los hombres, les comunique *todas* las palabras que ha oído del Padre (Jn 15:15; 17:8). San Juan de la Cruz hablaba también de la soledad que buscan los amantes para poder llevar a cabo, sin ser interrumpidos, su diálogo de amor:

*Aquesta⁶⁸ me guiaba
 más cierto que la luz del mediodía,
 a donde me esperaba,
 quien yo bien me sabía,
 en parte donde nadie parecía.⁶⁹*

.....

⁶⁸Se refiere a la luz del corazón, de la que ha hablado en la estrofa anterior.

⁶⁹De la *Noche Oscura*.

*Gocémonos, Amado,
y vámonos a ver en tu hermosura
al monte y al collado
do mana el agua pura;
entremos más adentro en la espesura.*

*Y luego a las subidas
cavernas de la piedra nos iremos,
que están bien escondidas,
y allí nos entraremos,
y el mosto de granadas gustaremos.⁷⁰*

Y, por supuesto, lo mismo dice la esposa del *Cantar*:

*Ven, amado mío, vámonos al campo;
haremos noche en las aldeas.
Madrugaremos para ir a las viñas,
veremos si brota ya la vid,
si se entreabren las flores,
si florecen los granados,
y allí te daré mis amores.⁷¹*

A la sinceridad absoluta, que no es sino la consecuencia de la entrega de todo lo que se posee a la persona amada, y que forma parte de la esencia misma del amor, se puede faltar de dos maneras: o por defecto, ocultando la verdad; o por su corrupción, manipulación o falseamiento. Ambas son en definitiva el resultado de la ausencia de amor. Luzbel se convirtió en el Padre de la Mentira desde el

⁷⁰Del *Cántico Espiritual*.

⁷¹Ca 7: 12-13.

momento en que comenzó a amarse a sí mismo —o dicho de otra manera: en el instante en que dejó de amar—. ⁷²

Del mismo modo que el Padre lo ha dicho *todo* en la única Palabra que es su Hijo Unigénito, dando lugar así a la mutua *spiratio* de amor que es el Espíritu Santo, así también los verdaderos amantes se lo dicen *todo* mutuamente en la entrega absoluta que hacen de sí mismos y en la que incluyen, como es lógico, todos los secretos de su corazón. En el Amor infinito, originante y originario, la *spiratio* de amor comienza con el *decirse* de la Palabra. ⁷³ Por eso la esposa enamorada le dice con ilusión al Esposo:

*Son tus dichos de amores
como una alfombra de suaves hilos
en un lecho de flores;
ven a mi lado y dílos
en el jardín de rosas y de tilos.*

El *Diálogo* es una de tantas cosas que el hombre moderno ha corrompido a fuerza de usarlas indebidamente, vaciándolas de su verdadero contenido. Porque el llamado Diálogo —del que hoy tanto se habla— no está destinado en modo alguno a establecer entre los

⁷² Ambos vicios, la ocultación o escamoteo de la verdad, y su manipulación o falseamiento, son hoy frecuentes en la catequesis —oral y escrita— del Evangelio. La acomodación a los gustos del mundo de la que se deriva el silencio cobarde, por un lado; y la distorsión del Mensaje evangélico, reduciéndolo a consignas y proyectos puramente humanos, por otro, son la consecuencia de una crisis que ha dado lugar al enfriamiento de la caridad: *Y al crecer la maldad se enfriará la caridad de muchos.**

⁷³ Es obvio que, en el seno de la Trinidad, tal *comienzo* es absolutamente atemporal.

*Mt 24:12. Cf Lc 18:8.

hombres una cierta concordia o paz puramente humanas. La Palabra, con la respuesta y el Diálogo consiguientes, son los que dan lugar al Amor. El cual está muy lejos de ser la paz meramente humana y única conocida por gran parte de la catequesis moderna: *La paz os dejo, mi paz os doy; no os la doy como la da el mundo...*⁷⁴ Dios concedió al hombre el don de la palabra desde el momento en que lo creó con capacidad de amar y ser amado. Pues la Palabra —con mayúscula o con minúscula— no tiene otro objeto que el de hablar del amor: *Padre: santifícalos en la verdad; tu palabra es la verdad...*⁷⁵ *Yo les he manifestado tu nombre, y se lo manifestaré, para que el Amor con que tú me amaste esté en ellos y yo en ellos.*⁷⁶ Por eso los seguidores del Esposo *cantarán un cántico nuevo... , que nadie podrá aprender... sino los que han sido rescatados de la tierra.*⁷⁷ Porque, en definitiva, la palabra, la poesía y el canto, son ingredientes que siempre forman parte del amor:

*Cantaremos tus amores,
más suaves que el vino.
Con razón eres amado.*⁷⁸

⁷⁴Jn 14:27.

⁷⁵Jn 17:17.

⁷⁶Jn 17:26.

⁷⁷Ap 14:3.

⁷⁸Ca 1:4.

Segunda Parte



**“Introdúceme, rey, en tus cámaras,
y nos gozaremos y regocijaremos contigo,
celebraremos tus amores más que el vino;
¡con razón eres amado!”**

(Ca 1:4b)

CAPÍTULO I

HACIA LA CÁMARA DEL REY

Prescindiendo de complicados problemas exegéticos que no son de este lugar, basta con advertir aquí que, si bien la mayoría de los autores traducen en singular el primer verso de este fragmento, prefieren el plural para los otros tres:

*Introdúceme, rey, en tus cámaras,
y nos gozaremos y regocijaremos contigo,
celebraremos tus amores más que el vino;
¡con razón eres amado!*¹

Con lo que resulta una lectura del texto que no deja de ser extraña. Aunque es evidente que la esposa se refiere sólo a sí misma en el primer verso, al solicitar del Esposo que la introduzca en sus cámaras, se plantea entonces un problema. Porque, ¿de quién o de

¹Ca 1:4.

quiénes habla en los versos que siguen? ¿Quiénes son los que se van a regocijar y van a celebrar tan alegremente los amores del Esposo?

Tal vez se refiera la esposa al coro de vírgenes que la acompaña y dialoga repetidamente con ella en el *Cantar*;² en cuyo caso estaría hablando en sentido colectivo, y aludiendo quizá a los verdaderos seguidores del Esposo de Ap 14:1 y ss. Explicación que no encaja demasiado bien, sin embargo, con el sentido del primero de los versos, el cual se refiere evidentemente a una situación de absoluta intimidad, a saber: los dos solos, en el retiro perfecto de algún lugar escondido (Ca 8:2) y en total olvido de todo lo demás:

*Entrádose ha la esposa
en el ameno huerto deseado,
y a su sabor reposa,
el cuello reclinado
sobre los dulces brazos del Amado.*

.....

*En soledad vivía,
y en soledad ha puesto ya su nido,
y en soledad la guía
a solas su querido,
también en soledad de amor herido.*

*Gocémonos, Amado,
y vámonos a ver en tu hermosura
al monte y al collado
do mana el agua pura;
entremos más adentro en la espesura.³*

²Recuérdese que son diez las vírgenes que salen al encuentro del Esposo, según la parábola de Mt 25.

³San Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual*.

*Quedéme y olvidéme,
el rostro recliné sobre el Amado,
cesó todo, y dejéme,
dejando mi cuidado,
entre las azucenas olvidado.*⁴

En cuanto a los textos del *Cantar* relativos a este tema, podrían citarse fácilmente y en abundancia.

Por lo que todo parece indicar que el plural del texto se refiere aquí únicamente a los dos —al Esposo y a la esposa—, que es adonde apunta siempre la perfecta intimidad del *tú* y del *yo* que constituye la sustancia del amor.

Claro está que, de ser cierta esta interpretación, las consecuencias no son de pequeña importancia, como erróneamente podría hacer creer un tratamiento superficial del problema. Hay síntomas suficientes para pensar que se ha abusado a veces, en la historia de la Teología y de la Espiritualidad cristianas, de un concepto que tan esencialmente atañe a la Iglesia como es el de colectividad.⁵ En cambio la *bilateralidad* de la que aquí se habla, que en último término se resuelve en la individualidad de *una persona* que contempla y se entrega a otra —por la que a su vez es contemplada y a la que también recibe como donación—, es la que constituye la esencia del amor: un *yo* y un *tú* que se contemplan y entregan en perfecta reciprocidad. Así es como el *yo* de la persona que ama se convierte en *tú* por obra

⁴San Juan de la Cruz, *Noche Oscura*.

⁵La Grey (o Rebaño) y el Cuerpo Místico de Cristo, que se identifican con la Iglesia, constituyen efectiva y realmente una colectividad. Pero no debe olvidarse que aquí se están utilizando metáforas para expresar cosas que se refieren a miembros individuales que además son personas. Se trata por lo tanto de una colectividad; pero formada por *personas*, y no por simples números o meros individuos. También en las metáforas —lo mismo que en la analogía— suele suceder que la desemejanza es mayor que la semejanza.

y gracia de la persona amada, que es la que a su vez corresponde con el *mismo* amor.⁶ El mundo de la persona es efectivamente único (incomunicable y completo en sí mismo, de tal modo que puede decirse que la personalidad, o aquello que la constituye, es la última perfección del ser), y por eso cada uno de los amantes es el (y lo) *único* para el otro. Con lo cual se toca tierra en los antípodas del concepto múltiple de muchedumbre o colectividad:

*Porque es única mi paloma, mi perfecta;
la única hija de su madre,
la predilecta de quien la engendró.⁷*

Una visión incorrecta de esa bilateralidad, con la consiguiente difuminación del concepto de fiel como ser único o persona que es contemplada como tal, ha desembocado en una espiritualidad de pobre y escaso contenido. La idea de la Iglesia como colectividad, o Cuerpo Místico de Cristo, no debe difuminar el concepto del fiel como persona. La realidad sin embargo es que ha quedado olvidado —intencionadamente quizá, o tal vez escamoteado— el concepto de caridad (o de amor), a fin de ser sustituido por el de *solidaridad* hacia los otros;⁸ sin advertir que poco o nada puede significar un concepto vacío de contenido y que apenas si tiene ya algo que ver

⁶ Así es, en efecto: con el mismo amor, numéricamente uno. Pues tal amor es *espirado* simultáneamente por los dos amantes.

⁷ Ca 6:9.

⁸ El concepto de caridad o amor pone más el acento en *el otro*, mientras que el de solidaridad lo pone en *los otros*. Por supuesto que el amor es extensivo a todos (incluyendo a los enemigos); pero mira a cada uno como uno.* La solidaridad, en cambio, se refiere siempre a los otros como un todo.

*El Buen Pastor llama a las ovejas propias *por su nombre* (Jn 10:3).

con el amor. Por lo que hace a *los otros*, es de esperar que no van a contar mucho cuando cada uno de ellos no sea ya *una persona única*, capaz por lo tanto de amar y de ser amada.⁹

Tal vez haya sido influido todo esto por un cierto exceso o inflación de *Doctrina Social*. Pues la Iglesia, como Madre solícita, se ha preocupado de que se apliquen debidamente las exigencias de la caridad y de la justicia, tal como se derivan del Evangelio. Pretendiendo, con toda razón, que los hombres vivan en sociedad como hijos de Dios, a fin de que en la distribución de los bienes tengan en cuenta que son verdaderos hermanos.

El problema estriba en el peligro del desplazamiento de acentos. Todo el mundo sabe que el concepto de clase social es relativamente moderno, y aún más todavía el inventado por Marx acerca de *la lucha de clases*. El éxito doctrinal y la propagación mundial alcanzados por el marxismo —a pesar de tratarse de una doctrina aberrante y contraria a la naturaleza humana— influyeron bastante en el pensamiento y cultura occidentales. Hasta el punto de que fueron muchos los que pensaron en la lucha de clases como un dogma indiscutible: se hablaba, por ejemplo, del desafortunado ateísmo de Marx; pero no se ponía en duda su filosofía de la Historia.

Es indiscutible que el concepto de *sociedad* prevaleció excesivamente sobre el de *persona*. Con la consecuencia lógica de que los problemas de la sociedad como tal, a la que se suponía en constante lucha, pasaron a primer término en detrimento del concepto del ser humano como individuo. Por lo que hace a la Moral católica, los mismos pecados personales fueron casi borrados de la lista de los Mandamientos, a fin de dar paso preferente a los pecados sociales;

⁹No parece sino que el mundo se encontrara a las puertas de ese enfriamiento de la caridad que se ha de producir, según la Biblia (Mt 24:12. Cf Lc 18:8; 2 Te 2:3), hacia los últimos tiempos.

lo que contribuyó indudablemente al desvanecimiento de la idea del pecado, desde el momento en que los culpables son siempre *los otros*.

A lo cual hay que añadir la tentación de concretar demasiado en las soluciones sociales, incluso corriendo peligro de rebasar el ámbito de competencia de la Iglesia: *¿Quién me ha constituido a mí juez o repartidor entre vosotros?* (Lc 12:14). Lo prueban cosas como la doctrina del *corporativismo*, por ejemplo, proclamada hasta hace unos años como panacea indiscutible y de la que hoy apenas se acuerda nadie; o la dura y larga lucha sostenida contra el *capitalismo*, que no pareció verse terminada hasta que los países socialistas proclamaron ante el mundo que ellos también querían ser capitalistas (para vergüenza, asombro y escarnio de la Teología de la Liberación): es curioso que ahora nadie parezca darse cuenta de que ya no se habla de capitalismo y socialismo, sino de Países del Norte y Países del Sur, o Desarrollados y no Desarrollados. Parece no existir duda de que abundan los elementos de reflexión para los amantes de la verdad.

Sea de ello lo que fuere, es evidente que el olvido de la específica y singular bilateralidad personal, origen y fuente del verdadero amor, ha influido también negativamente en la idea que se han hecho de la oración ciertas corrientes de la espiritualidad cristiana.

Por supuesto que el Señor conocía y valoraba la oración colectiva, aunque personalmente practicaba también con frecuencia la oración privada.¹⁰ Pero aquí no se trata de eso, sino de una cuestión suscitada por la que podría llamarse oración-monólogo, que es la practicada con más asiduidad por el simple pueblo cristiano.

En la oración-monólogo el fiel suele dirigir a Dios como sujeto *receptor* de peticiones. Y es evidente, en efecto, que la petición es un elemento esencial de la oración, o de alguna forma de oración

¹⁰No vale la pena aducir textos, en uno y otro sentido, por ser demasiado conocidos.

(como suele ser casi siempre la oración vocal) de la que el Padre Nuestro podría ser un ejemplo eminente. Con todo, no es menos cierto que la oración no puede reducirse a una unilateral solicitud de favores, aun reconociendo que se presentan demasiadas ocasiones en las que la simple petición es una necesidad.¹¹

Un Dios sin otra misión que la de despachar peticiones no tiene nada que ver con el Dios cristiano. Más bien se parecería a esos dioses paganos a los que es necesario aplacar con sacrificios para arrancarles concesiones. Los dioses de la *Iliada* se limitan a otorgar sus favores a los héroes de uno y otro bando, y siempre según el momento y de forma veleidosa. Dioses que no aman ni son amados, de los que solamente pueden esperarse dones aleatorios y antojadizos, no pueden ser sino seres caprichosos e imaginarios, a la medida humana. Por eso a nadie causa extrañeza el antropomorfismo de los dioses homéricos, dotados de las mismas virtudes y defectos que los hombres —con especial acentuación de los defectos— e incapaces de cualquier forma de diálogo con los mortales. Los dioses paganos, en efecto, o bien son *mudos* para los humanos, o a lo más se comunican con ellos a través de misteriosos oráculos, casi inaccesibles y de respuesta única y sin vuelta.

La moderna concepción del Dios *para mí*, que arranca de Lutero y alcanza su auge con Rahner, y que tiende a olvidar, o a despreciar como no significativo, lo que es el Dios *en sí*, tiene mucho que ver con la idea que los Antiguos se hacían de los dioses.¹² Así es como

¹¹Puesto que el hombre es un ser débil y necesitado, la oración de petición es para él una forma de orar tan importante como frecuente. El problema se plantea cuando se dirige a Dios exclusivamente de ese modo: ¿Qué decir de la oración de acción de gracias, por ejemplo?

¹²Ya se ve que muchas de las modernas concepciones, consideradas como *progresistas*, no son sino rememoraciones de ideas antiguas y superadas largo tiempo ha.

prescindiendo como inútil, o tal vez como imposible de conocer, de la idea del Dios *en sí*, se desemboca en la concepción de un Dios unilateral en el que no existe ya atisbo alguno de bilateralidad; y con el que se hace imposible, por lo tanto, cualquier tipo de diálogo entre personas. Pero, una vez desaparecido el sentido y la posibilidad del diálogo, queda destruido el amor; y con él, el Dios que es Amor.

La limitación de la idea de Dios al concepto del Dios *para mí*, no solamente es contraria a la Revelación, sino que destruye por completo la doctrina del amor. Puesto que estos Comentarios giran en torno al libro bíblico del *Cantar de los Cantares*, conviene advertir aquí, limitándose a ese contexto, que lo que el Esposo es *para ella* es justamente lo que menos importa a la esposa. Lo verdaderamente cierto es que ella se siente enamorada *del Esposo*: de Él mismo y como tal Esposo, y no de los dones y gracias que lo adornan. A pesar de que tales dones y prebendas pueden haberla ayudado a conocer al Esposo, y hasta haberla conducido junto a Él, es solamente *de Él, y de Él como Esposo*, de quien ella se ha enamorado locamente. Nadie se enamora jamás de dones o adornos por preciosos que sean, sino en todo caso de la *persona* que los posee.¹³

El santo poeta de Fontiveros lo sabía muy bien, y por eso deseaba ardientemente olvidarse *de todas las cosas*, a fin de estar junto al Amado y sentirse ya libre y para siempre de cualesquiera otros cuidados. Quedan ahora muy atrás las cosas que el Amado pudiera hacer por él y hasta cualquier presente con que quisiera regalarle, desde el momento en que es el Amado lo único que le importa. No los regalos, sino únicamente el Amado. Aquí ya no se trata, por lo

¹³O que no los posee. Que por algo se dice también que el amor es ciego o que alguien se ha enamorado ciegamente. De ahí se puede llegar a la conclusión, una vez más, de que el amor se justifica en sí mismo y se fundamenta en sí mismo; puesto que un amor que hallara y fundamentara sus razones *fuera de él* ya no sería amor: *Causa diligendi Deum, Deus est*, decía San Bernardo.

tanto, de lo que pueda significar el Amado *para mí*, puesto que es solamente Él —y por ser Él quien es— lo que es amado y deseado. El santo poeta lo dice muy hermosamente en sus poesías:

*Quedéme, y olvidéme,
el rostro recliné sobre el Amado,
cesó todo, y dejéme,
dejando mi cuidado,
entre las azucenas olvidado.*¹⁴

.....

*Descubre tu presencia,
y máteme tu vista y hermosura;
mira que la dolencia
de amor, que no se cura
sino con la presencia y la figura.*¹⁵

Como puede verse en la última estrofa, la presencia y la figura del Esposo es *lo único* que interesa a la esposa enamorada. ¿Y cómo podría alguien enamorarse de alguien sin importar *le lo que realmente es, y quién es ese alguien?* El santo poeta carmelita es consciente de que es inútil cualquier intento de describir al Amado. Como así mismo sabe la esposa enamorada que, mucho más allá de lo que se diga, siempre hay algo nuevo y mejor que admirar en el Esposo. Si no queda conforme nunca con lo que puedan decirle, o con lo que ella pueda llegar a conocer de Él, es porque desea llegar hasta Él mismo para verlo tal cual es (1 Cor 13:12; 1 Jn 3:2) y poseerlo plenamente:

¹⁴San Juan de la Cruz, *Noche Oscura*.

¹⁵San Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual*.

*Y todos cuantos vagan,
de Ti me van mil gracias refiriendo,
y todos más me llagan,
y déjame muriendo
un no se qué que quedan balbuciendo.*¹⁶

Es evidente que a la esposa del *Cantar* solamente le interesa el Esposo tal como Él es, y no lo que pueda ser o significar para ella. La misma enunciación del verso lo dice claramente si se lee con ánimo carente de prejuicios:

Introdúceme, rey, en tus cámaras

Donde queda claro que lo que ella desea no es otra cosa que estar con Él, pero para gozar plenamente de Él en la intimidad recatada del amor.

En realidad la teoría del Dios *para mí* desconoce por completo la ley de la reciprocidad absoluta en el amor. Cuando la esposa del *Cantar* proclama que el Amado es para ella y ella para el Amado, es evidente que está pensando en plenitudes y totalidades; y de ninguna manera en lo que cualquiera de ellos *pueda significar para el otro*:

*Mi amado es para mí y yo soy para él.
Pastorea entre azucenas.*¹⁷

¹⁶San Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual*. El *nunca*, o el *jamás*, de Jn 1:18 es probable que tenga un sentido temporal omniabarcante, y no sólo referente al pasado. Según lo cual el texto significaría que es imposible conocer al Padre, o llegar hasta Él, si no es a través de Jesucristo. Aunque de todos modos queda bien claro que es el Dios Unigénito, que está en el seno del Padre, *quien lo ha dado a conocer*.

¹⁷Ca 2:16.

*Yo soy para mi amado
y a mí tienden todos sus anhelos.*¹⁸

Si la esposa reconoce que todos los anhelos del Esposo son para ella, es porque todos los anhelos de ella son igualmente para Él, sin lugar a dudas. Y es de suponer que la plenitud de anhelos de la esposa enamorada no se va a detener en lo que el Esposo pueda *significar para ella*; sino en el Esposo como tal y únicamente en Él. La doctrina del Dios *para mí* tiende a olvidar que los enamorados se entregan en totalidad y recíprocamente, sin reservarse nada. Y si esto es verdad en cualquier amor que sea verdadero, ¿qué decir del perfecto amor? ¿Cómo suponer que el Amor esencial —precisamente el Amor esencial— pueda entregarse sólo parcialmente?

Por si acaso aún quedara alguna duda, el Esposo también proclama —clara y ardorosamente— que Él no desea otra cosa que pertenecer plenamente a la Esposa. En propiedad plena, total, y para siempre:

*Ponme como sello sobre tu corazón,
ponme en tu brazo como sello.
Que es fuerte el amor como la muerte
y son como el sepulcro duros los celos.*¹⁹

Por otra parte, la doctrina del Dios *para mí* es abiertamente contraria al contenido de la Revelación del Nuevo Testamento. El Señor dice con claridad en la oración sacerdotal, dirigiéndose a su Padre y hablando de los discípulos: *Yo les he dado a conocer tu nombre*²⁰, y

¹⁸Ca 7:11.

¹⁹Ca 8:6.

²⁰No es necesario insistir aquí en el significado y el sentido del concepto *nombre* en la Sagrada Escritura.

*se lo daré a conocer; para que el amor con que tú me amaste esté en ellos y yo en ellos.*²¹ Y poco antes le había dicho al apóstol Felipe: *Tanto tiempo como estoy con vosotros, ¿y no me has conocido, Felipe? El que me ve a mí, ve al Padre. ¿Cómo dices tú “Muéstranos al Padre”?*²²

1 Cor 13:12 opone dos maneras de conocimiento de Dios, por parte de la creatura humana, en esta vida y con respecto a la otra. Se trata del conocimiento confuso de ahora y del conocimiento claro y cara a cara del Reino, de una parte; y del conocimiento parcial actual y el conocimiento pleno de entonces, de otra. Por supuesto que se supone al ser humano en el Reino elevado por la gracia y dotado de especiales auxilios de Dios. Y, aunque nunca rebase su condición de creatura —aunque elevada, conviene insistir, y de un modo singular por ahora inimaginable—, incapaz de agotar la infinitud, para los textos no cabe duda de que alcanzará un conocimiento de Dios *tal como es*. Pero si el conocimiento de Dios, alcanzado por la creatura en el Reino, fuera meramente parcial, el amor y la posesión consiguientes serían también meramente parciales. El hecho de que la creatura no sea capaz de abarcar la infinitud de la esencia divina no significa que no pueda ver a Dios tal como es. La esposa gozará de un conocimiento, de un amor y de una posesión del Esposo *según su condición de esposa y de creatura, tal como ella es*; así como el Esposo le corresponderá con un amor según su condición de Esposo y tal como es Él. De este modo los dos amantes siguen siendo tales, sin confundirse el uno con el otro y sin dejar de ser ellos mismos; y ninguno de ellos va a desear que *el otro* sea diferente, o que no sea lo que es. Es evidente que, para que la creatura pueda amar a Dios, no es preciso que se convierta en Dios; y hasta sería más exacto decir

²¹Jn 17:26.

²²Jn 14:9. Cf también Mt 11:27.

que es necesario que no sea Dios y que conserve su propia identidad de persona distinta, según rezan las tan repetidas leyes del amor.²³

Introdúceme, rey, en tus cámaras

La esposa del *Cantar* desea ardientemente que el Esposo la introduzca en su intimidad. Si bien hay que advertir que la expresión del deseo de la esposa es aquí muy pobre todavía, por cuanto la realidad va mucho más allá. El *Cantar de los Cantares* pertenece al Antiguo Testamento, y de ahí que no pueda llegar a percibir toda la profundidad que el tema alcanza en el Nuevo.

En este último no se trata ya simplemente de que el Esposo signifique todo para la Esposa, sino de que Él es para ella su propia vida: *Habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, vida vuestra, se manifieste, también vosotros apareceréis entonces en la gloria con Él.*²⁴ Gracias a la Persona y a la obra de Cristo, y al Amor que por Él ha sido derramado en el corazón del hombre (Ro 5:5),²⁵ se ha dado paso a la posibilidad de que se produzca un auténtico intercambio de vidas entre Dios y la creatura humana. Y, dado que ahora la esposa tiene puesta la suya en el mismo Esposo —hasta el punto de que bien puede decirse que

²³ A pesar de que la creatura nunca va a poder convertirse en Dios, está destinada a amarlo en totalidad: con todo su corazón, con toda su mente y con todas sus fuerzas. El amor siempre tiene lugar entre personas *diferentes* en cuanto personas. En el seno de la Trinidad sería más exacto hablar de que el Padre ama al Hijo, o el Hijo al Padre —más bien que decir que el Padre o el Hijo aman a Dios—, en el único Amor, espirado por ambos, que es el Espíritu Santo; aunque los tres se identifiquen con la única esencia divina.

²⁴ Col 3: 3-4.

²⁵ Cf J1 3: 1-2; 2 Cor 1:22; 5:5; Ef 1: 13-14; etc.

vive en Él y por Él²⁶—, ya no puede concebir la existencia, por lo que a ella respecta, de un modo diferente:

*Mas ¿cómo perseveras,
oh vida, no viviendo donde vives,
y haciendo porque mueras
las flechas que recibes,
de lo que del Amado en ti concibes?*²⁷

Los dos primeros versos de la estrofa insisten en la idea de que el enamorado sale fuera de sí mismo y queda perdido para sí. Tal estado de lo que podría llamarse *alteración*, o salida de sí mismo con olvido de la propia vida, es justamente lo contrario del ensimismamiento, del encerramiento, del narcisismo y del egoísmo. La esposa, en efecto, según canta la estrofa, *no vive donde vive*; no está donde debería y donde querría estar, o, si se quiere decir de otra manera, no está con el Amado.²⁸ Por eso se queja de forma tan dolorida, según la idea expresada también por los conocidos versos de Santa Teresa de Jesús:

²⁶Cf Jn 6: 56.58; 1 Jn 4:9; Ga 2:20; 2 Cor 5:15; etc.

²⁷San Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual*.

²⁸Esta condición de *alteridad* tiene poco que ver con el concepto —hoy tan manoseado— de solidaridad. Este último es un concepto sociológico de subproducto, de contenido y alcances más bien escasos; mientras que la alteridad (vivir por el otro, o vivir la vida del otro*) es un concepto mucho más elevado y que forma parte de la esencia y fundamentos del amor.

*Cf Ga 2:20.

*Vivo sin vivir en mí,
y tan alta vida espero
que muero porque no muero.*²⁹

Que la *salida de sí mismo*, con el consiguiente olvido de la propia vida, son condiciones inherentes al amor, es cosa sabida desde siempre. Pero quizá no se ha advertido suficientemente la intensidad con la que la idea de salir de sí está subrayada en el Nuevo Testamento.

*En una noche oscura,
con ansias en amores inflamada,
¡oh dichosa ventura!,
salí sin ser notada,
estando ya mi casa sosegada.*³⁰

*¿A dónde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huiste
habiéndome herido;
salí tras Ti clamando y eras ido.*³¹

.....

*En la rosada aurora
salí a buscar, con paso apresurado,
a Aquél que me enamora;
y, habiéndole encontrado,
allí olvidé mi pena
en la dulce mañana, de amor llena.*

²⁹Estos versos, que también fueron utilizados y glosados por San Juan de la Cruz, proceden probablemente de alguna copla popular muy anterior a ambos. Cf Dámaso Alonso, *Poesía Española*, Gredos, Madrid, 1981, pp. 235 y ss.

³⁰San Juan de la Cruz, *Noche Oscura*.

³¹San Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual*.

Las diez vírgenes de la parábola salieron al encuentro del Esposo (Mt 25:1), apresuradas y nerviosas, después de haber oído el aviso en medio de un gran clamoreo: “*¡Ya está aquí el Esposo! ¡Salid a su encuentro!*”³² En la parábola de los obreros enviados a trabajar a la viña, el dueño de la finca sale repetidamente, una y otra vez, a contratar operarios para que vayan a faenar allí.³³ El Buen Pastor sale ansiosamente en busca de la oveja perdida, dejando a las demás en el establo, hasta que la encuentra y regresa gozoso con ella.³⁴

La parábola de la gran cena (Lc 14:16 y ss.)³⁵ requiere algunas especiales consideraciones. Porque, si bien en ella también el Esposo emprende la búsqueda de los invitados al banquete, las peculiaridades que ofrece el texto hacen pensar que aquí se está todavía en un estadio imperfecto del amor, más o menos previo o aún no consumado.

³²Mt 25:6.

³³Mt 20:1 y ss. La idea de *salir a buscar* tiene gran importancia en ambas parábolas. En la primera son las vírgenes quienes van al encuentro del Esposo; mientras que en la segunda, por el contrario, es el dueño de la viña quien se pone en marcha —por varias veces— en busca de candidatos.

Como no se puede dudar acerca de que ambas parábolas tienen por tema de fondo el amor, es evidente que aquí se está tratando de insistir en algo —la reciprocidad— que pertenece a la esencia del amor: la esposa sale en busca del Esposo mientras que el Esposo, a su vez, anda buscando ansiosamente a la esposa:

*¡La voz de mi Amado! Vedle que llega,
saltando por los montes,
triscando por los collados.**

³⁴Lc 15:4 y ss. y Mt 18: 12-14.

³⁵A estos textos habría que añadir, quizá como los más importantes, aquellos en los que Jesús habla de su salida del Padre para venir a este mundo y salvar a los hombres: Jn 13:3; 16: 27-28; 16:30; 17:8.

*Ca 2:8.

La imperfección no procede de la parte del Esposo, desde luego. La parábola deja bien claro que se trataba de un gran banquete: *cenam magnam*; e insiste además en que todo estaba ya preparado: *Venite, quia iam paratum est*. El banquete era pues el de siempre —grande— y todo estaba dispuesto: había llegado el momento, por lo tanto, y no faltaba nada por parte de la convocatoria. Sin embargo comenzaron a excusarse todos a la vez: *Et coeperunt simul omnes excusare*. Por lo que no parece exagerado pensar que el *simul* es una nota intencionada de ironía por parte de la parábola, que incluso añade la humorada de especificar cada uno de los pretextos aducidos por los invitados para no acudir; con el evidente propósito, claro está, de subrayar que no eran sino meras excusas. En el *Cantar* se encuentra también un pasaje algo oscuro que hace referencia a esta situación:

*Ábreme, hermana mía, esposa mía,
paloma mía, inmaculada mía.
Que está mi cabeza cubierta de rocío
y mis cabellos de la escarcha de la noche.
Ya me he quitado la túnica.
¿Cómo volver a vestirme?
Ya me he lavado los pies.
¿Cómo volver a ensuciármelos?*³⁶

Se trata del misterio de la falible libertad humana, capaz de rechazar al Amor, y que San Juan expresó de manera escueta y cruda en el prólogo de su Evangelio, a propósito de la Encarnación del Verbo: *Vino a los suyos y los suyos no le recibieron*.³⁷ Las excusas de las que habla la parábola pormenorizándolas no son otra cosa, por parte

³⁶Ca 5: 2-3.

³⁷Jn 1:11.

de la creatura humana, que un vano intento de justificarse, por cuanto que todos tenían necesidad de hacer algo que, en aquel momento y según ellos, era lo más urgente; o si es que se prefiere decirlo con otras palabras, más claras aunque más duras: por increíble que parezca, existe gente para la que *puede haber algo más importante que el Amor*. Una actitud que el *Cantar* condena sin contemplaciones:

*Que es fuerte el amor como la muerte
y son como el sepulcro duros los celos...
Si uno ofreciera por el amor toda su hacienda,
sería despreciado.*³⁸

Otra de las peculiaridades de la parábola, que apoya también la presencia de un estadio de amor imperfecto, o no consumado, es el hecho de que no es el Esposo quien sale personalmente en busca de los convocados: *A la hora de la cena envió a su criado a decir a los invitados: "Venid, que ya está todo preparado"*. Sin embargo, una vez más, es de advertir que la deficiencia de la situación no es imputable a la convocatoria; pues el texto insiste en señalar que era ya *la hora de la cena*, y que era llegado, por lo tanto, el momento oportuno. Por lo que cabe preguntar si la falta de comparecencia personal del Esposo, y el envío de mensajeros en su lugar, significa acaso que la esposa no está preparada todavía, tal vez por su culpa. No es probable que la razón sea necesariamente esa,³⁹ y más bien todo parece indicar que se trata simplemente de las leyes de la evolución del amor: de un estadio imperfecto a otro más perfecto o consumado, el cual no puede llegar sino después de un tiempo de preparación y de purificaciones por parte de la esposa. A la que no está permitido

³⁸Ca 8: 6-7.

³⁹Recuérdese que el Buen Pastor sale él mismo en busca de la oveja perdida.

entrar en la cámara real sino después de estar del todo dispuesta y ataviada,⁴⁰ una vez pasadas las angustias de las esperas y en las que no había otras noticias que las proporcionadas por los mensajeros. El santo poeta de Fontiveros resume esta situación en una estrofa de gran belleza:

*¡Ay quién podrá sanarme!
Acaba de entregarte ya de vero;
no quieras enviarme
de hoy ya más mensajero,
que no saben decirme lo que quiero.⁴¹*

Que la convocatoria hecha por el Esposo al gran banquete —el requerimiento de amores—, a pesar de ser oportuna en tiempo y lugar, no encontró a la esposa todavía preparada, es un hecho que el *Cantar* no deja de señalar, de forma más o menos velada. La esposa, en efecto, expresa su deseo de que el Esposo la introduzca en su cámara:

Introdúceme, rey, en tu cámara.⁴²

Aunque en otro lugar confiesa que, en realidad, el Esposo la ha introducido ya en la sala del banquete nupcial:

⁴⁰ *El día tercero, así que acabó su oración (Ester), se despojó de sus hábitos de penitencia y se vistió de gala. Y así, espléndidamente aderezada...* (Est 5: 1-2, sin insistir —por no ser de este lugar— en las diferencias textuales y de numeración entre las versiones griega y hebrea).

⁴¹ San Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual*.

⁴² Ca 1:4.

*Me ha llevado a la sala del festín
y la bandera que contra mí ha alzado
es bandera de amor.⁴³*

De donde todo parece indicar que, por parte del Esposo, el momento oportuno ha llegado ya: *Venite, quia iam paratum est.*⁴⁴ Ahora bien, y como tantas veces se ha dicho, en el amor rige la ley de la reciprocidad; y por desgracia la esposa no puede decir que ella también está ya enteramente dispuesta. Todo está preparado, *por parte del Esposo*, y ya ha llegado hasta ella su convocatoria:

*¡La voz de mi Amado...!
Oíd que me dice...⁴⁵*

Por eso la esposa prefiere decir que piensa introducir al Esposo en su cámara, pero en un tiempo futuro (o condicional), que todavía no ha llegado por lo tanto:

*Le asiré y ya no le soltaré,
hasta entrarle en la casa de mi madre,
en la alcoba de la que me engendró.⁴⁶*

.....

*Yo te llamaría, y te entraría en la casa de mi madre,
en la alcoba de la que me engendró,
y te daría a beber vino adobado
y mosto de granados.⁴⁷*

⁴³Ca 2:4.

⁴⁴Lc 14:17. La antigua Vulgata decía en este lugar *quia omnia sunt parata*.

⁴⁵Ca 2: 8-10.

⁴⁶Ca 3:4.

⁴⁷Ca 8:2.

Tal como se ha dicho, y según la ley de reciprocidad vigente en el amor, es cosa cierta que la esposa está destinada a ser introducida en la cámara del Esposo; así como también lo es que el Esposo ha de ser introducido en la de la esposa. Lo insinúa el *Cantar*, como acaba de verse, utilizando metáforas que se refieren sin duda al intercambio de corazones entre ambos enamorados. No tendría sentido que uno de ellos entregara su corazón —todo su amor, toda su persona— si no fuera correspondido por el otro de la misma manera.⁴⁸

Volviendo a la parábola de la gran cena, llegadas que fueron a sus oídos las excusas de los invitados, el padre de familias se irritó sobremanera y envió de nuevo con urgencia a su criado; pero ahora con un mensaje y una destinación bien diferentes: *Sal enseguida a las plazas y calles de la ciudad y trae aquí a los pobres, a los tullidos, a los ciegos y a los cojos*. Después, según la parábola, avisado de que así se ha hecho y de que todavía hay lugar, aún le insiste al siervo: *Sal a los caminos y a los cercados y oblígales a entrar, para que se llene mi casa de invitados*. Aparentemente algo más o menos lógico. Pero, ¿por qué un cambio tan brusco de dirección en cuanto al rango y clase de los invitados? ¿Por qué la parábola se complace en especificar y pormenorizar la clase de invitados, refiriéndose precisamente a los miserables de este mundo: pobres, tullidos, ciegos, cojos...? Preguntas ambas a las que aún se podría añadir una más, no menos interesante y aguda: ¿Cuál es

⁴⁸Por lo demás, la utilización de las metáforas de la cámara real, o de la alcoba en la que la esposa fue engendrada, son muy adecuadas. Se está hablando del festín nupcial, de la noche de bodas, de la mutua entrega amorosa consumada en alma y cuerpo; todo ello llevado a cabo en la soledad y apartamiento que buscan siempre los enamorados para expresarse su amor. En este sentido puede decirse, con toda propiedad, que el amor no tiene nada que ver con lo social; en cuanto que es algo eminentemente *personal* que se resuelve en la recíproca intimidad de un *tú* y de un *yo*.

la razón de que se ponga especial énfasis en que no sean olvidados los más miserables de la tierra —los que deambulan por los caminos y los cercados—, y de que incluso —precisamente a éstos— se les obligue a entrar —*compelle intrare*—?

No cabe duda de que el tema de los pobres, o de los infelices, es uno de los fundamentales del Evangelio. De los que más han intrigado al mundo... , y de los que aún están por ser explicados del todo. La pobreza, lo mismo que el trabajo, fueron siempre tenidos por viles y despreciados como tales. Con Jesucristo cambiaron de signo, aunque no tanto ni tan rápidamente como se podía haber esperado.

Al menos en los países en los que pervive la influencia de la filosofía marxista,⁴⁹ al contrario de lo que suele decirse, el trabajo sigue siendo despreciado y considerado como un mal: mayor o menor, pero siempre un mal. Las reivindicaciones de los sindicatos marxizantes apuntan siempre en el sentido de más salarios y menos trabajo; lo que acaba volviéndose indefectiblemente en perjuicio de los trabajadores, ya que no puede haber riqueza donde no hay producción. El odio engendrado por la lucha de clases marxiana hacia la llamada burguesía⁵⁰ suele materializarse en un complejo de inferioridad ante el trabajo intelectual que degenera luego en desprecio al trabajo en general. Los fines de semana y los llamados *puentes* son cada vez más largos, al mismo tiempo que descende cada vez más la calidad de un trabajo que es considerado por muchos como bajeza y opresión. Lo que unido al bajísimo índice de natalidad y al incremento de los años de esperanza de vida —con el consiguiente desequilibrio de las edades en favor de la ancianidad—, hacen predecir que no puede estar lejano el momento en que no haya quien trabaje.

⁴⁹ Como España, por ejemplo, y algunos otros países de Europa, por no hablar de Hispanoamérica. En los Estados Unidos y Japón el fenómeno no es apreciable.

⁵⁰ Concepto hoy en día bastante difuso y difícil de explicar.

La suerte más afortunada que parece haber corrido el concepto de pobreza no es mas que una ilusión. Después de haber vivido siempre bajo la forma de esclava andrajosa y vilipendiada, la pobreza fue manumitida al fin por Jesucristo. Gracias a lo cual pudo ir elevándose de condición hasta convertirse en verdadera *Dama*, según la expresión de San Francisco de Asís, que es con quien alcanza su mayoría de edad y su mejor momento histórico. Los antiguos eremitas y anacoretas comenzaron a agruparse pronto, constituyendo Asociaciones que llegaron a gozar de relativa influencia. En cuanto a las Órdenes *mendicantes* no supieron, o no pudieron, llevar a la práctica la idea primordial de San Francisco, por lo que no tardaron en adquirir el carácter de poderosas e influyentes Familias Espirituales con el que han perdurado hasta el día de hoy.⁵¹ En la actualidad la pobreza se ha convertido en bandera de testimonios y de modos de vida proclamados como heroicos; pero que, tal vez por ser demasiado proclamados y por haber resultado ser una verdadera fuente de poder e influencia, hacen sospechar de su autenticidad.

Se suele olvidar fácilmente que lo primeramente necesario en una expresión adjetiva, para poder ser considerada como verdadera, es la realidad del nombre que la sustenta. Como es lógico, primero es el sustantivo y después el adjetivo, sin que pueda existir el segundo sin el primero. Por ejemplo: para que la afirmación *el bondadoso Pedro* sea verdadera tiene que referirse necesariamente a tal Pedro, y no a ningún otro. Lo primero a tener en cuenta es ese Pedro determinado, y solamente después es cuando se considera lo de bondadoso. Que es lo mismo exactamente que sucede con la pobreza: para que la expresión *pobreza cristiana* signifique algo, es evidente que tiene que tratarse de verdadera pobreza y no de otra cosa; porque, si ya de

⁵¹Si el ideal de pobreza de San Francisco era o no realizable, es cosa que queda al estudio de los eruditos y al juicio de la Historia.

entrada no hay pobreza, es inútil que esa entelequia sea bautizada con el adjetivo cristiana.⁵² Sin embargo la verdadera pobreza jamás ha sido admirada ni envidiada por las multitudes, sino desconocida como tal y despreciada; además de hallarse desprovista de todo por definición. Jesucristo se desposa con ella en la cruz, según la expresión de San Francisco de Asís, y precisamente en el momento en que es abatido por la angustia producida por un sentimiento de abandono, tan profundo y total como que también incluye al Padre.⁵³

La parábola de la gran cena se decanta en favor de los miserables y desvalidos —de los verdaderos pobres— por cuanto, dado que solamente ellos entienden el amor, son también los únicos que iban a estar dispuestos a responder afirmativamente a la convocatoria.

El enamorado es un enajenado y un desposeído porque ha entregado absolutamente todo —incluido él mismo y su propia vida— a la persona amada. La reservación de alguna cosa para sí hubiera significado valorarla más que a la persona amada; lo que no tiene sentido en un fenómeno que, como el amor, es esencialmente donación y entrega en totalidad: no hay que olvidar que la persona amada lo significa todo para el que ama. En el caso del amor divino—humano tal reserva supondría un intento de engañar al Amor, que es lo mismo que decir al Espíritu Santo (Hech 5: 1–3).⁵⁴ El enamorado no posee ya ni su propia vida, puesto que la ha entregado y no tiene ahora

⁵²Las verdades de Perogrullo, pese a ser consideradas como obvias y evidentes por definición, e innecesarias por lo tanto de ser enunciadas, son más combatidas de lo que parece. Aunque parezca increíble, son más los que las niegan —o los que se empeñan en añadirle matices que las desvirtúan— que los que las admiten.

⁵³Cf Mt 27:46 y Mc 15:34.

⁵⁴El Espíritu Santo es esencialmente *Don*, o entrega y donación. Además, según el Señor, *es mejor dar que recibir*.*

*Hech 20:35.

otra sino la de la persona amada.⁵⁵ Su desposeimiento es tan total que tampoco es dueño ya de su propia muerte: *Ninguno de nosotros vive para sí y ninguno de nosotros muere para sí. Pues, si vivimos, para el Señor vivimos; y, si morimos, para el Señor morimos. En fin: sea que vivamos, o sea que muramos, del Señor somos.*⁵⁶

Si pues el amor es algo exclusivo de los desposeídos, el amor total sólo tendrá que ver con los enteramente desposeídos. Que tal desposeimiento sea voluntario y libre, como después se verá más claramente, no resta nada a lo esencial de su condición. De donde se puede concluir sin ninguna duda que los pequeños y los infelices, o los verdaderos pobres del mundo si es que se quiere llamarlos de otro modo, son los únicos que pueden entenderlo (Mt 11:25).⁵⁷

Como decía el poeta, con palabras inspiradas que casi parecen arrancadas de las páginas del Evangelio:

“Iba yo pidiendo, de puerta en puerta, por el camino de la aldea, cuando tu carro de oro apareció a lo lejos, como un sueño magnífico. Y yo me preguntaba, maravillado, quién sería aquel Rey de reyes.

Mis esperanzas volaron hasta el cielo y pensé que mis días malos se habían acabado. Y me quedé aguardando limosnas espontáneas, tesoros derramados por el polvo.⁵⁸

La carroza se paró a mi lado. Me miraste y bajaste sonriendo. Sentí que la felicidad de la vida me había llegado al fin. Y de

⁵⁵Cf Mt 10:39; 16:25; 20:28; Mc 8:35; Lc 9:24; Jn 6:58; 12:25; Ga 2:20; Col 3: 3-4; etc.

⁵⁶Ro 14: 7-8.

⁵⁷Cf Lc 10:21; Mt 13:11; Jn 7: 48-49; 1 Cor 1: 26-29.

⁵⁸Aguardar limosnas espontáneas, o tesoros derramados por el polvo, es conformarse con la parte cuando se puede tener el todo. Que eso, y no otra cosa, es lo que quiere decir el poeta. Las limosnas son solamente limosnas; y además espontáneas, en cuanto que llegan solamente de cuando en vez. Por lo que hace a los tesoros, o aquellas cosas que el mendigo tiene por tales, se encuentran siempre *derramados* y confundidos con el polvo.

pronto me tendiste tu diestra diciéndome: '¿Puedes darme alguna cosa?'⁵⁹

¡Ah, qué ocurrencia la de tu realeza! ¡Pedirle a un mendigo! Yo estaba confuso y no sabía qué hacer.⁶⁰ Luego saqué despacio de mi saco un granito de trigo, y te lo di.

Pero qué sorpresa la mía cuando, al vaciar por la tarde mi saco en el suelo, encontré un granito de oro en la miseria del montón.⁶¹ ¡Qué amargamente lloré de no haber tenido corazón para dárte todo!⁶²

El verdadero enamorado es un auténtico indigente. Un ser voluntariamente expoliado —si vale la expresión— que se encuentra en situación de despojo y desposeimiento totales, dado que el amor perfecto no admite reservas en la donación ni compartimiento del corazón: *No podéis servir a Dios y a las riquezas.*⁶³ Ciertas palabras del Señor, contenidas en la narración evangélica del joven rico⁶⁴, son muy expresivas y clarificadoras: *Aún te falta una cosa*, para poder emprender el seguimiento del Maestro y el camino de la perfección: *Vende todo lo que tienes, dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo. Luego ven y sígueme.* Lo mismo podía haber dicho Jesús *Aún te sobra una cosa*, en cuanto que es imposible recorrer el camino del verdadero amor sin la previa dejación de todo lo que se posee:

⁵⁹Porque *es mejor dar que recibir*, y porque el mayor don que el Gran Rey le ha hecho al hombre es la capacidad de entregarse. Lo creó como persona, a su imagen y semejanza, que es lo mismo que decir capaz de amar y de ser amado.

⁶⁰Y sin embargo el Rey ni podía ni quería hacer otra cosa. Pues el amor es reciprocidad en mutua entrega; y solamente cuando los dos que están frente a frente lo llevan a cabo, es cuando surge el amor en simultánea *spiratio* del amante y del amado.

⁶¹Las limosnas espontáneas y los tesoros derramados por el polvo.

⁶²Rabindranaz Tagore, *Ofrenda Lírica*, Aguilar, Madrid, 1964.

⁶³Mt 6:24 y Lc 16:13.

⁶⁴Mt 19: 16-22; Mc 10: 17-23; Lc 18: 18-27.

*No llevéis oro ni plata, ni dinero en vuestras fajas; ni alforjas para el camino...*⁶⁵ En la medida en que nada tiene, el enamorado es por lo tanto verdaderamente pobre; y más aún, porque despojado y expoliado ya de todo, no es dueño ahora ni de su propia vida.

Pero el amor tiene sus propias leyes, tan peculiares y admirables como él; y de ahí que a veces resulte un tanto incomprensible. Por eso no se puede decir que sea impropio hablar aquí de expoliación; ya que el enamorado se siente *robado*, y privado de lo que tenía; y hasta objeto de cierta violencia que incluso le ha dejado herido y maltrecho de una o de otra manera:

*¿Por qué, pues has llegado
aqueste corazón, no le sanaste?
Y pues me le has robado,
¿por qué así le dejaste
y no tomas el robo que robaste?*

.....

*¿A dónde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huiste
habiéndome herido;
salí tras ti clamando y eras ido.*⁶⁶

Y como todo es recíproco en el amor, también el Esposo se siente robado y prendido por la esposa:

*Prendiste mi corazón, hermana, esposa,
prendiste mi corazón en una de tus miradas,
en una de las perlas de tu collar.*⁶⁷

⁶⁵Mt 10: 9-10. Cf Mc 6: 8-9; Lc 9:3; 10:4; 14:33.

⁶⁶San Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual*.

⁶⁷Ca 4:9.

Y llega hasta llamar con humildad, indigente y angustiado, a la puerta de la esposa:

*Ábreme, hermana mía, esposa mía,
paloma mía, inmaculada mía.
Que está mi cabeza cubierta de rocío
y mis cabellos de la escarcha de la noche.*⁶⁸

Estos desvalimientos, heridas y laceraciones —que pueden llegar hasta causar la muerte— que sufren los enamorados, ocasionados por las flechas y dardos del amor, fueron cantados por el santo poeta de Fontiveros en versos de gran belleza. Como puede verse, por ejemplo, en esta estrofa entresacada de sus *Coplas del alma que pena por ver a Dios*:

*El pez que del agua sale
aun de alivio no carece,
que en la muerte que padece
al fin la muerte le vale.
¿Qué muerte habrá que se iguale
a mi vivir lastimero,
pues si más vivo más muero?*

Y aun se comprueba mejor en el famoso poema del *Pastorcico*,⁶⁹ al cual pertenecen estas sus dos primeras estrofas:

⁶⁸Ca 5:2.

⁶⁹Un poemita, que ya existía en versión profana, vuelto a lo divino por San Juan de la Cruz.

*Un pastorcico, solo, está penado,
ajeno de placer y de contento,
y en su pastora puesto el pensamiento,
y el pecho del amor muy lastimado.*

*No llora por haberle amor llagado,
que no le pena verse así afligido,
aunque en el corazón está herido,
mas llora por pensar que está olvidado.*

Este sentido de *violencia* en el amor —dulce violencia, por otra parte, como después se ha de ver— es el único que puede considerarse auténtico con respecto al *compelle intrare*, u oblígalos a entrar, del texto de Lc 14:23. El verdadero significado de este profundo texto no puede encontrarse sino más allá de su sentido literal, o *por enci-ma* de tal sentido; tal vez en otro al que puede llamarse alegórico si así se desea. Pero no es posible tomarlo en sentido literal, a pesar de que encierra una profunda e intrigante verdad que contiene en sí, como siempre sucede en estas cosas, algunos de los más entreverados entresijos del amor.⁷⁰ Y no es posible porque el amor es esencialmente libertad: *Ubi autem Spiritus Domini, ibi libertas.*⁷¹ El amor ama *porque quiere*, hasta el punto de que la insinuación de que ama porque es compelido a amar sería para el enamorado lo más ajeno a sus sentimientos. El Amor sustancial e infinito es también libertad

⁷⁰San Juan de la Cruz habla de este texto en su *Llama de Amor viva*, tanto en la redacción A (o primera) como en la B, *Canción 3, ¡Oh lámparas de fuego!*, aceptándolo en sentido literal; si bien dentro de un cierto contexto en el que no es enteramente rechazable. Es en la redacción B donde cita el versículo completo de San Lucas. Puede consultarse la excelente edición crítica de Vicente Rodríguez y Ruiz Salvador *San Juan de la Cruz, Obras Completas*, Editorial de Espiritualidad, Madrid, 1993.

⁷¹2 Cor 3:17.

sustancial e infinita; y, por lo que hace al amor creado o participado, ya se ha dicho que ningún enamorado admitiría que está siendo constreñido, o forzado, a amar a tal o cual persona a la que ha entregado su corazón.

Según esto, es evidente que el *oblígalos a entrar* del texto de San Lucas se refiere a la violencia.⁷² Una violencia amorosa; pero que es, sin duda, tan violenta como amorosa y tan amorosa como violenta. Lo que no puede significar sino *forzamiento por amor*, si se quiere expresar así; e interpretarse como una apelación a la libertad del otro, aunque llevada a cabo mediante un profundo acto de amor que, como es lógico, espera siempre ser correspondido. Sería algo así como abrumar al otro mediante la interposición de una fuerte llamada amorosa a su libertad, cuyo fundamento no es otro que la esperanza convencida de que amor tiende siempre a producir amor. O, dicho más claramente, se trata de abrumar al otro por amor.⁷³

⁷²El sentido alegórico, o espiritual, de la Sagrada Escritura va más allá de lo estrictamente significado por el sentido literal. Pero buscar el significado de un texto más allá del tenor literal, o prolongarlo allende la letra si se quiere expresar de otro modo, no quiere decir entenderlo en un sentido contrario que al final lo desvirtúe y lo vacíe de contenido. Los conocidos textos de Mt 5: 29-30 y 18: 8-9, por ejemplo, no pueden ser interpretados en el aberrante sentido de mutilación de miembros; y sin embargo no cabe duda que se refieren a una cierta violencia —fuerte violencia, que no puede ser tomada a la ligera o superficialmente— a la que han de estar dispuestos los que quieren alcanzar el Reino de los cielos. El lenguaje, que a menudo se sirve de tropos en sus expresiones, no pretende nunca significar lo contrario —o quizá algo que nada tenga que ver— de lo contenido en el tenor literal de la metáfora, sino aquello que va en el mismo sentido o guarda con ella cierto parecido, aunque sea distinto. Tal como sucede en la analogía, en la que coexisten la semejanza y la desemejanza; en dosis diferentes seguramente, pero manteniendo siempre también la semejanza en estos o en aquellos aspectos.

⁷³Dado que el amor espera ser correspondido —siempre es cosa de dos—, y puesto que la libertad está contenida en su esencia, la apremiante y *abrumadora* llamada amorosa al otro no puede consistir sino en una apelación a su libertad.

La misionología y el ecumenismo antiguos entendieron algunas veces el *compelle intrare* de San Lucas en sentido demasiado literal, olvidando que el amor es una fuerza libre que fluye de un corazón que se entrega porque quiere. Sin embargo el cristianismo es la religión del amor, y no puede dar cabida a un concepto de la evangelización basado en la conquista o en la utilización de cualquier tipo de fuerza: *No le recibieron porque iba camino de Jerusalén. Al ver esto, los discípulos Santiago y Juan dijeron: "Señor, ¿quieres que digamos que baje fuego del cielo y los consuma?" Pero volviéndose les reprendió.*⁷⁴

Pero si alguna vez en el pasado se entendió mal el concepto de evangelización, cierto sector del catolicismo parece haberlo entendido en la actualidad en un sentido peor.⁷⁵ Al no ser capaz de captar el verdadero sentido del *compelle intrare*, ha optado por ignorarlo o escamotearlo, dando de lado a los preceptos del Señor contenidos en Mt 29: 19-20 y Hech 1:8. Las ideas subyacentes aquí son bien conocidas, aunque no siempre sean abiertamente confesadas: con respecto al ecumenismo, puesto que todas las Iglesias cristianas gozan de igual título de autenticidad, aunque en grado mayor o menor, es posible llegar a la tan deseada unión. Para lograr lo cual el catolicismo —o cierto sector de él— parece estar dispuesto a olvidar lo que las separa y a insistir en lo que las une, etc., aunque sea aceptando

⁷⁴Lc 9: 53-55. La tentación de imponer las propias convicciones mediante la fuerza es una constante del espíritu humano. Sin embargo la Iglesia es la sociedad humana que menos ha caído en ella, por más que no siempre se reconozca así. Comparadas con las técnicas modernas de manipulación y aniquilación del pensamiento de las masas, las hogueras de la Inquisición fueron un juego de niños.

⁷⁵Si la evangelización antigua entendió mal a veces —bastantes menos de las que se le achacan— el sentido del *compelle intrare*, la moderna evangelización católica no lo ha entendido en absoluto, y por eso rechaza por completo ese concepto aunque no lo diga claramente.

concesiones que minan y socavan la credibilidad de los dogmas.⁷⁶ En cuanto a las creencias no cristianas, es bien conocido el grado de prestancia que han alcanzado dentro del catolicismo en los últimos tiempos; aparte de la influencia que los ritos y misticismos orientales están teniendo en aspectos importantes de la espiritualidad católica, como la oración y el culto, por no citar mas que un botón de muestra de lo que aquí se dice.⁷⁷

La única evangelización posible, y el único ecumenismo del que se pueden esperar resultados, pasan por un correcto entendimiento del *compelle intrare*. Desde luego no es ocultando o tergiversando la verdad de los dogmas, ni cediendo a la tentación de un extraño sincretismo con las religiones no cristianas, como se conseguirá la deseada unidad por la que rogó Jesucristo (Jn 10:16; 17:11). El único medio de que los que están fuera conozcan dónde se encuentra el verdadero aprisco —dónde están los verdaderos discípulos—, y el único sello garante de autenticidad en este punto, es el amor: *En esto conocerán que sois mis discípulos: si os tenéis amor entre vosotros.*⁷⁸ O dicho de otro modo: ni por medio de la fuerza, ni ocultando la verdad con vergonzosas concesiones, se logrará traer al verdadero y único redil a los que están fuera. Mientras que, por el contrario, cuando todos los cristianos profundicen y vivan las verdades del Evangelio; cuando lleven a cabo una auténtica y convincente epifanía de amor queriéndose entre ellos; cuando *ahoguen* a los que están fuera en un caudaloso torrente de amor..., entonces —y solamente entonces— es cuando conseguirán *obligarlos a entrar* y hacer que todos sean uno en la única Iglesia de Jesucristo y en la casa del Padre.

⁷⁶Cf en este mismo volumen, pg. 57 y ss.

⁷⁷El fracaso de las famosas Comisiones Mixtas (anglo-católicas principalmente), de las que hoy ya nadie habla, es uno de los capítulos curiosos de esta historia y una prueba de que no se pueden esperar milagros de los juegos de palabras.

⁷⁸Jn 13:35.

Y, volviendo al tema de la *violencia* en el amor, —la cual puede llegar, según se ha visto, hasta la laceración y muerte—, es conveniente notar que el enamorado, no solamente la soporta de modo voluntario y libre, sino que la desea ardentemente. A pesar de que el amante se contempla a sí mismo prendido y robado, desposeído y hasta expoliado, se siente feliz y acuciado por el deseo de que el despojo sea prontamente consumado: *Con un bautismo he de ser bautizado, y ¡cómo me siento urgido hasta que se cumpla!*⁷⁹

... Y pues me le has robado,
¿por qué así le dejaste,
y no tomas el robo que robaste?⁸⁰

¡Oh llama de amor viva,
que tiernamente hieres
de mi alma en el más profundo centro!
Pues ya no eres esquiva,
acaba ya, si quieres,
rompe la tela de este dulce encuentro.

¡Oh cauterio suave!,
¡oh regalada llaga!,
¡oh mano blanda!, ¡oh toque delicado,
que a vida eterna sabe,
y toda deuda paga!
Matando, muerte en vida la has trocado.⁸¹

No es extraño que la esposa del *Cantar* desee verse expoliada y robada por el Esposo. Por eso invoca a los vientos, a fin de que difundan el aroma de los árboles que pueblan su vergel; con la esperanza

⁷⁹Lc 12:50; cf Mc 10:38 y Lc 9:22.

⁸⁰San Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual*.

⁸¹San Juan de la Cruz, *Llama de Amor viva*.

de atraer al Amado de su alma y conseguir que venga a despojarla de los frutos de su jardín. De ahí que la expresión *amor a la pobreza* se traduzca en realidad en amor y deseo del Esposo, por cuanto esa virtud es la que habilita a la esposa para pertenecerle plenamente. Se lo ha entregado todo y ahora es verdaderamente suya:

*Levántate, cierzo; ven también tú, austro.
Oread mi jardín, que exhale sus aromas,
viene a mi huerto el amado,
a comer de sus frutos exquisitos.*⁸²

Por su parte, el Esposo no está menos ansioso que la esposa por consumir el robo:

*Voy, voy a mi jardín, hermana mía, esposa,
a coger de mi mirra y de mi bálsamo;
a comer la miel virgen del panal,
a beber de mi vino y de mi leche.*⁸³

De este modo el despojo y la entrega que mutuamente se hacen los amantes son tanto mayores cuanto más grande es el amor, llegando hasta la locura y lo inexplicable en la misma medida en que el amor es de locura e inexplicable: *Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo Unigénito.*⁸⁴ Lo cual es así porque el amor es tan incomprensible como Dios, por cuanto *Dios es amor.*⁸⁵ Y de ahí que la Encarnación, o el *semetipsum exinanivit* —la *kenosis* del Verbo, o

⁸²Ca 4:16.

⁸³Ca 5:1.

⁸⁴Jn 3:16

⁸⁵1 Jn 4:8.

la mayor entrega y el más grande de los despojos— de Flp 2:7 haya de ser considerada como el mayor acto de amor y atribuida en su origen al Espíritu Santo (Lc 1:35). El latrocinio y la violencia son aquí de tal guisa que pueden llegar hasta la muerte y convertirla en la mejor epifanía y demostración del amor: *Nadie tiene mayor amor que quien da la vida por sus amigos.*⁸⁶ De este modo se explica que San Pablo considere la muerte como valioso objeto de posesión para los discípulos y entone un entusiasmado canto de victoria: *Todo es vuestro: ya sea Pablo, Apolo, Cefas, el mundo, la vida, la muerte, el presente, el futuro; todo es vuestro.*⁸⁷ Más todavía, porque el Apóstol llega hasta decir que por ella Cristo será glorificado en el cuerpo de los discípulos (Flp 1:20); a quienes les ha sido concedida también la liberación de la esclavitud a la que el temor a la muerte los tenía sometidos (Heb 2: 14–15).

La estética no cristiana, por increíble que parezca, supo encontrar la relación que guardan entre sí dos términos tan antitéticos como los que componen el binomio muerte–belleza. Como puede verse en el siguiente ejemplo:

*Todas, con el cabello desparcido,
lloraban una ninfa delicada,
cuya vida mostraba que había sido
antes de tiempo y casi en flor cortada.
Cerca del agua, en un lugar florido,
estaba entre la yerba degollada,
cual queda el blanco cisne cuando pierde
la dulce vida entre la yerba verde.*⁸⁸

⁸⁶ Jn 15:13.

⁸⁷ 1 Cor 3: 21–22; 15: 54–55.

⁸⁸ Garcilaso de la Vega, *Égloga Tercera*.

Pero sólo el cristianismo ha sido capaz de hallar la íntima relación existente entre los conceptos amor, belleza, gloria y muerte. Pese a haber surgido como terrible castigo del pecado (Ro 5:17), la muerte se ha convertido, gracias a Jesucristo, no ya en la más grande epifanía del amor y en su mejor prueba, sino incluso en motivo de gloria para el hombre (Flp 1:20). Únicamente el cristianismo se ha atrevido a lanzar el más revolucionario, increíble, alegre y estentóreo, de todos los gritos de triunfo jamás oídos: *Ubi est, mors, victoria tua?*⁸⁹ De manera que también la estética cristiana ha conocido la relación entre los conceptos muerte, amor, y belleza; si bien con mayor razón y profundidad que la profanidad: baste recordar, a modo de ejemplo aislado, la última estrofa del poema *El Pastorcico*, de San Juan de la Cruz, en donde alude sin nombrarla a la muerte de Cristo en el Calvario:

*Y al cabo de un gran rato se ha encumbrado
sobre un árbol, do abrió sus brazos bellos,
y muerto se ha quedado asido de ellos,
el pecho del amor muy lastimado.*

Sin embargo, y pese a todo lo dicho, aún cabe plantear aquí otra cuestión: ¿Cómo es posible hablar de violencia y de muerte cuando en el amor ha encontrado ya el amante todo lo que pretendía y por lo cual suspiraba? ¿Acaso no es la consumación del amor una situación término? ¿Es que la esposa no ha dejado atrás, al conseguir por fin al Esposo a quien buscaba, todas sus preocupaciones y anhelos? Porque parece que así es, en efecto:

⁸⁹1 Cor 15:54. La frase se encuentra ya en Isaías y en Oseas; pero sólo como una premonición —tal como ocurre siempre en el Antiguo Testamento— del extraordinario y glorioso triunfo que habría de alcanzar el Cristo Resucitado.

*Quedéme y olvidéme,
el rostro recliné sobre el Amado,
cesó todo, y dejéme,
dejando mi cuidado
entre las azucenas olvidado.⁹⁰*

E igualmente parece reconocerlo así la esposa del *Cantar*, cuando insinúa que por fin se encuentra ya junto al Esposo:

*Reposa su izquierda bajo mi cabeza
y con su diestra me abraza amoroso.⁹¹*

El Esposo, por su parte, parece admitirlo también del mismo modo. Por eso le dice a la esposa:

*Levántate ya, amada mía,
hermosa mía, y ven:
Que ya ha pasado el invierno
y han cesado las lluvias...⁹²*

El santo poeta de Fontiveros aun insiste en esta misma idea en otro lugar:

*Mi alma se ha empleado
y todo mi caudal en su servicio;
ya no guardo ganado,
ni ya tengo otro oficio
que ya sólo en amar es mi ejercicio.⁹³*

⁹⁰San Juan de la Cruz, *Noche Oscura*.

⁹¹Ca 2:6.

⁹²Ca 2: 10-11.

⁹³San Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual*.

De todos modos la explicación de esta aporía no es difícil de encontrar. Se trata, un vez más, del estadio imperfecto de un amor que, por no haber llegado a su término, no se ha visto todavía consumado. Que la esposa se encuentra aun en camino, y en período de búsqueda o de transición, es algo en lo que insiste el *Cantar* repitiéndolo de varias maneras:

*Os conjuro, hijas de Jerusalén,
por las gacelas y las cabras monteses,
que no despertéis, ni inquietéis a la amada
hasta que ella quiera.*⁹⁴

La monición *hasta que ella quiera*, pronunciada dentro de la invocación que hace el Esposo (repetida varias veces en el *Cantar*⁹⁵), es harto elocuente en cuanto a la idea de temporalidad. Por lo demás, es la misma esposa la que reconoce que no ha llegado todavía al final de su camino:

*Yo duermo, pero mi corazón vela.
Es la voz del Amado que me llama.*⁹⁶

.....

*Dime tú, amado de mi alma,
dónde pastoreas, dónde sesteas al mediodía.*⁹⁷

.....

⁹⁴Ca 2:7.

⁹⁵Ca 2:7; 3:5; 8:4.

⁹⁶Ca 5:2.

⁹⁷Ca 1:7.

*Os conjuro, hijas de Jerusalén,
que si encontráis a mi amado,
le digáis que desfallezco de amor.*⁹⁸

Primicias o consumación, sendero o meta, promesa o cumplimiento, ladera o cima, alborada o mediodía, infancia o madurez, presentimiento o realización. . . Así es el amor —bien en germen o como fruto que ya está en sazón—, en el modo en que fue otorgado al hombre por gracia y que está siempre presente, en todas partes, como la sola fuerza *que mueve al sol y a las demás estrellas.*⁹⁹ Pues fue creado el hombre por el Amor y para el Amor, que es lo mismo que decir para la plenitud; porque el Amor es Dios: *Nos hiciste, Señor, para Ti, y por eso nuestro corazón estará inquieto hasta que no descansa en Ti.*¹⁰⁰

Si bien hay que decir que, por ahora, el hombre no es sino un viandante que se dirige hacia su Patria. Hacia la casa donde el Padre (como el del Hijo Pródigo) le espera con ansiedad aun mayor de la que le conduce a él por el camino: *No tenemos aquí ciudad permanente, sino que más bien buscamos la futura. . .*¹⁰¹

Destinado a la posesión del Todo, el hombre no puede detenerse en lo que sólo es parte para olvidar su condición de peregrino que marcha hacia la plenitud: *Tuve miedo y escondí tu talento en la tierra. . .*¹⁰² *Varones de Galilea, ¿qué hacéis ahí mirando al cielo?*¹⁰³ Descuidar la búsqueda de la plenitud sería para él lo mismo que despreciar el Amor, que es totalidad e inmensidad; y dejar de caminar,

⁹⁸Ca 5:8.

⁹⁹Dante, *Divina Comedia, Paraíso.*

¹⁰⁰San Agustín, *Confesiones*, I, 1.

¹⁰¹Heb 13:14.

¹⁰²Mt 25:25.

¹⁰³Hech 1:11.

o errar tal vez el sendero, sería renunciar al Todo para ir a desembocar, simple y sencillamente, en la Nada. Que no ha sido hecho el hombre para quedarse radicado en esa zona intermedia, imprecisa e indeterminada, de los algos y de los algunos, sino para poseer el Todo; o para ir a dar con su existencia, de no ser así, en el vórtice de un fracaso eterno situado más allá de la Nada. Es decir: que no es el Todo o la nada; sino el Todo, que es Amor, o el Desamor, que es un infinito peor que nada o que la Nada. Creado que ha sido con ansias y capacidad de infinitudes, no puede convenir sino con totalidades: *Aún te falta una cosa: ve y vende todo lo que tienes y entrégalo a los pobres; luego ven y sígueme.*¹⁰⁴ Por eso no es lícito para él poner dilaciones a la urgencia del amor: *Deja a los muertos que entierren a sus muertos; pero tú ve a anunciar el Reino de Dios;*¹⁰⁵ ni volver la vista atrás, en nostalgia de migajas perdidas y dejando de sentir la ansiedad de lo que queda por delante: *El que pone la mano en el arado, y luego vuelve la vista atrás...*¹⁰⁶ El amor no admite partes, sino que lo da todo y lo pide todo; o la da todo sin pedir nada, si se quiere decir de otro modo. Pero nunca lo da todo a cambio de recibir solamente algo, ni consiente en entregarse de otro modo que no sea en totalidad; en arras o en primicias si acaso —dado que el otro amante no sea capaz de soportar la totalidad por ahora—, y siempre con promesa cierta de plenitud y consumación: *Ahora vemos como por un espejo, confusamente; entonces veremos cara a cara. Ahora conozco parcialmente; pero entonces conoceré como soy conocido.*¹⁰⁷

Introdúceme, rey, en tu cámara. Que es lo mismo que decir: dame tu corazón; o dame tu amor; o entrégame tu persona. Pues es la Per-

¹⁰⁴Mc 10:21.

¹⁰⁵Lc 9:60.

¹⁰⁶Lc 9:62.

¹⁰⁷1 Cor 13:12.

sona misma del Amado, y no otra cosa, lo que desea el enamorado. ¿Y quién se sentirá impulsado a gritar de esa manera su ansiedad sino aquél que ya haya sido herido por las flechas del amor? Pues sólo el amor es capaz de poner en otro corazón la ansiedad por el amado y de gritar a la vez con él. De ahí que la esposa no pueda decir *¡Ven!* si no está impulsada por el Espíritu que es Amor: *El Espíritu y la esposa dicen: "¡Ven!" Y el que oye diga: "¡Ven!" Y el que tenga sed, que venga; y el que la quiera, reciba gratis el agua de la vida.*¹⁰⁸ Sólo los verdaderos enamorados, heridos por el Amor, gritan: *¡Ven, Señor, Jesús!*,¹⁰⁹ y sólo ellos lo esperan con ansiedad no reprimida. Por eso el pecado de las vírgenes necias de la parábola no consistió en otra cosa sino en que no supieron esperar, anhelantes y con todo preparado... , porque no estaban verdaderamente enamoradas. De nuevo, y como siempre, conviene repetir que amor produce amor; pues él es quien conduce el amante al Amado... y también el Amado al amante. Aun antes de esto último, el Amado ha respondido al requerimiento del amante, con la ansiedad y la alegría incontenibles del infinitamente Enamorado que esperaba anhelante aquella llamada: *Sí, he aquí que voy pronto...*¹¹⁰ *Iré pronto, y conmigo irá la recompensa.*¹¹¹ Y con esas palabras, con las que queda formulada la más hermosa y esperanzadora de las promesas jamás pronunciadas y oídas, se cierra el libro sagrado del Apocalipsis; y con él, la Biblia: *Amén. ¡Ven, Señor, Jesús! La gracia del Señor sea con todos vosotros.*¹¹²

¹⁰⁸ Ap 22:17.

¹⁰⁹ Ap 22:20.

¹¹⁰ Ap 22:20.

¹¹¹ Ap 22:12.

¹¹² Ap, final.



CAPÍTULO II

MÁS SOBRE LA ALEGRÍA CRISTIANA O LA PERFECTA ALEGRÍA

Beati pauperes spiritu...

Beati qui lugent...

Beati mites...

La Alegría es uno de los misterios más impenetrables y apasionantes que presenta la naturaleza humana. Se encuentra estrechamente relacionada con el Amor; y tal vez no sea exagerado decir que ambos tendrían que ser escritos con mayúscula cuando aparecen en su estado más sublime y elevado, a saber: la Perfecta Alegría y el Perfecto Amor. Sin que obste en contrario el hecho de que ambos no son poseídos por la creatura humana sino como una participación de la Alegría y del Amor infinitos. Además conviene adelantar ya que la Alegría es tan fundamental en la existencia humana como el Amor;

del cual depende directamente como el primero y el más importante de sus frutos.¹

La problemática sobre el tema es tan compleja que cabe la posibilidad de tratarla tan ampliamente como se quiera. Aunque ya se puede suponer que aquí va a ser abordada de forma bien somera, con el fin de examinar solamente algunos de sus aspectos. De todos modos, y por razones de orden y de claridad, tal vez sea conveniente adelantar aquí una advertencia acerca del concepto.

Pues parece que, en lugar de utilizar la expresión alegría cristiana, sería más acertado hablar sencillamente de la Alegría; sin el añadido de determinaciones adjetivas. Puesto que sólo la alegría cristiana es la que realiza la esencia de la verdadera Alegría, es conveniente atribuirle lo mismo que se dice del Amor. Según un concepto bastante amplio, la alegría parece encontrarse, con respecto a la alegría cristiana, en la misma relación que el amor con respecto al Amor perfecto. Y lo mismo que el amor perfecto es el único que puede ser considerado como el verdadero Amor, así también la alegría cristiana es la única que puede ser llamada propiamente la Alegría Perfecta; o la Alegría si se quiere, sencillamente y sin más.

Por otra parte, si bien es cierto que la alegría cristiana es la única que se identifica con la Alegría, también es necesario decir que no es

¹Comparada con el Amor, no suele repararse demasiado en la importancia que la Alegría tiene en la existencia humana. Demasiado habituado ya a la mediocridad, no es extraño que el hombre no conozca sino formas muy imperfectas del Amor; cuando no contrahechas. Y dado que la Alegría depende por completo del Amor, he ahí la razón de que la humana naturaleza no sepa a menudo de la Alegría sino en modos y maneras tan imperfectos, o tan exiguos si se quiere, que apenas si merecen ese nombre. Y de ahí que haya llegado al convencimiento de que la tristeza forma parte del modo normal de su vida. Los que nunca han conocido la Alegría son los mismos que la confunden con los modestos placeres —por llamarlos de alguna manera— que salpican, muy de cuando en cuando, la existencia humana.

una realidad fácil de explicar. Y las razones, como puede suponerse, son tan numerosas como variadas.²

El problema comienza a complicarse desde que se tiene en cuenta que la alegría cristiana acontece en un doble estadio: durante el presente eón ahora, en el que se encuentra en grado de desarrollo y evolución; y en el eón futuro después, que es donde por fin alcanza su plena madurez y compleción. Y si bien en la primera etapa le corresponde ya con toda propiedad el nombre de alegría cristiana, es en el estadio definitivo donde pierde toda connotación adjetiva para convertirse simplemente en la Alegría.

Aunque es evidente que, vistas así las cosas, la alegría cristiana no podría ser identificada sencillamente como la Alegría sin más, según lo que acaba de decirse. Y así parece ocurrir, en efecto, durante el presente eón; en el que solamente se presenta en forma de arras o primicias, tal como sucede con el Amor, al que sigue siempre fielmente la Alegría como su derivación lógica y necesaria. Y en realidad no podría ser de otro modo.

Sin embargo, y por más que la precisión que acaba de hacerse deba ser tenida en cuenta, parece lícito afirmar que la alegría cristiana posee cumplidamente, ya desde ahora, las cualidades de la Perfecta Alegría. Como el amor divino-humano, que si bien alcanza solamente su culminación en el Reino de los Cielos, también y pese a todo puede ser considerado perfecto en algún estadio de su evolución terrenal. Abonan esta consideración sobre la alegría cristiana, durante el presente eón, algunos textos que, como el de Jn 15:11, van a ser estudiados más adelante: *Os he dicho estas cosas*

²Se puede ya adelantar que con la verdadera Alegría, para los que nunca la han conocido, sucede lo mismo que con los colores o sonidos en aquellos que nunca los han percibido: que es algo imposible de explicar, desde el momento en que no existe punto alguno de referencia. La dificultad llega a un punto culminante cuando se considera que la Perfecta Alegría es una realidad sobrenatural.

*para que mi gozo esté en vosotros y para que vuestra alegría sea completa.*³

Lo mismo que quien no ama no puede conocer en modo alguno el amor (1 Jn 4:8), así ocurre también con la alegría cristiana. Es prácticamente imposible explicar en qué consiste a los que no la han experimentado nunca; quienes además, y para complicar más las cosas, ni siquiera suelen admitir su existencia: *El hombre animal no alcanza las cosas del Espíritu de Dios. Son para él necedad. Y no las puede entender porque sólo pueden ser juzgadas espiritualmente.*⁴

Lo cual no es todo, ni mucho menos, pues los problemas no han hecho sino empezar. La alegría cristiana, bien que se considere como realidad en sí misma o bien en su concepto, no es una cosa fácilmente accesible a los fieles de Jesucristo.

Ante todo está el hecho de que la Perfecta Alegría acompaña siempre —como primer efecto a su causa— al verdadero amor. Pero los verdaderos amadores son únicamente aquellos cristianos que, además de creer firmemente en el Evangelio, tratan de llevarlo a la práctica con seriedad. Y puesto que su número no parece ser demasiado abundante, cabe pensar que la Alegría Perfecta, por lo que respecta al presente eón, no es algo fácil de alcanzar para la inmensa mayoría. De donde se deduce, a su vez, la conclusión de que tampoco

³Cf también el capítulo primero, parte segunda, del primer volumen de esta obra (página 165, con la nota). Así como el amor divino-humano, ya en el presente eón, puede ser considerado como el perfecto amor o analogado primero —aunque su consumación haya de tener lugar en el Cielo—, lo mismo sucede con la alegría cristiana con respecto a la Perfecta Alegría. Por lo demás, ya se ha visto que las palabras del Señor, referidas en presente verbal, apuntan a una alegría completa y perfecta.

⁴1 Cor 2:14. Solamente se va a hablar aquí del problema de la Perfecta y verdadera Alegría; la cual no es otra sino la cristiana. Dando de lado al sentimiento de fruición puramente animal —la terminología es paulina— y que es el único que el mundo suele conocer.

serán muy numerosos los que lleguen a comprenderla. Y, dado que en este tema hay que enfrentarse además con complicados problemas de concepción, tal vez sea conveniente valerse de algún ejemplo, clásico y conocido, con fines aclaratorios.

Es evidente que algunas geniales intuiciones, aparecidas aquí y allá, han conseguido esclarecer la naturaleza de ciertas cosas difíciles de asimilar por el entendimiento humano. Aunque no siempre hayan logrado alcanzar una explicación plenamente satisfactoria de tales realidades; por más que a menudo se piense lo contrario.⁵ Como ha ocurrido con la famosa intuición de San Francisco acerca del problema de la esencia de la Perfecta Alegría.

Según el inefable Santo de Asís,⁶ la Perfecta Alegría no podría consistir, ni en el hecho de que los Frailes Menores alcanzaran una gran santidad, ni en que consiguieran hacer milagros o conocer todos los secretos de las cosas presentes o futuras; como tampoco consistiría, por la misma razón, en que les fuera dado hablar lenguas de ángeles o convertir a todos los infieles. De ahí su angelical discurso a su compañero de viaje Fray León, en una encantadora narración que, tal como la cuentan las *Floreillas* discurre de este modo:

—Imagínate —decía el Santo— que al llegar ahora nosotros a Santa María de los Ángeles, empapados por la lluvia, helados de frío,

⁵Tal vez porque el entendimiento humano no ha sido capaz de más por ahora. Sin embargo conviene tomar conciencia del hecho y no confundir el camino con el término o la llegada. El espejismo intelectual, o la posible confusión, son explicables en este caso por el hecho de que la intuición genial suele *tocar muy de cerca* la esencia íntima de la realidad cuestionada. Así se hace posible que la proximidad de la meta, junto a la pereza de la naturaleza humana, hagan creer a muchos que ya han llegado al final de la búsqueda. No es infrecuente el caso de que los filósofos o pensadores se satisfagan con el penúltimo o antepenúltimo *porqué*, en lugar de hacerlo con el último, tal como manda la buena doctrina.

⁶*Las Florecillas*, I^a parte, capítulo VIII. Quizá el pasaje más bello de uno de los libros más bellos escritos por el hombre.

cubiertos de lodo y desfallecidos de hambre, llamamos a la puerta del convento y viene el portero incomodado y pregunta: “¿Quiénes sois vosotros?” Y diciendo nosotros: “Somos dos hermanos vuestros”, responde él: “No decís la verdad; porque sois dos bribones que andáis engañando al mundo y robando las limosnas de los pobres: marchaos de aquí”, y no nos abre, y nos hace estar fuera en la nieve, expuestos a la lluvia, sufriendo el frío y el hambre toda la noche; si toda esta crueldad, injurias y repulsas las sufrimos nosotros pacientemente sin alterarnos ni murmurar, pensando humilde y caritativamente que aquel portero conoce realmente nuestra indignidad y que Dios le hace hablar así contra nosotros; escribe, oh hermano León, que en esto está la perfecta alegría. Y si perseverando nosotros en llamar, sale él afuera airado y nos echa de allí con villanías y a bofetadas, como a unos bribones inoportunos, diciendo: “Fuera de aquí, ladronzuelos vilísimos; id al hospital, que aquí no se os dará comida ni albergue”; si nosotros sufrimos esto pacientemente, con alegría y amor, escribe, oh fray León, que en esto está la perfecta alegría. Y si nosotros, obligados por el hambre, el frío y la noche, volvemos a llamar y suplicamos, por amor de Dios y con grande llanto, que nos abran e introduzcan dentro; y él, más irritado, dice: “¡Cuidado que son importunos estos bribones! Yo los trataré como merecen”; y sale afuera con un palo nudoso, y asiéndonos por la capucha, nos echa por tierra, nos revuelca entre la nieve y nos golpea con el palo; si nosotros llevamos todas estas cosas con paciencia y alegría, pensando en las penas de Cristo bendito, las cuales nosotros debemos sufrir por su amor; escribe, oh fray León, que en esto está la perfecta alegría.

Hasta aquí el Santo. Ante lo que es obligado reconocer que se trata de algo genial, absolutamente maravilloso, y de acuerdo además —al menos al parecer— con lo que se dice en el libro de los Hechos: *Salieron los Apóstoles gozosos de la presencia del Sanedrín; pues*

habían sido hallados dignos de sufrir ultrajes a causa del nombre de Jesús.⁷ La Perfecta Alegría consiste pues, para San Francisco, en la paciencia cristiana que es capaz de compartir por puro amor los sufrimientos de la Pasión de Cristo. Certeras y oportunas palabras por las que no cabe duda de que el Santo había penetrado muy bien en el auténtico sentido del Evangelio.

Con todo, si se examina el tema con cierto detenimiento, cabe llegar a la conclusión de que la susodicha paciencia cristiana —que consiste, como se ha visto, en compartir la Pasión y la muerte de Cristo—, lejos de ser ya la Perfecta Alegría, es en todo caso *solamente el camino*; si bien el más rápido y seguro, además del único, para llegar a ella. Y, puesto que parece imposible hacer coincidir la Alegría Perfecta con la paciencia cristiana, tal vez sería más exacto decir que ésta es el último peldaño a subir para alcanzar aquélla. Pues la Alegría Perfecta no puede consistir en el dolor, por más que sea soportado por el Amado y con el Amado; sino solamente *en el sentimiento que sigue al hecho de sufrir y de morir con Él*. De ahí la cuidadosa distinción que hace el Apóstol, hablando precisamente de la comunión en los padecimientos de Cristo, entre la meta y el camino: *Para conocerle a Él (Cristo), el poder de su resurrección y la comunión en sus padecimientos, asemejándome a su muerte, por si logro alcanzar la resurrección de entre los muertos. No es que ya la haya alcanzado o que ya sea perfecto; sino que la persigo por ver si la alcanzo, por cuanto yo mismo he sido alcanzado por Cristo Jesús. Yo, hermanos, aunque no creo haberla alcanzado, una cosa intento: olvidando lo que queda atrás persigo lo que está delante, lanzándome hacia la meta.*⁸

⁷Hech 5:41.

⁸Flp 3: 10-14.

Como puede verse, la comunión en los padecimientos de Cristo es para el Apóstol el paso previo para alcanzar la resurrección. Solamente eso. Las intuiciones del Santo de Asís son por lo tanto exactas; aunque necesitadas de matización respecto a aquello en lo que consiste precisamente el último paso. San Juan de la Cruz, que a lo largo de su vida supo mucho también de alegrías y de dolores, llega a esta misma conclusión en la última estrofa de su *Noche Oscura*:

*Quedéme y olvidéme,
el rostro recliné sobre el Amado,
cesó todo, y dejéme,
dejando mi cuidado
entre las azucenas olvidado.*

Donde puede apreciarse que los *cuidados* se identifican, sin duda alguna, con los dolores y sufrimientos por el Amado. Los cuales ya han *cesado* e incluso han sido *olvidados*; por lo que no procede ya otra cosa sino *quedarse* con y junto al Amado, *reclinado el rostro sobre Él*. Que es lo que insinúa también en la primera estrofa del mismo poema:

*En una noche oscura,
con ansias en amores inflamada,
¡oh dichosa ventura!,
salí sin ser notada,
estando ya mi casa sosegada.*

Es evidente que, si la casa ha quedado ya completamente *sosegada*, es porque el dolor —en todas sus formas y maneras: persecuciones, tentaciones, arideces, ausencias, nostalgias, oscuridades— ha quedado atrás. Por eso habla de su *dichosa ventura*.

*A la rosada aurora
me fui a buscar, con paso apresurado,
a Aquél que me enamora;
y, habiéndole encontrado,
allí olvidé mi pena
en la dulce mañana, de amor llena.*

*Acércate a mi lado
mientras el austro sopla en el ejido,
y deja ya el ganado,
y hagámonos un nido
de lirios y de rosas florecido.*

También la esposa del *Cantar*, como no podía ser menos, lo viene a reconocer así hablando del Esposo:

*Me ha llevado a la sala del festín
y la bandera que ha alzado contra mí
es bandera de amor.
Confortadme con pasas, recreadme con manzanas,
porque desfallezco de amor.
Reposa su izquierda bajo mi cabeza
y con su diestra me abraza amoroso.⁹*

¿Dónde están aquí los dolores y ansias que acompañaban a la búsqueda apasionada del Esposo? ¿Acaso no han quedado definitivamente atrás, *entre las azucenas olvidados*, como decía San Juan de la Cruz? Después de que todo ha cesado, y una vez que *ha pasado el invierno*,¹⁰ ha llegado por fin el momento en el que, definitivamente y para siempre, el Esposo *reposa su izquierda bajo la cabeza de la*

⁹Ca 2: 4-6.

¹⁰Ca 2:11.

*esposa y la abraza amoroso con su diestra.*¹¹ Pues, así como es imposible ser presa del dolor cuando se está con el Esposo, así tampoco tiene objeto la esperanza una vez que se ha conseguido ya lo que se deseaba y se buscaba (Ro 8:24). El Bautista sabía esto demasiado bien: *Esposo es quien tiene esposa. Pero el amigo del esposo, el que está con él y le oye, se alegra grandemente con la voz del esposo. Por eso mi gozo es completo.*¹²

De igual manera, la esencia de la *beatitudo*, a la que el hombre ha sido destinado como parte de su último fin, no consiste tanto en la mera contemplación de Dios cuanto en el sentimiento experimentado ante ella... y la consiguiente posesión de la divinidad. También aquí, lo mismo que sucedía con el sufrimiento, la Alegría Perfecta aparece como un *después* de ultimidad.¹³ San Juan advierte que primero tendrá lugar la visión del Esposo; y que a ella seguirá después, como consecuencia lógica y derivada, la transformación en Él: *Carísimos: aunque ahora somos hijos de Dios, aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando se manifieste, seremos semejantes a*

¹¹ *El Cantar de los Cantares*, según se desprende fácilmente de su simple lectura, funciona a la vez en un doble registro: por un lado, el de la ansiedad y los dolores producidos por la búsqueda apasionada del Esposo; por otro, el de la paz y la alegría perfecta una vez que la esposa ha conseguido hallarlo. Lo cual no resulta difícil de comprender si se recuerda que el *Cantar* narra las excelencias y maravillas de un amor divino-humano que, habiendo empezado en el presente eón..., verá su consumación definitiva en el que ha de venir. El libro sagrado habla para los hombres de esta tierra, todavía peregrinos en ella; y por eso conjuga a la vez los suspiros y anhelos de la esperanza con las alegrías del amor ya consumado: el *ya* y el *todavía no*.

¹² Jn 3:29.

¹³ Incluso aunque tal *después* posea más connotaciones intencionales que temporales. De momento basta con recordar aquí que la Alegría es la primera y más directa consecuencia del amor: un tema ya insinuado antes y que habrá de ser estudiado más detenidamente.

*Él, porque le veremos tal cual es.*¹⁴ Lo cual no quiere decir que sea erróneo el razonamiento del Serafín de Asís.

Porque es cierto que la paciencia por amor de Jesús, no sólo desemboca efectivamente en la alegría cristiana, sino que en realidad —como ya se ha dicho arriba— no se ha encontrado otro camino que conduzca hasta ella con más seguridad y rapidez. Hasta se puede decir, sencillamente y sin más, que prácticamente no existe otro. A lo que hay que añadir que, el hecho de no ser aún la alegría cristiana, durante el presente eón, la alegría consumada del Reino, no ha de ser obstáculo para que pueda ser considerada como la Perfecta Alegría; por mucho que se trate de una perfección obviamente relativa.

Sucede aquí lo mismo que en el amor divino—humano, al que la Perfecta Alegría está íntimamente vinculada como su consecuencia primera y más directa. Va transcurriendo este amor, en un estadio previo de arras y primicias, hasta que alcanza su culminación definitiva en el Reino: de nuevo la dinámica del *todavía no* y del *ya*. A pesar de lo cual bien puede ser considerado desde ahora, al menos después de haber alcanzado un cierto grado de evolución, como el más perfecto y verdadero. Con tal de que se advierta, claro está, que esto no es sino uno más de tantos modos de hablar; por más que correctos y conformes a verdad y que, de no utilizarse, harían casi imposible el entendimiento entre los hombres.¹⁵

La paciencia cristiana no se puede identificar, por lo tanto, con la Perfecta Alegría. Pero, puesto que la primera se encuentra ya a

¹⁴1 Jn 3:2.

¹⁵Con respecto a la Alegría, tal vez sería conveniente utilizar la expresión de Perfecta Alegría para la que discurre en el presente eón, y reservar la de Alegría Perfecta para la que se consuma definitivamente en el Reino. Sin olvidar que estos usos y procedimientos, lejos de consistir en meras sutilezas lingüísticas, son por el contrario medios sumamente útiles que hacen más factible y fácil la comunicación humana.

un solo paso de la segunda, y teniendo en cuenta además que ambas pueden ser consideradas como causa directa y efecto inmediato la una de la otra, no es difícil admitir que la paciencia cristiana participa ya de la luminosidad, de la gloria, y del gozo inefable de la Perfecta Alegría.¹⁶ Lo mismo que, a medida que alguien se va acercando a la fuente de la luz, se hace más intensa para él la claridad y va dejando atrás la oscuridad. También conviene aplicar a la alegría el proceso evolutivo que es propio del amor: en el sentido de que las arras y las primicias, durante el presente eón, únicamente son tales por su relación a la inmensidad que ha de venir; pero, dado que el amor es totalidad, lo que se recibe ahora es ya de tal magnitud que no cabe ser descrito, ni aun siquiera imaginado. Por eso San Pablo tiene que valerse de la *via negationis* para intentar describir la alegría del cielo: *Ni ojo vio, ni oído oyó, ni llegó al corazón del hombre, lo que ha preparado Dios para los que le aman.*¹⁷ Bien puede decirse que, de no admitirse estas conclusiones, se convierte en arduo y difícil el problema, ya de por sí complejo, de las bienaventuranzas.¹⁸

Es posible que el problema de la Alegría no tenga para algunos otro significado que el de una mera cuestión especulativa: teológica, filosófica, o quizá meramente literaria. Una suposición enteramente ajena a la realidad. Pues la Alegría no es un mero concepto importante en el entramado neotestamentario, sino uno de sus elementos fundamentales. La Buena Nueva del Evangelio comienza con la proclamación de la Alegría: *Os anuncio una gran alegría, que es para todo el pueblo: os ha nacido un salvador, que es el Cristo Señor, en la ciudad de David.*¹⁹ Y por lo que hace a Jesucristo mismo es

¹⁶Cf Ro 5: 3-4; 2 Cor 11:30; 12: 5.9; Ga 6:14.

¹⁷1 Cor 2:9, citando a Is 64:3.

¹⁸Es en las bienaventuranzas donde se percibe con más claridad la importante y trascendente aporía del binomio alegría-tristeza y su papel en la Revelación.

¹⁹Lc 2:11.

Él quien, por su parte, advierte a los discípulos que todo cuanto les ha dicho y enseñado no tiene más que un objeto: *Os he dicho estas cosas para que mi gozo esté en vosotros y para que vuestra alegría sea completa.*²⁰ Por eso se ha escrito, con toda verdad, que nada tendría ya que decir a los hombres la Iglesia que hubiera olvidado la proclamación de la Alegría. Y de ahí también el carácter de profético que ahora se le reconoce a un conocido texto de Bernanos: "Lo contrario de un pueblo cristiano es un pueblo triste, un pueblo de viejos. Acaso me objete usted que la definición tiene muy poco de teológica. De acuerdo; pero basta para hacer reflexionar a los caballeros que bostezan en misa los domingos. ¡Por supuesto que bostezan! No pretenderá usted que, en una mísera media hora semanal, la Iglesia pueda enseñarles la alegría... E incluso aunque se supieran de memoria el catecismo del Concilio de Trento, no estarían probablemente más alegres."²¹ Muchos años han pasado, desde que Bernanos escribió estas palabras y muchas las cosas que han sucedido desde entonces. Entre las que se cuenta el hecho importante de que la Iglesia, tal vez cansada y al parecer asustada del aburrimiento de sus hijos que ya había denunciado Bernanos,²² decidió hacer ciertos retoques en sus programas de pastoral y predicación. Cosa que se llevó a cabo considerando la urgente necesidad, tanto de enfatizar la importancia de ciertos temas como la de aportar otros hasta entonces no suficientemente atendidos. Y quizá todo habría ido bien, de no haber sido porque la Alegría no fue incluida en el paquete de temas importantes y prioritarios.

²⁰ Jn 15:11; cf 17:13; 1 Jn 1:4.

²¹ Bernanos, *Diario de un cura rural*, Caralt, Barcelona, 1968, pg. 19. Las ediciones en español del *Journal* son muy numerosas.

²² Ya Nietzsche había aludido también a la tristeza de los cristianos.

Efectivamente; porque fue aproximadamente a partir del primer tercio del siglo XX, coincidiendo con la gran expansión del marxismo, cuando se produjo en la Iglesia un auge de ansiedad por lo social que determinó un *cambio climático* en sus preocupaciones pastorales. El fenómeno fue de tal importancia para la Pastoral de la Iglesia, y tuvo tanta trascendencia en los hechos históricos que se produjeron en todo el mundo occidental, que bien puede ser considerado como una revolución ideológica. Puede aceptarse como seguro que la efervescencia de las preocupaciones *sociales* comenzó ya antes de la muerte de Pío XII. Los *curas obreros* y la famosa *misión de París* pertenecen, en efecto, a esa época. Parece que el Papa, con la mejor de las intenciones imaginables, cedió a presiones ideológicas que ya habían alcanzado bastante relieve por aquel entonces; si bien luego decidió dar marcha atrás, pasado no mucho tiempo, a la vista de los acontecimientos.²³ En cuanto a la posible razón de causa y efecto entre la extensión del marxismo —que conoció su auge por aquellas fechas— y la ebullición de las ideas sociales en la Iglesia, es tema delicado y no bien estudiado todavía. Y por supuesto que son muchos los que incluso se negarían a admitir la posibilidad de tal planteamiento; a pesar de que no parece difícil predecir que se convertirá en tema importante de investigación para futuros historiadores.

El fenómeno de los sacerdotes obreros y sus afines, que tan gran influencia ejerció entre el clero católico, desapareció prácticamente hacia el final de la década de los ochenta. Conocido ya en los

²³ Por lo que hace a la *misión de París* y a las angustias que dieron lugar a su nacimiento, cabe hacer aquí un simple comentario. Pues no parece sino que, o bien que los problemas actuales de evangelización en la capital de Francia ya no son tan graves; o bien que ya no preocupan tanto. Alguien podría sentirse inclinado a pensar que, si todo iba a cambiar cuando los *curas* dieran testimonio como obreros, y dado que no resultó así de ningún modo, ¿no hubiera sido mejor que hubieran aportado tal testimonio simplemente como *buenos sacerdotes*?

tiempos de Pío XII, vino a ser el resultado de un trasfondo de ideas marxistas que habrían de alcanzar su plena madurez después del Concilio Vaticano II. Aunque apenas ha sido estudiado como fenómeno sociológico-religioso, pese a su gran trascendencia, hoy puede asegurarse que fueron dos las causas principales que originaron su aparición, a saber: de un lado la confusión acerca del concepto del trabajo, producida por la aceptación —más o menos consciente— de las ideas laborales marxistas; de otro, y como una consecuencia, la crisis de identidad sacerdotal que tuvo lugar después del Concilio Vaticano II.

La división del concepto del trabajo en artes liberales y trabajos serviles es bastante antigua.²⁴ Con la aparición de las ideas de clase social y de lucha de clases, cuya gestación hay que atribuir principalmente al marxismo, se produjo una preocupación por *lo social*, absorbente y casi enfermiza, que parecía desconocer cualquier otra cosa. Si se tiene en cuenta además el patético desprecio marxista por la *burguesía* y su patológica exaltación del trabajo puramente manual (atribuido en exclusiva a la clase obrera), se explica la gran difusión del convencimiento de que sólo esta última especie de trabajo merecía consideración.

La idea de que la dignidad del trabajo se limitaba al ámbito del puramente manual, asignado además monopolísticamente a la clase obrera, se hizo bastante común. Pero lo más extraño de todo esto no es que las patológicas lucubraciones de los *pensadores* marxistas, discípulos y continuadores a su vez de los filósofos idealistas, lograran hacer tanta mella en la humanidad; pues lo realmente extraordinario aquí es el hecho de que tales fantasías llegaran a alcanzar tamaña

²⁴La nomenclatura, de la que no se puede decir que fuera muy afortunada, respondía a la baja estima en que siempre se tuvo al trabajo manual. La misma Iglesia tuvo en cuenta esta clasificación durante mucho tiempo, a efectos de regulación del descanso dominical.

resonancia en tan amplios sectores del mundo católico. Por increíble que parezca, fue así como una parte del clero concibió la peregrina idea —por llamarla de alguna manera— de que su trabajo ministerial *no tenía ningún valor*.

No fueron pocos los clérigos convencidos de que su testimonio cristiano solamente sería reconocido como tal *cuando dejaran de actuar como clérigos*. Aunque sería superfluo añadir aquí, por ser un hecho bien patente y conocido, que el tiempo y los acontecimientos se encargaron de demostrar exactamente lo contrario. Los tales clérigos, convencidos de que el único trabajo digno de tal nombre era el realizado por la clase obrera —la cual, por otra parte, estaba siendo víctima inocente de injusta opresión por obra de la odiada burguesía—, acabaron pensando en la necesidad de formar parte de la clase perseguida. Por decirlo con otras palabras: consideraron que era urgente ingresar cuanto antes en el coro de los mártires... aunque para ello tuvieran que abandonar primero el de los confesores.²⁵

Se creó así una situación, por lo demás no carente de ribetes de ciencia-ficción, en la que amplios sectores del catolicismo aceptaron abiertamente, y sin la menor crítica, la idea de la invalidez del testimonio aportado por el trabajo ministerial. Era evidente, para cualquiera que quisiera verlo, que la infiltración de la ideología marxista entre el clero estaba ya produciendo buenos resultados.

El Movimiento de clérigos obreros fue una de las consecuencias de la efervescencia marxista que, hacia mediados del siglo, sacudió a la intelectualidad católica y que daría lugar después, como uno de sus frutos más destacados, a la Teología de la Liberación. La causa motriz de esta pululación de ideas habría que buscarla en el pánico

²⁵No se trata de una simple ironía de mal gusto. Porque lo verdaderamente cierto es que el fenómeno desembocó en el abandono del ministerio de los sacramentos en general y de la confesión en particular, además de todo el ministerio sagrado y verdaderamente pastoral.

producido, dentro del mundo católico, por la vieja acusación marxista de que la Iglesia ha estado siempre con los ricos.²⁶ Y luego lo de siempre. Debido a que el pánico, al igual que el apresuramiento que suele acompañarle, son malos consejeros, no tiene nada de extraño que ambos fueran causa de decisiones cuyos resultados no respondieron a lo que se esperaba. Así fue como se dio lugar a que la excesiva prisa en demostrar que la Iglesia estaba con los pobres no resultara precisamente beneficiosa.

Habría sido mejor conservar la calma y puntualizar con cuidado. Es más que probable que el sencillo amor a la verdad, junto a la serena indiferencia ante las calumnias o las estúpidas generalizaciones, hubieran ayudado mucho más.

La afirmación de que la Iglesia ha estado siempre con los ricos, además de constituir una simpleza, es una falsedad aún mayor que la de decir que se ha alineado siempre al lado de los pobres. De ahí que, para ser verdaderamente exactos, habría que hablar aquí de cristianos mejor que de Iglesia. En este sentido parece más honrado empezar reconociendo que muchos de ellos se han decantado a menudo —más de lo que hubiera sido deseable— del lado del poder y del dinero; y lo que es peor: sin que, por desgracia, se aprecien signos por ahora de que vaya a cesar tal estado de cosas. Lo que no tiene porqué servir de justificación a cualquier escándalo farisaico. Pues, siendo bien sabido que la Iglesia peregrina es santa y pecadora a la vez —un misterio de fe—, es natural que esté compuesta por miembros de todas clases, buenos y malos; como tienen buen cuidado de recordar las parábolas de la red (Mt 13: 47-50) y la de la buena semilla y la cizaña (Mt 13: 24-30).

²⁶ Aunque parece que hay algo más. Ya que son muchos los que piensan que bastantes miembros integrantes de la Jerarquía y de la intelectualidad católicas, contemporáneos más o menos del Concilio Vaticano II, estaban convencidos del triunfo definitivo del marxismo en Europa y en todo el mundo.

Por otra parte, el desconocimiento voluntario de lo que la Iglesia ha hecho por los pobres —por toda clase de pobres, conviene puntualizar— a lo largo de veinte siglos supone un alto grado de malicia. Como también es exponente de una elevada ingenuidad, por decir lo menos, el convencimiento de que el trabajo ministerial carece de valor testimonial con respecto a la pobreza y a la inmola-ción cristianas (incluso llevadas hasta el heroísmo).

Es falsa por completo la creencia de que la labor ministerial no es un trabajo tan difícil como abnegado. Y, aunque es cierto que existen aquí y allá ministros sagrados mediocres, e incluso indignos, tal hecho no pasa de ser una prueba contra las personas más bien que contra el ministerio como tal. También existen obreros que defraudan de múltiples y variadas maneras a la propia empresa, a las compañías de seguros, al erario público, a la sociedad en general, o a todos ellos a la vez;²⁷ sin que eso pueda constituir razón suficiente para justificar un ataque a la dignidad de la clase trabajadora en general. Siempre han sido injustas y peligrosas, en uno y otro campo, las generalizaciones precipitadas.

El problema del testimonio de pobreza y abnegación, por lo que respecta al sacerdocio, no radica tanto en el ministerio como tal *cuanto en la persona que lo detenta*; como es evidente que sucede también en todas las profesiones y en todos los estados de vida (consagrada y sin consagrar). Por lo que no habría sido necesario que los sacerdotes se convirtieran en fontaneros para convencer a un mundo

²⁷ Es un hecho que la práctica imposibilidad del despido, tal como se contempla por algunas legislaciones laborales, favorece la falta de productividad de los trabajadores que carecen de escrúpulos. A los que podrían añadirse los falsos parados defraudadores del erario público (léase del bolsillo del resto de los ciudadanos). Estos ejemplos, y algunos otros que podrían ser traídos a colación, están plenamente consentidos por los países en los que el partido gobernante de turno desea conseguir votos a cualquier precio.

que, por lo demás, está aún más necesitado de hombres de Dios que de técnicos en artes y oficios.

El ministerio pastoral o sacerdotal está llamado a desempeñar en realidad, no ya una tarea difícil, sino una de las más arduas y sacrificadas de las que cualquier hombre puede llevar a cabo. A este respecto es admirable la libertad de espíritu con la que hablaba San Pablo a propósito de sus tareas pastorales: *En lo que otro se atreve a presumir —sin cordura hablo— también presumo yo. ¿Son hebreos? También yo. ¿Son israelitas? También yo. ¿Del linaje de Abraham? También yo. ¿Son ministros de Cristo? Con menos cordura lo digo: yo, más. Más en trabajos, más en prisiones, y mucho más en azotes. En peligros de muerte muchas veces. Cinco veces recibí de los judíos cuarenta azotes menos uno; tres veces fui azotado con varas; una vez fui apedreado; tres veces naufragué; un día y una noche pasé en los abismos del mar. Viajes frecuentes; con peligros de ríos, peligros de salteadores, peligros de los de mi raza, peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en los desiertos, peligros en el mar, peligros entre los falsos hermanos. En trabajos y fatigas, en vigiliias frecuentes, en hambre y sed, en ayunos muchas veces, en frío y desnudez. Y, junto con otras cosas, mi responsabilidad diaria: la solicitud por todas las Iglesias. ¿Quién desfallece, que no desfallezca yo? ¿Quién se escandaliza, que yo no me abraze?*²⁸

Por supuesto que habrá quienes piensen que el caso tiene poco valor ejemplar, puesto que se trata de San Pablo y de cosas que sucedieron hace demasiado tiempo. Lo cierto, sin embargo, es que en la actualidad abundan las vidas sacerdotales heroicas casi tanto como las mediocres. Un hecho no muy patente, debido a que el buen sacerdote tiene mala prensa; o tal vez ninguna, a causa de que él mismo tampoco se preocupa de ella demasiado. Justamente lo contrario de

²⁸2 Cor 11: 21-29.

lo que suele suceder con muchas existencias sacerdotales mediocres, ordinariamente en el candelero, y bastante bien orquestadas por el ruido, la publicidad, y el aplauso de la gente. Es bien sabido que la verdadera virtud, precisamente por razón de su condición humilde, modesta y discreta —unas cualidades que la acompañan siempre—, es poco partidaria de darse a conocer; bien sea en ruedas de prensa y televisión, o medios semejantes, por los foros y ágoras del mundo. Por eso el verdadero sacerdote no se siente necesitado de *demostrar* que está con los pobres u oprimidos, y más bien le basta *estar con ellos*, simple y sencillamente. Ciertamente está menos interesado en que *se sepa* que está con los pobres que en el hecho de estar con ellos; así como también está menos preocupado por *dar testimonio* que por *dar su vida*.

Pues el amor verdadero, en efecto, como ardiente partidario que es de la discreción, está siempre acuciado por el deseo de ser olvidado por el mundo. Ocupado solamente en amar no piensa jamás en *ser conocido*. Busca con ardor el silencio y huye con horror del estrépito. De ahí que rara vez, o tal vez nunca, se preocupe por un testimonio que, como tal, para bien poco o para nada sirve: *pues no hay auténtico y válido testimonio sino allí donde únicamente se piensa en amar*:

*Gocémonos, Amado,
y vámonos a ver en tu hermosura
al monte y al collado
do mana el agua pura;
entremos más adentro en la espesura.*²⁹

²⁹San Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual*.

Y en el *Cantar*, como no podía ser de otro modo, se dice también con poético encanto:

*Ven, amado mío, y vámonos al campo;
haremos noche en las aldeas.*³⁰

Y es ése precisamente, el amor que no desea otra cosa que no sea la de adentrarse en la espesura con el Amado, *el único que es capaz de revertir siempre para estar con los pobres*. Todo lo demás son fábulas y palabras sin sentido.³¹

³⁰Ca 7:12.

³¹Profesiones como las de fontanero, electricista, o simple productor en pequeña o gran empresa, están actualmente bien consideradas y remuneradas en la mayor parte del mundo; mientras que es necesaria la valentía en no pocos países, entre los que se encuentra España, para atreverse a afrontar insultos por el simple hecho de andar por la calle con algún distintivo sacerdotal. Es cierto que San Pablo, además de apóstol, es un personaje que queda demasiado alejado en el tiempo; pero el autor de este libro ha tenido ocasión de conocer personalmente a sacerdotes —entiéndase sacerdotes seculares, no misioneros— que han ofrendado su vida alegremente por Jesucristo: han tenido que mendigar para su sustento y se han visto obligados a habitar en ruinas y viviendas abandonadas; han ejercido el ministerio en los lugares más difíciles del mundo y han tenido que poner a menudo su vida en grave peligro; han escuchado con frecuencia confesiones durante veintidós horas seguidas (para dormir malamente durante dos y poder continuar después la tarea); han recorrido a caballo, durante días enteros, lugares escarpados y peligrosos a fin de asistir a enfermos que pedían sacramentos; han recorrido centenares y centenares de kilómetros, por casi todas las carreteras de algún continente, para atender a las almas que los reclamaban; han sufrido hambre, frío intenso, y graves necesidades mientras vivían en la soledad más absoluta; han sido calumniados, perseguidos y expulsados injustamente de una parte y de otra; han servido a la Iglesia, durante cuarenta años o más, viviendo exclusivamente de la caridad de sus hermanos y de las gentes y sin recibir un sólo céntimo de *asignación oficial*... No son casos aislados. Y si no son conocidos por el mundo, tal cosa no se debe sino a que ellos jamás tuvieron ese deseo. Como bien escribió el poeta, se puede decir de los hombres lo mismo que de los pueblos: dichosos los que no tienen historia.

El mismo Jesucristo advirtió severamente contra cualquier tipo de comportamiento animado por deseos —mejores o peores— de ostentación.³² Y no vale decir que lo importante son las intenciones, que aquí se suponen buenas por definición. Tal pretensión, además de estar basada en un peligroso desconocimiento de la psicología y de la debilidad del ser humano, olvida que la naturaleza de la luz es la de brillar sin más y sin preocuparse demasiado por el hecho de que alguien la vea o no la vea. No puede interpretarse en otro sentido el texto de Mt 5:16: *Brille así vuestra luz ante los hombres; para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos.*³³

El hecho es que el carácter intimista, personal e *interior* de la religión, tuvo que ceder terreno en favor de un cristianismo de tinte mucho más *social*.³⁴

³²Cf, por ejemplo, Mt 6: 1-6; 15:7; 23:5; Lc 16:15; Jn 5:44; 12:43. Cf también Am 4:5.

³³De otro modo se corre el peligro de lindar con la hipocresía. En el Nuevo Testamento, en efecto, goza de muy poco predicamento el simple hecho de *hacer ver* como vehículo o camino hacia la fe: cf, por ejemplo, Mt 13: 13-14; Jn 4:48; 9: 39.41; 20:29; sin contar algunos de los milagros de Jesucristo cuyo resultado fue escaso, nulo, o incluso contraproducente.

³⁴En las realidades que abarcan dos extremos existe siempre el peligro de potenciar uno en detrimento del otro. Tal sucede, por ejemplo, con el caso del Verbo hecho hombre, en el que se pueden subrayar cuanto se quiera su divinidad o su humanidad; con tal, claro está, de que ninguna de ellas quede empobrecida o perjudicada.

La Iglesia es una realidad social y personal a la vez. Como Cuerpo Místico de Cristo es un Organismo compuesto por miembros diversos; pero sin que cada uno de ellos deje de ser en modo alguno una realidad individual y personal. Debido a lo cual no es lícito potenciar en la Iglesia lo social en detrimento de lo personal, ni por supuesto lo personal con perjuicio de lo social.

Por desgracia no es infrecuente el caso de que el desplazamiento de acentos hacia alguno de los extremos acabe desembocando en el olvido del otro, o incluso en su anulación.

No es preciso decir que el concepto de religión interior tiene aquí el mismo sentido que tenía para el Señor el de Reino de Dios: *No vendrá el Reino de Dios con espectáculo; ni dirán "vedlo aquí" o "allí"; porque el Reino de Dios está ya dentro de vosotros.*³⁵ Tampoco se trata de poner ahora en duda el carácter corporativo y social de la Iglesia, como Grey o como Cuerpo Místico de Cristo, regida por el mandamiento o la ley suprema de la caridad. Ni de negar la obligación de todo cristiano de hacer que su vida interior, traducida en obras eficaces, contribuya a la edificación de la ciudad terrestre tanto como al advenimiento definitivo del Reino: *Brille vuestra luz ante los hombres, a fin de que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos.*³⁶

Pero el cristianismo es la religión del Amor. El cual ha sido ofrecido y revelado a los hombres como un Don que es justamente también una realidad personal, según las palabras del Apóstol: *El amor de Dios se ha derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado.*³⁷ De donde el amor a la colectividad humana solamente es real cuando tiene en cuenta que está formada por personas. A las que ama como si cada una de ellas fuera una; o mejor

³⁵Lc 17:21.

³⁶Mt 5:16; cf Jn 3:21; 13:35; 15:8; 1 Cor 10:31.

³⁷Ro 5:5. La personalidad del Espíritu Santo está claramente atestiguada en diversos lugares de la Escritura y en el conjunto de la Revelación. Con respecto a las creaturas hay que advertir que el amor creado o participado no es una persona, aunque sí una realidad que corresponde propia y exclusivamente a seres personales; los únicos a quienes se puede aplicar el significado del vocablo *enamorarse*.

La poligamia destruye el concepto de amor y pisotea los derechos y la dignidad de la mujer. En una época en la que tanto se alardea de los derechos humanos, y más en concreto de los de la mujer, es difícil explicar el hecho de que existan todavía grupos humanos —incluso algunos que se pretenden cristianos— que simpatizan con la poligamia.

aún, como si fuera única, *puesto que la persona es siempre efectivamente única*. Por eso decía el Señor que *quien entra por la puerta es pastor de las ovejas. El portero le abre y las ovejas escuchan su voz; llama a las ovejas propias por su nombre y las saca fuera*.³⁸ Palabras que parecen ser un eco de aquellas otras que fueron dirigidas al antiguo profeta: *Por amor de mi siervo Jacob, por amor de Israel, mi elegido, te he llamado por tu nombre...*³⁹ No es extraño que el Esposo del *Cantar* cante con entusiasmo:

*Porque es única mi paloma, mi perfecta;
es la única hija de su madre,
la predilecta de quien la engendró.*⁴⁰

La esencia de la religión del Amor ha de consistir en su capacidad para transformar al hombre desde dentro, a fin de otorgarle la posibilidad de proyectar sus sentimientos, una vez purificados y transfigurados, hacia sus semejantes y hacia todas las cosas. La doctrina del amor tiene que traducirse, por lo tanto, en una doctrina de fe y de confianza en el otro que se concretan, a su vez, en actos de generosidad, de entrega, y de deseo y ansiedad por él. Ha de consistir en un conjunto de *sentimientos* que, radicados en lo más íntimo del corazón de una creatura racional, la impulsen a salir de sí misma para entregarse a *otro ser personal* por el que se siente atraída. Todo lo cual equivale a decir que el cristianismo es una religión

³⁸ Jn 10: 2-3.

³⁹ Is 45:4.

⁴⁰ Ca 6:9. Aunque el sentido primario de este texto, como es obvio, se refiere a un amor de predilección por la esposa, no existe razón alguna para restringir su contenido virtual y dejar de extenderlo a todos *y cada uno* de los seres humanos (1 Tim 2:4). En realidad ahí es donde radica el núcleo ideológico del *Cantar de los Cantares*.

que transforma el corazón del hombre⁴¹ habilitándolo para que *se proyecte hacia fuera*. ¿En qué otra cosa podría consistir el amor sino en un sentimiento que, partiendo *de lo más íntimo* del corazón del amante, lo impulsa a salir *fuera de sí* en busca del amado?

Una doctrina cuya teoría nadie va a poner en duda aunque luego, en la práctica, los hechos sucedan de muy distinta manera. Pues los hombres, como está bien demostrado, son muy capaces de comportarse de un modo que nada tiene que ver con sus propias teorías; sin sentir por ello la más mínima inquietud y sin caer en la cuenta —al menos aparentemente— de la falta de lógica de su proceder. Aquí se ha hablado ya hasta la insistencia de la facilidad con que se llevan a cabo, tanto los desplazamientos de acentos, como los *cambios climáticos* en las teorías y comportamientos de los hombres.

Si se admite que el cristianismo es la religión del Amor, debe concederse también que es la religión de la Alegría. Pues, así como el Amor es la única fuente de la verdadera Alegría, del mismo modo también es la Alegría el primero y más sazonado de los frutos del Amor. Y si la principal ocupación de la Iglesia —por ser la verdadera depositaria de la misión, así como de los medios para llevarla a cabo— es la de proclamar el Amor, ella es también la única que puede enseñar al mundo la Alegría.

Y en este sentido, admitida la verdad de las afirmaciones de Bernanos, cabe todavía hacer otra pregunta: ¿Existe la posibilidad de que la Iglesia olvide, siquiera sea de manera transitoria, su fundamental deber de proclamar la Alegría ante los hombres?

La contestación a esta pregunta tendría que ser cautelosa. Una respuesta rápida y categórica, en uno u otro sentido, equivaldría a exponerse a la imprudencia. De todos modos tal vez sirva de ayuda recordar, como un intento de aproximación al problema, que

⁴¹Los textos son innumerables. Cf, por ejemplo, Ez 11:19; Mt 15:19; 2 Cor 3:3.

al hombre le ha sido otorgada la capacidad de reflexionar; y de un modo particular al cristiano, discípulo al fin y al cabo de quien dijo de Sí mismo que Él era la Verdad. E igualmente, y para los mismos efectos, tampoco conviene olvidar que la capacidad de pensar ha de ser ejercitada con honradez, con sumo respeto, y con total ausencia de prejuicios. En definitiva y para ser breves: lo que aquí se trata de decir es que todo ser humano, y sobre todo el cristiano, tiene el deber de amar la verdad y de buscarla con honradez. Solamente existe para el cristiano una limitación, por llamarla de alguna manera, pues es en realidad más bien un aliento impulsivo y un faro de seguridad: la obediencia de fe a las enseñanzas de la Revelación interpretadas auténticamente por el legítimo Magisterio de la Iglesia. Establecido lo cual se puede continuar ya con el intento de dar una respuesta a la pregunta.

La expansión del marxismo durante el siglo XX —hasta su derrumbamiento hacia los últimos años de la centuria— produjo una gran convulsión en el mundo de las doctrinas sociales. No es extraño, por lo tanto, que muchos intelectuales católicos, así como miembros de la Jerarquía, se sintieran obligados a extremar su solicitud por lo social. La preocupación, que al principio se enfocó hacia la clase obrera, acabó centrándose después en los llamados oprimidos y marginados.⁴² No hay que dejar de reconocer de todos modos la justicia de unas inquietudes —la preocupación por los más pobres— que,

⁴²Una simple cuestión de terminología en realidad, pues la nomenclatura fue cambiando paulatina y casi insensiblemente. Durante los tres primeros cuartos de siglo la clase obrera fue sin duda alguna la estrella invitada, hasta que se produjo un cambio de acento en las ideas a propósito del derrumbamiento del marxismo y del fracaso de la Teología de la Liberación. Los conceptos de *conciencia de clase*, *clase obrera*, *clase obrera oprimida*, *socialismo*, etc., fueron perdiendo su relevancia para ser sustituidos por los de *oprimidos* o *marginados* sin más; al mismo tiempo que el binomio socialismo-capitalismo cedió su puesto a otro nuevo de cuño más reciente: el de países del Norte y países del Sur, también llamados a veces países desarrollados y países marginados.

por otra parte, proporcionaban el sello de autenticidad a la Iglesia fundada por Jesucristo: no en vano es la caridad la ley suprema por la que se rige.

El problema, sin embargo, se plantea con más amplitud en otro ámbito. Y con más sutileza y gravedad de lo que podría parecer a primera vista.

Si hubiera que trazar un esquema de la actual catequesis oficial, a modo de resumen del temario de las exhortaciones pastorales que suelen escucharse y leerse, se podría redactar de la siguiente manera poco más o menos: oprimidos y marginados del tercer mundo, el consumismo, la paz,⁴³ los nacionalismos y las xenofobias, el paro y los derechos del trabajador,⁴⁴ la ecología, los derechos de la mujer y el problema del machismo, el reconocimiento de los derechos de las minorías,⁴⁵ la solidaridad,⁴⁶ la tolerancia, la democracia y los derechos humanos.⁴⁷

En la medida en que estos temas son capaces de suscitar graves preocupaciones a la humanidad actual, como así sucede en efecto, no cabe duda de que merecen cuidadosa atención. El problema lo plantea más bien otra cuestión, a saber: la oportunidad, o la no oportunidad, de que muchos hombres de Iglesia los hayan hecho objeto, durante los últimos años, de una Pastoral preferente y casi exclusiva.

⁴³ Aunque sólo como mera ausencia de guerra, que es el único sentido en el que el mundo la entiende.

⁴⁴ Ya se ha dicho más arriba que, desde el fracaso del marxismo y de la Teología de la Liberación, la terminología moderna tiende a olvidar el término obrero.

⁴⁵ Aquí hay que incluir a los homosexuales, enfermos del sida, drogadictos, etc.

⁴⁶ Concepto sociológico que ha sustituido al teológico de caridad.

⁴⁷ Los reconocidos como tales en las Cartas Fundamentales y Declaraciones de Derechos, tanto nacionales como de Organismos internacionales.

Las respuestas pueden ser muchas y variadas, incluyendo la de aquellos que ni siquiera admitan la existencia del problema. Pero los hechos son demasiado evidentes como para rechazarlos sin más,⁴⁸ aunque aquí no se va a entablar una discusión sobre los mismos. En vez de eso bastará de momento con formular una nueva pregunta: Admitida la indiscutible e irrenunciable misión de la Iglesia, ¿por dónde anda en todo esto la proclamación de la Alegría...? Si la Alegría es el fruto más inmediato del Amor, ¿cabe deducir que su desaparición del horizonte de la Pastoral significa también el olvido de temas, por otra parte tan fundamentales y decisivos, cuales son el del Amor de Dios y el del amor divino-humano?

Es difícil disipar la sospecha de que, en el fondo de todas estas actitudes, se esconde aquel *arrodillamiento ante el mundo* del que hablaba el olvidado Maritain. ¿Acaso se tuvo miedo de que el mundo considerara a la Iglesia como algo desfasado...? ¿De que fuera calificada por la juventud, o tal vez por la intelectualidad, como Institución *old-fashioned*? Por otra parte existen indicios que hacen suponer que, tanto el éxito y la expansión del marxismo —los cuales tuvieron lugar hasta bien transcurrida la mitad del siglo XX—, como la consiguiente efervescencia de las ideas sociales producida en el mundo occidental, fueron los causantes de importantes reacciones que se produjeron en el seno de la intelectualidad católica. Una de ellas fue sin duda la del temor a que la Iglesia fuera tachada de indiferente ante el problema de los *oprimidos*.

Es sorprendente que la vieja acusación de la alineación junto a los ricos del mundo, tan aireada por el marxismo, causara tanto pánico entre los pensadores católicos. El famoso *sambenito*, que pese a to-

⁴⁸Un ejemplo típico es el del aborto. Cuando alguna vez es denunciado, por lo general con timidez, suele hacerse como delito tipificado como *atentado contra el derecho a la vida*; y nunca como grave pecado al que la Iglesia ha castigado siempre con la excomunión.

do no carecía de un cierto fondo de verdad, estaba sin embargo tan impregnado de tufo a calumnia hortera que podía haber sido percibido, aun desde lejos, por cualquiera. Es probable que un sincero examen de conciencia y un moderado cambio de rumbo, practicados a tiempo y sin nerviosismos, hubieran bastado para disiparlo.

Existieron también otras acusaciones que, a pesar de ser todavía más ridículas, no por eso dejaron de producir otras reacciones apresuradas y de importancia todavía por evaluar. Una de ellas tiene que ver con la famosa *alienación* del cristiano con respecto al mundo, inventada al parecer por Feuerbach y recogida después por el marxismo. No sería extraño que ciertos documentos como la Constitución conciliar *Gaudium et Spes* y la Carta Encíclica *Populorum Progressio*, por otra parte tan admirables, debieran en parte su aparición al pánico que afectó a algunos sectores de la Jerarquía y de la intelectualidad católicas.

Todo el mundo sabe que las ideas tienen su propio ciclo vital: nacidas en un lugar determinado, y una vez alcanzada su madurez, suelen extenderse luego rápidamente. Su desaparición en cambio suele ser más lenta e ir acompañada de secuelas que, además de perdurar durante mucho tiempo, no son siempre fácilmente perceptibles. Como ejemplo de esto último está el hecho de que, a pesar del hundimiento del marxismo y del fracaso de la Teología de la Liberación, una buena dosis de tal ideología influye todavía en amplios círculos del pensamiento católico.

Es evidente que no se puede atribuir al texto de Lc 4: 18-19 un sentido de liberación marxista.⁴⁹ Admitir lo contrario sería reducir a la nada la Buena Nueva de la salvación. En realidad la liberación marxista no es liberación de ninguna clase: ni sobrenatural ni

⁴⁹El texto es una cita expresa de Isaías 61: 1-2 interpretada auténticamente por Jesucristo.

natural, como ha quedado claro por unos hechos tan patentes que la Historia no podrá nunca negar. Es asombroso que las teologías de la liberación —y, en general, todos los sectores del pensamiento católico impregnados de marxismo— no fueran capaces de verlo así y de deducir las consecuencias.

Las raíces del problema son sin embargo más profundas y más difíciles de investigar.

Según las palabras expresas del Señor, Él había venido *para evangelizar a los pobres*. Lo cual no puede ser entendido en otro sentido que el de proporcionarles la Buena Nueva de la Salvación, y no en el de llevar a cabo con ellos una obra de promoción social. Que los pobres siempre estarán ahí es una afirmación rotunda del Señor (Mt 26:11) que desmiente, tanto los sueños de las teologías liberacionistas, como los de aquellos que piensan que el progreso hacia un mundo mejor es un hecho incontestable.

El Evangelio es un Mensaje de salvación de contenido sobrenatural. Y sin embargo, precisamente porque afianza sus raíces en el mundo real en el que viven los hombres, no es extraño que posea como una de sus características más sobresalientes la del *verismo*. Al contrario de lo que sucede con las doctrinas gnósticas —de donde proceden en último término el marxismo y las ideologías que beben en él—, que no han pasado nunca de ser meras *ensoñaciones*.

El *realismo* del Mensaje evangélico es justamente uno de los elementos que impulsan al cristiano, animado por la virtud teologal de la esperanza, a trabajar sin descanso por un mundo mejor del que se siente ciudadano de pleno derecho. Sin olvidar tampoco que la virtud de la esperanza no excluye la fe —que es también una virtud teologal—, puesto que ambas tienen el mismo objeto y están destinadas a hacer juntas el mismo camino. Un objeto y un camino que no apuntan precisamente a este mundo como término *final* de

su andadura (1 Cor 15:19). El cristiano se siente animado por una esperanza que, pese a todo, no le permite arraigar definitivamente en esta tierra; puesto que sabe muy bien por la fe que *no tenemos aquí ciudad permanente, sino que más bien buscamos la futura.*⁵⁰ Por lo demás, la suposición de que Jesucristo vino para desarraigar la condición de pobre es simplemente absurda; como se comprende en seguida cuando se tiene en cuenta el hecho fundamental de que, tanto los pobres como la pobreza, forman parte de la esencia constitutiva del cristianismo. Y de tal manera es esto así que se puede afirmar, con la mayor seguridad del mundo, que *sin los pobres y sin la pobreza sería imposible entender el Mensaje evangélico, y más concretamente el de las bienaventuranzas.*

Un punto básico que ha escapado sin embargo a la perspicacia de los redentores *para este mundo* y, en general, a la de todos aquellos —muchos Pastores incluidos— que se empeñan en conseguir un *welfare* terrenal: bien sea como medio para acelerar la venida de un Reino transcendente, o bien sea —caso el más frecuente— para hacerlo realidad en un Paraíso terreno y que es el único que cabe esperar.

Las utopías de Platón y de Tomás Moro, al contrario de lo que pudiera pensarse, gozan de mayor fundamento que las propugnadas por Marx o sus seguidores que suspiran por paraísos terrenos. Puesto que aquellas delinean normas de conducta al fin y al cabo *extrañas* a la naturaleza humana, aunque sin otra existencia que la puramente imaginaria, responden con toda propiedad al nombre de utopías. Mientras que las utopías de tipo marxiano, a pesar de que intentan establecer normas de conducta *contrarias* a la naturaleza humana, pueden llegar a ser realidad cuando son impuestas por la fuerza; y de ahí que no les corresponda tan propiamente el nombre de utopías.

⁵⁰Heb 13:14.

Sin embargo es mayor la prestancia de las primeras, como se comprende fácilmente cuando se parangona a unas y a otras con el pecado.

El cual, lejos de ser un mero sinónimo de una pura nada que, por lo demás, no gozaría ni de existencia ni de realidad alguna, significa más bien *la negación consciente, voluntaria y maliciosa del ser*. Pues lo que el pecado desea en el fondo es que *el ser no sea*; que es, ni más ni menos, lo que explica que enfoque su odio hacia la realidad del Ser infinito que es al mismo tiempo el infinito Amor. Y de ahí el *mysterium iniquitatis* del que hablaba Scheeben, parafraseando seguramente 2 Te 2:7. Ahora bien; y puesto que lo negativo y lo antinatural es distinto de la nada y se encuentra en un estadio inferior a ella —más bajo en el orden de naturaleza o del ser, aunque poseyendo la misteriosa entidad propia del mal⁵¹—, de igual modo puede explicarse que las utopías terrestres de tipo marxiano lleven consigo una carga de peligrosa maldad de la que carecen las imaginarias. Mientras que unas ubican su reducto en el ámbito de lo puramente literario, las otras en cambio son capaces de lograr para sí mismas una existencia aberrante, bien que mediante la acción de la fuerza y el poder del Mal.

En el fondo de las utopías de índole marxista yacen dos cosas: la resistencia de la naturaleza humana a admitir su dependencia, con respecto a un Ser trascendente, y la negativa a reconocer su condición actual de naturaleza caída y restaurada por la gracia. Traducido esto en último término, tanto en la negación del pecado original como de la necesidad de una Redención venida de lo alto, se explican los desesperados esfuerzos por construir Paraísos terrenos que disipen la necesidad de pensar en los celestiales.

⁵¹Puede consultarse la magnífica, y ya clásica obra, de Charles Journet, *El Mal*.

La refutación de las ideologías marxistas, además de no ser una tarea que corresponda a este lugar, supondría por otra parte un esfuerzo inútil. Dentro del ámbito eclesial, por ejemplo, junto al hecho de que todos se apresurarían a proclamarse inocentes, está la certidumbre de que también aprovecharían la ocasión para lanzar acusaciones contra los sembradores de sospechas: partidarios de un cristianismo desencarnado y anclados en épocas ya periclitadas; ignorantes de los avances de la teología; indiferentes ante los sufrimientos de los oprimidos; carentes de solidaridad humana; desconocedores de los problemas actuales y de los signos de los tiempos... , y un largo etcétera.⁵²

Sin embargo la principal misión de la Iglesia, por no decir la única, es la de anunciar la gozosa realidad de la Buena Nueva. Un anuncio que carece por completo de miras puramente terrenas; y cuyo objeto principal es el de hacer posible, e incluso acelerar, la llegada del Reino que viene de lo alto: *Porque el Reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, y paz, y gozo en el Espíritu Santo.*⁵³

⁵²Cuando la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe publicó su Instrucción sobre las teologías liberacionistas, el 6 de Agosto de 1984, tuvo cuidado de advertir que sólo trataba de puntualizar las desviaciones de *algunas* teologías de la liberación. Con lo que daba paso a la distinción entre las buenas y las malas teologías de este tipo. Y tal como era de esperar, todos los fautores de teologías liberacionistas se apresuraron a reivindicar el calificativo de buenas para las suyas y a relegar el de malas *para las otras*.

Es necesario reconocer, una vez más, lo admirable de la naturaleza humana y la constancia de las normas por las que se rige. Después de todo lo cual, debido seguramente a que, por desgracia, la Sagrada Congregación no terminó de especificar con bastante amplitud cuáles de tales teologías eran las buenas —tal vez por la grave e ingente dificultad que hubiera supuesto la tarea—, el pueblo llano se quedó sin los suficientes instrumentos para reconocer con seguridad las malas.

⁵³Ro 14:17.

Pero si se admite que a la Iglesia le corresponde la preocupación por la sociedad del bienestar, o del *welfare* (justicia social, derechos humanos,⁵⁴ etc.), cabe todavía preguntar si esa tarea es uno de los fines primarios de su misión evangelizadora. Pues es un hecho que la posibilidad de convertir en objeto de preocupación, y hasta de intensa dedicación, tareas que no son específicamente pastorales, no es tan lejana como podría parecer; con el consiguiente peligro de dejar relegada a un segundo plano, o tal vez sumida en el olvido, la propia misión evangelizadora.

El peligro de que sea falsificado, o al menos desvirtuado, el Mensaje de Salvación acecha en dos frentes simultáneos que en realidad son uno solo. Como si fueran las dos caras de una misma moneda, por decirlo así: por un lado está la posibilidad de que la Revelación quede privada de contenido sobrenatural; por otro existe la amenaza de que se convierta en algo desnaturalizado. Esto último se refiere más concretamente a la posibilidad de que el Mensaje evangélico sea escamoteado, con el único fin de sustituirlo por un mensaje de salvación, elaborado por el hombre, sin alcance alguno de transcendencia. Si la primera asechanza intenta privar a la Revelación de su alcance sobrenatural, la segunda se propone como objetivo transformar el contenido del Evangelio en otra cosa distinta.

Lo que está aquí en juego es la posibilidad de que un Mensaje transcendente de Salvación sea convertido en simple mensaje de salvación humana, a saber: un mensaje de salvación del hombre por el hombre. Es innegable que existe el peligro de que el Evangelio pueda quedar privado, paulatina y casi insensiblemente, de lo que es espe-

⁵⁴Los derechos humanos son incluidos aquí como parte del bagage de la sociedad del bienestar porque nunca, o casi nunca, suelen ser considerados como pertenecientes a la naturaleza humana —en cuanto fundamentada en la ley natural y en último término en la ley eterna o divina—, sino que más bien suelen ser catalogados simplemente como *derechos del hombre*.

cificamente suyo y lo constituye como tal: de sus vértices y aristas y de aquellos puntos fuertes y punzantes que, justamente porque lo tachonan por completo, hacen de él algo más que una aventura apasionante. Un peligro de que sea despojado de sus inmensos aspectos de seducción, capaces de encandilar, y hasta de enloquecer de entusiasmo, a tantos corazones generosos que se han sentido impulsados, por causa de él, a lanzarse a la más maravillosa de las aventuras. O de que sea desposeído, quizá, de las ilimitadas posibilidades de Alegría y de felicidad que le son propias, en la medida misma en que contiene también en su seno las infinitas virtualidades de un Amor al mismo tiempo ofrecido y correspondido. Con respecto al Evangelio existe la horrenda posibilidad, pero que es bien real, de que la poesía sea sustituida por la más desleída e insulsa de las prosas; y de que la gozosa e ilusionada canción del entusiasmo sea escamoteada por el desencanto del aburrimiento y la murmuración del odio. En suma: de que la Alegría desaparezca para dar paso al ominoso y lúgubre fantasma de la tristeza.

Un Evangelio sin vértices ni aristas es un Mensaje que carece de fantasía. Algo sin proyección de futuro y desarraigado por completo del presente. Como un engendro gris y sin relieve, mixtura de racionalismo e idealismo, incapaz por definición de llegar a cualquier cosa que se encuentre más allá de las narices del hombre. Y sin embargo... , como decía San Agustín, el corazón del hombre ha sido hecho a la manera de un pozo insaciable con capacidad de infinito. De ahí que el Evangelio horizontalista, o a la medida de este mundo, es bien capaz de agostar cualquier sentimiento que, acerca de lo fascinante y maravilloso, pueda albergar el corazón del hombre. Como no puede comprender el Amor, no puede entender tampoco la extática locura del *eros* de la que hablaban los clásicos antiguos. Y, así como es ajeno al sentimiento del Amor, así también es igual-

mente incapaz de degustar el primero y más ardoroso de sus frutos, que no es otro que el de la Alegría. No es extraño, por lo tanto, que no sea capaz de suscitar otros sentimientos que no sean los del hastío, el aburrimiento, el desencanto, la frustración, la amargura y la desesperanza por parte de aquellos que ya no pueden esperar sino en las cosas de este mundo (1 Cor 15:19).⁵⁵ La tarea pastoral de proponerle al hombre moderno, como objetivo de su existencia, el cumplimiento de las Cartas Fundamentales o de las Declaraciones de Derechos humanos, está condenada de antemano al más rotundo de los fracasos y tal vez también al descrédito.

El Evangelio horizontalista es el evangelio del miedo, y de ahí que a veces produzca la impresión de ser una versión descafeinada del verdadero. Cree que no puede admitir ninguna cosa que parezca estar situada más allá del horizonte —siempre cercano, a la par que estrecho— capaz de ser percibido por la razón humana. Con lo que cae en el error de olvidar que el universo de la realidad abarca mucho más allá de unos límites tan diminutos; y no cae en la cuenta tampoco de que le han sido otorgadas a la razón humana virtualidades que, no solamente la sobrepasan, sino que la hacen suspirar y gemir profundamente por el infinito. Cualquier mente humana privada de fantasía es, a no dudarlo, una mente enana;⁵⁶ y si además carece de sueños con ilusiones de infinito, puede asegurarse entonces con certeza que está atrofiada para siempre y condenada a no conocer nunca la Alegría. La misión de *todo verdadero caballero*⁵⁷ es

⁵⁵¿Una existencia sin riesgo? El ser humano, a diferencia de las ostras, es incapaz de vivir sin el sentido de la aventura y sin la emoción de lo desafiante. El mejor sinónimo de la expresión Estado-providencia es el de Estado-aburrimiento.

⁵⁶Recuérdese la interesante tesis de la conocida novela de Michael Ende, *La historia interminable*.

⁵⁷Esta expresión, así como los versos cantables que siguen, forman parte de la letra del conocido musical de Broadway *Man of La Mancha*, según la publicación de *Random House*, Nueva York, 1966.

en realidad la misión de cualquier hombre; y con mayor razón la de todo cristiano:

*To dream the impossible dream,
to fight the unbeatable foe,
to bear with unbearable sorrow,
to run where the brave dare not go.*

*To right the unrightable wrong,
to love, pure and chaste, from afar,
to try, when your arms are too weary,
to reach the unreachable star.⁵⁸*

Soñar con el sueño imposible, o desear alcanzar la inaccesible estrella, son aspiraciones posibles y obligadas para cualquier verdadero discípulo de Jesucristo. Porque, así como el sueño imposible es capaz de hacerse realidad para el cristiano, lo mismo cabe decir de la posibilidad de recorrer el camino hacia la estrella inaccesible. ¿Adónde iría un hombre que no sueñe con lo imposible y que no suspire por el camino que conduce hacia el infinito? Dicho también con otras palabras: ¿Cómo puede saborear el maravilloso y gozoso sentido de la existencia quien no aspire a la santidad? *La única tristeza de este mundo es la de no ser santo.* Y todo ello gracias a Jesucristo. Porque, aunque parezca increíble, todas las consignas del Evangelio, para cualquiera que las lea con atención, no apuntan sino a eso: *Os he dicho estas cosas para que mi gozo esté en vosotros y vuestra alegría sea completa. . .*⁵⁹ *Pedid y recibiréis, para que vuestra alegría*

⁵⁸ Soñar el sueño imposible;/luchar con el enemigo invencible;/soportar el dolor insufrible;/correr allí donde el valiente no se atreve a ir./Deshacer la injusticia consumada;/amar pura y castamente, desde lejos;/continuar siempre, a pesar de que los brazos estén demasiado cansados,/para alcanzar la inaccesible estrella.

⁵⁹ Jn 15:11.

sea completa...⁶⁰ Y digo esto en el mundo para que tengan mi gozo completo en sí mismos.⁶¹

Pedid y recibiréis... para que vuestra alegría sea completa. Lo cual significa que se puede pedir cualquier cosa, por difícil y aun por imposible que parezca. Siempre más y más y sin restricción alguna. Y para que el hecho de haberlo conseguido *todo* vaya acompañado por el gozo perfecto o *total* —la Alegría completa—, el discípulo de Jesucristo ha de apuntar alto y aspirar a lo que de todo punto parece inaccesible: *Os aseguro que aquél que sin vacilar en su corazón, y creyendo en que se hará lo que dice, diga a este monte: "Quítate y échate al mar", le será concedido. Por eso os digo: Todo cuanto pidáis en la oración...⁶² No existe cantidad prefijada ni límite en cuanto a los sueños, desde el momento en que el objetivo último a esperar, y el anhelo final⁶³ a conseguir, es nada menos... que el Espíritu Santo: ¿Qué padre habrá entre vosotros que, si su hijo le pide un pez, le dé en su lugar una serpiente? O si le pide un huevo, ¿le dará acaso un escorpión? Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más el Padre del cielo dará el Espíritu Santo a quienes se lo pidan?⁶⁴*

⁶⁰Jn 16:24.

⁶¹Jn 17:13.

⁶²Mc 11: 23-24.

⁶³Hablar aquí de *final*, sea como limitación o sea como objetivo, supone la necesidad de depender, una vez más, de las limitaciones del lenguaje: ¿Cómo se puede hablar de final cuando el punto de llegada es nada menos que el Espíritu de Dios, o la infinitud de su Amor, ofrecido y entregado al hombre? Cuando se habla de eternidad, no es tan importante el concepto *sin término* como el de *continuo o constante principio*: la *tota simul et perfecta possessio* de Boecio. Porque Dios es el *alpha*, además de la *omega*, es por lo que hay en Él un eterno comenzar: *In principio erat Verbum...*

⁶⁴Lc 11: 11-13.

Aunque hay que poner aquí especial cuidado de no caer en un equívoco, ya que el discípulo no alcanza la perfecta Alegría por el mero hecho de ver logradas *todas* sus peticiones. Hasta el punto de que sería un gravísimo error pensar lo contrario. Pues, incluso aunque hubiera conseguido el universo, no por eso sentiría colmadas sus ansias de felicidad: sus anhelos están apuntando continuamente hacia la infinitud, mientras que el universo, por el contrario, es siempre limitado. ¿Entonces...?

Y la respuesta, como ya puede suponerse, no es demasiado difícil. Es incontestable que el verdadero discípulo ama sinceramente la creación, y no pone atención alguna al famoso *desprecio de las cosas* de tantas doctrinas de sabor maniqueo. De tal manera que las cosas, en efecto, le llenan y colman de alegría... *en cuanto que son un regalo del Amado; y porque además le hablan de Él, al ser hechura de sus manos.* ¿Cómo podría ser de otro modo? Pero en ese sentido y sólo en ese sentido, pues de no ser así poco o nada significarían para él:

*Quedéme, y olvidéme,
el rostro recliné sobre el Amado,
cesó todo, y dejéme,
dejando mi cuidado
entre las azucenas olvidado.⁶⁵*

También en este punto es el Bautista quien, al puntualizar y ordenar certeramente los datos del problema, acierta con la solución correcta. Es evidente que el gozo o la Alegría perfecta consisten para él en estar con el Esposo: *Esposo es quien tiene esposa. Pero el amigo del Esposo, el que está con Él y le oye, se alegra grandemente con la voz del Esposo. Por esto mi gozo es completo.⁶⁶* La esposa

⁶⁵San Juan de la Cruz, *Noche Oscura*.

⁶⁶Jn 3:29.

puede pedir al Amado, si así lo desea, la luna, el sol y las estrellas; y por supuesto conseguirlas de Él. Y, una vez alcanzadas sus peticiones, y viéndose rodeada de los regalos del Amado, sentir colmada su Alegría. Pero... , no tanto por las cosas en sí cuanto porque reflejan la belleza de Aquél de quien proceden; y, sobre todo, y he aquí lo importante, *porque, viniendo como vienen de las manos del Amado, significan para ella la respuesta afirmativa a su requerimiento amoroso*. O dicho de otra manera más clara y contundente: porque así es como queda bien patente —con el Sí a unas peticiones tan inimaginables como aparentemente disparatadas— que el Esposo le pertenece y es enteramente suyo. Sean bienvenidos, por lo tanto, los presentes que envía el Esposo para regalar a la esposa y anunciarle su llegada; y sean bienvenidos, ante todo, porque vienen de Él y porque Él así lo desea. Pero el mayor regalo que es capaz de recibir la esposa, o el único que en verdad desea y la colma con la perfecta Alegría, es la posesión completa del Esposo. Y es así, y no de otra manera, de este modo maravilloso y único, como las leyes del amor ponen de manifiesto lo realmente inefable y que podría parecer increíble: que cuando el amante —poniendo en práctica, por otra parte, las consignas y sugerencias del Amado— pide el sol, la luna y las estrellas, no se siente tan animado por el deseo de tales cosas cuanto por la ilusión de comprobar *que es suya la voluntad del Amado*. Es justamente por eso por lo que el Maestro revela a sus discípulos que la meta suprema de cosas a pedir es el Espíritu Santo. Lo cual se puede decir también aquí de otra manera, a saber: que aquello a lo que la esposa puede aspirar, y lo que ella desea poseer en definitiva, es nada menos... y nada más que al Esposo. Y ahí es donde está su Perfecta Alegría y en eso, y no en otra cosa, es en lo que consiste, a saber: en la posesión completa del Amado y en la respuesta amorosa que es a su vez recíproca entrega:

*Ven, amado mío, vámonos al campo;
haremos noche en las aldeas.
Madrugaremos para ir a las viñas,
veremos si brota ya la vid,
si se entreabren las flores,
si florecen los granados,
y allí te daré mis amores.⁶⁷*

.....

*Llévame tras de ti; corramos.
Introdúceme, rey, en tus cámaras,
y nos gozaremos y regocijaremos contigo...⁶⁸*

⁶⁷Ca 7: 12-13.

⁶⁸Ca 1:4.



CAPÍTULO III

DE LA ALEGRÍA PERDIDA A LA ALEGRÍA RECOBRADA

*In mundo pressuram habetis;
sed confidite: ego vici mundum*

Durante el discurso de despedida, el Señor advirtió por dos veces a sus discípulos que no tuvieran miedo: *No se turbe vuestro corazón, ni se acobarde.*¹ La necesidad y la urgencia de la recomendación, que andaba muy lejos de carecer de fundamento, quedan confirmadas a través de los constantes avisos del Maestro a lo largo del mismo Discurso de la Cena: *Si el mundo os odia, sabed que me ha odiado a*

¹Jn 14: 1.27. Por lo demás, las exhortaciones del Señor a los suyos para que desechen todo temor son frecuentes en el Evangelio: Cf Mt 10:31; 14:27; Mc 6:50; Lc 12:7; 12:32; 24:36; Jn 6:20.

*mí antes que a vosotros...*² *Acordaos de la palabra que os dije: "No es el siervo más que su señor". Si me persiguieron a mí, también os perseguirán a vosotros...*³ *Os expulsarán de las sinagogas. Más aún: Se acerca la hora en que cualquiera que os dé muerte pensará que hace así un servicio a Dios...*⁴ *En verdad os digo que lloraréis y os lamentaréis, aunque el mundo se gozará...*⁵ *En el mundo padeceréis tribulación...*⁶ *Mirad que os envío como ovejas en medio de lobos...*⁷ Veinte siglos de historia, repletos de persecuciones de todas clases, han demostrado con creces la verdad y la oportunidad de estas afirmaciones. Por lo que hace al presente, está bien a la vista la triste realidad de los hechos; a pesar de la abundancia de declaraciones y de estadísticas triunfalistas que pretenden, inútilmente por lo demás, hacer creer otra cosa. En cuanto a lo que se puede esperar para los tiempos que han de cerrar la Historia, las perspectivas son más tremendas todavía (Mt 24: 21-27; Lc 21: 10-11.25-26); hasta el punto de que todo parece indicar, según la revelación neotestamentaria, que los acontecimientos irán empeorando progresivamente a medida que se vaya acercando el momento de la catástrofe final.⁸ Es evidente que ni los hechos, ni menos aún las profecías, están por avalar los pretendidos progresos paralelos —o relacionados al menos por una cierta interdependencia— de la ciudad temporal y del Reino de Dios, por mucho que pese a los optimismos recalcitrantes. Aunque puede darse por seguro que un mundo que no está dispuesto a

²Jn 15:18.

³Jn 15:20.

⁴Jn 16:2.

⁵Jn 16:20.

⁶Jn 16:33.

⁷Mt 10:16. Cf Mt 10: 17-18; Mc 10:30; Lc 10:3; 1 Te 1:6; 2 Tim 3:12; 1 Pe 2:21.

⁸Cf Lc 18:8; 1 Te 5: 1-3; 2 Te 2: 3-12.

reconocer la existencia del Mal, y que se empeña, por eso mismo, en ignorar el sentido del pecado y la realidad de la culpa original, jamás admitirá nada de esto. Sin embargo los hechos están ahí; y las profecías son lo suficientemente claras, por desgracia, como para hacer muy difícil el escamoteo con que se pretende disimularlas.

Los optimismos triunfalistas no lo son mas que en apariencia; sobre todo si se tiene en cuenta que nada fundado en la falsedad puede ser esperanzador ni predecir con éxito un resultado feliz. Precisamente porque la mentira nada tiene que ver con lo real, las verdaderas alegrías no se fundamentan jamás en sueños de fantasía. El auténtico optimismo se nutre siempre de la verdad; y, en cuanto al que se refiere al futuro de la Historia, es normal que ahonde sus raíces en el suelo de una esperanza cristiana que a su vez, como todo el mundo sabe, se fundamenta en el misterio de la Cruz. Muchos optimismos triunfalistas no son otra cosa, en realidad, que un intento de manipular a las masas con fines inconfesados.

Hubo un tiempo en el que se daba por supuesto que el Concilio Vaticano II iba a abrir una Edad de Oro en la historia de la Iglesia. Edad de Oro que sería paralela y coincidente, según pensaban muchos, con la del Mundo Nuevo de los progresos de la técnica, de la implantación de las democracias y del reconocimiento universal de los derechos del hombre. Pero lo que surgió en realidad fue la nueva configuración social de la implantación del aborto, de la eutanasia, del amor libre, del acoso a la familia, de la pulverización de la enseñanza y consiguiente destrucción de la juventud, de la exacerbación de los nacionalismos y de las etnias, del desprecio sistemático de todo orden de valores, y de la floración de las injusticias en todos los ámbitos; en cuanto a la Iglesia, la aguda crisis que comenzó a atravesar después de la muerte de Pío XII perdura todavía en estos últimos años del siglo XX, sin que se vislumbre en modo alguno la

gloriosa época de esplendor que aseguraban las felices expectativas de antaño.

Sin embargo, y por extraño que parezca, los cristianos en general y los católicos en particular parecen haber sido embargados de un elevado sentimiento de optimismo, tanto con respecto al presente como por supuesto al futuro. Todos están de acuerdo en atestiguar el progreso de una humanidad que incluso camina, con paso bien seguro según ellos, hacia un definitivo futuro infaliblemente mejor... , pero que no acaba de confirmarse por los hechos ni resulta fácil de deducir de las enseñanzas del Nuevo Testamento.

Tan exagerado y alegre optimismo anda lejos de fundamentarse en la *obædientia veritatis* de la que hablaba San Pedro;⁹ puesto que tiene poco que ver con la serena observación de los hechos y el apasionado amor a la realidad. Menos todavía es el resultado de las recomendaciones del Señor a sus discípulos para que no sientan miedo: tales advertencias no tienen sentido para unos cristianos entusiasmados con un mundo en el que creen ciegamente, y del que esperan más que de su Señor. Más bien se trata de una actitud que, si bien podría ser calificada como ceguera voluntaria, está también perfectamente prevista en el Nuevo Testamento. El optimismo a ultranza de los nuevos cristianos con respecto al futuro del mundo, independientemente de que crean o no en la metahistoria —más bien hay que decir que no creen—, es una actitud de *ensoñación*, o tal vez mejor aún de *dormición*; en cuanto que es indudable que todo lo que suponga cerrar los ojos a la realidad, imitando así la filosofía del avestruz, puede acarrear graves e insospechados peligros.

⁹1 Pe 1:22. Podría traducirse perfectamente como *fidelidad a la verdad*, o tal vez como *amor a la verdad*: Cf Alfonso Gálvez, *El Amigo Inoportuno*, Shoreless Lake Press, New Jersey, 1995, pag. 57 y ss. Una de las más eficaces armas utilizadas aquí por el Sistema es la de tachar de pesimistas, derrotistas, nostálgicos e intolerantes, a los que tratan de buena fe de ver las cosas conforme a la verdad.

El Nuevo Testamento, en efecto, pone cuidado en advertir que no fueron las vírgenes necias las únicas que, ante la demora del Esposo, se quedaron dormidas, sino que también lo hicieron las prudentes (Mt 25:5).¹⁰ El aviso, sin embargo, no debería ser echado en saco roto; aunque, de todos modos, hay que reconocer que aquí existe algo más grave y que es causa, a su vez, de que las cosas vayan mucho más allá. Ya no se trata de una mera actitud de *descuido* o negligencia, ocasionada por la tardanza del Esposo (Mt 24:48; 25:5; Lc 12:45) y que sería tan explicable como el hecho de la debilidad de la naturaleza humana. Lo que ahora sucede es que, como también tiene previsto y anunciado el Nuevo Testamento, ya no se cree en la venida del Esposo: *Sabed ante todo que en los últimos días vendrán burladores llenos de engaño, guiados por sus propias pasiones, que dirán: "¿Dónde queda la promesa de su venida? Pues, desde que murieron los Padres, todo sigue como al principio de la creación".*¹¹ Como contrapunto a esta situación, conviene anotar que el Nuevo Testamento no considera que los primeros cristianos necesiten más precisiones acerca de los tiempos y los momentos, puesto que pueden conocerlos perfectamente: *En cuanto a los tiempos y al momento no necesitáis, hermanos, que os escriba. Pues sabéis perfectamente que el día del Señor vendrá como el ladrón en la noche. Cuando estén diciendo: "Paz y seguridad", entonces, de improviso, les sobrevendrá*

¹⁰Es realmente admirable lo desapercibidas que pasan a veces ciertas anotaciones de la Escritura.

¹¹2 Pe 3: 3-4. Por lo demás, es interesante observar la directa alusión del texto a la ironía. Pues la ironía, en efecto, junto con la burla y el ridículo, son armas que también utiliza hábilmente el Sistema para anular o silenciar a quien le conviene. Hay que reconocer con tristeza, sin embargo, que si bien las armas las pone siempre el Sistema, la munición para utilizarlas es aportada con frecuencia por los mismos cristianos: son muchas las declaraciones, discursos y ruedas de prensa, de personas y organismos eclesiales que dejan bastante que desear.

la ruina, como los dolores del parto a la que está encinta; y no escaparán.¹²

He aquí, por lo tanto, una actitud de somnolencia o descuido que ha desembocado en la desconfianza con respecto a la venida del Señor; e incluso en la incredulidad, según acaba de verse más arriba.¹³ Y además, según se ha dicho antes también, en un estado de euforia y optimismo exaltados que viene a identificarse, en definitiva, con la seguridad y el progreso infalibles que se atribuye a sí mismo un mundo que se ha liberado de Dios. Sin embargo, conviene repetirlo, *cuando estén diciendo: "Paz y seguridad", entonces, de improviso, les sobrevendrá la ruina; y no escaparán.*

Y aunque alguien podría pensar, a primera vista, que tal estado de exaltación y optimismo no es sino el resultado de la confianza basada en las promesas del Señor,¹⁴ no hay que profundizar demasiado para darse cuenta de que no cabe aceptar esa interpretación. Es por

¹²1 Te 5: 1-3. También aquí parece estar bien patente la actualidad del texto: los motivos principales de preocupación de los hombres de aquellos tiempos serán precisamente los de *la paz y la seguridad*. Lo cual, sin que ello signifique prejuzgar acerca del instante preciso *de los tiempos y del momento* —algo que el Padre no ha querido revelar (Mt 24:36)—, es otro más de los indicios que el Nuevo Testamento señala, y que de por sí habrían de ser suficientes para que los discípulos se mantuvieran en guardia. Sea como fuere, el momento final de la Historia llegará cuando los hombres se encuentren más desprevenidos y seguros de sí mismos: Cf Mt 24: 37-39; 24: 44.50; Lc 12:40; 2 Pe 3:10.

¹³El Nuevo Testamento se refiere alguna vez al sueño en su significado normal de descanso necesario y reparador (Mt 8:24). Aunque es mucho más frecuente que lo equipare sencillamente con la muerte (Mt 9:24; Mc 5:39; Lc 8:52; Jn 11:11; 1 Cor 15:20; Ef 5:14; 1 Te 4:13), o que le atribuya un sentido peyorativo sin más (Mt 13:25; 25:5; 26:40; 1 Te 5: 6-7). En el Antiguo Testamento es extremadamente curiosa la observación del *Cantar* de que el sueño no excluye en modo alguno la vigilancia amorosa, por lo que no puede servir nunca para justificar el descuido o la negligencia en este punto (Ca 5:2).

¹⁴Cf *supra*, pag. 207, con la nota 1.

demás evidente que aquí no hay otra cosa, por decirlo así, que el contubernio de muchos cristianos con un mundo que, a su vez, está demasiado convencido de que el progreso pasa por la liberación de la idea de Dios. En definitiva, la verdadera explicación del hecho puede parecer una paradoja; porque es lo cierto que tan desenfrenado optimismo, y tamaña asimilación de los criterios del mundo, no tienen otro origen que el miedo. Más todavía: No solamente no se fundamenta tal euforia en las palabras de aliento y de consolación del Señor, dirigidas a los suyos para que no teman y tengan confianza, sino que es simplemente la consecuencia de haberlas olvidado. Los modernos cristianos, después de haberse dejado dominar por el miedo, se han apresurado a acogerse a la seguridad de un mundo que no abriga dudas con respecto a su propio triunfo. Para resumir, y sin necesidad de hacer un repaso por la Historia siquiera sea breve, puede decirse que después de Kant, que pretendió haber demostrado que era imposible conocer a Dios por la *razón pura*, vinieron sus epígonos y demás seguidores idealistas: Hegel, Nietzsche, Marx, la Escuela de Frankfurt, y una larga serie de pensadores cuyas doctrinas han alcanzado su última culminación y concreción en la teología de Karl Rahner. El pánico de los cristianos fue aumentando, de modo progresivo, hasta un momento que puede ser fijado hacia los años sesenta o setenta del siglo XX, que es probablemente cuando alcanza su zenit. Aunque el terreno estaba ya bastante preparado, antes del marxismo. Pensadores medio locos, como Nietzsche, u otros posteriores bastante descreídos como Gide —por citar algún ejemplo— ya habían dado por buena, como cosa bien probada, la idea de la *muerte de Dios*. Una alucinante especulación que, aunque parezca increíble, penetró en la *teología* y dio lugar, en el enloquecido mundo del siglo XX, a la aparición de las teologías *secularizadas y sin Dios*; como las de Vahanian, John A. T. Robinson, Harvey Cox y

Altizer.¹⁵ A las que se podrían unir otras como la *teología de la esperanza* de Moltmann, que muy poco o nada tiene que ver con la teología y menos aún, si cabe, con la esperanza cristiana. Si bien es preciso reconocer que, de todos modos, fue el marxismo el principal detonador y causante del estado generalizado de temor.¹⁶

La verdad de esta última afirmación queda probada por dos hechos tan importantes como significativos: el pacto de Kruschef y

¹⁵Dado que la bibliografía sobre las teologías de la *muerte de Dios* es tan extensa, puede consultarse, para una visión rápida sobre el tema, Aldama y varios autores, *Los Movimientos Teológicos Secularizantes*, BAC, Madrid, 1973, pag. 53 y ss.

¹⁶Últimamente, con la caída del Muro de Berlín y la fulminante *desaparición* del comunismo en los países del Este, el mundo ha entrado en un período de calma y tranquilidad con respecto al marxismo. Si a eso se añade, ya dentro de la Iglesia católica, el estrepitoso fracaso de la Teología de la Liberación, se explica —aunque sólo hasta cierto punto— el suspiro de alivio de tantos y tantos que piensan que las doctrinas de Marx pertenecen ya a la Historia.

Sin embargo hay razones para pensar que tal bajada de la guardia puede resultar peligrosa. Ateniéndose a lo que sucede en el campo del catolicismo, es evidente que el marxismo ha estado en él demasiado infiltrado, y por tan largo tiempo, como para suponer ahora que haya podido desaparecer por completo de la noche a la mañana; y aparte de que sus derivaciones prácticas y secuelas han estado demasiado arraigadas, basta mirar con ojos desapasionados para comprobar que siguen influenciando con su presencia multitud de campos del pensamiento y de la praxis pastoral. En cuanto al mundo y al cristianismo en general, la sospechosa actitud de injustificado alivio no ha servido en modo alguno para emprender una sincera búsqueda de la verdad; sino para adoptar la creencia de que el peligro ha desaparecido definitivamente —una actitud que favorece cumplidamente al enemigo— y lanzarse a los brazos del mundo con entusiasmo desbordante.

El enfriamiento de la caridad, y el olvido de las palabras del Señor, desembocaron en sentimientos que, si bien fueron de temor al principio, se trocaron luego en confianza hacia unos Poderes del mundo a los que se consideraba vencedores. Así fue como los cristianos adoptaron un aire de exaltado optimismo y de peligrosa tranquilidad; aunque con bases bien poco realistas al parecer y de resultados impredecibles.

Juan XXIII de 1962, por el que este último se comprometía a que el comunismo no fuera condenado en el Concilio Vaticano II;¹⁷ y la tolerancia llevada a cabo durante tantos años con la Teología de la Liberación, a pesar de su raigambre y contenido puramente marxistas. Hoy no cabe la menor duda de que gran parte de la Jerarquía católica estaba convencida del triunfo definitivo del marxismo en el mundo. A todo lo cual habría que añadir, aunque como algo íntimamente relacionado, la psicosis producida entre los católicos por los avances de la técnica (no debe olvidarse que los primeros astronautas rusos, según testimonio propio, no vieron a Dios en su primer paseo en órbita por encima de la Tierra¹⁸), y que a su vez evoca extrañamente el texto de la Escritura: *Y corrió admirada la tierra entera tras la Bestia; y adoraron al Dragón, que dio tal poderío a la Bestia. Y se postraron ante la Bestia, diciendo: "¿Quién hay semejante a la Bestia, y quién puede luchar contra ella?"*¹⁹

¿A qué se debe, por lo tanto, en definitiva este casi inexplicable temor de los cristianos, que incluso los condujo al vergonzoso *arrodillamiento ante el mundo* del que hablaba Maritain? Como ya se ha dicho antes, al hecho indudable de haber olvidado las recomendaciones de su Señor: *Tened confianza; yo he vencido al mundo*. Y sin embargo no había razón alguna para tamaña desconfianza. El Señor había remachado bien sus palabras de aliento en el Discurso de la

¹⁷ Documentación sobre este tema puede consultarse en Ricardo de la Cierva, *Las Puertas del Infierno*, Fénix, Toledo, 1995, pag. 597 y ss. El pacto fue respetado en la etapa del Concilio que presidió Pablo VI.

¹⁸ Si alguna vez se escribe la Historia de las Tonterías, no cabe duda de que la frase de los astronautas rusos ocupará en ella uno de los lugares de honor. La Ignorancia olvida a veces que la única defensa que tiene contra el ridículo es el silencio.

¹⁹ Ap 13: 3-4.

Cena: *No os dejaré huérfanos; volveré a vosotros;*²⁰ y un poco más adelante había insistido de nuevo: *No se turbe vuestro corazón ni se acobarde. Habéis oído que os dije: Me voy y vuelvo a vosotros.*²¹ Pero es evidente que aquí también anda de por medio el misterio del corazón humano, que se decide a veces por opciones tan libremente elegidas como difíciles de explicar. Pues el Maestro había apuntalado sus palabras de ánimo con suficientes razones, apoyadas a su vez con tan sublimes motivos, como para que sus discípulos nunca se dejaran dominar por el temor: *No os dejaré huérfanos; volveré a vosotros. Todavía un poco y el mundo ya no me verá; pero vosotros me veréis, porque yo vivo y vosotros viviréis también. Aquel día comprenderéis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros.*²² Si pues, según las palabras de Jesús dirigidas a los suyos, *el mundo ya no me verá, pero vosotros me veréis. . .*, corroboradas una vez más por lo que dice a continuación: *Quien me ame será amado por mi Padre; y yo le amaré y me manifestaré a él,*²³ ¿cómo es posible que los discípulos, a pesar de la promesa de que no les faltará nunca la presencia de su Señor, hayan sentido tanto temor como para unirse al carro de un mundo al que consideran definitivo vencedor?

La verdadera y perfecta Alegría, como decía Chesterton, fue siempre patrimonio del cristiano y su secreto gigantesco. Los primeros cristianos andaban lejos de pensar que la Esperanza no fuera otra cosa que la actitud resignada del que aguarda tiempos y circunstancias mejores. Consideraban que estaba enteramente vinculada a la Caridad —cosa normal en las virtudes teologales, que suelen ir unidas—, y por eso les suponía una fuente de gozo intenso incapaz

²⁰Jn 14:18.

²¹Jn 14: 27-28.

²²Jn 14: 18-20.

²³Jn 14:21.

de decepcionar (Ro 5:5).²⁴ Tal confianza se fundamentaba a su vez para ellos en el convencimiento absoluto de la llegada del Esposo,²⁵ la cual ocurriría a una hora u otra, e incluso en el instante más imprevisto, pero sin que nadie abrigara la menor duda acerca de que tendría lugar.

Desgraciadamente la actitud de los cristianos ha cambiado bastante a lo largo de los tiempos, y más particularmente en los últimos. Decía Bernanos que *lo contrario de un pueblo cristiano es un pueblo triste; un pueblo de viejos*.²⁶ Completamente cierto. Pero ¿qué pensar entonces cuando lo que está a la vista es un pueblo triste de cristianos? Si los cristianos no pudieran ya hacer patente en ellos la Alegría, como uno de sus más peculiares distintivos,²⁷ ¿podrían seguir atribuyéndose a sí mismos el título de seguidores o discípulos de Jesucristo?

El mundo de hoy no es precisamente un mundo feliz. Y lo más grave de todo es que los cristianos no se sienten ya *distanciados* con respecto al mundo,²⁸ dígase lo que se quiera; que es lo que explica que la Alegría no aparezca ya tampoco en sus vidas. Claro que siempre puede haber quien diga que se trata de afirmaciones pesimistas y exageradas. Pero la realidad es que todo sucede como si fuera la masa la que ha hecho fermentar —o tal vez perder su fermento— a

²⁴El verdadero amor nunca defrauda. La infidelidad no es sino la demostración de que en realidad no había existido previamente el amor (1 Jn 2:19).

²⁵Y aquí aparece también la Esperanza como vinculada a la virtud teologal de la Fe.

²⁶Bernanos, *Journal d'un Curé de Campagne*, cap. I.

²⁷Porque efectivamente lo es. El segundo probablemente, puesto que el primero es el amor (Jn 13:35); y el gozo es el resultado más directo e inmediato del amor (Ro 14:17; Ga 5:22; 1 Te 1:6).

²⁸Cf Jn 15:19; 17: 9.15-16. Aunque hoy no se quiera insistir en el tema, es evidente que, para Jesús, los cristianos están en el mundo, pero *no son* del mundo.

la levadura, y no al contrario.²⁹ Más antiguamente se hablaba de católicos *practicantes* y católicos *no practicantes*, por ejemplo. Una distinción que ha perdido su sentido y que ha sido sustituida, por lo tanto, por la más apropiada de católicos *creyentes* o *no creyentes*.³⁰ El mundo moderno admite sin recato la posibilidad de que se pueda ser católico de nota, y personaje encumbrado, pregonando a todos los vientos la licitud del divorcio, del aborto y de la eutanasia. Los partidos políticos con etiqueta —más o menos aireada— de católicos no borrarían nunca de su programa tales manifestos, y las buenas gentes *de derechas* los votan sin ruborizarse. ¿Y qué otra cosa puede hacerse?, se dice. Con lo que todo el mundo considera tranquilizada su conciencia y se puede pasar ya a otra cosa.

El cristianismo triste de finales del siglo XX —o el triste cristianismo, si es que se quiere utilizar una expresión más eufemística— es también la consecuencia de haber malgastado muchas y preciosas energías.³¹ Los disparos no siempre han ido bien dirigidos, y de ahí que se haya fallado el blanco con demasiada frecuencia. *Humanum est errare*, por supuesto; pero en cambio es divino reconocerlo.

Se suele contar del Papa Pío XI que lloraba con amargura *porque* —eran sus palabras— *hemos perdido la clase obrera*. Una lamentable realidad que, sin duda alguna, justificaba con creces las lágrimas del Pontífice. Aunque tampoco hay que descartar la posibilidad de

²⁹Cf Mt 5:13; Mc 9:50; etc.

³⁰Si ya sería algo difícil de explicar lo que significa un cristiano o católico no practicante, resulta más espinoso todavía —prácticamente imposible— darle sentido a la expresión de *cristiano no creyente*: la cuadratura del círculo está a la vista. Pero es un hecho innegable, que incluso reconocen las mismas estadísticas oficialistas, y que está ahí: ¿cuántos católicos actuales, por ejemplo, creen todavía en la presencia real en la Eucaristía?

³¹Piénsese, por ejemplo, en cuántas se desperdiciaron, con la mejor voluntad del mundo, en el empeño —que hoy todo el mundo considera equivocado— en mantener los Estados Pontificios.

que la Iglesia hubiera perdido por entonces algo más que la clase obrera. Tal vez se había dado lugar a un cierto desplazamiento de acentos en los conceptos, por aquí o por allá; o se habían desenfocado ciertas cuestiones, hasta el punto de desembocar en el tratamiento desacertado de alguna de ellas. La Iglesia no llora solamente ante la pérdida de una *clase social*: puesto que cualquier miembro del Cuerpo Místico, por humilde que sea su condición, ha sido redimido con la sangre de Jesucristo y tiene para ella un valor infinito, la contabilización negativa de su pérdida se convierte por lo tanto en algo inconmensurable.³² El Buen Pastor no tiene reparo en dejar las noventa y nueve ovejas en el aprisco para ir en busca de la *única* oveja perdida.³³ Pero es indudable que cabe la posibilidad de que, bajo la influencia del marxismo, se haya tendido a exagerar en la Pastoral el concepto de *clase social*.

Es difícil admitir que la llamada *opción por los pobres* sea una expresión feliz. Pues al llevar a cabo la Iglesia su misión salvadora no se atiene meramente a los pobres, sino que extiende su manto protector a *todo el rebaño* de los hombres redimidos por Jesucristo. Mientras que la palabra *opción*, por el contrario, significa exactamente la elección de una cosa *dejando otras*; y sin que la adición del adjetivo *preferencial* cambie mucho el aspecto del problema. Puesto que preferencia significa también, como todo el mundo sabe, la de-

³²Y ya se sabe que, ante lo inconmensurable, por definición, no cuentan las magnitudes del más o del menos. El valor de una sola alma es infinito, en cuanto que ha sido redimida por la sangre del Señor.

³³La parábola de la oveja perdida (Mt 18: 12-14; Lc 15: 4-7) es un tremendo alegato contra un cierto colectivismo, más bien excesivo, que tiende a ignorar el valor de la persona en favor del conjunto. No hace falta decir que también aquí la doctrina marxiana —con su desprecio del individuo como persona, en beneficio de la clase social— ha influido no poco en la teología y en la pastoral católicas.

terminación por una cosa o individuo con postergación de los otros: lo cual no encaja demasiado bien con la Pastoral universalizante, y sin distinguos, de que hace gala el Nuevo Testamento (Mt 22:16; 1 Cor 9: 19-23).

La preferencia por los pobres, si bien tiene un perfecto sentido cristiano cuando se hace dentro del marco de una actitud amorosa, no se puede decir lo mismo *cuando es fruto de un sentimiento maniqueo*. Si alguien, animado por el amor, proclama con razón bienaventurados a los pobres, tal cosa no significa que tenga también que pregonar de antemano la condenación de los ricos, movido por el rencor. Si los ricos fueran efectivamente los malos y pecadores, habría que considerar que es a ellos a quienes ha venido a buscar Jesucristo de una manera más especial (Mt 9:13; Mc 2:17; Lc 5:32): y precisamente porque lo necesitarían más, al poder ser identificados con la oveja perdida del Evangelio. La verdad es que los ricos son rechazados como tales solamente después de haberse negado expresamente a escuchar la llamada evangélica que se les dirige; porque efectivamente se les dirige, con toda claridad y amor y en absoluta ausencia de complejos (Mt 19: 21-23; Mc 10: 21-23; Lc 18: 22-24).³⁴ Pero es que además todos los miembros del Cuerpo

³⁴Sin olvidar que los conceptos de rico y de pobre no coinciden necesariamente en el Evangelio con el hecho de tener o no tener dinero. Y que cabe la posibilidad, por lo tanto, de carecer de dinero y ser rico en el sentido evangélico. Cf Alfonso Gálvez, *El Amigo Inoportuno*, Shoreless Lake Press, New Jersey, 1995, pag. 107 y ss., donde se comenta la clara doctrina de Santo Tomás al respecto. Es curioso que los tres sinópticos, al hablar en su narración del llamado *joven rico del Evangelio*, coincidan en señalarlo como *persona principal* o como *hombre que tenía muchos bienes*; y es solamente después de su negativa cuando lo califican como *rico* en palabras del Señor mismo. Cf también el episodio aún más elocuente de Zaqueo; expresamente llamado rico desde el primer momento, y a quien sin embargo es dirigida claramente la invitación a abrazar el mensaje del Reino (Lc 19: 1-10).

Místico de Cristo son pobres de alguna manera (1 Cor 1: 26-29). Es a ellos a quienes se anuncia la Buena Nueva (Lc 4:18), y ellos son también los proclamados bienaventurados (Mt 5:3; Lc 6:20). Porque el Evangelio del que había venido para salvarlos *a todos* (1 Tim 2:4), no contempla todavía una connotación negativa para la pobreza. Pobres son todos los hombres, de una manera o de otra, y sin ellos no hay Iglesia: por eso existirán siempre (Mt 26:11). La traslación de significados, o en todo caso de matices, de la pobreza como virtud a la pobreza como situación miserable, es una de las grandes victorias doctrinales del marxismo. Toda la especulación de Marx es una derivación de la gnosis, y de ahí sus implicaciones maniqueas: la única pobreza que conoce es la situación de miseria, a la que han sido arrojados los buenos (la clase obrera) por los malos inmisericordes (la burguesía). El concepto de pobreza como virtud y como estado de perfección, mantenido siempre por la Iglesia, iba desapareciendo paulatinamente del horizonte.

Es sabido que el concepto de clase social es relativamente reciente. Aparece en el siglo XIX para ser pronto casi acaparado por el marxismo, que lo convierte en el eje de su sistema doctrinal al formular su teoría de la *lucha de clases*. Sin embargo, aparte de la importancia que de hecho tienen su alcance y su contenido sociológicos, el concepto de clase social carece de valor teológico de por sí. La existencia de las clases sociales como tales fue ya *reconocida* por León XIII, quien además no tuvo recato alguno en condenar, clara y tajantemente, la doctrina de la lucha de clases. Y en esa misma línea de reconocimiento han seguido después, como es lógico, infinidad de Documentos sociales eclesíásticos.

Lo que no es óbice para pensar que tal vez hubiera sido mejor utilizar el concepto como puro método de acción pastoral: lo mismo que existe también una pastoral de la juventud, de la ancianidad,

o de los enfermos. El reconocimiento de la existencia de un hecho social, por importante que sea en sí aunque moralmente neutro, no puede tener para la Iglesia sino un valor de constatación, a fin de adaptar a él la Pastoral. Otra cosa podría inducir a pensar, por lo que al caso presente se refiere, en la presencia de una cierta adhesión, más o menos oculta o inconsciente, a la doctrina de la lucha de clases. La excesiva insistencia en el *problema* de las clases sociales, incluso sin poner cuidado en purificarlo de algunos matices de crispación, podría ocasionar un peligroso acercamiento a la doctrina de la lucha de clases; con las consecuencias funestas que de ahí se pueden derivar, y que de hecho han llegado a cristalizar en algún momento en la Teología de la Liberación.

La universalidad del Nuevo Testamento queda situada bien por encima de la problemática de las clases sociales. Por otra parte, en cuanto a la estructura de la Iglesia (Pastores y simples fieles, diversificación carismática y funcional de los diferentes miembros del Cuerpo Místico), es de notar que nada tiene que ver con la división de la sociedad en clases. Es de todos conocido que, siendo las diferencias sociales en el siglo I mucho más grandes que las de ahora, fueron prácticamente desconocidas por el cristianismo: *Pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús. En efecto; cuantos habéis sido bautizados en Cristo, estáis revestidos de Cristo. No hay judío ni griego, no hay esclavo ni libre, no hay hombre ni mujer; ya que todos vosotros sois uno en Cristo Jesús. Y si sois de Cristo, sois, por lo tanto, descendencia de Abraham, y herederos según la promesa. . .*³⁵ *Que cada cual permanezca en el estado en que fue llamado. ¿Eras esclavo al ser llamado? No te preocupes. Y aunque puedas hacerte libre, aprovéchate más bien de tu condición. Pues el esclavo que es llamado en el Señor, es liberto del Señor; así también*

³⁵Ga 3: 26-29.

*el que es llamado siendo libre, es siervo de Cristo. ¡A precio habéis sido comprados! No os hagáis esclavos de los hombres. Hermanos: permanezca cada uno ante Dios en el estado que tenía cuando recibió la vocación. . .*³⁶

Una cierta inflación de Doctrina Social³⁷ podría conducir a la preterición, siquiera momentánea, de los temas más urgentes y graves a predicar. Precisamente de aquellos que componen la parte más esencial del Mensaje cristiano, y acerca de los cuales el rebaño de Cristo también habría de ser adoctrinado. Uno de ellos es precisamente el de la Alegría, cuyo olvido ha podido ser una de las causas del *folklore* litúrgico en el que algunos Grupos espirituales, con alardes y pretensiones de efusiones carismáticas, han dejado reducida la severa y magnificente liturgia católica. Es imposible admitir que la Alegría

³⁶1 Cor 7: 20-24. Habrá quien diga que estos textos, u otros que se podrían aducir, no tienen valor demostrativo por lo que hace a la problemática de las clases sociales. Dado que el concepto es de reciente aparición y ajeno por completo, por lo tanto, a las concepciones sociales del Nuevo Testamento. Sin embargo, aunque tal cosa se pudiera admitir —la Palabra de Dios es para todos los tiempos y lugares—, lo único que aquí se pretende decir es que la excesiva insistencia en esa idea —a la que se suelen añadir, además, ciertos matices polémicos en favor de unas clases o de otras— podría derivar a posiciones próximas al marxismo. Con unas consecuencias funestas que, por otra parte, ya habrían sido conjuradas *a priori* por el Mensaje cristiano. Lo cual sería, en definitiva, una regresión para la Pastoral católica.

Por lo demás, si se admite como cierto que la problemática de las clases sociales es desconocida por el Nuevo Testamento, eso es justamente *quod erat demonstrandum*. Y ya no quedaría sino derivar las consecuencias.

³⁷Maurice Rigoux decía que, durante los cuarenta años que siguieron a la publicación de la *Rerum Novarum*, se pudieron contar 1516 Documentos episcopales en todo el mundo sobre problemas sociales (M. Rigoux, *La Hiérarchie Catholique et le Problème Social*, París, Spes, 1931; citado por Ricardo de la Cierva, op. cit., pag. 217). Es posible que fueran más. Y de todas formas, desde el año 1931 hasta la fecha, la lluvia de Documentos al respecto se ha intensificado en número mucho mayor.

cristiana, junto con las verdaderas efusiones del Espíritu, puedan ser confundidas con el estrépito teatral y bullicioso de ciertas ceremonias hoy en boga. Que se haya llegado a esa extraña creencia podría ser una dolorosa permisión del Cielo; y hasta una prueba más, según denunciaba von Balthasar, de la aparente *kenosis* del Espíritu con la que justamente está siendo castigada la época presente.

La Alegría perfecta, o la Alegría completa, había sido prometida repetida e insistentemente por el Señor a sus discípulos en el Discurso de despedida: *Os he dicho estas cosas para que mi gozo esté en vosotros y para que vuestra alegría sea completa. . .*³⁸ *Hasta ahora no habéis pedido nada en mi nombre; pedid y recibiréis, para que vuestra alegría sea completa. . .*³⁹ *Pero ahora voy a ti, oh Padre, y digo esto en el mundo para que tengan en sí mismos mi gozo completo.*⁴⁰ El mismo Precursor —al fin y al cabo el santo de la Alegría— estaba muy lejos de ser ajeno al tema: *Es el Esposo quien tiene esposa; pero el amigo del Esposo, que está con él y le oye, se alegra mucho con la voz del Esposo. Por eso mi gozo es completo.*⁴¹ Y de ahí que no tenga nada de extraño que el Discípulo Amado se sintiera ansioso por compartir con los demás esta Alegría perfecta: *Os escribimos esto para que nuestra alegría sea completa.*⁴²

El tema de la Alegría, por lo tanto, no es un tema que pueda ser considerado marginal, y ni siquiera meramente importante, en el organigrama del Mensaje cristiano. En realidad es un tema fundamental, integrado de por sí en lo más medular del entramado de la existencia cristiana. Pero advirtiendo que no se trata aquí de una alegría cualquiera; sino de la Alegría, o de la *Alegría completa*.

³⁸ Jn 15:11.

³⁹ Jn 16:24.

⁴⁰ Jn 17:13.

⁴¹ Jn 3:29.

⁴² 1 Jn 1:4. Cf 2 Jn 12.

Bernanos lo había comprendido muy bien,⁴³ y por eso plantea en su obra una problemática sobre el tema que después, aparentemente al menos, incluso va mucho más allá de lo que él mismo se había propuesto.

Porque los héroes de Bernanos se enfrentan con el problema de la Alegría dentro de un clima de terrible crispación; aunque quizá sería más exacto decir que aparecen siempre ante ella como seres atormentados.⁴⁴ Sin duda porque el discutido escritor se siente preocupado por el terrible misterio del pecado y sus consecuencias: el Mal en el mundo y la Pasión de Cristo. De donde surgen dos temas al parecer incompatibles: la clara necesidad, por parte del discípulo, de compartir la Pasión de su Señor, y su no menos patente vocación de mostrar en su existencia la Alegría cristiana.⁴⁵ Bernanos aborda en profundidad el primero de ellos y lo presenta de un modo tan magistral como convincente. Hasta el punto de que pocos autores han sabido presentar como él la terrible tragedia del pecado y de su consecuencia más directa: la Pasión de Cristo. Por eso sus héroes, que andan muy lejos de aparecer como tales, pertenecen más bien, en perfecta consonancia con el Evangelio, al grupo de los pequeños (Mt 11:25), de los pobrecitos, y de los derrotados del mundo:

⁴³Quizá por eso Charles Moeller lo llama *el profeta de la Alegría*: Charles Moeller, *Littérature du XX^e Siècle et Christianisme*, II, Casterman, París, 1960.

⁴⁴*La Joie*, por ejemplo, como dice con razón Charles Moeller, es el libro más negro y tremendo de Bernanos. Aunque no mucho menos se podría decir de *Sous le Soleil de Satan*, del *Journal d'un Curé de Campagne* (la mejor de sus novelas quizá, en la que el autor utiliza la ficción de las páginas arrancadas y el transfondo de la peligrosa tentación de la desesperación) y, en general, del resto de sus obras.

⁴⁵A las teólogos de todos los tiempos les ha preocupado siempre el problema de conciliar, en los momentos culminantes de la Pasión, los sufrimientos (bien reales) del Salvador con la posesión, nunca perdida, de la visión beatífica por parte de su naturaleza humana.

participando en plenitud del misterio redentor del Cristo sufriente y desgarrado de Isaías (*Vermis sum et non homo*⁴⁶), tienen poco que ver con la dulce y serena luminosidad que parece desprenderse de las biografías de muchos santos: Blanca de la Force, o Sor Blanca de la Santa Agonía (el nombre es muy expresivo), la *heroína* de *Diálogos de Carmelitas*, tiene que ofrecer a Dios su debilidad y su miedo porque no tiene otra cosa; y es precisamente a través de ellos como alcanza su victoria final en el cadalso. El Cura rural susurra penosamente en su agonía sus últimas palabras, como un nuevo canto del cisne; o tal vez como un grito final victorioso que recuerda de alguna manera el *Consummatum est* de la Cruz: *Todo es gracia* es, según Charles Moeller, la frase más bella de toda la literatura del siglo XX. Pero la pronuncia después de una existencia a primera vista fracasada, al menos al modo humano, e incluso aparentemente también al modo divino, puesto que incluso muere en la suma pobreza de verse privado del consuelo de los últimos sacramentos.⁴⁷ El terrible final de Chantal de Clergerie, la santita de *La Joie*, no es sino la consecuencia de su decisión de entregarlo todo voluntariamente, sin excluir la que tenía que haber sido su propia muerte; un tremendo y horrible despojo (la verdadera pobreza cristiana es algo más serio de lo que suele creerse) que tiene la virtud, sin embargo, de devolverle la fe y el sentido de su existencia a un desgraciado sacerdote.

No cabe duda de que, para Bernanos, los auténticos cristianos son aquellos a quienes van dirigidas las Bienaventuranzas; y sobre todo los que han hecho suya la Pasión de Cristo, aunque ambas cosas, en definitiva, vengán a confundirse en lo mismo. Pero el problema,

⁴⁶Sal 22:7.

⁴⁷También en este punto acierta plenamente Bernanos: ¿Se trata quizá de una alusión a la pobreza y a la muerte cristiana —despojo total, participación de la terrible soledad de Cristo en su muerte—, expresadas inefablemente en las tremendas palabras pronunciadas en la Cruz: *Padre, ¿por qué me has abandonado?*

sin embargo, no está ahí. Porque ese planteamiento, por otra parte tan real, no es obstáculo para que la vida y el destino de sus héroes, trágicos y atormentados desde el principio al fin, den lugar a una de las paradojas más inextricables de la existencia cristiana. Y de ahí que la lectura de sus obras produzca una cierta desazón difícil de explicar.⁴⁸

El discípulo de Jesucristo, en efecto, ha sido llamado a ser copartícipe de un destino trágico —hasta el aplastamiento—, víctima en último término del Mal que existe en el mundo, y a fin de compartir así *lo que le falta* a la Pasión de su Maestro (Col 1:24). Por otra parte también, el cristiano ha recibido, como regalo de su Señor en la hora de su partida definitiva, el don de la Alegría; y además en plenitud y para siempre, puesto que se trata de una Alegría completa que nadie le podrá arrebatar, y tal como consta claramente en los términos mismos de la promesa en la que le fue notificado tal legado.⁴⁹ Y por eso, como ya se ha dicho más arriba, el cristiano es igualmente un testigo inconfundible de la Alegría. La cual es uno de los frutos más inmediatos del Espíritu Santo y la consecuencia directa e inmediata del Amor. De ahí que ella sea también una de las señales inequívocas —la primera y principal es sin duda el amor— por las que el discípulo es reconocido como tal. Resumiendo, por lo tanto, hay que mantener, como criterios de identificación, el sufrimiento y la victimación hasta consumarse en una muerte trágica, de una parte; y la Alegría completa e inmarcesible, de otra. Todo a la

⁴⁸Decía Charles Moeller que Bernanos tiene la virtud de entusiasmar a unos lectores e irritar a otros. Lo cual no es extraño si se tienen en cuenta las dificultades del problema que suscita su obra, y que probablemente incluso rebasan las intenciones de su autor. Los sentimientos distintos y encontrados que produce en unos y otros, y la intranquilidad que causa en todos, no dejan de tener una explicación.

⁴⁹Cf los textos escriturísticos citados *supra*.

vez y en un mismo destino: y quizá no sea posible una formulación más escueta, y al mismo tiempo más tremenda, de la paradoja —o de la aporía, si se quiere ser más preciso— de la existencia cristiana.

Para comprender bien el problema hay que insistir de nuevo en que la Alegría no parece ser un aspecto marginal, y ni aun meramente importante, del Mensaje cristiano. El Apóstol recuerda a sus fieles con insistencia que es un elemento indispensable en su existencia como cristianos: *Alegraos siempre en el Señor. Os lo repito: Alegraos;*⁵⁰ y que además ha de ser poseído previamente cuando se quiere emprender en serio el camino de la propia perfección: *Alegraos; perfeccionaos; consolaos mutuamente...*⁵¹ Bernanos, sin embargo, parece cargar las tintas en uno de los dos términos de la aporía —el del aplastamiento y victimación por el peso del Mal—, dejando al otro en la sombra en la misma inversa proporción. Y de ahí que resulte difícil evitar la sensación del destino trágico y *atormentado*, tal vez incluso crispado, del que son víctimas sus héroes. Hasta el punto de que tal sensación, de extrañeza y de incomodidad, podría ser la causa de la irritación de determinados lectores de las novelas de Bernanos. La cual a su vez sería explicable, sin embargo, mediante el procedimiento de tener en cuenta que la existencia de Jesucristo, si bien se culmina con un final trágico —la mayor de las tragedias que ha conocido la Historia de la humanidad—, no aparece nunca como existencia *atormentada*,⁵² ni menos aún como la víctima de un

⁵⁰ Flp 4:4.

⁵¹ 2 Cor 13:11. De manera que el sufrimiento, hasta consumarse en la tragedia que supone la muerte, es un elemento *inclusivo* de la existencia cristiana. Tanto como pueda serlo el de la Alegría. Y justamente lo contrario de lo que sucede con la tristeza (2 Cor 7:10), como muy bien supo ver Bernanos: *Lo contrario de un pueblo triste es un pueblo de cristianos.*

⁵² Es importante notar que el Señor aprovecha los momentos más difíciles, que son precisamente los que preceden a su Pasión, para hablar de su propia Alegría y para dejarla como legado a sus discípulos.

destino, sino como la del Cordero inocente que va al matadero en el cumplimiento fiel y voluntario de un designio amoroso.

La clave de la dificultad en conciliar los términos de una aporía, o los elementos aparentemente contradictorios de una realidad demasiado compleja, está en encontrar el *equilibrio* perfecto que explique lo que parece irreconciliable. Pero en la existencia de Jesucristo, y por lo tanto en la de sus discípulos, la tragedia del sufrimiento y de la muerte está ordenada siempre a la gloria de la Resurrección. San Pablo no concibe el bautismo de otra manera que como una participación en los sufrimientos y la muerte de Jesucristo... , a fin de participar así en la Alegría y el destino definitivo de su Resurrección. Y solamente desde esta perspectiva es como cobran sentido el sufrimiento y la muerte del hombre.⁵³

Sabido es que la Alegría cristiana es una realidad sublime que cuenta entre sus características la de que sólo puede ser alcanzada por vía indirecta. Además de resultar imposible de conseguir por quien se propone buscarla, ni siquiera es lícito pedirla o desearla *directamente*. Y por eso suele decirse, con razón, que la Alegría no es para quienes la buscan, sino para quienes la encuentran. Pero, una vez aclarado este importante punto, ha llegado el momento de reconocer que Jesucristo aconseja a sus discípulos que la procuren *indirectamente*. El precepto, a primera vista sencillo, es bastante complejo y profundo: *Pedid y recibiréis, para que vuestra alegría sea completa*.⁵⁴ Adviértase, sin embargo, que no se trata de pedir la alegría completa, como bien puede verse, sino sencillamente de pedir; para que así, mediante el procedimiento de pedir para luego recibir, se alcance tal alegría. Con lo que ya puede darse paso a

⁵³Los textos son muy abundantes. Cf, por ejemplo, Hech 5:41; Ro 5:15; 6: 1-11; 2 Cor 7:4; 8:2; Flp 1:21; 3:10; Heb 10:34; San 1:2; 1 Pe 4: 12-14.

⁵⁴Jn 16:24.

una serie de preguntas que parecen bastante interesantes: Una vez establecido, según las palabras mismas del Señor, que la Alegría es la consecuencia inmediata al hecho de recibir, ¿cuál es exactamente en este punto el objeto de la petición? O dicho de otra forma: ¿Qué es lo que el discípulo debe pedir? Siendo la Alegría, tal como se viene diciendo repetidamente, la consecuencia más inmediata del Amor, ¿cómo se entiende aquí el hecho de pedir, cuando el verdadero enamorado sólo piensa en dar o en entregar? No hay que olvidar que *beatius est magis dare quam accipere*,⁵⁵ según reza el precepto fundamental del Amor.

Sin embargo el precepto está ahí, claro y preciso: *Pedid y recibiréis, para que vuestra alegría sea completa*. Y, en cuanto a la respuesta al problema, la da una vez más y como siempre la misma Sagrada Escritura: La esposa del *Cantar* pide algo también, y muy significativo, que tal vez ella considera indispensable para conseguir el regocijo del gozo perfecto:

*Llévanos tras de ti, corramos.
Introdúcenos, rey, en tus cámaras,
y nos gozaremos y regocijaremos contigo,
y cantaremos tus amores,
más suaves que el vino.*⁵⁶

El texto, como puede verse, es suficiente de por sí para conducir a la clave de la aporía. Aunque la solución definitiva la da el mismo Señor cuando, hablando precisamente de la oración, dice a sus discípulos: *Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá. Porque todo el que pide recibe; y el que busca halla; y al que llama se*

⁵⁵Hech 20:35.

⁵⁶Ca 1:4.

le abre. Pues, ¿qué padre habrá entre vosotros que, si su hijo le pide un pez, en lugar de eso le dé una serpiente? O si le pide un huevo, ¿le dé un escorpión? Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más el Padre del cielo dará el Espíritu Santo a quienes se lo pidan?⁵⁷ De manera que, según eso, el objeto de la petición, o aquello que se trata de alcanzar, es precisamente el Espíritu Santo. O, si se quiere expresar de otra manera, el Amor de Dios. Lo que equivale a decir, sencillamente el Todo; y con el Todo que es el Amor, la Alegría perfecta. Exactamente lo mismo que desea la esposa del *Cantar*; puesto que ella no busca otra cosa que la intimidad de amor con el Esposo: *Introdúcenos, rey, en tus cámaras*, a fin de procurarse así la Alegría perfecta que anhela y que únicamente puede otorgarle el Amor: *Y nos gozaremos y regocijaremos contigo...* Con lo que todo queda claro: Se trata de pedir y desear el Amor, y no tanto la Alegría perfecta; pues ella ya vendrá por su propia cuenta, como el fruto más inmediato del Amor (Mt 6:33; Ga 5:22).

Es interesante advertir que bajo esta perspectiva, que además es la única correcta, las otras cosas distintas del Amor cobran un relieve secundario comparadas con él. Por supuesto que el discípulo puede desear y pedir *cosas buenas* (Lc 11:13); aunque, como fácilmente se desprende de la misma estructura de la narración evangélica, siempre se trata de algo que bien puede ser considerado al soslayo: el que posee el Amor, porque está con el Esposo, posee en Él todas las demás cosas. La dialéctica Dios o las cosas, presentada a modo de elección, no es sino una de las falsedades de las que se vale el demonio para engañar a los incautos. El verdadero planteamiento es el de Dios y las cosas o la Nada: *Por la Nada al Todo*, como decía San Juan

⁵⁷Lc 11: 9-13.

de la Cruz (Mt 10:39).⁵⁸ Pero entiéndase bien, sin embargo: No es en modo alguno que las cosas no tengan importancia; y nadie mejor que el discípulo enamorado reconoce su transcendencia, aunque sólo fuera porque a él le sirven como ofrenda para el Esposo, en prueba y afirmación de su amor.⁵⁹ Y todo lo que es objeto de donación de amor es importante *en la medida en que sirve, no solamente como prueba o manifestación del mismo amor, sino también como la única posibilidad de su realización*; en cuanto que sin entrega no hay amor. Por eso dice la esposa del *Cantar*:

*Ven, amado mío, vámonos al campo;
haremos noche en las aldeas.*

*Madrugaremos para ir a las viñas,
veremos si brota ya la vid,
si se entreabren las flores,
y allí te daré mis amores.*

*Ya dan su aroma las mandrágoras
y abunda en nuestras huertas
toda suerte de frutos exquisitos:
los nuevos, los añejos,
que guardo, amado mío, para ti.*⁶⁰

.....

*Mi viña la tengo ante mis ojos.
Para ti, Salomón, esos mil siclos...*⁶¹

⁵⁸Cf Mt 16:25; Mc 8:35; Lc 9:24.

⁵⁹La máxima importancia y dignidad de la persona humana surge del hecho de que es capaz de entregarse a sí misma, entera y voluntariamente, en ofrenda de amor.

⁶⁰Ca 7: 12-14.

⁶¹Ca 8:12.

El mundo no posee, con respecto a la Alegría cristiana, ni el más leve barrunto. Su incapacidad para conocerla es tanto de hecho como de derecho, según ponen de manifiesto las palabras terminantes de Jesucristo: *Yo rogaré al Padre y os enviaré otro Paráclito para que esté siempre con vosotros: el Espíritu de verdad, al que el mundo no puede recibir, porque no lo ve ni lo conoce.*⁶² De manera que, por lo que se refiere al Espíritu, el mundo ni lo ve ni lo conoce; o tal como se diría en el lenguaje corriente: no solamente no tiene noticia de Él por percepción visual o directa, pero ni siquiera *de oídas*. San Pablo por su parte no es menos categórico: *El hombre animal no capta las cosas del Espíritu de Dios; son para él locura. Y no las puede entender, porque sólo pueden ser juzgadas espiritualmente.*⁶³ Si se tiene en cuenta que el Amor es el fruto y el resultado de la presencia del Espíritu (Ro 5:5), es fácil llegar a la conclusión de que, según los textos, el mundo no tiene acceso alguno a la Alegría, en cuanto que ella no es otra cosa que el sentimiento que produce el Amor, como su consecuencia más directa (Ga 5:22).

La moderna Pastoral cristiana, demasiado preocupada por reconocer la inserción del cristiano en el mundo —y un tanto asustada también por las famosas acusaciones de *alienación* formuladas por los filósofos marxistas—, se ha mostrado reticente a la hora de poner de manifiesto la *tajante separación* que, tal como establecen los textos, existe entre el cristiano y el mundo.⁶⁴ No ha sabido encontrar el perfecto balance, o sereno equilibrio —por otra parte claramente expresado en el Discurso de Despedida—, entre el hecho de que los discípulos *están en el mundo*, y la realidad no menos cierta de

⁶²Jn 14: 16-17.

⁶³1 Cor 2:14.

⁶⁴Los textos son demasiado abundantes. Baste aludir, a modo de ejemplo, a Jn 15:19; 17: 14-16.

que *no son del mundo*. Las palabras del Señor son algo más que meramente magistrales: Los cristianos están en el mundo, pero no son del mundo. Según ellas no cabe duda de que, ante el significado fuerte del verbo *ser*, el del verbo *estar* adquiere en cambio un sentido meramente circunstancial; lo que obliga, en pura lógica, a poner el acento en el hecho de que los discípulos no pertenecen al mundo y más bien residen en él como de paso.⁶⁵ De hecho han sido muchos los que han confundido cosas, como la famosa reconciliación entre la Fe y la Ciencia —dos elementos que no necesitaban hacer las paces porque jamás han estado reñidos entre sí, salvo para algunos ingenuos y muchos maliciosos—, con la del cristiano y el mundo. Una buena parte de la Pastoral desarrollada a partir del Concilio Vaticano II pretendía cándidamente tal conciliación, sin vacilar siquiera en implorar al mundo y pedir perdón, hasta de manera vergonzante a veces. Con resultados nulos, como era de esperar, que no han hecho sino confirmar un estado de permanente enemistad ya anunciado por el Señor: *Mirad que os envío como ovejas en medio de lobos...*⁶⁶ *Si el mundo os odia, sabed que me ha odiado a mí antes que a vosotros...*⁶⁷ *En el mundo padeceréis tribulación; pero tened confianza: yo he vencido al mundo...*⁶⁸ Y si se han dado pasos, más bien han sido los de los cristianos, dejándose absorber por el mundo, que no al revés; tal como ya había profetizado Gramsci en sus instrucciones para infiltrar el marxismo en todos los órdenes de la sociedad.

La Alegría cristiana, o el gozo del Espíritu Santo, no pueden ser compartidos por el mundo: *La paz os dejo, mi paz os doy; no os*

⁶⁵Una doctrina que, a pesar de estar expresada claramente en los textos (Heb 13:14), suscita hoy en las teologías progresistas, no ya meramente remilgos o escrúpulos, sino el escándalo y el rechazo más categóricos.

⁶⁶Mt 10:16.

⁶⁷Jn 15:18.

⁶⁸Jn 16:33.

*la doy como la da el mundo...*⁶⁹ Por eso huye de él la esposa del *Cantar*, y por eso desea refugiarse con el Esposo en algún lugar escondido:

*Ven, amado mío, vámonos al campo;
haremos noche en las aldeas.
Madrugaremos para ir a las viñas,
veremos si brota ya la vid,
si se entreabren las flores,
si florecen los granados,
y allí te daré mis amores.*⁷⁰

El *todavía no* de las nupcias eternas encuentra aquí, durante el presente eón, el contrapunto de un *ya* de arras o de comienzo. Aunque lo mismo ocurre con la condenación: porque el *todavía no* de la eterna amargura, y de la angustia de la soledad definitiva y para siempre, posee también aquí y ahora el *ya* de la tristeza anticipada: *La única tristeza es la de no ser santos...* Mientras que el amor —conviene recordarlo una vez más— es cosa de intimidad que siempre sucede entre dos; y de ahí que los dos amantes solamente sean capaces de encontrar su gozo en el silencio escondido, o allí donde nadie más pueda aparecer y perturbar:

*Gocémonos, Amado,
y vámonos a ver en tu hermosura,
al monte y al collado
do mana el agua pura;
entremos más adentro en la espesura.*

⁶⁹Jn 14:27.

⁷⁰Ca 7: 12-13.

*Y luego a las subidas
cavernas de la piedra nos iremos,
que están bien escondidas,
y allí nos entraremos,
y el mosto de granadas gustaremos.*⁷¹

El mundo recibe ya ahora su propio castigo en el hecho mismo de haber rechazado el Amor. De ahí que haya sido juzgado y condenado a una tristeza infinita que ya ha comenzado para él. Dado que la condenación a la eterna soledad, que es a lo que conduce el repudio del otro *en cuanto otro*,⁷² comienza ya en este mundo: *Cuando venga el Paráclito, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio. De pecado, porque no creyeron en mí; de justicia, porque me voy al Padre y ya no me veréis; de juicio, porque el príncipe de este mundo ya está juzgado.*⁷³

Es efectivamente cierto que la Alegría cristiana se hace realidad según la dialéctica del *ya* y del *todavía no*. De modo que, al menos

⁷¹San Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual*.

⁷²He aquí la verdadera base ontológica del rechazo del amor, con la consiguiente ignorancia de la caridad. Y la ley fundamental del amor al prójimo tiene aquí su fundamento, a saber: en definitiva en el ser. Desconocer al otro en cuanto otro es una rebeldía contra el Ser mismo de Dios; quien, por ser Amor, es justamente por eso un Ser pluripersonal: Dos que se aman y el Amor que se profesan... El desconocimiento de la caridad es, en última instancia, una rebeldía contra el ser (con respecto al Amor sustancial, la caridad es una participación y un analogado; lo mismo que lo es el ser con respecto al Ser infinito). El mísero y vacío juego de palabras en que ha venido a parar el moderno cristianismo —falta de *solidaridad*, ausencia de *compromiso*, etc.— no es en realidad sino un ridículo sucedáneo que intenta, sin éxito, sustituir a los grandes conceptos cristianos, hoy olvidados y a menudo escamoteados.

⁷³Jn 16: 8–11. Para Jesús, que no entiende mucho de conciliaciones inconciliables, está bien claro quién es *el Príncipe de este mundo* —son sus palabras— y quién es, por lo tanto, el que lo gobierna.

en este sentido, se puede decir que el cristiano es un ser de sentimientos encontrados. Y así es como pueden aparecer en el discípulo las alegrías y los sufrimientos: unos después de otros o quizá a la vez. ¿Acaso de manera alternada, o más bien de forma simultánea...?

Por otra parte, que existe realmente esta dialéctica es un hecho que no ofrece duda: *Por haberos dicho estas cosas se ha llenado de tristeza vuestro corazón. Pero os digo la verdad: os conviene que yo me vaya; pues si no me voy el Paráclito no vendrá a vosotros...⁷⁴ Os aseguro que lloraréis y os lamentaréis, mientras que el mundo se alegrará. Vosotros os entristeceréis; pero vuestra tristeza se convertirá en alegría...⁷⁵ Gozaos con los que se gozan; llorad con los que lloran...⁷⁶ Por citar sólo algunos textos, aunque probablemente son las Bienaventuranzas las que mejor reflejan esta problemática.⁷⁷ La circunstancia de vivir en el *ya* es lo que hace posible para el cristiano la Alegría; y el hecho, no menos cierto, de que su existencia transcurre ahora bajo la carencia o miseria implacable del *todavía no*, es lo que lo hace capaz del sufrimiento. En definitiva todo se explica mejor si se tiene en cuenta que aún no ha recibido el Espíritu sino en forma de arras o primicias (Ro 8:23): *Porque si esperamos lo que no**

⁷⁴Jn 16: 6-7. Y Paráclito, no se olvide, significa Consolador.

⁷⁵Jn 16:20.

⁷⁶Ro 12:15.

⁷⁷En el primer verso, o en la primera parte del hemistiquio si se quiere. La expresión Bienaventurados se refiere siempre al *ya*; mientras que la alusión a los pobres, o a los que lloran, o a los que son perseguidos, etc., se refiere siempre al *todavía no*. El segundo verso en cambio, o la segunda parte del hemistiquio, se refiere siempre al eón definitivo o Reino de los Cielos. Es evidente que si los discípulos son capaces ahora de ser pobres, o de llorar, o de ser objeto de persecución, es únicamente porque viven en el *todavía no*: lo cual significa, como ya se ha dicho, que se trata de un Amor recibido hasta ahora sólo en arras o primicias.

*vemos, con paciencia lo anhelamos,*⁷⁸ decía también el Apóstol. O tal vez él quiso decir mejor con impaciencia, como parece más bien sugerir el vocablo *anhelar* que utiliza aquí.

La dialéctica del *ya* y del *todavía no*, tal como era de esperar, está presente en todo el poema del *Cantar de los Cantares*; lo mismo que en el transfondo del *Discurso de Despedida* y en realidad en toda la Biblia. Hasta el punto de que los textos inspirados no tendrían sentido alguno sin ella:

*Llévanos tras de ti, corramos.
Introducénos, rey, en tus cámaras.*⁷⁹

Y de igual manera el Esposo, que también va buscando ansiosamente a la esposa... porque no es suya plenamente todavía:

*Ven, paloma mía,
que anidas en las hendiduras de las rocas,
en las grietas de las peñas escarpadas.
Dame a ver tu rostro,
dame a oír tu voz,
que tu voz es suave,
y es amable tu rostro.*⁸⁰

Así todo el poema, que no es otra cosa, como siempre, que una contienda de amor entre los dos enamorados:

*Me ha llevado a la sala del festín,
y la bandera que ha alzado contra mí es bandera de amor.*⁸¹

⁷⁸Ro 8:25.

⁷⁹Ca 1:4.

⁸⁰Ca 2:14.

⁸¹Ca 2:4.

Contienda que ya de por sí significa que aún no se ha llegado al reposo perfecto de la posesión mutua, total y definitiva. Aquélla en la que la esposa podrá ya decir, por fin:

*Te entraría en la casa de mi madre,
en la alcoba de la que me engendró,
y te daría a beber vino adobado
y mosto de granados.⁸²*

El uso de los condicionales indica claramente que *todavía* vive la esposa en el anhelo de la nostalgia y de la esperanza. Hasta que llegue por fin el *ya* —los condicionales convertidos en presente— en que tales deseos se hagan realidad.

El olvido de esta bipolaridad es lo que hace que los héroes de Bernanos produzcan una sensación de crispación. No que Bernanos haya errado al poner de manifiesto, de la forma en que lo hace, la tragedia que suponen el Pecado, la presencia del Mal en el mundo y el terrible acontecimiento del Calvario. Siendo todo eso algo mucho más tremendo que una mera tragedia, no cabe hablar ahí de exageración alguna. Pero el misterio de Cristo —y por lo tanto el misterio cristiano— no puede ser presentado bajo aspectos parciales o incompletos, por más que sean verdaderos. El misterio de la Cruz no tiene sentido sin el de la Resurrección, lo mismo que el misterio de la Alegría cristiana no se puede separar tampoco del que supone la participación en la Muerte de Cristo. De tal modo que el misterio de la Redención del hombre —en realidad de todo el Mensaje de salvación, y de todo lo que supone la gratuita elevación del hombre al orden sobrenatural— es, en último término, un misterio repleto

⁸²Ca 8:2.

de paradojas. O de aparentes paradojas, si se quiere, cuya explicación más profunda, por otra parte, está en la incapacidad humana de alcanzar el fondo de las realidades sobrenaturales. Así se ve claramente, por ejemplo, en la formulación de las Bienaventuranzas. Y la Alegría cristiana es inseparable *por su propia naturaleza*, y según se dirá más adelante, de la realidad incuestionable de la Cruz: al menos en el presente *Ordo salutis*. A pesar de lo cual tiene que tratarse de auténtica y verdadera Alegría, si es que se quiere que las palabras y los conceptos tengan sentido, y que las promesas de Jesucristo no sean cosa vana. Las logomaquias, los juegos de palabras, y las tomaduras de pelo, quedan para las modernas filosofías del lenguaje; pero no para una doctrina como el cristianismo, que pretende ostentar la primacía en todo lo que se refiere al ámbito de la Verdad.

Sin embargo ahí está presente, como realidad bien tangible y punzante, la dialéctica del *ya* y del *todavía no*. ¿Y hasta qué punto es compatible la Alegría cristiana —la Alegría completa prometida por Jesucristo— con el hecho incuestionable del *todavía no*? ¿Acaso pueden darse simultáneamente en el cristiano, en legítima y buena coexistencia, los sentimientos de sufrimiento y de gozo? ¿O se trata tal vez de la alternancia producida por la sucesión de diferentes estados anímicos? Ya puede suponerse que la respuesta no puede ser fácil; y que explicarla en profundidad, y de modo satisfactorio, significaría nada menos que desentrañar el misterio de la Alegría cristiana.

Simultaneidad o alternancia, hay un hecho de todos modos que queda bastante claro: la Alegría cristiana no puede ser una realidad intermitente del tipo, por ejemplo, de ahora sí, ahora no. Las palabras de Jesucristo parecen apuntar a una presencia permanente: *Os volveré a ver, y se alegrará vuestro corazón, y nadie os quitará*

*vuestra alegría...*⁸³ *Yo rogaré al Padre y os dará otro Paráclito, a fin de que esté con vosotros para siempre.*⁸⁴ Por lo demás, es impensable que la presencia del Amor —con el sentimiento del gozo, que siempre lo acompaña— no sea constante y continua en el corazón de los enamorados. Por eso dice la esposa del *Cantar*, refiriéndose al Esposo:

*Le así, ya no le soltaré
hasta entrarle en la casa de mi madre,
en la alcoba de la que me engendró.*⁸⁵

La Alegría estará presente en el corazón enamorado mientras que el amor permanezca en él. Pero el amor creado, tal como ha sido otorgado al cristiano, está de por sí ordenado a ser perdurable y para siempre; como una realidad cuya perennidad y permanencia pertenecen a su misma constitución esencial (Jn 15: 4-10; 1 Jn 4:16). Por lo que si la alegría, como decía Chesterton, es el gigantesco secreto del cristiano, no cabe imaginarla sino como un hábito que le acompaña en todos los momentos de su existencia.

¿Habrà que admitir entonces la simultaneidad de los sentimientos de gozo y de sufrimiento? Se puede establecer de entrada, como introducción a una posible respuesta, que el corazón humano es una realidad compleja y complicada; capaz de abarcar al mismo tiempo sentimientos tan diversos que, al menos a primera vista, parecen contrapuestos. El corazón de cada hombre, en efecto, es de tal modo misterioso que incluso es desconocido para quien lo posee. San Pablo parece insinuar que, siendo Dios el único capaz de escudriñarlo, solamente el Espíritu de Dios es quien puede dárselo a conocer del todo

⁸³ Jn 16:22.

⁸⁴ Jn 14:16.

⁸⁵ Ca 3:4.

al propio hombre: *¿Qué hombre conoce lo íntimo del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así también, nadie conoce lo que hay en Dios sino el Espíritu de Dios. Pues nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que procede de Dios, a fin de que conozcamos los dones que Dios nos ha concedido.*⁸⁶ Lo que parece confirmarse por lo que dice también en otro lugar: *De modo que también el Espíritu ayuda nuestra debilidad: pues, no sabiendo pedir lo que nos conviene, el mismo Espíritu intercede por nosotros con gemidos inenarrables.*⁸⁷ Si el discípulo ha recibido de momento el Espíritu solamente en forma de arras, parece legítimo concluir que su Alegría, si bien es ya una realidad *completa*, no es algo de lo que pueda decirse por ahora que se ha consumado en *plenitud*. Como bien puede verse, de nuevo aparece la dialéctica del *ya* y del *todavía no*, con sus luces y con sus sombras: primicias que esperan convertirse en totalidades, semillas que son también promesas y adelantos de futuros frutos, esperanzas que son ya actualidades (Ro 8:24)... , y toda la complejidad de una realidad que, por estar todavía en camino, no ha llegado aún al colmo de su propia plenitud. De hecho es verdad que el cristiano goza y sufre a la vez en este mundo. Como corresponde a un ser que ama y es amado y que, debido a su condición de peregrino que no posee aún la plenitud del Amor,⁸⁸ ni ha entregado ni recibido todavía en totalidad. Una epopeya —¿drama, tragedia, destino?— que se refleja con exactitud en la entera estructura del *Cantar de los Cantares*.

⁸⁶1 Cor 2: 11-12.

⁸⁷Ro 8:26.

⁸⁸La condición de peregrino, y el hecho de no poseer aún la plenitud del Amor son para el hombre la misma cosa. Pues el destino final del hombre es el Amor; y si camina por ahora, no lo hace sino para llegar hasta él y conseguirlo. Si no fuera así, la situación de *caminate* no tendría sentido alguno para la criatura humana: ¿Caminar...? ¿Desde dónde y hacia dónde...? ¿Y para qué...?

Eso y no otra cosa es lo que refleja el Poema sagrado: el Esposo que llega llamando a la esposa; la esposa que anda acongojada en busca del Esposo; y todo ello con ansiedades y mutuas peticiones de entrega, con encuentros y ausencias, con los anhelos de algo que se espera y las delicias ya logradas de la recíproca posesión. . . Todo a la vez, sin orden lógico aparente, y sin una estructura fácil para descubrirla. El *Cantar de los Cantares* parece tan carente de organización como el mismo corazón humano, cuyos sentimientos más sublimes trata de describir. De ahí que no dejen de parecer divertidos los trabajos de los eruditos para encontrar la estructura lógica y la ordenación del *Cantar*. Algo así como si alguien pretendiera hallar una disposición arquitectónica en el *totum revolutum* que es el corazón del hombre, en el que sólo Dios es capaz de escudriñar (Ro 8:27): meros intentos vanos condenados al fracaso.

Resta todavía por resolver una duda que puede antojarse para algunos espinosa dificultad, y que tal vez haya quedado latente en el transfondo de lo dicho anteriormente. Formulada de manera sencilla cabría plantearla así: ¿Puede admitirse la existencia de una Alegría completa que, sin embargo, no haya llegado aún al colmo de su plenitud? Pues todo parece indicar que el contenido del concepto *completo* no es sino mera sinonimia del de *plenitud*.

Antes de intentar dar una respuesta definitiva a la pregunta —en el caso de que tal cosa sea posible— conviene tener en cuenta, aunque para ello haya que echar mano de métodos de rancio sabor escolástico, que el concepto *completo* se puede tomar en dos sentidos: uno estricto y otro amplio; o dicho de otro modo, uno absoluto y otro relativo. Es verdad que, tomado en sentido estricto, no parece factible la posibilidad de aplicar a la Alegría cristiana el calificativo de completa; en cuanto que está llamada de por sí a alcanzar una plenitud que no ha conseguido todavía. Tomado en un sentido más

amplio, sin embargo, aparece más clara la legitimidad de su empleo; en cuanto que se refiere al máximo estado de felicidad capaz de ser alcanzado en el presente eón. Claro que esta respuesta, por sí sola, no sería suficiente, puesto que de todos modos dejaría sin aclarar el misterio; aparte de que desprende de sí un cierto tufo, más o menos perceptible, de argucia o subterfugio de argumento lógico retorcido. Con todo —y sin olvidar que aquí se está hablando del *misterio* de la Alegría cristiana—, debe tenerse en cuenta que Jesucristo emplea claramente, refiriéndose a sus discípulos y prometiéndola para ellos, la expresión de Alegría completa. Lo cual supuesto, podría preguntarse a su vez: ¿Qué sentido tendría que el Maestro prometiera una Alegría completa a llevarse a cabo solamente en el eón futuro; y más todavía cuando incluso la ofrece como compensación y superación de las penalidades y sufrimientos de esta vida? Y sin embargo, a pesar de todo lo cual, debe reconocerse que ni siquiera esa argumentación sería suficiente; a no ser que se esté dispuesto a admitir que en el *ya* de la Alegría cristiana está contenida, *de algún modo*, la plenitud del eón futuro. Como en efecto es así. Pues la presencia del Espíritu, por más que sea en forma de arras o primicias, no significa en modo alguno para el discípulo una posesión parcial. Lo más que se puede decir aquí es que existe una totalidad que es, a su vez, poseída *ad modum recipientis*. Lo que quiere decir: por lo que se refiere a la criatura humana; en su presente situación de estado de peregrinaje, o al modo que es posible en el *todavía no* de la presente vida. Pero ha de quedar claro que la donación del Espíritu es total (Ro 5:5); puesto que Dios no entiende el amor de otra manera (Jn 3:34), ni desea entregarse de otro modo.

Con todo, la dialéctica del *ya* y del *todavía no*, que viene a ser la del amor perfecto poseído sólo en arras, o la de la Alegría completa aunque no colmada en plenitud, plantea otro problema más. Aunque

en estrecha dependencia del anterior. Porque, ¿cómo es posible, en efecto, que pueda sufrir la esposa estando ya con el Esposo; e incluso sintiéndose inundada del gozo de la posesión mutua que se deriva del contenido del *ya*?

Sencillamente por la condición de peregrinaje en la que vive. Pues ella camina todavía por el valle de lágrimas al que alude la antífona *Salve Regina*.⁸⁹ Como peregrina, la esposa está enteramente abierta al sufrimiento; sin embargo, en cuanto que se contempla a sí misma acompañada por el Esposo y comparte con Él su destino, se siente colmada de gozo. La Alegría cristiana, que por su parte es enteramente ajena a la tristeza e incompatible con ella, se entiende bien en cambio con el sufrimiento durante el presente eón; e incluso no sabría realizarse sin él:

*Si vas hacia el otero,
deja que te acompañe, peregrino,
a ver si el que yo quiero
nos da a beber su vino
en acabando juntos el camino.*

En un importante texto, San Pedro se dirige a los fieles para exhortarlos acerca de la alegría: *Carísimos: Alegráos por el hecho de que participáis de los padecimientos de Cristo; de modo que también en la revelación de su gloria exultéis de gozo.*⁹⁰ En el que puede observarse, en primer lugar, que el apóstol asocia los sentimientos

⁸⁹La expresión *valle de lágrimas* es absolutamente correcta, como sabe cualquier cristiano por experiencia personal. Aunque cabría matizarla, si acaso, con el recordatorio de que también la peregrinación terrestre es un camino de alegrías. ¿Más penas que alegrías...? Tal vez sí, y hasta parece lo más probable; aunque no del todo para un cristiano verdaderamente enamorado de Dios.

⁹⁰1 Pe 4:13.

de alegría del cristiano al hecho de participar en la pasión de Cristo; pero también igualmente al de compartir la gloria de su resurrección. De tal modo sin embargo que, como siempre se ha dicho aquí también, lo primero está por naturaleza encaminado a lo segundo. En segundo lugar, es de notar que San Pedro no se refiere a cualquier clase de alegría, sino a una *alegría exultante*: algo así como un modo de decir que se trata de la Perfecta Alegría; o de la verdadera Alegría, que es la cristiana; o simplemente de la Alegría. Y por último, y lo más importante de todo, debe advertirse que en el texto se establece un paralelismo entre las dos situaciones —participación en los sufrimientos primero, y en la gloria de la resurrección después— como razón última de la alegría del cristiano: en una y otra situación el discípulo *está con el Señor* y vive con Él la misma vida y el mismo destino. O dicho de otra manera: Porque la esposa está con el Esposo, que es la razón última de la Alegría y algo que equivale exactamente a lo que proclamaba también el Bautista: *Esposo es el que tiene esposa; pero el amigo del Esposo, que está con Él y le oye. . .*⁹¹

San Juan de la Cruz habla de la esposa siguiendo al Esposo por el camino, *a zaga de su huella*, al tiempo que se siente encendida de amor por Él:

*A zaga de tu huella
las jóvenes discurren al camino;
al toque de centella,
al adobado vino,
emisiones de bálsamo divino.*

Pues no se trata simplemente de que la esposa se sienta *acompañada* por el Esposo, mientras que ella discurre a su vez por el camino

⁹¹ Jn 3:29.

de la vida. Aquí hay mucho más que un mero acompañar, puesto que el mismo Esposo es el Camino (Jn 14:6). De tal manera que, más que decir que marcha con Él, puede afirmarse con entera verdad que la esposa camina y vive en Él. Y no es eso todo, ni aun siquiera lo más importante.

Porque ¿cómo es posible pretender, en definitiva, que la carencia que incluye el concepto del *todavía no* pueda ser compatible con la plenitud que se contiene en el del *ya...?* ¿Cómo puede hablarse de Alegría completa cuando aún se camina por las sombras de un valle de lágrimas...? Y sin embargo así es, como una cosa que puede asegurarse con plena certeza. Pues es precisamente la posibilidad de compartir el destino del Amado, y sobre todo el de su Cruz, lo que causa en la esposa el inefable sentimiento de la *Alegría completa*. Una alegría que, al igual que su Esposo, ella no estaría dispuesta a cambiar por ningún gozo que pudiera serle ofrecido (Heb 12:2). ¿Y cual otro se le podría comparar...? Con lo que la carencia y miseria del *todavía no* se convierten en la plenitud y la gloria del *ya*. De tal forma que, lo que hubiera sido imposible para una alegría meramente humana, se hace sin embargo maravillosamente realizable cuando se trata de la Alegría cristiana.

San Francisco de Asís, el santo juglar de la Alegría perfecta, vivió así los últimos instantes de su existencia en la Tierra:

—Arrojad cenizas sobre el hermano cuerpo.

Los hermanos extendieron las cenizas.

—Ahora cantad.

Y de nuevo Ángel y León entonaron el Cántico del Hermano Sol. Las gentes que se encontraban al otro lado del seto comprendieron y sollozaron. También los hermanos, de alegría y de pesar a la vez, y cayeron de rodillas. Después se hizo el silencio; un silencio extraño. La muerte va a llegar: pues, ante un silencio semejante, es preciso que la muerte llegue.

De repente abrió desmesuradamente los ojos, se incorporó apoyado sobre su brazo izquierdo y, escondiendo con su mano derecha la llaga del costado, cantó con fuerza extraordinaria, con voz fresca y sonora, como en otro tiempo cuando se encontraba solo en las montañas. Le brotaba la sangre de los ojos, y con todo él seguía cantando.

—Con mi voz clamo a ti, Señor; con mi voz te suplico, mi Señor. Ante tu faz expongo mis quejas y muestro ante tus ojos mi necesidad. Mientras que mi espíritu se ahoga por el dolor, Tú conoces mis caminos. Sobre el camino por el que ando han tendido trampas escondidas. Yo oraba y nadie era capaz de reconocerme. Me han impedido la huída, y nadie hay que se ocupe de mi vida. Hacia ti grito, oh Señor, que sois mi esperanza y mi todo en la tierra de los vivos. Escucha mis suspiros, pues que me siento profundamente humillado. Sálvame de los que me persiguen y que son más fuertes que yo. Libra mi alma de su prisión para que pueda alabar tu nombre. Me esperan los justos, hasta el momento en el que me concedas la recompensa eterna...

Silencio, mientras que el eco resonaba en la cabaña. El brazo cedió y Francisco se dejó recostar, con una dulce sonrisa en sus labios de violeta pálido. Los ojos enrojecidos se cerraron poco a poco, mientras que un blanco resplandor aparecía sobre su faz enflaquecida. Los hermanos permanecían de rodillas, mientras lloraban y oraban.

Cuando de repente, sobre el tejado, estalló el canto de millares de alondras que, como obedeciendo a una misma voz, ascendieron juntas hacia el cielo, como un inmenso haz de espigas que se abre.

Aparecieron en el firmamento las primeras estrellas. Una leve luz rosada se cernía sobre Asís, blanca con sus cipreses negros allá abajo. El sol se hundía en el horizonte, como si fuera un pez de oro...⁹²

⁹²Félix Timmermans, *La Harpe de Saint François*, final, Bloud et Gay, Paris, 1933; traducido de la versión francesa. Existe versión inglesa: *The Perfect Joy of Saint Francis*, Image Books, New York, 1955.

El santo de la Alegría canta en el momento de su muerte. Y entona una serie de lamentos espigados de la Biblia. Aunque, cabría preguntar, ¿acaso se trata realmente de lamentos...? Porque más bien parece el cántico de su propia victoria — él, que jamás se había quejado—, por haberle sido dado, como a nadie, participar de los sufrimientos y la Cruz de su Señor. En el Serafín de Asís queda desvelado, por fin, de algún modo, el misterio de la Alegría cristiana: la que hunde sus raíces en el dolor y luego, después de extraer la savia del corazón de Cristo taladrado en la Cruz, lo convierte en Alegría perfecta por obra y gracia del Amor.

La esposa habría preferido siempre sufrir con el Esposo antes que gozar sin estar con Él. Pues el gozo de compartir los destinos del Amado, hasta el sufrimiento y la muerte y más allá, es lo que significa para ella la Alegría perfecta. Las brumas del misterio comienzan a desvanecerse: he ahí cómo, gracias al Amor, el dolor y la Alegría, lo mismo que la justicia y la paz, *osculabuntur*.⁹³ Los primeros discípulos del Maestro lo habían comprendido demasiado bien: *Ibant Apostoli gaudentes a conspectu Concilii, quoniam digni habiti sunt pro nomine Christi contumeliam pati*.⁹⁴

⁹³Según la Vulgata. La Neovulgata escribe aquí: *iustitia et pax osculatæ sunt* (Sal 85:11).

⁹⁴Hech 5:41.



CAPÍTULO IV

CON RAZÓN ERES AMADO

De nuevo insiste la esposa en que sus amores con el Esposo son más dulces y halagadores que el vino. Y, puesto que habla en plural, parece lícito suponer que son ambos los que se sienten inundados de la alegría que produce la embriaguez del amor; tal como ya se dijo en la interpretación propuesta en el capítulo I. De ahí se desprende que la esposa está convencida de que, tanto ella como el Esposo, desean expresar clamorosamente —celebrando y cantando— el inefable gozo que les produce su mutuo amor.

Y así es, en efecto. Porque la alegría es de ambos, como fruto directo que es de un amor mutuo y recíproco. Decía San Agustín que, cuando Dios ama al hombre, no goza de él sino que lo utiliza: *Pues Dios nos ama, sin duda; y este amor de Él para con nosotros nos lo recuerda no pocas veces la Sagrada Escritura. Luego, ¿de qué modo nos ama? ¿Para usar, o para gozar de nosotros? Si para gozar de nosotros, entonces es que necesita nuestra bondad, lo que nadie que esté en su sano juicio afirmará... Dios, pues, no goza, sino que usa de nosotros. Si Dios no goza ni usa de nosotros no*

*encuentro de qué modo nos ama.*¹ El santo basa estas afirmaciones, como puede verse, en su conocida distinción entre los conceptos de *uti* y de *frui*; puesto que ambos apuntan a la felicidad y responden, según él, a las dos únicas formas imaginables de llevar a cabo el amor: *Gozar es adherirse a una cosa por el amor de ella misma. Usar es emplear lo que está en uso para conseguir lo que se ama, si es que debe ser amado...*² *Unas cosas sirven para gozar de ellas, otras para usarlas y algunas para gozarlas y usarlas. Aquéllas con las que nos gozamos nos hacen felices; las que usamos nos ayudan a tender hacia la bienaventuranza y nos sirven como de apoyo para poder conseguir y unirnos a las que nos hacen felices.*³ Si bien no se olvida luego de aclarar que el uso que Dios hace del hombre es diferente del que el mismo hombre hace de las cosas, puesto que no se ordena en modo alguno a la utilidad divina, sino a la del mismo hombre: *Dios no usa de nosotros como usamos nosotros de las criaturas. El uso que hacemos nosotros lo referimos a gozar de la bondad de Dios; pero el que hace Dios de nosotros lo refiere a su misma bondad... Luego aquel uso que se dice hace Dios de*

¹ *Diligit enim nos Deus, et multum nobis dilectionem eius erga nos divina Scriptura commendat: quomodo ergo diligit? ut nobis utatur, an ut fruatur? Sed si fruitur, eget bono nostro, quod nemo sanus dixerit... Non ergo fruitur nobis, sed utitur. Nam si neque fruitur neque utitur, non invenio quemadmodum diligit* (San Agustín, *De Doctrina Christiana*, libro I, capítulo XXXI).

² *Frui enim est amore alicui rei inhærere propter seipsam. Uti autem, quod in usum venerit ad id quod amas obtinendum referre, si tamen amandum est* (San Agustín, op. cit., libro I, capítulo IV).

³ *Res ergo aliæ sunt quibus fruendum est, aliæ quibus utendum, aliæ quæ fruuntur et utuntur. Illæ quibus fruendum est, beatos nos faciunt. Istis quibus utendum est, tendentes ad beatitudinem adiuvamur, et quasi adminiculamur, ut ad illas quæ nos beatos faciunt, pervenire, atque his inhærere possimus* (San Agustín, op. cit., libro I, capítulo III).

*nosotros no se ordena a su utilidad, sino a la nuestra, y su fin es su bondad.*⁴

No es de este lugar abordar las interesantes cuestiones, tanto filosóficas como teológicas, que plantean las consideraciones de San Agustín sobre este tema. Por lo demás, la bibliografía es demasiado amplia.⁵ Solamente cabe advertir aquí, a propósito de la afirmación del santo de que Dios, en su amor por el hombre, no goza de él sino que lo usa (aunque se trate de un uso cuyo objeto revierte en utilidad del hombre y que, en último término, se refiere a la misma bondad divina), que es obvio, en efecto, que nada puede aumentar la felicidad de la que goza, de modo pleno y sobreabundante, el Ser que se conoce a Sí mismo como Bondad infinita y se ama consiguientemente. Pero es evidente también que la idea de que Dios no goza con su creatura no puede ser más ajena al pensamiento de San Agustín. Puesto que Dios ama verdadera e indudablemente al hombre; y puesto que el amor es inconcebible sin la alegría que lo acompaña y que es a la vez su fruto más directo: como algo que pertenece a su propia esencia y se deriva de ella, según se ha dicho ya tantas veces, y como tan claramente reconocía Gilson: *El amor no ama buscando recompensa, puesto que entonces dejaría por eso mismo de ser amor; pero tampoco es necesario pedirle que ame renunciando a la alegría que le otorga la posesión de su objeto, puesto que tal alegría es algo coesencial a él; el amor estaría dispuesto a dejar de serlo en cuanto*

⁴ *Sed neque sic utitur ut nos: nam nos res quibus utimur ad id referimus, ut Dei bonitate perfruamur; Deus vero ad suam bonitatem usum nostrum refert. . . Ille igitur usus qui dicitur Dei, quo nobis utitur, non ad eius, sed ad nostram utilitatem refertur, ad eius autem tantummodo bonitatem* (San Agustín, op. cit., libro I, capítulo XXXII).

⁵ Cf, por ejemplo, por citar algún estudio directo sobre la cuestión, Robert G. Hazo, *The Idea of Love*, Frederick A. Praeger, New York, 1967, pag. 95 y ss.

renunciara a la alegría que le acompaña.⁶ Y es indudable que la alegría es tan recíproca y mutua como recíproco y mutuo es también el amor que la produce.

Es cierto que nada puede ser añadido a la Bondad infinita y esencial ni a la Beatitud que de ella se deriva (San 1:17). Pero la infinitud de la esencia divina posee la virtualidad de proyectarse, por imitación y participación, en un número infinito de nuevos seres que pueden recibir la existencia. En un sentido del que podría decirse de ella, como de la Belleza de la que hablaba San Agustín, que es siempre antigua y siempre nueva.⁷ Tales nuevos seres que advienen a la existencia, como imitaciones que son de la Bondad y de la Belleza de la divina esencia, son objeto de gozo desde el momento mismo en que son igualmente objeto de amor; y, así como la gloria accidental que los seres creados tributan al Ser infinito nada añade a la gloria esencial de su inmutable esencia, así también vale decir que la alegría de Dios por sus creaturas no puede modificar la inalterable serenidad de su infinito gozo. Sin olvidar tampoco que el amor —incluido el amor creado, y por lo tanto también el divino—humano— es siempre una *spiratio*; o un producto de dos si se quiere, según explicaba San Juan de la Cruz refiriéndose a la presencia del Espíritu Santo en la creatura humana. De donde puede concluirse que cabe decir lo mismo con respecto a la alegría que se desprende del amor, como algo que procede a la vez de dos amantes y a los que simultáneamente debe ser referido.

⁶ *L'amour n'aime pas en vue d'une récompense, puisqu'il cesserait alors par le fait même d'être l'amour; mais il ne faut pas non plus lui demander d'aimer en renonçant à la joie qui le donne la possession de son objet, car cette joie lui est coessentielle; l'amour accepterait de ne plus être l'amour s'il renonçait à la joie qui l'accompagne* (E. Gilson, *L'Esprit de la Philosophie Médiévale*, Paris, Vrin, 1969, pag. 275).

⁷ *Sero te amavi, pulchritudo tam antiqua et tam nova, sero te amavi!* (San Agustín, *Confesiones*, X, 27).

Si bien es cierto que no cabe imaginar en Dios alegrías accidentales, también lo es que puede crear nuevos seres como posibles imitaciones de su esencia. Y, cuando tales seres son racionales, puede hacerlos objeto de su Amor de un modo especial, otorgándoles también consiguientemente su propia Alegría. De donde cabe suponer que esos seres, como parece obvio, están destinados a responder con reciprocidad y libremente, de la misma manera. Y hasta puede pensarse que, de no haber sido creadas, Dios tampoco habría sido objeto del amor y de la alegría *correspondidos* por parte de sus creaturas; aunque de tal modo, sin embargo —conviene aclararlo—, que el amor creatural correspondido no es en modo alguno resultado de una necesidad por parte de Dios, sino mera y simplemente, más bien, de las *exigencias* de difusión y expansión de un Amor infinito. Unas exigencias tan infinitamente libres como soberanamente libre es también el Amor que las contiene. En último término puede decirse, por lo tanto, que el misterio de la Alegría divina por sus creaturas no es otra cosa que el misterio de la sobreabundante e infinita capacidad de difusión de la Bondad divina.

La inmutabilidad de la esencia divina es lo más opuesto que cabe imaginar a la indiferencia, a la pasividad, o a cualquier especie de quietismo; puesto que Dios es Acto puro, Amor infinito, y hasta la misma Vida en el más estricto de los sentidos. Y por otra parte, aun admitiendo la dificultad de los problemas que se suscitan, tal cosa no habría de ser óbice para reconocer que los textos revelados, cuando se estudian con detenimiento, manifiestan claramente que la Alegría que es fruto del amor divino-humano es una *alegría compartida*; como no podía ser de otra manera. Pues el amor divino-humano, en efecto, se hace realidad por medio de la presencia de la Persona del Espíritu Santo en el hombre (Ro 5:5); pero debe tenerse en cuenta también que Dios no le entrega al hombre solamente su Amor, sino

también su Alegría; como puede verse ampliamente confirmado por los textos. La cual, una vez instalada en el corazón humano, es una relación tan interpersonal como el amor que la produce. De tal manera que las relaciones de amor entre Dios y la creatura humana, con la alegría consiguiente que tal situación lleva consigo, son obviamente relaciones interpersonales; y en el más alto grado de perfección que puede darse en el amor creado. La reconocida inmutabilidad de la esencia divina no ha de ser obstáculo para que las relaciones de amor entre Dios y el hombre, por el hecho mismo de constituirse como relaciones personales, se vean afectadas según el modo y la manera de actuación de cada una de las personas de los amantes.

Pueden admitirse sentimientos de gozo o alegría en Dios, a propósito de sus relaciones de amor con el hombre, si se tiene en cuenta la analogía, a saber: mediante la remoción de lo que tengan de imperfección y la atribución del modo más perfecto de ser. En este sentido, si bien deben ser rechazados en la medida en que supongan cambio o pasividad en Dios, podrían aceptarse como manifestación o desbordamiento de un torrente infinito de vitalidad; o como contenidos en ese mismo océano de infinitud. Dios es la Vida misma en su modo más eminente, que es lo mismo que decir en grado de infinitud. Pero si el gozo es el fruto más inmediato del Espíritu después de la caridad (Ga 5:22), ello es debido a que el mismo Espíritu Santo es la fuente esencial de Gozo; de donde no en vano la Escritura le atribuye los nombres de Paráclito o Consolador.⁸

Sin embargo está claro que lo que podría llamarse, desde el punto de vista humano, el universo de sentimientos en Dios, se hace realidad para el hombre en la Persona del Verbo hecho carne. El hombre necesita imaginar a Dios como *un Ser de sentimientos* análogos a los suyos. Lejos de cualquier sombra de antropomorfismo, es jus-

⁸Jn 14: 16:26; 15:26; 16:7. Cf Hech 13:52; Ro 14:17; 1 Te 1:6.

tamente a través de Jesucristo, y en Jesucristo, como se configura toda la estructura del amor divino-humano. Los teólogos utilizan el principio *actiones sunt suppositorum*⁹ para atribuir a Dios con toda propiedad, en la Persona de Jesucristo, sentimientos y acciones que de otro modo no podrían predicarse de la esencia divina; así es como se puede decir que Dios se alegra, que siente ira o tristeza, que sufre, e incluso que muere en la cruz. Por ese camino, y solamente a través de él, es como la infinitud de la Vida divina se hace *accesible* para el hombre, a saber: por Jesucristo y en Jesucristo. Las palabras de Jesús en el sermón de la Última Cena, en las que se autocalifica como *el Camino* (Jn 14:6; cf 14:4), tienen un significado que va más allá de lo puramente normativo o pedagógico.¹⁰ El hombre solamente puede entender el amor divino-humano, para luego acceder a él, si los sentimientos de alegría, de gozo, de ternura, de emoción, de compasión, y hasta de tristeza o de abandono —por nombrar algunos—, son tan comunes y recíprocos entre Dios y él como el amor del que proceden como su fuente. Es bien sabido que la gracia purifica y eleva la naturaleza, pero no la destruye. No tiene nada de extraño, por lo tanto, que San Juan comience su primera Carta insistiendo en la *tangibilidad* del Verbo hecho carne: *Lo que existía desde el*

⁹Las acciones se atribuyen siempre a las personas, y nunca a la pura esencia o naturaleza. Un principio filosófico cuya utilización es indispensable en Cristología.

¹⁰La Persona de Jesucristo, con sus enseñanzas y su vida, no puede quedar difuminada tras la normativa de una doctrina que debe aprender y practicar el cristiano. Lejos de ser meramente un sistema de orientación, bien que perfecto, Jesucristo significa para el discípulo una ruta *dentro de la cual* tiene que caminar; además de una Vida en la que necesariamente tiene que injertarse para hacerla propia.

*principio,*¹¹ *lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplaron y palparon nuestras manos acerca de la Palabra de Vida... Esto os lo escribimos para que nuestra alegría sea completa.*¹²

Los textos revelados, y los escritos de los santos, abundan en la idea de atribuir al amor divino-humano, como el primero de sus frutos, una alegría que evidentemente es *compartida*. Lo que no puede extrañar si se tiene en cuenta que tal cosa es una exigencia lógica de las leyes del amor. ¿Cómo podría ser de otro modo si, al fin y al cabo, la alegría es el fruto de un amor recíproco, que responde a su vez a la misma inefable exhalación o *spiratio* de dos amantes que mutuamente se entregan en totalidad? Según el Apóstol, el Espíritu Santo da lugar, como primera consecuencia, a la *alienación* del discípulo en cuya alma (y cuerpo) se hace presente: *¿No sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que está en vosotros y habéis recibido de Dios, y que no os pertenecéis? ¡Habéis sido comprados a precio! Glorificad, por lo tanto, a Dios en vuestro cuerpo.*¹³ Y de esta afirmación del Apóstol se derivan a su vez importantes consecuencias. Por una parte es cierto que el cristiano ya no se pertenece a sí mismo; puesto que, habiendo sido ganado por el amor, y habiendo hecho donación al Amado de todo su ser, tal cosa viene a decir que se ha quedado sin nada (Mt 10:39; 16:25; Mc 8:35; Lc 9:24; 14:26;

¹¹ Es interesante observar que San Juan comienza hablando de la eternidad del Verbo, para pasar enseguida a afirmar, de manera un tanto abrupta —como si pretendiera subrayar una cierta contraposición—, su accesibilidad para la criatura humana desde el momento en que se ha hecho hombre y perceptible por lo tanto: *Lo que hemos oído y visto con nuestros propios ojos, etc.*

¹² 1 Jn 1: 1-4. La declaración en la que afirma que todo eso lo escribe *para que nuestra alegría sea completa*, dicha al parecer como de pasada, tiene una importancia mayor de la que a primera vista podría parecer.

¹³ 1 Cor 6: 19-20.

Jn 12:25):¹⁴ de donde es indudable que existe aquí una auténtica *alienación*, tal como insinuaba también el Apóstol en otro lugar: *No es que ya la haya alcanzado [la resurrección] o que ya sea perfecto; sino que la persigo por ver si la alcanzo, por cuanto yo mismo he sido alcanzado por Cristo Jesús.*¹⁵ Pero por otra parte también, y según la ley de reciprocidad en el amor, es igualmente cierto que Dios se entrega a su vez en pertenencia a la creatura humana:

*Mi amado es para mí y yo soy para él.*¹⁶

La mutua *spiratio* del amor, y de la alegría consiguiente, en las relaciones divino-humanas, dejan de ser impensables desde el momento en que se considera la unión a que da lugar la presencia del

¹⁴Cf Col 3:3.

¹⁵Flp 3:12.

¹⁶Ca 2:16. Cf 6:3; 7:11. La idea del robo, sufrido por cada uno de los amantes por parte del otro, es normal en el amor. Claro está que se trata de una privación por completo consentida, e incluso deliciosamente admitida. Véase, por ejemplo, la siguiente estrofa de San Juan de la Cruz en su *Cántico Espiritual*:

*¿Por qué, pues has llagado
aqueste corazón, no le sanaste?
Y pues me le has robado,
¿por qué así le dejaste,
y no tomas el robo que robaste?*

Y lo mismo el Esposo a la esposa del *Cantar*:

*Prendiste mi corazón, hermana, esposa,
prendiste mi corazón en una de tus miradas
en una de las perlas de tu collar.**

*Ca 4:9.

Espíritu en el discípulo: *El que se une al Señor se hace un espíritu con él.*¹⁷ Sin olvidar que, para el Apóstol, esta presencia tiene lugar tanto en el alma como en el cuerpo (o en el hombre, si se quiere decir de otro modo). La alegría cristiana es también natural, desde el momento en que no existe para el hombre la alegría meramente sobrenatural o espiritual: tal como se dice de las virtudes sobrenaturales; las cuales, no solamente no excluyen la presencia de las naturales, sino que, bien al contrario, las suponen. ¿Puede decirse de modo más claro del que lo hace el Apóstol que, a partir del momento de la unión, *todo se hace común?*

El *Cantar de los Cantares* reconoce la dualidad y la reciprocidad de la alegría amorosa. Por eso habla en plural en el verso que es objeto de este comentario, y tal como aquí ha sido interpretado:

*Introdúceme, rey, en tus cámaras,
y nos gozaremos y regocijaremos contigo.
Celebraremos tus amores más que el vino.*¹⁸

Lo mismo que hace también San Juan de la Cruz, en una de las estrofas de su *Cántico Espiritual*:

*Gocémonos, Amado,
y vámonos a ver en tu hermosura
al monte y al collado
do mana el agua pura;
entremos más adentro en la espesura.*

¹⁷1 Cor 6:17.

¹⁸Ca 1:4; cf 7: 12-13.

La naturaleza humana es de tal condición que es incapaz de entender el amor —incluido el divino—humano— de otro modo que no sea el de un *fruto*, o una *correspondencia*, de sentimientos mutuos; como algo en el que ambos amantes intervienen (o colaboran) en estricta reciprocidad y, al menos en cierto modo, *a partes iguales*. Y es lógico que así sea puesto que se trata de algo que responde a la esencia misma del amor. Para el hombre es impensable un amor en el que uno de los amantes simplemente entrega, mientras que el otro, en cambio, meramente recibe;¹⁹ sino que ha de imaginarlo, más bien, como algo en el que ambos entregan y reciben a la vez.

Tratar de describir la estructura del amor divino—humano como una mutua y recíproca *corriente* o *flujo de sentimientos* no es, en modo alguno, defender un ridículo antropomorfismo.²⁰ Salvada definitivamente la inalterable inmutabilidad de la esencia divina, el hombre puede ya imaginar la realidad de sus relaciones de amor con Dios; tanto en el plano del concepto como en el del que se refiere a su realización. Algo que en definitiva solamente se hace posible para él gracias a Jesucristo. Pues es justamente a través de la Persona del Verbo hecho Hombre, y sólo a través de ella, como le es dado alcanzar al ser humano, mediante una íntima relación de amor, la esencia misma de la divinidad. Y dado que el hombre, en efecto, ni siquiera puede imaginar lo que es un espíritu puro, se hace tarea difícil y ardua —bastante difícil y bastante ardua— describir su ca-

¹⁹Sería una auténtica contradicción conceptual. Aquí apunta ya, como puede verse, el famoso y viejo problema del amor *puramente benevolente* y el amor *interesado*. Una cuestión de especial relevancia en lo que se refiere, sobre todo, al amor divino con respecto a las creaturas, y de la que aquí se hablará más adelante.

²⁰Es sabido que, en todos los conceptos que se atribuyen juntamente a Dios y a las creaturas, hay que tener en cuenta la analogía. Para que sea posible la cual es necesario salvar en ambos términos lo esencial del concepto, a fin de no incurrir en la equivocidad.

pacidad para *enamorarse* de un Ser infinito, conocido en todo caso como el *Ipsum Esse Subsistens*, y del que los teólogos se huelgan en decir, con entera razón, que *si intelligis, non est Deus*. De donde puede afirmarse por lo tanto, con total seguridad, que también por eso y para eso se hizo hombre el Verbo de Dios, a saber: para que el hombre pudiera amar a Dios según lo que establece el mandamiento primero; y del modo y manera además que es propio a su naturaleza (aun elevada por la gracia; la cual, como se sabe, nunca destruye la naturaleza).²¹ Ahora puede el hombre dirigirse a Dios, en la Persona de Jesucristo, como a un Ser lleno de sentimientos que él es capaz de comprender y compartir.²² Una de las cosas que más claramente se

²¹Es difícil concebir que el hombre sea capaz de enamorarse rendidamente del Dios de los filósofos; y aun ni siquiera del Dios del Antiguo Testamento. Y está claro que sin verdadero amor no hay auténtica alegría. A lo cual se debe seguramente la extraña insistencia de San Juan en el comienzo de su Primera Carta; porque después de remachar en ella su autor, en los tres primeros versículos, la tangibilidad del Verbo hecho hombre, añade a renglón seguido en el cuarto: *Esto os lo escribimos para que nuestra alegría sea completa*.*

²²San Agustín decía la verdad cuando afirmaba que Dios no podría gozar del hombre; en el sentido al menos de que tal cosa sería suponer que el Ser infinito estaba necesitado de la bondad de su creatura. Pero tal vez debiera haber insistido más en las abundantes, a la vez que complejas y admirables, implicaciones del misterio de la Encarnación. Es difícil descartar la idea de que la constante y unilateral consideración, en un primer plano, de la finalidad fundamental de la Redención puede haber contribuido a difuminar otras posibles motivaciones. Si es cierto que la exclusiva consideración del dogma de la Redención —consideración, por otra parte, tan verdadera como justificada— ha olvidado resaltar otros aspectos también importantes, todo parecería indicar, una vez más, que la vista de los árboles ha estorbado la visión del bosque.

*Parece que la construcción correcta habría sido aquí la de *vuestra alegría*. Sin embargo el Discípulo Amado da de lado, de modo abrupto, a las exigencias del lenguaje para dejar claro que él también se siente participante del gozo común (texto corregido de la Neovulgata y de las versiones más modernas, puesto que la Vulgata decía *et gaudium vestrum sit plenum*; y lo mismo sucede en 2 Jn 12).

desprenden del Evangelio es la existencia en Jesucristo de una *sensibilidad* extraordinaria; expresiva de un conjunto de sentimientos que son a la vez tan inefables como comprensibles para el hombre.²³ Ahora también, por lo tanto, el hombre es ya capaz, no solamente de entender el amor divino, sino de contemplarse a sí mismo como sujeto-objeto de una relación de amor con la divinidad: *Ya no os llamaré siervos... sino que a vosotros os he llamado amigos.*²⁴ Es evidente que el *ya* de este versículo marca una división fundamental en la historia de las relaciones del hombre con Dios.

Que el Esposo del *Cantar de los Cantares* se siente inundado de alegría por el amor de la esposa, es algo que se desprende con claridad a lo largo de todos los versos del poema sagrado:

*Voy, voy a mi jardín, hermana mía, esposa,
a coger de mi mirra y de mi bálsamo;
a comer la miel virgen del panal,
a beber de mi vino y de mi leche.
Venid, amigos míos, y bebed,
y embriagaos, carísimos.*²⁵

Es indudable que, cualquier interpretación que se dé a estos versos, ha de ser compatible con la idea de un movimiento de acercamiento a la esposa por parte del Esposo; y desde luego con la de saciarse —hasta la embriaguez— con la alegría que ella le proporciona.²⁶ De

²³Cf, por ejemplo, Mt 26:38; Lc 10:21; Jn 11:35; 13: 1.21; etc. Los textos serían innumerables.

²⁴Jn 15:15.

²⁵Ca 5:1.

²⁶Es el Señor mismo quien parece relacionar expresamente la alegría con el amor: *Si me amarais, os alegraríais, porque voy al Padre* (Jn 14:28). De todos modos la alegría amorosa, lo mismo que el amor del cual procede, ha de ser necesariamente fruto de una mutua *spiratio*; ya que es imposible imaginar en el amor una alegría amorosa unilateral no correspondida.

tal manera que todo sucede como si Él se sintiera necesariamente impulsado a buscarla, ni más ni menos que por causa del gozo que siente al saberse con ella: *No os dejaré huérfanos; volveré a vosotros...*²⁷ *Me voy y vuelvo a vosotros...*²⁸ *Cuando yo me vaya y os haya preparado un lugar, vendré de nuevo y os llevaré conmigo; para que donde yo estoy, estéis también vosotros.*²⁹ Y sea como fuere, el *Cantar* se complace en describir, siquiera de algún modo, el placer inexpresable que la esposa le proporciona al Esposo:

*¡Qué dulces son tus caricias, hermana mía, esposa!
Dulces más que el vino son tus amores,
y el olor de tus unguentos
es más suave que el de todos los bálsamos.*³⁰

Si se admite que la alegría es fruto del amor, debe concederse también que ha de tratarse necesariamente de una alegría compartida (Jn 4:36). Y no sólo en el sentido de que es poseída a la vez por los dos amantes, sino también y sobre todo en el de que procede de ambos: *Si no te lavo, no tendrás parte conmigo.*³¹ Cualquier interpretación que se atribuya a este texto, deberá admitir que el Señor habla aquí de una participación que apunta a una situación común; al menos desde el momento en que ambos —el discípulo y Él mismo— intervienen en ella. Y es evidente por lo demás que el

²⁷ Jn 14:18.

²⁸ Jn 14:28.

²⁹ Jn 14:3. Cuando el Esposo encuentra por fin a la esposa se siente lleno de gozo; a la manera que sucede con el Buen Pastor, cuando recupera a la oveja perdida y *la pone gozoso sobre sus hombros* (Lc 15:5; cf Mt 18:13). Cf también Ca 2:9 y 5:2.

³⁰ Ca 4:10.

³¹ Jn 13:8.

Maestro se está refiriendo a un negocio, cual es el del amor, en el que las alegrías que de él se derivan aparecen con carácter de estricta reciprocidad: *He aquí que estoy a la puerta y llamo. Si alguno escucha mi voz y abre la puerta, entraré a él y cenaré con él; y él cenará conmigo.*³² Por lo demás, que la esposa hace las delicias del Esposo es un *leitmotiv* del *Cantar de los Cantares* acerca del que no cabe discusión alguna.

El Nuevo Testamento cuida de dejar bien clara la increíble realidad de que Dios, no solamente le ha otorgado al hombre su Amor, sino también su Alegría. Y por supuesto en el mismo grado que su Amor; que es lo mismo que decir en absoluta totalidad. Los textos de la Última Cena son al respecto tan claros como expresivos: *Estas cosas las he dicho para que mi gozo esté en vosotros y vuestra alegría sea completa.*³³ De donde es evidente que, al menos en este sentido, ya puede decirse con total seguridad que *la misma Alegría es la que ambos amantes poseen en común*; y ya sólo restaría saber si tal Alegría no se traduce, a su vez, en una mutua y recíproca corriente de Vida en la que participan eficazmente tanto Dios como su creatura. Una difícil cuestión que no tendría respuesta, en principio, de no ser por el hecho —tal vez demasiado olvidado— de que ahora el hombre ama a Dios a través del corazón de Jesucristo: un corazón a la vez divino y humano, y del que se derivan los más puros y acendrados sentimientos de los que el hombre es capaz.³⁴ Así es como esta nueva relación, surgida entre Dios y el hombre, ha dado lugar a cosas enjundiosas, entre las que pueden enumerarse, a modo de ejemplo: una mutua apertura de corazones en la que quedan eliminados todos los

³² Ap 3:20. La imagen de la cena, que no está empleada al azar, se refiere sin duda al banquete nupcial.

³³ Jn 15:11. Cf 16:24; 17:13.

³⁴ Podría decirse con toda verdad que, si bien es un corazón que pertenece a la Persona del Verbo, al menos como tal corazón es sencillamente humano.

secretos (Jn 15:15);³⁵ la promesa de que la presente y momentánea separación vendrá seguida por la pronta y definitiva unión, que ya nadie podrá estorbar o impedir (Jn 16:22; 17:24); la seguridad para la criatura de que va a conseguir, a partir de ahora, *todo lo que desee* (Jn 14:13; 16:24); y como consecuencia, además, la increíble promesa de que, a través de ese Amor que le ha sido otorgado y puesto en su corazón, y gracias a su unión e intimidad con Jesús, el hombre alcanzará un conocimiento íntimo de la divinidad (Jn 17:26): pues eso, y no otra cosa, es lo que significa la manifestación y el consiguiente conocimiento del *Nombre*.³⁶

Todo lo cual ha de dar lugar a una corriente de sentimientos que no tendrían sentido si no fueran mutuos y recíprocos: el deseo de estar juntos; la comunicación de los secretos más íntimos; la franca y sincera exposición, sin temor alguno, de los anhelos más elevados y atrevidos con la seguridad de que serán escuchados... , y así sucesivamente. A los que hay que añadir indudablemente el gozo. Y dentro todo ello de una inefable realidad global que se ha hecho posible para el hombre gracias a Jesucristo.

A partir del momento de la Encarnación, el hombre ya puede dirigirse a Dios como tal Dios o como el Verbo hecho Hombre en Jesucristo. Y por supuesto que tanto en un caso como en el otro está tratando con la divinidad; aunque con una importante diferencia que debe tenerse en cuenta, a saber: porque ahora se trata del Dios que se ha hecho a Sí mismo accesible para su criatura, desde el momento en que ha asumido como suya una naturaleza humana. El olvido de algunas de las virtualidades de la Encarnación del Verbo ha podido dar lugar a que ciertas espiritualidades, las cuales gozan por

³⁵ Al fin y al cabo una de las exigencias más elementales del verdadero amor.

³⁶ A propósito de este tema y de la reciprocidad, no debe olvidarse que los textos hablan de *conocer como soy conocido* (1 Cor 13:12).

otra parte de entera y total legitimidad, hayan dejado en la sombra, sin proponérselo, algunas de las insondables riquezas del Misterio. Y aquí se podría hablar, por ejemplo, del Dios de San Juan de la Cruz y del Dios de Santa Teresa de Ávila; cuyas concepciones se han concretado luego en espiritualidades tan diferentes, por más que ambos sean Doctores de la Iglesia, y por más que pertenezcan los dos a la misma y gloriosa constelación de la mística española del Siglo de Oro.³⁷

No es intención de este libro —cuyo único propósito es el de delinear algunas consideraciones espirituales sobre *El Cantar de los Cantares*— intervenir en la ya antigua disputa acerca de un problema que afecta a la esencia misma del amor, a saber: si el amor —referido, sobre todo, al amor sobrenatural— es puramente benevolente o más bien interesado (o adquisitivo, si se quiere emplear un término más apropiado).³⁸ Una tarea que, sin duda alguna, ha de quedar reservada a los tratados dogmáticos y a los estudios monográficos sobre la materia; por lo que aquí bastará con hacer alguna alusión al tema, siquiera sea brevemente.

Todo el mundo está de acuerdo en afirmar que el amor de Dios a sus creaturas es enteramente benevolente (o desinteresado), puesto que es evidente que el Ser infinitamente perfecto no necesita nada de ellas. El problema se plantea más bien con respecto a la respuesta amorosa de la creatura; la cual no puede dejar de ser interesada desde

³⁷Entre los estudios sobre las dos espiritualidades —las cuales son más distintas de lo que suele pensarse ordinariamente— destaca, por ejemplo, el de Von Balthasar (en su obra *Herrlichkeit, eine theologische Ästhetik*, Johannes Verlag, Einsiedeln, 1961).

³⁸El misterio de los constitutivos del amor ya es de por sí bastante profundo y complejo. Y complicado además por el hecho de que la discusión sobre el interés o desinterés en el amor tropieza, ya de entrada, con las limitaciones del lenguaje y el peligro que supone la ambigüedad de los términos.

el momento en que, al fin y al cabo, Dios es su último fin. Y de ahí que la creatura racional no pueda amar a Dios pura y simplemente, dando de lado incluso al deseo de conseguir su salvación; por lo que puede decirse, por lo tanto, que en definitiva tiene que amar mirando también a sí misma.³⁹ Que el amor de Dios precede y es causa a su vez de la bondad de todo lo que Él ama, mientras que el amor del hombre es causado precisamente por la bondad de las cosas, es algo bien establecido por la doctrina: *Sin embargo [Dios] no ama como nosotros; porque como nuestra voluntad no es la causa de la bondad de las cosas, sino que, al contrario, es ésta la que como objeto la mueve, el amor por el que queremos el bien para alguien no es la causa de su bondad; sino que su bondad, real o aparente, es la que provoca el amor por el cual queremos que conserve el bien que tiene y adquiera el que no posee, y en ello ponemos nuestro empeño. En cambio, el de Dios es un amor que crea e infunde la bondad en las creaturas.*⁴⁰

Es cosa evidente e indiscutible, por lo tanto, que el Ser infinitamente perfecto no puede recibir nada de las creaturas. Si las ama, es Él quien pone en ellas la bondad por la que son amadas. . .

Pero el problema, sin embargo, no es tan simple como a primera vista parece. Porque es un hecho que Dios ha querido establecer con su creatura unas *verdaderas relaciones de amor*. Ahora bien, y como

³⁹ *Summa Theologiæ*, I-II, q. 16, a. 3; II-II, q. 27, a. 3. Acerca de este tema puede consultarse el artículo *Charité*, en el *Dictionnaire de Théologie Catholique*, y el Breve *Cum alias ad apostolatus*, de 1669 (Denzinger-Schönmetzer, *Enchiridion Symbolorum*, nn. 2351 a 2374).

⁴⁰ *Non tamen [Deus amat] eo modo sicut nos. Quia enim voluntas nostra non est causa bonitatis rerum, sed ab ea movetur sicut ab objecto, amor noster, quo bonum alicui volumus, non est causa bonitatis ipsius: sed e converso bonitas eius, vel vera vel æstimata, provocat amorem quo ei volumus et bonum conservari quod habet, et addi quod non habet: et ad hoc operamur. Sed amor Dei est infundens et creans bonitatem in rebus* (Santo Tomás, *Summa Theologiæ*, I, q. 20, a. 2).

es sabido, todo amor se fundamenta en algo que en esencia se resuelve en entrega mutua y reciprocidad. De ahí la necesidad de contemplar la posibilidad de que la creatura haya recibido de Dios *alguna cosa* de la que libremente pueda disponer: con la posibilidad real, por lo tanto, de entregarla si así lo desea (amor), o de reservarla y guardarla para sí misma si es que lo prefiere así (egoísmo, o desamor).

Si se admite que la reciprocidad, y por supuesto la entrega, están incluidas en la esencia del amor, será conveniente entonces investigar la posibilidad de que la creatura sea capaz de entregar algo a Dios. Lo cual habrá de ser, sin la menor duda, alguna cosa previamente recibida de Él: algo peculiar y singular, por supuesto, pero tan específicamente *personal* y propio de la creatura (aunque ello suponga un don previamente recibido de Dios, como sucede con el ejercicio de la libertad) como para hacer posible y *verdadera* la relación amorosa. ¿Puede Dios *recibir* —o dejar de recibir— alguna cosa que previamente ha tenido a bien entregar a su creatura para que ella, a su vez, libremente disponga de tal don? ¿Tiene sentido afirmar eso?

Las parábolas de los talentos⁴¹ y de las minas⁴² pueden arrojar alguna luz sobre el problema. El hecho de que los siervos diligentes sean capaces de devolver lo recibido a su señor, e *incluso aún más* obtenido en ganancias por su cuenta, es un indicio de que el hombre —previa la gracia correspondiente, que en este caso está significada por los talentos o las minas recibidos— puede entregar a Dios algo específicamente suyo. Hay que reconocer que, si el hombre no goza de la capacidad de entregar a Dios algo propiamente suyo,⁴³ se hace muy difícil la tarea de explicar la realidad de la libertad humana,

⁴¹Mt 25: 14-30.

⁴²Lc 19: 11-27.

⁴³Una capacidad que, por supuesto, no puede ser obtenida sino por gracia (Jn 15:5; 1 Cor 4:7).

y aún más todavía la del amor. De otra forma ambas realidades se quedarían sin contenido, con la consecuencia de que los dones de Dios se convertirían en ficción. Si se está dispuesto a reconocer que la Palabra de Dios, contenida en la Escritura, es algo más que simple literatura, habrá que reconocer que la consigna de *negociad mientras vuelvo* significa algo; que en este caso no es otra cosa que la posibilidad, conferida a los siervos (incluso bajo mandato), de trabajar por su cuenta y *hacer méritos propios*.⁴⁴

El Amor esencial es, desde luego, donación; aunque debido a lo cual, y por el hecho de constituirse como relación, es también necesariamente recepción.⁴⁵ Con respecto al amor creado o participado, si bien ha de tenerse en cuenta la analogía, todo parece indicar que también incluye en su esencia de alguna manera el concepto de reciprocidad. Que las cosas sucedan de modo bien diferente en Dios y en las creaturas, como efectivamente así es, no autoriza a olvidar aquello en lo que consiste justamente la analogía: que los términos o analogados opuestos coinciden en poseer —la *similitudo*— aquello que suele ser lo esencial del concepto en cuestión, y que es precisamente lo que los hace semejantes o analogados; por más que el modo y manera de poseerlo —la *dissimilitudo*— sean en ellos tan diferentes e incluso a menudo tan distantes.

Que el Amor esencial es entrega mutua, en totalidad y reciprocidad, consta bien claramente en la Revelación: *Todas las cosas me*

⁴⁴ Algo paralelo, como se ha indicado más arriba, a lo que sucede con el problema de la libertad y la gracia. Totalmente incapaz de hacer nada sin la gracia, el hombre recibe de ella, sin embargo, la posibilidad de llevar a cabo actos de contenido sobrenatural y por supuesto imputables a él. Cabría recordar aquí lo que se dice en uno de los prefacios de las misas de santos: *Y al coronar sus méritos coronas tu propia obra*.

⁴⁵ No debe olvidarse que, en el seno de la Trinidad, el Espíritu Santo es *nexus duorum*.

han sido entregadas por mi Padre...⁴⁶ Todas las cosas que el Padre tiene son mías...⁴⁷ Hay más dicha en dar que en recibir...⁴⁸ Así como el Padre tiene vida en sí mismo, así también dio al Hijo tener vida en sí mismo.⁴⁹ Existe por lo tanto la reciprocidad, junto con la totalidad, en el Amor esencial. El Espíritu Santo es Don; pero un don de dos que a la vez entregan y reciben.

⁴⁶ *Omnia mihi tradita sunt a Patre meo* (Mt 11:27).

⁴⁷ *Omnia, quaecumque habet Pater, mea sunt* (Jn 16:15). Este texto podría ser interpretado de dos maneras diferentes: Todo lo que el Padre tiene me ha sido entregado por Él y por lo tanto me pertenece; o bien: todas las cosas que el Padre tiene se las he entregado yo también a mi vez (donde hay una respuesta en reciprocidad). Por supuesto que la prioridad del Padre no es inconveniente para aceptar la segunda interpretación; la cual, de todos modos, parece que es paralela y complementaria de la primera.*

⁴⁸ *Beatius est magis dare quam accipere* (Hech 20:35). Aunque el Señor parece hablar aquí de aquello que hace más feliz, y de lo que posee por lo tanto prioridad en el concepto del amor, no cabe duda de que puede interpretarse también en el sentido de que la relación amorosa contempla necesariamente la reciprocidad.

⁴⁹ *Sicut enim Pater habet vitam in semetipso, sic dedit et Filio habere vitam in semetipso* (Jn 5:26). El texto de Jn 14:28, en el que se dice que *el Padre es mayor que yo*, parece aludir a la prioridad que supone la generación (en modo alguno prioridad temporal o superioridad) del Padre con respecto al Hijo. No tiene sentido alguno suponer que el texto alude ahí a Jesucristo como hombre: porque en realidad habla de un *yo* que no puede ser sino divino, y porque sería además una simpleza —por excesivamente obvia— la afirmación de que Dios es mayor que una creatura.

*Decía la *Tabula Aurea* que el Padre es mayor que el Hijo por razón de la donación (que viene a decir cierta autoridad), aunque no por razón de lo donado: *Pater est maior Filio, ratione dationis, quæ auctoritatem dicit, non autem ratione dati. Sed Filius nullo modo est minor Patre* (art. *Filiatio*). Santo Tomás alude a la disputa meramente terminológica entre los Padres griegos y latinos, y dice expresamente que *Apud Græcos invenitur de Filio vel Spiritu Sancto dici quod principientur. Sed hoc non est in usu doctorum nostrorum. Quia licet attribuamus Patri aliquid auctoritatis ratione principii, nihil tamen ad subiectionem vel minorationem quocumque modo pertinens, attribuimus Filio vel Spiritui Sancto, ut vitetur omnis erroris occasio. Secumdum quem modum Hilarius dicit: "Donantis auctoritate Pater maior est; minor non est Filius, cui unum esse donatur"* (*Summa Theologiæ*, I, q. 33, a. 1, *Ad secundum*).

Si Dios ha querido establecer unas *verdaderas relaciones de amor* con el hombre —y nadie pone en duda tal cosa—, ha de haber en ellas un dar y un recibir que, a su vez, tienen que ser mutuos y recíprocos; porque en eso consiste el amor. Por lo demás, si bien es cierto que el Ser infinito no puede recibir nada de creatura alguna, también lo es que por eso precisamente se hizo hombre. Para Dios era el modo ideal de ponerse a la altura del hombre, de *compartir* con él los sentimientos propios de la humana naturaleza, e incluso de *aprenderlos* de manera experimental o al modo humano (Heb 5:8). Pero tal vez no se haya tenido en cuenta suficientemente el *semetipsum exinanivit* de Flp 2:7, ni se haya profundizado lo bastante en todas las posibles implicaciones de la Encarnación del Verbo. Un misterio que siempre ha parecido asustar al hombre, hasta el punto de que nunca ha terminado de asimilarlo en la medida en que podía haberlo hecho. De ahí que lo que decía San Pablo a propósito de la Cruz es igualmente aplicable aquí: *Escándalo para los judíos y locura para los gentiles*.⁵⁰ Es lo cierto que las secuelas del maniqueísmo (con su horror a la materia), o al menos del platonismo (con su *sospecha de la materia*)⁵¹ han continuado existiendo,

⁵⁰1 Cor 1:23.

⁵¹La postura de Santo Tomás está necesitada aquí de una mayor profundización. Por un lado, parece no haber superado siempre algún que otro lastre del platonismo de San Agustín; por otro en cambio —por citar un ejemplo—, niega al alma humana separada del cuerpo la condición de persona: con lo que se suscita un problema tan interesante como difícil, y que habrá que intentar abordar aquí de nuevo de alguna manera. Algo que tiene que ver, sobre todo, con la cuestión de la escatología intermedia: una doctrina que hay que mantener a toda costa, pero que presenta dificultades cuando se parte de las premisas del santo. Por ejemplo, y según lo que se desprende lógicamente de la doctrina tomista sobre las almas separadas, *solamente hay en el Cielo una persona humana: la Virgen María*; San José, por ejemplo, o San Francisco de Asís, o el mismo Santo Tomás, sin duda alguna que no son ellos mismos, sino *únicamente sus almas bienaventuradas*: las cuales, desde luego —conviene insistir—, no son las personas de tales santos.

más o menos larvadas o conscientes, incluso en el seno de la misma Iglesia.⁵²

El verdadero amor es una relación interpersonal en la que ambos amantes entregan y reciben. Y por eso resulta difícil concebir la relación amorosa si no se admite en ella una verdadera reciprocidad.⁵³ Al respecto se puede traer a colación un texto del Apocalipsis, bastante conocido, capaz probablemente de proporcionar alguna pista: *He aquí que estoy a la puerta y llamo. Si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él y cenaré con él; y él cenará conmigo.*⁵⁴ En cuanto a la identidad del que está llamando a la puerta para que le abran no cabe ninguna duda. Y no deja de ser algo más que admirable el hecho de que sea el mismo Esposo quien se allega hasta la esposa, en humilde actitud de *implorar*, a fin de que ella le abra la puerta. Algo que por otra parte no debe extrañar si se tienen en cuenta las leyes del amor; y además ya antes estaba dicho, y muy bellamente por cierto, en el *Cantar de los Cantares*:

⁵²James T. O'Connor, *The Hidden Manna*, Ignatius Press, San Francisco, 1988, capítulo IV, pgs. 268 y ss., a propósito de la Eucaristía.*

⁵³De nuevo conviene recordar que en el seno de la Trinidad, o del Amor sustancial, el Espíritu Santo procede *a la vez* del Padre y del Hijo: *Qui ex Patre Filioque procedit.*

⁵⁴Ap 3:20.

*Por cierto que el autor muestra un entusiasmo por K. Rahner y Teilhard de Chardin sin duda alguna un tanto descomedido, pues él mismo apunta unas tímidas observaciones a las citas que hace de estos autores. De todos modos, algunas de las afirmaciones de este capítulo no pueden ser admitidas sin reservas, puesto que rayan, por lo menos, en la ambigüedad y debieran haber sido explicadas más claramente. Como, por ejemplo, cuando atribuye a Santo Tomás la teoría de que las sustancias de pan y vino no desaparecen, sino que quedan más bien meramente transformadas: *He rejected the theory of the annihilation of the substance of bread and wine; they did not cease to be, having been replaced by something else. Rather they themselves were transformed, molded into that which they had not been before.* ¿Cómo pueden no dejar de ser y más bien ser transformadas en otra cosa que antes no eran? Algo parecido hay que decir de la exégesis que hace de Flp 2:7 en la página 278.

*¡La voz de mi amado! Vedle que llega,
saltando por los montes,
triscando por los collados.
Es mi amado como la gacela o el cervatillo.
Vedle que está ya detrás de nuestros muros,
mirando por las ventanas,
atisbando por entre las celosías.⁵⁵*

La alusión a la cena es suficientemente expresiva, y ya se ha hablado de ella bastante en este libro. Se trata de la misma cena, o del mismo festín amoroso, de los que hablaba la parábola de las vírgenes (Mt 25: 1-13).⁵⁶ La misma cena a la que aludía San Juan de la Cruz en la que es, quizá, la más bella de todas sus estrofas:

*La noche sosegada
en par de los levantes del aurora,
la música callada,
la soledad sonora,
la cena que recrea y enamora.*

Aunque la alusión a una cierta reciprocidad —y la consiguiente afirmación de un plano de igualdad— que hace el texto al final es quizá lo más interesante de su contenido: *Y cenaré con él y él cenará conmigo.*⁵⁷ Porque no cabe duda de que aquí se hace referencia a una cierta situación de igualdad; acerca de la cual, por otra parte,

⁵⁵Ca 2: 8-9.

⁵⁶Cf Lc 14:16; Ap 19:9.

⁵⁷Algunos traductores traducen ingenuamente —seguramente para abreviar y poner la expresión al día— “y cenaremos juntos”; lo que no deja de ser una tergiversación del texto.

no puede negarse que siempre ha sido considerada como una condición necesaria para la intimidad de los amantes. Y no podía ser de otro modo, dada la especial contextura del amor y las leyes que se desprenden de su propia naturaleza:

*Gocémonos, Amado,
y vámonos a ver en tu hermosura
al monte y al collado
do mana el agua pura;
entremos más adentro en la espesura.*⁵⁸

Las relaciones de amor son siempre esencialmente personales⁵⁹ y se desenvuelven, por lo tanto, según criterios de reciprocidad; aunque también de una cierta igualdad, que es la que permite estar juntos, o en el mismo plano, a los amantes.⁶⁰ Los textos del Nuevo Testamento son bastante expresivos al respecto, hasta el punto de que resultarían bastante difíciles, tanto la postura de no ver en ellos la existencia de relaciones estrictamente personales, como la de aceptar que Dios no goza con el amor correspondido de sus creaturas. La reciprocidad

⁵⁸San Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual*.

⁵⁹Es cierto que Dios ama a las creaturas irracionales, como admite Santo Tomás aunque con ciertas restricciones y con razones no siempre demasiado convincentes (*Summa Theologiæ*, I, q. 20, a. 2. *Ad tertium*). Y por supuesto que, *proprie loquendo*, como dice el santo, Dios no ama a las creaturas irracionales con amor de amistad o del mismo modo que a las racionales. Si bien es cierto también que tales creaturas *responden* a su modo a tal amor: por medio del hombre (compuesto de alma y cuerpo), quien al fin y al cabo y por eso mismo es la coronación y el ápice —y por lo tanto también la voz— de la creación material.

⁶⁰Acerca de la situación de reciprocidad en el amor de Jesucristo a sus discípulos —y al Padre a través de Él—, cf, por ejemplo, Jn 14:20; 15: 4-5; 17: 21-23.26. En cuanto al hecho de estar juntos, cf también Jn 14: 3.18.28; 15: 4-5; 16:22; 17:24.

y el plano de igualdad son estados o situaciones que corresponden exclusivamente a las personas: por naturaleza o por gracia, pero en una situación absolutamente real.⁶¹

Es evidente que la infinitud de la naturaleza divina no puede adquirir nada de parte de las creaturas. Pero en cambio parece lógico admitir que las Personas divinas, como tales Personas, pueden establecer con la creatura racional especiales relaciones; que en este caso son de amor: *Quien acepta mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama; y quien me ame será amado por mi Padre, y yo lo amaré y me manifestaré a él... Si alguno me ama, guardará mi palabra; y mi Padre lo amará, y vendremos a él, y haremos en él nuestra morada.*⁶² No cabe duda que en estos textos se alude a unas relaciones especiales, además de *nuevas*, establecidas con la creatura humana, y que son evidentemente de amor o de amistad: *Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; sino que a vosotros os he llamado amigos, puesto que os he dado a conocer todo lo que he oído a mi Padre.*⁶³ Ni tampoco debe olvidarse que fue precisamente la Persona del Verbo la que *asumió* una naturaleza humana para hacerla suya. De donde puede admitirse, por lo tanto, que tales relaciones de amor son tan reales como verdaderas. Y, si bien es cierta la afirmación de que la infinitud de la Beatitud divina no admite cambios adicionales, también lo es la

⁶¹La condición de hijo de Dios, por ejemplo, otorgada al hombre por gracia y a través de la gracia, no deja de ser por eso una condición real (1 Jn 3:1); y de no ser así habría que preguntarse acerca de lo que en realidad se le ha otorgado al hombre. Es digna de notar la tendencia a olvidar que la Encarnación del Verbo ha elevado al hombre a un plano que era, por lo demás, enteramente impensable en el Antiguo Testamento: *He aquí que hago nuevas todas las cosas* (Ap 21:5; cf 2 Cor 5:17).

⁶²Jn 14: 21.23.

⁶³Jn 15:15; cf también 15: 4-5.

de que el amor aparece siempre acompañado por el gozo: bien como su fruto más directo, o bien como algo contenido en sí mismo y que en cierto modo se identifica con él (Ga 5:22; Ro 14:17).⁶⁴ Por eso no parece absurdo pensar que la Beatitud divina, en su excelsa inmensidad, sea absolutamente capaz de manifestarse como tal en algunas o en muchas de sus infinitas virtualidades; sin que se vea la necesidad de tener que suponer por eso cambio alguno en la simplicidad de la divina esencia. Los sentimientos se atribuyen siempre a las personas, y no a la naturaleza como tal; y son precisamente los de amor y de gozo los más eminentemente personales que cabe imaginar. Las relaciones de amor con Dios —tal como sucede con toda relación amorosa— son impensables en realidad si no hay una situación de *entrega* a la que siga necesariamente otra de *recepción* o adquisición: *Quien pierda su vida por mí “la encontrará”*.⁶⁵ Tal vez se pueda concebir que el amante, por su parte, es capaz de entregar desinteresadamente, sin esperar nada a cambio; y de hecho existen teorías sobre el amor que así lo dicen expresamente. Pero es lo cierto que tal suposición, acerca del verdadero y perfecto amor, es imposible e impensable desde el momento en que el otro amante está igualmente decidido a entregar a su vez; puesto que el amor —como tantas veces se ha dicho— es siempre cosa de dos, configurado sobre la base de una relación bilateral y recíproca. La verdad es que ambos amantes quieren entregarse, y ambos a la vez desean poseer al otro; hasta el punto de que suponer otra cosa equivaldría a quebrantar —un intento inútil, por lo demás— las leyes inapelables del amor. Que exista más dicha en entregar que en recibir (Hech 20:35) no significa que las dos cosas no pertenezcan igualmente a la esencia del

⁶⁴Uno de los nombres propios del Espíritu Santo es justamente el de Paráclito, o Consolador. En la Escritura va siempre asociada su acción al gozo y a la paz del alma.

⁶⁵Mt 10:39; 16:25.

amor.⁶⁶ Es de la conjunción de ambas de donde procede, tal como se dice del Espíritu en el Amor sustancial: *Nexus duorum*, o también *Qui ex Patre Filioque procedit*.

El *Cantar de los Cantares*, desde luego, no sabe nada de tales amores *desinteresados*; ni menos aún, como bien puede suponerse, de aquéllos que no están fundamentados en una perfecta relación de bilateralidad y reciprocidad. Y ya sería bastante difícil pretender otra cosa. Por eso no tiene inconveniente en admitir que el Esposo va en busca de la esposa, y con no poca ansiedad, para *recibir* de ella. ¿Y acaso podría concebirse un amor en el que cada uno de los amantes no entregara y, a su vez, no recibiera también del otro?

*Voy, voy a mi jardín,
hermana mía, esposa,
a coger de mi mirra y de mi bálsamo;
a comer la miel virgen del panal,
a beber de mi vino y de mi leche...⁶⁷*

⁶⁶La vieja discusión acerca del amor *desinteresado*, referido sobre todo al amor sobrenatural y en el que tanto énfasis puso el protestante Nygren,* carece en realidad de sentido. El amor —y esto vale sobre todo para el sobrenatural, o el amor a Dios— solamente podría ser desinteresado desde el momento en que la esposa no deseara para sí la posesión del Esposo. Algo tan absurdo como que supondría la destrucción o desaparición del mismo concepto del amor. Y en efecto, porque el amor sobrenatural, tal como lo concibe Nygren, es tan *puro* que no puede menos que desvanecerse sin remedio.

⁶⁷Ca 5:1.

*La obra, ya clásica, es difícil de encontrar hoy. Existe una traducción inglesa, Anders Nygren, *Agape and Eros*, The Westminster Press, Filadelfia, 1969. En ella se dice que el libro fue publicado en Inglaterra por primera vez, en diversos volúmenes, entre los años 1932 y 1939; y por fin, refundido en un solo volumen, en 1953.

Por otra parte, ¿cómo sería capaz de decir la esposa que ella es *para su amado* (Ca 2:16; 6:3) si Él no tuviera nada que recibir de ella...? Por eso parafraseaba San Juan de la Cruz en su *Cántico Espiritual*:

*Allí me dio su pecho,
allí me enseñó ciencia muy sabrosa,
y yo le di de hecho
a mí sin dejar cosa,
allí le prometí de ser su esposa.*

Una vez admitido el hecho de que el amor es una relación personal — eminentemente personal —, bilateral y recíproca, se puede entonces afirmar de antemano que, si la referencia a la persona llegara a difuminarse o a desaparecer, las consecuencias podrían ser bastante graves. La innegable realidad de que determinadas devociones (como la de las Cinco Llagas, o la del Corazón de Jesús) hayan quedado relegadas a un más que modesto segundo plano, podría encontrar aquí su explicación.⁶⁸ Aunque esto no es ni con mucho lo más grave; y siempre existiría la posibilidad de admitir que la causa de este fenómeno, o la de otros similares, no es otra que la evidente pagанизación de una sociedad que ahora es postcristiana. En realidad existen acontecimientos y circunstancias, de carácter mucho más serio y delicado, y que pasan sin embargo bastante más desapercibidos.

⁶⁸ Aquí no se pretende discutir la legitimidad o la bondad de éstas u otras devociones que, por otra parte, han sido aprobadas y recomendadas por la Iglesia. El hecho de que hayan sido alentadas durante tanto tiempo por la Iglesia, con innegable provecho de los fieles, no debe ser obstáculo para lo que aquí se pretende: una simple llamada de atención, a fin de que se siga profundizando en ellas con vistas a proporcionarles fundamentos teológicos más serios.

La Pastoral católica ha visto surgir en su seno, durante los últimos tiempos, el fenómeno de un detrimento de lo personal en favor de lo colectivo. Algo que podría calificarse como una actitud en la que, por haberse acentuado excesivamente todo lo referente al concepto de lo social, se ha venido a desembocar en un oscurecimiento de lo estrictamente individual o personal. Un hecho cuya explicación más simple se encuentra sin duda en el auge alcanzado por el concepto de clase social, aireado sobre todo por una ideología marxistizante cuya influencia en círculos muy amplios, tanto de la teología como de la pastoral católicas, es bien conocida.

La grey de Jesucristo, reconocido como el Gran Pastor de las ovejas (Heb 13:20), es a la vez una Grey y un Cuerpo Místico en donde impera la ley suprema de la caridad (en su doble vertiente, vertical y horizontal). Aunque debe tenerse bien presente que los conceptos de oveja o el de miembro de un Cuerpo, utilizados por los textos bíblicos, no son más que metáforas; puesto que las tales ovejas, o los tales miembros de un Cuerpo, son seres individuales personales. Algo tan obvio como para que muchos piensen que decirlo de este modo —cuando se trata, en realidad, de algo tan sabido— no es sino hacer una observación inútil. Con todo, y a pesar de lo cual, conviene recordar que es obligación de la doctrina establecer un equilibrio, bien claro y definido, entre los conceptos de lo social y lo individual personal. Porque la grey de Jesucristo es efectivamente una Grey, o un Organismo si se quiere, o un Cuerpo Místico si así se desea. . . , pero formados o integrados por personas; con todo lo que esto último supone. Teniendo en cuenta, sin embargo, que cualquier decantación, por pequeña que sea, hacia uno u otro de esos conceptos puede ocasionar consecuencias indeseables. Incluso un concepto tan legítimo como el de Pueblo de Dios, promocionado sobre todo a partir del Concilio Vaticano II, puede dar lugar a ambigüedades cuando se usa indiscriminadamente.

La teología progresista (o el neomodernismo de la segunda mitad del siglo XX, que viene a ser lo mismo) ha insistido no poco en ideas que, o bien giran en torno a la Alianza del Pueblo de Dios, o bien en otras semejantes de reconocida raigambre en el Antiguo Testamento. Y, aunque aquí no se trata de cuestionar la legitimidad de tales conceptos, parece conveniente advertir acerca del peligro de que la insistencia en ciertas doctrinas ocasione el oscurecimiento o el olvido de otras. . . , tal vez de contenido más rico, o destinadas quizá a superar a las primeras. Al fin y al cabo el Nuevo Testamento es la culminación y superación del Antiguo; y si bien ambos son Palabra de Dios y doctrina revelada, hay que tener en cuenta que es en Jesucristo en quien el Padre ha dicho su Palabra última y definitiva, como decía San Juan de la Cruz.⁶⁹ Y aun dando por admitido que el Nuevo Testamento no elimina el Antiguo, debe reconocerse sin embargo que, si se produjera una situación de oscurecimiento u olvido de las complejas consecuencias del misterio de la Encarnación, se producirían daños irreparables. La excesiva insistencia en el hecho —por lo demás obvio— de que los cristianos forman un Pueblo de Dios, o una Nueva Alianza; o la repetición machacona de otros conceptos, tales como el del compromiso con los marginados o el de la *solidaridad*⁷⁰ con los oprimidos, han contribuido a enfatizar el carácter social del cristianismo. Aunque olvidando al mismo tiempo, por desgracia, que la doctrina de la Buena Nueva está fundamentada sobre la base *esencial* de unas relaciones con Dios que, por ser precisamente amorosas, son eminentemente personales e individuales (Jn 17:26). Con lo que se llega a algo de capital importancia. Porque si la sociedad humana diera lugar a que el amor quedara reducido a un difuso *background*, habría llegado el momento de

⁶⁹Cf Heb 1: 1-2.

⁷⁰Obsérvese el sutil escamoteo del concepto y de la palabra *caridad*.

pensar en la desaparición del Cristianismo como una mera cuestión de tiempo.

La influencia de la ideología marxista —que desprecia lo personal en aparente interés⁷¹ por lo social— en la vida católica no es un fantasma inventado por los *malos*, ni menos todavía una cuestión banal; por más que se empeñen en hacerlo creer así los interesados. Por lo que respecta a la Iglesia católica española, y sin ánimo de generalizar, los hechos están ahí para cualquiera que quiera verlos. Pero como aquí no tendría sentido ni objeto elaborar un documento sobre el tema, quizá sea suficiente con aportar algún ejemplo por más que parezca insignificante; pues está comprobado que los hechos menudos, con tal que sean elocuentes, son más convincentes para mucha gente que los tratados monográficos.

La Agenda de Pastoral, publicada por la Editorial PPC⁷² para el final del año 1996 y año 1997, casi puede considerarse, dados la prestancia, el papel desempeñado, y el prestigio alcanzado por esa Editorial, como la Agenda de Pastoral oficiosa para el clero español.⁷³ Contiene a lo largo de sus páginas unas viñetas que, pretendiendo ser graciosas y didácticas, son en realidad una buena muestra de la ideología que se respira en España en los ambientes *eclesiales*.⁷⁴ Lo

⁷¹El interés no puede ser sino aparente, porque en realidad es una mentira. Dado que la sociedad humana está formada por personas, cualquier intento de infravalorar la idea de persona redundará siempre en daño de la sociedad. Los resultados obtenidos donde se ha aplicado la ideología marxista están bien a la vista, y vienen a reducirse a la transformación de la sociedad humana en un termitero.

⁷²PPC, Editorial y Distribuidora, Madrid.

⁷³Según dice ella misma (página 4), *va dirigida a los diferentes educadores y agentes de pastoral en las múltiples presencias de Iglesia (parroquias, centros educativos, servicios asistenciales, catequesis...)*.

⁷⁴Como todo el mundo sabe, el fenómeno es bastante universal. Prácticamente se podría aplicar lo que se dice aquí a casi todos los países del Occidente cristiano, y especialmente a aquéllos en los que ha influido la Teología de la Liberación.

más comprensivo que se puede decir acerca de ellas —sin prejuzgar las intenciones de su autor, que pueden suponerse buenas— es que rezuman marxismo y descreimiento. Para demostrarlo bastará con aportar aquí algunas, escogidas entre las menos punzantes; aunque teniendo en cuenta, de todos modos, que el mismo autor confiesa (en la página 5) que no ha sido tan incisivo como él hubiera deseado.

En una de ellas se ponen en labios de Dios, que aparece en el dibujo contemplando algo así como el mundo, las siguientes palabras: *Mientras siga habiendo viejos y viejas que rebuscan en la basura para poder comer, no quiero vuestros templos, ni vuestras misas, ni vuestras oraciones!!*⁷⁵ A lo que hay que decir que es digna de alabanza la conmiseración del autor por los hambrientos y miserables, dado que la compasión es una de las más eminentes virtudes cristianas. Si bien lo de los viejos y viejas no deja de sonar un poco a trágico, puesto que es bastante probable que también haya jóvenes, o tal vez gente madura, que igualmente pasen hambre; aunque es de suponer (tal vez con excesivo optimismo) que no siempre tendrán que llegar al punto de *rebuscar en la basura*. Sea de ello lo que fuere, todo el mundo estará de acuerdo en que eso es lo de menos; y habrá también justa unanimidad en cuanto a la conveniencia de perdonar al autor su clara intención de recargar las tintas, dados los buenos deseos que parecen animarle.

De todos modos, alguien podría preguntarse acerca del destino definitivo de esos pobres viejos y viejas —obligados a rebuscar en la basura para poder subsistir—, el día en que no haya templos, ni misas, ni oraciones. A lo cual, probablemente, respondería el autor que aquí se trata simplemente de considerar lo que es más importante y urgente. Y seguramente que es así; por lo que tal vez valga la pena hacer algunas consideraciones al respecto.

⁷⁵ *Sic*, a la inglesa, con doble admiración final y sin apertura.

Una tarea que se puede llevar a cabo, afortunadamente en este caso, echando mano del Evangelio. ¿Qué cosa mejor, después de todo, que responder con la Palabra de Dios a las cuestiones que, según la Agenda, es el mismo Dios quien las plantea? Y una vez advertido esto, la solución parece estar contenida expresamente en Jn 12: 1-8.⁷⁶ Donde se expone el caso de una mujer que, no teniendo inconveniente en gastar una libra de perfume carísimo en unguir los pies del Señor, dio lugar con su conducta a una indignada protesta por parte de Judas: *¿Por qué no se ha vendido este perfume en trescientos denarios y se ha dado a los pobres?* Acerca de lo cual, y sin ánimo de polémica, conviene notar que el texto sagrado contiene dos respuestas a esta observación del apóstol traidor, tan aparentemente justificada.⁷⁷ Una de ellas es del propio evangelista, del que no se puede decir precisamente que utilice en este caso palabras suaves y comprensivas: *Dijo esto, no porque él se preocupara de los pobres, sino porque era ladrón; y, como guardaba la bolsa, hurtaba de lo que echaban en ella.* La otra respuesta es del propio Jesús; y es tan terminante que sentencia definitivamente el tema: *Déjala que lo guarde para el día de mi sepultura. Pues a los pobres los tendréis siempre con vosotros; pero a mí no siempre me tendréis.*

Frente a lo que alguien pudiera creer, el problema que aquí se plantea no es un mero ejercicio dialéctico. Ni tampoco se trata de una simple cuestión de prioridades, acerca de si el culto a Dios debe anteponerse o nó al ejercicio de la caridad cristiana; de tal manera que el primero no tendría valor si no se practica la segunda. Lo que hay aquí, en definitiva, es un tema —la justicia social ante todo y sobre todo— que los marxistas, y por supuesto sus seguidores,

⁷⁶Cf los lugares paralelos: Mt 26: 6-13 y Mc 14: 3-9.

⁷⁷Una vez más, aparece aquí la obligada servidumbre de la mentira con respecto a la verdad. Muy a su pesar, tiene que revestirse siempre de apariencias de verdad y de justicia.

han aprovechado para alzar bandera y convertirlo en fácil campo de batalla.⁷⁸ Porque lo que *realmente* está en juego aquí es la misión sobrenatural de la Iglesia; o la sustitución de una religión sobrenatural por la sociología del bienestar puramente terreno. Lo verdaderamente importante —viene a decirse con estas consignas— es que haya

⁷⁸Los liberacionistas no hablarían aquí de caridad —palabra y concepto desterrados definitivamente de su lenguaje—, sino de justicia: se trata ahora de darle a los pobres —otra palabra proscrita: léase marginados— *lo que les es debido*, o lo que es suyo. Pero parecen ignorar que el concepto de justicia distributiva, muy claro en la doctrina y en la teoría, plantea en la práctica problemas difíciles y hasta aparentemente insolubles. A cada uno según sus necesidades, como decía Marx, o a cada uno lo que es suyo. . . De acuerdo. Sin embargo los economistas y los juristas saben bien lo difícil que resulta establecer cuáles son las necesidades de cada uno; por no hablar de las cosas que en justicia son realmente de cada uno (recuérdese la evolución del concepto de propiedad desde los tiempos del Derecho Romano hasta hoy). El mismo Jesucristo, como buen conocedor de la naturaleza humana, parece ser un tanto escéptico con respecto a la solución de la cuestión: *A los pobres siempre los tendréis con vosotros*.

Por otra parte, los textos de Mt 9:13 y 12:7, en los que Jesucristo habla de que *misericordia quiero, y no sacrificio*; o en el que aconseja ir a reconciliarse con el hermano antes de hacer la ofrenda en el altar (Mt 5: 23-24), no tienen nada que ver, ni con una oposición entre el culto y el ejercicio de la caridad, ni con una cuestión de prioridades. Como Él mismo diría, *se trata de hacer estas cosas sin omitir aquéllas* (Mt 23:23). Lo que realmente significan, si se leen en su contexto, es que los actos rituales no tienen sentido cuando se reducen a lo puramente externo y no responden a una actitud interior de auténtico amor (tanto a Dios como al prójimo). No se puede pretender honrar a Dios si no se tiene a la vez la consiguiente consideración con el prójimo; como demuestra la parábola del siervo despiadado (Mt 18: 23 y ss.). El amor a Dios y al prójimo son prácticamente para San Juan la misma cosa; hasta el punto de que, precisamente por eso, son inseparables (1 Jn 4:20). Y ahí está precisamente el punto álgido de la cuestión: porque si se separan, o *se elimina el uno por el otro*, desaparecen ambos automáticamente. Para la Revelación, las cosas están demasiado claras: el primer mandamiento ordena amar a Dios sobre todas las cosas; mientras que el segundo viene después, *y viene a ser una consecuencia* o semejanza del primero: y al prójimo como a uno mismo.

justicia social y que desaparezcan de una vez por todas los pobres (o marginados). Pero lo que de verdad se intenta, en definitiva, es rechazar para siempre el texto de Heb 13:14: *No tenemos aquí ciudad permanente, sino que más bien buscamos la futura;*⁷⁹ con el fin de sustituirlo por la idea marxista de que, no solamente no hay otro paraíso a esperar que el de esta tierra, sino que pensar otra cosa es alienar al ser humano. Si existiera alguna duda al respecto ahí están todo el contexto de la Teología liberacionista, y el de las restantes viñetas de la Agenda de PPC, para demostrar la verdad de esta afirmación.

La Iglesia ha practicado incansablemente la caridad, en todas sus formas y maneras, durante veinte siglos. Ha luchado sin desfallecer, incluso hasta el heroísmo, en un gigantesco esfuerzo para hacer el bien, para implantar la justicia, y para marginar así en lo posible el sufrimiento y la miseria de los hombres; y por supuesto con vistas al cumplimiento de su misión sobrenatural. Pero, a diferencia de las utopías, lo ha hecho siempre sobre una base realista. Y además de dos maneras, a saber: ante todo partiendo del mandamiento primero; pues ha sido para ella un convencimiento constante el de que, sin amor a Dios y sin que los hombres se sintieran hermanos e hijos del Padre celeste, no existirían tampoco nunca, ni la caridad hacia el prójimo ni ninguna clase de justicia. Y en segundo lugar, ella también ha sabido siempre que *a los pobres los tendréis siempre con vosotros*; puesto que la naturaleza humana, por más que elevada de nuevo por la gracia, sigue siendo una naturaleza caída;⁸⁰ y porque, debido precisamente a eso, la caridad y la justicia no serán definitivas en esta Tierra hasta que llegue el momento de la Parusía.

⁷⁹Cf 1 Cor 15:19.

⁸⁰El empeño en rechazar el dogma del pecado original y sus consecuencias es característico de las teologías naturalistas.

Mientras que las utopías, por el contrario —y la ideología marxista es una utopía—, están fundamentadas sobre la mentira. Por eso precisamente son utopías, y por eso su campo propio es en todo caso el de la literatura, y no el de la vida real. Algunas de ellas, por desgracia, tomándose a sí mismas en serio, se empeñan en desconocer la verdadera situación de la naturaleza humana; y como consecuencia, al paso que dan de lado a la realidad, tratan de engañar a todo el mundo con vanas promesas. De ahí que no puedan ser implantadas sino por la fuerza y la extrema violencia, y de ahí también que respiren rabia y rencor a todas luces.⁸¹

Otra característica de estos ideólogos es la gran preocupación que demuestran por los temas referentes al sexo, sin vacilar en acusar a los demás de extrañas obsesiones que, en realidad, sólo a ellos parecen preocupar. Tal vez por eso en otra de las viñetas de la *Agenda PPC 1997*, en la que aparece la figura de Dios con un niño y una niña (o eso parece desprenderse del dibujo), se dice lo siguiente: *¡Cuántas historias con el sexo! ¿Pues no son estos mismos los que cuando se habla de Teología de la Liberación dicen que la Iglesia sólo debe ocuparse de las almas?*

Lo verdaderamente cierto es que, al menos en este caso, el autor anda lejos de estar bien enterado. Ya que los detractores de la Teología Liberacionista no han proclamado jamás el infundio de que la Iglesia sólo debe ocuparse de las almas. Pretender tal cosa supone, por parte de quien lo afirme, o bien depender de una mala fuente de información, o bien poseer un conocimiento bastante pobre de la Teología. La verdad obliga a decir que la Iglesia —y con ella la sana Teología— ha proclamado siempre que su misión es la de ocu-

⁸¹Una Pastoral crispada y rabiosa es señal, casi siempre, de la presencia de la ideología marxista. Sus exhortaciones no tienen nada que ver con las parénesis evangélicas sobre el hambre de justicia o sobre la misericordia; por no hablar de las que se refieren al mandamiento nuevo del amor.

parse del destino sobrenatural de las almas... y de los cuerpos. Ha sido doctrina constante para ella que su tarea consiste en procurar la salvación del hombre completo, tal como está estructurado en la unidad sustancial de los dos principios que lo constituyen, a saber: alma y cuerpo.

Es falso que la Iglesia no se haya interesado por los cuerpos, aunque no de la forma en que parecen entender el problema los susodichos doctrinarios. A propósito de lo cual, ¿qué sentido tiene, por ejemplo, acusar a la Iglesia de ser enemiga del placer?⁸² La verdad es que la Iglesia no se ha *aterrorizado* nunca ante tal cosa. Y, caso de que la acusación se refiera al placer del sexo, ahí está el hecho innegable de que fue ella precisamente, a instancias de su Fundador, quien elevó a la dignidad de sacramento la unión del hombre y la mujer; pero para dignificarla y para hacer que se alejara, definitivamente y para siempre, de cualquier semejanza con el coito de los animales. Pues la Iglesia ha luchado siempre por subrayar, tanto la condición de racionalidad del ser humano, como su elevación a la categoría de hijo de Dios.

Y de ahí que haya preferido siempre hablar más bien de la alegría. La cual, además de ser una realidad más digna y elevada que el mero placer, corresponde en exclusiva a los seres racionales; por más que parezca que algunos lo han olvidado. Pues ha sido la Iglesia la auténtica y única propagadora de la verdadera alegría humana, que no es otra que la alegría cristiana. No es casual que todos los días del año sean calificados por su Liturgia, o bien como *fiestas*, o bien como

⁸²En uno de los dibujos (página 185) aparece la figura de Dios, rodeado de niños y de niñas (¿se trata quizá de un símbolo?), diciendo: *¿Perderá la Iglesia, en el tercer milenio, su terror ante todo lo que signifique placer?* Y aquí no queda sino decir, por más que sea doloroso, que el empleo de la palabra *placer* en este contexto resulta ambiguo y hasta sospechoso. Por lo que un sentimiento de rubor, y el sentido de discreción, aconsejan no alargar más aquí los comentarios.

ferias; y menos aún que su acto de culto más importante y central sea justamente un banquete. Manifestación todo ello al fin y al cabo, entre otras muchas cosas, del espíritu festivo que inunda a una Iglesia cuya alma y motor es el Paráclito o Consolador, y a cuyos fieles les ha sido hecha por su Fundador la más feliz y esperanzadora de las promesas: *Se alegrará vuestro corazón y nadie os quitará vuestra alegría.*⁸³

El Dios infinito se ha revelado al hombre como un Ser personal que es también Amor. El mismo que, movido por su bondad, quiso hacer al hombre partícipe de su propia naturaleza divina y otorgarle su Amor. Para lo cual se hizo Hombre en Jesucristo, realizando así el doble designio de redimir del pecado a la humana naturaleza y de darle su Corazón. De tal modo y manera que, una vez abierto el camino y hecho posible el amor divino-humano, fue a partir de ese momento cuando el hombre pudo amar ya *de verdad* a su Dios: no solamente reconociéndolo como un Ser Personal al que, por lo tanto, podía dirigirse como a un *tú* desde la condición de su propio *yo*; sino que al *percibirlo* (1 Jn 1: 1-3) también como a un verdadero ser humano podía ya tratarlo por fin a su manera (por más que elevado por la gracia),⁸⁴ y verse a sí mismo junto a Él como en un mismo plano o nivel (Jn 15:15): cosas ambas que, al fin y al cabo, son fundamentales en el verdadero amor.

Claro que los doctrinarios del momento, de uno u otro signo pero de acuerdo todos en el empeño de difuminar la idea de Dios en el mundo actual, se apresurarán a asegurar que en todo esto hay mucho

⁸³Jn 16:22.

⁸⁴Uno de los grandes misterios, o de las grandes maravillas, de la unión hipostática, radica en el hecho de que la percepción de la Humanidad de Jesucristo por parte del hombre, lejos de impedirle a éste en lo más mínimo el reconocimiento de la divinidad del Señor, es precisamente lo que se lo hace posible y lo que lo conduce hasta ella.

de antropomorfismo. Y es justamente aquí donde coinciden muchas de las *teologías* hoy en boga.

En la ya citada *Agenda PPC 1997* —por utilizar un ejemplo muy al alcance de la mano—, puede apreciarse con facilidad el esfuerzo que se está llevando a cabo para borrar el concepto de Dios que siempre ha mantenido la Iglesia. Además de insinuar la posibilidad de la *demostración científica* (¿i) de la inexistencia de Dios,⁸⁵ se habla ya más claramente de la *muerte de Dios* y de su sustitución por la idea de *Abba*:⁸⁶ *Dios ha muerto. ¡¡Viva Abba!!*

En cuanto a lo primero, sólo cabe decir que no puede haber *teólogo* o *pastoralista* que se precien y que se sientan capaces, al mismo tiempo, de hablar de tal demostración científica; ni aun siquiera de broma. Y no ya por exigencias de la fe, sino por las de la razón científica precisamente y el dictado del sentido común. ¿Cómo puede alguien, en efecto, por poco culto que sea, dar cabida a la idea de la *demostración científica*⁸⁷ de la inexistencia o de la existencia de Dios...?

En cuanto a lo segundo, es fácil adivinar por donde andan las *teologías* de donde bebe el autor. De donde no es de extrañar, por lo tanto, que hable⁸⁸ de la conveniencia de *desmitificar* la idea de Dios. Una tarea a la que trata de colaborar presentando una viñeta en la que aparece Dios en diferentes figuras: de niños y de niñas, tanto blancos como negros. A la conclusión se puede llegar sin mucho esfuerzo, y por eso se deja a la consideración del lector, a saber: Desaparecido al fin el concepto tradicional de Dios como Ser perso-

⁸⁵ En la página correspondiente al mes de Agosto.

⁸⁶ En la página correspondiente al mes de Agosto, 1996.

⁸⁷ Entendida aquí, sin duda alguna, con referencia a las ciencias exactas; y de ninguna manera en relación a las cinco vías tomistas: cosa esta última que supondría una broma de mal gusto para estos *pensadores*.

⁸⁸ En la página 32.

nal, justo y remunerador,⁸⁹ queda el hecho de que el Ser Supremo, en el caso de que exista, no puede ser sino un Padre cuyo principal propósito no va a consistir precisamente en establecer normas rígidas para castigar a la gente. A lo que hay que añadir el repetido tópico de que es en los demás donde mejor se puede ver a Dios, por cuanto que eso es lo verdaderamente seguro. Es por eso quizá por lo que dice en otro lugar que *menos certezas y más sueños*.⁹⁰

Pero lo verdaderamente curioso aquí es la defensa a ultranza que se hace del feminismo. Ya va siendo hora —se dice— de que haya una Papisa;⁹¹ con la consiguiente advertencia acerca del peligro que representa el hecho de hacerse una idea *masculinomórfica* de Dios.⁹²

A lo cual se podría decir que efectivamente es cierto que no se puede pensar en el sexo con respecto a Dios; ni a la manera como existe en el hombre ni de ninguna otra. Por más que la atribución a Dios de la condición de asexuado no goza precisamente de lo que se podría llamar una buena resonancia. Lo realmente cierto es que

⁸⁹ Aquí se olvida el texto de Heb 11:6: *Sin la fe es imposible agradarle; pues es preciso que quien se acerca a Dios crea que existe, y que se hace remunerador de los que le buscan*. Se podría legítimamente dar un sentido algo más amplio al verbo *remunerar* y añadir: *Y de los que no le buscan...* ¿A qué se debe el empeño en querer hacer creer que Dios es mejor cuando es indiferente al hecho de que se le ame o de que no se le ame? ¿Por qué no podría Dios ser consecuente y otorgar, a los que libremente han preferido ignorarlo o despreciarlo, justamente lo mismo que han deseado y que además siguen deseando? ¿Acaso podría el Amor ser indiferente al hecho del desamor? Porque tal cosa equivaldría, en realidad, a suponer que el enamorado siente exactamente lo mismo, tanto si la persona amada corresponde a su amor como si no. La idea de un Dios *bondadoso*, que no desea castigar, es el atentado más directo perpetrado hasta ahora contra el concepto del Amor; que es lo mismo que decir contra el mismo Dios. Cf 1 Cor 3:13; 1 Pe 1:17; Ap 2:23; 22:12; etc.

⁹⁰ En la página 187.

⁹¹ En la página del mes de Marzo.

⁹² En la página del mes de Agosto.

la Revelación designa indudablemente a Dios como Padre. Y, por lo que se refiere a la segunda Persona de la Trinidad, el Verbo no es desde luego para la Revelación una hija, sino un Hijo; el mismo precisamente que algún día se encarnó como hombre, y no como mujer.

Lo cual no significa absolutamente nada en menoscabo de la condición de la mujer. ¿Y por qué habría de ser de otro modo? El ser humano no había imaginado nunca a Dios ni como varón ni como hembra, sino sencillamente como Dios y como Padre; y, en cuanto a Jesucristo, como verdadero Dios y como verdadero Hombre. Sin que por eso nadie haya pensado, al menos hasta ahora, en un desprecio hacia la mujer; lo mismo que a nadie se le había ocurrido tampoco la peregrina idea de que, por el hecho de ser una mujer la más excelsa y elevada de las creaturas puramente humanas —la Virgen María—, tal cosa haya supuesto una infravaloración del varón.

De todos modos, y si bien se mira, parece que lo verdaderamente importante aquí es otra cosa. Porque tal vez no se trata tanto de defender a la mujer cuanto de difuminar la idea de Dios.⁹³ Todo sucede como si lo que se pretendiera, en realidad, no fuera otra cosa que la de *volatilizar* al Dios verdadero y Hombre verdadero que es Jesucristo.

⁹³No deja de ser extraño el angustiado empeño de los modernos caballeros andantes en defender a la mujer. La cual, no solamente no había necesitado tanto hasta ahora de tal protección del varón, sino que había demostrado bien que sabe manejarse por sí misma. No debe olvidarse que lo del *sexo débil* es una invención del varón; y tampoco hace falta ser historiador para saber de la influencia decisiva de la mujer a lo largo de la Historia. Hasta el mismo San Pablo pensaba que la mujer desempeñó el papel más importante en un acontecimiento tan decisivo cual es el del pecado original (1 Tim 2:14); en cuanto al Evangelio, se cuida bien de señalar que fue una mujer la que provocó el adelanto del momento de manifestarse Jesús, con el consiguiente comienzo de su vida pública (Jn 2: 1-12). Por no hablar del hecho de que, sin el consentimiento y voluntad de la mujer, el Verbo de Dios no hubiera entrado en el mundo (Lc 1:38).

Claro que si las cosas son así, una vez que se haya desvanecido el único Camino (Jn 14:6) verdadero y *tangible* por el que el hombre puede llegar hasta Dios, a fin de amarlo a su manera y según su condición de hombre (auxiliado por la gracia), ¿qué es lo que puede quedar en pie? Como decía San Pedro: *Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna.*⁹⁴ Lo menos que se puede hacer ante todo esto es expresar un profundo sentimiento de tristeza, desde el momento en que son tantos los que pretenden hacer una Iglesia de este mundo y sólo para este mundo. Y todo ello ante la aparente pasividad de gran parte de la Jerarquía eclesiástica; la misma que parece pensar que no ocurre nada, e incluso que la Iglesia está viviendo uno de sus momentos más triunfales.

Pero sucede que, dígame lo que se quiera, el ser humano no puede amar si no es a una realidad bien personal y concreta. En este caso a un Dios que sea al mismo tiempo un *tú* y al que pueda dirigirse, por lo tanto, el propio *yo* del hombre que ama. Porque el enamorado necesita referirse a alguien a quien se pueda hablar, y de quien se pueda también escuchar. Desde luego que es ingenuo pensar que la creatura humana sea capaz de enamorarse de un Dios vaporoso; o, si se quiere mejor, *evaporado*: Del *Cristo Cósmico* de Teilhard o del *Dios de los que pasan clandestinamente el Estrecho.*⁹⁵ El Dios de los cristianos ha de ser un Dios real y tangible, puesto que para eso precisamente *se hizo Carne* (Jn 1:14); y de ningún modo ese Dios extraño que con frecuencia elaboran y lanzan al mercado del mundo, tanto los laboratorios de teologías esotéricas, como los de alquimias

⁹⁴Jn 6:68.

⁹⁵*Agenda de PPC*, mes de Julio, por contraposición al Dios de los filósofos o al de los teólogos. Pero, de todos modos, tanto si se trata del Dios de los filósofos, como del Dios de los teólogos o el de los marginados, si no se identifica con el Dios Uno y Trino hecho Hombre en Jesucristo, en vano podría esperar ser amado.

pastorales. Aquí se trata más bien de un Dios que, por haberse hecho voluntariamente pequeño por amor (Flp 2:7), se presenta a su vez ante el hombre entre detalles pequeños y concretos. Porque así es efectivamente: *Con razón eres amado*. Ya que los enamorados viven siempre de detalles pequeños y concretos, a los que luego hace grandes su mutuo amor. Son lo mejor que tienen para describirse y para hablarse mutuamente, desde el momento en que la creatura humana es tan débil... , y desde el momento también en que el Amante divino se hizo igualmente débil para ponerse a su altura. *El Cantar de los Cantares* está lleno de esas cosas que, apareciendo como pequeñas, son sin embargo las más apropiadas para describir, tanto al Esposo y a la esposa, como su maravillosa relación de amor: un rizo, un cabello, una mirada, un piropo, un beso, una caricia... Y lo mismo sucede con la poesía mística de San Juan de la Cruz:

*En sólo aquel cabello
que en mi cuello volar consideraste,
mirástele en mi cuello,
y en él preso quedaste,
y en uno de mis ojos te llagaste.*

*Cuando tú me mirabas,
su gracia en mí tus ojos imprimían:
por eso me adamabas,
y en eso merecían
los míos adorar lo que en Ti vían.⁹⁶*

Si se admite que el cristianismo es la religión del amor, habrá que admitir también que no puede predicarse como un mero compromiso con los marginados. Desde el momento en que, al no existir las *visiones globales* en el amor, los auténticos y verdaderos compromisos

⁹⁶ *Cántico Espiritual.*

solamente se llevan a cabo con la persona concreta a la que se ama. En este caso con la del Verbo hecho Hombre que es Jesucristo. Solamente entonces, y como consecuencia, es cuando surgirá también el amor a los marginados y a todos los hombres; incluidos por supuesto los enemigos. Así, y solamente así. Porque el auténtico y verdadero enamorado ama todo aquello que ama la persona amada. Y Jesucristo ha amado hasta el fin (Jn 13:1) a todos los hombres, e incluso ha dado su vida por todos ellos. Aunque también es verdad que los hombres, los marginados, la multitud de los desconocidos e incluso los enemigos, son muchos y demasiados para el corazón de una simple y pobre creatura humana. De ahí que el hombre solamente amará a esa inmensa muchedumbre cuando su corazón se haga uno con el de Cristo; una vez llegado al punto en que su vida se identifique con la de Él. O, dicho de otra manera, cuando él también pueda repetir, en definitiva, el dicho del Apóstol: *Vivo yo, aunque ya no soy yo quien vive, sino que es Cristo el que vive en mí.*⁹⁷ Los amores universales son una pura entelequia hasta que llega el momento en que el corazón de quien ama no se ha hecho a su vez universal, a saber: hasta que no se ha identificado con el de Cristo, que es el Alfa y la Omega, el Principio y el Fin, la Estrella brillante de la mañana.⁹⁸ Pero guárdese aquí mucho cuidado y evítense los equívocos en asunto de tanta trascendencia. Porque Jesucristo ama a todos los hombres; pero a todos y a cada uno —póngase mucha atención— como si efectivamente fueran un único objeto al que amar. Lo cual es lo mismo que decir: como si fueran —como que son— cada uno de ellos una persona y por lo tanto algo único; un solitario y concreto tú. Y así lo expresa el *Cantar*, anticipando en forma de poesía una doctrina inefable —la estructura del verdadero amor— que luego

⁹⁷Ga 2:20.

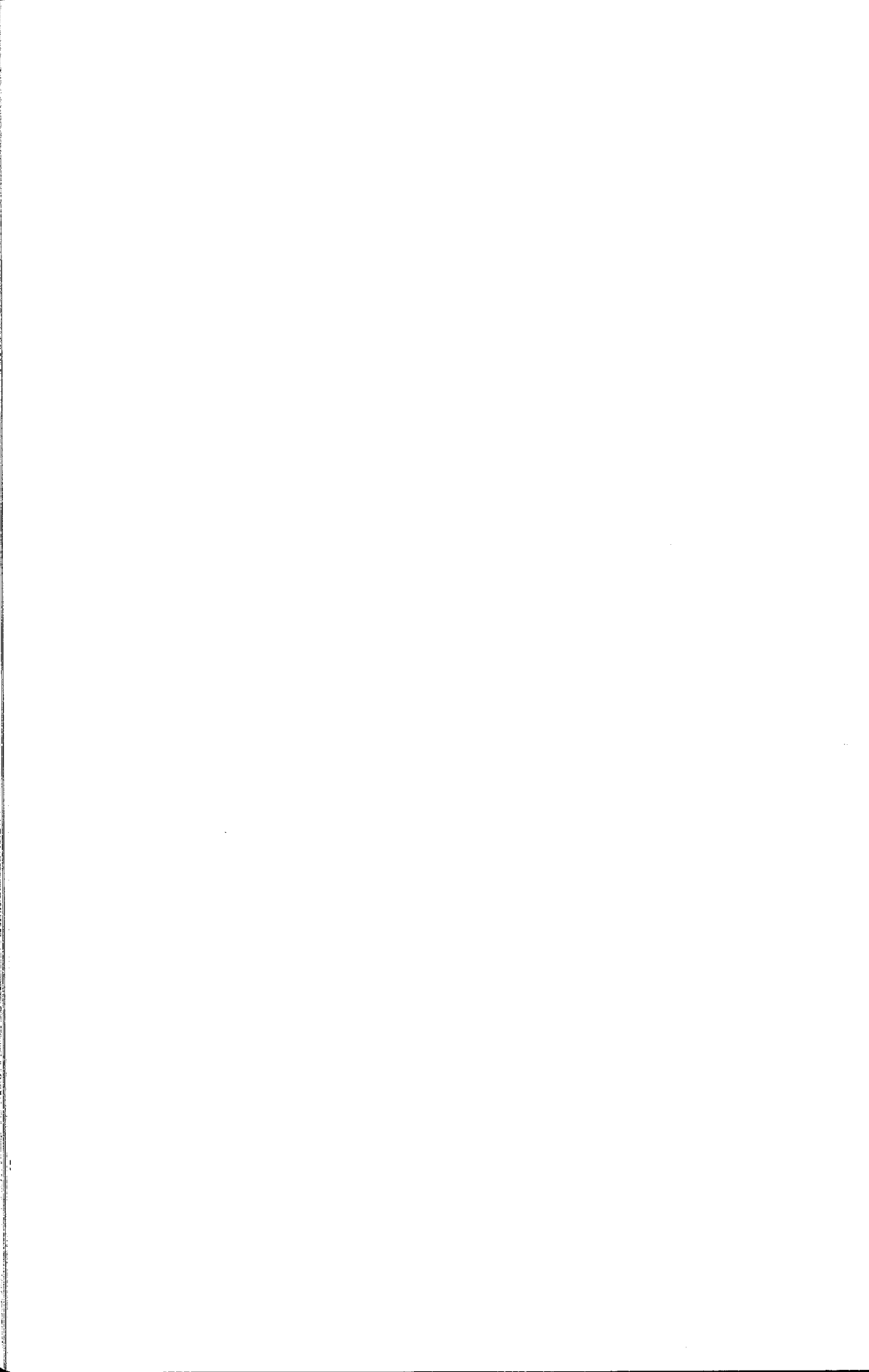
⁹⁸Ap 22: 13.16.

quedaría definitivamente perfilada; una vez transcurridos los lueg-
gos y azarosos siglos de espera que mediaban hasta la aparición del
Mesías:

*Porque es única mi paloma, mi perfecta;
es la única hija de su madre,
la predilecta de quien la engendró.
La vieron las doncellas y la aclamaron,
y las reinas y las concubinas la loaron.⁹⁹*

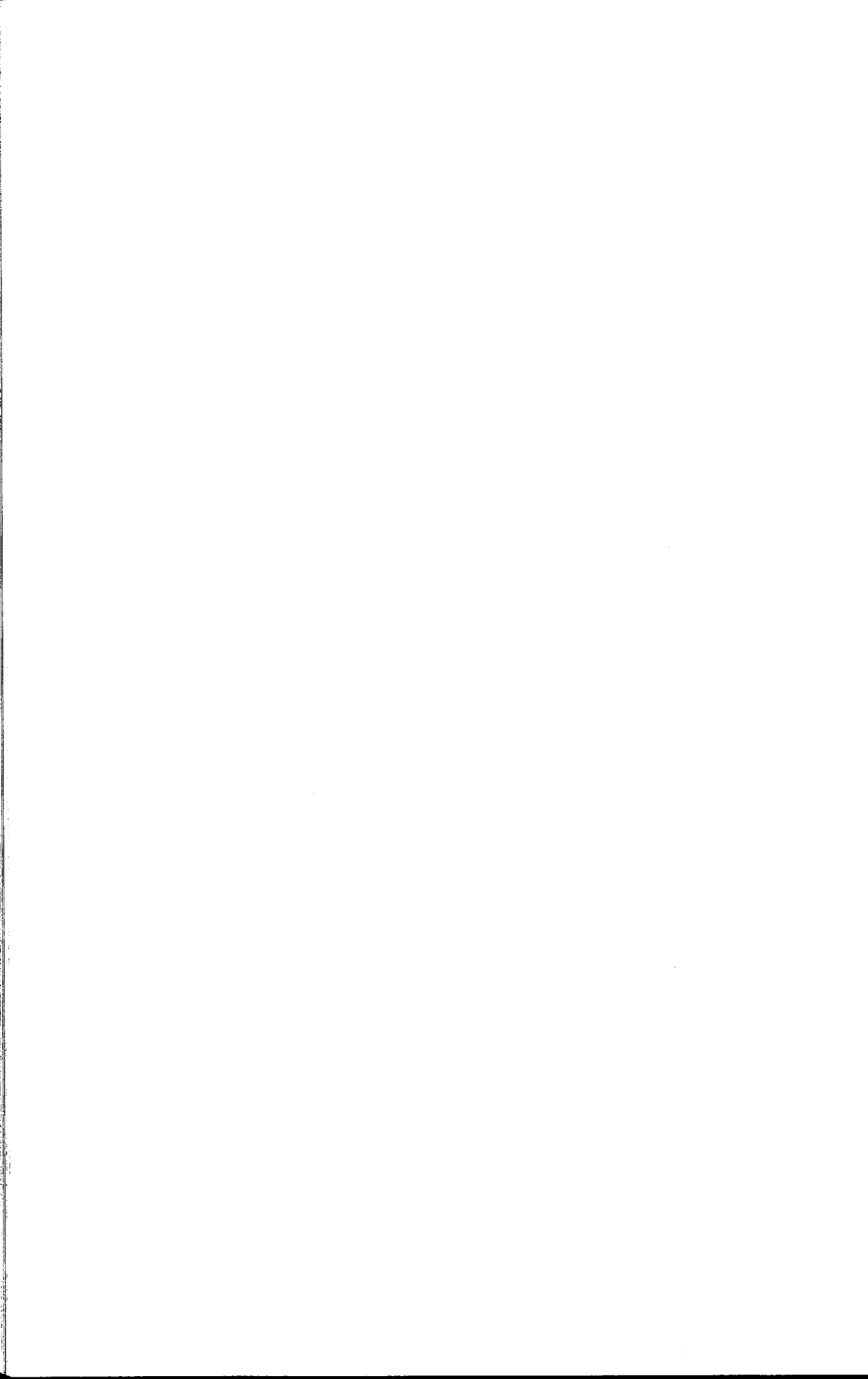
⁹⁹Ca 6:9.

Tercera Parte



“Soy morena, pero hermosa,
hijas de Jerusalén;
como las tiendas de Cedar,
como los pabellones de Salomón.
No miréis que soy morena,
es que me ha quemado el sol.
Los hijos de mi madre, airados contra mí,
me pusieron a guardar viñas;
no era mi viña la que guardaba.”

(Ca 1: 5-6)



CAPÍTULO I

LA ESPOSA INMACULADA

*Soy morena, pero hermosa, hijas de Jerusalén,
como las tiendas de Cedar,
como los pabellones de Salomón.¹*

He aquí uno de los versos difíciles del *Cantar*; aun suponiendo siempre, claro está, que existan otros de fácil explicación en el Poema sagrado. Pero, de todos modos, puede afirmarse con seguridad que es uno de los que más se resisten a los esfuerzos de los investigadores. Y de ahí la abundancia de interpretaciones surgidas a través de los siglos, tan numerosas como variadas... , pero que jamás han conseguido convencer del todo a nadie. Por lo que tal vez convenga tener en cuenta, una vez más, que la poesía no puede ser explicada con interpretaciones demasiado prosaicas y que *El Cantar de los Cantares*, a fin de cuentas, es justamente un poema. Poema sagrado y Palabra revelada, pero al fin y al cabo poema.

¹Ca 1:5.

A primera vista todo parece claro: La esposa intenta explicar el hecho de que, a pesar de sus defectos (que ella reconoce, según la interpretación más común), el Esposo se ha enamorado rendidamente de su persona: *Soy morena, pero [al fin y al cabo] hermosa*. Se trata de algo así como una declaración reconocedora de los propios defectos aunque atemperada, al mismo tiempo, por la afirmación de que no son de tanta transcendencia. San Juan de la Cruz recoge esta interpretación y piensa, por supuesto, que la justificación está dirigida aquí al propio Esposo:

*No quieras despreciarme,
que si color moreno en mí hallaste,
ya bien puedes mirarme,
después que me miraste,
que gracia y hermosura en mí dejaste.²*

Lo que no deja de parecer algo lógico y natural. Al fin y al cabo el Esposo es bien capaz, hasta con sólo su mirada, de purificar y embellecer a la esposa; quien, si bien estaba antes manchada por el pecado, ha sido ahora regenerada por la gracia. Y así es como lo viene a decir el santo poeta en la estrofa precedente:

*Cuando tú me mirabas,
su gracia en mí tus ojos imprimían:
por eso me adamabas,
y en eso merecían
los míos adorar lo que en Ti vían.*

² *Cántico Espiritual.*

Aunque, de todos modos, no parece demasiado afortunada esta interpretación del poeta de Fontiveros. No hace falta leer con mucha atención el *Cantar* para darse cuenta en seguida de que la esposa no se dirige aquí al Esposo, sino a las vírgenes del Coro que la acompañaban: *Soy morena, pero hermosa, hijas de Jerusalén...* Por otra parte, hay que señalar también el hecho de que ella no parece calificar como defecto el bronceado de su piel:³

*No miréis que soy morena,
es que me ha quemado el sol.*

Resulta, por lo tanto, casi imposible concluir que la esposa se está dirigiendo aquí al Esposo. Parece una explicación innecesaria y en modo alguno exigible: por la sencilla razón de que no es frecuente que los enamorados perciban defectos en la persona amada. Como puede verse de forma palmaria en el mismo Esposo del *Cantar*:

*Si no lo sabes,
¡oh la más hermosa de las mujeres...!*⁴

.....

*¡Qué hermosa eres, amada mía,
qué hermosa eres! Tus ojos son palomas...*⁵

.....

³Según San Juan de la Cruz, después de que el Esposo se ha fijado en ella. Pero, dejando aparte la constante necesidad de la gracia, la verdad es que aquí no se desprende del tenor del texto la necesidad de ese recurso al que acude el santo.

⁴Ca 1:8.

⁵Ca 1:15.

*Ábreme, hermana mía, esposa mía,
paloma mía, inmaculada mía.⁶*

Y así sucesivamente en casi todo el Poema. Por lo que puede darse por establecido, con bastante probabilidad, que la esposa no dirige la pretendida justificación al Esposo, sino en todo caso a *las hijas de Jerusalén*. Lo que equivale a decir que su explicación tiene como destinatarios a los demás, o a los extraños si así se quiere.⁷ Pero, si esto es así, ¿que puede significar esta justificación? ¿Y por qué la esgrime aquí la esposa, casi justamente en el momento de empezar el poema sagrado?

Y la explicación, por extraña que parezca, parece apuntar a los intentos de la esposa para convencer a sus acompañantes de la realidad de una maravilla. Se trata de un esfuerzo para conseguir que las otras vírgenes admitan el hecho, al parecer increíble, de que el Esposo se ha *enamorado* efectivamente de ella. Lo que puede significar, si es que se quiere descender ahora al mundo de las realidades concretas, que tal intento está motivado por el hecho de que al hombre —o tal vez al hombre mundano— le resulta bien difícil admitir que Dios sea capaz de amar de esa manera a una creatura. ¿Es verdad,

⁶Ca 5:2.

⁷San Bernardo lo reconoce así, aunque el santo adopta una vía más o menos intermedia. Los defectos de la esposa —que él admite como reales— los sitúa en una etapa anterior a su purificación. Para distinguir a continuación entre el aspecto externo de las cosas y su sustancia interior, a fin de restarle así importancia a lo que no es más que un accidente (que en este caso es el color). Por último, extiende su interpretación de los defectos de los que aquí se habla a los sufrimientos y humillaciones amorosamente acogidos, con el fin de aplicarlos a su vez al mismo Cristo y apoyándose para ello en los Salmos y en Isaías. Si bien esta última atribución no deja de parecer un tanto arbitraria, en cuanto que queda ya muy lejos del sentido obvio del texto del *Cantar* (San Bernardo, *Sermones sobre el Cantar de los Cantares*, Sermón 25).

por lo que parece, que Dios se ha rebajado a amar al hombre —ja su creatura humana!— *hasta tal grado de locura?*

Para la Revelación, por supuesto, la respuesta es un sí tan claro y contundente como para no admitir vacilación alguna: *Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo Unigénito...*⁸ *Habiendo amado Jesús a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin...*⁹ *Para que el Amor con que tú me amaste ¡oh Padre! esté en ellos y yo en ellos.*¹⁰ Los textos podrían multiplicarse, aunque debería bastar con decir que el Nuevo Testamento no es otra cosa que la revelación plena del Amor infinito de Dios ofrecido al hombre.

Sucede sin embargo que, a pesar de todo y por alguna misteriosa razón, el mundo parece incluso estar incapacitado para creer en tal amor (1 Cor 2:14). Como viene a confirmarlo el hecho de que el apóstol San Juan considera verdaderos discípulos a aquellos que han creído en el amor (1 Jn 4:16).

De hecho, para la teología luterana por ejemplo, la esposa —la naturaleza humana— está demasiado mancillada como para que Dios se enamore de ella de ese modo. Y, aunque es verdad que Dios está dispuesto a *cubrir* la mancha para ocultarla —a disimularla, si se quiere, o a no verla si se prefiere así—, la mancha está ahí de todos modos. Por la razón de que esa teología no está dispuesta a creer en un amor tan grande como para ser capaz de *desarraigar*, desde lo más profundo, toda culpabilidad hasta hacerla desaparecer: algo así como si se dijera que Dios perdona pero no olvida.

Lo que no deja de estar en contra de todo el texto del libro del *Cantar*. Tan claro y evidente en este punto como que en el Poema aparecen por todas partes, de manera insistente y abrumadora, las

⁸Jn 3:16.

⁹Jn 13:1.

¹⁰Jn 17:26.

alabanzas encomiásticas del Esposo a una esposa que para Él es limpia e inmaculada. Y en donde no se trata, por lo tanto, de la existencia de culpas *cubiertas* o disimuladas, sino de una pureza total y absoluta:

*Hermana mía, esposa mía,
paloma mía, inmaculada mía.*¹¹

.....

*¡Qué hermosa eres, amada mía,
qué hermosa eres!*¹²

Pues no adopta el amor el expediente de *mirar hacia otra parte* a fin de no ver, en la persona amada, lo que no es agradable de ser visto; sino que más bien no hace otra cosa que mirar directamente a su rostro, con la intención bien clara de llegar así *hasta lo más profundo de ella*. Ya que no existen defectos para el amor en la persona amada:

*¡Qué hermosa eres, amada mía,
qué hermosa eres!
Tus ojos son palomas.*¹³

.....

*Eres del todo hermosa, amada mía,
no hay tacha en ti.*¹⁴

¹¹Ca 5:2.

¹²Ca 4:1.

¹³Ca 1:15. Cf 4:1.

¹⁴Ca 4:7.

Donde no dice el Esposo, como puede verse, que no ve tacha en la esposa, *sino que no la hay* en modo alguno. Porque el Amor, que en último término se identifica con la Realidad infinita —o con el Ser infinito, que es Dios—, no se aviene a admitir en las cosas la pirueta mental del *como si fueran*; sino que más bien sólo considera en ellas la punzante y aguda contundencia del *como son*.¹⁵ La realidad del Amor se identifica en último término con la Realidad infinita que es Dios; puesto que, al fin y al cabo, Dios es Amor (1 Jn 4:8):

*Que es fuerte el amor como la muerte,
y son como el sepulcro duros los celos.*¹⁶

Puesto que los atributos de Dios no tienen nada que ver con un pretendido nominalismo, son en realidad verdaderos atributos. De ahí que su misericordia, por ejemplo, es verdadera misericordia; y por eso no perdona al arrepentido *como si nada hubiera pasado*, sino como que *nada ha pasado*, en efecto. Pues si bien la malicia del pecado es en cierto modo infinita, mucho más todavía la misericordia de Dios es también infinita —y no ya en cierto modo—. Y de ahí que el perdón divino, a diferencia de lo que a menudo sucede con el humano, al ser capaz de llegar hasta la raíz más profunda del ser del hombre, es el único que puede ser considerado como perdón verdadero.

Una de las cosas que llaman poderosamente la atención en la parábola del hijo pródigo es que la situación actual del pecador arrepentido, por fin vuelto al hogar, *es ahora mejor que la de antes de*

¹⁵Lo que aquí se ha llamado pirueta mental del *como si fueran* —considerar las cosas *como si fueran* esto o aquello— es una clara muestra de la debilidad y limitaciones del entendimiento humano. Para el Amor infinito, que es Dios, lo que es, es; y lo que no es, no es.

¹⁶Ca 8:6.

cometida la culpa; como lo prueba cumplidamente el exultante estado de ánimo del padre y las disposiciones que adopta: *Sacad en seguida el mejor vestido y ponédselo; ponedle un anillo en su mano y sandalias en los pies. Traed el ternero cebado y matadlo; comamos y celebremos fiesta.*¹⁷ Actitud que es difícilmente comprendida por el corazón humano, más proclive al parecer a inclinarse hacia el lado de la justicia que al de la misericordia. Por supuesto que en Dios la justicia y la misericordia —como la justicia y la paz del Salmo 85— *osculatæ sunt*; lo cual significa que son la misma cosa. Pero, puesto que el hombre es ahora un ser caído desde el amor, y olvidadizo y confuso acerca de su concepto, es más propenso, cuando se trata de los demás, a reclamar las exigencias de la justicia que las de la bondad (Mt 7: 3-5); sin duda porque en su actual situación de ignorancia —y hasta desprecio— acerca del verdadero amor, piensa que la misericordia está más próxima que la justicia a esa sublime realidad. Y de ahí la airada reacción del hijo mayor de la parábola: *Se enfadó y no quería entrar a la casa; aunque su padre salió y trató de convencerlo.*¹⁸ Sin embargo es justamente idéntica la enseñanza que se desprende de la parábola de la oveja perdida: la misma que, después de hallada y recuperada, es atendida con caricias y atenciones que no reciben las demás: *Y cuando la encuentra, la pone gozoso sobre sus hombros; y al llegar a casa, llama a los amigos y vecinos y les dice. . .*¹⁹

Y no es porque no hayan existido la culpa y la malicia.²⁰ La oveja perdida se había descarriado realmente, y el mal hijo de la parábola había procedido innegablemente con grave malicia: *Este hijo mío*

¹⁷Lc 15: 22-23.

¹⁸Lc 15:28.

¹⁹Lc 15: 5-6. Cf también Mt 18: 12-13; Lc 15: 7.10; 15: 8-10.

²⁰La muerte de Cristo en la cruz, por causa del pecado de los hombres, lejos de ser un simple *como sí*, fue por el contrario la más terrible de las realidades.

*estaba muerto y ha vuelto a la vida... Este hermano tuyo estaba muerto y ha vuelto a la vida; estaba perdido y ha sido hallado.*²¹

A lo que hay que añadir, por otra parte, que la grandeza de la misericordia sólo se hace patente en relación a la magnitud de la culpa.

Soy morena, pero hermosa, hijas de Jerusalén...

¿Por qué se empeña la esposa en convencer a sus acompañantes de que, a pesar de lo que pueda parecer, ella es sin embargo hermosa?

*No miréis que soy morena,
es que me ha quemado el sol.*

La respuesta se ha dado más arriba. Ella desea dejar bien patente ante sus compañeras la realidad de su propia hermosura; aunque no tanto para que reconozcan un hecho que, por lo demás, es bien obvio²² y del que ellas están bien convencidas:

*¿Y adónde fue tu amado,
oh tú, la más hermosa de las mujeres?*²³

No cabe duda, por lo tanto, de lo que la esposa pretende, y que no es otra cosa que la de despejar cualquier duda de sus compañeras en cuanto a que el Esposo *está realmente enamorado de ella*. ¿Empeño innecesario y quizá también baladí? De ninguna manera; puesto que

²¹Lc 15: 24.32.

²²La belleza es patente y manifiesta por definición.

²³Ca 6:1.

las acompañantes de la esposa podrían haberse inclinado a calificar como inverosímil tal Amor, a saber: de tal Esposo a tal esposa. Como ya se dijo antes: ¿Es verdad que ese Esposo puede *enamorarse tan locamente* de una esposa, que al fin y al cabo, es su creatura...? ¿Y realmente ha sido así...?

Algo importante debe contener esta cuestión cuando el apóstol San Juan, en su Primera Carta, anota la circunstancia de que son los discípulos los que han creído en el Amor.²⁴ Una advertencia bastante oportuna, puesto que el mundo ha dado un paso adelante con respecto a lo que pudieron haber sido simples dudas en las compañeras de la Esposa. En el sentido de que no está dispuesto a creer en tal Amor, ni en que Dios sea capaz de amar de esa manera; así como tampoco, como es lógico, en la sincera voluntad del hombre de corresponder en correcta reciprocidad.²⁵ Las pruebas serían demasiado abrumadoras, tanto por su número como por su evidencia, y comenzaron ya a hacerse patentes entre los mismos contemporáneos del Señor.

Tal como puede verse, por ejemplo, con los resultados del discurso eucarístico de Cafarnaúm: *Muchos de sus discípulos, oyéndole, dijeron: "Dura es esta enseñanza; ¿quién puede escucharla?" Conociendo Jesús en su interior que murmuraban de esto sus discípulos, les dijo: "¿Esto os escandaliza? ¿Y si vierais subir al Hijo del Hombre a donde estaba antes?"*²⁶ Donde es de notar que el escándalo no se produce aquí entre los de fuera, sino entre los propios discípulos (afirmado por dos veces en dos versículos consecutivos), y además

²⁴1 Jn 4:16. El texto de la Vulgata decía así: *Et nos cognovimus, et credidimus charitati, quam habet Deus in nobis.*

²⁵Después de la caída, el corazón humano se ha empequeñecido y obturado a la vez. De ahí su enorme resistencia a admitir lo que es demasiado grande, salvo que sea ayudado por la gracia.

²⁶Jn 6: 60-61.

no solamente en unos pocos. La reacción de Jesús ante el hecho, por otra parte, es tan contundente como profundas sus palabras: Si os escandaliza algo que se os propone meramente como objeto de fe, ¿qué sucedería si *vierais* la gloria del Hijo del Hombre en todo su esplendor?²⁷

El texto evangélico muestra claramente que no hay que ir muy lejos para encontrar una incredulidad —en este caso la incredulidad en el Amor— que puede hallarse fácilmente en la propia casa. Y así por ejemplo, el deslizamiento de acentos que se ha producido en la teología católica, con respecto a la teología protestante, en el dogma de la presencia real eucarística —de la presencia real en sentido propio al mero simbolismo—, no es en el fondo sino una concesión a los que no creen en el Amor. El objetivo a alcanzar es

²⁷ Jesús se refiere con esto último, evidentemente, a su propia divinidad; puesto que subir a donde estaba antes, o bajar de donde estaba antes, no es otra cosa que salir del seno del Padre o reintegrarse a él. Aquí se contrapone *la fe* en el misterio eucarístico —que exige que se llegue más allá de lo que perciben los sentidos en los accidentes del pan y del vino— a *la visión* de la divinidad. Lo que parece dejar patente que la fe en la presencia real eucarística es menos exigente, o menos proclive al escándalo si se quiere decir de otra manera, que la proposición rotunda y clara de la divinidad; si bien de todos modos, o tal vez precisamente por eso, la fe es algo previo y aun necesario para la visión (2 Cor 5:7; Heb 11:6). De este modo la permanencia de los accidentes en el misterio eucarístico no es sino otra muestra, bien patente por lo demás, de la delicadeza de Dios para con su creatura y de la exquisita comprensión de sus limitaciones: *Præstet fides supplementum sensuum defectui*... Esperar que se admita el hecho de la precariedad y versatilidad de los sentidos humanos, frente a la firmeza incontrovertible de la Palabra de Dios, no parece una exigencia desproporcionada. Por otra parte, la aceptación, o la no aceptación, de que alguien pueda entregarse como *comida* o *bebida* al ser amado es algo que tiene que ver, a su vez, con la creencia, o la no creencia, en el amor perfecto. Con el hecho de admitir o no, en definitiva, la posibilidad de que alguien pueda *entregarse en totalidad*, por amor, a la persona amada; puesto que es a eso a lo que conduce en último término, el hecho de ofrecerse como comida o bebida.

siempre el mismo: la idea de elaborar una religión *que pueda ser aceptada por el hombre de hoy*. Una más entre las típicas falacias usadas para engañar fácilmente a los que no quieren pensar. Porque ¿quién ha demostrado hasta ahora que el conjunto de los dogmas —o tal vez cualquiera de ellos—, tal como fue revelado, no puede ser admitido por la mentalidad del hombre de hoy? Si se examina despacio y fríamente la cuestión es evidente que ha de desembocar, necesaria e irrevocablemente, en una de estas dos conclusiones: o bien en la de que Dios es un ser irracional, desde el momento en que la moderna razón humana avanzada no puede ya admitir sus declaraciones; o bien sencillamente en la de que no existe: cosa esta última que incluso puede parecer una deducción más lógica que la anterior.

Las causas del fenómeno, que pueden ser tan múltiples como variadas, exigirían un estudio profundo que no es de este lugar: La difuminación del sentido del pecado; el olvido deliberado de la necesidad del estado de gracia para recibir el Cuerpo del Señor, con la consiguiente admisión a la eucaristía de toda clase de fieles, y aun de no fieles, sin considerar su estado o condición; la sobreabundancia desmesurada, y en muchos casos injustificada, de toda clase de ministros eucarísticos; el rechazo del concepto y del término *transustanciación* para sustituirlo por un mero subjetivismo —el conocido “*será para nosotros*” *pan de vida*, por ejemplo, tan abundante en los modernos formularios litúrgicos católicos y que tanto se presta a la ambigüedad—; el celo por un ecumenismo no siempre bien entendido... , etc. Pero dado que este libro no es un tratado de teología dogmática, no tendría sentido realizar aquí un análisis detallado de las causas que conduciría, sin duda alguna, hasta el racionalismo protestante y la pseudoteología de Rahner, el idealismo racionalista de Kant y de Descartes, e incluso hasta el nominalismo de Ockam. Sin olvidar que la teoría de Rahner, referente a la *relectura* de los textos

Magisteriales, cuya validez, según él, está vinculada estrechamente a las circunstancias de tiempo y de lugar, no es sino un eco de la tesis spengleriana (en el fondo, puro escepticismo) de las *culturas cerradas* y la consiguiente inexistencia de verdades universales.²⁸ Aquí basta con apuntar algunos hechos, a modo de ejemplo, en la medida en que se oponen al concepto y a la vivencia del Amor. Porque de eso se trata en realidad: de la incredulidad en un Amor que es capaz de darse a sí mismo, incluso hasta la infinitud (Jn 3:16; 13:1), y al que corresponde una respuesta semejante y proporcional por parte del hombre.

Algo parecido podría decirse de la moderna reducción de la pobreza cristiana a la (así llamada) pobreza material.²⁹ Así como de la traducción de la caridad en términos de ejercicio de obras de beneficencia,³⁰ o de la minimización del amor y del compromiso cristiano al denominado *compromiso con los desvalidos*. Una vez más y por todas partes el empeño constante de la gnosis: construir una reli-

²⁸Spengler, *La Decadencia de Occidente*.

²⁹Cf el resumen que hace Von Balthasar de las ideas de Bernanos (bastante atinadas, por otra parte) sobre la pobreza cristiana (Hans Urs von Balthasar, *Bernanos: An Ecclesial Existence*, Communion, Ignatius Press, San Francisco, 1996, pags. 598 y ss.).

³⁰El caso de la Madre Teresa de Calcuta es muy singular. Sus incontables obras de misericordia han sido presentadas ante el mundo como simple amor hacia los indigentes. Su amor a Dios, o bien ha sido ignorado, o bien ha quedado situado en un modesto segundo plano en el mejor de los casos. Cuando en realidad habría que decir, en puridad de doctrina cristiana, que un amor a los pobres que no sea prolongación y derivación de la auténtica caridad es sencillamente impensable (1 Cor 13: 1-3). Incluso se ha afirmado —entre las muchas cosas que se dijeron a propósito de su muerte— que, mientras que otros *utilizaron a los pobres para santificarse*, ella en cambio los amó por sí mismos. Un despropósito mayúsculo, en cuanto que nadie puede santificarse utilizando a los pobres como un simple medio, por una parte; y por otra, además, porque es imposible para un cristiano amar a los necesitados meramente por sí mismos, sin ver en ellos también al Cristo pobre que acaba muriendo en la cruz.

gión racional y que pueda ser aceptada por la mentalidad del hombre (moderno, claro está).³¹

Aunque estos ejemplos de *reducción* del Amor —que más bien habrían de ser calificados como una pérdida ocurrida en el horizonte de la vida y de la Pastoral cristianas—, con ser bastante preocupantes, no son aún, ni con mucho, lo más grave. Hay que ir más allá para darse cuenta de lo que está sucediendo ahora en el catolicismo, a propósito de la práctica habitual de las declaraciones de nulidad del vínculo matrimonial: el ejemplo más doloroso quizá de ataque directo al concepto del Amor. La nueva situación, que parece haberse introducido de manera insensible y paulatina, está ya enteramente establecida.³²

Sin embargo es de notar que la cualidad de *perenne* es tan esencial al amor como la de total o la de recíproco, hasta el punto de que

³¹El llamado compromiso con los desvalidos, tan de moda en la actualidad, es una de las mayores coartadas, amén de las mayores hipocresías, de la sociedad moderna. ¿Qué decir, por ejemplo, del aborto —legitimado y admitido prácticamente en todas partes con general consenso— y de los miles de niños, *desvalidos e indefensos*, que mueren en él cada año en todo el mundo? La enorme y grandiosa profundidad de contenido del *compromiso cristiano* queda reducida con frecuencia, en último término, a un organizado montaje de obras benéficas con desvalidos que en realidad solamente interesan, por lo general, a los organizadores de campañas para obtener beneficios a su costa.

³²La Iglesia no ha cambiado —no podría hacerlo— la estructura jurídica fundamental del matrimonio. La institución del vínculo como sacramento, junto con la solemne declaración de su indisolubilidad, son obra del mismo Jesucristo y de Derecho divino por lo tanto (excepción hecha de algunos casos extraordinarios, como el llamado *privilegio paulino*; o aquellos en los que corresponde a la Iglesia declarar meramente la inexistencia del vínculo, o bien por la falta de alguno o algunos de los elementos esenciales, o bien por la presencia de algún impedimento dirimente).

En cambio no puede negarse que se ha producido aquí una importante relajación de la disciplina canónica. Como todo el mundo sabe, cualquier matrimonio católico puede obtener ahora una *declaración de inexistencia o nulidad del vínculo* si lo desea; y bien fácilmente y de la manera más simple. Lo cual equivale, en puros términos del *roman paladino*, ni más ni menos que al divorcio.

jamás reconocerá como suyo el carácter de transitoriedad. Expresiones como las de *te amaré mientras que nos vaya bien; o hasta que a mí me convenga; o hasta que encuentre otra cosa que me agrade más, etc.*, son absolutamente impensables en el amor.³³

El amor del Esposo y de la esposa en *El Cantar de los Cantares* no tendría sentido, ni significaría absolutamente nada, si le fueran sustraídas las notas de totalidad y de perennidad. Y si el Amor sustancial, que es Dios —el Amor en totalidad e infinitud—, se ha otorgado libremente a Sí mismo a su creatura, parecería indigno de Él —inimaginable y absurdo en realidad— llevar a cabo tal cosa *por o para un tiempo*. En cuanto al amor correspondido de la creatura, o amor participado, no es posible admitir su estructuración dentro de la simple temporalidad: porque en realidad ya no sería amor, por muy participado que fuese. No hay que olvidar que, aunque otorgado por gracia, el concepto de participado es lo puramente adjetivo en el amor creado; mientras que es justamente el amor lo realmente sustantivo.

³³El divorcio se presenta como un medio de dirimir problemas matrimoniales que pueden parecer insolubles. Sin embargo, aun reconociendo que el mundo es capaz de aceptar y difundir tal creencia, es imposible para el cristiano que puedan existir problemas insolubles en el matrimonio sacramental. Por supuesto que es posible, y hasta bastante probable, que aparezcan problemas a lo largo de cualquier existencia matrimonial. Aunque para ello se cuenta con el mutuo amor de los esposos en primer lugar; al que hay que añadir las gracias especiales del sacramento que son otorgadas precisamente para eso, a saber: para sobrellevar cumplidamente las dificultades de la vida, amén de para hacer posible la difícil y heroica tarea de la educación de los hijos. Pero acoger la carga del matrimonio con la idea preconcebida de poder abandonarlo *si las cosas no van bien*, es ya renunciar de antemano a la lucha, por una parte, admitiendo *a priori* que los contratiempos van a ser insolubles; mientras que, por otra, es también asestar un golpe de muerte a uno de los fundamentos esenciales del amor, cual es su cualidad de perenne. De ahí que pueda afirmarse con toda seguridad que, no solamente no soluciona el divorcio ninguna de las dificultades con las que pueden enfrentarse los cónyuges, *sino que en realidad las crea y las hace posible de antemano*.

Por lo tanto, y según lo que acaba de decirse, con la legalización del divorcio, o incluso con su simple admisión (bien que sea de manera más o menos disimulada, tal como ahora se está haciendo en la praxis), no sólo se perjudica gravemente a la institución matrimonial —elevada por Cristo a la categoría de sacramento— y de rechazo a la familia como institución natural, sino que se lleva a cabo además un ataque directo al concepto mismo del amor. Las aclaraciones de la esposa del *Cantar* a sus compañeras, objeto del presente comentario, están basadas por lo tanto en un razonable fundamento; el cual no es otro sino el de que está convencida de la posibilidad de que no crean en un amor *para siempre*³⁴ del Esposo hacia ella, y viceversa. O bien, por decirlo de otra manera, en la posibilidad bien real de que alguien no crea en el Amor.

En modo alguno es posible interpretar el amor del *Cantar* sin imaginarlo como absolutamente perenne. La comparación con la muerte que hace de él el Libro sagrado, verdaderamente insólita por otra parte, e incluso brutal hasta el punto de que no deja de llamar la atención, evoca justamente unas ideas de inflexibilidad e irrevocabilidad verdaderamente diamantinas.³⁵

*Que es fuerte el amor como la muerte
y son como el sepulcro duros los celos.*³⁶

³⁴Una perennidad que viene a significar, sencillamente, amor total y perfecto; en cuanto que la ausencia de límites —también en el tiempo— pertenece al concepto propio del Amor. Sin olvidar que los conceptos de analogía y participación no excluyen de por sí, sino que solamente los modifican o adaptan, aquellos elementos que pertenecen a la esencia del objeto que es analogado o participado.

³⁵La comparación del amor con la muerte sólo es concebible si se atiende bien al significado de la metáfora poética. ¿Cabe imaginar algo más duro y firme, totalmente irrevocable, que sea más absolutamente definitivo que la muerte?

³⁶Ca 8:6.

Si bien no existe en el *Cantar* una declaración apodíctica de perennidad —tal vez porque el Libro sagrado ni siquiera se plantea la posibilidad contraria—, es inconcebible el amor del que allí se habla, tal como ya se ha dicho más arriba, si se le sustraen las notas esenciales de totalidad y de duración perenne.³⁷ Lo que es un convencimiento que se desprende, con meridiana claridad, de la lectura despaciosa y profunda de todos y cada uno de los versos del Poema sagrado. Aunque debe reconocerse también que, de todos modos, existen algunas declaraciones al respecto, más o menos explícitas, por parte de la esposa:

*Le así, y ya no le soltaré
hasta entrarle en la casa de mi madre,
en la alcoba de la que me engendró.*³⁸

E igualmente, aunque más claras y rotundas, por parte del Esposo:

*Ponme como sello sobre tu corazón,
ponme en tu brazo como sello. . .
No pueden aguas copiosas extinguirlo
ni arrastrarlo los ríos.
Si uno ofreciera por el amor toda su hacienda,
sería despreciado.*³⁹

Queda claro por lo tanto, por lo que se refiere al amor, que *no pueden las aguas copiosas extinguirlo ni arrastrarlo los ríos*. Y si se

³⁷ Como se dirá más adelante, la idea de totalidad en el amor incluye a su vez la de su perennidad.

³⁸ Ca 3:4; cf 8:2.

³⁹ Ca 8: 6-7.

tiene en cuenta además que aquí se está hablando en forma poética, y que es natural, por eso mismo, que se eche mano de la metáfora como instrumento peculiar y propio, ¿de qué otra forma se podría expresar mejor la absoluta perennidad e indestructibilidad del amor? Por lo demás, si ni siquiera vale la pena ofrecer a cambio de él *toda la hacienda* —expresión en la que muy bien puede verse incluido aquello que más vale y que más se estima—, ello equivale a decir que el amor está por encima de todo: incluso, por supuesto, de la propia vida. De donde aquello que es más valioso, y que va mucho más allá de la propia vida, bien puede ser calificado con seguridad como algo enteramente indestructible.⁴⁰

La poesía de San Juan de la Cruz —siguiendo, como de costumbre, la línea y el espíritu del *Cantar*— evoca también la falta de la cualidad de temporalidad en el concepto del amor. Como puede verse, por ejemplo, en la última estrofa de su *Noche Oscura*:

*Quedéme y olvidéme,
el rostro recliné sobre el Amado,
cesó todo, y dejéme,
dejando mi cuidado
entre las azucenas olvidado.*

Los tres últimos versos de la estrofa inducen en el lector la idea de que han cesado ya, por fin y definitivamente, las vicisitudes y

⁴⁰Sería difícil la tarea de intentar encontrar las motivaciones últimas de los que se empeñan en defender el divorcio, bien sea de manera abierta o de forma más o menos solapada. Si es verdad que, en último término, constituye un ataque directo al concepto mismo del amor, tal intento solamente se explicaría por el oscurecimiento o la pérdida de la idea del Dios que es Amor. Y de hecho, en efecto, según las palabras mismas del Señor referidas a los últimos tiempos, llegará un momento en el que, con el crecimiento de la maldad, se enfriará la caridad de muchos (Mt 24:12).

sufrimientos de esta vida —*cesó todo y dejéme*—, sin que quede ya otra cosa por hacer que no sea la de abandonarse para siempre en los brazos del Amado; dejando para ello cualquier cuidado *entre las azucenas olvidado*. Como decía el Apóstol: *Nox processit, dies autem appropriavit*.⁴¹

Claro que, como era de esperar, el Nuevo Testamento es mucho más explícito y nítido en este punto. No en vano es la revelación plena del Amor perfecto otorgado por Dios al hombre (Jn 17:26; Ro 5:5; etc.). De ahí que, para el Señor, sea por completo obvio que su relación de amor con los discípulos ha de ser tan duradera como la eternidad: *En verdad os digo que no beberé más de este fruto de la vid hasta aquel día en que lo beba con vosotros, nuevo, en el Reino de mi Padre...*⁴² *Yo vine para que tengan vida, y la tengan en abundancia...*⁴³ *Yo soy la Resurrección y la vida. El que crea en mí, aunque hubiere muerto, vivirá...*⁴⁴ *Yo sé que su mandato [del Padre] es vida eterna...*⁴⁵ *Cuando yo me vaya, y os haya preparado un lugar, vendré de nuevo y os llevaré conmigo,*

⁴¹Ro 13:12.

⁴²Mt 26:29. La referencia a lo *nuevo* evoca aquí la idea de un cambio de vida y de situación más bien cualitativos, y muy probablemente de plenitud (Ap 2:17). Lo mismo puede decirse del texto de Ap 21:5: La extraña expresión *He aquí que hago nuevas todas las cosas*, si bien puede referirse en general a la restauración general de la creación, no cabe duda de que, en definitiva y en último término, apunta al estado final del hombre, una vez llegado ya al fin propio para el que fue creado; el cual no es otro que el del amor perfecto que ha alcanzado ya su plenitud en y con el Amado (cf 1 Cor 5:7; 2 Cor 5:17; Ga 6:15).

⁴³Jn 10:10. Es evidente que esta vida *abundante* —la vida eterna, de la que tanto habla el Nuevo Testamento, como contrapuesta a la muerte eterna—, además de la idea de plenitud, evoca también la de perennidad o eternidad. Como la relación de amor que en ella ha de llegar a su plena consumación: el *todavía no* convertido, por fin y definitivamente, en *ya*.

⁴⁴Jn 11:25.

⁴⁵Jn 12:50.

para que donde yo estoy estéis también vosotros...⁴⁶ No os dejaré huérfanos, sino que volveré a vosotros. Todavía un poco y el mundo ya no me verá; pero vosotros me veréis, porque yo vivo y vosotros también viviréis...⁴⁷ Habéis oído que os dije: Me voy y vuelvo a vosotros...⁴⁸ Vosotros ahora tenéis tristeza; pero os volveré a ver y se alegrará vuestro corazón, y nadie os quitará vuestra alegría...⁴⁹

Este último texto es quizá la prueba más apodíctica de la perennidad como cualidad esencial del amor, hasta el punto de que no admite dudas en cuanto a su extraordinaria importancia. La solemne promesa —fundamento último y fuente de donde brota toda esperanza cristiana— es del mismo Señor: Os volveré a ver y se alegrará vuestro corazón, *y nadie os quitará vuestra alegría.*⁵⁰ Pero la Alegría, como se sabe, es el fruto más directo e inmediato del amor (Ga 5:22).⁵¹ Procede exclusivamente del Amor como de su única fuente. Y así como no puede concebirse la Alegría sin el Amor, tampoco puede existir el Amor sin la Alegría.⁵²

*Introdúcenos, rey, en tus cámaras,
y nos gozaremos y regocijaremos contigo,
y cantaremos tus amores,
más suaves que el vino.⁵³*

⁴⁶Jn 14:3.

⁴⁷Jn 14: 18-19.

⁴⁸Jn 14:28.

⁴⁹Jn 16:22. Cf también 17:24; Ro 6: 22-23; etc.

⁵⁰Es de admirar la escasa importancia que se le otorga a la Alegría en la parénesis católica. Cuando en realidad es parte fundamental del Mensaje de la Buena Nueva: *Ecce enim evangelizo vobis gaudium magnum* (Lc 2:10). Más salvados tendrían que mostrarse los cristianos para convencer, decía Nietzsche.

⁵¹Cf Ro 14:17; 1 Jn 1:4.

⁵²La perfecta *Beatitudo*, de la que gozan y gozarán los elegidos en la Patria del Cielo, es la consecuencia más inmediata de la contemplación de Dios; y aún más de su posesión. Una posesión que, por otra parte, es mutua y recíproca entre Dios y los bienaventurados.

⁵³Ca 1:4.

Por otra parte, como todo el mundo sabe, la Alegría Perfecta no podría ser tal si careciera de la cualidad de perenne; en cuanto que, sometida a la limitación que impone la temporalidad y condenada a su acabamiento, incluiría dentro de sí la angustia que produce la finitud de lo que ha de cesar. De ahí que la Alegría Perfecta solamente puede proceder de un Amor destinado a no desaparecer jamás (1 Cor 13:8).

A lo que hay que añadir que la totalidad, como cualidad del Amor Perfecto, lleva consigo la ausencia de toda condición o límite; incluido, por supuesto, todo aquello que podría suponerse como pertinente a la temporalidad. Y, si bien es evidente que no le corresponde a la creatura la eternidad característica de un Amor Perfecto,⁵⁴ por más que sea participado, es cierto también sin embargo que, una vez que le ha sido concedido y otorgado por gracia, es ahora el único Amor para el que ha sido destinada. Algo que el Antiguo Testamento solamente pudo entrever —la posesión y el consiguiente gozo de Dios para siempre—, y muy desde lejos además:

*Mi amado es para mí y yo soy para él.*⁵⁵

.....

*Yo soy para mi amado y mi amado es para mí.*⁵⁶

.....

⁵⁴Que no le corresponde al hombre por naturaleza la perennidad de un amor perfecto se desprende claramente de la cuestión, planteada por los fariseos, acerca del libelo de repudio permitido por Moisés. La respuesta de Jesucristo no deja lugar a dudas, achacando el hecho a la fragilidad del corazón humano y a pesar de que puntualiza a continuación que no fue así originalmente: *Moisés os permitió repudiar a vuestras mujeres por la dureza de vuestro corazón; pero al principio no fue así* (Mt 19:8).

⁵⁵Ca 2:16.

⁵⁶Ca 6:3.

*Yo soy para mi amado
y a mí tienden todos sus anhelos.*⁵⁷

Pero, de todos modos, se trataba de algo que aún distaba mucho de la revelación plena del Nuevo Testamento referente a un Amor total y perfecto: *Yo les he manifestado tu nombre, y se lo manifestaré, para que el Amor con que tú me amaste esté en ellos y yo en ellos...*⁵⁸ *Porque el Amor de Dios se ha derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado.*⁵⁹

Aun así y todo, alguien podría sentirse inclinado a pensar que aquí se está tratando de cuestiones distintas. Porque una cosa es el problema del amor sobrenatural divino-humano, llamado a alcanzar su plenitud y consumación definitivas en la gloria del Cielo, y otra bien diferente el de un amor conyugal que pretende llevar consigo la indisolubilidad inapelable del vínculo.

A lo que hay que responder que las palabras del Señor, acerca del amor conyugal, son absolutamente categóricas y terminantes: *Lo que Dios ha unido no lo separe el hombre.*⁶⁰ La doctrina parece tan dura y tajante que llegó a causar escándalo entre los propios discípulos: *Si tal es la condición del hombre con respecto a su mujer [respondieron ellos], no tiene cuenta casarse.*⁶¹ Lo que es más evidente todavía si se tiene en cuenta que el mismo Jesús reconoció de hecho, en efecto, que esto no puede ser entendido *sino por aquellos a quienes les ha sido concedido.*⁶²

⁵⁷Ca 7:11.

⁵⁸Jn 17:26.

⁵⁹Ro 5:5.

⁶⁰La narración completa del episodio, demasiado importante por otra parte como para reconocer que merece un estudio detenido, está contenida en dos textos paralelos de los sinópticos: Mt 19: 3-12 y Mc 10: 2-12.

⁶¹Mt 19:10.

⁶²Mt 19:11.

Fácilmente puede comprenderse que la profundidad de la cuestión conduce al planteamiento de problemas demasiado importantes; como para trascender incluso los que surgen ante la consideración estricta del vínculo conyugal. Y de ahí que parezca conveniente, por lo tanto, antes de intentar adentrarse en el tema, siquiera sea en forma de ligero esbozo, anotar de manera rápida alguna observación al respecto.

Después de que el hombre fuera elevado al orden sobrenatural, por gratuito y amoroso designio divino, es imposible comprenderlo en su totalidad —y aun ni siquiera de manera aproximada— desde un punto de vista puramente natural y humano. Cuando se intenta tal cosa, el ser humano se convierte en un conjunto de problemas y misterios completamente insolubles. Que es justamente lo que ha ocurrido con algo tan importante y decisivo como es el vínculo matrimonial. Por lo cual debe tenerse muy en cuenta que un gran número de las cuestiones que afectan al hombre —sin duda demasiado importantes, y hasta decisivas—, no pueden ser abordadas correctamente si se prescinde del punto de vista de la fe. O, dicho de otra forma y con las mismas palabras utilizadas por Jesucristo, es imposible que tales cuestiones puedan ser entendidas en modo alguno *sino por aquellos a quienes les ha sido concedido*. De ahí el fracaso de las gnosias de todos los tiempos, y de ahí también el ridículo en el que incurren los que se empeñan en construir un cristianismo *racional*, y único compatible al parecer con la mentalidad del hombre moderno.⁶³ Si hubiera que ponerle nombre a este cúmulo de intentos, habría que acabar hablando de modernismo y del actual neo-modernismo.

Lo primero que llama la atención en el importante episodio narrado en Mt 19: 3-12 y Mc 10: 2-12, a propósito del libelo de repudio

⁶³ Aunque aquí habría que decir más bien racionalista, que en realidad viene a significar desprovisto de contenido sobrenatural.

y la indisolubilidad del vínculo matrimonial, es la tajante postura mantenida por Cristo y cuyo resumen es el siguiente: Lo que Dios ha unido no lo puede separar el hombre, hasta el punto de que serán dos en una sola carne. Si este principio ha sido objeto de relajación, en algún momento de la Historia, ello no se ha debido sino a la dureza del corazón humano; pero ahora sin embargo, una vez que todo ha quedado definitivamente restablecido, si alguien se atreve a conculcarlo —sea mujer u hombre—, comete adulterio. A lo que hay que añadir que, de todos modos y como acaba de verse, el mismo Señor reconoce que esto no puede ser entendido sino por aquellos a quienes les haya sido concedido.

Dicho lo cual cabe preguntar ahora: ¿A qué se debe una postura tan firme, de cuyo mero enunciado se reconoce que incluso supera la mera comprensión humana? Cuya respuesta quizá pueda encontrarse en el hecho de que, en el fondo de algo tan determinante cual es el vínculo matrimonial —fundamento a su vez de la familia como institución natural—, se halla en juego lo más importante y decisivo que existe en el universo, a saber: el amor. De hecho es el mismo San Pablo quien califica al matrimonio como un gran misterio (τὸ μυστήριον τοῦτο μέγα ἐστίν), e incluso lo refiere al amor entre Cristo y su Iglesia.⁶⁴ De donde se puede concluir que si, por una parte, el matrimonio es un *gran misterio*; y si, por otra, es un analogado con respecto al amor entre Cristo y su Iglesia, hay razones suficientes para pensar que se está en presencia de algo demasiado importante que no puede ser tratado, por lo tanto, con ligereza.

Por lo que parece necesario insistir con una nueva pregunta: ¿De dónde procede, y cual es la razón capaz de explicar el hecho de que adquiera carácter de misterio —de gran misterio, según las palabras

⁶⁴Ef 5: 22–33. Cf la Encíclica de Pablo VI *Ecclesiam suam*, 25, y la Constitución del Vaticano II *Lumen Gentium*, 11.

exactas del Apóstol— el vínculo matrimonial...? Por supuesto que no es suficiente decir que, al fin y al cabo, se trata de un sacramento;⁶⁵ pues, siendo siete en realidad los sacramentos, si se hace excepción del carácter y de la denominación de misterio referidos a la presencia real eucarística, a ningún otro se le aplica ese calificativo. Lo que induce a suponer que hay aquí algo absolutamente peculiar y tal vez único.

Y la explicación de todo lo cual parece encontrarse, en definitiva, en una inaudita y maravillosa verdad que ha sido otorgada al hombre por revelación. La cual consiste justamente en que el vínculo matrimonial —con su elevación a la categoría de sacramento— ha quedado incluido de lleno en el ámbito misterioso e inefable del Amor.⁶⁶ Las palabras solemnes del Apóstol, contenidas en su Carta a los de Éfeso, autorizan a pensar que aquí se está en presencia de un analogado con respecto al amor divino-humano; o simplemente con respecto al amor, aunque dentro del ámbito que corresponde al Amor perfecto: *Gran misterio es éste; pero yo lo digo referido a Cristo y a la Iglesia*. Analogado utilizado con preferencia (para referirse al amor divino-humano) con respecto a cualquier otra forma de amor, incluido el paterno-filial. Según parece deducirse del uso que hace San Pablo de las palabras del Génesis:⁶⁷ *Por esto dejará el*

⁶⁵Para el cristiano que peregrina todavía en este mundo, todo lo que pertenece al ámbito de lo sobrenatural tiene carácter de misterio.

⁶⁶Todos los sacramentos han sido instituidos *propter homines*. Pero el carácter sacramental del vínculo no puede ser contemplado meramente como algo conveniente al hombre, a saber: como una concesión graciosa —una más— hecha por Dios a la creatura humana en orden a su salvación. Por supuesto que todas estas razones —y muchas otras que se podrían aportar— son válidas; pero es evidente que aquí hay *algo más*. Bastante más en realidad.

⁶⁷Ge 2:24. Obsérvese el empleo del género neutro y la ambigüedad procurada de la expresión utilizada: "*Por esto*" *dejará el hombre a su padre y a su madre*. . . Todo parece indicar que la expresión *por esto* se orienta hacia algún nuevo y misterioso elemento, que es justamente el que determina el abandono de los padres para unirse definitivamente a otra persona.

hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer; y serán los dos una sola carne.

Que la forma de amor conyugal es la preferida por la Revelación como analogada con respecto al amor divino–humano, es algo que se desprende con luminosa evidencia de la completa lectura del libro de *El Cantar de los Cantares*. Al fin y al cabo Dios se adapta, en su Revelación, a la forma más adecuada en que puede ser entendida por el hombre:⁶⁸

*Ven del Líbano, esposa,
ven del Líbano, llega. . .*⁶⁹

.....

⁶⁸Para que la referencia de analogados sea perfecta hay que pensar en el amor conyugal sobrenaturalizado por la gracia. Pero las nuevas disposiciones canónicas están introduciendo, al menos en la praxis, la posibilidad de recibir el sacramento del matrimonio sin la confesión previa. Probablemente porque no se quiere *imponer* como obligación accesoria.

Por supuesto que no se pretende negar aquí la validez de este sacramento si no se recibe en estado de gracia. Aunque la cuestión es ya muy distinta en lo referente a las gracias especiales que lleva consigo, y que son necesarias para vivirlo cristianamente.

Aparte de que la pretensión de que a nadie le debe ser impuesta la confesión es una falacia. El matrimonio entre cristianos es un sacramento de vivos. Hablar de *libertad* para recibirlo o no en estado de gracia sería lo mismo, se admita o no se admita, que dar paso a la libertad para recibir la eucaristía en cualquier estado de alma (1 Cor 11: 27–29). Sin olvidar tampoco que la Iglesia no ha vacilado nunca en *imponer* el sacramento de la penitencia en determinadas circunstancias: bien sea dentro de ciertos períodos de tiempo, o bien en peligro de muerte, o incluso si se pretende comulgar sin poseer el estado de gracia. Al fin y al cabo, el traje de bodas es necesario para poder entrar a las nupcias (Mt 22: 11–13).*

⁶⁹Ca 4:8.

*La Tradición ha visto siempre, en el uso del traje de bodas, la necesidad de la gracia santificante.

*Miel virgen destilan tus labios, esposa mía,
leche y miel bañan tu lengua. . .*⁷⁰

Además de una Tradición que, durante numerosos e ininterrumpidos siglos, no ha dudado jamás en identificar las figuras del Amado y de la amada con las del Esposo y la esposa. El Nuevo Testamento, por su parte y como no podía ser menos, también anda muy lejos de ser ajeno a esta forma de pensar y de expresarse.⁷¹

El empleo de la figura del amor conyugal, preferido al parecer por la Revelación como expresión la más apropiada del amor divino-humano, no deja de ser curioso e interesante por demás. No hace falta recordar la importancia de las parábolas de las bodas o de las diez vírgenes, por ejemplo. Caso de intentar una a modo de explicación, habría que pensar seguramente en que el amor divino-humano se encuentra, sin duda alguna y como ninguno, dentro del ámbito del amor perfecto —aunque destinado a alcanzar su consumación y plenitud en la Patria del Cielo—. Exige, por lo tanto, como una de sus notas propias y fundamentales, la de la *totalidad*, en el sentido de una entrega o donación, absoluta y recíproca, entre los amantes. Pero, precisamente por eso, es indudable que el analogado más apropiado para figurarlo es el amor conyugal, el cual alcanza su mayor forma de expresión en la unión carnal de los esposos: *Y serán dos en una sola carne*. Sin olvidar que el amor conyugal —por más que haya sido sobrenaturalizado por la gracia— no es más que un analogado; en cuanto que vive de deseos y anhelos que nunca van a alcanzar la realidad de su plenitud; pero que, en la medida en que apuntan tan propiamente hacia el amor divino-humano, le otorgan

⁷⁰Ca 4:11.

⁷¹Cf Mt 9:15; 22: 1-14; 25: 1.6.10; Mc 2: 19-20; Lc 5: 34-35; 14: 16-24; Jn 3:29; Ap 19:7; 22:17.

a pesar de todo su extraordinaria dignidad y maravilloso misterio. Es en este sentido justamente como se convierte en tipo o figura del amor divino—humano, el cual es a su vez el único que logra conseguir la plena realización de las ansias de entrega y posesión que devoran a una creatura —el ser humano— que ha sido hecha, al fin y al cabo, para el Amor.⁷²

Queda claro, de todos modos, que el amor conyugal, en su propio ámbito y a su manera, se encuentra también en la línea del amor perfecto. Como analogado más apropiado, sobrenaturalizado y santificado además por la gracia, se convierte en la más perfecta y adecuada figura del amor divino—humano. De ahí su extraordinaria dignidad. Y de ahí también la gravedad de cualquier intento para

⁷²Entre la unión de los cuerpos, a saber: la *una caro*, junto a la *relativa* de las almas, que tienen lugar en el amor conyugal; y la transfusión de vidas que se lleva a cabo en el amor divino—humano, media una distancia demasiado grande. En este sentido, la primera es meramente tipo o figura de la segunda (lo cual, lejos de restarle nada de grandeza y santidad a la unión conyugal, más bien la confirma y autentica). Los textos del Nuevo Testamento que avalan esta afirmación son demasiado abundantes y expresivos: cf, por ejemplo, Mt 10:39; 16:25; Mc 8:35; Lc 9:24; 14:26; 17:33; Jn 6: 52. 56–57; 12:25; etc. Todos ellos, de una manera o de otra, se refieren a una completa *totalidad* en la mutua entrega de vidas (Ga 2:20), con respecto a la cual el amor puramente humano no puede hacer otra cosa sino suspirar.*

*Que el amor conyugal no es sino un analogado con respecto al amor divino—humano, e inferior a él por lo tanto, es algo que queda bien claro en todo el capítulo 7 de la 1 Corintios. Pueden verse, por ejemplo, los vv. 32–34: *El no casado se preocupa de las cosas del Señor y de cómo agradarle. El casado se preocupa de las cosas del mundo y de cómo agradar a su mujer; y está dividido. . . , etc.*

Pero el mismo hecho de parangonarlo con la virginidad, calificándolo como inferior a ella, prueba indudablemente dos cosas: su carácter de analogado con respecto al amor divino—humano; y al mismo tiempo también su grandeza, en cuanto que se halla en la misma línea del amor sobrenaturalizado y perfecto. El Apóstol cualifica claramente al matrimonio como inferior a la virginidad; pero sin dejar de reconocer que hay de por medio en todo esto una cuestión de *vocación personal*, en cuanto que *cada uno tiene de Dios su propio don; uno de una manera y otro de otra* (v. 7).

privarlo de alguna de sus notas esenciales. Sustraerle, por ejemplo, su cualidad de perenne es atentar de lleno contra su condición de *entrega en totalidad*, destruyéndolo por lo tanto como verdadero y perfecto amor. Un latrocinio que sólo podría ser llevado a cabo por quienes no creyeran en el amor humano, o simplemente en el Amor.

El hecho de que el vínculo matrimonial quede roto por la muerte de cualesquiera de los cónyuges (1 Cor 7:39) no dice nada contra la perennidad de su mutuo amor. Los sacramentos han sido hechos para los hombres —*propter homines*— en orden a su salvación, mientras dura el tiempo de su peregrinación terrena; de modo que solamente en esa medida perduran sus efectos, si se hace excepción del *carácter* indeleble que imprimen algunos de ellos.⁷³ El vínculo jurídico, que da forma y estructura al sacramento del matrimonio, solamente tiene sentido en el presente eón; y no en el Reino de los Cielos, en donde los hombres, según las palabras mismas del Señor, *ni se casarán ni se darán en casamiento, sino que serán como ángeles en el cielo.*⁷⁴ El vínculo es para el camino; porque, mientras se discurre por él, y por el hecho de no haber llegado aún a la meta, todavía son necesarias las promesas.⁷⁵ Y la promesa, como se sabe, mira siempre hacia el

⁷³El vino que el Maestro volverá a beber con sus discípulos en el Reino de los Cielos será ya un *vino nuevo* (Mt 26:29; Mc 14:25).

⁷⁴Mt 22:30; Mc 12:25. La palabra *vínculo*, derivada del vocablo latino *vinculum* —derivada a su vez de *vincire*, que significa *atar*—, evoca la idea de lazo o ligadura. Pero es el hecho que en el Cielo ya no existen lazos, obligaciones —también de *ob-ligare*— ni ligadura alguna, que no tendrían sentido alguno en el puro amor, el cual es esencialmente libertad.³ El concepto de vínculo está por lo tanto radicalmente unido al de peregrinación terrena, y evoca la idea de un amor aún no perfecto que está más en la línea del *todavía no* que en la del *ya*. Como puede verse se trata de otra nota característica del matrimonio, cuyo estudio podría conducir a un conocimiento más profundo de su inferioridad con respecto a la virginidad.

⁷⁵No debe olvidarse que la Iglesia no ha aceptado jamás la validez de un matrimonio sobre la base de una promesa de amor *ad tempus*.

futuro; como algo que, si bien espera llevarse a cabo, aún no ha visto colmada su realidad. El vínculo es para el camino y acaba con él; pero en cambio *la caridad no pasa jamás*.⁷⁶

*Si vas hacia el otero,
deja que te acompañe, peregrino,
a ver si el que yo quiero
nos da a beber su vino
en acabando juntos el camino.*⁷⁷

Pues lo único que sucede aquí, también según el Apóstol, es que *cuando llegue lo perfecto, desaparecerá lo imperfecto*.⁷⁸ Los ríos discurren, contenidos dentro de su cauce, hasta que llegan a la mar; y una vez allí, donde ya no necesitan orillas ni riberas, lejos de perder su agua, quedan confundidos y hechos una misma cosa con el océano. Claro que aquí se trata de una simple metáfora; puesto que los bienaventurados en la Patria del Cielo no se identifican ni se confunden con Dios —lo que, además, haría imposible cualquier forma de amor—, sino que sencillamente han llegado al término o final para el cual habían sido creados: cual es el Amor total; o Dios, como Amor infinito y último y único fin del hombre. Es desde dentro, y a partir de esa hoguera infinita de amor, como los bienaventurados aman a los demás. Allí es donde se hacen plena realidad, por fin, las palabras de Jesús: *Padre Santo, guarda en tu nombre a los que me has dado, para que sean uno como nosotros*. . .⁷⁹ *Que to-*

⁷⁶1 Cor 13:8.

⁷⁷El último verso puede interpretarse, o bien en el sentido de acabar juntos, o *a la vez*; o bien en el sentido de permanecer juntos hasta que cualquiera de los caminantes llegue a la meta. Pero, de todos modos, siempre *acabando juntos el camino*.

⁷⁸1 Cor 13:10.

⁷⁹Jn 17:11.

*dos sean uno; como tú, Padre, en mí y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros. . .*⁸⁰ *Yo en ellos, y tú en mí, para que sean consumados en la unidad. . .*⁸¹ Así se hace fácil comprender que ya no tiene sentido cualquier amor humano sellado con vínculos, por sublime que sea. Cuando la promesa y la esperanza se hayan hecho realidad, *desaparecerán las profecías, cesarán las lenguas, se desvanecerá la ciencia. Porque parcialmente conocemos y también en parte profetizamos. Pero, cuando llegue lo perfecto, desaparecerá lo imperfecto. . .*⁸² *Ahora permanecen la fe, la esperanza y la caridad; pero la mayor de ellas es la caridad.*⁸³

⁸⁰Jn 17:21.

⁸¹Jn 17:23. El vínculo sacramental se rompe con la muerte de cualquiera de los cónyuges. Aunque tal cosa, no solamente no quiere decir que los bienaventurados del Cielo, que fueron entre ellos seres especialmente queridos en la tierra, vayan a dejar de amarse; sino que más bien es todo lo contrario. Lo cual se comprende aún mejor cuando se tiene en cuenta también que el amor no pasa jamás (1 Cor 13:8). Y es que, en realidad, el vínculo y el amor son cosas diferentes. El vínculo supone una cierta imperfección, por cuanto implica la idea de atadura u obligación; y fue establecido para el presente eón, en vistas a una naturaleza humana, débil de por sí y que todavía está *in via*, o en *todavía no*. Y, dado que el Amor es esencialmente libertad (2 Cor 3:17), en su estado perfecto no puede ser sino fruto de una voluntad absolutamente libre y que *quiere* por sí misma, sin necesidad de trabas ni imposiciones. En el Cielo, por supuesto, *ni se casan ni se dan en matrimonio* (Mt 22:30; Mc 12:25), porque ya no tiene sentido el riachuelo cuando desemboca en el mar. Pues, si bien el amor divino-humano es *omnicomprensivo*, el amor conyugal en cambio es precisamente un analogado típico del amor divino-humano. Es en este sentido, y con respecto al amor divino-humano, como el vínculo y el amor conyugal tienen también un carácter de *signo* que, una vez sumergido en el piélago del Amor divino, pierde su razón de ser: el signo da paso a la realidad, la parte al todo, y lo imperfecto a lo perfecto.

⁸²1 Cor 13: 8-10.

⁸³1 Cor 13:13.

Lo cierto es que el divorcio, en todo caso, disimulado o sin disimular, es un atentado directo contra lo más esencial del Mensaje de la Buena Nueva: el Amor de Dios ofrecido a los hombres (Jn 17:26; Ro 5:5); o, para decirlo aún más directamente: es un atentado contra el Amor. ¿Que cómo es posible que se haya dado lugar a esta situación, aun en el seno de la misma Iglesia?

Lo más sencillo aquí sería decir (es la explicación que suele darse) que no se pretende sino aliviar la situación insostenible en la que desembocan muchos matrimonios; para confirmar lo cual hasta se podría invocar la caridad cristiana, como de hecho se viene haciendo. Aunque desgraciadamente, sin embargo, las razones más sencillas de traer a colación para justificar algo, y más aparentemente convincentes, no son siempre las que mejor responden a la verdad. Existe un hecho bastante obvio e imposible por lo tanto de negar: cual es el de que, si se ha llegado hasta este punto, es simplemente porque *ya no se cree, ni en la totalidad, ni en la consiguiente perennidad del amor*. De otro modo no se admitiría jamás la ruptura del vínculo. Por lo demás, invocar la caridad cristiana para asestar un golpe al amor es una aberración, tanto metafísica como teológica.

Es sabido que una de las causas que más han contribuido al actual desprestigio de la Iglesia anglicana ha sido su aceptación del divorcio (de forma más restringida y disimulada al principio, y mucho más amplia y abierta después).⁸⁴ Como parece que la Iglesia católica no ha sabido curarse en salud, ni escarmentar en cabeza ajena, se ha llegado a una situación en la que el vocerío incesante de los *media* apenas si consigue mantener viva la idea de un inusitado florecimiento eclesial. De ahí que, por más que se diga lo contrario, el prestigio

⁸⁴El procedimiento de actuar *per gressus*, practicado con frecuencia como forma de política social, tiene como principal objeto el de preparar los ánimos de las gentes y el de evitar escándalos y sobresaltos. Su honestidad depende, como fácilmente puede suponerse, de la de los objetivos perseguidos.

de los Pastores católicos tiene cada vez menos consistencia entre los fieles. De hecho, *El Cantar de los Cantares* ya lo había advertido claramente con palabras que se han hecho inmortales a través de los siglos:

*Si uno ofreciera por el amor toda su hacienda
sería despreciado.*⁸⁵

Y en efecto, porque el amor no puede ser comprado, vendido, cambiado o permutado *absolutamente por nada*; pues nada hay que valga más que él ni que se pueda comparar con él. Cuando alguien lo olvida, o simplemente no lo tiene en cuenta, no consigue otra cosa sino el desprecio de todos.⁸⁶

La pérdida de la fe en el amor total —o por mejor decir, en el amor verdadero— ha ocasionado también, entre otras cosas, el desprestigio de los votos religiosos —en todos sus grados y maneras—, amén de la vida consagrada y de la virginidad en general. Es un hecho que también está ahí, reconocido o no, el de que la erosión

⁸⁵Ca 8:7.

⁸⁶El desprestigio puede no ser un hecho explicitado en la conciencia de la gente, aunque no por eso deja de estar ahí. La indiferencia, incluida la que no es producto de una conciencia refleja, es siempre la actitud menos mala, adoptada por los de abajo, cuando falta la rectitud de comportamiento de los de arriba. *La Rebelión de las Masas* pudo ser una mera pirueta literaria de Ortega, sin duda alguna; pero la descristianización de las masas es en cambio una realidad bien punzante, a pesar de los esfuerzos de los *media* clericales o afines para demostrar lo contrario. En la España actual, por ejemplo, se discuten incesantemente y con acritud, a favor o en contra, las declaraciones políticas de los Obispos ligados a los medios nacionalistas; mientras que no se habla jamás de sus actuaciones pastorales ni de sus orientaciones magisteriales: y es que en la medida en que las haya, si acaso las hay, puede estarse bien seguro de que no interesan a nadie.

del concepto del matrimonio ha conducido implacablemente, por extraño que parezca, a la infravaloración de la idea de la virginidad religiosa. Pues las instituciones de la vida cristiana, tal como sucede con los hechos sociales en general, se entrelazan bajo la ligadura de una fuerte y aguda interdependencia. De hecho, la penuria de vocaciones a la vida consagrada, y más concretamente al sacerdocio, es un fenómeno que no se puede negar honradamente.⁸⁷

El catolicismo actual produce la impresión de que se encuentra en campaña de *rebajas*, como si también hubiera llegado para él un extraño mes de Agosto comercial.⁸⁸ Todo parece indicar que las sospechas de la esposa del *Cantar*, referentes a la incredulidad de

⁸⁷La actuación *per gressus* parece que también tiene lugar aquí. Según algunos, la sobreabundancia de diáconos permanentes (por lo general, casados)* no obedece meramente a la angustiada penuria de sacerdotes. Ante las apremiantes necesidades pastorales ocasionadas por la falta de presbíteros, y una vez que aparezca la ocasión apropiada, será llegado el momento de hablar de la oportunidad de ordenar a los diáconos casados: en realidad ya se viene insistiendo con frecuencia en que tal práctica ha sido cosa tradicional en las Iglesias orientales; sin duda para que se vaya adquiriendo conciencia del hecho e ir preparando los ánimos. Perfectamente legítimo, por supuesto; aunque el Catolicismo habrá perdido una de las más preciadas perlas de su corona multiseccular, cual es la del celibato sacerdotal. Y no está nada claro que el sacerdocio facilitado —en realidad rebajado— sea capaz de mantener, y aun menos de fomentar, la vida cristiana. De todos modos tal vez hubiera sido más conveniente atacar el fenómeno en su raíz: dignificar de nuevo el concepto del sacerdocio, emprender una reforma a fondo de la formación en los Seminarios, estructurar una auténtica pastoral de juventud, adquirir el convencimiento de la necesidad de una mayor insistencia del Magisterio en cuestiones fundamentales y, de una manera general, urgir la vuelta a la práctica de una vida cristiana de contenido más sobrenatural y auténtico.

⁸⁸Como se sabe, en el lenguaje comercial o mercantil, los conceptos de *rebajas* y de *liquidación* van ordinariamente unidos.

*En algunos países, como en los Estados Unidos por ejemplo, el fenómeno ha adquirido una relevancia particular.

sus compañeras con respecto al Amor del Esposo, no eran del todo infundadas. Pues la gente deja de creer en las exigencias del amor cuando ya no cree en el amor; lo que coincide con el momento en el que empieza a pensar que tales exigencias son demasiado duras (Jn 6:60; Mt 19:22),⁸⁹ y que deberían ser atemperadas para hacerlas más asequibles al hombre de hoy.⁹⁰ La desvalorización de instituciones profundamente cristianas, como la vida consagrada, la virginidad, la vida contemplativa, y el mismo ministerio sacerdotal —por citar algunas— es un ejemplo bien claro de lo que se viene diciendo. No tiene nada de extraño que se proceda en tales casos de modos y maneras que, si bien no suelen conducir a nada, se ajustan sin embargo bastante bien a la debilidad de la naturaleza humana. No había necesidad, por ejemplo, de desacreditar —o dejar sumido en la sombra, al menos— el ministerio sacerdotal para llevar a cabo la llamada promoción de los seglares.⁹¹ No cabe duda de que el camino más fácil, o la senda más ancha, son siempre los más frecuentados.

Un ejemplo claro, a este respecto, es lo que viene sucediendo con la Pastoral de la juventud. En los tiempos finales del siglo XX, y como todo el mundo sabe aunque nadie lo diga, ha quedado bien

⁸⁹Aquí habría que traer a colación los innumerables textos evangélicos que hablan de seguimiento de Jesucristo, o de la pérdida de la propia vida por amor de Él. Cf, por ejemplo, Mt 8:22; 10:39; 16:24; 19:21; Mc 10:21; Lc 9: 23.59; 18:22; etc.

⁹⁰Es posible que el concepto de atemperar no sea el más adecuado aquí. Dado que con frecuencia no se trata meramente de moderar o suavizar, sino que se va mucho más allá; y de ahí que el escamoteo, el disimulo, y hasta el silencio con respecto a algunas enseñanzas evangélicas, parezcan términos más apropiados para calificar la situación actual.

⁹¹No es exageración hablar aquí de descrédito. Se ha insistido demasiado en el predominio oligárquico del clero con respecto a los seglares, por ejemplo, para desarrollar la doctrina de la llamada *mayoría de edad de los seglares*. ¿Cómo puede alguien extrañarse ahora de la angustiada penuria de vocaciones sacerdotales?

patente que la juventud ha desertado de la Iglesia.⁹² Es un hecho que está ahí y que no dejaría de ser reconocido por unas estadísticas honradas.

No dice nada nuevo la afirmación de que la Pastoral de la juventud es la más ardua de todas, o una de las más difíciles por lo menos. La tarea de transformar a los niños en adolescentes cristianos, para conducirlos luego hasta la madurez de auténticos hombres de fe, es propia de titanes y aún más. De ahí que el número de *expertos* especialistas existentes en este campo, bastante elevado por cierto, casi coincida extrañamente con el número de los que han fracasado en la enseñanza de esta asignatura.⁹³ Claro que en unos tiempos en los que pululan los ministros laicos eclesiales de todas clases; los seculares comprometidos dedicados a tareas de enseñanza, bien sea de catequesis, o bien sea de *cursillos* y afines que abarcan un amplio

⁹²Es sabido que Pío XI, de manera angustiada, se lamentaba de que la Iglesia había perdido la clase obrera; y sin duda que al Pontífice le sobraba razón, aun reconociendo que es difícil hablar en Pastoral de pérdidas o ganancias aplicadas a las clases sociales. Pero es obvio que la juventud no puede ser clasificada como clase social, y sí meramente como un conjunto de hombres y mujeres que no han llegado a la edad de la madurez.

Es de notar sin embargo que, durante toda la segunda mitad del siglo XX —en realidad mucho antes—, estuvo muy de moda el concepto de clase social (una de las pocas cosas que habría que agradecerle al marxismo). Las preocupaciones de la Iglesia en ese sentido estaban bien vistas, y no sin fundamento; mientras que ahora haría falta mucha valentía —y desde luego se vería con desagrado— que un Papa denunciara que la Iglesia se había quedado sin la juventud.

⁹³La explicación del hecho no es difícil. Puesto que la doctrina cristiana es una doctrina de vida y para la vida, la primera condición a exigir en el pretendido maestro es la práctica sincera de lo que trata de enseñar. Y dado que los tiempos actuales son tiempos de crisis, tanto de fe como de vida cristiana, es difícil imaginar una abundancia excesiva de cristianos verdaderos. A lo que hay que añadir el fino y agudo sentido de percepción propio de los niños y de los jóvenes; con el lógico resultado de la mayor proclividad, de unos y de otros, a creer más en lo que ven que en aquello que meramente oyen.

abanico de materias (como matrimoniales y otras); los sociólogos y psicólogos laicos dedicados a impartir *enseñanzas* al clero e incluso a los Obispos; amén de un elevado número de etcéteras, es improbable que haya muchos dispuestos a admitir lo que aquí se dice.⁹⁴ Lo bueno de todo esto es que la naturaleza humana se las ingenia siempre para encontrar remedios para todo. Cuando cree que una tarea es demasiado ímproba, acude indefectiblemente al recurso de sustituirla por otra más sencilla. Puede darse por seguro, incluso a riesgo de que la afirmación parezca un chiste fácil, que los sucedáneos abundan en la Pastoral aún más que en el comercio de comestibles.

Es entonces cuando es llegado el momento en el que hacen su aparición los Encuentros, las Peregrinaciones, y hasta los Concilios (¡?) de jóvenes, por citar algunos de los casos más frecuentes.⁹⁵ Y no es

⁹⁴El autor de este libro tuvo ocasión de conocer, entre otros casos, a un sacerdote amigo que se encontraba en situación angustiada: el hombre no conseguía que los catequistas de su parroquia cumplieran jamás con el precepto dominical de la asistencia a la misa. Hasta que por fin encontró la solución de sus preocupaciones, y que a él le pareció definitiva: la supresión de los catequistas y la eliminación definitiva de la catequesis.

⁹⁵La idea de un *Concilio* de Jóvenes es quizá un ejemplo típico de la confusión actual acerca de conceptos tales como religioso, secular, laico y sacerdotal. El concepto de Concilio evoca y lleva consigo, siempre y necesariamente, el de Pastores y Padres de la Iglesia. Que en realidad son los únicos capacitados para llevar a cabo un Concilio; más propio al fin y al cabo de Pastores y clérigos, bien maduros de sabiduría y de experiencia, que de ovejitas y corderillos recién nacidos. Por supuesto que existen también los clérigos jóvenes; aunque está bien claro que los *Jóvenes* de los que aquí se trata son los jóvenes laicos que viven en el mundo y en medio del mundo, dedicados siempre a sus más o menos variopintas preocupaciones. Sentir la necesidad de que los *Jóvenes* expresen sus propias ideas de forma magisterial —en la medida, claro está, en que tal cosa se tome en serio y no se trate de un mero *divertimento*, o de un procedimiento quizá de atracción turística— podría causar la impresión de que se admite, de manera expresa o tácita, que aquellos que poseen la función del Magisterio *ex officio*, y que están dotados además del carisma necesario para ello, no la cumplen debidamente. Lo que sería inferir una ofensa al legítimo Magisterio de la Iglesia.

que cosas tales como los Encuentros y Asambleas, como sucedía con las procesiones o las peregrinaciones antiguas, no sean aceptables, en cuanto que alimentan y fomentan la vida cristiana. Por descontento que es así, y es en este sentido como deben ser mantenidas. El problema, y no pequeño por cierto, se plantea agudamente cuando la Pastoral de la Juventud —lo que se dice toda la Pastoral de la Juventud— *queda reducida a eso y solamente a eso*. Es evidente que, en el caso de que así fuera, podría resultar que tan tremendo ajetreo con los jóvenes no desembocara en otra cosa, en el mejor de los casos, que en turismo comercial y en diversión de dudosa cualificación. Lo que se agrava aún más cuando en tales concentraciones se proponen como consignas ideas de tinte o matiz más puramente humanos, o de corte horizontalista, que de carácter sobrenatural.

El olvido del sentido del pecado y de la necesidad de la penitencia (Lc 13:5), así como de la vocación de todo cristiano a compartir la cruz de Cristo; la aceptación del divorcio; la relegación de los sacramentos a la buhardilla de las cosas viejas que ya no se usan; la limadura de aristas de enseñanzas evangélicas que parecen demasiado duras; las actividades pastorales que no consiguen sino promover el folklore y el turismo; el silencio de muchos Pastores ante la descristianización de la sociedad... , y tantas otras cosas que no son sino el efecto común de una misma causa: la incredulidad con respecto al Amor y a sus exigencias. Verdaderamente la esposa del *Cantar* no andaba muy descaminada: sus sospechas acerca de sus compañeras, con respecto a que ellas no acababan de creer en lo que el Amor es capaz de hacer pese a todo y contra todo, no eran infundadas. No estaban tan convencidas como ella misma de la más que atrevida afirmación del *Cantar*:

*Porque es fuerte el Amor como la muerte...*⁹⁶

Tan fuerte como la muerte y más aún, porque en realidad el Amor es la misma Vida, a saber: en cuanto que abarca lo que hay más acá y más allá de la muerte (Jn 11:26).⁹⁷ Pero lo más grandioso y sublime de todo esto es que, a pesar de todo y con todo, el Esposo sigue pensando que la esposa es hermosa; e incluso ella está convencida de lo mismo con respecto a sí misma. Sin que sea necesario decir que ambos tienen cumplida razón:

*¡Qué hermosa eres, amada mía,
qué hermosa eres! Tus ojos son palomas.*⁹⁸

.....

*¡Cuán hermosas están tus mejillas
entre las guedejas,
tu cuello con los collares!*⁹⁹

.....

*Soy morena, pero hermosa, hijas de Jerusalén...*¹⁰⁰

⁹⁶Ca 8:6.

⁹⁷Una vez más, no debe olvidarse que el Nuevo Testamento es el complemento y la superación del Antiguo. Si para éste último el Amor es tan fuerte como la muerte y tan duro como el sheol (Ca 8:6), para el Nuevo, sin embargo, el Amor existía antes que la muerte, y va mucho más allá que ella en cuanto que la vence y la supera (1 Cor 15: 54-55).

⁹⁸Ca 1:15.

⁹⁹Ca 1:10.

¹⁰⁰Ca 1:5.

No deja de ser un gran misterio el de la existencia de una Iglesia santa y pecadora a la vez. Pecadora porque está formada, en su etapa terrena, por hombres débiles y pecadores que aún están en camino. Pero al mismo tiempo también santa; porque es igualmente el Cuerpo de Cristo, redimida por Él en la cruz y purificada con su sangre. Como decía el santo poeta de Fontiveros en su *Cántico Espiritual*:

*No quieras despreciarme,
que si color moreno en mí hallaste,
ya bien puedes mirarme,
después que me miraste,
que gracia y hermosura en mí dejaste.*

La esposa reconoce y confiesa que es moreno el color de su piel; e incluso que hay *raposillas* en su viña:

*¡Ah! Cazadnos las raposas,
las raposillas pequeñitas,
que destrozan las viñas,
nuestras viñas en flor.¹⁰¹*

Pero ahora, sin embargo, es hermosa:

Soy morena, pero hermosa. . .¹⁰²

Porque, después de que el Esposo ha fijado en ella su mirada, la ha dejado repleta de gracia y hermosura:

¹⁰¹Ca 2:15.

¹⁰²Ca 1:5.

*Ya bien puedes mirarme,
después que me miraste,
que gracia y hermosura en mí dejaste...*

*Cuando tú me mirabas,
su gracia en mí tus ojos imprimían:
por eso me adamabas,
y en eso merecían
los míos adorar lo que en Ti vían.*

La esposa ha sido transformada después de que el Esposo la ha mirado con amor:

*¡Oh noche que quiaste!,
¡oh noche amable más que el alborada!,
¡oh noche que juntaste
Amado con amada,
amada en el Amado transformada!¹⁰³*

Pero es que, además, al imprimir en ella su imagen, el Esposo la ha hecho adorable y la ha *abrasado* con su amor:

*No miréis que soy morena,
es que me ha quemado el sol.¹⁰⁴*

Al fin y al cabo el Esposo había venido a eso, y para eso había buscado a la esposa (Lc 12: 49-50). Pues el Amor, en efecto, es *nexus duorum*, y tiende a hacer uno de los dos amantes. Un solo corazón

¹⁰³San Juan de la Cruz, *Noche Oscura*.

¹⁰⁴Ca 1:6.

y una sola alma, ya que la entrega es total y mutua. En el Amor perfecto y sustancial la identificación de los Amantes es tan completa y total que solamente se distinguen en cuanto a lo que es el *Yo* propio de cada uno. Sin cuya distinción, que admirablemente podría también llamarse *oposición*, no habría en absoluto amor; ya que el amor es justamente la salida de sí mismo del *uno* para entregarse por entero al *otro*. De donde sin el *otro* no hay amor; y aun ni siquiera tampoco el *uno*, hasta el punto de que bien puede decirse que no hay uno sin otro ni otro sin uno; puesto que, como ya se ha dicho demasiadas veces, todo es recíproco en el amor. Tal como el mismo *Cantar* lo reconoce cuando habla igualmente de la mirada de la esposa al Esposo:

*Prendiste mi corazón, hermana, esposa,
prendiste mi corazón en una de tus miradas,
en una de las perlas de tu collar.¹⁰⁵*

En el amor divino-humano, o en el amor participado, la identificación no puede ser tan total como para llegar a la mismidad numérica de naturalezas. Permanece, como siempre, la distinción de las personas de los amantes; aunque también es verdad que la entrega mutua de ambos, ahora solamente parcial en el *todavía no*, es tan perfecta que casi se podría hablar de una identificación total luego, una vez llegado el inefable momento del *ya*, por tanto tiempo ansiado y esperado. Aquél momento precisamente en el que el conocimiento y la entrega, mutuos y recíprocos, lleguen a su plenitud: *Estoy crucificado con Cristo; y vivo, aunque no yo, sino que es Cristo quien vive en mí. . .*¹⁰⁶ *Ahora conozco parcialmente; pero entonces conoceré como*

¹⁰⁵Ca 4:9.

¹⁰⁶Ga 2:20.

*soy conocido.*¹⁰⁷ Y de ahí que pueda decirse, con toda propiedad, que a la persona que es el ser humano la determina y constituye precisamente el amor: ¿Puede acaso afirmarse de otra manera que la incredulidad en el amor desemboca indefectiblemente en la incredulidad en el hombre? ¿De donde, sino de aquí, puede proceder la tan traída y llevada falta de reconocimiento de los derechos humanos? Así se explica el fracaso de tantos intentos para fundamentar tales derechos con razonamientos puramente humanos, o ajenos por lo menos al amor. El que no ama, en efecto, es incapaz de conocer a Dios (1 Jn 4:8), aunque igualmente queda condenado a no conocer jamás al hombre.

Por eso puede asegurarse con firmeza que ha llegado el momento de los que creen en el Amor. Pues solamente los auténticos amantes —los verdaderos enamorados— son los que poseen la fuerza capaz de mover —y de transformar— a un mundo que parece haber dejado de creer en el Amor:

*l'Amor che move il sole e l'altre stelle.*¹⁰⁸

Es el mismo amor del que se dijo también que todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta, e incluso que no pasará jamás (1 Cor 13: 7-8). Y así es, en verdad. Porque si la presencia del amor hace que *todo se crea*, su ausencia, sin embargo, es la causante de que no se crea en nada. La esposa del *Cantar* está bien convencida del amor del Esposo; y por eso, lejos de conformarse con la senda ancha y fácil por donde camina la incredulidad, está dispuesta a ir a buscarlo a cualquier parte de la forma que sea —*todo lo sufre*—, a

¹⁰⁷1 Cor 13:12.

¹⁰⁸*El Amor que mueve al sol y a las demás estrellas.* Dante, *La Divina Comedia*, *Paraíso*, final.

aguardarlo todo el tiempo que sea necesario —*todo lo espera*—, y a tomar sobre sí misma las exigencias más duras con tal de participar de la cruz de su Esposo —*todo lo soporta*—:

*Me levanté y recorrí la ciudad,
las calles y las plazas,
buscando al Amado de mi alma.¹⁰⁹*

O como pudo haber dicho también:

*Amado, yo he buscado
de mi huerto de azahares el sendero,
y, luego, te he esperado
detrás del limonero
a ver si te encontraba yo primero.*

¹⁰⁹Ca 3:2.

CAPÍTULO II

LA SOLEDAD DE LA ESPOSA (Primera Parte)

*Los hijos de mi madre, airados contra mí,
me pusieron a guardar viñas;
no era mi viña la que guardaba.¹*

Si es verdad lo que se dijo en el capítulo anterior, acerca de que el texto allí comentado es difícil, ahora es el momento de afirmar que el contemplado aquí no lo es menos. Incluso el problema se convierte en algo más complicado todavía, desde el momento en que estos hemistiquios parecen evocar la idea de un extraño aerolito, caído como siempre por casualidad, entre los primeros versos del Poema sagrado. La verdad es que no parecen guardar relación alguna con lo dicho anteriormente, ni menos aún con lo que sigue después.

Claro que, entre los que rechazan cualquiera de las consideradas como *interpretaciones alegóricas*, algunos resuelven el problema —al menos en parte— sentando la hipótesis de que por lo menos el final

¹Ca 1:6b.

del versículo —*no era mi viña la que guardaba*— es una adición. Mientras que, en campos diferentes de la exégesis, otros autores —quizá los más numerosos— se inclinan más bien hacia una explicación de tipo histórico: la esposa (en este caso el pueblo judío) se está refiriendo aquí a las tribulaciones y trabajos sufridos en una época anterior, y más que nada en la Cautividad, en la que hubo de sufrir y trabajar para los caldeos. Incluso algunos, por el contrario, traduciendo de manera un tanto diferente, son partidarios de ver aquí el gran deseo que la esposa sintió de trabajar en la viña, tal como se desprende del sentido atribuido a Za 1:13; 2: 2.7; 4:1.

A todo lo cual tal vez se podría decir —justo es reconocerlo— que ni éstas, ni ninguna de las variadas e innumerables explicaciones que los exegetas han elaborado a lo largo de los siglos, pueden ser fácilmente descartadas a priori. Así como que tampoco importa demasiado el hecho de admitirlas o rechazarlas, puesto que es bastante probable que, en el fondo, las cosas vayan por un camino diferente.

De todos modos es obvio que *El Cantar de los Cantares*, por más que posea el carácter de libro divinamente inspirado, es también un poema. Y es difícil conceder a la poesía la cualidad de género literario el más adecuado para expresar hechos históricos. Es cierto, por otra parte, que únicamente sería dable rechazar la interpretación *alegórica* de este libro sagrado en la medida —y solamente en la medida— en que no se le concediera a la poesía un sentido más profundo que el meramente literal: lo que sería tan absurdo como suponer que la poesía no pretende llegar más allá de lo que en ella se dice literalmente. En realidad la poesía pretende siempre afirmar —o más bien insinuar— mucho más de lo que meramente *dice*. Hasta el punto de que, de no suceder así, ya no sería ni siquiera poesía: bien porque no dijera nada, o bien porque se hubiera resignado a verse contenida dentro de los límites de un universo de superficie —tanto

en la acepción de lo que meramente se oye o se ve por fuera, como en la más vulgar de lo meramente *superficial*—. Quizá lo desafortunado aquí sea la utilización del término *alegórico*, tanto por lo que se refiere al *Cantar de los Cantares* como a la poesía en general. Pues no es verdad que la poesía utilice un lenguaje alegórico o figurado, sino que más bien emplea el suyo propio; el cual no es otro que el lenguaje poético. Y que consiste, sobre todo, en una ilimitada capacidad de abrir caminos a insospechadas capas de pensamiento, además de poseer incontables posibilidades de evocación. Una capacidad que utiliza como medio la belleza del lenguaje y que, por otra parte, es inasequible a la simple prosa.

Por supuesto que existen también los poemas épicos, cuyo contenido o fondo más o menos histórico no llega a sobrepasar a menudo las fronteras de lo legendario. Precisamente algunos de los más bellos poemas escritos por el hombre pertenecen a este género: *La Iliada*, de Homero, por ejemplo, entrelazada sobre la tenue base histórica de la realidad de la guerra de Troya; o el anónimo *Cantar de Mio Cid*; sin olvidar el grandioso poema épico de Alonso de Ercilla, *La Araucana*; ni menos aún la inmortal *Divina Comedia*, de Dante, que no es sino un increíble derroche de fantasía y de belleza —sin otro fundamento histórico que los numerosos personajes reales que desfilan por el Poema, ingeniosamente aprovechados por el poeta para describir los sentimientos personales que le suscitan— del que dijo Gilson que es un maravilloso bosque de poesía; etc. Aunque de todos modos es la poesía el principal, y casi único, ingrediente de todos ellos.² Es evidente que en el poema épico, por muchos visos

²El anónimo *Cantar de Mio Cid* adquiere su importancia, sobre todo, del hecho de ser un testigo principal de la aparición de la lengua castellana, allá en los albores de su nacimiento. De la misma lengua y época aproximadamente podrían citarse también, entre otros, *El Libre de Alexandre* y los poemas más o menos histórico-legendarios de Berceo.

de historicidad que parezca atribuirse a sí mismo, el fenómeno poético acaba por difuminar cualquier vestigio de realidad que pueda poseer.³ La configuración del poema épico es claramente de índole *narrativa*; si bien debe tenerse en cuenta, sin embargo, que a esta forma métrica no le interesa tanto la veracidad de los hechos cuanto la manera de expresarlos: o la belleza del lenguaje, por decirlo de otro modo. Al fin y al cabo el poema épico es también poesía; y es en este sentido⁴ como se convierte también en una expresión del *pulchrum* y, a través de él y con él, de la profundidad del *ser*. Para el poema narrativo, no importa que el hecho en sí sea fabuloso o por completo insignificante, desde el momento en que es la *belleza* de la narración lo que más le interesa. Si se observa lo que sucede en los siguientes y conocidos versos del Marqués de Santillana se pueden percibir, al mismo tiempo, la insignificancia de la narración y la luminosa belleza de las estrofas:

³Como un bello y curioso ejemplo de pretendida historicidad poética, podría traerse a colación el comienzo del monumental poema épico de Ercilla:

*No las damas, amor, no gentilezas
de caballeros canto enamorados,
ni las muestras, regalos y ternezas
de amorosos afectos y cuidados;
mas el valor, los hechos, las proezas
de aquellos españoles esforzados,
que a la cerviz de Arauco no domada
pusieron duro yugo por la espada.*

⁴Se trata de la magia que parece encerrarse en las palabras bellamente expresadas, y que no es otra cosa que el misterioso fenómeno de la poesía. Habrá podido observarse, por ejemplo, el increíble y encantador embrujo que proporcionan los dos últimos versos a las octavas reales: el lector u oyente se sienten sabrosa y dulcemente *heridos* en su sensibilidad, por más que no les preocupe demasiado buscar la causa de tan extraño sentimiento.

*Moça tan fermosa
non vi en la frontera
com'una vaquera
de la Finojosa.*

*Faciendo la vía
del Calatraveño
a Santa María,
vençido del sueño,
por tierra fragosa
perdí la carrera
do vi la vaquera
de la Finojosa.*

*En un verde prado
de rosas e flores,
guardando ganado
con otros pastores,
la vi tan graçiosa
que apenas creyera
que fuese vaquera
de la Finojosa.⁵*

Si es verdad que los hechos como tales no tienen tanta importancia en un poema épico, o meramente narrativo, menos todavía pueden presumir de ella en un puro poema. De ahí que parezca inútil empeñarse en atribuirle interpretaciones más o menos referentes a sucesos reales, bien sean del pasado o del presente. A lo que hay que añadir que, con bastante frecuencia, tales interpretaciones no dejan de ser arbitrariedades que no responden a otra cosa que al punto de vista de los comentaristas. Estrictamente hablando, no vale la pena poner demasiado esfuerzo ni en admitirlas ni en rechazarlas.

⁵Marqués de Santillana, *Serranillas*, 3.VII.

El auténtico duende de la poesía suele encontrarse oculto en la belleza de las palabras. Justamente las mismas que evocan en el lector u oyente sentimientos inefables, dotados de un ámbito y de una profundidad de penetración más intensos, y con mucho, de lo que es capaz de suscitar lo que simplemente se dice en el poema. Por lo que el hecho en sí, que tal vez sirve de fundamento a la narración, queda reducido a algo intrascendente. El elemento central sobre el que gira el poema es la belleza... , aunque percibida por esta vez a través del lenguaje. En definitiva se trata por lo tanto de la belleza. O del esplendor del ser (que no otra cosa es la belleza); tal como, de alguna manera, se aparece o se manifiesta (ἐπιφάνεια) al ser humano. Solamente que aquí es la palabra la que lleva a cabo el maravilloso milagro: o el de *hacer intuir* al hombre ciertos aspectos de la gloria del ser que, de otro modo, serían inasequibles para él.⁶

Ha de tenerse en cuenta que, aunque el ser creado es siempre finito y limitado, la exhaustiva profundidad del esplendor de su esencia es inasequible a la percepción del espíritu humano; lo que se convierte en algo metafísicamente imposible cuando se trata del Ser infinito. De ahí que no todos sean capaces de captar siempre y exactamente los mismos aspectos del ser, y aún más si se tiene en cuenta la diversa capacidad perceptiva de cada individuo. La conclusión, que se impone por sí misma, viene a mostrar que es tarea inútil la de intentar otorgarle a la poesía —al poema— un significado *unívoco*: porque es patente que, además de su capacidad de expresar una co-

⁶La intuición de que aquí se habla, como puede suponerse, no es una percepción clara, sino borrosa. Y en un doble sentido: primero y ante todo, porque es una percepción imposible de explicar por medio de razonamientos (ni siquiera el propio receptor puede elaborarlos para sí mismo); y en segundo lugar, porque no está constreñida a mostrar a todo el mundo —a unos y a otros— los mismos rasgos de los diversos aspectos del ser (por otra parte tan polifacéticos y casi infinitos).

sa para unos y otra bien diferente para otros, incluso puede suceder que presente a la misma persona, en momentos diversos, diferentes aspectos del ser.

Pero lo más característico de la poesía es el hecho de que utiliza como instrumento y materia propios el lenguaje: o *la palabra*, por decirlo con más propiedad. De ahí la posibilidad de que una metafísica de la poesía desemboque finalmente en una teología de la poesía, como camino que conduce hasta el mismo Verbo, Imagen del Padre y esplendor de la gloria de su Sustancia (Heb 1:3). Si el Hijo es la Palabra, esplendor e Imagen de la gloria del Padre, ¿qué tiene de particular que el hombre sea capaz de llegar, de algún modo, a percibir aspectos del esplendor del Ser por medio de la palabra creada? ¿Acaso no es esta última, al fin y al cabo, una imagen y un analogado del Verbo o Palabra increada, de cuya vida y luz participa?⁷

La esencia de la palabra no es otra que la de plasmarse como *expresión* fiel —bien sea oral o escrita— del ser, o de la realidad. Y así como la Palabra increada se identifica con la Verdad (Jn 1:14; 14:6), la palabra creada ha sido otorgada al hombre para *decir o expresar la verdad*; por medio del lenguaje, por supuesto. Pero en definitiva siempre se trata de expresar, o de *decir*. De donde, y puesto que la poesía es la expresión o evocación de la belleza a través del lenguaje, es necesario que siempre *diga* algo; desde el momento en que no tiene sentido la palabra que ya de por sí *no dice nada*. Con lo que se llega a la conclusión de que la poesía que nada dice, en modo alguno es poesía.

Por supuesto que la poesía no se identifica con las formas métricas de versificación. Puesto que incluso el verso libre, y aun la misma prosa, pueden ser igualmente vehículos de la expresión poética. Pero siempre habrá de estar presente la belleza de un cierto *lenguaje*. El

⁷Cf Jn 1: 3-4.

cual ha de ser capaz, a su vez, de impactar en el espíritu humano —inteligencia y corazón— para evocar sentimientos de emoción y de gozo: o exactamente aquello que significa el *mirari* ante la contemplación del esplendor del ser, y que los antiguos proponían como causa del nacimiento de la sabiduría filosófica. Aunque para ello, como se viene diciendo, siempre será necesario *decir algo*; si es que no se quiere reducir el lenguaje a un simple *flatus vocis*.

Algo parecido, ni más ni menos, a lo que sucede con el arte, y más en concreto con la pintura. La cual, por ser también manifestación o *mostración* de la belleza, está obligada a expresar *algo real*; puesto que al fin y al cabo la belleza se identifica con el ser. En este sentido, un cuadro como el *Guernica*, de Picasso, lo mismo puede significar el bombardeo de la famosa ciudad, la degollación de los Inocentes, el rapto de las Sabinas, o una chanza sarcástica de las corridas de toros; según lo que se quiera convenir. No deja de ser asombroso que algunas obras de arte, y no pocas composiciones literarias, sean más valoradas por su contenido ideológico que por su valor artístico.⁸

Conviene insistir, por otra parte, en que *El Cantar de los Cantares* no es en modo alguno un poema épico, y menos aún meramente narrativo. E incluso, si es que se quiere complicar más el problema, debe mantenerse que se trata de una composición enmarcada dentro del género de la poesía mística (que en modo alguno debe ser confundida con la poesía religiosa); ya de por sí arcana e inasequible para

⁸Los premios literarios, y entre ellos el Nobel, hace ya mucho tiempo que quedaron desacreditados. No es raro que el éxito de bastantes obras artísticas o literarias no tenga otra base que la de sus connotaciones políticas o ideológicas; aunque ayudadas, como es lógico, por un extraordinario montaje publicitario. Y sin que importe demasiado que las ideologías —políticas o de cualquier otra clase— nada tengan que ver con el Arte. Por lo demás es evidente que las masas son manejadas, en esto como en tantas otras cosas, por la propaganda del Sistema.

muchos. Si hablar de poesía es introducirse en un terreno difícil, intentar hablar de poesía mística es aún mucho más serio y complicado. Puesto que se trataría de desentrañar un misterio contenido dentro de otro no menos profundo, a saber: utilizando para ello el esoterismo propio de la poesía para expresar el esoterismo propio de la mística. Dos realidades bastante difíciles de abordar, cada una de por sí; aunque de esto se hablará después. Aquí bastará decir, al menos por ahora, que atribuir al *Cantar* cualquier interpretación referente a algún hecho histórico puede ser un intento arriesgado. Sin olvidar nunca que *El Cantar de los Cantares* es un poema de amor. Lo que significa que no es un poema meramente epitalámico, sino de amor; como no podía ser de otra manera tratándose de un libro divinamente inspirado.⁹ De ahí también que atribuirle, como significación casi única, la de una relación amorosa de Cristo con su Iglesia, supone olvidar que el amor es algo eminentemente *personal*; y que el Cuerpo Místico de Cristo está compuesto por seres individuales que son personas: precisamente porque es a través de la Iglesia como Cristo vino a ofrecerle a los hombres el Amor del Padre (Jn 17:26).

El instrumento básico utilizado por el poema es la belleza del lenguaje. La cual, justamente por ser belleza, es capaz de suscitar y evocar en el ser humano sentimientos profundos e inefables.

Dicho lo cual sería llegado el momento de preguntarse de qué clase de sentimientos se trata. A lo que habría que responder que el de la belleza en primer lugar, o aquello por lo cual el ser se manifiesta como *amable*, o digno de ser amado.¹⁰ De donde se desprende que

⁹La significación del vocablo epitalámico, o epitalamio, es inmensamente más limitada que la del vocablo amor. Cuesta trabajo creer que se haya intentado reducir a eso *El Cantar de los Cantares*.

¹⁰El ser no es amado o apetecido solamente por causa del *bonum*, sino también por razón del *pulchrum*.

el sentimiento último o definitivo suscitado por la poesía es el del amor.¹¹ Mientras que el hecho narrado como tal, siendo de por sí algo más bien indiferente, se presta por lo mismo a una cierta *idealización*. Como puede verse en el conocido soneto de Dante, contenido en su *Vita Nuova*:

*Tanto gentile e tanto onesta pare
la donna mia quando ella altrui saluta,
ch'ogne lingua deven tremando muta,
e li occhi non l'ardiscon di guardare.*

*Ella si va, sentendosi laudare,
benignamente d'umiltà vestuta
e par che sia una cosa venuta
di cielo in terra a miracol mostrare.*

*Mostrasi si piacente a chi la mira,
che da per li occhi una dolcezza al core
che'entender non la può chi non la prova,*

*e par che de la sua labbia si mova
un spirito soave pien d'amore
che va diciendo a l'anima: sospira.¹²*

¹¹El Amor, que según Dante es *el que mueve el sol y las estrellas*, es la Causa primera y última de todas las cosas.

¹²*Tan gentil, tan honesta en su pasar,/ es mi dama cuando ella a alguien saluda,/ que toda lengua tiembla y queda muda/ y los ojos no la osan contemplar./ Ella se aleja, oyéndose alabar,/ benignamente de humildad vestida,/ y parece que sea cosa venida/ un milagro del cielo acá a mostrar./ Muestra un agrado tal a quien la mira/ que al pecho, por los ojos, da un dulzor/ que no puede entender quien no lo prueba./ Parece de sus labios que se mueva/ un espíritu suave, todo amor,/ que al alma va diciéndole: suspira.* Traducción de Dámaso Alonso, *Poesía Española*, Gredos, Madrid, 1981, pag. 42 y ss.

Ni Dámaso Alonso, ni ninguno de la multitud de críticos o lectores que a través del tiempo se han ocupado del tema, se han hecho problema acerca de la verdad o ficción de Beatriz como personaje histórico —¿*realidad de hueso y carne o sueño sólo?*, dice Dámaso Alonso—. ¹³ Para la autenticidad de los sentimientos suscitados es indiferente que existiera o no. La Poesía no es en modo alguno enemiga de la Historia ni ajena a ella; pero tampoco está interesada por un posible consorcio o algún pretendido desposorio con esa ciencia. Lo que realmente interesa aquí, como sucede siempre en la poesía, es la belleza del verso y lo que a través de ella se evoca: “El lector de este soneto, al avanzar por sus catorce versos, va pasando por sus catorce cámaras, y cada una reserva una delicia. Son catorce criaturas individuales, peculiares por sí y por su mutua relación. ¹⁴ Claro que tenemos entre ellas nuestras preferencias: unas veces se nos va el gusto tras el verso primero, tan claro con sus dos adjetivos que se reparten los acentos en cuarta y octava sílabas. Otras, seguimos esas once sílabas *ch’ogne lingua deven tremando muta*, de un avanzar tan ligado como trémulo. Otras, el alejarse de ese prodigioso verso quinto (casi todo *eses* y *eles*): *ella si va, sentendosi laudare*. ¿Cuándo el candor humano tuvo una transparencia como la de este tierno verso sexto, *benignamente d’umiltà vestuta?* A veces nos atrae la rápida precisión intelectual del verso diez, con su final ternura, *che da per li occhi una dolcezza al core*, completado por el verso once *che entender non la può chi non la prova*, verso que sentimos con su pausa final como un gozne en la estructura del soneto. Nadie se habrá podido negar nunca al encanto del verso trece, con algo de levedades de pluma, *un spirito soave pien d’amore*. ¿Quién,

¹³Entre la enorme bibliografía existente sobre la materia, puede leerse con provecho Étienne Gilson, *Dante et Béatrice*, Vrin, Paris, 1974.

¹⁴Nótese que el énfasis se pone en la belleza de los versos y de las palabras más que en el contenido: *catorce cámaras... catorce criaturas individuales...*

al verso final, *che va diciendo a l'anima: sospira*, donde el *sospira* es ya como un susurro?"¹⁵ Y en efecto: levedades de plumas, ternura final en verso descendente, susurros... Porque de todo eso, y aun mucho más, es de lo que entiende la poesía.

Pero más que a la belleza de las palabras, habría que referirse en la poesía a la belleza del lenguaje. Pues del ingenioso y buen empleo de las diversas y variadas figuras retóricas,¹⁶ manejadas con arte por el poeta, depende el milagro que proporciona a los vocablos un sen-

¹⁵Dámaso Alonso, *op. cit.* Lo cual no quiere decir que la percepción de la belleza, y la consiguiente evocación del amor por ella suscitada, sean sentimientos abstractos o impersonales. Bien al contrario, y tal como se ha dicho aquí tantas veces, el amor es un sentimiento eminentemente personal (aunque en realidad habría que decir bipersonal). Y sin embargo, por lo que hace a la poesía en general o a la profana al menos en particular, los lectores de Dante o del Marqués de Santillana no se hacen jamás cuestión respecto a la materialidad histórica de los personajes: tanto si se trata de Beatriz como de la vaquera de la Finojosa. Es claro que su sentimiento del amor va íntimamente unido, de manera más o menos consciente, a la existencia de un ser que es *otra persona*; pero sin que en ningún momento tenga que concretarse tal alteridad en la existencia real de una u otra de esas dos mujeres. Por lo que debe admitirse aquí en ese sentido una cierta idealización, según se ha dicho antes; y de ahí la frase de Dámaso Alonso citada más arriba.

En la poesía mística, sin embargo, sucede algo peculiar y maravillosamente único. El objeto del amor al que se refiere el poeta —*el otro*, que en este caso es Dios, o el Esposo, o el Amado...—, es un Ser tan real como concreto y específicamente señalado. Y además el mismo —numérica y personalmente el mismo— que se ofrece también como objeto de amor al lector u oyente del poema. De ahí que la poesía mística pueda referirse igualmente, o bien a una *realidad de carne y hueso* —el Verbo hecho carne—, o bien a la Suprema Realidad de un puro Espíritu —Dios como tal—; pero *nunca jamás a un mero sueño*. He ahí uno de los pilares que fundamentan la superioridad de la poesía mística sobre la así llamada profana.

¹⁶Sobre las diversas figuras retóricas en lengua castellana, puede consultarse, por ejemplo, Rafael Lapesa, *Introducción a los Estudios Literarios*, Cátedra, Madrid, 1995.

tido aparentemente nuevo y misterioso y oculto hasta ese momento. El mismo que excita la imaginación del lector o del oyente evocando sentimientos inefables de emoción y de belleza. Ahora bien —podría preguntarse aquí—, ¿se trata solamente de la belleza...? Si pues la belleza viene a consistir, en definitiva, en el descubrimiento de la maravilla del ser, debe admitirse que es ella también la que lo dota de la cualidad de *amable*; o bien, por decirlo de otro modo, de *deseable*.¹⁷ La enemiga de Platón contra la poesía, y su preferencia por la filosofía, parece fundamentarse en un malentendido. Algo que tiene que ver con un problema que también plantea *La Divina Comedia*; la cual, según Gilson, es una obra de esencia poética más que teológica, y en la que *prima* lo primero sobre lo segundo.¹⁸ Podría decirse que, en cuanto a la estructura, la *Divina Comedia* es una obra poética confeccionada sobre la base de la teología;¹⁹ mientras que *El Cantar de los Cantares* es una obra teológica —un

¹⁷Según Platón, “puesto que volvemos a tratar de la poesía, debiera justificar el que la hayamos desterrado de la ciudad: sencillamente, la razón nos lo ha dictado. Añadamos, si acaso, para que la poesía no nos acuse de dureza y de rusticidad, que ya viene de antiguo la disensión entre la filosofía y la poesía” (*La República*, X, 607b). Sin embargo no tenía razón Platón: puesto que ambas —la filosofía y la poesía— desembocan en el ser, por más que su objeto formal sea tan diferente, quizá deban ser consideradas como actividades del espíritu complementarias y sin posibilidad de mutuas interferencias.

¹⁸*Je suis donc bien éloigné de refuser à Dante la qualité de philosophe. Il a prouvé deux fois qu'il l'était, dans une tentative de haute vulgarisation philosophique (“Convivio”) et dans une création philosophique originale (“Monarchia”). L'objet de la présente communication est toute autre: faire voir que la “Divina Comedia” est une œuvre d'essence poétique, non théologique: qu'elle n'est pas une Somme, mais un poème, et que la vérité y est pour sa beauté. Bref le primat du poétique sur le théologique dans la Comédie... (Gilson, op. cit., pag 81.)*

¹⁹No hay que olvidar que la obra ha sido siempre calificada, de manera unánime, como Poema Sagrado, por su contenido teológico y filosófico y a pesar de su carácter eminentemente literario.

libro divinamente inspirado— escrito en forma poética. Es notable la acertada observación de Gilson en la que afirma que, en la *Divina Comedia*, la verdad está contenida justamente en su belleza. Aunque él parece inclinarse definitivamente hacia una cierta primacía de la verdad, tal como hizo siempre la teoría clásica.²⁰ Un problema antiguo, para cuya solución quizá sería interesante tener en cuenta que la belleza está relacionada con el ser; tal como lo están también el bien y la verdad.²¹

La poesía es un instrumento en el que se entrelazan la ingeniosa utilización de los vocablos y la artística combinación de las ideas. En la *Divina Comedia*, por ejemplo, la teología es la *ocasión* para hacer poesía. Se dan cita en ella la filosofía, la teología, las artes y todos los

²⁰ *Le beau* [en la "Divina Comedia"] *n'y est pas la splendeur du vrai, comme dans la "Summa theologicæ", mais la vérité y est la matière dont sa transfiguration poétique obtient la beauté* (en *op. cit.*, pag. 85).

²¹ El reconocimiento del *pulchrum* como un transcendental facilita el camino al mejor entendimiento del concepto de *visión beatífica*. La contemplación plena y saciativa se comprende mejor cuando también se refiere a la Belleza, y no solamente a la Verdad. Incluso podría decirse que, así como la verdad es aprehendida o entendida, la belleza es más bien *contemplada*.* La *contemplación saciativa de la Verdad*, o último fin del hombre, se hace más asequible al entendimiento cuando se asocia con la idea de la *posesión de Dios*; o de la posesión del Esposo, según la expresión tan del gusto de la teología mística. Pues si el ser es *deseable* en cuanto que es bueno y verdadero, también lo es en la medida en que es bello. Y es justamente tal *deseo* el que, en último término, se identifica con el impulso de amor (Ca 2:3; 5:1; 7:11; 8:14). Como está escrito acerca de lo sucedido al principio de los tiempos: *Vidit igitur mulier quod bonum esset lignum ad vescendum et pulchrum oculis et desiderabile esset lignum ad intelligendum* (Ge 3:6). Es posible que, mejor que andar bregando con la oposición de los conceptos de intelectualismo y voluntarismo, acaso fuera preferible optar por la integración plena de la unidad del ser humano: el mismo que ha sido llamado a amar, conjuntamente y a la vez, tanto con su inteligencia como con su voluntad.

*Es sabido que, según Santo Tomás y con él toda la tradición, la belleza es aprehendida por medio de los sentidos de la vista y el oído.

conocimientos de la época; sin olvidar el cúmulo de acontecimientos sociopolíticos que jalonaron la vida del genial poeta, y que son los que, a su vez, dan lugar al pintoresco retrato de personajes reales que van apareciendo en el Poema. En *El Cantar de los Cantares*, por el contrario, la poesía es solamente la ocasión o el instrumento utilizado para hacer teología. Es evidente que, pese a todo lo que se quiera decir sobre las aparentes veleidades del Supremo Ser y de sus misteriosos caminos, es lo cierto que Dios está más interesado en mostrarse como Salvador de los hombres (Tit 2:11) que como poeta. Y de ahí la palabra revelada.

Los alucinantes efectos de la poesía no son fruto meramente de la inteligente combinación de los vocablos; dado que, como no podía ser menos, dependen también de la artística utilización de los conceptos. Si se lee atentamente esta estrofa, por ejemplo,

*El día ya se aleja,
dulce jilguero de color trigueño;
y así, otra vez nos deja,
como en amargo sueño,
a ti sin libertad y a mí sin dueño*

se observa en ella que el poeta anda jugando con la idea de la *privación de la libertad*, aunque empleándola en forma de contraposición. En el sentido de que si uno de los seres —el ave— es infeliz porque la sufre, el otro en cambio se siente desgraciado porque no la padece. El género aquí es, por supuesto, poesía amorosa —¿y existirá alguna especie de poesía que no sea amorosa?—, y hasta tal vez mística; en la intención del autor al menos. Es de notar también la velada alusión a la *Noche*, que viene a coincidir con la huida o ausencia de la persona amada: el no sentirse cautivo de su dueño es lo que hace sufrir al amante. Pues no hay cosa más dulce que la privación de

libertad —la desposesión de sí mismo— cuando es provocada por los dulces lazos o ataduras del amor: *Mi Amado es para mí y yo soy para él.*²²

La ingeniosa utilización de las palabras en la poesía posee la virtud de producir sentimientos inefables, amén de maravillosos e inesperados efectos, bien a menudo difíciles de explicar.²³ Los cuales no dejan de ser tan agradablemente inquietantes como sorprendentes. Hasta el punto de que la sorpresa agradable y entusiasta —que también puede llamarse *admiración*—, estando como está tan íntimamente ligada a la esencia misma de la poesía, bien puede asegurarse, con toda verdad, que sin ella no habría poesía merecedora de tal nombre. Como puede verse, por ejemplo, en la siguiente estrofa:

²²Ca 2:16.

²³Aquí se podría aludir de nuevo a las disquisiciones en prosa de San Juan de la Cruz en torno a sus poemas. Tan ilustrativas, prolijas y eruditas como son con respecto a la Teología mística, dejan sin embargo una sombra de desencanto en el ánimo del lector. Que no acaba de disipar la sospecha de que, o bien la poesía y la prosa del santo no apuntan *exactamente* a lo mismo, o bien que sus poemas evocan sentimientos a los que su prosa no es capaz de llegar.

Y es que no se puede negar la antinomia existente entre la poesía y la prosa del santo. No una antinomia de doctrina, y sí más bien una antinomia de sentimientos. Porque, si es verdad que en una se muestra como sublime poeta místico, no es menos cierto que en la otra se hace presente el doctor rígido e inflexible de las negaciones y de las *Noches*.

La solución del problema no es de este lugar, y queda como es lógico para los eruditos en estudios sanjuanistas. De todos modos, tal vez habría que admitir que el santo y tierno poeta, enamorado de Dios, se olvida en su poesía (y ya no tanto en su documentada prosa), tanto de ribetes pseudodionísticos, como de restos de prejuicios neoplatónicos que ocultan sospechas contra la materia. Al fin y al cabo, dado que el amor es alado y dulce por naturaleza (Mt 11:30; 1 Jn 5:3), tanto el *desprecio del mundo*, como las *negaciones y renunciaciones* para seguir al Esposo, no pueden acabar en otra cosa que en una maravillosa, tierna y embrujadora ganancia.

*Si de nuevo me vieres,
allá en el valle, donde canta el mirlo,
no digas que me quieres;
no muera yo al oírlo
si acaso tú volvieras a decirlo.*

Que parece producir la sensación de ligeras campanillas que repiquetean en la lejanía, debida en apariencia a la evocación del monótono y alegre canto del ave, pero causada en realidad por el juego de los vocablos que riman entre sí. De un modo especial la palabra mirlo, además de las otras que riman con ella, son las que dan lugar a que el lector u oyente perciban la sensación de ese *suave y rítmico sonido campanillero*. Se trata, una vez más, del milagro de la poesía, que utiliza palabras aparentemente encantadas —mejor que encantadoras— para producir sensaciones indudablemente inefables. Y todo ello como telón de fondo, en este caso, para dar a entender que la ansiada voz del Amado es capaz de producir en el amante una dulce muerte de amor (Ca 2:8; 5: 2.8).

Es lógico que un libro divinamente inspirado, cuyo objeto es el de hablar de esa entidad inefable que es el Amor (del Amor como tal y del amor participado o divino-humano) de la manera más sublime y elevada, haya sido escrito en forma de poema. No podía hacerse de manera mejor. Si se considera que Dios, o el Absolutamente Inefable, se identifica con el Amor (1 Jn 4:8). Y teniendo en cuenta, además, que la poesía llega allí donde no puede alcanzar la prosa, mediante su capacidad de evocar sentimientos que no es posible expresar de otro modo. Añadiendo a todo ello también el deseo de Dios de proporcionar al hombre intuiciones más profundas acerca de la esencia del amor divino-humano, indecibles por otra parte mediante la simple prosa, se concluye fácilmente en la conveniencia de que *El Cantar de los Cantares* fuera escrito en molde de poema.

Es evidente que, en su deseo de establecer relaciones íntimas con el hombre, Dios no se ha eximido de utilizar cualquier medio que pueda adaptarse mejor a las formas de conocimiento de la naturaleza humana. Hasta tal punto está interesado en que la esposa lo escuche y entienda su voz:

*Yo duermo, pero mi corazón vela.
Es la voz del Amado que me llama.*²⁴

Si se recuerda lo dicho anteriormente, pronto se descubre que a la poesía le ocurre lo mismo, salvadas las distancias, que a la Palabra de Dios contenida en la Escritura. La cual, precisamente porque es viva y eficaz, *siempre dice algo nuevo* y siempre se encuentran en ella soluciones a los problemas que van surgiendo en cada momento, por más que se lea y se relea una y otra vez.²⁵ Según el importante texto de Heb 4:12, la Palabra de Dios, como aguda espada de doble filo, es capaz de penetrar los sentimientos más profundos del corazón humano. Lo cual explica, por contraposición, la frecuente ineficacia de la catequesis oficial; en la que no es raro que los fieles que la escuchan se sientan ajenos a lo que en ella se dice. Y aunque el problema bien merecería un estudio prolijo, no cabe duda de que la razón principal de que eso suceda no es otra sino el hecho de que *no siempre es la Palabra de Dios lo que se predica*. Lo que parece poner en evidencia, sin necesidad de acudir ahora a una posible difusión intencionada de falsedades o errores, el hecho de que el contenido

²⁴Ca 5:2.

²⁵Aunque parezca una inofensiva ironía, se podría aplicar a la Palabra de Dios, contenida en la Sagrada Escritura, una expresión común en el lenguaje informático: la de que, con respecto a cualquier sociedad humana de cualquier momento histórico, siempre se encuentra automáticamente *updated*, o actualizada.

de la catequesis suele reducirse a palabras de hombres (1 Jn 4:5); o puramente humanas y sin alcance sobrenatural, si se quiere hablar de manera que se entienda mejor.

A propósito de lo que se acaba de decir, cabe hacer una observación que puede ser importante. Uno de los secretos de la eficacia de la predicación cristiana parece tener que ver con unas palabras del Señor que, con respecto a este propósito, no suelen ser suficientemente advertidas: *Todo escriba instruido en el Reino de los Cielos es semejante al padre de familia que saca de su tesoro cosas nuevas y viejas.*²⁶ Según lo cual, para el Señor, cualquier doctor instruido en el Reino de los Cielos sabe sacar de su tesoro *nova et vetera*. Dos elementos que, por lo visto, son a la vez tan necesarios como complementarios en toda instrucción catequética. Sólo resta determinar ahora, con la mayor exactitud posible, aquello a lo que se refiere Jesús cuando habla de cosas nuevas y cosas viejas. Con la mayor exactitud posible, desde luego, puesto que no es difícil presentir, ya antes de emprender cualquier exégesis, que la intencionada ambigüedad de las palabras del Maestro apunta a algo transcendental. Sin olvidar tampoco que, por muchos que sean los modernos avances de las ciencias exegéticas, jamás deberá prescindirse, en tarea tan importante, de una herramienta tan fundamental y corriente como es el sentido común.

Por lo que hace a la expresión *cosas viejas*, todo parece indicar que lo que aquí significa no es sino el conjunto de verdades que integran el *corpus* o contenido de la Revelación —*quod traditum est*—; tal como, siguiendo el mandato del Señor, han sido predicadas siempre a todas las gentes (Mt 28:20). Un cuerpo de verdades cuyo contenido, por constituir un bloque granítico imposible de ser cambiado o modificado en lo más mínimo (Mt 9: 16-17; Mc 2: 21-22;

²⁶Mt 13:52.

Lc 5: 36-39), puede muy bien ser llamado *viejo* con toda propiedad.²⁷

En cuanto al segundo elemento del *logion*, o el de las *cosas nuevas*, quizá tenga que ver con algo que, además de estar relacionado con el primero, lo complementa a su vez; a pesar de su aparente antagonismo. Y apunta seguramente a la necesidad de que el dato revelado, o el *quod traditum est*, sea transmitido a los hombres de cualquier época y de cualquier lugar de forma coherente y asequible. Lo cual habrá de hacerse utilizando un lenguaje comprensible y actualizado capaz de mostrar, tanto la perfecta concordancia del contenido revelado con los problemas de cada momento, como las soluciones allí contenidas para cada caso; además de adecuar el método catequético a las condiciones de los oyentes. . . , etc. Algo bien posible cuando se admite que la Palabra de Dios, por ser *viva y eficaz*, ha sido pronunciada para *todos* los hombres de *todos* los tiempos.

Ambos elementos del conjunto —las cosas nuevas y las cosas viejas—, puesto que son a la vez complementarios e intangibles, deben ser tenidos en cuenta y utilizados consecuentemente; como algo de lo que depende en buena parte la eficacia de la predicación cristiana. Lo cual, por desgracia y como todo el mundo sabe, no siempre sucede así.

Se ha llegado a considerar como algo normal, por ejemplo, el cambio de contenido de las homilías festivas por temas marginales (por llamarlos de alguna manera). A lo que ha contribuido la nueva orientación litúrgica que se ha ido introduciendo paulatinamente en las

²⁷Recuérdese el *nihil innovetur, nisi quod traditum est*, de San Vicente de Lerins. Las innovaciones más corrientes en este caso tienen lugar por substracción, escamoteo, y edulcoración (1 Cor 1:17; 2 Cor 4:2; 2 Tim 4:3; 1 Jn 4:5; Ap 22:19). Cuyo resultado suele ser el de desviar el contenido del *corpus* revelado hacia temas puramente marginales o incluso extemporáneos. No hace falta insistir en la frecuencia del fenómeno en la Iglesia actual.

grandes festividades cristianas. Celebraciones como el día de la Inmaculada, de San José, del Jueves Santo, y tantas otras, se han visto transformadas en el Día de la madre, del padre, de los medios de comunicación social, de la paz, de las asociaciones de Caritas o de Manos Unidas. . . y de un sinfín de etcéteras. De manera que, si bien la Iglesia primitiva llevó a cabo la tarea de darle otro sentido (algo así como un cierto bautismo) a las fiestas paganas, todo parece indicar que se está produciendo ahora un proceso semejante: solamente que al revés. Con el resultado de que el contenido de la predicación, como es lógico, está obligado a referirse a los temas correspondientes, amén de a la necesidad (por supuesto) de que los fieles sean generosos en la colecta del día. La perícopa evangélica de turno queda así desplazada por otras cuestiones más importantes; o que son al menos consideradas como tales. Todo lo cual goza además de la ventaja de que, al ser visto como cosa lógica por los fieles, queda disipado por completo cualquier posible peligro de protestas.²⁸

La Iglesia no puede dar de lado a una norma, en este caso pedagógica, que procede del Señor mismo y que es fundamental en cualquier clase de predicación: *El buen escriba sabe sacar de su tesoro cosas nuevas y cosas viejas*. El contenido del Mensaje revelado, transmitido a los fieles, ha de ser a la vez auténtico e íntegro, a saber: *todo* el depósito revelado y *solamente* el depósito revelado.

No son pocos los evangelizadores que dan la impresión de hallarse en situación de *offside* con respecto a su misión. De donde la abundancia de tópicos y de temas inanes en la predicación, cuyas consecuencias más inmediatas son el aburrimiento y el desinterés de los fieles. En cuanto a que la palabrería y la inanidad pueden desvirtuar

²⁸Sucede aquí algo desagradable de decir y más aún de escuchar; pero que no por ello deja de ser verdadero. Se trata de que la gente se siente menos molesta ante la exigencia de un donativo, que en realidad nunca compromete demasiado, que ante la audición de una perorata sobre la necesidad de la conversión personal.

el contenido del Mensaje, incluso en sus partes más fundamentales, es algo que reconoce con aguda precisión la misma Sagrada Escritura (1 Cor 1:17).²⁹

El apóstol necesita poseer un conocimiento profundo, tanto del dato revelado, como de los problemas de los hombres con quienes convive. Llamado a convertirse en un verdadero hombre de Dios (1 Cor 4: 1-2), está obligado a dedicarse al estudio, a la oración, y a someterse con docilidad a las inspiraciones del Espíritu Santo.

El conocimiento y la comprensión de la Biblia requieren indudablemente un estudio serio; aunque, de todas formas, acaba descubriéndose como insuficiente si no se lleva a cabo bajo la inspiración y guía del Espíritu Santo (Jn 14:26; 16:13). Actividad del Espíritu que se despliega aquí en una doble dirección: hacia dentro, en

²⁹Por lo que hace a los tópicos de carácter político —tan abundantes y frecuentes en la parenética actual—, aun suponiendo de antemano las mejores intenciones y descartando de momento cualquier propósito demagógico (Ga 1:10), no hay más remedio que señalar el transfondo marxista que contienen. Puesto que suelen referirse a consignas que pretenden impulsar, de una manera o de otra, la construcción de una sociedad mejor *para este mundo* y con carácter directo e inmediato, es inevitable que acaben incidiendo en las conocidas utopías marxianas: la sociedad perfecta sin lucha de clases (no existirán ya clases en la convivencia humana), la perfecta nivelación de unos y de otros y el completo reconocimiento de los derechos humanos, el establecimiento radical de una paz perfecta e inquebrantable, la desaparición de las desigualdades económicas. . . , etc. Aunque lo más grave de todo esto, sin embargo, es quizá el convencimiento —también típicamente marxista— de que el saneamiento de las estructuras ha de conducir automáticamente a la mejora de las personas: de ahí que el establecimiento de la democracia como quehacer primero, y aun como el más importante, para los pueblos, sea un *leitmotiv* en casi todos los discursos eclesiásticos más notables. Sin embargo, aun admitiendo que la práctica de la democracia, aquí o allá, sea una labor urgente a llevar a cabo, resulta difícil despejar una posible objeción: la de que la insistencia de la Iglesia en tal motivo de predicación, dígame lo que se quiera, no parece estar muy en consonancia con las consignas paulinas sobre el tema (1 Cor 2: 1-4).

cuanto que hace posible la comprensión profunda de la Palabra de Dios; y hacia fuera, en cuanto que el Espíritu Santo es el único capaz de otorgar un verdadero conocimiento, consecuente con un análisis profundo, de los problemas de los hombres de cada lugar y de cada momento histórico (1 Cor 2: 14-15).³⁰ No es necesario añadir que la correcta comprensión de la consonancia de ambas fuentes de datos también depende de Él.

Teniendo en cuenta lo dicho hasta ahora, si se pretende comentar el versículo del *Cantar* aquí cuestionado:

*Los hijos de mi madre, airados contra mí,
me pusieron a guardar viñas;
no era mi viña la que guardaba,*

aparte de advertir ya a primera vista su dificultad, y se quiere llevar a cabo además una exégesis seria,³¹ habrá que partir de la consideración de que el género literario utilizado aquí es el poético.

Admitido lo cual, no resulta difícil aceptar que cabe encontrar aquí tantas interpretaciones cuantas se quieran buscar. Muchas de las cuales pueden ser correctas, aunque algunas se acerquen más que otras a la verdad. La razón de lo cual se encuentra en que la poesía es capaz, ya de por sí, de decir siempre algo nuevo y de

³⁰Cf Jn 16:13.

³¹Las exégesis *piadosas*, y hasta dulzotas y arbitrarias del *Cantar*, han abundado a través de los siglos. Sin embargo no está claro que el género poético sea incompatible con la seriedad; más aún cuando, como sucede en este caso, se trata de un libro sagrado cuyo tema es fundamental: y aun el más fundamental de todos, en realidad.

La arbitrariedad en los comentarios del *Cantar*, fruto de una piedad ingenua y pretendidamente edificante, es una debilidad en la que han incidido y reincidido los mismos Santos Padres y no pocos santos.

mostrar aspectos distintos y profundidades diferentes; a lo que hay que añadir que, en este caso, se trata además de la Palabra de Dios, siempre *viva y eficaz*. De donde, una vez unidos ambos términos del conjunto —Palabra de Dios y poesía—, la conclusión se impone por sí sola.

Con la condición de partir de la base de que lo que Dios pretende aquí, como siempre, no es otra cosa que la de *comunicar algo* al hombre (Ro 15:4; 2 Pe 1: 20-21). Acerca de lo cual se puede estar seguro que tal comunicación tendrá por objeto cuestiones que habrán de ser tan *serias* como importantes.

Por desgracia, sin embargo, *El Cantar de los Cantares* ha tenido que soportar, a través de los siglos, un diluvio de interpretaciones excesivamente alegorizantes.³² A las que a veces resulta difícil encontrarles algún sentido por su falta de seriedad. Pues la alegoría se convierte en algo difuminado o etéreo, sentimental, empalagoso, cursi y arbitrario,³³ justamente cuando deja de *tocar tierra* y de referirse a los problemas reales de los hombres de este mundo. Dios no hace literatura por hacer literatura, sino que habla siempre para utilidad de sus creaturas racionales y en orden a su salvación.

³²La alegoría es una figura retórica o literaria tan legítima como cualquiera otra. Y que la Biblia, desde luego, utiliza a menudo (1 Cor 10:11); como se hace aún más patente en libros poéticos, como *El Cantar*, o proféticos, como el *Apocalipsis*. La parábola —o alegoría, según muchos— del Buen Pastor (Jn 10) es un ejemplo de tal cosa entre otros que se podrían citar, utilizado además por el mismo Jesucristo. Aunque no debe olvidarse, sin embargo, que la alegoría no tiene nada que ver con interpretaciones puramente arbitrarias y carentes casi siempre de todo fundamento, por bien intencionadas que sean.

³³Cualquier *posible* interpretación alegórica de un texto del *Cantar* habrá de mostrar un cierto nexo lógico, por leve que pueda parecer, entre el significante y el significado. De otro modo podrá ser tachada en justicia de arbitraria, y sin que la autoridad del comentarista pueda otorgarle más valor que el que quiera reconocerle la generosidad del lector.

Según dice la esposa del *Cantar* en estos versos, son sus propios hermanos, airados contra ella, quienes la han puesto a *guardar viñas*; aunque no siente recato en añadir que *no es su propia viña la que guarda*. Ante lo cual es evidente, tal como se ha dicho antes, que son posibles aquí multitud de interpretaciones. Al fin y al cabo estos versos son al mismo tiempo Palabra de Dios y poesía, y de ahí que sea dable profundizar cuanto se quiera en ambos campos; siempre y cuando, claro está, sean tenidos en cuenta los mínimos requisitos de los que se ha venido hablando arriba.

En estas condiciones cabe intentar aquí una interpretación que no desdeñe otras también posibles e igualmente buenas, o incluso mejores. Sea de ello lo que fuere, con respecto a la esposa del *Cantar*, se trata desde luego de los hijos de su madre; y por lo tanto de sus hermanos. Es de suponer que aquí se alude a aquellos con quienes convive y a los cuales ama y *debe* amar, puesto que, al fin y al cabo, son sus hermanos.³⁴ Los cuales, por alguna razón por ahora desconocida, se sienten *airados contra ella*.

¿Cuál es esa razón? Hay que reconocer que el texto no indica nada sobre el tema, y ni siquiera da pista alguna que pueda orientar al respecto.³⁵ Pero si se parte del principio, admitido más arriba, de que el autor sagrado querrá decir —o insinuar— *algo* también aquí,

³⁴La novedad del *mandamiento nuevo* (Jn 13:34)* consiste en que todos los hombres se amen y se sientan hermanos, puesto que todos han sido llamados a vivir la vida misma de Cristo (Ro 13:14; Ga 3:27) y a sentirse, por lo tanto, verdaderos hijos de Dios (1 Jn 2:29). Como es lógico, el mandamiento tiene una especial incidencia en aquellos que son más *próxim*os (o están más cercanos), sea por la razón que fuere; pues es evidente que ese es el matiz más característico del concepto de proximidad.

³⁵Más adelante se hablará sobre los posibles indicios que puede suministrar el texto de Ca 8: 8-12.

*Cf 1 Jn 2: 7-8; 2 Jn 5.

no habrá más remedio que aventurar alguna hipótesis; aun con toda la incertidumbre que llevan consigo esta especie de supuestos.

Ahora bien, y tratándose de lo que se trata en este libro inspirado, establecido que el acendrado amor de la esposa por su Esposo (y viceversa) es su tema central, tal vez no sería disparatado pensar que es por este camino por donde discurren las cosas. ¿Se trata quizá de que el amor de la esposa por el Esposo (y viceversa) no ha sido entendido por sus hermanos? Pudiera ser. Es indudable que aquí se habla de una situación de enemistad —o de falta de comprensión al menos— de los hermanos de la esposa con respecto a ella. Y es que el amor siempre culmina y se consume en la íntima soledad de un *tú* y de un *yo*; hasta el punto de que bien podría decirse en este sentido que el Amor, lejos de ser algo social, es eminentemente *personal*. El tema es tan importante como complejo y complicado, por lo que vale la pena intentar un esbozo de explicación, por más que se trate de una empresa atrevida. De momento, y a fin de empezar poniendo un poco de orden y de claridad en el problema, se puede traer a colación la conocida estrofa de San Juan de la Cruz:

*En soledad vivía,
y en soledad ha puesto ya su nido,
y en soledad la guía
a solas su querido,
también en soledad de amor herido.*³⁶

Cabe pues llegar a la conclusión de que el amor, en último término, es siempre cosa de dos, a saber: de un *tú* y de un *yo*. Y de que

³⁶ *Cántico Espiritual*. Es interesante observar que el concepto *soledad* aparece en todos los versos de la estrofa. Aparte de lo que tal cosa pueda tener de importancia para el tema del que aquí se está hablando, es indudable que, como recurso poético, contribuye no poco a la extraordinaria belleza de la estrofa.

en ese sentido es tan ajeno a los demás como los demás son ajenos a él.

No cabe duda de que el Cuerpo Místico de Cristo, que es la Iglesia, es una entidad eminentemente social. . . , aunque compuesta por *diversos y variados miembros que son personas*. Y si bien el mandamiento nuevo dispone efectivamente *que os améis los unos a los otros como yo os he amado*,³⁷ es evidente que, para llevarlo a cabo, es necesario que existan primero y ante todo *los unos y los otros*. De donde parece deducirse que lo individual personal goza de prioridad intencional sobre lo social.³⁸ Y de ahí que el desplazamiento de acentos hacia lo social, en detrimento de lo individual personal, constituya un peligro más grave y amenazador que el error contrario.

No faltará quien piense que, puesto que el amor es una *relación*, a establecerse siempre entre dos con las consiguientes cualidades de bilateralidad y reciprocidad, debe ser encuadrado también en el marco de lo social. En el Amor Perfecto o Sustancial, por ejemplo, lo que podría ser llamado el *número áureo* del amor es justamente el tres —son tres las Personas de la Trinidad—, mientras que en el amor participado es sin embargo el dos.

Con todo, y puesto que es necesario volver siempre a las prioridades de naturaleza, no hay más remedio que reconocer que *primero* son las personas con capacidad de amar, y que solamente *después* es cuando aparece el nexo que las une. Es evidente que en el fondo de la

³⁷Jn 13:34.

³⁸Y así sucede, en efecto, en el seno de la Trinidad, donde la procesión del Espíritu Santo es posterior a la del Hijo. Sin que sea necesario añadir que aquí no entra en juego para nada el concepto de temporalidad.

En este sentido en el que se viene hablando, la parábola o alegoría de la oveja perdida (Mt 18: 12-14; Lc 15: 3-7) no deja de ser sorprendente. El dueño de las ovejas no tiene inconveniente alguno en abandonar —en el monte, o en el desierto— las otras noventa y nueve para ir en busca de la *única* que se ha perdido.

relación amorosa aparecen siempre e indefectiblemente las personas. Aunque también se podría decir que la relación de amor solamente se establece *de persona a persona*; o de *una* persona a *otra* persona. En el Amor Perfecto, Sustancial o Infinito, la Persona del Hijo procede de la Persona del Padre por generación intelectual; mientras que la Persona del Espíritu Santo procede de las dos anteriores por espiración (*spiratio*).³⁹

Y dicho esto, parece conveniente ahora volver por fin al texto del *Cantar*, objeto del presente comentario. Ya se ha visto que la esposa declara que sus hermanos la pusieron a guardar viñas. ¿Se

³⁹En el seno de la Trinidad, el *nexus duorum* que es el Espíritu Santo es también Persona por razón de la infinitud de la naturaleza divina.

En los últimos tiempos sobre todo, el protestantismo ha estado marcado por el carácter de un cierto individualismo personal que aventaja al del catolicismo. Cuya explicación se puede encontrar quizá en el excesivo tinte socializante que, bajo la influencia de las ideologías que barrieron Europa a partir de Marx, ha caracterizado al catolicismo desde finales del siglo XIX.

De ahí que se hayan producido fenómenos tan curiosos como importantes. Como el del reconocimiento de la autonomía y la libertad personal, que ha gozado de una acentuación mayor en el protestantismo que en el catolicismo. Un ejemplo de lo cual puede verse en lo sucedido en Norteamérica con el problema de la enseñanza: Ante la creciente y abusiva intervención estatal, casi siempre ajena al pensamiento cristiano, las Iglesias protestantes acudieron al recurso de la *Home School*, o enseñanza parental a los niños en el propio hogar y que el Estado Americano siempre ha reconocido. Después fueron muchas las familias católicas de los Estados Unidos que se acogieron también, como una tabla de salvación, a ese mismo procedimiento, que aún tiene plena vigencia en la actualidad.

En los países europeos, por el contrario, demasiado marcados por la ideología socialista, tal cosa sería sencillamente impensable. Confundiendo el concepto de social con el de estatal, y olvidando gravemente el indiscutible principio de la función subsidiaria del Estado frente a la iniciativa privada, los países de la vieja Europa jamás reconocerían un sistema de enseñanza que —prescindiendo ahora de que sea o no sea el mejor— posee al menos la virtud —aparte de salvaguardar la fe de muchos— de poner en su sitio, tanto al Estado como a la autonomía de la libertad personal.

trata quizá de una queja...? No es muy seguro, aunque parezca reconocerlo así la confesión de que no era su propia viña la que estaba guardando. Una confesión que podría ser decisiva para confirmar precisamente esa interpretación, como habrá de verse enseguida:

*Los hijos de mi madre, airados contra mí,
me pusieron a guardar viñas.*

Vistas las cosas con objetividad, y por muy airados que pudieran estar contra la esposa sus propios hermanos, no se puede decir que la tarea de guardar viñas deba ser considerada en principio como un trabajo vejatorio o denigrante. Los jornaleros de la parábola evangélica, por ejemplo, son enviados a trabajar a una viña (Mt 20:1 y ss.); y otra vez es el mismo padre de familias el que arrienda la suya a unos labradores para que la hagan producir (Mt 21:33 y ss).⁴⁰ Pero la clave de la interpretación se encuentra seguramente en el último verso:

No era mi viña la que guardaba

La tarea de guardar viñas es en realidad una tarea como cualquiera otra. Y el discípulo de Jesucristo, como un miembro más al fin y al cabo de la ciudad temporal, está obligado a colaborar en su edificación. Si bien es verdad que no pertenece al mundo, pero puesto que está en el mundo (Jn 17: 15-16), le incumbe la obligación de trabajar juntamente con sus hermanos los demás hombres (2 Te 3: 6-12). Y siendo, por otra parte, el trabajo un deber de todo hombre (Jb 5:7), en modo alguno puede pensarse que el cristiano pueda ser ajeno a él.

⁴⁰Textos paralelos a esta última parábola en Mc 12: 1-12 y Lc 20: 9-19.

Sin embargo, también es verdad que existen cosas que jamás serán comprendidas por los demás hombres sin gran dificultad. . . , si es que llegan siquiera a entenderlas. Es cosa cierta y conocida que únicamente el amor del Esposo es lo importante; sobre todo después de que se sabe, por haber sido dicho con entera autoridad, que *solamente una cosa es necesaria*.⁴¹ Y es igualmente cierto que, comparadas con eso, todas las demás cosas —por importantes y legítimas que sean—, o bien se convierten en algo relativo, o bien no pueden evitar parecer exageradas y excesivas cuando se carga el acento sobre ellas (Lc 10:41).

Con todo, no parece haber aquí razón suficiente que justifique la lejanía y extrañamiento que siente la esposa con respecto a sus hermanos. Siempre ha habido gente —nunca en mayoría, desde luego— que ha aceptado sin reservas la declaración de que *una sola cosa es necesaria*.

Pero sucede que el Amor no es solamente lo más importante.⁴² Aún hay algo aquí de gran transcendencia y de enorme profundidad. En último término y en definitiva, todo en el amor se reduce al encuentro en plenitud de un *tú* y de un *yo*; si bien llevado a cabo *en absoluto olvido de las otras cosas*. Toda la clave del problema radica aquí, por lo tanto, en la correcta coordinación del primer mandamiento con el segundo. En la relación existente —en la medida en que se trate de una relación— entre el amor a Dios (un amor absoluto sobre todas las cosas) y el amor al prójimo (sin el cual, según decía San Juan,⁴³ no hay amor a Dios). Una cuestión que requiere

⁴¹Lc 10:42.

⁴²O lo único necesario, o la mejor parte. Interpretaciones todas ellas posibles en el texto de Lc 10:42. Si solamente se tratara de eso —el amor como lo más importante— habría que admitir que no hay razón alguna suficiente que justifique la sensación de soledad de la esposa.

⁴³1 Jn 4: 20-21; 3:14; cf Ro 13:8.

un previo análisis profundo de los términos, que al parecer no ha sido suficientemente explorada por la Espiritualidad cristiana, y que sin embargo está ahí; como demuestra una conocida estrofa de San Juan de la Cruz que apunta directamente, tal vez sin proponérselo, a la raíz del problema:

*Quedéme, y olvidéme,
el rostro recliné sobre el Amado,
cesó todo, y dejéme,
dejando mi cuidado
entre las azucenas olvidado.⁴⁴*

La verdad es que todo el negocio del amor se reduce a un asunto privado, *escondido en absoluto para los demás*, entre la esposa y el Esposo. Toda la poesía de San Juan de la Cruz —en realidad toda su obra— está caracterizada precisamente por ese enfoque. La relación bilateral Esposo-esposa debe ser situada en un lugar que está más allá de lo meramente *incomprendido* por los que son ajenos al uno y al otro; puesto que pertenece más bien, en realidad, al orden de lo que es simplemente *desconocido* para los demás:

*Cazadnos las raposas,
que está ya florecida nuestra viña,
en tanto que de rosas
hacemos una piña,
y no parezca nadie en la montaña.⁴⁵*

Y no parezca nadie en la montaña. Un verso que cierra la estrofa y que en modo alguno puede explicarse por las meras exigencias

⁴⁴ *Noche Oscura*, estrofa final.

⁴⁵ San Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual*.

de la rima. Puesto que no es sino una manifestación de los sentimientos más profundos del alma del santo —y de toda su doctrina espiritual—, perfectamente acorde, por lo demás, con toda la filosofía del *Cantar de los Cantares*, como enseguida se verá:⁴⁶

*Gocémonos, Amado,
y vámonos a ver en tu hermosura
al monte y al collado
do mana el agua pura;
entremos más adentro en la espesura.*

*Y luego a las subidas
cavernas de la piedra nos iremos,
que están bien escondidas,
y allí nos entraremos,
y el mosto de granadas gustaremos.⁴⁷*

Pero los versos del *Cántico Espiritual* del santo poeta de Fontiveros, que a su vez son una glosa del *Cantar de los Cantares*, son al mismo tiempo la transcripción de la doctrina más segura del Nuevo Testamento y de una tradición cristiana multiseccular: *Al que venza le daré del maná escondido; y una piedrecita brillante sobre la que está escrito un nombre nuevo, que nadie conoce sino el que lo recibe.*⁴⁸ De donde al vencedor le será dado, por lo tanto, del maná escondido, además de recibir un nombre nuevo que nadie sino él puede conocer.

⁴⁶A ese desconocimiento por parte de los demás, y que, tal como se ha dicho más arriba, va mucho más allá de una simple incomprensión, es a lo que seguramente aluden de alguna manera los versos del *Cantar*:

Los hijos de mi madre, airados contra mí...

⁴⁷San Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual*.

⁴⁸Ap 2:17.

La lógica del Amor debe ser considerada así como inflexible. Si cada uno de los amantes es *Todo* para el otro, hay que admitir entonces que sobra cualquiera otra cosa. *Tú sólo para mí y yo sólo para ti* es lo que ambos se vienen diciendo mutuamente. Y ahí es donde radica la regla suprema del amor, que no hay porqué dejar de reconocer sin temor alguno.

*Yo soy para mi amado y mi amado es para mí.*⁴⁹

La *soledad* del dúo Esposo-esposa, con el consiguiente extrañamiento con respecto a todo lo demás, es algo que siempre ha sido visto con recelo por parte de la Doctrina. Y es natural que así sea, desde el momento en que parece poner en peligro el mandamiento básico del amor a los hermanos: un tema que, por cierto, es realmente fundamental en la Primera Carta de San Juan, por ejemplo.⁵⁰ Sin embargo todo parece obedecer a un error de enfoque en los términos. Pues en el camino del amor, y en lo que a él se refiere, debe tenerse en cuenta que el amor al prójimo —si bien se sigue del amor a Dios y en él se fundamenta— lejos de ser el último paso, es en realidad más bien *el penúltimo*. Así son los hechos: al final de la inefable ruta del Amor queda solamente el Amado; y es Él quien únicamente cuenta para la esposa:

⁴⁹Ca 6:3; cf 2:16; 7:11.

⁵⁰Aunque no debe olvidarse que el segundo mandamiento es meramente semejante al primero (Mt 22:39; Mc 12:31). Lo cual significa dos cosas que, por lo demás, parecen bastante simples: que el precepto del amor al prójimo es el *segundo* mandamiento; y que además es simplemente *semejante* al primero. Incluso es el mismo Maestro quien deja las cosas bastante claras: *El primer mandamiento es: "Escucha Israel: el Señor, Dios nuestro, es el único Señor. Y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, y con todas tus fuerzas"* (Mc 12: 29-30).

... cesó todo, y dejéme,
dejando mi cuidado
entre las azucenas olvidado.

Existe un texto del Apóstol, en la carta dirigida a los colosenses, que tal vez no ha sido suficientemente subrayado a este respecto: *Os habéis revestido del hombre nuevo, que se renueva para adquirir el pleno conocimiento según la imagen de su Creador; donde no hay griego y judío, circuncisión e incircuncisión, bárbaro, escita, esclavo o libre, sino que "Cristo es todo en todos".*⁵¹ En el que no puede caber duda acerca de lo que quiere decir el Apóstol con esa última expresión: Cristo es todo *en todos y cada uno de vosotros*; pues de otro modo la frase no tendría sentido. Pero evidentemente, si es verdad que Cristo es todo en todos, eso no puede significar sino que es *todo* en cada uno; además de que sería una simpleza mayúscula olvidar que, para el apóstol San Pablo, el Cuerpo Místico de Cristo es lo menos parecido existente a un enjambre de abejas o a una colonia de termitas (1 Cor 12: 4-31). Y aparte de decir, en otro lugar, que Cristo es todo el vivir para él (Flp 1:21), advierte también a los colosenses que, para ellos, Cristo es la vida (Col 3:4): y sin embargo está claro que Cristo no puede ser la vida para una Corporación sino en la medida, y solamente en la medida, en que lo sea para cada uno de los miembros que la componen; pues eso es justamente lo que distingue a los seres personales de los que no lo son.

Al catolicismo de los últimos tiempos le ha perjudicado el hecho de no haber insistido en que el amor *es un negocio privado entre seres personales*. O dicho aún mejor y sin ninguna clase de miramientos: una relación a llevar a cabo entre dos seres personales; los cuales no

⁵¹ Col 3: 10-11.

son otros que Dios y cada hombre en particular.⁵² A lo que se ha dado lugar desde que, por haber insistido demasiado en el aspecto social del mandamiento nuevo, se ha perdido de vista que la caridad no está marcada por ningún tinte *social*, sino que es sencillamente la caridad. No son pocos los que han pensado que el cristianismo no llega a su mayoría de edad hasta que aparecen las ideas de clase social y de injusticia social; y con ellas las de los marginados y la de la necesidad del compromiso con los oprimidos.⁵³

⁵²Debe tenerse en cuenta que el amor puramente humano no es sino un analogado del amor divino-humano; el cual, a su vez, es también un analogado con respecto al Amor divino.

⁵³Una de las causas del desmoronamiento de las sociedades es la aparición del fútil empeño de hacer realidad las utopías. Los antiguos griegos, que siempre fueron bien duchos en el arte de la política, no pasaron de considerar a *La República*, de Platón, como una mera obra literaria; que los reyes debieran ser filósofos, o que al menos tendrían que filosofar los reyes, no deja de ser un bello pensamiento... para ser leído y admirado. Y la misma actitud, como no podía ser menos, adoptaron los europeos del siglo XVI con respecto a la *Utopía* de Tomás Moro. En cambio fueron muchos los cristianos del siglo XX para los que *El Capital*, de Carlos Marx, estuvo dotado del carácter de libro inspirado, incluida por supuesto la inerrancia. El hecho, sin embargo, de que ciertos acontecimientos de la Historia sean realmente ridículos, y de que a pesar de eso se considere pecado grave denunciarlos como tales, no los convierte en inexistentes.

La consecuencia más grave de la influencia del marxismo en el catolicismo se ha concretado en la disolución del concepto de caridad. Las *Teologías de la Liberación* sobre todo, se emplearon a fondo en difundir la idea de la lucha contra las injusticias sociales. Y lo hicieron con una auténtica *rabies theologica* —si se puede llamar teológica— que se parecía bastante al rencor y a la enemiga marxistas contra la burguesía. Aunque probablemente, en el fondo, había mucho más que eso: el olvido fundamental de la caridad no hubiera tenido lugar de no haber estado precedido, a su vez, por la pérdida de la fe.

Las causas determinantes de que el Mensaje evangélico del Amor y del Mandamiento nuevo vinieran a parar ahí, constituyen uno de los grandes misterios a abordar en el futuro por la Historia de la Teología.

Por lo demás, como se ha indicado antes, lo más granado de la poesía sanjuanista viene a ser una glosa del *Cantar de los Cantares*. Y la filosofía de ambos es la misma, como no se podía esperar otra cosa. La esposa del *Cantar* también busca ansiosamente la soledad, a fin de encontrarse en intimidad de amor con el Esposo:

*Ven, amado mío, vámonos al campo;
haremos noche en las aldeas.
Madrugaremos para ir a las viñas,
veremos si brota ya la vid,
si se entreabren las flores,
si florecen los granados,
y allí te daré mis amores.*⁵⁴

Y lo mismo el Esposo. Quien, por su parte, no se recata en pregonar su interés para que *nada ni nadie* turbe el reposo o la intimidad de la esposa:

*Os conjuro, hijas de Jerusalén,
por las gacelas y las cabras monteses,
que no despertéis ni inquietéis a la amada
hasta que ella quiera.*⁵⁵

Los cuales son, ni más ni menos, los mismos versos que inspiraron dos de las más famosas y bellas lirás de San Juan de la Cruz:

⁵⁴Ca 7: 12-13.

⁵⁵Ca 2:7; cf 3:5; 8:4.

*A las aves ligeras,
leones, ciervos, gamos saltadores,
montes, valles, riberas,
aguas, aires, ardores
y miedos de las noches veladores:*

*Por las amenas liras,
y canto de sirenas os conjuro,
que cesen vuestras iras,
y no toquéis al muro,
porque la esposa duerma más seguro.*

La esposa se ve obligada a guardar una viña porque tal es el destino de todo ser humano que viene a este mundo. Y no puede ser de otra manera. Constrañido a cruzar a través de las sombras del *lacrimarum valle*, el hombre ha de recorrer su camino al tiempo que contribuye, de la manera que sea, a la edificación y conservación de la ciudad temporal. El de ahora es el tiempo de la siembra, y solamente es en el después, definitivamente y al final, cuando llegará el de la cosecha. Tal como vino a sugerirlo el Maestro: *Conviene que nosotros hagamos las obras de Aquél que me ha enviado mientras es de día; pues viene la noche, cuando ya nadie puede trabajar...*⁵⁶ Ni siquiera importa tanto que la tarea sea buena, o incluso mejor, para que cualquier viviente deje de sentirse ahora como en una situación de paso; pues, tal como ha sido escrito, nadie en el presente eón podrá jamás encontrar *ciudad permanente*.⁵⁷ ¿Qué tiene de particular, por lo tanto, que la esposa se sienta impulsada a proclamar su sentimiento de soledad y de extrañamiento, y que pregone a todos los vientos que *no es su viña la que está guardando?*

⁵⁶Jn 9:4.

⁵⁷Heb 13:14. Cf Mi 2:10.

Pero si se admite como cierto que en la consumación del amor todo queda atrás y olvidado; e incluso que, al final, solamente permanecen el Esposo y la esposa en la soledad e intimidad del tú a tú, ¿qué decir entonces del mandamiento nuevo y el amor a los hermanos...?

El amor a los hermanos pasa por el amor a Dios, mientras que el amor a Dios pasa por Jesucristo. Y no hay otro camino (Jn 10: 7.9; 14:6), ni para lo uno ni para lo otro: *Sin mí nada podéis hacer*, decía el Señor hablando de Sí mismo.⁵⁸ Y aunque también se podría decir, ateniéndose al tenor literal de muchos textos, que el amor a Dios pasa por el amor a los demás,⁵⁹ tampoco hay que olvidar que el amor a los otros es, a su vez, la señal de que el Espíritu está ya asentado en el propio corazón del hombre que ama (1 Jn 4: 12-13); y además en un lugar de una escala de ordenación que debe ser considerado como el penúltimo, puesto que es solamente la unión total con el Esposo la que debe ser tenida como la culminación definitiva y la consumación en el todo. Si la esposa ama a sus hermanos es porque lo hace en Jesucristo y por Jesucristo: en definitiva, a través del corazón de su Esposo.

Claro que aún cabe la posibilidad de formular otra pregunta más: ¿Ama acaso la esposa a sus hermanos en ellos mismos y por ellos mismos, o solamente en la medida y por razón de que los ama también el Esposo...? A lo que parece obligado responder que los ama

⁵⁸Pero, puesto que amar es la función y el quehacer más altos que el hombre es capaz de realizar, resulta imposible pensar que no se encuentre incluido en esta terminante declaración. Jesús establece una trilogía descendente-ascendente entre el amor del Padre, el suyo propio, y el de sus discípulos; para fundamentar en seguida, a continuación, una relación de interdependencia entre el cumplimiento de sus mandamientos, de una parte, y la permanencia en su amor, de otra (Jn 15: 9-10). En cuanto al amor a los hermanos, cf sobre todo la Primera Carta de San Juan: 2:10; 4: 7.11.21; 5: 1-2; etc.

⁵⁹Siempre que se admita que el amor de Dios es lo primero, como fuente y fundamento que es de todo otro amor (1 Jn 4: 7.10-11.19).

en ellos mismos y por ellos mismos, *en cuanto que es así como los ama su Esposo* (Jn 13:34); a lo que hay que añadir que porque ambos —el Esposo y la esposa— no poseen ya sino un solo y mismo corazón.

La esposa viene así a reconocer que, sea cual fuere la empresa que se encuentre llevando a cabo, *no es su viña la que está guardando*. La verdad es que, al mismo tiempo que está convencida de que *sólo una cosa es necesaria*, sabe igualmente que, ni siquiera las Martas mejor intencionadas del mundo, llegarán a comprender por completo el mutuo amor que ella y su Esposo se profesan (Lc 10:41). Y sin embargo, y a pesar de sentirse por ello completamente sola, es justamente así como desea estar: en soledad con el Esposo, ajenos ambos a cualquier injerencia de extraños, y sin aceptar siquiera a los posibles mensajeros portadores de nuevas del uno o del otro:

*¡Ay quién podrá sanarme!
Acaba de entregarte ya de vero;
no quieras enviarme
de hoy ya más mensajero,
que no saben decirme lo que quiero.*⁶⁰

Al final de su Evangelio narra San Juan un incidente anecdótico que, si no demuestra otra cosa, sirve al menos para proporcionar alguna pista sobre el tema: *Dicho esto, añadió [Jesús]: "Sígueme". Volviéndose Pedro, vio que le seguía el discípulo a quien Jesús amaba, el que en la cena se reclinó sobre su pecho... Al verle entonces, dijo Pedro a Jesús: "Señor, ¿y éste, qué?" Jesús le respondió: "Si quiero que éste se quede hasta que yo venga, ¿a ti qué? Tú sígueme".*⁶¹

⁶⁰San Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual*.

⁶¹Jn 21: 19-22.

Como si se quisiera hacer notar la intención que parecía animar a Jesús: hacer comprender a Pedro que no era tiempo ahora de preocuparse por los demás. Por dos veces le conmina para que le siga, llegando incluso a instarle a que se olvide de cualquier otra cosa: *¿A ti, qué con respecto a ése?*, le viene a decir con palabras bastante expresivas y hasta casi rudas.⁶²

Sea de ello lo que fuere, llega necesariamente un momento en el que la esposa se encuentra, por fin, a solas con el Esposo: *Lætatus sum in eo quod dixerunt mihi: "In domum Domini ibimus"*.⁶³ En ese instante ya no hay otra cosa que hacer sino amar. Y en aquel lugar escondido en donde el Esposo mora ya, para siempre, en completa soledad con la esposa:

*¡Cuán manso y amoroso
recuerdas en mi seno,
donde secretamente solo moras:
y en tu aspirar sabroso
de bien y gloria lleno,
cuán delicadamente me enamoras!*⁶⁴

Por fin reconoce la esposa, con inmensa dicha, que *ahora sí que se trata de su propia viña*. No ya la que había recibido, impuesta casi por la fuerza, de manos de sus propios hermanos; sino la que le había dado a guardar amorosamente el Esposo mismo. Y lo que

⁶²Del Evangelio se desprende, de manera patente, que lo realizado alguna vez por parte de la esposa, movida por el amor a los demás, es considerado por el Esposo *como hecho a Él mismo*. E igualmente lo mismo en el sentido contrario: el bien que la esposa dejó de hacer con los otros, por su falta de amor, *es a Él mismo a quien no se lo hizo* (Mt 25: 34-45).

⁶³Sal 122:1.

⁶⁴San Juan de la Cruz, *Llama de amor viva*.

viene del Esposo ya no es para ella algo extraño, sino suyo propio; puesto que todo lo que pertenece a uno de ellos es también posesión del otro. Ahora es cuando la amada se siente definitivamente en su propia casa, y haciendo aquello único además para lo cual había venido a la existencia:

*Una viña tenía Salomón en Bal-Hamón,
la entregó a sus guardas,
que habían de traerle por sus frutos
mil siclos de plata.⁶⁵*

Los mil siclos de plata significan aquí totalidad. Que es justamente lo que el Esposo espera de la esposa. Dado que, al hacerle a ella entrega de su viña —todo lo que tiene y todo lo que es—, queda a su vez como a la expectativa, aguardando en la esperanza de que ella le corresponda también con todo su ser. Y, puesto que *la viña es ahora de la esposa*, es por lo que ella está capacitada al fin para entregarla; lo que equivale a decir para responder también en plenitud. Plenitud por plenitud en mutua reciprocidad; que no en otra cosa consiste el perfecto amor:

*Mi viña la tengo ante mis ojos.
Para ti, Salomón, esos mil siclos,
y doscientos más para los que la guardan.⁶⁶*

¿Acaso no viene a ser esto un eco anticipado de algunas de las más hermosas palabras contenidas en el Evangelio? ¿De aquéllas mismas que apuntan, en su misterioso significado, hacia el increíble milagro

⁶⁵Ca 8:11.

⁶⁶Ca 8:12.

de las portentosas virtualidades del amor?: “Señor, cinco talentos me entregaste; he aquí otros cinco que he ganado”... “Señor, dos talentos me entregaste; he aquí otros dos que he ganado”.⁶⁷ Lo que se puede decir también así: He aquí que te entrego todo lo que me diste *y además todo lo mío propio*, que viene a equivaler a algo así como al doble de lo recibido: *Para ti, Salomón, esos mil siclos... ¡y doscientos más para los que la guardan!*

¿Significa esto quizá que la esposa ha llegado ya al final de su periplo amoroso...? ¿Que ambos amantes se han entregado mutuamente y en totalidad, y que ya está todo, por fin, definitivamente consumado...?

Desde luego que no. Más bien habría que decir que esta portentosa historia de Amor no ha llegado a un final que, en realidad, nunca podría ser alcanzado; en cuanto que el Amor es eterno por naturaleza. Lo único posible a proclamar aquí es que la asombrosa Aventura del Amor no ha hecho sino comenzar. Y que es acerca de ella de lo que se va a intentar hablar —pero, ¿acaso podrá hacerse?— en el capítulo que viene a continuación.

Todo el contenido del Mensaje del Nuevo Testamento se estructura sobre la base del Amor de Dios, mantenido ahora como relación de reciprocidad con todos y *cada uno de los que creen en Jesús*. Se trata nada menos que del Amor de Dios ofrecido al hombre (Jn 17:26). Si bien convertido en algo tan eminentemente personal como para ser considerado como una relación que discurre *de persona a persona*, o entre persona y persona. A pesar de que tal amor divino-humano haya de ser considerado a la luz de la analogía, con referencia sobre todo a lo que sucede en el seno del Amor Sustancial o Infinito; donde el Espíritu Santo es una eternal *spiratio* entre las Personas del Padre y del Hijo.

Al moderno cristianismo no le ha beneficiado el hecho de que tal verdad fundamental haya quedado relegada a la categoría de telón de fondo. El

⁶⁷Mt 25: 20.22.

acento ha sido colocado ahora sobre ese aspecto horizontal de la caridad cual es el amor a los otros. Con lo que las teologías liberales y racionalistas han pretendido demostrar que cualquier cristianismo, cuya principal preocupación no fueran *los otros* —en los que debe verse, en primer lugar, a los marginados de este mundo—, sería un cristianismo *desencarnado* y merecedor de ser considerado ajeno al mundo de las realidades humanas.

El problema estriba aquí en que tal doctrina, que a primera vista es tan acorde con las exigencias de la virtud de la justicia, encierra en realidad tanto peligro como el que esconden dentro de sí las teorías o declaraciones ambiguas. Para aceptarla sería necesario establecer previamente, con toda exactitud, lo que se entiende por *marginados de este mundo*. Un concepto, por otra parte, bastante próximo al de pobreza cristiana; que a su vez es el mismo que también se encuentra necesitado de una concreta delimitación. Pero no corresponde a este lugar discutir el problema, por lo que habrá que dejarlo aparcado de momento o tal vez definitivamente, a fin de que sea estudiado por aquellos a quienes corresponda y se sientan capaces de la tarea.

De todos modos, es innegable que aquí han tenido lugar un trastrueque y una mistificación de conceptos. Porque, o bien los dos mandamientos fundamentales han sido confundidos en uno solo, o bien —lo que sería aún peor— han sido manipulados a fin de realizar en ellos un cambio de sentido: colocando el segundo en el lugar del primero, y viceversa.

De ahí la necesidad de reafirmar que ambos mandamientos, aun poseyendo efectivamente la condición de básicos según el Señor (Mt 22:40),⁶⁸ siguen siendo, sin embargo, dos y distintos. Semejantes, desde luego; pero por eso mismo diferentes también, y de tal manera que *uno de ellos es el primero y el otro el segundo* (Mt 22: 37-39).

El olvido de la condición personal del amor, por una parte, y la invasión de doctrinas socializantes, por otra, han conducido al catolicismo a consecuencias poco tranquilizadoras. La concepción *crístocéntrica* de la piedad cristiana se ha visto desplazada por otras de carácter *antropocéntrico*, o al menos no tan centradas en la relación personal del cristiano con Jesucristo. Las reivindicaciones de la justicia social han ocupado el lugar que

⁶⁸Textos paralelos en Mc 12 y en Lc 10.

correspondía antes a los preceptos de la caridad: ya no se trata tanto de entregar lo propio por amor cuanto de *dar a cada uno, obligatoriamente y por justicia, lo que es suyo*.⁶⁹ La relegación a un segundo rango del concepto de Cuerpo Místico de Cristo, con la consiguiente insistencia en el de Pueblo de Dios llevada a cabo sobre todo a partir del Concilio Vaticano II,⁷⁰ pudo suponer una cierta vuelta a concepciones pentatéuticas y mosaicas ya superadas.

Algunas de las consecuencias producidas en este sentido, aparte del impacto producido en la devoción personal a un Cristo Señor cada vez más evanescente para el pueblo cristiano, se han concretado en la disminución del culto a los santos y el enfriamiento del correspondiente a la Virgen María.⁷¹

Por todo ello es necesario y urgente volver a insistir, tanto en la doctrina de la configuración del cristiano con Jesucristo (Ro 6: 4-5), como en la del

⁶⁹Un eco de las concepciones de Marx: *A cada uno según sus necesidades*; aunque determinadas en forma constringente, claro está, por parte del Estado.

⁷⁰Aquí no se pone en duda la legitimidad de esos conceptos, y ni siquiera la conveniencia de enfatizar el uno o el otro en algún momento determinado. Se trata simplemente de señalar la posible existencia de ciertas circunstancias, o aquellas cuya mayor o menor oportunidad quizá pudieron conducir a consecuencias por nadie deseadas.

⁷¹La discusión llevada a cabo en el Concilio Vaticano II, con respecto al lugar que debía ocupar la Virgen María en los documentos oficiales, y a su papel en la Iglesia, pareció dar la impresión de ser hecha con la mirada puesta en un cierto ecumenismo, aún más que en las necesidades y sentimientos del pueblo cristiano. El resultado definitivo, y pese a la declaración final de María como Madre de la Iglesia, se asemejaba demasiado a una solución de compromiso como para que se pudiera afirmar sin dudas que fuera el mejor. Si bien suele decirse que lo mejor es enemigo de lo bueno, no es menos cierto también que no siempre lo bueno es lo mejor.

Un ejemplo curioso, entre otros que podrían citarse con respecto a lo que aquí se dice, es lo sucedido con Lourdes. La dulce santita Bernardette Soubirous, indudablemente elegida por el Cielo, había sido destinada para difundir un espíritu de oración y penitencia para la conversión de los pecadores. De tal modo que esa y no otra pareció ser la intención de la Bienaventurada Madre de Dios. Los milagros de la gruta y los realizados posteriormente en el santuario, análogamente a como sucedió con los de Jesucristo, fueron siempre tan puramente ocasionales que bien pueden ser calificados como meros expedientes para obtener los fines sobrenaturales pretendidos. En la actualidad, sin embargo, el santuario se ha convertido en un punto importante de interés turístico; al que acuden, con gran gozo y provecho de hoteleros y promotores de *peregrinaciones*, multitud de gentes y de enfermos: unos movidos por la fe, y otros —quizá los más— por intenciones puramente sanitarias o financieras.

carácter personal del amor. El eje sobre el que gira la existencia cristiana no es el de *yo y mi compromiso con los demás*, sino el de *yo y mi compromiso con Dios en Jesucristo*. Tal parece como si algunos textos doctrinales evangélicos, que fundamentan la existencia cristiana en la vida en Cristo y en la consiguiente relación personal con Él, hubieran sido relegados a un segundo término: *Quien come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él. Como el Padre que me envió vive, y yo vivo por el Padre, así quien me come también él vivirá por mí.*⁷²

Dos declaraciones demasiado importantes que proceden del Señor mismo: La primera se refiere a una mutua inmanencia, o la misma que viene a resolverse en la fusión de vidas entre Jesús y su discípulo. La segunda tiene que ver con el paralelismo entre la relación de interdependencia existente entre el Padre y el Hijo, de un lado, y la de Jesús y el discípulo, de otro.

En cuanto a la primera afirmación, es evidente que la inmanencia nada tiene que ver aquí, ni con una absorción de personalidades, ni con confusión alguna de naturalezas. No puede haber amor, como tantas veces se ha dicho, *sin una clara y consistente distinción de personas*, a saber: sin que existan un *yo* y un *tú* perfectamente definidos como tales. Claro que, como es obvio también en el orden del amor, todo lo que es de uno de los amantes pertenece también al otro (Jn 16:15; 17:10).⁷³

En este sentido es obligado admitir que la negativa de Santo Tomás, frente a la posición del Maestro de las Sentencias y de Hugo de San Víctor, a reconocer al alma humana separada del cuerpo la condición de persona,⁷⁴ no deja de presentar dificultades. La poderosa y venerable argumentación, esgrimida por el santo, no acaba de aclarar delicados problemas que aún están pendientes de solución. ¿Cómo aman a Dios, por ejemplo, las almas de los bienaventurados...? Dado que en este libro se ha venido insistiendo en que el amor es algo eminentemente personal, ¿se trata meramente de almas que han alcanzado ya la visión beatífica, o es posible ver en ellas

⁷² Jn 6: 56-57.

⁷³ Aunque, con respecto a las creaturas, haya que tener en cuenta una vez más la analogía. En el conocido texto de San Pablo de Ga 2:20, no se dice *vivo yo, aunque ya no soy yo*; sino *vivo yo, pero ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí*.

⁷⁴ *Summa Theologiae*, 1^a, q. 75, a. 4, *ad secundum*.

de alguna manera a las personas de los bienaventurados...? ¿Qué se hace de la persona durante el tiempo que media desde la muerte hasta el Día de la Parusía o escatología final? ¿Acaso habría de tener lugar una nueva creación de la persona como tal...? ⁷⁵

La cuestión, que en modo alguno es fácil de resolver, implica a su vez un cierto número de cuestiones teológicas todavía no suficientemente estudiadas. Y aquí se da por establecido que la investigación ha de atenerse a las declaraciones del Magisterio de la Iglesia. De manera que, admitida como de Fe la doctrina de la escatología intermedia, quedaría aún por explicar la forma de amar de los bienaventurados. Teniendo en cuenta, además, que el intento de buscar la solución por otros caminos supondría, nada más y nada menos, que la reelaboración de una doctrina tan tradicional y secularmente admitida cual es la de la persona. ⁷⁶ Dado que una discusión amplia del problema no es de este lugar, basta con remitir aquí a la exposición compendiada y clara de C. Pozo, contenida en su *Teología del Más Allá*, BAC, Madrid, 1958, pags. 73 y ss. (Existe una segunda edición mucho más completa: BAC, Madrid, 1980). De todos modos ya se ha dicho que aún quedan pendientes bastantes problemas por estudiar: Según declaraciones solemnes del Magisterio, ateniéndose a lo que parece desprenderse de la Revelación, la bienaventuranza de la escatología intermedia ha de ser considerada ya como plena. Lo que conduciría aparentemente a la conclusión de que, en el momento del Día del Señor o Juicio final, no sería otorgado a los bienaventurados sino un gozo accidental; y así este último acontecimiento quedaría indudablemente minimizado. Si se intenta obviar la dificultad aludiendo para la escatología final, como hace también

⁷⁵ Esto último es inadmisibile, en cuanto que en la Resurrección será el *mismo* hombre quien resucite; y por supuesto con su *mismo* cuerpo. La cuestión se complica todavía más si se tiene en cuenta la doctrina —también sostenida en este libro— de la necesidad del cuerpo para una posesión de Dios *más perfecta y completa* por parte del hombre. Acerca de la escatología intermedia (claramente admitida aquí, puesto que es doctrina de Fe solemnemente proclamada por el Magisterio) se hablará a continuación.

⁷⁶ La negación protestante de la escatología intermedia debe ser rechazada, puesto que se oponen a ella la Doctrina de la Fe y la del Magisterio de la Iglesia. En teología católica es necesario admitir la doble escatología, a saber: la intermedia y la final. Aun con el peligro de maximizar o de minimizar cualquiera de ellas, lo que supondría ir a parar a conclusiones erróneas.

el mismo C. Pozo, a un *aumento intensivo en lo que ya era sustancial en la bienaventuranza* desde la escatología intermedia, hay que admitir que la solución no parece muy tranquilizadora: Porque, ¿qué significa en realidad un *aumento intensivo* en lo que ya es reconocido previamente como *sustancial*?

Claro que la discusión aquí, como ya habrá advertido el lector, discurre por otros derroteros, en cuanto que trata de contemplar más bien el aspecto antropológico de la escatología intermedia. Se sabe con certeza por la fe que las almas de los bienaventurados gozan ya de la visión beatífica; a pesar de que, según Santo Tomás y con él la mayor parte de la Doctrina, carecen de la condición de personas. Partiendo de que el alma humana separada sigue siendo capaz, aun independientemente del cuerpo, de realizar operaciones cognoscitivas y volitivas, y admitida por el mismo Santo Tomás su condición de ente subsistente,⁷⁷ tal vez sería interesante encontrar una vía capaz de reconocerle al menos una cierta personalidad. Calificar tamaña tarea, en el caso de que fuera posible, como de titanes quizá no sería suficiente. Y de todos modos correspondería al Magisterio de la Iglesia cualquier decisión que pudiera conducir, sin peligro de extravíos, a una clarificación del problema que obviara en todo o en parte las dificultades.⁷⁸

⁷⁷ *Summa Theologiae*, 1^a, q. 75, a. 2; etc.

⁷⁸ San Pablo distingue entre *hombre terreno* y *hombre celeste* (1 Cor 15: 47-49). Aunque el argumento no es, por supuesto, apodíctico para este caso; en cuanto que el Apóstol habla en tal lugar en un contexto referido a la resurrección final de los justos. Pero con todo, y partiendo siempre de la admisión de un sentido *plenior* en ciertos textos escriturísticos, quizá se estuviera aquí ante un tema con posibilidades de investigación. Y algo semejante se podría decir con respecto a su distinción entre el primer hombre adánico, como *alma viviente*, y el último Adán o *espíritu vivificante* (1 Cor 15:45).

En cambio es bien cierto que, por lo que se refiere al *lumen gloriæ*, solamente es conocido en el presente eón su efecto más esencial (posibilidad de la visión beatífica); pero permanecen ignoradas para la Iglesia peregrinante todas sus virtualidades, por no hablar de su modo de proceder. Y aún se podría decir más de la acción del *Espíritu vivificador* o vivificante en las almas de los bienaventurados. E incluso de la interdependencia existente entre ellas y el Cuerpo resucitado y glorioso de Jesucristo; donde quizá sería preciso reconocer una influencia y efectos, entre la Humanidad gloriosa del Verbo y los bienaventurados, enteramente desconocidos para los seres humanos que todavía no han traspasado el umbral de la muerte.

Además de todo ello y como puede verse, queda también por estudiar el papel a desempeñar por el cuerpo resucitado de los justos en la escatología final.⁷⁹ Dado que no se puede minimizar —en contra de toda una Tradición y los demás datos de la Revelación— la importancia del Día de la Parusía, es indudable que se abre aquí un amplio e interesante campo para la investigación: En definitiva, ¿en qué consiste el famoso *aumento intensivo* añadido a lo que ya era *beatitud esencial*?

Lo decisivo de esto sin embargo es que la esposa, mientras dura su condición de peregrina en este mundo, se siente enteramente sola: *No era mi viña la que guardaba*. Si bien su soledad, como se ha de ver en el capítulo siguiente, reside más en su propio sentimiento que en la realidad misma. Pues, aunque es verdad que la siente como tal, también es cierto que nunca ha existido para ella el abandono. Y de esta forma sigue una vez más —en esto como en todo— el mismo camino que Jesucristo su Esposo. El cual, habiendo exclamado en su dolor las palabras de la cruz: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*,⁸⁰ era el mismo que antes había proclamado también con inmensa dicha: *Yo no estoy solo, porque el Padre está*

⁷⁹En cuanto a la escatología intermedia, es interesante recordar que los condenados en el infierno sufren durante ella la pena de sentido, y no solamente la de daño. Según Santo Tomás, estos condenados poseen libre arbitrio y voluntad, aunque obstinada en el mal (*Summa Theologiæ*, 3^a, q. 18, a. 4, *ad tertium*; etc.) Su libre arbitrio sufre cierto detrimento de libertad, por razón de la culpa y de la miseria; pero no esencialmente (*De Malo*, q. 2, 11; etc.).

A propósito de todo este asunto, y de una manera especial en cuanto al problema aquí tratado de la *personalidad* de las almas separadas, quizá no sea del todo inútil traer a colación lo que dice también el Santo en sus Comentarios a Pedro Lombardo: *Peccatum originale est primo et per se infectio naturæ, et per consequens inficit personam, secundum quod dispositio naturæ in personam redundat; et secundum hoc duplex pœna originali debetur. Una in quantum personam inficit, scilicet carentia divinæ visionis; visio enim divina actum quemdam designat; actus autem omnis personæ est, quia actus individuorum sunt, ut Philosophus dicit; unde et carentia visionis ad personam referenda est, cum opposita sint circa idem* (II Sententiarum, *Distinctio 32, Articulus 2*).

⁸⁰Mt 27:46; Mc 15:34.

connmigo.⁸¹ ¿Cómo es posible esto, y qué es lo que quiere decir...? ¿Se trata entonces de soledad, o se trata acaso, por el contrario, de la compañía de la persona amada...? ¿Es quizá la *soledad sonora* la que aguarda, o es más bien *la cena que recrea y enamora*? ¿Y qué relación hay entonces, dentro de este mundo misterioso, entre sentimientos y realidades...?

Así es. Pero es lo cierto que todo eso sucede por razón de que el ser humano, creado a semejanza de Dios y hecho para amar y ser amado, no puede vivir momento alguno de su existencia sin la inefable realidad del amor. Es la verdad que no hay amante sin amado, y que no hay amado sin amante. De ahí que el que ama, o bien siente junto a sí a la persona amada, o bien se ve obligado a sufrir el dolor de su ausencia. Ausencia que será siempre apariencia; pero que no por eso va a dejar de provocar sentimientos de nostalgia y penas de orfandad.⁸² Apariencia que, pese a todo, se prodiga a sí misma en abundante frecuencia mientras llega el momento en que el amor se ha consumado, por fin, en plenitud. Por eso es destino de la esposa el verse a menudo acompañada de la angustia: constreñida y obligada, como la esposa del *Cantar*, a salir en busca del Esposo. Pues el amor, mientras todavía anda por este mundo —por las alamedas del *todavía no*—, es al mismo tiempo gozo y dolor:

*¿Adónde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huiste
dejándome herido;
salí tras Ti clamando, y eras ido.*⁸³

⁸¹Jn 16:32; cf Jn 8:16.

⁸²Pues siendo el amor naturalmente libertad, solamente el rechazo voluntario del *otro* puede destruir tal maravillosa realidad.

⁸³San Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual*.

Tratando, pues, la esposa de hallar al Esposo como sea. Incansablemente, y aun por los lugares más atrevidos, insólitos o inesperados. Pues no hay misterio ni imposible para ella cuando se trata de encontrar al Esposo:

*Fuíme hasta las estrellas,
pensando que en alguna
iba a encontrar vestigios de tus huellas;
mas ya no hallé ninguna
desde el este del Sol hasta la Luna.*

Por eso será obligado abordar, en el capítulo siguiente, el problema de la terrible y simultánea verdad de dos realidades que parecen contradecirse: de lo que no es sino puro sentimiento, por un lado; y de lo que viene al fin a resolverse en una auténtica, gozosa, y sempiterna presencia, por otro.

CAPÍTULO III

LA SOLEDAD DE LA ESPOSA (Segunda Parte)

La Música Callada

Aunque suene como algo extraño, y más aún si se parte de la base de que el hombre es por naturaleza un ser social (amén de las enseñanzas que se derivan de la doctrina del Cuerpo Místico de Cristo y las exigencias del Mandamiento Nuevo), es preciso reconocer que el verdadero discípulo de Jesucristo es y será siempre *un ser solitario*. Y puestos a conceder que se trata efectivamente de una afirmación chocante, bueno será adelantar alguna explicación que sirva al mismo tiempo de introducción al tema.

San Pablo, por ejemplo, lo dice claramente y sin rodeos: *Todos los que quieran vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución*.¹ De donde es de suponer que no cabe admitir duda alguna.

¹2 Tim 3:12.

Que viene a ser exactamente lo mismo que, a su vez y como es lógico, ya había anunciado el Señor antes que él: *Si el mundo os odia, sabed que me ha odiado a mí antes que a vosotros...*² *Si me persiguieron a mí, también os perseguirán a vosotros...*³ *En el mundo padeceréis tribulación...*⁴ Etc. Porque, aunque la lista de textos podría alargarse bastante más, los hasta aquí citados son tan expresivos que parecen suficientes. De manera que no es extraño que el Señor calificara al conjunto de sus discípulos —con una denominación tan llena de cariño como matizada probablemente de amargura— como *pequeño rebaño*.⁵

Un planteamiento que, por otra parte, aclara mucho las cosas. Por supuesto que Dios quiere la salvación de todos los hombres (1 Tim 2:4; Tit 2:11; cf Mt 20:28; Lc 19:10; Jn 3:17), aunque para ello, como no podía ser de otro modo, exija su cooperación. Tanto es así que quizá sea esto último lo que explique las palabras terminantes, y en cierto modo desconsoladoras, del Señor: *¡Qué angosta es la puerta, y qué estrecha es la senda que conducen a la Vida; y qué pocos son los que la encuentran!*⁶ De ahí la necesidad, sin pretender ser pesimistas ni optimistas, de considerar los hechos y de enfrentarse a las realidades de la vida y a las que se derivan de la Palabra de Dios.⁷ Pese a que tal cosa no parezca dejar mucho espacio

²Jn 15:18.

³Jn 15:20.

⁴Jn 16:33.

⁵Lc 12:32.

⁶Mt 7:14.

⁷La virtud de la esperanza está tan lejos del pesimismo como del optimismo gratuito. El primero equivaldría a ignorar la misericordia de Dios y su condición de Padre, aunque el segundo sería más culpable todavía. En cuanto que, al no tener en cuenta este último las leyes del Amor y la gravedad que supone su rechazo, acabaría burlándose de la justicia divina; y aun directamente del mismo Dios como infinito Amor.

a las pretendidamente esperanzadoras *teologías de la bondad*, últimamente tan en boga y cuyo mayor defecto es el de su falsedad. . . Desde el momento en que las cosas son como son y no siempre se avienen a configurarse del modo como el hombre lo pretende.⁸

Pero si el cristiano es un ser solitario, ¿qué decir entonces de las exigencias derivadas del Mandamiento Nuevo, o de la doctrina del Cuerpo Místico de Cristo. . . ? ¿Cómo ha de entenderse la afirmación del libro de los Hechos, según la cual los creyentes poseían un solo corazón y una sola alma?⁹

Y he aquí de nuevo la aporía. Porque, según se ha visto en el capítulo precedente, es la misma esposa del *Cantar* la que se queja de la incompreensión de los suyos:

*Los hijos de mi madre, airados contra mí,
me pusieron a guardar viñas;
no era mi viña la que guardaba.*

⁸El infierno como mera posibilidad, el cristianismo anónimo y la pretendida bondad universal, el pecado grave como algo prácticamente inexistente. . . Pero —hay que admitirlo así, si se quiere que la lógica tenga algún sentido— un Dios que no tomara en serio sus relaciones con su creatura, para el que resultara indiferente ser correspondido o ser rechazado, que considerara equivalentes el amor o el desamor. . . , no sería sino un Dios dedicado al pasatiempo de entretenerse jugando con la naturaleza humana. Algo así como si los hombres hubieran vuelto a creer en las veleidades y andanzas de las caprichosas deidades paganas. En cuyo caso habría que concluir que un Dios que no toma en serio al hombre no puede ser considerado tampoco como un Dios serio.

Una exposición más completa acerca de las aquí llamadas *teologías de la bondad* puede verse en A. Gálvez, *El Amigo Inoportuno*, Shoreless Lake Press, New Jersey, 1995, pgs. 89 y ss.

⁹Cf Hech 4:32.

A pesar de tratarse de sus propios hermanos, todo parece indicar que la queja tiene su razón de ser. Como si durante el tiempo en que tiene lugar la búsqueda apasionada del Esposo —en realidad una vida entera—, la esposa hubiera de sentirse completamente sola. Va preguntando con incansable insistencia aquí y allá, inquiriendo de unos y de otros, para conseguir encontrar a su Amado solamente cuando se aparta, por fin, de todos ellos:

*Busquéle y no le hallé.
Encontráronme los guardias
que hacen la ronda en la ciudad:
¿Habéis visto al Amado de mi alma?
En cuanto de ellos me aparté
hallé al Amado de mi alma.*¹⁰

Y es que, en efecto, el cristianismo es una religión de aporías. Aunque sea algo difícil de admitir cuando se olvida que se trata de una doctrina que supera a la razón humana. Como ya decía atinadamente Kierkegaard: *La tarea no consiste en comprender el cristianismo, sino en entender que no se puede comprender. Esta es la causa santa de la Fe, y por eso la reflexión se santifica si se ejerce de este modo.*¹¹

Claro está que hablar de superación de la razón humana no significa contradecirla, sino admitir la posibilidad de que pueda llegar más allá de lo que permitirían las fuerzas de su pura naturaleza.¹² Con una forma

¹⁰Ca 3: 3-4.

¹¹*Diario*, IX A 248. Citado por C. Cardona, *Olvido y Memoria del Ser*, Eunsa, Pamplona, 1997, pgs. 333-334.

¹²La alusión a la pura naturaleza ha de entenderse aquí en todos sus posibles sentidos. Porque en el estado actual del hombre como naturaleza caída (bien que reparada), las virtualidades de la razón se ven mucho más mermadas todavía.

de superación que se opone evidentemente a lo que sería la *pura medida* de la razón humana; y de ahí la fatal destinación al fracaso de cualquier pretensión de hacer un cristianismo puramente racional.¹³ Puros intentos gnósticos (no hay que dudar en calificarlos así) que, aunque parezca extraño, tienen hoy más actualidad de lo que pudiera parecer.¹⁴

Las mismas vírgenes o doncellas del *Cantar*, a pesar de que no vacilan en tributar encendidas alabanzas a la esposa (Ca 7: 2-6), reconocen también que, no obstante todo eso, sigue siendo para ellas una desconocida:

*¿Quién es ésta que sube del desierto
apoyada sobre su amado?*¹⁵

¹³Mejor habría que decir aquí *racionalista*, en cuanto que el cristianismo es enteramente compatible y conforme con la razón humana. La existencia de una filosofía cristiana es algo de lo que no se puede dudar con buena fe.

¹⁴Incluso en el campo de la enseñanza católica. El empeño en demostrar que se está con el mundo conduce a veces a actitudes pintorescas: el empleo de un lenguaje meramente mundano, o la utilización de argumentos puramente *racionales* con el cuidadoso olvido de las razones sobrenaturales, etc., son algunos ejemplos entre otros muchos. Durante la última discusión en el Parlamento español (año 1998) acerca de la ampliación de la legalidad del aborto, los Obispos españoles esgrimían como argumento para combatirla el hecho de que el intento se oponía a la Constitución. Quizá todo se debe a que se piensa —seguramente con la mejor de las intenciones— que el mundo no está dispuesto a aceptar razones sobrenaturales. ¿Pero por qué...?, cabría preguntar. De todos modos el cristianismo fue promulgado con vistas a la salvación del mundo, y no para ser *aceptado* necesariamente por él. El mismo Jesucristo era bien consciente de ello y lo daba por supuesto (Mc 16:16; Jn 15:22; 17:9), tal como luego lo haría también el Prólogo del Evangelio de San Juan: *La luz luce en las tinieblas; pero las tinieblas no la acogieron... Vino a los suyos; pero los suyos no le recibieron* (Jn 1: 5.11).

¹⁵Ca 8:5; cf 6:10.

Y lo mismo sucede con sus propios hermanos, quienes llegan incluso a expresar su confusión con respecto a la conducta a seguir con la esposa:

*Nuestra hermana es pequeñita,
no tiene pechos todavía.
¿Qué haremos a nuestra hermana,
cuando un día se trate de su boda?*¹⁶

Lo curioso en estas dos últimas estrofas es el hecho de que dan por sentado que la esposa, de alguna manera, posee ya a su Amado; así como también el de que, llegado el momento —más pronto o más tarde—, se celebrarán por fin los desposorios. Lo cual no impide, sin embargo, que expresen también al mismo tiempo un cierto sentimiento de desencanto o de extrañeza: algo así como un modo de desconocimiento de la esposa, o incluso un conjunto de vacilaciones que llegan hasta el punto de no saber qué hacer con ella.

¿Qué decir de todo ello...? Ante todo que el cristiano ama a sus hermanos y que espera ser amado por ellos. El Mandamiento Nuevo y la realidad del Cuerpo Místico de Cristo, que vienen a concretarse en que todos los discípulos de Jesucristo se fusionan en un solo corazón y una sola alma, son pilares de la existencia cristiana cuyo carácter de fundamento básico nadie se atreverá a negar.

Pese a lo cual, sin embargo, es también igualmente cierto *que siempre serán pocos* aquellos a quienes el cristiano pueda considerar como verdaderos hermanos. E incluso ha de llegar el momento en el que se encuentre, por fin y definitivamente, en una relación de *tú a tú* con su Dios y en completo olvido de todo lo demás. Para eso, y no para otra cosa, ha sido concebida la existencia de todos *y de cada*

¹⁶Ca 8:8.

uno de los seres humanos que vienen a este mundo. San Juan de la Cruz lo reconocía así:

*En soledad vivía,
y en soledad ha puesto ya su nido,
y en soledad la guía
a solas su querido,
también en soledad de amor herido.¹⁷*

Y es que el amor —y aún más a medida que se va acercando a un estado de mayor perfección— es siempre una relación personal que se consuma en la bipolaridad de un *tú* y un *yo*. Es posible acudir de nuevo a San Juan de la Cruz, en su *Cántico Espiritual*:

*Y luego a las subidas
cavernas de la piedra nos iremos,
que están bien escondidas,
y allí nos entraremos,
y el mosto de granadas gustaremos.*

A fin de comprobar que la esposa se adentra, junto con el Amado, en las cavernas de piedra *que están bien escondidas*. Para el santo poeta de Fontiveros es una cuestión en la que no cabe la duda, por lo tanto. Aunque es improbable que fuera consciente, en ese momento, de que estaba haciendo alusión a uno de los problemas más importantes, y hasta inquietantes, que plantea la especulación sobre la existencia

¹⁷ *Cántico Espiritual*. Es de notar que el santo incluye también en la estrofa la soledad del Esposo, lo que no tiene nada de extraño cuando se piensa que todo es recíproco y bilateral en el amor. Hay además una razón más importante, de la que se hablará en seguida.

cristiana, a saber: El de la unión entre los miembros del Cuerpo Místico —que alcanza su punto culminante en la bienaventuranza de la Patria del Cielo—, de una parte, y el hecho de que el amor (participado) *es un fenómeno bipersonal*, de otra. O tripersonal, en el caso del Amor Sustancial o Increado.

Y ya es apenas necesario añadir aquí que el problema, una vez más y como siempre, no es más que una aporía. Aunque en modo alguno sencilla, y de ahí la necesidad de profundizar en él para tratar de comprenderlo más claramente. Los verdaderos discípulos —y de una manera muy particular los bienaventurados en el Cielo— se unen entre sí formando *un solo corazón y una sola alma*.¹⁸ Si bien ha de tenerse en cuenta, sin embargo, que efectivamente se aman unos a otros, como es patente: *pero en Dios*; y aun si se quiere de una manera más concreta, *a través del corazón de Cristo*, con el que forman una primera unidad o relación bipersonal: *Para nosotros no hay más que un solo Dios: el Padre, de quien proceden todas las cosas y para el cual somos; y un solo Señor: Jesucristo, de quien proceden todas las cosas y nosotros por Él...*¹⁹ *Pues así como el cuerpo es uno, aunque tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, a pesar de ser muchos, forman un solo cuerpo, así también Cristo... Pues así también el cuerpo no es un miembro, sino muchos... Si todos fueran un solo miembro, ¿dónde quedaría el cuerpo?... Pues bien, vosotros sois cuerpo de Cristo "y miembros cada uno por su parte"...*²⁰ *Donde no hay griego y judío, circuncisión e incircuncisión,*

¹⁸Es obvio, de todos modos, que no se le puede dar a esta expresión un sentido puramente literal. Sucede a menudo, con expresiones que se repiten frecuentemente, que llega un momento en el que, precisamente por eso, deja de percibirse en ellas la profundidad y complejidad de su significado.

¹⁹1 Cor 8:6.

²⁰1 Cor 12: 12.14.19.27.

*bárbaro, escita, esclavo, libre; sino que Cristo es todo en todos.*²¹
Etc., pues los textos a estudiar serían innumerables.²²

Si se acepta el hecho de que Dios, a través de Cristo o en Cristo, es el *todo* para el discípulo —*Deus meus et omnia*—, la conclusión de la bipolaridad del tú y el yo como punto final en el amor, se impone como necesaria:

*Quedéme y olvidéme,
el rostro recliné sobre el Amado,
cesó todo, y dejéme,
dejando mi cuidado
entre las azucenas olvidado.*²³

En último término se trata del misterio de la persona como universo de totalidad; como perfección última con carácter autonómico que (a su vez) la capacita para la entrega total; como receptividad y apertura absolutas (porque es precisamente la apertura absoluta la que la coloca en situación de total soledad, después de haberlo entregado todo); como donación que se entrega enteramente sin esperar contrapartida (Hech 20:35)²⁴... No deja de ser interesante el hecho de que los Santos Padres, como no podía ser de otro modo, calificaran siempre al Espíritu Santo como *nexus duorum*, y no como

²¹Col 3:11. El sentido de este texto no puede ser otro sino el de que, para todos y *cada uno* de los discípulos, Cristo es el *todo*.

²²Un texto importante de San Juan, referido a la inhabitación de la Trinidad en la creatura humana, emplea una expresión de singularidad bipersonal cuando habla del amor del Padre, o del Hijo, hacia el discípulo: *Si alguno "me ama" guardará mi palabra, y mi Padre "lo amará"; y vendremos a él y haremos en él morada* (Jn 14:23). Una vez más y de nuevo se patentiza la soledad (exclusividad) del recíproco *tú y yo* del amor.

²³San Juan de la Cruz, *Noche Oscura*.

²⁴Cf Mt 5: 39-42; Lc 6:30.

nexus multorum; puesto que el amor —conviene repetirlo otra vez— es siempre cosa de dos, y de ahí que el Esposo y la esposa acaben siempre encontrándose mutuamente en soledad.²⁵ El cristiano ama, por lo tanto, a sus hermanos (y es amado por ellos) porque es en el corazón de Cristo donde hace suyos, a su vez, todos los sentimientos propios de ese Corazón (Flp 2:5); desde el momento en que todo lo del uno es del otro y todo lo del otro es del uno.²⁶ Es debido a eso por lo que la creatura humana es por completo incapaz de amar a todos los hombres si no es a través del Corazón de Dios.²⁷

Es importante darse cuenta de que la *totalidad*, como nota constitutiva del amor perfecto, es la consecuencia de la situación de exclusividad, soledad y bipolaridad en la que se encuentran los dos que integran la relación amorosa: *Amarás al Señor, tu Dios, "con todo" tu corazón, y "con toda" tu alma y "con toda" tu mente.*²⁸ Dado

²⁵El Padre ama a todos los elegidos. Pero justamente porque contempla en ellos la imagen de su Hijo.

La doctrina de la analogía —siempre presente como *backdrop* de estos problemas y a tener en cuenta también, por lo tanto, en el amor creado— no anula esta propiedad fundamental del amor.

²⁶Tal amor incluye a los enemigos, en cuanto que también por ellos entregó Cristo su vida. Si el infinito Amor ha sido capaz de amar aun la miseria y la bajeza del pecador (Ro 5: 8-9), el discípulo puede hacerlo también; por lo que se acaba de decir.

²⁷En dos versículos casi consecutivos vincula Jesucristo el amor a todos los hombres —incluidos los enemigos— al amor del Padre (Mt 5: 44-48). Y a su vez hace depender el Mandamiento Nuevo de su propio amor: *Amaos los unos a los otros como yo os he amado* (Jn 13:34); sobre todo si se tiene en cuenta que la profundidad de la expresión *como yo os he amado* es probable que alcance más allá de un significado puramente modélico (Jn 17:26b). Por lo que hay que concluir, si se admite esta especulación como verdadera, que toda la moderna fraseología de protestas de solidaridad humana —puramente humana—, y expresiones semejantes, no es sino otra argucia más del Sistema.

²⁸Mt 22:37; cf Mc 12:30 y Lc 10:27.

que cualquier *todo* es por definición exhaustivo, habría que concluir que quedaría agotada en el amante la capacidad para cualquier otro objeto de amor que no pasara previamente por el Corazón de Dios.

Así es como la totalidad, como nota derivada de la perfección del amor, solamente puede hallarse en el ámbito del amor divino o del divino-humano; y nunca en el del puramente humano por más que se encuentre elevado por la gracia. De ahí que San Pablo, que no vacila en enfatizar como sublime el *gran misterio* del matrimonio,²⁹ califique la situación del casado como una cierta *esquizofrenia* —sin pretender darle aquí al término ningún sentido puramente psiquiátrico o peyorativo—; en cuanto que al que ha contraído matrimonio lo considera como *dividido*, según sus propias palabras: *Quiero que estéis libres de preocupaciones. El no casado se preocupa de las cosas del Señor; de cómo agradecerle. El casado, en cambio, se preocupa de las cosas del mundo; de cómo agradar a su mujer, y está dividido.*³⁰

La situación de *soledad*, a la que conduce el amor divino-humano, no es sino la consecuencia de la cualidad de *totalidad* que le corresponde por su condición de amor perfecto. En este sentido de la relación única *tú y yo*, que se establece entre los dos amantes en completo olvido de todo lo demás, es como parece que debe ser interpretado el texto del Apocalipsis: *Al que venciere le daré del maná escondido; y una piedrecita blanca sobre la cual habrá escrito un nombre nuevo, que nadie conoce sino el que lo recibe.*³¹ Donde fácilmente puede verse que, tanto el *maná escondido* como el *nombre nuevo que nadie conoce sino el que lo recibe*, pertenecen al ámbito de los misterios a ser intuitos por aquellos que sean capaces de hacerlo de alguna manera (*qui potest capere capiat*); más bien que al de las cosas que aparecen claras y patentes para todo el mundo.

²⁹ Ef 5:32.

³⁰ 1 Cor 7: 32-34.

³¹ Ap 2:17.

Sea de todo ello lo que fuere, es un hecho que el discípulo de Jesucristo está destinado a vivir en una soledad que se irá haciendo más intensa, sin duda alguna, a medida que se vaya asemejando más a Él. A pesar del mandato dado por Jesús a sus discípulos de amarse los unos a los otros, y de su declaración según la cual serían reconocidos por su mutuo amor (Jn 13:35), los cristianos dispuestos a cumplir estos preceptos no pasarán nunca de ser un *pequeño rebaño*. Cuando la esposa mire a su alrededor, solicitando ayuda en su búsqueda del Esposo, apenas si hallará la suficiente para sentir siquiera el consuelo de saberse comprendida (Ca 3: 1-3); como no sea, tal vez, la de una minoría tan exigua que ya no quede duda alguna acerca de la exactitud del calificativo de *pusillus grex*.

No parece aconsejable, por lo tanto, dejarse ilusionar demasiado por las esperanzas de una cierta Pastoral cristiana de masas, con frecuencia sazonadas con exceso de triunfalismo. Sin pretender afirmar por eso que no sea necesario algún tipo de Pastoral de multitudes; puesto que, después de todo, y dado que la salvación es para todos los hombres que quieran aprovecharla, el mandato de predicar ha sido promulgado para que se haga extensivo a todas las gentes (Mt 28:19)³². Sin embargo no por eso habrá que dejar de estar atentos; dado el peligro que se corre al prestar más atención de la necesaria a los entusiasmos de los ingenuos o a las estadísticas de la Propaganda.³³ Un sano sentido del realismo, en esto como en tantas cosas, siempre resulta práctico y necesario; aunque la Pastoral cris-

³²Cf Jn 3:16; 1 Tim 2:4; Tit 2:11.

³³No cabe duda de que una estadística sincera y objetiva, por ejemplo, sobre los católicos practicantes (asistencia a misa los domingos, práctica de los sacramentos...) sería tan impresionante como instructiva. Pero tales estadísticas son bastante raras, a pesar de las pretensiones de los *media* de que las suyas tienen carácter meramente *informativo*, cuando en realidad son casi siempre interesadas en un sentido o en otro.

tiana parezca olvidarlo más a menudo de lo que sería conveniente. Por desgracia, sin embargo, medidas de profilaxis sobre la desinformación es algo que están necesitando con urgencia los sufridos ciudadanos y los simples cristianos.³⁴

El sentimiento de soledad experimentado por el discípulo de Jesucristo está destinado a hacerse cada vez más intenso, a medida sobre todo que avanzan los tiempos en los que va a finalizar el siglo XX y comenzar el XXI. Lo que vaya a suceder después sólo Dios lo sabe, aunque los síntomas de descristianización y de paganización progresivas son bastante inequívocos.³⁵ Se hace cada vez más patente que la contienda acerca de los valores se va apagando, hasta el punto incluso de parecer próxima a terminarse. El pensamiento de las masas (o quizá habría que decir la falta de pensamiento),³⁶ bien manejado por un Sistema que sabe utilizar los medios de comunicación, se hace cada vez más uniforme a medida que se difuminan las voces de los que se oponen. El antiguo orden de valores cristianos —incluidos también los de la ética natural precristiana— apenas si subsiste en una época que puede calificarse como postcristiana; o en realidad

³⁴Es bien sabido que las estadísticas son un fácil instrumento de manipulación. Bien que se presenten con sentido catastrófico, o bien con miras triunfalistas piadosas, su método de trabajo más frecuente no es otro que el del inflado, aunque con intenciones siempre de aprovechamiento: los millares de niños que mueren de hambre cada segundo, según la Unicef; o las impresionantes concentraciones de fieles o seguidores, cuyos resultados prácticos de nadie son conocidos, no son sino un par de ejemplos entre los muchos que se podrían citar.

³⁵Por más que reconocerlo así tenga mala prensa, gracias sobre todo al Sistema, que se apresura a colocar el sambenito de agorero sobre cualquiera que denuncie el triunfalismo de la situación actual. Por otra parte, si bien la receta suele ser suficiente de por sí, siempre podría el Sistema utilizar la de la aplicación de la ley del silencio si fallara la anterior.

³⁶He aquí un slogan que corre por ahí y que tiene plena actualidad: *No pienses; lee las estadísticas.*

más bien habría que decir que agoniza, aunque no parece probable que el Sistema permita que tal cosa se proclame claramente. Pero el divorcio, el aborto y la anticoncepción —por citar algunos pocos ejemplos de entre las cosas más conocidas—, poseen ya un carácter de legalidad y de normalidad reconocido en prácticamente todo el mundo. Con carta de naturaleza que además no se limita en modo alguno al campo de lo civil.

Incluso dentro de la misma Iglesia Católica se han dado pasos importantes en este sentido, después de que el divorcio, por ejemplo, ha sido admitido *de facto* como práctica común en muchas Curias; y por más que no pueda llegar a ser reconocido *de iure*. El procedimiento seguido no es otro que el de la declaración de la inexistencia originaria del vínculo, otorgada prácticamente a cualquiera que la solicite. En definitiva, y para decirlo de otro modo por lo que respecta a la indisolubilidad del matrimonio: *nomen manet dum mutatur substantia*. Por lo que respecta a las razones aportadas para justificar la nueva praxis —solución de los graves problemas que se presentan a menudo en la vida conyugal—, vale también decir que admitir, ya de entrada, la posibilidad de disolver el vínculo (o de declararlo no existente, que viene a ser lo mismo) es dar lugar a la aparición de circunstancias que, de otro modo, nunca se habrían presentado. Por lo demás, aún no se ha demostrado que el amor conyugal pueda prescindir de la nota de perennidad como ingrediente constitutivo de su misma esencia. Y de ahí que sea difícil explicar el extraño empeño actual en rebajar su categoría, bien en contra de la solemne declaración de Jesucristo acerca de que *lo que Dios ha unido no lo separe el hombre*.³⁷ Una declaración de la que resulta que, si Dios ha unido al hombre y a la mujer —según sus propias palabras, como se acaba de ver— *en verdadero amor*, no resulta fácil entender la osadía del hombre; en cuanto que, además de oponerse claramente a los designios divinos, se traduce en un nefando atentado contra el amor humano y la dignidad del hombre y de la mujer. *¿Acaso no es fuerte el amor como la muerte... de tal manera que no pueden aguas copiosas extinguirlo, ni arrastrarlo los ríos?*³⁸ A lo que hay que añadir que la Cruz no puede ser excluida jamás de ninguna de las circunstan-

³⁷Mt 19:6; Mc 10:9.

³⁸Ca 8: 6-7.

cias de la existencia humana; siendo bastante obvio que el matrimonio es precisamente una de ellas, y de las más relevantes y cimeras. Lo que no podía ser menos desde el momento en que, habiendo sido establecido que la Cruz es la prueba suprema del verdadero amor (Jn 15:13), el conyugal ha de ser calificado necesariamente como amor verdadero; e incluso como la especie de amor más característica o prototípica que le ha sido otorgada al ser humano en este mundo, fuera de la propia relación divino-humana (Ef 5: 31-32).

Y hasta podría hablarse también de la práctica generalizada de una cierta pastoral anticonceptiva. Quizá meramente permisiva, aunque en realidad casi siempre recomendada, y que ha llegado a convertirse en cosa corriente en la administración del sacramento de la penitencia (o en lo que queda de él).

Con respecto a lo que sucede en el mundo actual, conviene no restar importancia a otro de los admirables logros del Sistema: el de la *desinformación*. Es preciso reconocer que, pese a la Democracia, reconocida unánimemente como panacea universal, y a las Declaraciones de Derechos Humanos, es difícil encontrar situaciones, dentro de la historia de la Humanidad, tan privadas de libertades como ahora. Una de las cuales es precisamente la del derecho a la información. Pues si bien, de una parte, no ha existido jamás tan impresionante inflación de información como ahora, tampoco hasta este momento había puesto la técnica en manos del Sistema tan abundante riqueza de medios para engañar a las gentes. No obstante el incesante bombardeo de toda clase de noticias y comunicados, llevado a cabo incansablemente durante veinticuatro horas al día por multitud de medios de información, es un hecho seguro que el ciudadano medio, sufrido habitante de las ciudades modernas, *no sabe casi nunca lo que realmente está sucediendo*. El Sistema ha trabajado inteligentemente para convencerlo de lo contrario, hasta el punto de que puede decirse, sin vacilación alguna, que ha logrado un considerable éxito en la tarea. La configuración del entramado de la vida moderna, y los hechos consiguientes, son demasiado patentes para quien no cierre voluntariamente los ojos a la luz de la verdad.

La actual concepción de la tarea política no hubiera sido posible sin el procedimiento de la desinformación. Una vez aceptadas de manera gene-

ral, y como cosa normal, las tesis de Maquiavelo, el Príncipe —el Poder político— ya no está interesado en modo alguno en el bien común.³⁹ El moderno gobernante, o el político de hoy en general, están más bien preocupados por sus intereses personales o los del Partido político al que pertenecen. El bien común es una doctrina muerta y enterrada, o una más a contar entre las reliquias escolásticas medievales. Tal como ahora se entienden las cosas, el político puede mentir donde quiera y cuando quiera; decir hoy una cosa y desmentirla mañana; hacer promesas en una campaña electoral para luego no acordarse en absoluto de ellas; utilizar los medios de comunicación para controlar la información —mediante la falsificación o deformación de los hechos o mediante el silencio convenido, según convenga— y manipular al Pueblo a su capricho; olvidar la doctrina de la división de Poderes para manejar a unos o a otros según su caprichoso querer y entender; organizar sus propias policías y otras organizaciones camufladas —controladas exclusivamente desde la sombra— a fin de obtener dinero (mediante el control de los Bancos y fuentes del poder financiero) y anular a los que intenten oponerse, sin detenerse ni siquiera ante el crimen; etc. Mientras tanto va pregonando por todas partes las virtudes de la Democracia y la sacralidad de los derechos humanos, en la más descarada de las burlas a lo que, teniendo que haber sido un auténtico Estado de Derecho, no es ahora sino una ridícula pantomima. *Y lo más grave es que tales hechos han obtenido tal carácter de normalidad, tanto en el pensamiento de las masas como en la desinformación diaria que las controla, que ahora son vistos por todo el mundo como algo absolutamente natural.*

Pero el mayor exponente de la soledad en la que actualmente se encuentra el discípulo de Jesucristo es la sustitución, llevada a cabo en su entorno de manera generalizada, del concepto de *caridad* por el de *solidaridad*. Fenómeno sorprendente en el que aparecen implicados a la vez cristianos relevantes, teólogos de nota y numerosos Pastores; y que no obedece a otra cosa que al miedo que atenaza a la Iglesia ante el mundo

³⁹Lo dicho aquí tiene vigencia en todo el ámbito del gobierno de las naciones modernas: desde la última concejalía del más insignificante municipio, hasta los más elevados estratos de poder que rigen los destinos de una nación.

moderno.⁴⁰ El cristiano se siente más extraño que nunca en un ambiente del que ha sido eliminado el concepto de caridad, y de ahí que tienda a verse a sí mismo como arrojado en un mundo gélido y abandonado. Cuando la caridad parecía ser lo único destinado a no desaparecer jamás (1 Cor 13:8), todo sucede ahora como si el poder del Demonio hubiera logrado hurtar de repente tal idea de la vista de todos. Por otra parte, y por lo que respecta al contenido exacto de tal solidaridad, nada hay que decir sino que se desconoce por completo; a pesar de que a nadie parezca preocuparle el problema, y aún menos su solución en el caso de que exista. Lo cual viene a desembocar, para aquellos que aún creen en el amor, en una situación de soledad y aislamiento que nada tiene que ver con la mera falta de compañía, puesto que va mucho más allá. Se trata ahora de una soledad total y angustiada, imposible de identificar con la simple ausencia de otros seres y que, por otra parte, ya había sido anunciada por el mismo

⁴⁰Es frecuente en la moderna Pastoral católica aportar razones que, al no poder ser consideradas en modo alguno como definitivas, carecen de toda fuerza de convicción. Suele decirse, por ejemplo, que no serán posibles la paz y la justicia en el mundo mientras que no sean respetados los derechos humanos. Pero el problema se plantea, como en la fábula del cascabel y el gato, cuando alguien pregunta acerca de la razón última que impone el respeto a tales derechos. Y ya se sabe que, en las cosas que atañen sobre todo a la existencia humana, cualquier explicación que no sea definitiva no responde a nada en realidad. De ahí la necesidad de la Filosofía, o única ciencia capaz de dar las razones últimas de las cosas; o casi últimas, por decirlo mejor, puesto que la misma Metafísica termina en el *Ipsum Esse Subsistens*, una vez alcanzadas las fronteras mismas de la Teología o única ciencia verdaderamente última.

Pero sucede que a la Pastoral cristiana, desde el momento mismo en que está llamada a proclamar el Evangelio, no le es lícito aportar sino respuestas últimas o definitivas (Mc 13:31; Jn 6:63). No puede predicar sino a Cristo (1 Cor 1:23), que es la Palabra del Padre última y definitiva después de la cual nada le queda ya por decir (según la conocida expresión de San Juan de la Cruz). Es evidente que el ser humano, destinado por gracia a un fin sobrenatural y absolutamente definitivo, tiene derecho a aquellas respuestas sobrenaturales que, precisamente por ser tales, son las únicas que pueden considerarse como definitivas. Y las únicas también que pueden aquietar su corazón.

Señor: *He venido a enfrentar al hombre contra su padre, a la hija contra su madre, a la nuera contra su suegra; y los peores enemigos del hombre serán los de su propia casa.*⁴¹

Si algunas palabras del Señor, como las que se acaban de citar, parecen demasiado duras es porque realmente lo son.⁴² Lo que no puede extrañar cuando se piensa que, tanto la salvación como la condenación, son realidades que han de ser tomadas bien en serio; y hasta como lo único realmente serio que informa la existencia humana.⁴³ Sin dejar de tener en cuenta tampoco que, aunque las palabras

⁴¹Mt 10: 35-36. Aquí no bastaría con decir que se ha llegado a tal situación a causa de la respuesta negativa del hombre al Mensaje de salvación. Por más que eso sea efectivamente cierto, la explicación más profunda debe buscarse en el hecho de un *rechazo positivo* del amor —¿se puede hablar de rechazos positivos?— por parte de la creatura: el desprecio hacia el *otro* (la no aceptación de un amor ofrecido) es justamente lo que ocasiona que *el uno se quede enteramente solo*.

⁴²Los que se sienten reacios a admitirlo así olvidan el hecho evidente de que, en la Historia de la Salvación contenida en los Evangelios, siempre hay un camino que conduce desde el Monte de las dulces Bienaventuranzas hasta el de la horrible realidad del Calvario.

⁴³La existencia humana —cristiana— no puede ser vivida de manera superficial. El Cura Rural de Bernanos se lamentaba con dolor: *Creo, estoy seguro, que muchos hombres no comprometen seriamente su ser y su sinceridad. Viven en la superficie de sí mismos y el terreno humano es tan rico que basta esa delgada capa para recoger una buena cosecha, que a veces da la ilusión de una verdadera existencia. . . ¿Cuántos hombres no tendrán jamás idea del heroísmo sobrenatural sin el que no existe vida interior? Y precisamente sobre esa vida les juzgará el Juez Supremo: en cuanto se reflexiona un poco, la cosa parece cierta, evidente. ¿Entonces. . . ? Entonces, despojados por la muerte de todos esos miembros artificiales de que la sociedad ha provisto a los hombres de su especie, volverán a encontrarse tal como son, como eran sin saberlo. . . —espantosos monstruos sin desarrollar, engendros de hombres.* (Bernanos, *Journal d'un Curé de Campagne*, Plon, 1974, pg. 133).

de Jesús no pueden interpretarse en todos los casos en sentido puramente literal (Mt 5:29 y ss.; 18:8 y ss.; Lc 14:26; Jn 12:25; etc.), siempre es necesario atenerse a ellas *en cuanto a su significado más estricto y profundo*.⁴⁴

Sucede sin embargo algo curioso, a la vez que punzante y extraño, con respecto al texto citado arriba de Mt 10: 35-36. A diferencia de lo que sucede con otras expresiones que aparecen de vez en cuando, aquí y allá en los Evangelios, para este texto en particular no queda otro camino que el de entenderlo en sentido literal,⁴⁵ si es que se le quiere atribuir algún sentido.⁴⁶ Y ello a pesar de que habla de separaciones violentas y dolorosas, provocadas incluso por el mismo Señor, y aparentemente acompañadas también de enemiga y rencor con respecto a seres que tendrían que ser los más queridos. Pero entonces, según eso, ¿qué es lo que queda del Amor que Dios se ha dignado derramar sobre los hombres a través de la Persona de Jesús?

Y aquí la respuesta es bastante contundente: absolutamente todo. Pues tales palabras no son otra cosa, en último término, que una

⁴⁴En definitiva no es sino una manera de hablar, por lo demás mucho más corriente en el lenguaje humano de lo que a primera vista parece.

⁴⁵Tal como está redactado el texto se hace difícil aceptar aquí una interpretación metafórica o mitigada. Sobre todo teniendo en cuenta la declaración final acerca de la identidad de los peores enemigos del hombre, tan contundente como desprovista de cualquier cosa que recuerde a una alegoría.

⁴⁶El texto es una citación relativamente libre de Mí 7:6. Aunque ahora, en labios de Jesús, adquiere un sentido tan nuevo y profundo como largo es el camino que conduce del Antiguo al Nuevo Testamento. Claramente cargado de un veterotestamentario tinte negativo y pesimista —el texto antiguo—, se convierte ahora a su vez en una afirmación tan tajante como dura. ¿Y acaso también pesimista y amarga? Por supuesto que el texto podría calificarse así... si fueran susceptibles de ser calificadas de tal guisa las leyes del amor perfecto. Pero ocurre, sin embargo, que el verdadero amor es fuerte como la muerte (Ca 8:6), y que el camino que conduce a él es el más feliz de todos los caminos, además de ser también el único que lleva hasta el Padre (Jn 14:6).

auténtica salvaguardia del Amor. Su significado viene a decir que el Amor es una Realidad que, a la vez que está por encima de todas las cosas, las llena por completo; hasta el punto de reducir a cero el valor de cualquier elemento extraño que, mediante una pretendida interposición, trate de ocultarla o impedirle:

El Amor que mueve al Sol y a las estrellas.

Y son también, al mismo tiempo, una confirmación de que el verdadero discípulo —el auténtico Amante— está destinado en definitiva a encontrarse *a solas* con el Amado. Que viene a ser, a su vez, la razón última del amor.

Pero no es solamente eso, además. Porque, precisamente para que tal cosa sea posible y se convierta en realidad, es por lo que el discípulo, aquí y ahora durante el presente eón, no solamente no será comprendido en modo alguno (Jn 14:17), sino que además se verá perseguido y acosado en todas partes por unos y por otros: *Todos los que quieran vivir piadosamente en Cristo Jesús sufrirán persecución.*⁴⁷

De todos modos el Perfecto Amor, ahora conocido y poseído por el Amante humano sólo en forma de arras y primicias, es efectivamente la música de las estrellas. *Música callada*, por supuesto, desde el momento en que aún no se posee en plenitud. A pesar de lo cual, incluso en lo que tal amor tiene de parcial, gozado y saboreado ya desde ahora, es Música verdadera capaz de hacer rebosar de alegría los oídos y el corazón humanos. Y si alguien pregunta cómo puede la música ser callada, o cómo puede ser escuchada siendo silenciosa. . . , habrá que profundizar de nuevo en la realidad del misterio del Amor para responderle. Una Realidad que, aun en su forma actual de arras

⁴⁷2 Tim 3:12.

y primicias, es capaz de derramarse en el corazón del hombre y de henchirlo hasta rebosar (Ro 5:5). Por lo demás, aunque es verdad que *cuando llegue lo perfecto desaparecerá lo imperfecto*,⁴⁸ también es cierto que la imperfección presente posee tal germen y virtualidad de plenitud que puede colmar, ya desde ahora, el corazón del discípulo con una Alegría de la que nadie le podrá despojar (Jn 16:22).

Por eso la música puede ser *callada*; aunque claro está que solamente por ahora. Y así es música en cuanto que es amor, y también callada en cuanto que aún no ha alcanzado su plenitud. Todo lo cual podría decirse todavía de otra manera. Porque es música en cuanto que se trata de la grande e inefable sinfonía del Amor; y a su vez es callada en la medida en que es desconocida para los que no aman (1 Jn 4:8): al igual que sucede con la poesía, que solamente puede ser entendida por aquellos que tienen alma y corazón de poetas.

En definitiva la música es callada, en su periplo terrenal al menos, porque sólo por la esposa puede ser oída y consiguientemente gozada. Algo así como el desperdicio de una grande e inefable Sinfonía, orquestada únicamente para uno porque nadie más la va a escuchar. Es en este sentido como se puede decir, con toda verdad, que la esposa está destinada a recorrer en soledad —en pura soledad— el camino que conduce hasta el perfecto Amor:

*En soledad vivía,
y en soledad ha puesto ya su nido,
y en soledad la guía
a solas su querido,
también en soledad de amor herido.*⁴⁹

⁴⁸1 Cor 13:10.

⁴⁹San Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual*.

La Soledad Sonora

Pero la soledad en la que vive la esposa con respecto a sus hermanos, cuya causa no es otra que la incomprensión (cuando no la persecución) con que ellos le corresponden, no es más que el comienzo de una situación cuyo estado más agudo ya no es posible superar con fuerzas puramente humanas.

Quizá no se ha reparado bastante en el hecho de que la existencia de San Francisco de Asís, en contra de lo que pueda parecer, transcurrió en una tremenda soledad que alcanzó su culminación en el momento de su muerte. La aparente prosperidad, además del rápido crecimiento de la Orden religiosa por él fundada, han influido sin duda en que tal realidad haya pasado un tanto inadvertida entre los avatares de la Historia.

Una vez consumado el fracaso del *Capítulo de las Esteras* y comprobado que las cosas seguían tal como estaban, el Santo acabó retirándose a la soledad acompañado de los pocos discípulos que le permanecieron fieles. Con lo cual pareció quedar claro que sus sueños e ilusiones (plasmados en unas Constituciones que no eran sino transcripciones del Evangelio, copiadas *sine glossa*) se habían llevado a cabo sobre la base de un *idealismo* poco acorde con la realidad.

Afortunadamente la Iglesia está acostumbrada a practicar una estricta política de realismo que, ni de lejos ni por asomo, ha pensado en abandonar

en ningún momento de su historia. No es de extrañar, por lo tanto, que haya puesto siempre tanta diligencia en canonizar a sus santos... como cuidado en moderar sus posibles excentricidades. De ahí que resulte fácil de entender que, con respecto a la naciente Orden franciscana, ordenara redactar unas nuevas Constituciones que fueran más conformes con las posibilidades de la naturaleza humana. Y no solamente eso. Porque fue también ella quien, por la misma razón, decidió en un principio asignarle a la Orden un *Cardenal Protector*, para acabar finalmente poniendo a su frente un nuevo Superior General.⁵⁰

Por supuesto que sería poco razonable pretender criticar la actuación de una Iglesia que, por otra parte, no parece que hubiera podido hacer otra cosa. La Iglesia canoniza festivamente a sus santos y los propone como modelos a los fieles; y eso es justamente lo que tiene que hacer. Aunque sabe muy bien, al mismo tiempo, que nunca serán muchos los que emprenderán ese camino de una manera seria y esforzada (Mt 7:14).

A pesar de todo lo cual quizá fuera dable intentar aquí una a modo de especulación doctrinal, siquiera fuera en forma de pasatiempo intelectual. La cual tal vez se podría plantear de la siguiente manera: ¿Cabría oponer, según esto, el *idealismo* de los santos al *realismo* de los simples fieles? ¿Es lícito suponer que todo realismo, sea de la especie que sea, se encuentra siempre y en todo caso más cerca de la verdad que cualquiera forma de idealismo? Y todo ello sin olvidar el hecho de que la naturaleza humana es una naturaleza caída, por más que reparada por la gracia (aunque no en toda aquella prístina integridad que tuvo en su momento, y a la que ahora sólo los santos han sabido aproximarse). El aspecto punzante del problema podría consistir aquí en el hecho de que los santos, al acercarse más y más a Dios, se colocan a sí mismos en una situación que está mucho

⁵⁰Las fuentes históricas, al mismo tiempo que apelan aquí a la humildad y obediencia sobrehumanas de San Francisco, insisten también en que eso era justamente lo que él deseaba. Y es evidente que no les falta razón. Aunque no por ello conviene dar de lado al hecho de que en todo esto tuvo que andar también de por medio, por parte de los Pastores que detentaban la responsabilidad, una cierta concepción *realista* de las cosas que les llevó a conducirse del modo en que lo hicieron.

más próxima a la Suprema Realidad y a la Infinita Verdad: y de ahí la aparente contradicción que supone otorgarles una peyorativa calificación de idealistas. Por otra parte —podría preguntarse—, al plantear Jesucristo como objetivo a perseguir su conocida consigna: *Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto*,⁵¹ ¿estaba acaso apuntando hacia una utopía, bien que animosa y determinante? ¿O intentaba más bien indicar una meta real a la que llegar, en la medida al menos en que tal cosa es posible para una simple creatura?

No hay inconveniente en admitir que esta clase de especulaciones pueden producir en los timoratos la impresión de una cierta falta de confianza en la Iglesia. Aunque se trata indudablemente de sentimientos injustificados, desde el momento en que no saben descubrir aquí la realidad de un auténtico amor por la Institución fundada por Jesucristo. Como decía von Balthasar: *El papel del escritor, sin embargo, no es otro que el de exponer la verdad. No puede llevar a cabo su objetivo, por lo tanto, sin el santo (al cual debe utilizar como figura visible o por lo menos como norma invisible); mientras que la tarea de adivinación, que es el verdadero elemento en el que se mueve como escritor, no puede distinguirse en el fondo de su labor de profecía. Si en estas circunstancias Bernanos no se convirtió en un expresionista sin forma estable, ello lo debe a su sentido por la realidad Católica, cuya medida le fue inculcada en su juventud por Charles Maurras. Por equivocado que pudiera ser su compromiso con Maurras, sin embargo jamás sucumbió Bernanos por completo a la tentación: incluso durante el tiempo de miembro fiel de Acción Francesa, Bernanos mantuvo su personal libertad y la pureza intacta de sus ideales más profundos; algo así como había hecho Péguy durante la época de sus inquietudes socialistas.*⁵²

Sea de ello lo que fuere, es el caso que San Francisco vive (y sobre todo muere) en la más absoluta soledad. El hecho de pedir que lo coloquen desnudo en el suelo en el momento final de su agonía —el punto culminante de su existencia terrena—, es algo más que un símbolo. De ahí que las pa-

⁵¹Mt 5:48.

⁵²Hans Urs von Balthasar, *Bernanos, An Ecclesial Existence*. Texto según la versión inglesa de Ignatius Press, San Francisco, 1996, pgs. 86-87. Los subrayados son de von Balthasar.

labras encendidas, que alguna leyenda puso en boca del Santo en aquellos instantes finales, poseen tal sabor como para parecer reclamar su autenticidad: *Con mi voz clamo al Señor; y con mi propia voz suplico a mi Señor. Presento mi queja ante su rostro y muestro a sus ojos mi necesidad. Al tiempo que mi espíritu se asfixia bajo el dolor, Tú reconoces mi voz. En el sendero por el que camino me han tendido trampas escondidas. Mientras que estuve en mi meditación nadie me conoció. Me han cortado toda huida y nadie se ha ocupado de mi vida. Por eso grito ante ti, oh Señor; porque Tú eres mi esperanza y mi Todo sobre la tierra de los vivos. Escucha mis suspiros, ya que he sido tan profundamente humillado. Sálvame de mis perseguidores, puesto que ellos son más fuertes que yo. Libera a mi alma de su prisión para que pueda alabar tu nombre. Me esperan los justos, hasta el momento en el que Tú me concedas la recompensa eterna.*⁵³

San Francisco de Asís, exponente y prototipo de un cristianismo de vanguardia avanzada, vive —y sobre todo muere— en el aislamiento y soledad más completos. El que fuera tan perfecto imitador de su Maestro no podía menos que revivir en sí mismo, siquiera de algún modo, los últimos instantes de Jesús en la cruz: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*⁵⁴ Es el destino final de la esposa, más y más intensamente vivido a medida que va estando más cerca del Esposo. Aunque ahora ya no se trata de la incomprensión de los propios hermanos con respecto a ella, sino de algo mucho más grave, a saber: *del abandono por parte de un Esposo que ya no aparece*

⁵³Félix Timmermans. El texto está tomado de la versión francesa (traducida del flamenco) de la novela de Timmermans, titulada aquí como *La Harpe de Saint François*, (Mame Éditeurs, 1992) pg. 254. Existe también una versión inglesa con el título de *The Perfect Joy of Saint Francis*, Image Books (Doubleday), Nueva York, 1955; aunque ésta última no es una versión completa, a pesar de que en el libro se dice lo contrario.

⁵⁴Mt 27:46; Mc 15:34.

por ninguna parte. Pero antes de desarrollar este punto conviene aclarar alguna cuestión preliminar a fin de establecer, hasta donde sea posible, cierto orden y claridad en el tema.

Parece lógico pensar que el santo —el verdadero discípulo de Jesucristo—, a medida que se va aproximando más a Dios, se va sintiendo también más cerca de los hombres. Y sin duda que es cierto por cuanto que la Iglesia, al tiempo que propone al santo como modelo a los otros fieles, se lo recomienda también como intercesor. De tal manera que se hace evidente que, con relación a este punto, la *lejanía* del discípulo con respecto a los hombres es la mejor garantía, e incluso la única, de su *proximidad* a ellos. Apareciendo así de nuevo otra de las aporías de la existencia cristiana, la cual viene a concretarse en este caso en la teología contenida en un texto de la Carta a los Hebreos: *Todo pontífice, entresacado de entre los hombres, es constituido en favor de ellos para las cosas que miran a Dios; para que ofrezca dones y sacrificios por los pecados; para que se compadezca de los ignorantes y extraviados; pues también él está rodeado de flaqueza, y es a causa de ella por lo que debe ofrecer a Dios sacrificios por sus pecados, así como por los del pueblo.*⁵⁵ De donde el hecho de *entresacarlo* de entre los hombres no tiene otro objeto, por lo tanto, que el de *constituirlo para ellos*: separarlo para acercarlo; a tal punto de que, si no hay separación, no puede haber tampoco acercamiento.⁵⁶ Y así es como se llega por fin a la *soledad sonora* de San Juan de la Cruz, la cual viene a decir en definitiva que la inefable Sinfonía de sonidos maravillosos, en la que se acaba convirtiendo la existencia de la esposa, ha de comenzar necesariamente

⁵⁵Heb 5: 1-3.

⁵⁶Conviene no olvidar que *sacrum* significa justamente *separado*. Así como también es importante tener en cuenta el pontífice —el *pontifex*, o el hombre que hace de puente— tiene justamente por misión la de unir dos extremos separados y en cierto modo opuestos.

por el Preludio de la soledad más absoluta. Pues esta Sinfonía, tan precisa y justamente calificada como *sonora*, es también al mismo tiempo aislada e increíble *soledad*. Por dos razones, a saber: en cuanto que esta música celeste de las estrellas solamente por la esposa puede ser escuchada por ahora (Ap 2:17); y en cuanto que, aun cuando los otros la oyeran, *jamás la escucharían ni la comprenderían*.⁵⁷

Conviene sin embargo apresurarse a advertir que un problema que podría parecer mera especulación poética o literaria, con ribetes de Teología, encierra en realidad dentro de sí un contenido de importancia práctica extraordinaria.

La actualidad está siendo testigo de la aparición de múltiples conceptos de una abigarrada variedad. Y si bien algunos han demostrado no carecer de importancia y utilidad, otros en cambio han resultado ser, o bien de escaso o nulo valor práctico, o más engañosos que otra cosa. El Pueblo sencillo y humilde —también llamado vulgo— está ya acostumbrado a asimilar sin discusión los términos rimbombantes, y aun tanto más rápidamente cuanto más aparatosos son.⁵⁸ Puesto que la política demagógica —practicada con tanta frecuencia en el ámbito de la sociedad civil, y también a veces en el de la eclesiástica— lo sabe muy bien, es por lo que en modo alguno vacila en utilizarlos; y con profusión abrumadora cuyos resultados acaban luego siendo más que satisfactorios.

Tales términos no son a veces sino aparatosos neologismos más o menos útiles, y que hasta en cierto modo pueden parecer interesantes. Aunque

⁵⁷Fácilmente se comprende que aquí se utilizan los conceptos de escuchar y comprender en sentidos prácticamente sinónimos. Pues oír no es lo mismo que escuchar, dado que este último concepto supone entender y hacerse cargo de lo que se oye.

⁵⁸Nótese que aquí se habla intencionadamente de *términos* rimbombantes, y no de conceptos. Por la sencilla razón de que los términos rimbombantes carecen de concepto, desde el momento en que no tienen contenido alguno.

por el hecho de prestarse a ser utilizados con exageración, o incluso a veces a ser objeto de manipulación interesada, no acaban de perder por completo su tufillo de sospechosos. Entre los cuales están, por citar algún ejemplo, el de *inculturación* y el de *encarnacionismo*.

Que la Iglesia debe asimilar las diferentes culturas que evangeliza, aprovechando lo que en ellas hay de bueno para el mejor cumplimiento de su misión, es algo de lo que nadie duda. Es justamente lo que hizo con los Pueblos Bárbaros, ante la caída y definitiva desaparición del Imperio Romano; y desde luego es a ella a quien se debe, entre otras cosas, la preservación y conservación de la cultura clásica antigua, tanto romana como griega.⁵⁹ Aunque es evidente también que debe llevar a cabo esa tarea *conservando en todo momento su identidad y evitando perder, no sólo su carácter, sino hasta su apariencia de sacralidad*.⁶⁰

El *encarnacionismo* del sacerdote⁶¹ es un tema cuyo contenido, a pesar de haber estado siempre claro en la conciencia de la Iglesia, se ha convertido ahora en un problema delicado y hasta confuso. Y no solamente eso. Pues, por desgracia para toda la Iglesia, aún permanece a la espera de ser resuelto

⁵⁹También se podría citar, a *sensu contrario*, algún otro ejemplo de sentido menos afortunado, como el de la lamentable y triste historia de la desaparición de la liturgia mozárabe en España.

⁶⁰Resulta difícil aceptar de manera convencida, por ejemplo, el espectáculo de varios Obispos africanos bailando la *danza de la grulla* con vestiduras sagradas y mitra.

⁶¹Es sabido que el término más frecuentemente utilizado en esta problemática es el de *desencarnación*, cuyo carácter negativo pretende calificar la actitud del sacerdote que no está *identificado* con su pueblo. Sin que, por otra parte, la doctrina se haya molestado demasiado en aclarar la esencia de tal *identificación*.

Suele decirse aquí, para referirse a la pretendida identificación, que el sacerdote debe estar *encarnado* en su mundo y con sus hermanos los demás hombres. Sin embargo, aparte de la espantosa aberración del término, es necesario reconocer que no aclara mucho el problema. Simplemente suena bien, y eso es ya bastante para que ruede; lo que no deja de ser una ocurrencia frecuente y muy aceptada en el mundo moderno.

La cuestión se suscitó ya en tiempos del Papa Pío XII, con los famosos *sacerdotes obreros* de la llamada misión de París: uno de los pocos fracasos que anotar al que fue pontificado glorioso y hasta de los más brillantes de la Historia.

de manera definitiva. Y aun conviene tener en cuenta que han contribuido a la confusión la multitud de corrientes doctrinales, aparecidas después del Concilio Vaticano II, dedicadas todas ellas a suscitar dudas acerca de la identidad o naturaleza del sacerdocio. Sin embargo, y a pesar de que la doctrina es nítida y brillante en este punto,⁶² parece que el Magisterio se ha visto imposibilitado hasta ahora de poner coto, de manera tajante, a esta oscura maniobra.

Dando por supuesto que el sacerdote debe identificarse con su pueblo, es fácil entender también el deber que le corresponde de compartir los problemas de las ovejas que tiene encomendadas. Es el buen Pastor que tiene por oficio el de conducir a sus ovejas a fin de que encuentren buenos pastos, aparte de caminar siempre delante de ellas para protegerlas de todos los peligros. Además, y puesto que es un buen Pastor, es natural que las ame entrañablemente y que desempeñe su oficio con un celo tan ardiente como para ser capaz de *llamar a cada una de ellas por su nombre*.⁶³ Más que ningún otro discípulo de Jesucristo, debe hacer realidad en sí mismo la consigna del Apóstol: *Gozad con los que gozan y llorad con los que lloran*.⁶⁴ Para decirlo con otras palabras, está obligado a hacer realidad en su vida aquello para lo que fue llamado: *constituido en favor de los hombres para las cosas que miran a Dios*.⁶⁵

De manera que, aun sin necesidad de hacerse fontanero, electricista, o cosa semejante, debe mostrar que es uno más entre sus hermanos los hombres y que comparte con ellos sus miserias. Tal como se desprende, expresa y claramente, del texto a los Hebreos arriba citado: *Quoniam et ipse circumdatus est infirmitate*. Un deber que no deja lugar a dudas en cuanto a la posibilidad de un encarnacionismo o identificación de mayor cuantía.

⁶²Véase, por ejemplo, y por citar solamente algún Documento moderno, el Decreto *Presbyterorum Ordinis* del Concilio Vaticano II.

⁶³El significado del texto de Jn 10:1 y ss. es bastante obvio: puede llamar a cada una de sus ovejas por su nombre porque las conoce bien. Lo cual es una forma de expresar la íntima y afectiva proximidad que tiene con ellas.

⁶⁴Ro 12:15.

⁶⁵Heb 5:1.

Por lo demás, es claro y evidente, según queda corroborado en la Carta a los Hebreos, que ha sido *constituido en favor de los hombres para las cosas que miran a Dios*. Lo que parece excluir como innecesarias, y aun como perjudiciales —en cuanto que pueden constituir un obstáculo para las funciones propias del ministerio—, ciertas circunstancias susceptibles de estorbar la buena marcha de las cosas; como podrían ser, por ejemplo, las labores de electricidad, de fontanería, o de albañilería, puestas en manos del sacerdote.

Pero una vez dicho esto, el planteamiento del problema no ha hecho sino comenzar. Porque también se desprende del mismo texto, con idéntica claridad, que el sacerdote ha sido *entresacado de los hombres*. Lo que significa que ha sido separado de sus semejantes a fin de que se convierta en algo distinto, a saber: para que siendo exactamente uno de ellos, *sea a la vez diferente*.

La acritud con la que suele presentarse el problema parece deberse al olvido de algo fundamental. Cual es la infinita profundidad de los misterios revelados, en abierto contraste con la limitada capacidad de la inteligencia humana; lo que ocasiona que demasiadas cuestiones aparezcan en forma de aporías, tanto por lo que hace a la existencia cristiana como a la Teología en general.⁶⁶ En realidad se podría decir que todo el Mensaje evangélico es en sí mismo una aporía, en cuanto que contrapone la forma de pensar del hombre a la de Dios y en la medida, además, en que lo sobrenatural tiende a aparecer como *escandaloso* ante lo natural (Is 55: 8-9; 1 Cor 1:23; 2:14).

Difícil es encontrar alguna enseñanza de Jesucristo que, aparte de parecer extraña ante los ojos del mundo —en el mejor de los casos—, no ponga de manifiesto también la terrible soledad del auténtico discípulo: *Mirad que os envió como ovejas en medio de lobos...*⁶⁷ *No penséis que he venido a traer paz a la tierra; no he venido a traer paz, sino la espada. Pues he venido a enfrentar al hombre contra su padre, a la hija contra*

⁶⁶Bastaría recordar aquí como ejemplo, entre los muchos que se podrían citar, las cuestiones suscitadas con respecto al problema de las relaciones entre la libertad y la gracia.

⁶⁷Mt 10:16.

su madre, a la nuera contra su suegra; y los enemigos del hombre serán los de su propia casa.⁶⁸ Siguiendo esta misma pauta, la forma de misión encomendada a los doce (Lc 9:3), y luego a los setenta y dos (Lc 10:4), comporta un conjunto de instrucciones poco menos que impensable para una mentalidad meramente humana; y que, desde luego, serían ahora rechazadas por completo por la moderna Pastoral cristiana. Por no hablar del Sermón de la Montaña o de tantas otras declaraciones del Señor. Y sin embargo —y aquí está la aporía— la vía evangélica es el único camino *natural*, y por supuesto sensato, que es dable para el hombre: *Si os hablo de cosas terrenas y no creéis, ¿cómo vais a creer cuando os hable de cosas celestiales?...*⁶⁹ *Si os digo la verdad, ¿por qué no me creéis?*⁷⁰

Los aberrantes términos de *inculturación* y *encarnacionismo*, con sus conceptos correspondientes, han conducido a menudo a poner de manifiesto situaciones que bien se pueden calificar, por lo menos, como inquietantes. Es muy de encomiar, además de impresionante, la labor llevada a cabo por la Iglesia de la segunda mitad del siglo XX a fin de no mostrarse distante ante los hombres de su tiempo. Con respecto al sacerdote quiso demostrar de forma tajante que, habiendo sido puesto o constituido *en favor de los hombres*, no podía ser extraño a ellos en modo alguno. Aunque, por desgracia, una intención tan razonable como justificada acabó situando en un segundo plano, de tal manera que más bien lo exponía al olvido y a la inanidad, al otro concepto complementario: *para las cosas que miran a Dios*.

Y es que los términos opuestos pero complementarios —bien que se trate de una oposición real, o puramente aparente— exigen ser tratados de forma en extremo cuidadosa. Los dos extremos de un puente, por ejemplo, si bien forman parte de una misma unidad, son *realmente* opuestos; mientras que la *aparente* oposición (o contradicción) que ofrece la aporía obedece simplemente a la limitación del entendimiento humano. Sólo teniendo esto

⁶⁸ Mt 10: 34-36.

⁶⁹ Jn 3:12.

⁷⁰ Jn 8:46; cf Jn 14:6. De ahí el absurdo y el fracaso de la moderna Pastoral, tan cargada de racionalismo y cientifismo trasnochados como desprovista de contenido sobrenatural.

en cuenta es como se puede evitar que se pierda la realidad de un concepto, por otra parte global y unificador.

Una situación realmente curiosa, por no decir inquietante, es la surgida con motivo de cierta psicosis de *encarnacionismo* que se ha extendido entre el clero. Es indudable que algunas actuaciones, por razones no siempre fáciles de entender y a veces hasta misteriosas, acaban produciendo resultados contrarios a los pretendidos. Tal como ha ocurrido con el fenómeno al que se acaba de aludir. Pues no parece sino que, allí donde los Antiguos hablaban acerca de que los dioses vuelven locos a los que quieren perder, tal vez hubiera sido más exacto decir que su verdadero gozo consiste en sepultarlos en el ridículo. Lo que puede aplicarse muy bien, se quiera o no reconocer, a la situación en la que se encuentra una buena parte del moderno mundillo clerical, a saber: enteramente ajena a lo que sucede de verdad en el entorno de la realidad actual, que es lo mismo que decir *despistada*, si es que se prefiere decirlo con palabras del vigente lenguaje popular.

Los ejemplos de tal estado de ánimo, susceptibles de ser traídos aquí a colación, son innumerables. Si hubiera que escoger alguno para demostrarlo, quizá sería interesante aludir al fenómeno sociológico calificado por los modernos periodistas como el *lenguaje episcopal*. Una expresión que, convertida ya en popular, alude al arte de hablar sin decir nada y sobre todo sin comprometerse. Lo cual, a pesar de ser contrario a tantas prescripciones del Apóstol (2 Tim 4:2, por ejemplo), no es todavía tan grave como la costumbre de abordar, por parte de los Pastores, cuestiones ajenas a los problemas del Pueblo de Dios y que por eso mismo no le interesan en absoluto. A lo que es obligado añadir también, por doloroso que resulte, lo que se refiere al contenido de una predicación, bastante generalizada, y que es tan anodina como para ser incapaz de disimular la falta de estudio y de oración por parte de quienes la practican. De donde es fácil comprender que no parezca extraño el hecho de que, con demasiada frecuencia, las prédicas clericales no tengan otra cosa de *elevadas* que la simple peculiaridad de andar por las nubes. ¿Alguien se ha molestado alguna vez, por citar algún otro ejemplo tan cómico como lamentable, en comparar el tono y los contenidos de una tertulia radiofónica clerical con los de cualquiera otra

en la que intervengan periodistas *normales*? Basta con conectar la radio, en cualquier momento y sin necesidad de presentaciones, para advertir en seguida la identidad de los contertulios: el simple tono de la voz ya los denuncia. Y aunque alguien podría decir que la cosa no tiene relevancia —cada uno posee el tono y timbre de voz que Dios le ha dado—, aún se pueden anotar aquí dos observaciones referentes a dos circunstancias lamentables. Se hablará de ellas un poco más abajo. De momento baste con decir que, aun admitiendo la razón que pueda asistir a los que denuncian la irrelevancia del tema, todavía sigue siendo verdad que el hecho no deja de ser curioso por más que a menudo pase inadvertido. Y en efecto, porque ¿acaso se debe conceder transcendencia a la particularidad de que una buena parte del mundo clerical —religiosos, sacerdotes, monjas *expertas*— pueda ser reconocida fácilmente, ya de oído, por un cierto *tonillo* de voz inconfundible? Por supuesto que el mero planteamiento del asunto es suficiente para provocar la risa; o la sonrisa al menos de suspicacia por parte de los más tolerantes o comprensivos. Hace falta ser bastante chinchorrero para preocuparse del ridículo tema de la *voz de cura* o de la *voz de fraile*.

Sin embargo, y pese a todo ello, tal vez valga la pena olvidar por un momento el aspecto jocoso de la cuestión y tratar de profundizar un poco más en ella. ¿A qué puede deberse el hecho, por lo demás irrefutable, de que tantos individuos integrantes de la clerecía, a pesar de su enconado empeño en aparecer como los demás hombres *y en disimular su identidad*, sean sin embargo tan fácilmente reconocidos? Por otra parte, ¿por qué causa o razón habrían de sentirse inclinados a disimular su identidad...? Observación que puede extenderse también a la vestimenta utilizada: a menudo raída y desarrapada a fin de hacer patente, al parecer, un cierto compromiso con los pobres; pero que, a pesar de todo, resulta inútil para ocultar las identidades de sus usuarios, tan peculiarmente inconfundibles.

O tal vez se trata también, con respecto a esto último, de llevar a cabo una *protesta* ostensible en favor de la pobreza; extensible igualmente al susodicho compromiso con los marginados para el caso de ser reconocidos. Y sin embargo, aparte de las buenas intenciones que puedan existir y que en no pocos casos sería injusto negar, no cabe duda tampoco de que todo el montaje denota una acusada ignorancia del problema.

Ante todo porque la verdadera pobreza cristiana no se presta nunca a *protestas ostensibles*. La infeliz es tan sumamente desgraciada, como realmente indigente que es, que no posee ni ánimos ni medios para ir pregonando públicamente su singularidad. En realidad, cuando se hace tan patente como para acaparar la atención y simpatía de la gente con los favores consiguientes, es porque ya no se trata de la auténtica pobreza. La cual, por definición y por esencia, amén de pasar desapercibida y ser desconocida, es en todo caso olvidada y hasta despreciada; pues no cabe negar que el verdadero hombre pobre es un auténtico pobre hombre que lo menos que pretende es llamar la atención.

Pero es que, en segundo lugar —y esto es lo más grave—, lo que hay en el fondo de esta actitud es una protesta larvada contra los considerados ricos —aunque aquí habría que hablar más bien de *burgueses*— y cuyas reminiscencias marxistas son innegables.⁷¹

A pesar de que el hecho invita a ser calificado como inocuo, no deja sin embargo de mostrar aspectos interesantes dignos de reflexión. Porque demuestra, de manera patente, que la virtud humana de la naturalidad no es fácilmente asequible. En definitiva es lo mismo que sucede con todas las virtudes, tanto naturales como sobrenaturales, las cuales son siempre el resultado de esfuerzo y de ascesis. Cosa más obvia todavía si se admite, como pretenden algunos, que la naturalidad no es otra cosa que un modo de compendio de las demás virtudes, vividas globalmente. Y todavía hay más, en cuanto que todo induce a pensar que, por lo que hace a la existencia cristiana concretamente, *la naturalidad no aparece nunca allí donde no se hace presente también la sobrenaturalidad*. De tal manera que los santos, por ejemplo, que son siempre por definición personas de índole *extraordinaria* y poco común, jamás podrían ser clasificados dentro de la categoría de *tipos raros* o estrafalarios. Hasta el punto de que puede decirse con seguridad que no puede pretenderse la existencia de santidad allí donde falte la naturalidad. De lo contrario habría que admitir que los santos, reconocidos a su vez como los más perfectos y auténticos seguidores de Jesucristo, no son otra cosa que los discípulos de un Maestro estrambótico.

⁷¹Por supuesto que las advertencias de Jesús contra la riqueza y los ricos, contenidas en el Evangelio, son de índole tan distinta en la misma medida en que nada tienen que ver con el rencor y la lucha de clases.

La falta de naturalidad, por otra parte, es señal de una inequívoca *carencia de contacto con la realidad del mundo circundante*. Y viene a ser la causa, a su vez, de la inanidad y del *despiste* de muchas predicaciones y actuaciones clericales.

Con lo que queda claro, una vez más, que si se quiere considerar al sacerdote como realmente *constituido en favor de los hombres*, es absolutamente necesario que se admita también la necesidad de que haya sido previamente *entresacado de ellos*. Es evidente que si pretende ser uno más entre sus hermanos los hombres, con el justo y razonable fin de identificarse con sus sentimientos y problemas, no le queda otro camino que el de ser al mismo tiempo diferente de ellos. O si se quiere decir con palabras más breves y de otra forma, a fin de denunciar el problema de fondo: no es lícito en modo alguno mutilar el contenido del dato revelado.

Y volviendo al divertido asunto de las tertulias radiofónicas clericales, ya se ha dicho más arriba que fácilmente se aprecian en ellas dos circunstancias tan tristes como lamentables.⁷² Consiste la primera en una completa *falta de contacto con la realidad*, bien claramente apreciada a poco que se tenga la paciencia de escucharlas (aunque está claro que, en el caso de que alguien ponga en duda esta afirmación, siempre puede acudir a consultar el índice de audiencias). Por no aludir a una carencia de contenido sobrenatural que se traduce en su tendencia a encarar problemas exclusivamente sociopolíticos, de un lado, y a buscar soluciones basadas en criterios puramente humanos, de otro. Por lo demás, es obligado reconocer la lógica del planteamiento: soluciones meramente humanas para problemas con horizonte puramente humano o natural (Mt 15:9).

En segundo término, es obligado también referirse a ellas con respecto a la práctica de algo que ha sido bautizado por el lenguaje vulgar, de manera tan poco elegante como lógica, como *el peloteo*. En este caso el eclesiástico. El cual viene a consistir, como es fácil de imaginar, en dar por establecido que todos los Obispos, Arzobispos, miembros integrantes de las Conferencias Episcopales, Cardenales, Papas, y demás afines, son

⁷²Por extraño que parezca, lo lamentable no deja de ofrecer a veces un aspecto cómico o divertido. Es lo que suele expresar el sentir popular cuando alguien dice que no sabe si reír o llorar.

consumados genios de nacimiento. Hagan lo que hagan o digan lo que digan, sea o no de su competencia y resulte de ello lo que resulte. A todos los cuales corresponde, dadas sus excepcionales y extraordinarias condiciones, la tarea de confeccionar documentos, elaborar discursos, y llevar a cabo actividades que parecen poseer en todo caso el sello de la magia. Puesto que, por arte de maravilla y sin excepción alguna, y pese a que abarcan a menudo los temas y hechos más dispares —no pocas veces ajenos a las funciones del Magisterio—, son siempre reconocidos como auténticos faros de deslumbrante y bienhadada luz; piedras miliarenses puestas ahí, en medio de la confusión, cuyo fin no es otro que el de orientar a una humanidad desvalida que se debate en las tinieblas.

Uno de los versos del *Cántico Espiritual*, de San Juan de la Cruz, contiene una de las más bellas figuras poéticas conocidas en la lengua española: *la soledad sonora*. El santo aprovecha los maravillosos recursos del lenguaje, como buen maestro que es en el arte, para crear expresiones de una rara e incomparable belleza. Como esta paradoja, por ejemplo, en la que mediante la unión de dos conceptos que parecían incompatibles y hasta contradictorios, logra conseguir un efecto del que lo menos que se puede decir es que asombra al lector.⁷³

Conviene advertir que la soledad de la que aquí se habla es tanto más soledad cuanto es más sonora (sensible o sentida); e igualmente es tanto más sonora (intensa o aguda) cuanto es mayor soledad. A lo que hay que añadir que es ésta la especie de soledad más grande y

⁷³Es bien sabido que la bibliografía acerca del tema es impresionante por su extensión. Sobre esta metáfora en particular, y sobre la poesía del Santo en general, puede consultarse con relativo provecho Carlos Bousño, *Teoría de la Expresión Poética*, I, Gredos, Madrid, 1985, pgs. 379 y ss. Las teorías estéticas del autor están marcadas por la filosofía idealista.

aguda que cabe imaginar, puesto que es la expresión del desamparo que siente la esposa por la ausencia del Esposo (aunque aquí no se trata de una mera ausencia, como después se verá). Para comprender lo cual debe tenerse en cuenta que la falta de un ser querido es tanto más sentida y dolorosa cuanto tal ser es más amado; y dado que el Esposo es la vida de la esposa (Jn 6:57; Flp 1:21; Col 3: 3-4), deseado por ella ansiosamente y sin medida, se da lugar así a una situación que es más de muerte que de vida. La ausencia del Esposo provoca la situación terrible de las *Noches*, que son las que a su vez producen, según los místicos, una angustia del alma solamente superada por la pena que sufren los condenados en el Infierno.⁷⁴ El santo poeta de Fontiveros comienza precisamente así su *Cántico Espiritual*:

*¿Adónde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huiste
habiéndome herido;
salí tras ti clamando, y eras ido.*

Y no deja de ser curioso que el tan famoso *Cántico Espiritual* de San Juan de la Cruz —probablemente el más notable himno de gozo

⁷⁴La pena de daño del Infierno es justamente el reverso de las *Noches* de las que hablan los místicos. Con la particularidad de que alcanza un grado de intensidad inimaginable para aquellos que todavía peregrinan en este mundo.

Pues así como la ausencia de Dios en la noche mística es más sentida que real, la falta de Dios que supone la pena de daño en el Infierno es, por el contrario, más real que sentida. Lo primero se debe a que la ausencia de Dios en la noche mística es más un sentimiento de ausencia que verdadera ausencia. Lo segundo en cambio se explica por el hecho de que, a pesar de tratarse de una desgracia infinita (la pérdida de Dios para siempre), la simple creatura no es capaz de soportar una aflicción en infinitud de intensidad; aunque sí en duración, y de ahí la eternidad del Infierno.

y de alegría conocido en toda la historia de la Poesía— comience precisamente con esa desgarradora queja de dolor. Lo cual puede comprenderse sin embargo, de alguna manera al menos, cuando se piensa que todo es bilateral y relativo en el amor, a saber: dolor relativo y superficial para un amor pequeño por un amado que no se presenta; pena grande para un amor grande por la persona amada ausente; y dolor total y absoluto para un amor de totalidad hacia la persona que ahora no está. Y todavía más cuando, como sucede en este caso, no se trata de una mera *falta de presencia* de la persona amada, sino de algo mucho más grave en realidad; en cuanto que la esposa está convencida de que es ella la culpable de la ausencia del Esposo (sin que importe ahora demasiado que su razonamiento sea falso o correcto).

La monja carmelita María de San José, conocida por Santa Teresa como la *monja letrera* compuso una octava con la que intentaba parafrasear también las quejas de la esposa del *Cantar*:

*¡Ay! ¡Ay! ¡Amado mío! ¿Qué te has hecho?
 ¿No te duele el clamor de mi gemido?
 Viendo mi corazón por ti deshecho,
 y siendo tú la causa, que has herido
 con un terrible golpe el tierno pecho,
 ¿por qué huyes de mí y te has escondido?*⁷⁵

Y por supuesto que es evidente, tal como acaba de decirse, que el estado de alma de los místicos no es sino un eco de la situación que provoca los lamentos de la esposa contenidos en el *Cantar*. Acerca de los cuales es innecesario decir que en realidad coinciden con los propios de los místicos:

⁷⁵Citada por Miguel de Santiago, *San Juan de la Cruz. Obra Poética. Estudio Crítico con un Apéndice de Juan Pablo II*, Río Nuevo, Barcelona, 1982, pg. 49.

*En el lecho, entre sueños, por la noche,
busqué al amado de mi alma,
busquéle y no le hallé.
Me levanté y recorrí la ciudad,
las calles y las plazas,
buscando al amado de mi alma.
Busquéle y no le hallé.⁷⁶*

Donde no debe pasar inadvertido que es precisamente *por la noche* cuando la esposa se lanza ansiosamente a la búsqueda del Esposo. Aunque a pesar de sus esfuerzos no logra encontrarlo, puesto que no parece sino que está como *escondido*, como dice San Juan de la Cruz. Y es que se halla oculto, en efecto. O tal vez se trata de algo peor, en cuanto que la angustia de la esposa está provocada aquí por el descubrimiento de que el Esposo *no está* por ninguna parte; o al menos eso es lo que a ella le parece:

salí tras ti clamando, y eras ido.

La ausencia del Esposo, más que ninguna otra cosa, es la que causa en la esposa la tenebrosa noche de su alma:

*Abrí a mi amado,
pero mi amado se había ido, desaparecido.
Le busqué, mas no le hallé.
Le llamé, mas no me respondió.⁷⁷*

⁷⁶Ca 3: 1-3.

⁷⁷Ca 5:6.

Que la ausencia o desaparición del Esposo puede estar motivada por alguna culpabilidad por parte de la esposa, es indudable. Puesto que el amor de la esposa es todavía imperfecto en las previas etapas del peregrinaje terrestre, está claro que puede flaquear, e incluso fallar enteramente, de una manera o de otra; y de ahí que no sea extraño que el Esposo se ausente alguna vez y desaparezca por completo.⁷⁸ Aunque el *Cantar de los Cantares* es una historia del amor ya en su etapa de perfección, sin embargo parece contemplar también esta posibilidad. Hay en él un expresivo texto⁷⁹ que comienza precisamente por una súplica amorosa del Esposo dirigida a la esposa:

*Ábreme, hermana mía, esposa mía,
paloma mía, inmaculada mía.
Que está mi cabeza cubierta de rocío
y mis cabellos de la escarcha de la noche.*⁸⁰

Conviene anotar aquí, dicho sea como de paso, que el Esposo trata de apoyar su súplica amorosa ante la esposa con el argumento de sus propios sufrimientos. Experimentados a su vez sin duda por causa del amor que siente hacia ella. Y que habiendo sido originados primeramente por su generosa decisión de enamorarla, tuvieron que

⁷⁸Desaparición o ausencia que siempre están marcados por una intención pedagógica. Debido a que Dios es infinitamente misericordioso, el Esposo está siempre dispuesto a abrir de nuevo sus brazos a la esposa, como se desprende con claridad de la parábola del hijo pródigo.

⁷⁹El texto al que se alude aquí, y que va a ser visto a continuación, es el de 5: 2b-6. El verso 4, sin embargo, parece romper la unidad de la narración; a no ser que signifique la insistencia del Esposo, a pesar del desamor que muestra la esposa.

⁸⁰Ca 5:2.

culminar al fin en la heroica aventura de recuperarla, después de que ella se hiciera desamorada:

*Que está mi cabeza cubierta de rocío
y mis cabellos de la escarcha de la noche.*

Sin embargo, ante un requerimiento tan enamorado y tierno, responde la esposa en forma egoísta y olvidadiza:

*Ya me he quitado la túnica.
¿Cómo volver a vestirme?
Ya me he lavado los pies.
¿Cómo volver a ensuciármelos?⁸¹*

Y aunque ella reacciona al fin como es debido, aunque ya demasiado tarde, da lugar con ello a la única conducta que cabría esperar por parte del Esposo:

*Me levanté para abrir a mi amado,
mis manos destilaban mirra. . .*

.....

*Abrí a mi amado,
pero mi amado se había ido, desaparecido.
Le busqué, mas no le hallé.
Le llamé, mas no me respondió.⁸²*

⁸¹Ca 5:3.

⁸²Ca 5: 5-6.

Pero aquí no se trata de esta clase de ausencia del Esposo, sino de algo completamente distinto. La ausencia de la que aquí se habla, al contrario de lo que sucede con la que se acaba de ver, está causada y motivada por el amor. De ahí que se caracterice por ser libre y consentida, e incluso buscada y deseada; tanto por parte del Esposo como de la esposa. Sin que obste el hecho de que la esposa, en algún momento dado del proceso y según las reglas propias del juego del amor, se sienta culpable de la actitud del Esposo.

Dando así lugar con todo ello a otra de las grandes y misteriosas aporías del fenómeno amoroso.

El cual consiste, como se sabe, en la entrega total al otro por parte de cada uno de los amantes.⁸³ Abarcando así a la vez lo que es y lo que posee cada uno de ellos, incluida la donación mutua de las propias vidas; puesto que la vida es como el compendio y suma de lo que es la persona y de todo lo que le pertenece.⁸⁴

Según lo cual el que ama no vive ya su propia vida, sino la de la persona amada. Aunque en el amor puramente humano tal cosa no pase de ser algo más que un intento, o quizá una metáfora que pretende desesperadamente convertirse en realidad. Algo bien diferente de lo que sucede en el amor divino-humano, en el que la vida de la creatura no es ya la suya propia, *sino realmente la del Amado*. En los divinos desposorios es el Esposo, en efecto, la vida de la esposa; una vez que, a causa del amor, ha tenido ya

⁸³En un sentido especulativo al menos, la entrega total a la persona amada es más bien la consecuencia más directa e inmediata del amor; aunque debe tenerse en cuenta, sin embargo, que de hecho el amor se identifica con la entrega.

En el seno de la Trinidad, la generación intelectual del Hijo es anterior en naturaleza a la *spiratio* del Espíritu Santo, *qui ex Patre Filioque procedit*. Las tres divinas Personas, si bien se diferencian en cuanto tales, se identifican en la misma esencia o naturaleza divina, que es numéricamente una.

⁸⁴Cf Mt 16:26; Lc 14:26; Jn 12:25; 15:13. Etc.

lugar el verdadero intercambio de vidas al que aluden claramente las Escrituras (Jn 6: 57-58; Col 3: 3-4):

*Mi amado es para mí y yo soy para él.*⁸⁵

Una idea que, como era de esperar, se encuentra también repetidas veces, de manera más o menos expresa, en algunas estrofas del *Cántico Espiritual* de San Juan de la Cruz:

*Mas ¿cómo perseveras,
oh vida, no viviendo donde vives,
y haciendo porque mueras
las flechas que recibes,
de lo que del Amado en ti concibes?*

.....

*Allí me mostrarías
aquello que mi alma pretendía,
y luego me darías,
allí tú, vida mía,
aquello que me diste el otro día.*⁸⁶

De todo lo cual se deduce que la única cosa que la esposa conserva en posesión es la vida del Esposo, convertida ahora en la suya propia. Y puesto que la posee y le pertenece *la puede entregar también por amor al mismo Esposo*, quedándose así ella en situación de completa nada y desnudez total (Lc 23:46).

Lo que no deja de suscitar diversos y profundos problemas. Ante los que conviene tener presente, en primer lugar —si es que se desea

⁸⁵Ca 2:16; 6:3.

⁸⁶El tema está desarrollado con amplitud en Alfonso Gálvez, *El Amigo Inoportuno*, Shoreless Lake Press, N.J. (USA), 1995, pgs. 107 y ss.

saber algo del alucinante y apasionante mundo del amor—, que la relación amorosa se desarrolla en forma de un auténtico combate (Ca 2:4b) en el que cada uno de los amantes pugna por entregarle más al otro. Con aspectos tan intrigantes y misteriosos como es el hecho, por ejemplo, de que ambos amantes desearían ser a la vez vencedor y vencido. Los dos desean ganar la contienda tanto como ansían aún más ser derrotados.⁸⁷ Con lo que se llega al consiguiente resultado de quedar uno y otro en la misma situación. Por lo que puede decirse con toda verdad, no ya sólo que el amor iguala, sino que actúa como si convirtiera en una misma cosa a los que se aman. Y de ahí que el discípulo no sea nunca más que su maestro, ni el siervo más que su señor (Mt 10:24), hasta el punto de que solamente pueda ser considerado discípulo perfecto al *que es como su maestro* (Lc 6:40).⁸⁸ ¿Qué tiene de extraño, por lo tanto, que si la creatura

⁸⁷En realidad habría que decir que el amante se considera vencedor cuando se sabe derrotado por la persona amada (Flp 3:12). Como reconoce el Esposo del *Cantar* (Ca 4:9):

*Prendiste mi corazón, hermana, esposa,
prendiste mi corazón en una de tus miradas,
en una de las perlas de tu collar.*

Quedando así los dos, una vez más —gracias a otro de los recónditos y misteriosos recovecos del amor—, en idéntica situación de igualdad; puesto que sin ella, como se sabe, no habría consumación y perfección del amor.

⁸⁸Puesto que el combate de amor es real, y no meramente nominal o figurativo, *cualquiera* de los dos contendientes puede resultar victorioso. Lo que no puede extrañar cuando se tiene en cuenta que el amor es la mayor de todas las realidades, en la que no caben por lo tanto metáforas ni sentidos figurados. Así se explica la victoria de Jacob en su lucha contra un ángel cuya identidad, según parece desprenderse del texto, habría que identificar con el mismo Dios (Ge 32: 25–31). De todas formas, y sea cual fuere el resultado de tal lucha amorosa, la situación final es la misma; desde el momento en que ambos enamorados, por fin y definitivamente, acaban siendo el uno para el otro.

quiere hacer donación de su propia vida —y dado que ésta no es ya sino la del Amado— no pueda hacer otra cosa que entregar esta última a su vez. . . , y quedar así en situación de extrema pobreza y absoluta nada?⁸⁹ Y de esta forma la esposa se queda también sin el Esposo, que era para ella su vida y aun *todo lo que tenía para poder vivir* (Lc 21:4).

Con ello consiente en cambiar una situación de caridad perfecta por otra de esperanza confiada, dejando atrás la clara luminosidad del *ya* para sumergirse en el grisáceo claroscuro del *todavía no*. Como es lógico, lo hace libre y voluntariamente, por amor, y a pesar de saber que se va a encontrar sumergida en una espantosa situación de muerte en vida. Pero lo único que tiene es el Esposo; y de ahí que Él sea, por lo tanto, la sola cosa que todavía puede dar.

⁸⁹El amor total conduce así al enamorado a una situación de pobreza total; en cuanto que lo ha entregado absolutamente todo, incluida su propia vida. Claro que en ese supuesto —cabe preguntar—, dado que ni siquiera posee lo que constituía su propia vida, ¿cómo puede seguir siendo él y cómo puede seguir amando. . . ?

Para responder a lo cual hay que tener en cuenta que, tanto lo que constituye el propio *yo*, como lo que corresponde a su natural capacidad de donación, son las únicas cosas que no puede entregar el amante. Puesto que de otro modo ya no sería él, y ya no podría darse por consiguiente relación alguna de amor.

Por otra parte, como tantas veces se ha dicho, el amor solamente puede existir en relación de reciprocidad. Que es la que hace que el amante reciba a su vez la existencia de la persona amada, por la cual y en la cual vive ahora: *Y vivo yo, aunque ya no soy yo, sino que es Cristo quien vive en mí. . . * Como el Padre que me envió vive, y yo vivo por el Padre, así quien me coma también él vivirá por mí.***

La pobreza total desemboca así en la suma riqueza. O como decía San Juan de la Cruz: *Por la nada, al todo*.

*Ga 2:20.

**Jn 6:57; cf 6:56.

El Apóstol San Pablo, después de confesar que su vida es Cristo y que la muerte no es para él sino ganancia, añade a continuación: *Si el vivir en la carne es para mí fruto de apostolado, no sé qué elegir. Pues me siento apremiado por ambos lados: por uno, deseo quedar desatado para estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor; por otro, permanecer en la carne es más necesario para vosotros. Persuadido de esto, sé que me quedaré y permaneceré con todos vosotros para provecho vuestro y gozo de la fe.*⁹⁰ Según lo cual, si bien estar con Cristo es *muchísimo mejor*, la esposa sin embargo estaría dispuesta en este caso a renunciar a lo mejor a cambio de lo bueno, aunque tal cosa le cueste la vida. Como dice la poesía de San Juan de la Cruz:

*Vivo sin vivir en mí,
y de tal manera espero,
que muero porque no muero.*⁹¹

Sin que sea necesario añadir aquí que tal cambio, de lo mejor por lo bueno, no tendría sentido si no fuera momentáneo. Se trata de una simple espera que, por otra parte, está bien garantizada y asegurada (Ro 5:5a); puesto que la auténtica esperanza desemboca indefectiblemente en el verdadero amor (1 Cor 13: 10.13). Y en cuanto a la causa de esa libre aceptación de la demora, tampoco hace falta insistir en que no puede ser otra que el amor; por cuanto que la esposa desea ansiosamente participar más y mejor en la existencia de su Esposo, y concretamente en su cruz. Bien consciente, a su vez, de que no puede existir para ella cruz mayor que la de retrasar su encuentro definitivo con Él:

⁹⁰Flp 1: 22-25.

⁹¹Estas *coplas* son probablemente del santo, aunque eran también conocidas por Santa Teresa y por otros poetas místicos de la época.

*Mas ¿cómo perseveras,
oh vida, no viviendo donde vives?...*

Aunque no se trata aquí tanto del sufrimiento, aun buscado por amor, como del íntimo deseo de compartir la existencia del Esposo para allegarse así más a Él:

*Un Pastorcico solo está penado
ajeno de placer y de contento...*

.....

*Que sólo de pensar que está olvidado
de su bella pastora, con gran pena
se deja maltratar en tierra ajena
el pecho de amor muy lastimado.*

.....

*Y al cabo de un gran rato se ha encumbrado
sobre un árbol, do abrió sus brazos bellos,
y muerto se ha quedado asido de ellos,
el pecho del amor muy lastimado.⁹²*

Una vez ofrecida la inmólación de amor, y de haber sido aceptada por el Esposo, la entrega se convierte en una realidad que a partir

⁹²San Juan de la Cruz; tomado de su famoso poema del *Pastorcico*. El cual, si bien se refiere indudablemente al Esposo, también podría aplicarse con toda propiedad a la esposa; según lo que aquí se viene diciendo y teniendo en cuenta la ley de la reciprocidad en el amor.

de ahora aparece envuelta en terrible agonía. Dejadas atrás las que hasta aquí pudieron ser simples demoras, ya no existe para la esposa sino una *pérdida del Esposo* que parece total y sin remedio. Y algo peor todavía, puesto que ella está convencida de que ha sido su propia culpa la que ha ocasionado tal desgracia.

Es cierto que tal pérdida no responde a otra cosa que a la aceptación, por parte del Esposo, de un generoso ofrecimiento; y de ahí que todo se resuelva en lo que podría considerarse como una *kenosis*. A pesar de lo cual habrá que poner cuidado en no confundirse en este punto. Pues siendo el amor, como se sabe, la mayor de todas las realidades, no caben en él meras apariencias ni juegos de escondite. Por lo que no queda resuelto el problema mediante el expediente de suponer que los amantes representan un papel. Pues la ausencia es en este caso para la esposa verdadera ausencia; y el olvido, verdadero olvido; y la ocultación, verdadera ocultación: el Esposo no aparece por parte alguna, y ni siquiera ha dejado huellas o vestigios de su paso. Y por si todo esto fuera poco, la esposa parece haber olvidado las verdaderas razones que han motivado tal ausencia; lo que aumenta extraordinariamente su dolor.

La pregunta desgarradora de Jesús en la cruz debe ser interpretada en toda su cruenta realidad: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*⁹³ De tal modo que, mientras que la exclamación de dolor es provocada aquí por un verdadero sufrimiento, la pregunta en cambio parece responder a una situación de auténtica ignorancia. Es precisamente el sufrimiento angustioso de Jesús el que le induce a preguntar, en la ansiedad de la agonía, acerca de la razón por la que ha sido abandonado. Lo hace así simplemente porque ignora la respuesta, o porque quizá no la comprende. Sin que haya necesidad de suponer aquí literatura alguna. Llevadas las cosas al extremo,

⁹³Mt 27:46.

incluso hay que decir que no se trata en este caso de una mera ignorancia, sino de una situación en la que *no es posible descubrir por parte alguna la justicia que ha sido capaz de permitirla*.⁹⁴ Si ya de por sí resulta doloroso sufrir la aflicción de parte de los hombres, ¿quién es capaz de explicar lo que se puede sentir cuando parece estar provocada por el mismo Dios?

El que ama poco, entrega poco; el que ama más, entrega más; el que ama enteramente, lo entrega todo; y el que ama *hasta el fin* (Jn 13:1), entrega a la persona amada lo único que le queda y lo máspreciado: su propio amor.

La Cena que Recrea y Enamora

Después de la tempestad viene la calma; el día sigue a la noche, y el invierno cede el paso a la primavera. El encuentro definitivo con el Esposo era un acontecimiento que tenía que suceder; y ahora ya consumado para siempre: *Cuando os haya preparado un lugar, vendré de nuevo y os llevaré conmigo; para que donde yo estoy, estéis*

⁹⁴El hecho de no comprender la justicia de una causa no significa todavía reconocerla como injusta. Jesús sabe muy bien que el Padre está siempre con Él (Jn 16:32). Lo que sucede es que ahora es llegado el momento de una *kenosis* que, como ya se ha dicho, es algo más que un mero ocultamiento. ¿La causa...? En realidad no es otra que la de consumir la última y más sublime acción llevada a cabo por Jesús en este mundo: la de entregar al Padre su propio Amor (Lc 23:46).

*también vosotros... Ahora tenéis tristeza; pero os volveré a ver y se alegrará vuestro corazón. Y nadie os quitará vuestra alegría.*⁹⁵ Ahora es el mismo Esposo quien toma la iniciativa para llamar a la esposa. La llamada definitiva, en realidad, o aquella que va a poner punto final a todas las búsquedas de cualquiera de los dos amantes. Una vez lanzada y escuchada, servirá para indicar que ha llegado, por fin, el momento en el que la unión con la esposa se vea consumada definitivamente y para siempre:

*Levántate ya, amada mía,
hermosa mía, y ven.
Que ya ha pasado el invierno
y han cesado las lluvias.
Ya han brotado en la tierra las flores,
ya es llegado el tiempo de la poda
y el arrullo de la tórtola
se ha dejado oír en nuestra tierra.*⁹⁶

A la vez, y en el entretanto, es posible que haya llegado de nuevo el tiempo de los héroes. Aquél en el que la existencia cristiana vuelva a ser considerada otra vez como la mayor de las aventuras. Donde quedará claro que solamente puede ser emprendida por los audaces y los soñadores (Mt 11:12), que son también los únicos capaces de amar. Será el momento en el que habrá vuelto de nuevo el tiempo de la fe; aquella misma que venció al mundo (1 Jn 5:4) por la sola razón de haber sido capaz de creer en el amor (1 Jn 4:16).

Será entonces cuando volverá a ser reconocida la única razón por la que un ser humano ha pasado por esta tierra, a saber: para compartir *la cena que recrea y enamora* (Ap 3:20). Y la Iglesia —la Esposa

⁹⁵ Jn 14:3; 16:22.

⁹⁶ Ca 2: 10-12.

Inmaculada del Cordero— será otra vez la Iglesia de los Santos. Los cuales son aquellos que no se avergonzaron en proclamar que andaban por este mundo más bien como de paso, buscando siempre una Patria definitiva que ellos sabían bien que no estaría nunca en esta tierra (Heb 13:14).

Y al fin serán desechados los que no fueron capaces de creer en el amor; o aquellos que no se atrevieron a admitir que Dios podía abajarse hasta el punto de hacerse un ser humano, simplemente y por la sola razón de haberse enamorado del hombre. Junto a ellos estarán también los que confundieron la Iglesia con una Multinacional de beneficios para sí mismos; o quizá con una Empresa de Beneficencia para las cosas de este mundo, desde el momento en que no era posible admitir *razonablemente* la existencia de otro. Será entonces cuando se dejará oír la voz clarificadora: *¡Fuera los perros, los hechiceros, los impuros, los homicidas, los idólatras, y todos los que amaron y practicaron la mentira!*⁹⁷

Y entretanto también, mientras llega el momento en el que hayan pasado para siempre los tiempos de la Tierra Media, *el Espíritu y la esposa dicen: "¡Ven!"*... Y he aquí que el Esposo a su vez clama: *"Sí, voy enseguida". Amén.*⁹⁸

⁹⁷ Ap 22:15.

⁹⁸ Ap 22: 17.20.



**Índice de citas
del
Nuevo Testamento**



SAN MATEOMt 4:19-22, **13**Mt 4:20, **13**Mt 5:3, **223**Mt 5:13, **220**Mt 5:16, **188, 189**Mt 5:23-24, **26, 287**Mt 5:29, **415**Mt 5:29-30, **16, 154**Mt 5:39-42, **405**Mt 5:44-48, **406**Mt 5:48, **420**Mt 6:1-6, **188**Mt 6:24, **17, 150**Mt 6:33, **233**Mt 7:3-5, **310**Mt 7:14, **398, 419**Mt 8:18-22, **14**Mt 8:21-22, **50**Mt 8:22, **11, 337**Mt 8:24, **214**Mt 9:9, **13**Mt 9:13, **222, 287**Mt 9:15, **329**Mt 9:16-17, **365**Mt 9:24, **214**Mt 10:9-10, **151**Mt 10:16, **210, 236**Mt 10:17-18, **210**Mt 10:24, **440**Mt 10:24-25, **93**Mt 10:31, **209**Mt 10:35-36, **414, 415**Mt 10:38, **11, 13**Mt 10:39, **41, 149, 234, 260,****279, 330, 337**Mt 11:12, **446**Mt 11:25, **110, 149, 227**Mt 11:27, **136, 273**Mt 11:30, **362**Mt 12:7, **287**Mt 13:11, **149**Mt 13:13-14, **188**Mt 13:24-30, **183**Mt 13:25, **214**Mt 13:44-46, **19**Mt 13:47-50, **183**Mt 13:52, **365**Mt 14:27, **209**Mt 15:7, **188**Mt 15:19, **191**Mt 16:24, **11, 13, 97, 337**Mt 16:25, **41, 68, 149, 234, 260,****279, 330**Mt 16:26, **68, 438**Mt 18:8, **415**Mt 18:8-9, **16, 154**Mt 18:12-13, **310**Mt 18:12-14, **140, 221, 373**

- Mt 18:13, **266**
Mt 18:23, **287**
Mt 19:3-12, **324, 325**
Mt 19:6, **410**
Mt 19:8, **323**
Mt 19:10, **324**
Mt 19:11, **324**
Mt 19:12, **98**
Mt 19:16, **114**
Mt 19:16-22, **150**
Mt 19:21, **13, 337**
Mt 19:21-23, **222**
Mt 19:22, **337**
Mt 19:27, **14**
Mt 19:29, **14**
Mt 19:30, **114**
Mt 20:1, **75, 140, 375**
Mt 20:16, **114**
Mt 20:26-28, **89**
Mt 20:28, **149, 398**
Mt 21:33, **113, 375**
Mt 22:1-14, **329**
Mt 22:2, **113**
Mt 22:11-13, **328**
Mt 22:16, **222**
Mt 22:30, **331, 333**
Mt 22:32, **35**
Mt 22:37, **406**
Mt 22:37-39, **389**
Mt 22:39, **379**
Mt 22:40, **389**
Mt 23:5, **188**
Mt 23:8-10, **94**
Mt 23:23, **287**
Mt 23:37, **58**
Mt 24:12, **44, 119, 129, 320**
Mt 24:21-27, **210**
Mt 24:36, **214**
Mt 24:37-39, **214**
Mt 24:42, **54**
Mt 24:44, **214**
Mt 24:48, **213**
Mt 24:50, **214**
Mt 250, **113, 126**
Mt 25:1, **140, 329**
Mt 25:1-13, **276**
Mt 25:5, **53, 76, 213, 213, 214**
Mt 25:6, **140, 329**
Mt 25:10, **329**
Mt 25:13, **54**
Mt 25:14-30, **73, 271**
Mt 25:20, **72, 388**
Mt 25:22, **388**
Mt 25:25, **163**
Mt 25:34-45, **386**
Mt 26:6-13, **286**
Mt 26:11, **196, 223**
Mt 26:29, **321, 331**
Mt 26:38, **54, 265**
Mt 26:40, **214**

Mt 26:41, **54**
 Mt 27:46, **148, 394, 421, 444**
 Mt 28:19, **408**
 Mt 28:19–20, **63**
 Mt 28:20, **81, 365**
 Mt 29:19–20, **155**

SAN MARCOS

Mc 1:18, **13**
 Mc 2:14, **11, 13**
 Mc 2:17, **222**
 Mc 2:19–20, **329**
 Mc 2:21–22, **365**
 Mc 5:39, **214**
 Mc 6:8–9, **151**
 Mc 6:50, **209**
 Mc 8:34, **11, 13, 97**
 Mc 8:35, **41, 68, 149, 234, 260, 330**
 Mc 8:36–38, **41**
 Mc 9:43–47, **16**
 Mc 9:50, **220**
 Mc 10:2–12, **324, 325**
 Mc 10:9, **410**
 Mc 10:17, **114**
 Mc 10:17–23, **150**
 Mc 10:21, **11, 13, 164, 337**

Mc 10:21–23, **222**
 Mc 10:28, **14**
 Mc 10:29–30, **14**
 Mc 10:30, **210**
 Mc 10:31, **114**
 Mc 10:38, **157**
 Mc 10:45, **94**
 Mc 11:23–24, **204**
 Mc 11:25, **26**
 Mc 120, **389**
 Mc 12:1, **113**
 Mc 12:1–12, **375**
 Mc 12:25, **331, 333**
 Mc 12:26–27, **35**
 Mc 12:29–30, **379**
 Mc 12:30, **406**
 Mc 12:31, **379**
 Mc 12:41–44, **16**
 Mc 13:31, **413**
 Mc 13:35, **54**
 Mc 13:37, **54**
 Mc 14:3–9, **286**
 Mc 14:25, **331**
 Mc 14:34, **54**
 Mc 14:38, **54**
 Mc 15:34, **148, 394, 421**
 Mc 16:15, **63**
 Mc 16:16, **401**

SAN LUCAS

- Lc 1:35, **159**
 Lc 1:38, **294**
 Lc 2:10, **322**
 Lc 2:11, **178**
 Lc 4:18, **223**
 Lc 4:18-19, **195**
 Lc 5:11, **13**
 Lc 5:27, **11**
 Lc 5:28, **13**
 Lc 5:32, **222**
 Lc 5:34-35, **329**
 Lc 5:36-39, **366**
 Lc 6:20, **223**
 Lc 6:30, **405**
 Lc 6:40, **93, 440**
 Lc 8:52, **214**
 Lc 9:3, **151**
 Lc 9:22, **157**
 Lc 9:23, **13, 97, 337**
 Lc 9:24, **41, 68, 149, 234, 260, 330**
 Lc 9:53-55, **155**
 Lc 9:57-62, **14**
 Lc 9:59, **337**
 Lc 9:59-62, **50, 84**
 Lc 9:60, **164**
 Lc 9:62, **164**
 Lc 100, **389**
 Lc 10:3, **210**
 Lc 10:4, **151**
 Lc 10:21, **149, 265**
 Lc 10:27, **406**
 Lc 10:41, **376, 385**
 Lc 10:41-42, **20**
 Lc 10:42, **376, 376**
 Lc 11:9-13, **233**
 Lc 11:11-13, **204**
 Lc 11:13, **233**
 Lc 12:7, **209**
 Lc 12:32, **209, 398**
 Lc 12:40, **214**
 Lc 12:45, **213**
 Lc 12:49-50, **343**
 Lc 12:50, **58, 83, 157**
 Lc 13:5, **340**
 Lc 13:30, **114**
 Lc 13:34, **58**
 Lc 14:15, **113**
 Lc 14:16, **140, 276**
 Lc 14:16-24, **329**
 Lc 14:17, **144**
 Lc 14:21, **70, 75**
 Lc 14:23, **70, 153**
 Lc 14:26, **15, 260, 330, 415, 438**
 Lc 14:27, **13**
 Lc 14:33, **13, 151**
 Lc 15:3-7, **373**
 Lc 15:4, **140**

Lc 15:4-5, **57**
 Lc 15:4-7, **221**
 Lc 15:5, **266**
 Lc 15:5-6, **310**
 Lc 15:7, **310**
 Lc 15:8-10, **310**
 Lc 15:10, **310**
 Lc 15:20, **53**
 Lc 15:22-23, **310**
 Lc 15:24, **311**
 Lc 15:28, **310**
 Lc 15:32, **311**
 Lc 16:13, **17, 150**
 Lc 16:15, **188**
 Lc 17:21, **189**
 Lc 17:33, **41, 330**
 Lc 18:8, **119, 129, 210**
 Lc 18:18, **114**
 Lc 18:18-27, **150**
 Lc 18:22, **11, 13, 337**
 Lc 18:22-24, **222**
 Lc 18:28, **14**
 Lc 18:29, **14**
 Lc 19:1-10, **222**
 Lc 19:10, **398**
 Lc 19:11-27, **271**
 Lc 19:12-27, **73**
 Lc 19:16, **72**
 Lc 20:9, **113**
 Lc 20:9-19, **375**

Lc 20:36, **97, 97**
 Lc 20:37, **35**
 Lc 21:1-4, **16**
 Lc 21:4, **441**
 Lc 21:10-11, **210**
 Lc 21:25-26, **210**
 Lc 21:36, **54**
 Lc 22:15, **58**
 Lc 22:27, **94**
 Lc 23:46, **439, 445**
 Lc 24:36, **209**
 Lc 24:38-43, **82**

SAN JUAN

Jn 1:3-4, **353**
 Jn 1:5, **401**
 Jn 1:11, **113, 141, 401**
 Jn 1:12, **35**
 Jn 1:14, **295, 353**
 Jn 1:18, **134**
 Jn 2:1-12, **294**
 Jn 3:8, **110**
 Jn 3:16, **158, 307, 315, 408**
 Jn 3:17, **398**
 Jn 3:21, **189**
 Jn 3:29, **176, 205, 226, 248, 329**
 Jn 3:34, **246**
 Jn 4:20, **287**

- Jn 4:36, **266**
 Jn 4:48, **188**
 Jn 5:26, **117, 273**
 Jn 5:44, **188**
 Jn 6:20, **209**
 Jn 6:52, **330**
 Jn 6:52-57, **68**
 Jn 6:53-57, **87**
 Jn 6:56, **138, 441**
 Jn 6:56-57, **30, 86, 330, 391**
 Jn 6:57, **433, 441**
 Jn 6:57-58, **439**
 Jn 6:58, **138, 149**
 Jn 6:60, **337**
 Jn 6:60-61, **312**
 Jn 6:63, **413**
 Jn 6:68, **295**
 Jn 7:6, **78**
 Jn 7:48-49, **149**
 Jn 8:16, **395**
 Jn 9:4, **55, 383**
 Jn 9:39, **188**
 Jn 9:41, **188**
 Jn 100, **370**
 Jn 10:2-3, **190**
 Jn 10:3, **128**
 Jn 10:4, **83**
 Jn 10:7, **384**
 Jn 10:9, **384**
 Jn 10:10, **321**
 Jn 10:16, **62, 65, 156**
 Jn 10:17, **65**
 Jn 11:11, **214**
 Jn 11:25, **321**
 Jn 11:26, **341**
 Jn 11:35, **265**
 Jn 12:1-8, **286**
 Jn 12:25, **41, 68, 149, 261, 330, 415, 438**
 Jn 12:26, **11, 97**
 Jn 12:43, **188**
 Jn 12:50, **321**
 Jn 13:1, **57, 78, 78, 265, 297, 307, 315, 445**
 Jn 13:3, **94, 140**
 Jn 13:4-5, **94**
 Jn 13:7-8, **94**
 Jn 13:8, **266**
 Jn 13:13, **94**
 Jn 13:16, **93**
 Jn 13:21, **265**
 Jn 13:34, **371, 373, 385, 406**
 Jn 13:35, **156, 189, 219, 408**
 Jn 13:36, **82**
 Jn 14:1, **209**
 Jn 14:3, **47, 80, 82, 266, 277, 322, 446**
 Jn 14:4, **259**
 Jn 14:6, **117, 249, 259, 295, 353, 384, 415**

- Jn 14:9, **136**
 Jn 14:13, **268**
 Jn 14:16, **243, 258**
 Jn 14:16-17, **235**
 Jn 14:17, **416**
 Jn 14:18, **82, 218, 266, 277**
 Jn 14:18-19, **322**
 Jn 14:18-20, **218**
 Jn 14:18-21, **81**
 Jn 14:19, **36**
 Jn 14:20, **35, 80, 277**
 Jn 14:21, **218, 278**
 Jn 14:23, **86, 278, 405**
 Jn 14:26, **258, 368**
 Jn 14:27, **120, 209, 237**
 Jn 14:27-28, **218**
 Jn 14:28, **82, 265, 266, 273, 277, 322**
 Jn 15:4, **30, 80**
 Jn 15:4-10, **243**
 Jn 15:4-5, **35, 87, 277, 277, 278**
 Jn 15:5, **55, 271**
 Jn 15:8, **189**
 Jn 15:9-10, **384**
 Jn 15:11, **43, 179, 203, 226, 267**
 Jn 15:13, **83, 159, 411, 438**
 Jn 15:15, **92, 116, 116, 117, 265, 268, 278, 291**
 Jn 15:18, **210, 236, 398**
 Jn 15:19, **219, 235**
 Jn 15:20, **210, 398**
 Jn 15:22, **401**
 Jn 15:26, **258**
 Jn 16:2, **210**
 Jn 16:6-7, **239**
 Jn 16:7, **258**
 Jn 16:8-11, **238**
 Jn 16:13, **368, 369**
 Jn 16:15, **273, 391**
 Jn 16:16, **47, 82**
 Jn 16:20, **210, 239**
 Jn 16:22, **43, 47, 82, 243, 268, 277, 291, 322, 417, 446**
 Jn 16:24, **43, 204, 226, 231, 267, 268**
 Jn 16:27-28, **140**
 Jn 16:30, **140**
 Jn 16:32, **395, 445**
 Jn 16:33, **210, 236, 398**
 Jn 17:1, **78**
 Jn 17:8, **117, 140**
 Jn 17:9, **219, 401**
 Jn 17:10, **391**
 Jn 17:11, **156, 332**
 Jn 17:13, **179, 204, 226, 267**
 Jn 17:14-16, **235**
 Jn 17:15-16, **219, 375**
 Jn 17:17, **120**
 Jn 17:21, **62, 333**
 Jn 17:21-23, **277**

Jn 17:23, **333**

Jn 17:24, **80, 268, 277, 322**

Jn 17:26, **36, 36, 57, 120, 136, 268, 277, 283, 307, 321, 324, 334, 355, 388, 406**

Jn 19:30, **76**

Jn 20:13, **53**

Jn 20:19, **81**

Jn 20:27-29, **82**

Jn 20:28, **95**

Jn 20:29, **188**

Jn 21:15-17, **98**

Jn 21:19-22, **385**

HECHOS DE LOS APÓSTOLES

Hech 1:8, **155**

Hech 1:11, **163**

Hech 4:32, **399**

Hech 5:1-3, **148**

Hech 5:41, **173, 231, 251**

Hech 6:2-4, **107**

Hech 13:52, **258**

Hech 15:9, **64**

Hech 17:28, **35**

Hech 20:28, **98**

Hech 20:35, **148, 232, 273, 279, 405**

ROMANOS

Ro 5:3-4, **178**

Ro 5:5, **36, 117, 137, 189, 219, 235, 246, 321, 324, 334, 417, 442**

Ro 5:8-9, **406**

Ro 5:15, **231**

Ro 5:17, **160**

Ro 6:1-11, **231**

Ro 6:4-5, **390**

Ro 6:5, **35**

Ro 6:22-23, **322**

Ro 7:2, **88**

Ro 8:20-22, **23**

Ro 8:23, **239**

Ro 8:24, **176, 244**

Ro 8:25, **240**

Ro 8:26, **36, 244**

Ro 8:27, **245**

Ro 8:38-39, **23**

Ro 12:15, **239**

Ro 13:8, **376**

Ro 13:12, **54, 321**

Ro 13:14, **371**

Ro 14:7-8, **29, 149**

Ro 14:17, **199, 219, 258, 279, 322**

Ro 15:4, **370**

1^a CORINTIOS

- 1 Cor 1:9, **35**
 1 Cor 1:17, **366, 368**
 1 Cor 1:23, **111, 274, 413**
 1 Cor 1:26-29, **149, 223**
 1 Cor 2:1-4, **368**
 1 Cor 2:2-5, **111**
 1 Cor 2:11-12, **244**
 1 Cor 2:14, **170, 235, 307**
 1 Cor 2:14-15, **369**
 1 Cor 3:13, **293**
 1 Cor 3:21-22, **159**
 1 Cor 3:21-23, **23**
 1 Cor 4:1-2, **368**
 1 Cor 4:7, **271**
 1 Cor 5:7, **321**
 1 Cor 6:17, **36, 262**
 1 Cor 6:19-20, **260**
 1 Cor 7:1, **98**
 1 Cor 7:1-8, **18**
 1 Cor 7:3-5, **88**
 1 Cor 7:8, **98**
 1 Cor 7:20-24, **225**
 1 Cor 7:29, **74**
 1 Cor 7:29-31, **19, 76**
 1 Cor 7:31-35, **97, 97**
 1 Cor 7:32-34, **18, 98, 330, 407**
 1 Cor 7:39, **331**
 1 Cor 8:6, **404**
 1 Cor 9:19-23, **222**
 1 Cor 10:11, **370**
 1 Cor 10:31, **189**
 1 Cor 11:3, **88**
 1 Cor 11:7-9, **88**
 1 Cor 11:11, **88**
 1 Cor 11:27-29, **328**
 1 Cor 120, **19**
 1 Cor 12:1-11, **104**
 1 Cor 12:4-31, **380**
 1 Cor 12:12, **404**
 1 Cor 12:14, **404**
 1 Cor 12:19, **404**
 1 Cor 12:27, **404**
 1 Cor 12:28-30, **98**
 1 Cor 13:1-3, **315**
 1 Cor 13:6, **116**
 1 Cor 13:7, **114**
 1 Cor 13:7-8, **345**
 1 Cor 13:8, **43, 323, 332, 333, 413**
 1 Cor 13:8-10, **333**
 1 Cor 13:10, **78, 79, 332, 417, 442**
 1 Cor 13:12, **133, 136, 164, 268, 345**
 1 Cor 13:13, **79, 333, 442**
 1 Cor 15:19, **197, 202, 288**
 1 Cor 15:20, **214**
 1 Cor 15:45, **393**

1 Cor 15:47-49, **393**
 1 Cor 15:54, **160**
 1 Cor 15:54-55, **159, 341**
 1 Cor 16:13, **54**

2ª CORINTIOS

2 Cor 1:22, **137**
 2 Cor 3:3, **191**
 2 Cor 3:17, **71, 110, 153, 333**
 2 Cor 4:2, **366**
 2 Cor 5:5, **137**
 2 Cor 5:7, **313**
 2 Cor 5:14, **49**
 2 Cor 5:15, **29, 138**
 2 Cor 5:17, **23, 278, 321**
 2 Cor 6:6, **116**
 2 Cor 7:4, **231**
 2 Cor 7:10, **230**
 2 Cor 8:2, **231**
 2 Cor 8:9, **27, 114**
 2 Cor 11:21-29, **185**
 2 Cor 11:30, **178**
 2 Cor 12:5, **178**
 2 Cor 12:9, **178**
 2 Cor 13:11, **230**

GÁLATAS

Ga 1:10, **368**
 Ga 2:19, **111**
 Ga 2:20, **87, 138, 138, 149, 297, 330, 344, 391, 441**
 Ga 3:26-29, **224**
 Ga 3:27, **371**
 Ga 4:4, **78**
 Ga 5:6, **38, 44**
 Ga 5:22, **43, 219, 233, 235, 258, 279, 322**
 Ga 5:24, **111**
 Ga 6:10, **79**
 Ga 6:14, **178**
 Ga 6:15, **321**

EFESIOS

Ef 1:13-14, **137**
 Ef 4:4, **37**
 Ef 4:11-12, **98**
 Ef 4:15, **116**
 Ef 5:14, **214**
 Ef 5:15, **110**
 Ef 5:22-24, **88**

Ef 5:22-33, **326**
 Ef 5:25-33, **18, 88**
 Ef 5:31-32, **411**
 Ef 5:32, **407**
 Ef 6:1-2, **88**

Col 3:4, **380**
 Col 3:10-11, **380**
 Col 3:11, **405**
 Col 3:20, **88**
 Col 4:12, **73**

FILIPENSES

Flp 1:20, **159, 160**
 Flp 1:21, **231, 380, 433**
 Flp 1:22-25, **442**
 Flp 2:3, **89**
 Flp 2:5, **406**
 Flp 2:7, **159, 274, 275, 296**
 Flp 3:8, **20**
 Flp 3:10, **231**
 Flp 3:10-14, **173**
 Flp 3:12, **56, 261, 440**
 Flp 4:4, **230**

COLOSENSES

Col 1:24, **229**
 Col 1:28, **111**
 Col 1:29, **111**
 Col 3:3, **261**
 Col 3:3-4, **68, 137, 149, 433, 439**

1^a TESALONICENSES

1 Te 1:3, **44**
 1 Te 1:6, **210, 219, 258**
 1 Te 4:13, **214**
 1 Te 5:1-3, **210, 214**
 1 Te 5:6-7, **214**

2^a TESALONICENSES

2 Te 2:3, **129**
 2 Te 2:3-12, **210**
 2 Te 2:7, **198**
 2 Te 3:6-12, **375**

1^a TIMOTEO

1 Tim 2:4, **113, 190, 223, 398, 408**
 1 Tim 2:14, **294**
 1 Tim 4:4, **23**

2^a TIMOTEO2 Tim 3:12, **210, 397, 416**2 Tim 3:15-17, **110**2 Tim 4:3, **366****SANTIAGO**San 1:2, **231**San 3:13, **110**San 3:15, **110****TITO**Tit 2:7, **18**Tit 2:11, **361, 398, 408****1^a SAN PEDRO**1 Pe 1:17, **293**1 Pe 1:22, **212**1 Pe 2:21, **210**1 Pe 3:1, **88**1 Pe 4:7, **54**1 Pe 4:10, **104**1 Pe 4:12-14, **231**1 Pe 4:13, **247****HEBREOS**Heb 1:1-2, **283**Heb 1:3, **353**Heb 2:14-15, **159**Heb 4:12, **364**Heb 5:1, **101**Heb 5:1-3, **422**Heb 5:8, **274**Heb 10:34, **231**Heb 11:6, **293, 313**Heb 13:14, **163, 197, 236, 288,**
383, 447Heb 13:20, **98, 282****2^a SAN PEDRO**2 Pe 1:4, **35, 87**2 Pe 1:20-21, **370**2 Pe 3:3-4, **213**2 Pe 3:10, **214**

1ª SAN JUAN

1 Jn 1:1-3, **23, 82, 291**
 1 Jn 1:1-4, **260**
 1 Jn 1:3, **35**
 1 Jn 1:4, **179, 226, 322**
 1 Jn 1:7, **66**
 1 Jn 2:7-8, **371**
 1 Jn 2:9-11, **26**
 1 Jn 2:10, **384**
 1 Jn 2:19, **219**
 1 Jn 2:29, **371**
 1 Jn 3:1, **278**
 1 Jn 3:2, **133, 177**
 1 Jn 3:14, **376**
 1 Jn 4:5, **365, 366**
 1 Jn 4:7, **384, 384**
 1 Jn 4:8, **158, 170, 309, 345,**
363, 417
 1 Jn 4:9, **35, 138**
 1 Jn 4:10-11, **384**
 1 Jn 4:11, **384**
 1 Jn 4:12-13, **384**
 1 Jn 4:16, **243, 307, 312, 446**
 1 Jn 4:19, **58, 384**
 1 Jn 4:20, **26**
 1 Jn 4:20-21, **376**
 1 Jn 4:21, **384**
 1 Jn 5:1-2, **384**

1 Jn 5:3, **362**

1 Jn 5:4, **446**

2ª SAN JUAN

2 Jn 50, **371**

2 Jn 120, **226, 264**

APOCALIPSIS

Ap 2:17, **321, 378, 407, 423**

Ap 2:23, **293**

Ap 3:4, **97**

Ap 3:20, **57, 267, 275, 446**

Ap 5:8-9, **97**

Ap 10:6, **78**

Ap 12:11, **68**

Ap 13:3-4, **217**

Ap 13:16-18, **97**

Ap 14:1, **97, 116, 126**

Ap 14:1-5, **96, 97, 113**

Ap 14:3, **97, 120**

Ap 14:5, **97, 116**

Ap 19:7, **329**

Ap 19:9, **276**

Ap 21:5, **278, 321**

Ap 22:12, **165, 293**

Ap 22:13, **297**

Ap 22:15, **447**

Ap 22:16, **297**

Ap 22:17, **47, 55, 165, 329, 447**

Ap 22:19, **366**

Ap 22:20, **165, 165, 447**

Ap 22:20-21, **165**

**Síglas
de los
Libros Bíblicos**

Ab , Abdías	Jdt , Judit
Ag , Ageo	Jer , Jeremías
Am , Amós	Jl , Joel
Ap , Apocalipsis	Jn , Juan
Ba , Baruc	1 Jn , 1 Juan
Ca , Cantar de los Cantares	2 Jn , 2 Juan
Col , Colosenses	3 Jn , 3 Juan
1 Cor , 1 Corintios	Jon , Jonás
2 Cor , 2 Corintios	Jos , Josué
1 Cr , 1 Crónicas	Ju , Jueces
2 Cr , 2 Crónicas	La , Lamentaciones
Da , Daniel	Lc , Lucas
De , Deuteronomio	Le , Levítico
Ece , Eclesiastés	1 Mac , 1 Macabeos
Eco , Eclesiástico	2 Mac , 2 Macabeos
Ef , Efesios	Mal , Malaquías
Esd , Esdras	Mc , Marcos
Est , Ester	Mi , Miqueas
Ex , Exodo	Mt , Mateo
Ez , Ezequiel	Na , Nahúm
Flm , Filemón	Ne , Nehemías
Flp , Filipenses	Nú , Números
Ga , Gálatas	Os , Oseas
Ge , Génesis	1 Pe , 1 Pedro
Ha , Habacuc	2 Pe , 2 Pedro
Heb , Hebreos	Pr , Proverbios
Hech , Hechos de los Apóstoles	1 Re , 1 Reyes
Is , Isaías	2 Re , 2 Reyes
Jb , Job	Ro , Romanos
Jds , Judas	Rt , Rut

Sab, Sabiduría

Sal, Salmos

1 Sam, 1 Samuel

2 Sam, 2 Samuel

San, Santiago

So, Sofonías

1 Te, 1 Tesalonicenses

2 Te, 2 Tesalonicenses

1 Tim, 1 Timoteo

2 Tim, 2 Timoteo

Tit, Tito

To, Tobías

Za, Zacarías

Indice General

PRIMERA PARTE

“Llévame tras de ti; corramos.”

I. Tras los pasos de Jesucristo	11
II. Las prisas del amor	49
III. De nuevo tras las huellas del Maestro	85

SEGUNDA PARTE

*“Introdúceme, rey, en tus cámaras,
y nos gozaremos y regocijaremos contigo,
celebraremos tus amores más que el vino;
¡con razón eres amado!”*

I. Hacia la cámara del Rey	125
II. Más sobre la Alegría cristiana	167
III. De la Alegría perdida a la Alegría recobrada	209

TERCERA PARTE

*“Soy morena, pero hermosa,
 hijas de Jerusalén;
 como las tiendas de Cedar,
 como los pabellones de Salomón.
 No miréis que soy morena,
 es que me ha quemado el sol.
 Los hijos de mi madre, airados contra mí,
 me pusieron a guardar viñas;
 no era mi viña la que guardaba.”*

I. La esposa inmaculada	303
II. La Soledad de la Esposa (Primera Parte)	347
III. La Soledad de la Esposa (Segunda Parte)	397